S. Navarrete
y Orden

REVISTA DE ARTES Y LETRAS

REVISTA

DE

ARTES Y LETRAS

TOMO VII

SANTIAGO DE CHILE
OFICINA: CALLE DE HUÉRFANOS, NÚM. 64-A
1886

Imprenta Cervantes, calle de la Bandera, núm. 73.—1886

BOLIVIA EN EL PLATA

(CORRESPONDENCIA DE LA "REVISTA DE ARTES Y LETRAS")

Buenos Aires, junio 20 de 1886

SS. DD.

Conforme á las instrucciones de ustedes, me he contraído de preferencia á recoger, de buenas fuentes, las noticias más exactas é importantes acerca del asunto principal de que ustedes quieren tener conocimiento, entre los varios que serán materia aquí de mis averiguaciones y de mis ulteriores cartas.

Lo que ante todo me ha llamado la atención, es la manera cómo la generalidad juzga en Buenos Aires la política chilena en el Pacífico. Temores y aprehensiones muy arraigados atribuyen al gabinete de la Moneda planes inicuos y maquiavélicos de usurpación por el lado de la costa y del otro lado de las cordilleras andinas. Si en Bolivia sobrepasan toda exageración las sospechas de rapacidad y de codicia que las gentes conciben respecto de Chile, aquí algunos señores me han llenado la

cabeza con informaciones maravillosamente sombrías, sobre los pactos de *do ut facias* ajustados, como dicen, entre el presidente Santa María y el ex-presidente Iglesias contra la existencia de Bolivia, ó cuando menos contra las riquezas territoriales de dicha república.

Del fondo de estas vulgaridades se desprende el pensamiento de los estadistas argentinos, pensamiento que ellos formulan con perfecta llaneza, y que voy á transmitir á ustedes en la parte concreta que les prometí á mi salida de Santiago.

Es idea dominante en los políticos del Plata el aprovechar, sin pérdida de momentos, la absoluta clausura territorial en que actualmente se halla Bolivia, para trabajar en dar salida á esta nación por el lado del Plata. Creen por este camino beneficiar su propio comercio y contrarrestar con eficacia la política chilena con respecto á Bolivia.

Al pensar así estos señores, no sé hasta qué punto darán cabida entre sus motivos determinantes á las aprehensiones y suposiciones vulgares; pero puedo repetir lo que dicen, y es que conviene altamente, no sólo á la República Argentina, sino también al concierto y equilibrio de los Estados americanos, la subsistencia próspera y robusta de la nacionalidad boliviana. Ya ustedes pueden comprender que dentro de esta fórmula diplomática, muy bien puede tener cabida el cálculo egoísta de hacer ellos su negocio comercial y estorbar el de Chile.

Responden á este propósito cierto orden de trabajos oficiales y sobre todo cierta clase de gastos, que pecuniariamente ya representan sumas considerables del presupuesto nacional. También concurre á este fin patrió-

tico, en la esfera de la industria libre y privada, una empresa nueva de vapores fluviales para los afluentes del Plata, y cuya situación mercantil en esta plaza daré á conocer á ustedes con guarismos dentro de pocos días.

Como nada nuevo tendría que comunicarles sobre el nivel muy subido que ya tocan por acá las prevenciones más ó menos exaltadas contra Chile, debo ceñirme á transmitirles aquellas ideas de la opinión que conceptúo superiores, particularmente aquellas que constituyen un designio de los hombres sensatos é influentes, capaces, llegado el caso, de inclinar la balanza de las resoluciones graves de este país.

Á este respecto llama mucho la atención del observador la franqueza, por lo común indiscreta, con que estos señores dejan conocer hasta los cálculos más recónditos de su diplomacia exterior. Toda la dificultad para penetrar hondo en su pensamiento consiste en la coyuntura de una charla amigable, ó de una disputa acalorada entre personas de distinción. No tienen repliegues en la lengua, y esta lengua se sacude sonando como la veleta de un mirador al impulso de la brisa.

Yo diré á ustedes que al principio me asombró esta ligereza, y entré en temores por más que me veía introducido en un medio social muy culto y caballeresco. Pero no: en manera alguna son falsos é hipócritas estos señores políticos. Huele á veces su franqueza á carne cruda, y es lo cierto que poco á poco uno se acostumbra á esta ventolera de confesiones y revelaciones. Se ve, en suma, que hay en todo un cierto nervio de energía, con más una buena dosis de petulancia y de fe ardiente en los destinos de la patria argentina.

Las personas de valer con quienes hasta aquí he tra-

tado, confiesan ampliamente que los chilenos son un pueblo laborioso, utilitarista y emprendedor, dotado, así tan joven como es, de una fuerza expansiva muy capaz de llevarle á cosas importantísimas en el exterior. No creen que las concepciones chilenas en esta esfera sean muy desinteresadas, legítimas y nobles. Dicen, no obstante, que los medios pacíficos de acción y de intervención de Chile entre sus vecinos son ya tan desembarazados y tan susceptibles de ser mantenidos, que pueden muy bien combinar su energía industrial con su energía política, hasta el punto de engendrar una resultante de ponderación muy temible.

Creen por eso que este peligro debe llamar con tiempo la atención de los vecinos, tanto de los que no han logrado salir todavía de una infancia débil y enfermiza, cuanto de los que, con mayores fuerzas de vitalidad natural en su organismo, tienen que pensar temprano en el legítimo ensanche de sus propias influencias externas, y en prevenir los gravámenes irreparables que en esta esfera pudiera irrogarles la precoz ambición de Chile.

En términos concretos, los políticos argentinos sienten la necesidad de conquistar para su país, entre los vecinos, un ascendiente que guarde la debida armonía con la importancia del progreso material del Río de la Plata, y que sirva á la vez para consolidar en este suelo y ensanchar con americana savia dicho progreso á presencia del elemento extranjero. Sienten sobre todo esta necesidad, la sienten con viveza, al contemplar los adelantos que, con sus exclusivas fuerzas y sin el concurso preponderante de extraña vitalidad, Chile ha alcanzado por la vía externa entre sus vecinos del Pacífico.

Y es lo más importante del caso, que, olvidándose un

poco de las llagas internas que entorpecen para trabajos externos los miembros del cuerpo nacional, sostienen los estadistas argentinos que ellos sabrán estorbar á Chile el paso, y cruzar sus planes buenos y malos con respecto á la cautiva de los Andes, Bolivia. El desarrollo sorprendente y rápido de la riqueza en este país quita á este reto su arrogancia física de voz y de gesto. Estoy deslumbrado con la vitalidad que de las entrañas de este país brota al simple contacto de la mano europea, y al mismo tiempo uno ve que el europeo llega y llega día á día por centenares y por miles. Si hay baladronada en el reto, me la explico y ustedes deben tomarla en cuenta.

La Prensa decía aquí hace pocos días que los chilenos quieren dar todavía más pábulo á sus *instintos expansivos* fuera de su estrecho y cansado territorio. Agregaba que la dificultad estuvo en probar por vez primera el fruto prohibido, y que lo demás vendría con mayor apetito cuando hubieren digerido el guano y el salitre de la actual conquista. Todo esto fué dicho al correr de la pluma, á propósito de una tesis de diarista, sobre que la existencia de Bolivia, combatida como está hoy por dificultades enormes, entraña gravísimos y no lejanos peligros para algunos Estados vecinos.

Los más sensatos y moderados señores dicen acá la cosa de otro modo, la dicen como el senador para quien me dieron ustedes muy bondadosa carta. Días pasados, después del café (aquí lo toman ya directo de Yungas), é interviniendo las señoras en nuestra disertación de sobremesa, me dijo lo que sigue con referencia al ya citado artículo de diario:

"No soy de los que creen que Chile atribuye eficacia ulterior á su actual política con Bolivia. Dicen que Chile

estrecha la mano á Bolivia con la zurda, mientras que con la derecha le aprieta la garganta. La cosa es así, pero sin cálculo alguno interesado ni coercitivo. Lo contradictorio de esta actitud sirve para rechazar como absurdo un intento preconcebido. Eso sería hermanar el candor con la crueldad, términos que diplomáticamente se excluyen.

"El estado presente obra es de los pactos ajustados al fragor de la victoria. Chile, hoy, por un lado ejerce su derecho duramente á causa de ser en sí mismo durísimo su derecho, y por otro lado se echa legítimamente á practicar de todas veras el pacto reconciliatorio; por un lado tiene empotrada bajo el cepo á Bolivia, y por otro lado la invita á dejarse ceñir por las dos coyundas férreas de una pacífica locomotiva. Aunque lógico y legal el proceder, como paso de abertura amistosa es grotesco. Con razón ha sublevado la cólera de las poblaciones bolivianas contra un ferrocarril de paz y de trabajo.

"*Ejerza usted en buen hora sus facultades contra mi garganta; pero, por lo mismo que tengo derecho á existir, resisto, para no reventar, el que usted me venga á pisar el vientre y los pulmones. Lo que es con usted ¡nada!*—Esto ha dicho Bolivia.

"No sé si he traducido bien el significado de la presente actitud respectiva de Chile y de Bolivia. En lo que estoy seguro es en creer que esta última tiene no sólo derecho de existir sino también poder de perseverar en su propia existencia. Y creo más: que Chile no tiene ni derecho ni poder de disolver á Bolivia. Entonces, tanto peor para él si ella se considera autorizada para atribuirle tamaño intento.

"Por eso creo que la presente situación es insostenible y transitoria. Cuando el nivel diplomático se resta-

blezca, como sucederá necesariamente bajo la influencia de las calidades heróicas de nación que está desplegando Bolivia en este terrible trance de su existencia, las cosas pasarán de una manera muy diferente. Mientras tanto, nosotros debemos apercibirnos para cuando este momento llegue, á fin de recoger á manos llenas las preferencias de la amistad y confianza de Bolivia.

«Muy ilusos seríamos si creyéramos que después de este desengaño, Chile habrá de renunciar á sus planes respecto de Bolivia. Sean políticos ó económicos no renunciará á ellos, y hará bien respecto de los últimos. La empresa vale la pena. Las sierras bolivianas serían un mercado suculento de las producciones chilenas. Chile tendría entonces en abundancia el metálico que tanta falta le hace para mantener en equilibrio sus relaciones mercantiles con Europa. Por eso, cuando se convenza de que le conviene que Bolivia exista con vigor de crecimiento y de robustez, convencimiento que le vendrá tarde ó temprano, tendrá que ceñirse á ejercer en dicho país, no ya presión de vencedor, sino legítima influencia de amigo.

«Esto es tanto más lógico, cuanto que entonces los políticos de la Moneda, traídos á la moderación por la fuerza de la experiencia, verían claramente lo que hoy por hoy se les oculta; y es que Bolivia sería para Chile un aliado político natural, una vez que se mancomunaran cordialmente los intereses económicos de ambos pueblos sobre la base de una mutua confianza, y una vez que su interés bien entendido aconsejare á Chile el propender á que aquella nación pierda su deformidad geográfica, y se afiance y prospere su existencia entre el Perú y la República Argentina.»

Sobre este punto hubo de extenderse largamente el senador, y lo hizo en términos que aquí no cabrían. Cuando le traje de nuevo al punto concreto de conocer sus vistas, sobre lo que sucedería una vez que Bolivia y Chile se acercasen en otro terreno que el de la actual situación, me dijo:

"Chile buscaría, llegado ese caso, su preponderancia económica en Bolivia mediante influencias legítimas. Se traducirían éstas en actos apaciguadores bien calculados y muy reproductivos. Aspirará á una especie de supremacía exclusiva en el orden comercial y á una tutela en el industrial; en este último mediante empresas y asociaciones en pro de Bolivia misma. Difícil no es que por este camino logren entonces recuperar los chilenos lo que ya llevan hondamente perdido en el espíritu boliviano.

"Lo digo con franqueza: Chile sabría allá ejercer bien su legítima influencia económica; la ejercería con pulso y con acierto en la dirección y organización de las esplotaciones extractivas y en todo lo relativo á las especulaciones comerciales. Y digo que bien, porque es innegable la competencia chilena por las cualidades de actividad, constancia y espíritu de asociación que caracterizan á este pueblo trabajador; y además por virtud de los capitales, que serían un aporte positivo suyo á la obra de su influencia en Bolivia.

"Nosotros los argentinos no tenemos ningún medio de impedir esta influencia tan eficaz en sí misma, y tan desventajosa á nuestros intereses políticos, sino oponiendo una leal rivalidad de servicios y de beneficios á nuestros vecinos los encerrados bolivianos. Á Dios gracias, tenemos lo bastante dentro de nuestra casa, para

que intervengan en nuestros planes externos miras que no sean confesables en la ajena. Tenemos dadas pruebas muy relevantes del modo cómo usamos de la victoria con los vencidos que nos provocaron. Por razones económicas y políticas de un orden superior, queremos, por nuestra parte, tenderle sin celada ninguna la mano á Bolivia, y esperamos inspirarle al respecto una plena confianza.

"Nuestro gran ferrocarril central, una vez concluído hasta Jujuy, y una vez, si cabe, prolongado por la quebrada del Toro, hasta al borde austral de la altiplanicie boliviana, será insuficiente por sí solo para desmontar el presente y futuro acarreo mercantil arraigado entre Bolivia y el Pacífico. No nos hacemos ilusiones al respecto. Buenos Aires dista demasiado de las agrupaciones consumidoras del sur boliviano, ya que es un absurdo pensar en que pudiera alguna vez ser puerto para las poblaciones boreales. Tenemos echada la vista, para nuestros trabajos, por otro lado.

"El Pilcomayo nos dará la solución del problema de atraernos irrevocablemente el meollo del comercio boliviano. Navegado el larguísimo y misterioso río, habremos encontrado la vía expeditiva por donde conquistarnos el puesto supremo de intermediarios de ese comercio. Aun sin aspirar á preponderancias de cualquiera otra especie, será siempre poco lo mucho que hagamos en el sentido de llevar á cabo esa gran navegación. Desde el nivel del río Paraguay, esta vía fluvial, á lo largo de un inmenso y fértil llano de suavísima gradiente, se inserta entre serranías en la gran meseta andina de Bolivia. La espectativa es espléndida y tentadora.

«Tenemos en esto un elevado interés político. No es solamente el fomento de nuestros intereses materiales lo que por ahí buscamos, y primero entre estos intereses el de nuestra colonización riberana. Al querer estrechar nuestras relaciones económicas con Bolivia, al querer borrar entre ésta y nosotros la solución territorial de continuidad, que hasta aquí ha obstado para nuestro íntimo y cotidiano trato, propendemos al propósito de traer aquel Estado al concurso de las naciones del Plata, donde, por su gran territorio y su sociabilidad, tiene un papel importante que desempeñar para los eventos del presente y del porvenir.»

Tengo la confianza de haber transmitido á ustedes, en los anteriores conceptos, el fondo y la forma de las ideas de un personaje muy distinguido de este país.

He adquirido una noción experimental en mis viajes. El trato de las gentes principales de un país abrevia con ventajas el aprendizaje de los hombres y cosas del mismo. En la química que constituye el cuerpo complejo de las asociaciones humanas, es de mayor enseñanza informativa el análisis cualitativo que el cuantitativo.

No olvidaré que por virtud de una acertada selección de amistades, he logrado conocer de paso algo muy esencial sobre Chile, más prontamente quizá que durante una permanencia entre el vulgo de meses y de años.

Es lo que veo que también me está pasando en Buenos Aires, y con mayor razón por ser aquí las gentes más francas y comunicativas que en Chile. En dos ó tres entrevistas con personas del comercio fluvial de este puerto, una de las cuales entiendo que tiene intereses ó ha tenido en el Lloyd Argentino, he podido obtener datos seguros sobre las exploraciones recientes del

Pilcomayo, y sobre el grado de importancia que el éxito de estos esfuerzos reviste á estas horas para la ciencia y el comercio.

Resérvome para otra ocasión el comunicar á ustedes los trabajos de colonización agrícola emprendidos por esta república en el Chaco. Es esta una vastísima zona de fisonomía tropical, que partiendo de Chiquitos, en el departamento boliviano de Santa Cruz de la Sierra, se desarrolla hacia el sur, costea las márgenes occidentales de los ríos Paraguay y Paraná, forma sucesivamente las fronteras orientales de Chuquisaca y de Tarija en Bolivia, y las de Salta y de Santiago del Estero en la Argentina, y va á terminar en la provincia de Santa Fé de esta última república. El Pilcomayo, que nace y crece en Bolivia, atraviesa de medio á medio el Gran Chaco, dividiéndolo en dos partes, una para los argentinos y otra para los bolivianos, hasta que por fin va á derramar el caudal de sus aguas en el río Paraguay, frente á la Asunción.

Siete son ya las poblaciones que el gobierno argentino tiene fundadas en el Chaco á la margen de los ríos Paraná y Paraguay. Constituyen una base para ulteriores establecimientos interiores de la misma especie, lo que se verificará tan pronto como se emprenda la tarea de abrir caminos. Todos estos trabajos se dan la mano con la grande empresa del Pilcomayo.

En el río Paraguay existe una población formada merced á la actividad de los bolivianos que trafican por Chiquitos con Santa Cruz de la Sierra, sobre todo desde que estalló la guerra del Pacífico. Esta colonia internadora y puerta de salida mercantil de Bolivia, es Corumbá, en un ribazo de la margen derecha del río, en territorio

que Bolivia misma ha tenido la gloria de ceder al Brasil.

Un agente británico en Asunción, á quien debo informaciones muy interesantes sobre aquellos lugares, de paso días pasados en Buenos Aires, me decía que es menester contemplar esto con los propios ojos para creerlo. El Brasil cedió en cambio orillas bajas y pantanosas, y un puerto en ellas con el nombre de Bahía de Cáceres, bahía que llega á los tobillos durante cinco meses del año.

Bajo el pabellón del Brasil la colonia mercantil boliviana tiene que prosperar por necesidad en Corumbá. Este altozano es el término de una especie de loma longitudinal, que cruzando territorios inundables y de peligrosa floresta, va á empalmar enjuto y firme con las serranías de Chiquitos. Calzada providencial. Es camino tan fácil casi todo el año, que por él se han internado rudimentariamente y sin demoras hasta Santa Cruz motores de vapor, máquinas de elaborar azúcar, enormes bultos tirados en carreta por bueyes. Entre Corumbá y Santa Cruz se ocupan hoy en el transporte cuatrocientos carros de clase superior.

Pero á lo menos la ruta está ya libre de las exacciones de un célebre concesionario boliviano. Á título y en la cuenta de puentes, muelles, almacenes de depósito, vapores, etc., existentes en el papel y en el criterio del gobierno de Bolivia, este individuo y sus guardabosques cobraban á los comerciantes de Santa Cruz derechos sobre las mercaderías de internación. Estaba investido con el doble carácter de tratante con el fisco, de agente del fisco mismo, y de patriota impulsor de la nueva vía.

Un comerciante respetable me ha referido que esta concesión *se correteó* en Buenos Aires, y que algunos de la plaza pararon mientes en ella con la mira de no

perder y de venir en auxilio de Bolivia. Luego supieron que el concesionario carecía absolutamente de recursos, que había disipado los de su esposa y que no gozaba en Bolivia de la opinión de hombre serio. Eso no obstante, cuando estalló la guerra del Pacífico hicieron ellos interrogar expresamente al ministro de hacienda Doria Medina en La Paz. Éste contestó sobre esta medida administrativa suya: «Si se obtiene lo prometido, muy bien; si no ¿qué se pierde?» El comercio de Buenos Aires volvió entonces las espaldas á este negocio.

El ingeniosísimo impulsor del recién improvisado acarreo mercantil, el favorecido lógicamente por el dilema de la administración pública de su país, es don Miguel Suárez Arana. Nombre es este que hoy resuena de nuevo en las márgenes del Paraguay, bien que más ruidosamente que entonces y con mayor prez para la ya referida administración.

El problema de la navegabilidad del Pilcomayo es de gran importancia geográfica y comercial, y, por consiguiente, de más trascendencia política para Bolivia y el Plata que la que ustedes han pensado y veo consignada en mis instrucciones.

He reunido aquí un rimero de folletos y periódicos referentes á este asunto del día y de la hora. Estas publicaciones son unas líricamente apologéticas y otras mistificadoramente dogmáticas. Lo científicamente facultativo y lo numéricameute industrial brillan por su ausencia. Ciertos especuladores, en perfecta consonancia con la legación boliviana, han ejecutado aquí sobre este motivo una prolongada obertura de bombo y de clarinete, que ya trae un poco molesto al comercio de ambas márgenes del Río de la Plata.

Aunque servidor de la prensa, no vayan ustedes ¡por Dios! á pensar que he de enfrascarme en este gongorismo vocinglero, como don Quijote se enfrascó en los libros de caballería hasta que se le hincharon los sesos. Seré brevísimo, pues no he tomado nota sino de lo positivo y de lo efectivo. No tendré otro criterio que el del alto comercio de Buenos Aires. Este gremio, con su bien imantada aguja indicativa del tanto por ciento, señala aquí con precisión indeclinable el norte del verdadero progreso industrial, por entre las adulteraciones de la ambición y del fraude.

Desde 1721 hasta la fecha, la exploración del famoso río cuenta, por el lado de Bolivia á remo ó á pie enjuto y por el lado del Paraguay á remo ó á vapor, no menos de ocho tentativas fecundas en peripecias y vicisitudes extraordinarias, que más han dado materia á la fábula y á la leyenda que á la ciencia y á la industria. Y mientras tanto el secreto de la navegabilidad total y permanente del río se escapaba hasta á los más intrépidos, y largos años se ha vivido en la confianza de que esa navegación era impracticable, ó por lo menos dificultosísima por los medios ordinarios. Ningún explotador había cruzado el Chaco desde la desembocadura hasta las cabeceras surcables del río.

Por fin, una expedición boliviana, que partió de la colonia Creveaux el 10 de setiembre de 1883, pudo llegar en poco más de sesenta días á la Asunción del Paraguay, habiendo orillado el río hasta el vértice de su delta, librado un combate sangriento con los salvajes y experimentado los padecimientos horrorosos de la sed, por haberse apartado del río al tocar con dicho vértice. Pero en 1882, el explorador argentino Luis Jorge Fontana

navegó el Pilcomayo sin tropiezo hasta las Juntas, que están probablemente más arriba del mencionado delta.

La ignorancia del gobierno boliviano y de esta legación suya en punto á los datos útiles ó utilizables de esta expedición, es tan natural como invencible. Fué esta una empresa rudimentariamente militar é improvisada, en este sentido muy recomendable por su intrepidez y disciplina. El jefe y delegatario del gobierno en ella era un vocal de la corte de apelaciones de Potosí, por aquel entonces constituído accidentalmente en visitador de las misiones bolivianas del Chaco, cercanas al Pilcomayo. Por fortuna se juntó á la empresa Mr. A. Thouar, un comisionado de la Sociedad de Geografía de París para buscar la ruta y los restos de Creveaux, y espero que por este conducto no todo habrá sido en vano ni perdido para la ciencia y la industria.

Asunción y Buenos Aires acogieron con el mayor agasajo á estos valerosos precursores del enlace comercial de Bolivia con el Paraguay y el Plata. Pero á poco andar se desavinieron, bajo los aplausos, Mr. Thouar y don Daniel Campos, el delegado boliviano, ó, como aquí dicen, *se pelearon*. Sostienen unos que este último se trajo consigo el arma de uso allá adentro, el manojo de pasioncillas puntiagudas untadas con raíz de envidia. Afirman otros que Thouar flaqueó de ánimo y erró cálculos y rumbos, y que, por su sola causa, hubo de ser desastrosa la suerte de la empresa. No sabría yo á quién creer.

El resultado neto fué que Mr. Thouar partió inmediatamente para Francia, sin dar á conocer palabra formal sobre el asunto, llevándose consigo el fondo bueno ó malo de sus observaciones técnicas y positivas en la

zona geográfica por el Pilcomayo recorrida. Informó de viva voz y por escrito á la Sociedad de Geografía y al público de París. Por ello obtuvo lauros y recompensas de estímulo, con que ha vuelto ganoso de explorar lo que del río le falta. Á su llegada escribió su tardía carta de cortesía al presidente boliviano, avisándole que las cosas del Pilcomayo eran muy buenas, como resulta de estudios que él ha hecho y han quedado en Francia, etc., etc.

Mientras tanto, el alto comercio, que aquí quería saber ó calcular la verdad industrial de esta importantísima navegación, quedó enteramente á oscuras. No se mostró, por cierto, dispuesto á lanzarse en aventuras al són de la sinfonía laudatoria, con que algunos especuladores rompieron para saludar el descubrimiento, servir con mañas á Bolivia y socorrer sus bolsillos.

El mundo mercantil ha quedado aquí desde entonces lleno de desconfianzas, los políticos sobremanera contrariados. En vano les han dicho después que la navegabilidad está bien descubierta; que Fontana había opinado que se podía surcar el río en toda su extensión siete meses por año; que Thouar ha vuelto de Francia diciendo (pero sin soltar datos específicos) que es navegable todo y siempre sin mayores dificultades. Nada: los mercaderes han cerrado con tres llaves sus arcas para el negocio. Declaran que el gobierno de Bolivia sabrá probablemente muy bien lo que atañe á su conservación interna, mas no lo que saber le cumple sobre los más vitales intereses externos de su país; que él no es gente de fiar aun cuando otra vez gastara 60,000 fuertes y arriesgara de nuevo la vida de 150 súbditos patriotas

y valientes, todo para descubrir una cosa sin acertar á explicar lo que ha descubierto.

Resulta de aquí que el problema de la navegabilidad del Pilcomayo es todavía y como siempre para ese gobierno una ecuación de quinto grado, cuyas incógnitas así pudieran entrañar valores inmensos, como cantidades de negativa importancia ó ruinosas en el presente momento político. El vocal de la corte de apelaciones de Potosí ha prometido un informe extenso y revelador sobre su comisión, y, á lo menos que aquí se sepa, apenas ha dado á la estampa todavía sus querellas con Mr. Thouar. Él no despejará con su competencia jurídica esas incógnitas. Por lo demás, el comercio y la industria, armados á tontas y á locas con su oro y su esfuerzo muscular, no se agolparán espontáneamente al Pilcomayo, á pelear allí la gran batalla de la vida bajo los auspicios del actual gobierno de Bolivia.

Para satisfacer á lo menos la curiosidad del público en general, un joven expedicionario de 20 años, don José Paz Guillén, ha publicado aquí un diario sencillo, ingenuo, verdadero indudablemente en todas sus partes, sobre la materialidad é itinerario aparente del viaje. El Instituto Geográfico Argentino, presidido por un sabio de esta tierra, el doctor Estanislao Zeballos, ha conferido al autor el título de miembro de la augusta corporación.

En este diario se refiere la sangrienta catástrofe de la expedición boliviana que encabezaba el desgraciado Mr. Creveaux, catástrofe que se verificó en momentos que Chile ajustaba con el Perú y con Bolivia los vigentes tratados de paz y de tregua. Y consigna con este

motivo esta observación, nacida indudablemente de lo más hondo de un pecho boliviano: «Los chilenos nos cierran el paso por Arica y por nuestro litoral, á la vez que la horda salvaje de los Tobas por el Pilcomayo.»

El gobierno de Mr. Grévy ha prestado atención á la empresa del Pilcomayo. Aquí la legación francesa me ha suministrado noticias ciertas é interesantes sobre las últimas y recientes incidencias de este negocio. Por medio del gobierno francés, el de Bolivia podrá saber algún día la verdad sobre los resultados útiles de la reciente expedición boliviana.

Hace más de treinta años que Francia ha suspendido sus relaciones diplomáticas con Bolivia. «¿Á Bolivia? ¡Ni cónsules!» Se dijo el imperio y se está diciendo también la república. Mientras tanto, Bolivia no cesa de enviar á París plenipotenciarios de puro lujo. Actualmente está acreditado allá don Aniceto Arce. Posible es, si este señor tiene cara blanca y sangre en las venas, que se sonroje un poco al presentarse ante el gobierno francés como otro enviado más de Bolivia. Ojalá que este nuevo acto de humildad evangélica sea recompensado con noticias bolivianas sobre el Pilcomayo.

Advierto en mis instrucciones que ustedes han confundido la exploración que dirigió en 1883 Mr. Thouar, con la que en 1884 ha sido encomendada por el gobierno de Bolivia al crédito industrial, á la verbosidad inagotable y á los bríos espirituosos de don Miguel Suárez Arana. Están ustedes en error. Son dos empujes distintos del gobierno boliviano para sacar afuera su país, dos acometidas vigorosas una tras otra, en la resolución sublime de ver respirar á su pueblo como los demás pueblos de la tierra respiran.

Con efecto, dicho gobierno, acto contínuo de la exploración, quiso proceder á la colonización comercial, y coronarse de gloria por mano del gran empresario de 1875 en la bahía paraguaya de Cáceres, Suárez Arana. Es este antecedente lo que ustedes ignoraban, y por eso han confundido un ruido con otro ruido. Facilitáronsele 50,000 fuertes para que vaya y cumpla sus compromisos con el fisco en el Paraguay. Como ustedes lo oyen. Con esta plata debía mandar efectuar, ya que él mismo era incompetente, el estudio de la más alta costa boliviana en dicho río para la fundación de un puerto. Puedo, mientras tanto, señalar á ustedes el artículo del tratado vigente con el Brasil, donde expresamente está dicho que las tierras altas tales y cuales, únicas que en dicha costa existen, serán en adelante del imperio, y que éste partirá en cambio por mitad, con su hermana y vecina, las grandes bahías tales y cuales. Casualmente llegan todas á la rodilla.

Recuerdo perfectamente que un día en Santiago, abierta sobre la mesa la memoria de relaciones exteriores de Bolivia de 1885, uno de ustedes, señalándome con el dedo en las páginas ciertos pasaje y documentos muy resonantes, me dijo que el asunto de la fundación del puerto Pacheco, en la margen boliviana del río Paraguay, había de ser el primero y preferente asunto de mis indagaciones y de mis informes. En efecto, la autorizada noticia era de mucha sensación.

Decía el ministro en dicha memoria que esta primera población litoral acababa de poner á Bolivia en inmediato contacto con los grandes mercados europeos; que era el punto de partida de próximos trabajos de colonización en territorios de la república, ocupados hoy por

hordas salvajes; y que ya, desde luego, España ofrecía el concurso agrícola de sus viriles brazos vascongados, para venir á transformar esas selvas en valiosas y pintorescas propiedades, etc. La cosa era hecha. La memoria hacía valer un documento fehaciente. El agente ó concesionario del gobierno en el puerto Pacheco, imitando en carta del correo la sintaxis telegráfica más flamante, decía en julio de 1885 á la legación boliviana sita en Buenos Aires:

«Puerto magnífico. Alrededores en tres leguas completamente altos. Entusiasmo y valor completos. La felicidad de Bolivia asegurada en 100 días más. Detalles en primera oportunidad. Imposible por complicación trabajos. Comunique diaristas y gobierno de Bolivia.»

Debo avisar á ustedes que la fundación del llamado Puerto Pacheco en el río Paraguay, es la farsa más chocarrera y vergonzosa que se pudiera inventar bajo la mano de un gobierno. No soy severo sino exacto, Estoy plenamente habilitado para poder trazar aquí un cuadro, entre grotesco y punible, sobre lo ocurrido en el particular; pero, por lo mismo que buena parte de mis noticias debería tener cabida más bien en una gaceta judicial ó entre las trapisondas de un sainete, tengo que limitarme á apuntar el sumario meramente comprehensivo de los hechos notorios.

Á principios de 1885 se presentó en Buenos Aires el consabido empresario don Miguel Suárez Arana; y, á grandes golpes de bombo gacetero, anunció que el gobierno recién elegido en Bolivia le había hecho concesiones grandiosas y conferídole privilegios pingües para hacer un camino carretero, que, partiendo de la costa boliviana del río Paraguay, fuera á rematar á la capital

Sucre, dejando á la derecha de su trayecto ramales á Santa Cruz de la Sierra, etc., etc. Algunas personas del alto comercio y del gobierno pudieron cerciorarse por sí mismas de que el hecho era efectivo, y no les cupo duda que Suárez Arana, como auxilio fiscal para que cumpliera sus viejas y absurdas promesas, había recibido del Gobierno del presidente Pacheco 50,000 fuertes en dinero sonante.

Debo comunicar á ustedes que la coyuntura para promover un sólido enlace del comercio argentino con el boliviano era en tales momentos muy favorable en esta plaza y en esta cancillería á los intereses de Bolivia; y ello por una causa que insinuaré brevemente y que ustedes comprenderán sin dificultad.

Durante la guerra del Pacífico era unánime aquí la antipatía por los bolivianos. Siempre han dicho que no hay boliviano tonto y que es raro el que no se pasa de listo. Ahora acusábaseles de que comerciaban á sus anchas con Chile y dejaban batiéndose solo al Perú, mientras que, por otro lado, allá el gobierno, y aquí su legación, no cesaban de proclamar la alianza Perú-boliviana y la guerra á Chile. Esta indignidad y esta falsía eran aquí reprobadas unánimemente.

Sobrevinieron la paz con el Perú y la tregua con Bolivia, pactos con los cuales quedó ésta como cuerpo humano sin garganta y con el pie del vencedor sobre el vientre. Evidentemente, la guerra del Pacífico había dejado dos resultados generales: un descalabro, que sin duda ninguna no es mortal y sí tal vez enseñador á la nacionalidad peruana; la agravación de la deformidad geográfica de Bolivia, con que la existencia autonómica de ésta no aparecía ya siquiera viable y cuanto menos

prosperable. La anarquía con más recrudescencia que antes, una disolución más ó menos inminente ó próxima, se miraron aquí como hechos tan seguros como lógicos en Bolivia. Creían, además, que á esto propendía Chile.

Las cosas no han pasado así. El pueblo boliviano, á lo que parece, ha resuelto ensayar la empresa de vivir á toda costa.

Y es el caso que aquí han contemplado todos con la mayor atención la actitud suprema de ese pueblo y de sus facciones políticas, actitud asumida tan pronto como sintieron en las carnes el tormento nuevo de la rueda, á que había quedado sometido el ya tan opreso cuerpo de su nacionalidad. Á los grillos comerciales, á los ahogos del tesoro, á la despoblación por hambre y por guerra, á la universal penuria privada, á los cien mil gusanos roedores del encerramiento sin salida, vino por aquel entonces á juntarse una de esas luchas electorales de vida ó muerte para los partidos, lucha que amenazaba desquiciar, como tantas veces, el orden público en provecho de la anarquía y del militarismo. Y ¿cuándo? Precisamente cuando el país se consideraba ya libre á lo menos de esta última lepra, por haber sido carbonizada bajo el cauterio oprobioso de la reciente guerra.

Porque más al profundo que la referida antipatía, hecho transitorio, se advierte sin mucha sagacidad que este país, el argentino, ve con pena cualquiera lesión territorial, cualquier gravamen irreparable causado al desarrollo económico y á la existencia política de Bolivia. Simple pena no más; quizá no tanto tristeza del mal cuanto tristeza del bien ajeno, para hablar en términos del catecismo de Astete. Este egoísmo está legitimado gran parte por su deber de mantener á raya al Brasil en

el Plata, tarea de suyo muy ardua, vigilante y peligrosa. Dicho egoísmo le aconseja *dejar hacer de hecho* contra Bolivia á más no poder, y juntamente interesarse en la medida de sus fuerzas pacíficas por este angustiado vecino, cuya prosperidad no puede menos que ser especialmente armónica con la suya, y cuya alianza en el Plata le sería por demás ventajosa.

Por eso no habrán extrañado ustedes que la prensa de esta capital, aparte de su opinión abiertamente contraria á Chile en la pasada guerra, no haya cesado un momento de transmitir al público argentino todos y cada uno de los trances terribles, por encima de los cuales, al compás de rugidos y quejidos viriles, se ha venido desenvolviendo y afianzando aquella extraña y grande resolución inquebrantable del pueblo de Bolivia, aquella instintiva y á la vez meditada perseverancia suya en querer existir, cueste lo que cueste, como nación indepedendiente y soberana.

Siete años de correcta vida constitucional, atravesando calamidades y conflictos de muerte; á la postre un tremendo choque en torno la urna eleccionaria, adonde los partidos van y despliegan procederes de disciplina, de libertad, de lealtad y de legalidad, que debieran imitar los partidos políticos allá donde, ellos y sus caudillos, se nutren con la savia confortante y apaciguadora de la prosperidad nacional. Porque, verdaderamente, si las virtudes cardinales que forman la religión política se resumen para un pueblo en la práctica del buen gobierno, hélas ahí en Bolivia ahora y antes de ahora, aun á despecho de la impericia que se advierte en sus conductores supremos.

No se puede negar que, ante un espectáculo seme-

jante, una viva reacción de sentimientos, con respecto á Bolivia, se ha verificado de dos años atrás en el espíritu público argentino. Á lo menos, puedo asegurar que las renacientes simpatías no poca parte tienen en los planes que arriba he indicado, como concebidos por los estadistas, planes que aguardan su coyuntura en la opinión, en los especuladores de fiar, en el presupuesto de los gastos nacionales, y también en una cooperación boliviana correspondiente.

Pues bien, bajo la benéfica influencia de esta aura, hubiera cobrado ágiles alas en Buenos Aires la empresa de Bolivia representada por Suárez Arana, si ella no hubiera sido absurda en su concepción, en sus medios y en la elección de su jefe. Así y todo, el fisco banquero la ha protegido con una largueza que demuestra el excelente espíritu de su directorio.

En esta comedia, exposición y desenlace se amasan para preparar como postre el enredo de la pieza. Supongo que el tal enredo nada interese á ustedes, y puedo por lo mismo ser breve tomando nota solamente del prólogo y del epílogo.

El empresario comenzó por malgastar los 50,000 duros en vinos y comidas, y también en la compra de una lancha á vapor que le presentaron y dos remolcadores viejos. El alardeo tocante á estas compras fué estupendo en Bolivia, según me cuentan. El ministro residente de dicha nación, un boliviano perteneciente al foro de menor cuantía en esta ciudad, pero patriota muy entusiasta y deseoso de ligar su país con la República Argentina, se constituyó en *macaneador* de la empresa, que macaneador llaman en Buenos Aires á los hablistanes incontenibles y majaderos. Sea de ello lo que fuere, él probó que

tenía fe positiva en la cosa, y me parece que esto pasa de puro *macaneo*: entró en la empresa como industrial privado con unos 20,000 fuertes de su señora esposa.

No se puede negar que esta conquista fué muy útil á Suárez Arana. Don Santiago Vaca Guzmán, que así se llama este ministro, logró abrir en el Banco Nacional, á nombre de Bolivia, un crédito por 100,000 fuertes. No deben ustedes extrañar tan aventurada largueza en esta institución fiscal, si toman en cuenta los designios políticos y económicos de estos estadistas con respecto al Pilcomayo, de que he informado á ustedes. La empresa de la viabilidad terrestre, encabezada por el concesionario Suárez Arana, es paralela y congruente con la fluvial que meditan dichos señores.

El 15 de junio de 1885 salió la flota de la empresa que, en carteles y anuncios mayúsculos, se titulaba «Empresa Nacional de Bolivia». Componíase de la *Bolivia*, chata á vapor, del *Sucre* y del *Santa Cruz*, remolcadores de paseo, y de la *Otuquis* y la *Potosí*, chalanas de á 10 toneladas. Salieron, llegaron y fundaron. Á mediados de julio quedó trazada la ciudad sobre la margen derecha del río Paraguay, á los 20°, 17' de latitud sud, con el nombre de Puerto Pacheco. Su plano con calles y plazas había sido exhibido en Buenos Aires. La idea del empresario y ministro bolivianos era que aquí se llega á grandes cosas á punta de bombo.

De este desembarcadero, inundable en las grandes crecientes, «futura Nueva York del Sud» como decía Suárez Arana en su patriótico y más que patriótico entusiasmo, debía arrancar la gigantesca carretera que, cruzando cuan largo es el Gran Chaco, había de llegar

pronto al pie del templo de la Recoleta, en la capital de Bolivia. Pero otras cosas se le anticiparon.

Con efecto, muy pronto comenzaron á llegar de Asunción del Paraguay telegramas pomposos sobre los adelantos de Puerto Pacheco y del camino á Sucre. Junto con eso llegaban también giros y giros á cargo de la legación boliviana en ésta, primero hasta llenar el crédito de los 100,000 fuertes en el Banco y después hasta excederlo en otros 100,000 más. Aquí fué donde pararon todos la oreja y la paró también el gobierno boliviano. Sucedió entonces que con motivo de dicha paradura y de quejas en masa del comercio de Santa Cruz, antigua víctima de Suárez Arana, sobre procederes absurdos de la empresa, como ser el cobrar derechos al contado en Piedra Blanca (19° de latitud sud á cinco leguas de Corumbá y sobre una bahía de escaso fondo en el río Paraguay), ordenó el gobierno boliviano á su ministro en Buenos Aires que pasase á inspeccionar personalmente los trabajos de Puerto Pacheco.

Así lo hizo el señor Vaca Guzmán á principios de diciembre último. Allí pudo con sus ojos contemplar una realidad que debía haber columbrado pintada á lo lejos de antemano.

Por el pronto, el empresario no quiso reconocer al ministro ni al socio carácter ninguno para inspeccionar nada. *Se pelearon.* Por fin, á la vuelta de lamentables escenas, causadas gran parte por el estado algo vaporoso en que solía encontrarse la cabeza del empresario boliviano, Vaca Guzmán pudo comprobar entre otras cosas que el camino, en sus primeras quince leguas, era impracticable durante la mitad del año, por correr sobre terrenos bajos que el Paraguay inunda habitualmente. Además de esto,

vió que nada de lo hecho correspondía ó guardaba relación con lo gastado. Así lo informó al gobierno en cumplimiento de su deber.

Desde este instante el empresario comenzó á sentir la presión de ahogos pecuniarios. En la imposibilidad de proseguir indemne sus trabajos, cayó presto en falencias menudas y notorias. Dióse la voz de alarma: lo demás se comprende. Se embargaron en Asunción la *Bolivia* y en Corumbá el *Sucre*, cayó sobre otras existencias una peste de acreedores, el gobierno quitó á su contratista la empresa con intento de cancelarle la concesión, y ustedes tienen todo lo que saber deseaban sobre el renombrado puerto Pacheco.

Dicho gobierno ha acreditado, con motivo de toda esta batahola, un ministro en el Paraguay, el señor Isaac Tamayo. Por más que el hecho aparezca inverosímil, me aseguran, como cosa efectiva, que, como medio de salir del atolladero y pagar deudas, este ministro ha traído poderes para vender en almoneda las rentas de la aduana de Piedra Blanca por la suma anual de 27,000 fuertes.

Aún no tiene bien abierto su respiradero por el Paraguay, cuando Bolivia comienza, como en su litoral del Pacífico, hoy perdido, á llamar la intervención extranjera sobre el cobro de sus rentas fiscales. Y ¡qué rentas! Exacciones á intrépidos mercaderes de las selvas. Los rematantes, acaso brasileños del comercio de Asunción, caerán como cazadores sobre los comerciantes cruceños, y caerán apoyados por las autoridades imperiales de Corumbá. Del otro lado de las selvas, á cien leguas de distancia, tendrán dichos comerciantes autoridades bolivianas que miren por la justicia.

Los incalificables tratos habidos con Suárez Arana,

los 50,000 duros del tesoro á él confiados, el abuso del benévolo dinero argentino bajo los auspicios de Vaca Guzmán, la pública almoneda de los derechos fiscales de un comercio de primera necesidad y que gatea en la infancia, todo junto con lo que ya ustedes conocen relativamente á la exploración del Pilcomayo y á sus extravagantes incidencias, hechos son muy significativos que advierten á estos señores estadistas, que, para sus acariciados planes de navegación comercial y de colonización agrícola del Pilcomayo, no podrán contar para nada ni con los dineros ni con el brazo del gobierno boliviano, puesto que tampoco pueden contar con su cerebro, vacío de gobernación y lleno sólo de mando rutinero y sensual.

Según lo que tengo observado, son los bolivianos muy dados á los cálculos psicológicos de la lucha social y á las empresas políticas. Con este método ó régimen de vida, á mi entender un poco bizantino, están viendo caer de sus manos á pedazos los bordes externos de su riquísimo pero encerrado territorio. Por el lado del sur, del suroeste, del oriente y del noreste, los tratados ó la ocupación de hecho le tienen carcomidos, en sesenta años de existencia política, girones que van dejando cada vez más soterrados á aquellos infatigables filósofos.

No lo creerán ustedes: son frailes italianos y españoles pertenecientes al colegio de *Propaganda Fidæ*, de La Paz, los únicos que se han prestado en Bolivia á surcar animosos los ríos que fluyen al Madera y por éste al Amazonas. Son ellos los únicos en dar avisos ciertos é indicaciones útiles sobre la navegabilidad de esos valiosos afluentes. Uno de esos frailes ha sido el primero en señalar con el dedo, á los bolivianos, la importancia te-

rritorial de las cien leguas y de la arteria fluvial que al Brasil regaló el tratado de 1867.

En el Instituto Geográfico Argentino, de esta ciudad, he podido consultar trabajos de ingenieros brasileños que denotan la enormidad de aquella cesión gratuita. Acreditan igualmente los designios de la corte imperial de aprovechar cuanto antes de las ventajas de su tratado de límites, las cuales constituyen al Brasil en intermediario forzoso del comercio boliviano por el lado de los departamentos de La Paz, del Beni, de Cochabamba y hasta de Santa Cruz. Pero veo que esto pertenece de lleno á los estudios sobre la salida de Bolivia por el Amazonas, de que informaré á ustedes en mis cartas de Río de Janeiro, donde espero estar cuando más tarde á fines de setiembre próximo.

Así como hasta aquí he sido imparcial en obsequio de ustedes, quiero, al terminar, ser justo en obsequio de mi conciencia.

Por lo mismo que Bolivia carece absolutamente de ciudadanos intrépidos en la esfera de los intereses positivos de su país, y que se presten á exploraciones riesgosas, lejanas de los focos donde el común de las gentes labra allá á porfía la felicidad constitucional y literaria de la nación, era de esperar que, en el caso que á Suárez Arana se refiere, el gobierno hubiera arreglado las cosas con juicio y atención especiales, á fin de premunirse contra los defectos y de aprovechar las excelentes cualidades de dicho individuo. Porque, según todos mis informes, don Miguel Suárez Arana, á pesar de su falta de seriedad y de sus ningunos conocimientos facultativos, es un abnegado y valeroso explorador, lleno de entusiasmo por la redención comercial de su cautivo país,

que tiene prestados en este sentido servicios dignos de imitarse, y que está á pique de volverse loco á fuerza de consagrar sus sueños y sus vigilias, á lo que él con más larga vista que otros llama la única salvación de Bolivia.

De ustedes con toda obsecuencia se despide hasta la próxima oportunidad, atento servidor—

LUIS DE VIANA.

CERVANTES EN ARGEL

ACTO CUARTO

Lujosísimo gabinete turco en el palacio de Azán Bajá. Techos y muros espléndidamente decorados. Puertas de comunicación á entrambos lados: las de la izquierda comunican á los departamentos del rey de Argel; las de la derecha dan entrada al dormitorio de Halima.

Calado en el grueso muro del fondo y al medio de él, un ajimez, cuyas persianas están abiertas, divisándose por entre las sombras de la noche las altas y espesas copas de los árboles de los jardines que rodean el palacio.

Sujeta por medio de dos garfios á la parte inferior é interior del ajimez, una finísima escala de seda, que se conoce estar pendiente hacia el piso de los jardines por el exterior.

La estancia completamente á oscuras.

Se oye muy á la distancia el vocerío de los soldados berberiscos que llevan presos á los caballeros españoles sorprendidos en la cueva. El ruido va desapareciendo paulatinamente hasta cesar por completo en los comienzos de la escena segunda.

ESCENA PRIMERA

AIDAR

(*Subiendo por la escala, aparece Aidar por la parte exterior del ajimez, hasta quedar de medio cuerpo. Trae su puñal entre los dientes. Sondea la escena con cuidado y, luego que se convence de que no hay nadie, salta dentro y empuña el arma. Llega profundamente agitado.*)

AID. ¡Oscuridad... silencio!...

(*Atisbando. Salta dentro.*)

¡Oh, caso triste!
¡desdicha sin igual!... ¡Maldita suerte!...

(*Dolorosamente. Pausa.*)

¡Mi puñal ha arreglado ya la cuenta
al hombre fementido!... ¡Casualmente
le he encontrado en mi fuga!... ¡Su palabra
venenosa ha callado para siempre!...

(*Pausa.*)

¡Don Miguel apresado!... ¡Y los cautivos
que estaban esperando tantos meses!...
¡Halima descubierta! ¡Y, más que nunca,
Dalí triunfante!...

(*Con profunda amargura. Transición con rabia.*)

¡Poco fué tu muerte,

(*Vehementemente.*)

miserable Quezada, para tantas
y tan fieras desdichas!... ¡El aleve!...

(*Pausa. Reflexiona.*)

Dalí, á la triste Halima persiguiendo,
hasta aquí llegará seguramente...
Resuelto estoy... me quedo aquí en espera...
Halima ha de venir...

(*Se queda pensativo. Luego, dándose cuenta de su situación, mira receloso hacia los departamentos de Azán Bajá, y dice con temor:*)

¡Oh, si me sienten!...

(*Se serena y exclama:*)

¡Es preciso salvar al buen Cervantes!...

(*Pausa.*)

¡Fué fortuna escapar de entre la gente
del Jefe de la Guardia!... ¡Quiera el cielo
ayudarme!

(*Pausa larga; se queda escuchando.*)

¡Oh, zozobra!... ¡Siempre, siempre silencio!...

(*Pausa. Reflexiona.*)

¡Su pasión será su pérdida,
si Halima me secunda!...

(*Se detiene de pronto y dice inquieto:*)

¿Qué?

(*Pausa. Escucha.*)

¡Alguien viene!

(*Se encamina hacia la derecha y se mantiene ahí silencioso, bien pegado su cuerpo al muro y con el puñal apercibido. Prolongado momento de espera. La parte de escala que se ve en el ajimez se mueve un instante con violencia y luego queda en tensión. Halima, con el semblante desencajado, salta á la escena por el ajimez; y, como si le faltaran las fuerzas en medio de una sombría desesperación, se deja caer sobre una otomana colocada en medio de la estancia, y se cubre el rostro sollozando ahogada y convulsivamente. Aidar se dirige á ella apresurado.*)

ESCENA II

HALIMA, AIDAR

AID. ¡Señora!

HAL. ¿Quién?

(*Irguiéndose repentinamente, como fuera de sí.*)

AID. ¡Aidar!

HAL. ¡Aidar!... ¡Tú!... ¿Oyes?

(*Con extravío.*)

¿Oyes el vocerío?... ¡Son los crueles!...
¡Se llevan al amado de mi alma!...

(*Con infinita desesperación.*)

¡No volverán mis ojos más á verle!...
¡En poder de Dalí!... ¡Voy á morirme
de espanto y de dolor!... ¡Aidar! ¿comprendes?

¡Las fuerzas que un momento pudo darme
el peligro supremo, desparecen!...
¿Oyes, Aidar?... ¡Resuenan en mi alma
esas funestas voces!... ¡Crueles! ¡crueles!...
¡Ay! ¡me lo quitan todo!...

AID. ¡Oíd, señora!

(*Tratando de calmarla.*)

HAL. ¡Me arrebatan mi amor! ¡Y van alegres!
¡Amor mío! ¡amor mío!... ¡Y á mi padre
lo entregarán los viles!... ¡No, mil veces!...

(*Abalanzándose hacia el ajimez como para lanzarse fuera de la estancia con infinita desesperación. Aidar se le pone delante y la detiene respetuosamente. Halima retrocede y vuelve á caer sollozando en la otomana.*)

AID. ¡Mirad en lo que hacéis, señora mía,
que ya fuera de vos la pena os tiene!

HAL. Si fuera cierto, Aidar ¡qué dicha fuera!
¡Mi corazón estalla! ¡se oscurece
mi pensamiento, pero no es bastante!
porque así todavía mi alma siente,
todavía el recuerdo me tortura!

(*Con frenesí.*)

¡El recuerdo perezca! ¡pronta muerte
ahogue entre sus ruinas mi memoria!...
¡sepulten mi dolor sombras perennes!...

AID. ¡Oh, señora!... ¡Volved en vos, señora!...

(*Con desolación.*)

¡Por vuestro amor inmenso!... ¡concededme
unos momentos de atención!... ¡Dios mío!...
¡Que la luz no se apague en vuestra mente,
porque entonces sería sin remedio
el mal que os aniquila! ¡Sean fuentes

de lágrimas copiosas vuestros ojos,
que el corazón alivien!

HAL. ¿Te parece
que puedo resistir tan duro golpe?
¡Jamás!... ¡jamás!... ¡Llorara yo á torrentes,
y nunca agotaría mis dolores!...

AID. ¡Por Dios! ¡por Dios, oídme!

HAL. ¿Qué pretendes?

(*Con amargo reproche.*)

¿Por qué con tal ahinco, Aidar, procuras
de mi duelo infinito distraerme?
¿Por qué con tal vehemencia, Aidar, te afanas
en que oiga tus palabras, que no pueden
hacer cesar un punto las angustias
de mi infinito amor? ¡Tú no comprendes
que, aunque goce terrible, es goce al cabo,
cuando la desventura el alma hiere,
entregarnos con todas nuestras fuerzas
á la mortal congoja que se siente
en el pecho! ¡Con todas nuestras fuerzas!...
¡con todas, porque al ánimo parece,
así, acabar con ella, concluyendo
consigo mismo paulatinamente!...
¡Oh, déjame gemir, desesperarme,
apurar de una vez hasta las heces
la emponzoñada copa!...

(*Con frenesí y como sorda á todo.*)

AID. ¡Ved, señora,
ved que el tiempo que en lágrimas se pierde
es mil veces precioso!... ¡Oídme, os hablo

(*Como apelando á un recurso extremo al notar que Halima no le escucha.*)

por bien de don Miguel!...

HAL. ¡Dí, dí! ¿Qué quieres?

(*Levantándose como galvanizada de la otomana.*)

¡Por él, por él te escucho, Aidar! ¿Qué dices?
¿Vas á hablar por su bien?...

AID. ¡De vos depende,
tal vez, que don Miguel pueda salvarse!...

HAL. ¿De mí? ¿de mí? ¿Será verdad?...

AID. Es este
el motivo, señora, que me ha hecho
venir acá, una vez que pude verme
libre de los soldados...

HAL. ¡Pronto, pronto!...

(*Interrumpiéndole agitadamente.*)

¿Cómo puedo salvarlo?... ¡Estoy pendiente
de tu palabra, Aidar! ¡Habla de prisa,
que la ansiedad me mata!

AID. Muchas veces
don Miguel ha evitado las prisiones
en donde, entre torturas, languidecen
los míseros cristianos. De mil modos
astutos ha sabido desprenderse
del ominoso yugo, y con sus trazas
en Argel escondido manteniéndose,
de Dalí se ha burlado y sus secuaces;
pero será imposible que al presente
de escapar tenga tiempo. Vuestro padre
mandará que á su vista se le queme...

HAL. ¡Oh, desesperación!...

AID. Ó por lo menos...

HAL. ¡No más, no más, Aidar!...

AID. Por consiguiente,

es preciso evitar que Dalí avise,
en un término más ó menos breve,
al rey Azán Bajá de la captura
del señor de Cervantes.

HAL. ¿De qué suerte?

AID. Sabéis que con amor inextinguible,
señora, os ama el vengativo Jefe:
alentad ese amor.

HAL. ¿Tú me aconsejas
(*Con espanto.*)
que á la pasión del bárbaro me entregue?

AID. ¡Nada más que promesas! Engañadle.
Está loco de amor. Sí... prometedle
un paraíso eterno!... ser su esclava,
para que libre á vuestro amado deje.
(*Halima, en el arrebato de la pasión, exclama:*)

HAL. ¡Lo haré por tí, amor mío!... ¿Y qué no haría?

AID. Serán vuestros halagos, aliciente
supremo para el Jefe de la Guardia.

HAL. Mas... ¿y después?...

AID. ¿Después?... Nada os inquiete
(*Con seguridad.*)
el porvenir, señora. ¡Son contados
los días de Dalí!...
(*Con sombría resolución.*)

HAL. ¡Tu acento!...
(*Aidar la interrumpe.*)

AID. ¡Á muerte
me tiene condenado!

HAL. ¡Ah!
(*Con terror.*)

AID. Por mi parte,

voy á tratar de hacer que no se lleve
á cabo la sentencia, reuniendo
á Quezada y Dalí en la misma suerte!...

HAL. ¡Sangre y desdichas siempre en torno mío!...

(*Estremecida de horror.*)

AID. De vos me aparto ya. Tened presentes
mis palabras, señora: que la vida
del noble don Miguel de vos depende.

HAL. ¡Vivirá! ¡vivirá!...

AID. ¡Dios lo conceda!

(*Súbese al ajimez y comienza á descender por la escala.*)

HAL. ¡Sí!... ¡Velad por mi amado!

AID. ¡Hasta la muerte!

(*Desaparece. Halima, apoyándose en el ajimez é inclinando el cuerpo hacia afuera, se queda como mirándolo descender. Después de un momento de silencio, se siente un "¡ay!" lanzado desde afuera por Aidar con entonación de suprema angustia. Halima retrocede con espanto y tambaleándose; pero, después que dice las primeras palabras, se lanza nuevamente al ajimez y, tomando la escala, la sacude con desesperación tratando de recogerla. Al conocer que está sujeta y al convencerse de que alguien sube por ella, queda como petrificada de terror.*)

AID. ¡Ay!

(*Desde afuera.*)

ESCENA III

HALIMA

HAL. ¡Lo han muerto!...

(*Corre á la escala.*)

¡La escala!...

(*Retrocede.*)

¡Está sujeta!...

¡Es él!... ¡Dalí!...

(*Desolada.*)

¡Amor mío!...

(*Buscando fuerzas en su misma pasión.*)

¡Fuerzas déme
tu imagen adorada!...

(*Mirando al cielo.*)

¡Ya estoy sola!
¡Dios de Miguel!... ¡alumbra tú mi mente!...

(*Llega Dalí y penetra por el ajimez.*)

ESCENA IV

HALIMA, DALÍ

DALÍ ¡Mañana no tendréis el perfumado

(*Con sarcasmo.*)

ramo que, al levantarse en el oriente
el sol, Aidar, ufano, os presentaba!
¡Concluyó su trabajo para siempre!...

(*Con risa infernal.*)

¡Así mueren los perros!... ¡Así acaban
los que osan, atrevidos, oponerse
al altivo caudillo de la Guardia!
¡Hija de Azán Bajá ¿tembláis? ¿Quién puede
hacer temblar á la soberbia Halima,
que á los esclavos mira complaciente,
y, en tanto Azán Bajá duerme tranquilo,
á los cristianos, plácida, protege?

HAL. ¡Nunca tiemblo, Dalí!

(*Tratando de dar firmeza á su acento.*)

DALÍ ¡Tembláis ahora,

de vuestra voz el tono me lo advierte!

(*Irónico.*)

Y tembláis con razón, que será cierto
lo que vuestra alma en este instante teme.

(*Acentuando sus palabras.*)

Cuando tenga noticia vuestro padre
de los sucesos de esta noche, y llegue
á saber que el imbécil Estropeado
se encuentra en mi poder... ¡oh, cuán vehemente
su corazón palpitará de gozo!

HAL. ¡Dalí!

(*Con acento inexplicable de angustia.*)

DALÍ ¡Pobre Estropeado! No le esperen
sus deudos, sus amigos, en la patria!...
¡Sus cenizas quizá verán, si vienen
á buscarle algún día con rescate!...

HAL. ¡Calla, calla, tirano! ¡Más ofende
la compasión del tigre solapado,
que el ataque del león, que va de frente!

DALÍ ¡Tirano llama Halima, tigre llama
á Dalí, porque cumple los deberes
del puesto que le tiene confiado
el rey Azán Bajá!

(*Con fingida y pérfida sorpresa.*)

¡No, no merece
Dalí dureza tanta por su empeño
de servir á su rey! Eso es hacerle
inmerecido agravio... dura ofensa!

(*Solapadamente.*)

¡Sabrá premiar el rey, como se debe,
la captura del pérfido Estropeado!

HAL. ¡Calla, calla, Dalí! ¡No representes
(Con horror y angustia.)
más á mi pecho la tortura horrible
que Miguel de Cervantes sufrir puede!...
¡Basta, basta, Dalí!... ¡Sabrás, caudillo,
impedir que á ese mísero atormenten!...

DALÍ ¡Su muerte será horrible!
(Con ferocidad y odio.)

HAL. ¡Nunca, nunca!...
(Suplicante.)
¡Caiga en ruinas Argel mil y mil veces
antes que dar tormento á ese cristiano!

DALÍ ¡Antes perezca Argel y libres queden
los veinte mil cautivos que lamentan
entre cadenas la contraria suerte,
que se escape esta vez el Estropeado
de ser quemado vivo lentamente!...

HAL. ¡Agonía sin fin!...

DALÍ ¡Quemado vivo
(Con complacencia.)
después de haberle dado los más crueles
y horrorosos suplicios, calculando
con esmero esquisito, que á la muerte
ninguno le conduzca!...

HAL. ¡Horrible, horrible!
¡Mira, Dalí, mis lágrimas ardientes!...
¡Mi desesperación mira!... ¡En tu pecho
la noble compasión un eco encuentre!...
(Arrojándose á sus plantas en la mayor desolación.)

DALÍ ¡Halima! levantad!...
(Sarcásticamente.)

HAL. ¡No!... Deja, deja
que me arrastre á tus pies por conmoverte!...
¡Ay!
(*Se levanta.*)
¿Por qué los tormentos inauditos
para ese hombre, Dalí?... ¡Todo lo puedes!...
DALÍ ¡Todo!
(*Triunfante y diabólicamente.*)
HAL. ¡Sálvale, sálvale!
DALÍ Tan sólo
(*Pausadamente y con cólera contenida.*)
dió al amor de Dalí fieros desdenes
la hija del Bajá... y á ese cristiano
entregó el corazón... ¡Sólo su muerte
(*Estallando.*)
podrá saciar las ansias de mi odio!
HAL. ¡Sálvale!...
(*Haciendo un violento esfuerzo sobre sí misma se llega á él y le dice lo que sigue con voz sorda:*)
¡y se [illegible]... tuya!...
(*Retrocede como estremecida de terror por lo que ha dicho y se cubre el rostro sollozando. Dalí queda de pronto como paralizado por el gozo; mas luego se acerca á ella extremeciéndose de alegría.*)
DALÍ ¡Halima!... vuelve,
vuelve á decir esa palabra, Halima!
HAL. ¡Tuya!
DALÍ ¡Potente Alá! ¡qué gozo es este!
¡Vivirá!
(*Refiriéndose á Cervantes.*)
¡Mía!... mía!... ¿Serás mía?
HAL. ¡Tuya!...
DALÍ ¡Precioso instante!... ¿Quién se atreve

á arrebatarme á Halima?

(*En el colmo del júbilo. Pausa larga en que se queda contemplándola como en éxtasis. Luego su frente se oscurece; y, dando un paso atrás, dice con desconfianza:*)

¡Tú me engañas!

HAL. ¡Ah! no, no!

DALÍ ¡Tú me engañas!

HAL. ¡Tal no pienses!

DALÍ ¿Juras?

HAL. ¡Lo juro, sí, por el Profeta!

DALÍ ¡Ven, pues, conmigo, ven!

HAL. ¡Oh! ¿qué pretendes?

DALÍ ¡Tu padre me desprecia! Huye conmigo!

HAL. ¡Huir!...

DALÍ ¡Y el cristiano será libre!

HAL. ¡Quieres un imposible!

DALÍ ¡Es necesario!

HAL. ¡Nunca!

(*Retrocediendo con horror. Todo esta parte muy rápidamente. Pausa. Dalí queda mirando de hito en hito y sombríamente á Halima; luego, haciendo un movimiento brusco, exclama:*)

DALÍ ¡Si en poco tiempo más no te resuelves,
hija de Azán, perecerá el esclavo!
Voime á ordenar que en cuanto el alba llegue
comiencen los suplicios, si no he dado
contraorden.

HAL. ¡Detente!

DALÍ ¡No!

HAL. ¡Detente!

(*Con terror.*)

DALÍ Muy pronto he de volver; quede la escala,

como hasta aquí, del ajimez pendiente.

(*Sale por la escala: pero antes de desaparecer agrega:*)

Pesa bien mis palabras: ¡serás mía,
y conmigo huirás! Si no, la muerte
del Estropeado es cierta!

(*Con convicción.*)

¡Hurí divina,
el Profeta te guarde y te aconseje!

(*Desaparece. Halima se arroja sobre la otomana, desolada, y permanece un largo espacio sollozando; luego, elevando sus ojos al cielo, se arrodilla y dice, interrumpida frecuentemente por los sollozos:*)

ESCENA V

HALIMA

HAL. ¡Oh, Dios de los cristianos!... si no es falso
que eres Dios verdadero, omnipotente,
y desde el cielo miras nuestros males,
y en nuestras agonías nos protejes,
envíame, Señor, desde tu trono
un rayo de tu luz que me serene!...

(*Cervantes aparece en estos momentos por el ajimez, y salta dentro con toda cautela sin ser sentido por Halima, y se aproxima silenciosamente á ella, contemplándola con ternura.*)

¡Envíame una idea misteriosa
que en tan supremo instante me consuele!...

ESCENA VI

HALIMA, CERVANTES

CERV. ¡Nada...

HAL. ¡Ay!

(*Grito súbito y de terror al sentir hablar tan cerca de sí, levantándose violentamente.*)

CERV. niega á sus ángeles el cielo!

(*Continuando la frase.*)

HAL. ¡Miguel! ¡alma de mi alma! ¿Tú eres? ¿tú eres?

(*Loca de júbilo.*)

¿Te miro? ¿Aquí te miro? ¿No me mienten
mis sentidos?

CERV. ¡Halima!

HAL. ¡Dicha inmensa!
¡Amor mío, eres tú! ¡Ven que te estreche
entre mis brazos! ¡Ven, dulce amor mío!
¡Déjame contemplar tu noble frente!
¡Estás libre!... ¡He sufrido tanto, tanto!
¡Ay! ¡he vertido lágrimas ardientes
de angustia sin ejemplo!... ¡Ya te he visto,
con los ojos inquietos de la mente,
ensangrentado, muerto!... ¡Qué agonía,
cuando estabas en manos de los crueles!

(*Transición.*)

Mas, te veo á mi lado, libre, libre!

CERV. ¡Á vuestro lado, Halima, vuestro siempre!
¡Los lazos que han formado nuestras almas *(r)*
serán indisolubles!

HAL. ¡Cesen, cesen
mis angustias insanas!... ¡Tú á mi lado!...
¡Quiero vivir mirándome en tus ojos,
extasiarme en tu amor!... ¡Mil y mil veces
murmurar á tu oído las ternezas
de mi pasión sin fin!

(*Con arrebato.*)

CERV. ¡Cielos clementes!
cómo endulzáis las horas del cautivo
con la esencia purísima que ofrece
á mi alma lacerada esta flor cándida!...

(*Atrae hacia sí á Halima y le da un beso en la frente. Pausa larga. Transición de Cervantes, que recuerda las circunstancias en que se halla.*)

Frustrada por la mano de un aleve
la concertada fuga, Halima mía,
es fuerza resignarse hasta que suene
una hora más propicia.

HAL. Y tú, amor mío,
¿evitarás, acaso, las crüeles
manos de los soldados?

CERV. Me veis libre.
Secreta amistad tengo con la gente
del infame Dalí.

HAL. ¡Con los soldados!

CERV. ¡Sí, con muchos! Ya veis que me protegen.
Con riesgo de su vida, uno me ha dado
ocasión de escapar. Nada os altere.

HAL. ¡Ha muerto Aidar!

(*Con dolor.*)

CERV. ¡Su cuerpo he humedecido
con lágrimas amargas!... ¡Dios lo premie!
Le he encontrado al llegar al pie del muro,
no lejos de la escala. ¡Quién pudiese...

(*Halima lo interrumpe con ligereza.*)

HAL. ¡Ay! ¡La escala!

(*Con terror. Corre hacia ella y la recoge apresuradamente.*)

CERV. ¿Qué hacéis?

HAL. ¡El asesino

no ha de tardar!

CERV. ¿Dalí?

HAL. Dalí, que viene...

(*Titubeando, muy ruborosa. Cervantes la interrumpe comprendiéndolo todo.*)

CERV. ¡Vos, por salvarme...

(*Reticencia y transición.*)

¡Todo lo comprendo!

¡Sublime abnegación!

(*Conmovido.*)

Pero la suerte

ha impedido el inútil sacrificio!...

(*Pausa leve.*)

¡Halima!... adiós!...

HAL. ¡Te vas ya!

CERV. Nuevamente

es fuerza comenzar con todo empeño

á preparar la fuga.

(*Echa afuera la escala, que había recogido Halima.*)

HAL. ¿Si el aleve

te espera como á Aidar?...

(*Estremeciéndose de terror al ser asaltada por semejante pensamiento.*)

CERV. Voy prevenido.

Desechad la zozobra. No os inquiete...

(*Halima, con espanto, le interrumpe, mostrándole la escala.*)

HAL. ¡Mira, mira la escala! Se ha movido!

¡Ahora está en tensión!... ¡Él es!

CERV. ¡Que llegue!

(*Con frialdad.*)

HAL. ¡Ocúltate, amor mío! ¡Ven!

(*Con vehemencia.*)

CERV. ¡No, Halima:
es deshonra!

HAL. ¡Deshonra!... cuando debes
por la astucia lidiar contra el astuto!
¡Mátame!...
(*Con desesperación.*)

CERV. Os obedezco.
(*Se entra por la segunda puerta de la derecha, que deja entreabierta.*)

HAL. ¡Se irá en breve!
(*Aparece Dalí por el ajimez y salta adentro con ceño adusto y sombrío.*)

ESCENA VII

HALIMA, DALÍ

DALÍ ¿Dispuesta está á seguirme la hija hermosa
de Azán Bajá?
(*Con sarcasmo y cólera.*)

HAL. ¡Jamás!
(*Con altanería.*)

DALÍ. ¿Doy, pues, la muerte
al Estropeado?
(*Conteniéndose apenas.*)

HAL. ¡Dásela!
(*Bruscamente.*)

DALÍ ¡Señora!
(*Como dando un rujido.*)
¿dónde está el Estropeado?

HAL. ¡Dalí, vete!
(*Con imperio.*)

DALÍ ¡Soberbia estáis, señora!...
(*Con rabia.*)

¡Le habéis visto!

(*Con seguridad.*)

¡Lo tengo de buscar!...

(*Tratando de ir hacia la derecha.*)

HAL. ¿Qué haces?

(*Se pone delante para cerrarle el paso.*)

¡Detente!

(*Dalí se detiene riéndose diabólicamente.*)

DALÍ Es cierta mi sospecha. ¡Allí se esconde!

(*Señalando la derecha.*)

¡Pues no saldrá de allí! Rodeado tienen
mis más fieles soldados el palacio,
y no podrá salir sin que le encuentren.
El mismo Azán Bajá vendrá á buscarle,
que ya la aurora asoma en el oriente;
y entonces podrá ser que el rey, por premio,
la posesión de Halima al fin me acuerde!

(*Cervantes sale silenciosa y apresuradamente del lugar en que se ha ocultado cuando la llegada de Dalí; y sin que éste lo advierta, entretenido en sus infernales amenazas á Halima, que está aterrada, arranca la escala del ajimez y la lanza hacia los jardines; luego contesta á las últimas palabras de Dalí con seguridad.*)

ESCENA VIII

HALIMA, CERVANTES, DALÍ

CERV. ¡No lo verán tus ojos, insensato!

(*Corre hacia la primera puerta de la izquierda y, abriéndola con estrépito, grita desde ella con todas sus fuerzas:*)

¡Rey Azán!... ¡Rey Azán!...

HAL. ¿Qué haces?

(*Casi exánime de espanto.*)

DALÍ ¡Te pierdes!

(*Con satánica risa de triunfo. Se abalanza al ajimez y retrocede estupefacto luego que ve que no está la escala.*)
¡Oh!

(*Dando un rujido.*)

CERV. ¡Rey Azán!... ¡Rey Azán!...

(*Gritando nuevamente.*)

¡Ven!... Te espera
el Estropeado!

HAL. ¡Horror!

CERV. ¡En el oriente

(*Con calma é ironía á Dalí.*)

el alba asoma ya! ¡Verás, inícuo,
quién de los dos en esta lucha vence!

(*Rujiendo de ira llega por la izquierda Azán Bajá, vestido con bata, y blandiendo un ancho alfanje en la diestra. Al ver á Cervantes y Dalí, se arroja á ellos.*)

ESCENA IX

HALIMA, CERVANTES, DALÍ, AZÁN BAJÁ

AZÁN ¡Viles! ¡Traidores!

CERV. ¡Rey de Argel, escucha:

(*Con voz poderosa y serena.*)

AZÁN ¡El Estropeado!

(*Se contiene.*)

CERV. ¡Mira, mira al Jefe
de tu Guardia! Violando tu palacio,
se entró á robar tu honra!

HAL. ¡Ah! ¡Sí, sí!

(*Con vehemencia, comprendiendo la idea de Cervantes. Se arroja en brazos de su padre.*)

DALÍ ¡Mienten!

(*Con un rujido de cólera.*)

AZÁN ¡Sangre y ruinas!

CERV. Rey de Argel: yo mismo
á tí lo entrego.

(*Con calma.*)

AZÁN ¡Guardias!

(*Llamando enfurecido por la izquierda.*)

¡Ruina y muerte!

(*En el paroxismo de la rabia.*)

CAE EL TELÓN

ANTONIO ESPIÑEIRA.

(Continuará)

NOTA AL ACTO CUARTO

(r) *Los lazos que han formado nuestras almas serán indisolubles.*

No ha faltado quien haya sido de opinión de que Cervantes tuvo real y verdaderamente amoríos en Argel, deduciéndolo de la propia novela de *El Capitán Cautivo* engerida como episodio en EL QUIJOTE.

El más notable de sus biógrafos, sin embargo, que lo es, á no caber duda, don Martín Fernández de Navarrete, ya varias veces citado en las presentes NOTAS, da noticias contrarias de semejante parecer.

Don Agustín García de Arrieta, individuo de número de la Real Academia Española, que en 1826 hizo en París una edición de las obras escogidas de Cervantes, se insinúa del mismo parecer de Navarrete, como puede comprobarse con el prólogo de propio parto que puso á las *Novelas Ejemplares*.

Cuanto á nosotros, no entraremos en modo alguno á dilucidar este punto; porque, aún deseándolo de veras, nos sería vedado á causa de no tener á la mano documentos que hagan al caso, y de estar, á mayor abundamiento, en la creencia de no ser posible encontrarlos fuera de los archivos, públicos ó de particulares, de la madre patria.

Después de esto, creemos excusado indicar que Halima es un personaje puramente ficticio, pero, á nuestro juicio, indispensable para el mayor interés y más adecuado desarrollo de la fábula dramática. Con él ni se violenta ni se desfigura el carácter del protagonista; antes por el contrario se contribuye á poner de manifiesto algunas cualidades que le eran inherentes, como ser la osadía y, á las veces, los devaneos amorosos.

Prueba irrefutable de lo último fué, andando el tiempo, doña Isabel de Saavedra, nacida de una dama portuguesa.

¡TORONJIL!



Á JERTRUDIS

Toronjil para la pena
me mandas, bella criatura;
mas mi mal no tiene cura,
este mal que me encadena
que me agobia y me tortura.

Ramitas de toronjil,
que de la mata arrancó
su manita de marfil,
decidle á quien os envió
que de este mal mueren mil.

Toronjil, tu suave olor,
del ángel que me enajena
tiene ese algo encantador,
que, adormeciendo mi pena,
va despertando mi amor.

Gracias, niña, ya estoy bien;
bendita mil veces, mil
y un millón de veces quien
me hace entrever un edén
en que brota el toronjil.

Sí, estoy bien; porque de mí
te acuerdas—¿cómo lo sé?
es que eso, hablando de tí,
al toronjil pregunté,
y me respondió que sí.

José Greegrio Ossa.

LETRILLA

Vosotros que á los veinte años
el alma tenéis sujeta
al carro de una coqueta,
llorando ya desengaños,
id aprendiendo de mí
que jamás me enamoré
y pienso seguir así.
Así dije, y me prendé
de una chica que era un dije.
Ya se ve:
como dije
de esta agua no beberé.

Con todo mi corazón
detesto yo la política,
que no es para mi raquítica
y débil constitución;
por ella pierdan el tino
los que quieran, yo no. Á fe
que así dije, y el destino

me hizo político, y que
ardiente soy se colige.
Ya se ve:
como dije
de esta agua no beberé.

Reniego yo de la danza,
el baile no es para mí.
Hará un año dije así
con fuego ¡vana esperanza!
porque oigo un baile tocar,
valse, mazurka ó minué;
y de ganas de bailar
llego á bailar en un pie,
y mi afición no transige.
Ya se ve:
como dije
de esta agua no beberé.

—Un cigarrillo.—No fumo,
es pernicioso el cigarro;
cada semana un catarro,
lo menos, me diera el humo.
Disparate tan atroz,
no, señores, nunca haré.
Aunque así dije, fumé;
y ahora me aflige la tos,
y la bronquitis me aflige.
Ya se ve:
como dije
de esta agua no beberé.

—Una copita.—No bebo.
¡Maldito sea el licor,
ese líquido traidor
que de crímenes es cebo!
Dije airado y elocuente,
en mi vida beberé...
y hoy mezclo con aguardiente
cuanto bebo ¡hasta el café!
Y ¿quién mi vicio corrige?
Ya se ve:
como dije
de esta agua no beberé.

—Ser poeta es mucha cosa.
—Poca cosa es ser poeta;
no vale ni una peseta,
repliqué yo con gran prosa,
ese sér triste y nefando.
Jamás versos rimaré,
así dije, y voy buscando,
sin saber si encontraré,
algún consonante en *ige.*
Ya se ve:
como dije
de esta agua no beberé.

—Cásese usté, hombre. —Un demonio!
casarme yo ¡vaya á un cuerno!
Si prefiero irme al infierno
antes que ir al matrimonio.
El buey suelto bien se lame,
soltero me quedaré...

mas ¡qué digo! suerte infame!
muy pronto me casaré,
que, lo dicho así lo exige,
pues se ve
que ya dije
de esta agua no beberé.

José Gregorio Ossa

EN LA TUMBA

DE DOMINGO A. IZQUIERDO

Poeta, ya de tu duelo
á un lado la grave cruz,
abres tus alas de luz
y te remontas al cielo.
¡Feliz tu alma, que su anhelo
de lo infinito cumplió!
¡Ay! tú nada pierdes, no,
al dejar esta morada
en que todo es polvo y nada
¡mentida sombra que huyó!

¡Gran cosa dejas! un mundo
mezquino, frívolo y vano,
estéril como el pantano
y, así como él, nauseabundo!
¡Un siglo en males fecundo,
vil mercado, inmensa feria
en que la humana miseria

oropel vende por oro!
¡Un siglo que, sin decoro,
rinde culto á la materia!

Hoy los grandes ideales,
luz del poeta ¿qué son?
¡Delirios de una ilusión,
fantasmas insustanciales,
melancólicos fanales
de la pobre fantasía,
que apaga con mano impía,
tras los juveniles años,
madre de los desengaños,
la realidad tosca y fría!

¡El Amor! Ah! ¿dó se esconde
como lo sueña la mente?
Puro, vivo, eterno, ardiente,
¿dónde existe, dónde, dónde?
¡Pregunto en vano! responde
á mis ansiosas instancias
otro amor, todo inconstancias,
que raciocina y, al cabo,
no encuentra fijeza, esclavo
del tiempo y las circunstancias.

¡La Libertad! ¡Oh irrisión!
Haciéndola grave ultraje,
con su glorioso ropaje
disfrázase la opresión.
Se olvida la Religión
de su origen soberano

y entra altiva, espada en mano,
en lid de bajas pasiones,
muertas las irradiaciones
del sentimiento cristiano!

¡La Ciencia, que sin reposo
á saberlo todo aspira,
se engríe triunfante... y gira
en un círculo vicioso!
¡El Arte! No es de lo hermoso
la expresión arrobadora!
es de lo grotesco ahora
la forma extraña y sombría;
no es la claridad del día,
es luz fatua, engañadora!

II

Adiós, sublime proscrito
de una más pura existencia,
que á la humana inteligencia
diste tu esplendor bendito!
Ve y sumerje en lo infinito
tu espíritu pensador;
tú que, ebrio de luz y amor,
tu alma dirigir ansiabas,
libre de corpóreas trabas,
á una vida superior!

Tú sacerdote divino,
verbo eterno, á cuya lumbre
ve la ciega muchedumbre

la senda de su destino!
Tú que enseñas el camino,
con tu numen que fulgura
virtud, verdad y hermosura,
en tanto que te devora
la nostalgia soñadora
de la patria de la altura!

Cierto de que no te asombre,
proclamo que en nuestra edad
no hay vínculos de unidad
entre el poeta y el hombre:
uno habla del cielo en nombre;
otro al mundo se sujeta;
y en la evolución inquieta
de uno y el otro poder,
no consiguiendo ambos ser,
muere el hombre ó el poeta!

¡Feliz como tú, quien muere
hombre sí, poeta no!
¡Quien el estro levantó
sobre el vulgo que le hiere!
Feliz quien volar prefiere,
nunca arrastrarse en el suelo;
¡desdichado del que el velo
de la ilusión rompe un día
y, falto de poesía,
de la tierra no alza el vuelo!

Bardo, has ganado! Tu mente
insaciable de belleza,

hoy á dilatarse empieza
de la hermosura en la fuente!
Dios, el sol resplandeciente
que alumbra el mundo moral,
Dios, astro eterno, del cual
tu inspiración fué un destello,
te acoge en su seno bello,
en su regazo inmortal!

SANTIAGO ESCUTI ORREGO.

Julio de 1886.

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

"El primero que yo sepa, haber publicado una GRAMÁTICA SOBRE LA LENGUA CASTELLANA bajo el título y forma de tal, fué el distinguido restaurador de las buenas letras Antonio de Lebrija.—Yo quise echar la primera piedra (dice dedicando la obra á la reina doña Isabel), é hacer en nuestra lengua lo que Zenodoto en la griega é Crates en la latina, los cuales, aunque fueron vencidos de los que después dellos escribieron, á lo menos fué aquella su gloria, é será nuestra que fuimos los primeros inventores de obra tan necesaria. Nadie puede, en efecto, disputarle este timbre, ni el de haber aplicado con acierto á la lengua española el método que pocos años antes había adoptado en sus INTRODUCCIONES para la enseñanza de la latina. Pero la lengua castellana no había llegado entonces á tal grado de perfección, que debierá temerse más bien su decadencia que esperarse

su mejora, como aseguraba Lebrija; y cuando así no fuese, y tuviéramos que estudiar el castellano de aquel siglo, nunca deberíamos hacerlo por unos elementos de *sesenta y una* hojas en cuarto, *diez y nueve* de las cuales se emplean íntegras en tratar de la invención de las letras, de su oficio, orden y modo de pronunciarlas, y de las figuras de dicción. La misma división de las partes de la oración en diez, no obstante que incluye á la *interjección* en el *adverbio*, hace confuso lo que pudiera mirarse como útil en la tentativa de este célebre gramático.

"Siguióle Francisco de Tamara, de quien se imprimió en Amberes el año 1550, una SUMA Y ERUDICIÓN DE GRAMÁTICA EN VERSO CASTELLANA.

"No sé de ella otra cosa sino lo que dice don Juan de Iriarte en el prólogo de su GRAMÁTICA LATINA, á saber, que consta de *treinta y cinco* hojas en octavo, que comprenden *ciento sesenta y ocho* estancias de verso de arte mayor, unas compuestas de *ocho* versos, y otras de *diez*, fuera de *tres* décimas, formadas de dos quintillas, cada una en metro de ocho sílabas; y que en ellas se trata de todas las partes de la gramática y sus atributos, y aun del arte métrica. Fácil es conocer que hubiera servido de poco para mi propósito poderla consultar, en razón del tiempo en que salió á luz, de lo muy compendiada que debe de ser, y por la circuntancia de estar en verso, la cual, si puede contribuír para que se fijen mejor en la memoria los preceptos, embaraza siempre para darlos con extensión y claridad.

"Tampoco he visto la que el año de 1558 publicó el licenciado Villalón en Amberes con el título de ARTE BREVE Y COMPENDIOSA PARA SABER HABLAR Y ESCRIBIR EN LA LENGUA CASTELLANA CONGRUA Y DECENTEMENTE. Ma

yans (página 101 del SPECIMEN BIBLIOTHECÆ HISPANO-MAJANCIANÆ) considera este libro digno de algún aprecio, y lo reputa por el primero que se escribió de gramática castellana;—porque los preceptos de la de Lebrija (dice él) son casi todos comunes á nuestra lengua y á la latina, y no peculiares de aquella, como debería ser.—

"Se han ocultado también á mis diligencias las OBSERVACIONES SOBRE LA LENGUA CASTELLANA de Juan de Miranda, impresas en Venecia el año de 1567, que menciona Nicolás Antonio, y la GRAMÁTICA CASTELLANA del maestro Pedro Simón Abril. No es menester que sea la mejor obra de este apreciable humanista para que lleve grandes ventajas á la NUEVA Y SUTIL INVENCIÓN del licenciado Pedro de Guevara, no obstante que nos asegura éste en la misma portada que con ella—facilísimamente y en muy breve tiempo se aprenderá todo el artificio y estilo de las gramáticas que hasta agora se han compuesto, y se compusieren de aquí adelante.—

"No queda el lector muy instruído con las brevísimas INSTITUCIONES DE LA GRAMÁTICA ESPAÑOLA, que el maestro Bartolomé Jiménez Patón publicó en 1614, é incorporó después el año de 1621 en su MERCURIUS TRIMEGISTUS, pues nada hay realmente en ellas, que, variados los ejemplos, no viniera bien á otras lenguas. Toda la sintaxis está reducida á cuatro reglas generales sobre la concordancia.

"Ni fué mucho más estenso Gonzalo Correas, cuyo TRILINGÜE, impreso el año 1627, comprende en un volumen en octavo las gramáticas de las lenguas castellana, latina y griega. En éste, aunque no tanto como en la ORTOGRAFÍA, se manifestó Correas amigo de novedades, útiles algunas, inoportunas las más, y caprichosas

otras. Cuento entre las primeras haber reducido á tres las partes de la oración.»

Años antes que don Vicente Salvá, el reputado humanista don Antonio de Capmani había expuesto en sus OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LA EXCELENCIA DE LA LENGUA CASTELLANA, conceptos análogos, los cuales conviene traer á la memoria.

Capmani empieza por hablar del ARTE DE GRAMÁTICA CASTELLANA que Antonio de Nebrija ó Lebrija escribió el mismo año del descubrimiento de América (1492) por orden de don Fernando el Católico para enseñar á las infantas de Castilla.

En seguida agrega lo que va á leerse:

«Pero este socorro fué muy escaso para que sirviese de verdadero norte y método á los escritores cultos y exactos de la lengua. Y aunque en 1568, el maestro Juan de Miranda escribió otra gramática española más completa en idioma italiano para instruir por ella á los venecianos y otros naturales de Italia, dedicada al duque de Urbino, no llenó la falta que se padecía de un arte metódico y claro que fijase los verdaderos principios de la lengua, no con la sequedad y desaliño de unos rudimentos, sino con la profundidad y orden de un tratado elemental. En 1606, publicó el eruditísimo y celoso español Bernardo de Aldrete, canónigo que fué de la santa iglesia de Córdoba, el LIBRO DEL ORIGEN DE LA LENGUA CASTELLANA, dedicado á Felipe III; y en prueba de que en su tiempo se conocía la misma necesidad que en el siglo antecedente sobre el ningún estudio que se hacía para hablar bien la lengua materna, tratando de las escuelas que tenía la antigua Roma, dice:—Pero como ella las tenía, pudiera muy bien haberlas en nuestra

España de la lengua castellana, por falta de las cuales son muy pocos los que la hablan bien, y menos los que la saben con perfección, y eso muy á la vejez y con doblado trabajo, que no tuvieran si pequeños la estudiaran. Porque sin duda tengo por cierto lo que le pareció á Quintiliano: que tiene una diversa naturaleza el hablar común y vulgar, otra el razonamiento y discurso del hombre elocuente.—

"Vino después el maestro Bartolomé Jiménez Patón, y publicó en 1621 unas breves instituciones de gramática española, de cuya aridez, oscuridad y desorden muy poco fruto se podía esperar, reduciéndolo todo á una suscinta noticia de las partes de la oración y sus accidentes. Tampoco remedió esta falta el maestro Gonzalo Correas, catedrático de griego y lenguas orientales en Salamanca, en su COMPENDIO DE GRAMÁTICA CASTELLANA, que incluyó en su TRILINGÜE, impreso en 1627. Pero ésta sólo fué un breve resumen de la que había escrito Antonio de Nebrija, sin el orden y distribución que exige una gramática metódica que funde sobre un sistema invariable las reglas fijas de la índole y uso peculiar de un idioma.

"No es la aridez é inexactitud de las artes gramaticales la única desgracia que ha padecido el cultivo de la lengua castellana: la falta de un diccionario completo, correcto y bien trabajado ha sido aún más notable y sensible. Todos los diccionarios que se conocían antes de la publicación del de la Real Academia Española eran muy pobres y escasos de voces, inclusos el de Antonio de Nebrija, impreso en Salamanca en 1492, á pesar de sus posteriores adiciones; el de Alonso de Palencia, publicado en Sevilla en 1490; el VOCABULARIO ECLESIÁSTI-

co, de Rodrigo Hernando Santa-Ella, también en Sevilla en 1529; y el TESORO DE LA LENGUA CASTELLANA, que compiló Sebastián de Covarrubias Orozco, y publicó en 1619, —donde dice Quevedo en su CUENTO DE CUENTOS, el papel es más que la razón: obra grande y de erudición desaliñada.—Sin embargo, aunque incompleto y diminuto siempre será una obra apreciable por su caudal etimológico con que ilustró el origen y significación de las palabras.»

En vista de los datos expuestos, se comprende sin dificultad que Miguel de Cervantes Saavedra y muchos otros de sus ilustres contemporáneos, á pesar de esclarecidas dotes intelectuales y de variada lectura, no supieran y no practicaran, como habrían podido hacerlo, la gramática de la lengua nacional, que no se enseñaba en las escuelas y colegios de aquel tiempo, y de la cual no había textos en que pudieran encontrar los medios de aprenderla por sí mismos.

Importa á mi propósito reproducir aquí la interesante reseña que don Vicente Salvá ha dado de las gramáticas castellanas que salieron á luz en los siglos XVII y XVIII.

Hela aquí:

«EL ESPEJO GENERAL DE LA GRAMÁTICA EN DIÁLOGOS PARA SABER LA NATURAL Y PERFECTA PRONUNCIACIÓN DE LA LENGUA CASTELLANA de Ambrosio de Salazar, impreso en Ruán la vez primera el año de 1614, y después en 1622 y 1672, está puesto en diálogos para enseñar prácticamente por ellos, más bien que por reglas, á hablar el español. Como destinada á los franceses, lleva la correspondiente traducción en otra columna, para facilitarles la inteligencia del texto. Con igual objeto y bajo el mis-

mo plan, están escritos los SECRETOS DE LA GRAMÁTICA ESPAÑOLA Ó ABREVIACIÓN DE ELLA, que publicó también en Ruán el año de 1640, en los que nada se halla que deba llamar la atención de las personas estudiosas de nuestra lengua.

"No debemos extrañar que, en la mitad última del siglo XVII, y en la primera del siguiente, se imprimiesen pocas gramáticas españolas, de modo que apenas merezca mencionarse otra que la publicada en verso por Marco Márquez el año de 1716. Es fortuna que no las escribiesen autores que hubieran apoyado los preceptos con ejemplos viciosos y de mal gusto Pero, desterrado éste con los esfuerzos que empezaron á hacer algunos literatos reunidos á la sombra de la Academia Española, ó sostenidos por su respetable autoridad, pronto se advirtió la falta que había de una gramática de nuestra lengua. La que publicó en 1743, y reimprimió después con varias enmiendas y adiciones en 1769 don Benito Martínez Gómez Gayoso, es realmente la primera digna de tal nombre. Su autor da ya muestras de conocer que no basta aplicar aisladamente todas las partes de que se compone una lengua, si no se señalan sus modismos más usuales, aunque ni en lo uno, ni en lo otro, guardó el método más acertado, ni dió á éstos el lugar que reclaman de justicia.

"En el mismo año 1769, salió á luz el ARTE DEL ROMANCE CASTELLANO, por el padre Benito de San Pedro; y si bien el libro primero de las *Épocas de nuestro romance* no pertenece rigurosamente á una gramática, ni los otros están desempeñados cual era de desear, no es tan inferior á la de Gayoso, como se pretende en el volumen intitulado CONVERSACIONES CRÍTICAS RECOGIDAS por

el licenciado don Antonio Gobeyos, anagrama imperfecto de don Benito Gayoso.

"La de la Real Academia Española, publicada la primera vez en el año de 1771, atendió con bastante particularidad á los idiotismos, explicados muy de propósito en la lista de las preposiciones que rigen ciertos nombres y verbos, y por incidente en otros varios lugares. Esta parte de aquella gramática, la explicación de algunos tiempos y de la armonía que guarda el verbo determinante con el determinado, y varias otras observaciones no menos juiciosas que delicadas, manifiestan que se confió desde luego su redacción á sujetos hábiles, y que también lo han sido los que han cuidado sucesivamente de todas las ediciones hasta la cuarta. Mas los sabios que han pertenecido en los sesenta años últimos á aquel cuerpo, distraídos por tareas más gratas y de mayor gloria, ó faltos de constancia para reducir á reglas los principios de lenguaje que tan bien han sabido observar en la práctica, no han llenado hasta hoy los muchos vacíos de su gramática, ni han encerrado en la sintaxis todo lo que á ella pertenece, y se halla ahora esparcido por el libro desde la página duodécima. La misma Academia ha manifestado, con los deseos de mejorarla, la imposibilidad en que se ha visto de hacerlo, dejando en la edición que reprodujo hacia el 1821 la fecha de 1796, que llevaba la cuarta.

"Poco antes de publicarse ésta, y después de haber rectificado su trabajo la Academia en la segunda y tercera edición, sacó á luz en 1791 don Juan Antonio González de Valdés una GRAMÁTICA DE LA LENGUA LATINA Y CASTELLANA en tres cuadernos abultados en octavo marquilla. Á pesar de lo que el autor dice en el prólogo, y de que, en

varios pasajes, manifiesta no carecer de cierta instrucción y de la lectura de nuestros clásicos, juzgo muy difícil que nadie aprenda el latín por su libro, y mucho menos el castellano, de que sólo se encuentra una que otra especie acá y allá, sin orden, sin discernimiento y sin gusto. Tal vez corregiría algunos de estos defectos en la segunda edición que dió en 1798, la cual he visto citada con el título de GRAMÁTICA GRECO-LATINA Y CASTELLANA.»

Esta minuciosa y razonada reseña de los textos destinados á la lengua nacional, reseña debida á la pluma de un bibliófilo tan competente como Salvá, explica el juicio que los críticos más entendidos han dado acerca de las producciones literarias españolas anteriores al siglo actual, y que don Andrés Bello ha confirmado y resumido en el siguiente párrafo de su GRAMÁTICA, capítulo 30:

«Esta materia de concordancias, dice, es de las más difíciles para el que se proponga reducir el uso a cánones precisos, que se limiten á representarlo fielmente. En caso de duda, debe estarse á las reglas generales. Propender á ellas es contribuir á la mejora de la lengua en las cualidades esenciales de conexión lógica, exactitud y claridad. Algunas de sus libertades merecen más bien el título de licencias, *originadas del notorio descuido de los escritores castellanos en una época que ha dejado producciones admirables por la fecundidad y la elevación del ingenio, pero pocos modelos de corrección gramatical.* Es necesario también hacer diferencia entre las concesiones que exige el poeta y las leyes severas á que debe sujetarse la prosa.» (OBRAS COMPLETAS, tomo 4.º, página 260).

Lo expuesto basta, en mi concepto, para manifestar que la lectura de nuestras grandes obras literarias, aun

que sea asídua, y aunque se emprenda con el propósito de irse fijando en las palabras y en las frases, no puede enseñar fácilmente por sí sola el acertado manejo de la lengua; y que es innegable la ventaja de que, dividiéndose entre varios la ingrata y complicada tarea, se exponga en libros especiales el resultado de los estudios y de las observaciones particulares.

Con este sistema, que es el racional, se tiende á que los hombres de talento, en vez de gastar el tiempo entregándose á largas investigaciones que otros pueden hacer por ellos, lo aprovechen en la concepción y ejecución de las obras que les corresponde realizar.

Á nadie se le ocurriría pretender que el escultor extrajera por sí mismo de la cantera el mármol, ó que se encargase de ir personalmente á buscar en el bosque el material de la estatua.

Dígaseles lo que se les diga, todos aquellos que aspiren á escribir bien en prosa ó verso, y sobre todo aquellos que se sientan con fuerzas de hacerlo, no deben descuidar el aprender en los libros elaborados con este fin esas reglas generales cuya observancia, según Bello, se encamina á robustecer y perfeccionar las cualidades esenciales de un idioma.

Los españoles del siglo XIX son á este respecto sin comparación más afortunados que los de los siglos precedentes, pues tienen á su disposición libros compuestos para este objeto, no sólo buenos, sino excelentes.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

REVISTA BIBLIOGRÁFICA

Dorrego.—LINGOTES DE BRONCE PARA SU ESTATUA.—*Buenos Aires, 1886.*—Un vol. en 8.° de 123 págs. Lajouane, editor.

Ocho años hace que don Mariano A. Pelliza escribe sobre historia argentina, y que escribe brillantemente. No es ni con mucho un rebuscador de documentos, ni la índole de sus aptitudes se presta al método positivista de escribir al respaldo de viejos papelotes. Conténtase con poco buenamente aceptable y legible en materia de piezas justificativas. Lo demás corre de cuenta de su talento, que es vivísimo y sagaz. Es por eso un divulgador aventajado de los anales patrios. Sería capaz de desempeñarse con éxito completo en una historia popular de la República Argentina, señaladamente en partes de la misma ya bien establecidas por investigaciones de primera mano. Debe caberle la íntima satisfacción de haber contribuído su pluma no poco á la rehabilitación de Dorrego, en Buenos Aires entre los detestadores del viejo federalismo.

Vida y escritos del coronel don Francisco J. Muñiz, POR DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO.—*Buenos Aires, 1886.*—Un vol. en 4.° de 370 páginas, retrato. Lajouane, editor.

Muñiz era un hijo benemérito de la provincia de Buenos Aires, que, dedicado desde joven al ejercicio de la cirugía y medicina, particularmente de la primera con el carácter de cirujano militar, ha dejado entre sus contemporáneos grato recuerdo, que ellos quisieran que la posteridad no arrojase al mar del olvido. Descendió al sepulcro en 1871, ya muy anciano pero siempre ardoroso filántropo, víctima de su

abnegación profesional durante el período crudo de la fiebre amarilla en Buenos Aires. No hacía mucho tiempo que la Cámara de Representantes de la provincia, al decretar jubilación íntegra á Muñiz, había declarado su voto por aclamación poniéndose todos los diputados de pie.

Todo esto es noble é interesa á todos los hombres. Con recto y elevado espíritu, el señor Sarmiento rinde culto literario á esta vida y á las reliquias de esta vida. Muñiz pertenecía á esa casta de hombres estudiosos y curiosos que á menudo prefieren, al ejercicio lucrativo de una profesión liberal, el cultivo desinteresado y progresista de las ciencias que la sirven de base. En Muñiz se juntaba á esta elevada tendencia su amor á los hombres, y este sentimiento imprimía actividad fecunda á su vida. Largos años presidió la Facultad de Medicina en Buenos Aires y regentó la cátedra de obstetricia.

El año pasado circuló, impreso también por Lajouane, *El Ñandú ó Avestruz pampeano* (4.° de 146 págs.); y si no nos equivocamos mucho, esa misma forma tipográfica ha servido para integrar la de la presente edición. Es sin duda ninguna *El Ñandú* la obra más considerable de don Francisco J. Muñiz.

El señor Sarmiento, con sus ímpetus modestos de siempre, admirando con razón el parecido de un esbozo á pluma del gaucho, de pasada trazado por Muñiz, copia, para un paralelo admirativo de ambos, uno que trabajó él en *Civilización y Barbarie*. Siempre hemos creído que esta novela histórica naturalista es lo mejor, y junto con eso lo único que acaso sobrevivirá de los escritos del fecundo periodista, en compañía, según opinantes competentes, de aquel otro hijo predilecto de cierta original vanidad, llena de emoción y de colores nativos, intitulado *Recuerdos de Provincia*. En cuanto á los dos retratos, sentimos no acompañar al señor Sarmiento sino en su admiración por el de Muñiz. Y puesto que de Muñiz se trata, hé aquí esos perfiles sobrios y expresivos:

"El gaucho con el mate en la mano, que no deja de chupar, refiere en estilo parabólico y fanfarrón sus aventuras, cuántos tajos ha dado en sus pendencias desaforadas, la burla que hizo á la justicia, el baile en que trozó las cuerdas de la guitarra, y cómo, habiendo ganado la puerta, facón en mano, impuso pena de la vida al que intentara salir del fandango."

Colegios nacionales.—Disposiciones relativas á estos establecimientos. Publicación Oficial.—*Buenos Aires, 1886.*—Un vol en 4.° de 80 págs.

Contiene el plan y el reglamento general de estudios, la ley sobre libertad de enseñanza, el decreto reglamentario de la misma, programa para los exámenes de ingreso.

Es indudable que la nación argentina es el Estado sud-americano español que invierte mayores sumas en costear su enseñanza intermedia ó sean las humanidades. No es con todo eso aquél donde los estudios y la disciplina de los estudios hayan alcanzado un nivel correspondiente al gasto y á las excelentes disposiciones de la juventud. Tenemos á la vista algunos textos de enseñanza, algunos programas y algunas memorias ministeriales del ramo. La de 1881 contiene revelaciones tristísimas sobre los colegios nacionales de la República Argentina. Y, si hemos de atender á la competencia manifestada, en medidas y discursos, por el individuo que ha dirigido como ministro este departamento del servicio público durante los cinco últimos años, estamos ciertos que esos establecimientos no hayan dado un paso adelante en el sentido de su mejora y progreso.

Ley social, POR MARTÍN GARCÍA MEROU.—*Buenos Aires, 1885.* —Un vol. en 8.° de 214 págs.

El autor de esta novela publicada por el editor Lajouane, es un joven poeta que ha ocupado un puesto subalterno y honorable en la diplomacia argentina. Si no nos equivocamos mucho en la apreciación, ha caído en la veleidad pecaminosa de imitar á su compatriota Eugenio Cambaceres; á su vez imitador de imitadores, pero con dotes de percepción sociológica y con agilidades y mandobles de estilo, que ni su índole intelectual, ni el medio ambiente de su existencia, ni la intensidad con que sus facultades le han permitido usar de la vida, son capaces de sugerir al melodioso y sentimental soñador García Merou.

En *Silbidos de un Vago*, en *Música Sentimental*, en *Sin Rumbo*, de Cambaceres, uno ve campear algo raudo, sobrio y firme, indicio inequívoco de fuerza individual y que presta animación á las cosas. Las cosas son parecidas á la verdad local, y á este parecido tan solamente le hace falta ese candor ingenuo de la naturaleza que por sí sola brota, esa vida de lo fresco y de lo nuevo literarios que nunca saca del vientre aquello que fué engendrado adrede y por sistema. Adviértense á trechos algo que llamaríamos delitos de realidad sorprendidos *in fraganti*, rasgos que á la página saltan únicos porque han hundido en el tintero otros veinte. Anda por ahí suelto, tropezando con el hastío, un cierto demonio erectil, cuyas carnalidades petulantes acaso pudieran hacer caer en tentacion á algún lector continente ó á alguna lectora

honesta; lo cual sería por de contado llevar á los labios de Cambaceres un caramelo de gloria. ¡Triste gloria!

¿Acaso García Merou se ha sentido tentado por el éxito industrial obtenido por Cambaceres? Tanto peor para la dignidad del hermoso ingenio lírico, que estamos entre los primeros en reconocer al joven bardo. Más bien arrojar la pluma y hacer pólizas. Porque, si el grueso público de Buenos Aires aparta su olfato del balsámico libro de poesías, que contiene las compuestas por García Merou desde 1878 hasta 1885, y aspira con delicia los olores estimulantes de vicio sensualista que le brinda el autor de *Sin Rumbo*, no es razón para que los que sienten y practican la dignidad en el arte literario, pongan el pie en esta corriente del gusto dominante, y que lo pongan con riesgo de ser llevados lejos por esta corriente, ávida consumidora y buena pagadora.

Lo esperamos: el autor del poemita *Lavinia* oirá el consejo de sus mayores en edad, sacudirá ese intruso pie hasta que quede enjuto, y volverá á su peregrinaje idealista por las floridas márgenes del arte noble. Y él, que ha gustado los dejos suavísimos de la vida modesta y laboriosa, ¿cómo no se ha sentido ultrajado en sus sentimientos más caros por esa arrogancia de vicio dichoso, adinerado y triunfante que constituye el numen literario de Eugenio Cambaceres?

Patronato Nacional Argentino.—Cuestiones de actualidad sobre las recíprocas relaciones de la Iglesia y del Estado, por Cesáreo Chacaltana, *1885*.—Un vol. en 4.º de 658 págs., de excelente impresión de la Penitenciaria de Buenos Aires.

Con motivo de la ocupación chilena de Lima, el escritor y abogado peruano, autor del presente volumen, se trasladó á Buenos Aires á buscarse allí un camino en el ejercicio de su profesión forense. Sus escritos acreditan que es un espíritu serio é ilustrado, que escribe bien sobre lo que entiende y ha estudiado mejor.

El señor Chacaltana traza en esta obra con lineamientos precisos y luminosos la existencia legal de la iglesia argentina; á la luz de su criterio regalista dilucida cuestiones pasadas y presentes de interés histórico y de interés político actual; despliega buena copia de conocimientos jurídicos, ya doctrinales y ya positivos, traídos y expuestos en su libro con rigorosa dialéctica.

Entra la República Argentina, entra recientemente, en el período controversista de donde salieron temprano, ó en el cual están hoy metidos, ó al que tendrán que ingresar, llevados por el desenvolvimiento de su vida política, todos los Estados españoles de América, que entre las instituciones profundamente arraigadas y constitutivas de su modo

de ser social y aun doméstico, cuentan aquellas leyes coloniales que se relacionan con la existencia privilegiada de la iglesia católica.

El libro del señor Chacaltana es en este sentido de una oportunidad primordial y hasta picante en el Plata. Allí comienzan á levantar hoy cabeza las cuestiones de competencia entre ambas potestades secular y eclesiástica. El autor se declara por la supremacía jurídica del Estado. Problemas políticos, religiosos y sociales de gravísimo alcance, son la calzada por donde su erudición cruza el maremagnum que constituye el argumento de su extensísimo alegato. Su sistema definitivo sería la separación de la Iglesia y del Estado. Mientras tanto, que se someta al clero á una ley de patronato.

Como se ve, el señor Chacaltana no desata hoy por hoy el nudo; lo corta de un machetazo. ¡Tan larga arenga para aconsejar cosa tan breve! Quédanle, para cuando su ley se imponga, dos gruesos volúmenes más por escribir: uno sobre las querellas jurídicas de los macheteados, y otro sobre los conflictos políticos y sociales por causa del nuevo patronato sobrevinientes en la república.

Croquis y siluetas militares.—Escenas contemporáneas de nuestros campamentos, por Eduardo Gutiérrez.—*Buenos Aires, 1886.*—Un vol. en 4.° de 232 págs., Igón Hermanos, editores.

El autor es uno de los miembros más distinguidos de una familia de diaristas bonaerenses. Los Gutiérrez han escrito vehementísima y pintorescamente en La Patria Argentina, diario de vasta circulación en otros tiempos, no sabemos si hoy en día también. Son improvisadores infatigables, heraldos de la novelería en aquella sociedad poco escrupulosa en la elección de noticias, espadachines consumados en el arte del dar y barajar de la cotidiana polémica política.

Pero don Eduardo Gutiérrez no ha querido alentar tan sólo un día en las hojas volanderas y deleznables de su Patria Argentina y de La Crónica. Ha querido más de una vez condensar y concentrar la vitalidad de su pensamiento; ha querido que éste resista á la intemperie y persista en el empeño de existir. Instinto natural de conservación, nada más, que se propasa en su celo hasta propender á la inmortalidad. Día á día improvisaba el talento de Gutiérrez folletines narrativos de escenas argentinas, que se trenzan y destrenzan corredizamente, con gran divertimiento de esa clase de pueblo que lee palabra por palabra en voz alta, ú oye leer en corrillos á la sombra.

¿Cómo hacer? Una cosa muy sencilla y todavía más fácil que la improvisación misma de los folletines. Don Eduardo Gutiérrez recorta del diario sus queridas rapsodias, las coordina y pule al correr del

ojo, las imprime en la forma de libro; forma cuadrangular como lo saben todos, que no vuela ni rueda, resistente y quedadiza por demás.

Este procedimiento expeditivo empleó el autor en su *Don Juan Manuel Rozas*. Como en el taller de las bellas letras propiamente dichas se labran de ordinario los pedestales del arte con lentitud engorrosa, quiso él demostrar que sabía emitir un volumen sin haberse gravado con leve gasto de tiempo. Advirtió en la portada que la estampa se hacía sin corrección del autor. Bien hecho. Así y todo, el libro es ameno y pintoresco. Está mejor que guarde su forma galopeada. ¿Qué se ganaría con sobreponerle estampas de profundidad y reposo? Fuera echar á perder la agilidad febril de una obra de fantasía. Mientras tanto, á este principio de vida se debió quizá el que toda la edición se vendiera.

Dichoso autor sud-americano cuyos libros son libremente comprados en su totalidad sin escándalo de la moral pública. ¿Qué importa si ellos no duren? Porque, eso sí, es indudable que el tiempo no favorece sino obras que se dignaron pedir auxilio al tiempo.

No deseáramos que éste se mostrara olvidadizo y severo con el reciente libro de don Eduardo Gutiérrez. No pertenece á la historia, pero informa como la historia. Y luego su estilo es garboso y rápido, como el de esos autores que poseen el privilegio de la mocedad perpétua del espíritu y del corazón.

Epidemiología. La viruela en la América del Sud y principalmente en la República Argentina.—HISTORIA, ESTADÍSTICA Y PROFILAXIA, POR EL DOCTOR JOSÉ PENNA, CON UNA INTRODUCCIÓN POR EL DOCTOR JOSÉ MARÍA RAMOS MEGÍA.—*Buenos Aires, 1885.*—Un vol. en 4.° de 415 págs.—Láminas coloridas.

El editor Lajouane imprime y sabe presentar sus libros, como ciertos impresores editores de París, artísticamente tipografiados y compartidos. Algo tiene todavía que imitarles en lo tocante, por ejemplo, á las márgenes internas de las páginas y á la costura. El asunto del presente libro es importante y de actual interés. El autor de la introducción, conocido en la literatura médica argentina por escritos de una especie muy ingeniosa, declara que la presente monografía es un trabajo completo sobre la viruela. Ambos facultativos, el doctor Penna y el doctor Ramos Megía, son partidarios decididos de la propagación de la vacuna; voluntaria, se entiende.

Fastos de la libertad, POR JOSÉ TOMÁS GUIDO.—*Buenos Ai-*

res, 1886, Imprenta y Librería de Mayo. Un vol. en 8.° mayor de 386 páginas.

El inteligente librero editor, don Carlos Casavalle, dueño del establecimiento de Mayo, calle del Perú 115, Buenos Aires, publicó el año pasado otra compilación del mismo autor de la presente, y llevaba por título *Escritos de José Tomás Guido, Segunda Edición* (en 8.° mayor de 410 págs.) Allí quedó reunido lo principal de la obra literaria de este espíritu apacible, benévolo, lleno de cultura y de talento, que tiene, para los que no han nacido en las orillas del Plata, el mérito sobresaliente de no haber estropeado allá, sino más bien acariciado, la lengua de Cervantes; el mérito de saber estampar en sus escritos una cierta tintura de gusto y de elegancia castizas, que indudablemente mana de una genuina vocación literaria.

Más de treinta años que en revistas y diarios don José Tomás Guido escribe para el público; según entendemos, de ocasión solamente y no por oficio ni beneficio. De los hijos del Plata no tiene la verbosidad sonora y perenne como las brisas del caudaloso río. De las ráfagas urbanas de estas brisas tiene aquel voltejear en pos del sereno reposo en los hogares de la vida humana. Guido Spano es un espíritu abierto á las impresiones venidas de todas partes, así de esta América como de la Europa, y que signifiquen un aliento de los buenos corazones y de las nobles ideas en el afán de la existencia social.

Al presentar el primer volumen al público decía el editor: "Nada hay en los escritos de este ciudadano que pueda excitar sentimientos acerbos. Juzga los hombres y las cosas con sereno criterio, y no obstante hay en gran parte de sus apreciaciones un fondo de viva sensibilidad."

Cabal y exacto juicio. Nosotros añadiríamos que, quien ha regado allá la flor de los sepulcros con una lágrima más caliente y junto con eso casi furtiva por lo discreta, es don José Tomás Guido.

Lástima que ni en la presente ni en la anterior compilación se hubiese insertado el ensayo biográfico sobre Dorrego. Su autor no figura entre los investigadores, que en Buenos Aires han señalado un sendero positivo y experimental al desenvolvimiento de los estudios sobre la historia patria; pero aquel opúsculo suyo recogió y acertó á formular la versión mas razonable de los hechos, según las tradiciones de un partido envuelto en las pasiones é intereses de aquel tiempo. Guido ha sido de los primeros en decir por Dorrego delante de Buenos Aires ¡Cuánto camino andado desde entonces! Á estas horas el congreso argentino decreta una estatua para Dorrego.

Revista Nacional. HISTORIA AMERICANA, LITERATURA, JURISPRUDENCIA. DIRECTOR, ADOLFO P. CARRANZA.—(Publicación mensual por entregas de más de 60 páginas en 4.° mayor. *Buenos Aires, 1886*, números 1 y 2).

Tiempo há que echábamos menos una publicación de esta especie en Buenos Aires. No hay allí un movimiento literario correspondiente á la prosperidad material; pero existe un grupo respetable de cultivadores asíduos de las letras y las ciencias, muy capaz de empuñar con brillo la pluma.

¿Por qué, nos decíamos, no se estrechan recíprocamente la mano, en aquel próspero centro tipográfico, tantas personas instruidas y usufructuarias del blando ocio de los libros, como son las que allá existen y tienen dadas pruebas relevantes de su literatura; por qué no concurrir todos á la obra común y patriótica de levantar, con su doctrina y ejemplo, el espíritu argentino á las labores magníficas y fecundas del arte literario?

Era tanto más sincera esta pregunta, cuanto que acá nosotros, sin desalentarnos un ápice en el empeño de obtener una cosa semejante en el campo conservador de la libertad derivada de la justicia, luchábamos y luchamos desde dos años atrás contra dificultades enormes, y no perdemos la esperanza de poder reflejar algún día, en las páginas de esta REVISTA, los destellos más claros y serenos de la actividad intelectual de Santiago, en la esfera de las nobles artes y de las bellas letras.

El título y la fachosa contextura tipográfica de la REVISTA NACIONAL que acaba de aparecer en Buenos Aires bajo la dirección del señor Adolfo P. Carranza, suspendieron con interés nuestra atención, creyendo que acabábamos de encontrar lo que del otro lado de los Andes estábamos aguardando. Nuestro desengaño fué cruel. Conocimos desde el primer momento que el nombre de la nación argentina, en lo que se refiere á la historia americana, á la literatura y á la jurisprudencia, no estaba allí convenientemente tomado. Vimos después que dos diarios diferentemente teñidos de Santiago han apreciado dicha publicación con ningún favor. Entonces y sólo entonces nos hemos resuelto á expresar respetuosamente aquella extrañeza nuestra.

Los lectores de revistas saben que puede en ellas el sumario registrar nombres ilustres y contener las páginas cosas insustanciales. Es lo que se advierte en la revista del señor Carranza. Casi todos los nombres argentinos que allí suscriben trabajos son distinguidos ó muy estimables; pero salta á la vista que estos poltrones con talento se zafaron del compromiso largando una bagatela.

El género de bibliografía allí redactada es aceptable algunas veces en cierto rincón de las gacetas callejeras; pero, ni aun en éstas, es lícito informar al público sobre libros que no se conocen ni por su figura tipográfica. Esta lealtad y este pundonor son más esenciales en una revista literaria con un título que indica representación soberana.

Esperamos que en adelante la empresa de la REVISTA NACIONAL sabrá enderezar sus pasos por los senderos del ascenso literario, bajo una motriz impulsión que la lleve á las alturas del pensamiento colectivo que está llamada á reflejar. Esperamos que del cercado patrio logrará cosechar buen grano, que allá no ha solido ser escaso, cuando el que tiene la llave de los trojes pertenece al "gremio de los mayores contribuyentes del distrito," como en lenguaje eleccionario se dice aquí al tratar de mesas receptoras y calificadoras.

Un fraternal consejo en cosa que á nosotros nos ha salido muy bien: huya de la subvención oficial cual si fuera la manzana causante del primer pecado; húyala y rehúyala. Mire que el libre consumidor desestima ¡cosa rara! el producto por causa de este ahorro en el precio de costo. Cree que la buena calidad del artículo se consulta mejor en la libre concurrencia. Además, el fisco proteccionista disipa entre consumidores su parte adquirida, y con eso hace que disminuya la demanda del artículo en el mercado, etc. Estos cálculos son claros.

Como una prueba del interés que nos inspiraría la REVISTA NACIONAL, de cabal manera entendida y realizada, queremos llamar la atención de nuestros lectores á la parte selecta que ahora en ella hemos encontrado.

Don Adolfo Saldías forma el lastre, y diremos mejor, el tesoro de la nave en las dos primeras entregas.

Acaso no estamos conformes con el estilo con que escribe historia Saldías. Menos brillo y más austeridad. Forma de expresión y criterio juveniles. Su pluma es ahincadamente intencionada. Tenemos á la vista el *Ensayo Histórico sobre la Constitución Argentina* y los dos primeros volúmenes sobre Rozas.

Por la novedad é importancia del asunto, por ciertas condiciones que del carácter personal del autor se derivan quizá, son por todo extremo interesantes estos dos volúmenes. Se ha menester hoy intrepidez, en Buenos Aires, para escribir con independencia sobre los gérmenes políticos que en la tierra argentina á Rozas engendraron, y más todavía para escribir la verdad sobre el medio ambiente social en que aquel tirano alentó, se robusteció y se afianzó. Esos gérmenes y ese ambiente fueron en gran parte bonaerenses. Y Saldías ha tenido esta

noble entereza; y está desentrañando, sin miramientos impropios del magisterio histórico, hechos tristísimos, pero muy enseñadores.

Por eso mismo, el claro y animoso talento del narrador, al juzgar sobre cosas tan graves y tan delicadas, necesita más reposo y crítica severísima en el discernimiento de los hechos. *Requiescite pussillum.* Nos atrevemos á creer, que el meollo íntimo y confidencial de los documentos de Rozas, no está sino en poca parte entre las manos de Saldías. Sus citaciones lo denotan. Así y todo, dispone de documentos muy informativos, que, bien fundidos y refundidos, son materiales excelentes para una sólida construcción.

Don Adolfo Saldías la llevará á feliz término, no lo dudamos ni un momento. Ama con fervor la verdad y su espíritu se siente abrasado con ella. Si no nos equivocamos mucho, ésta y no otra es la musa de la historia ingeniosamente personificada por los griegos. Bajo los dictados de este sano y recto entusiasmo, su estilo habrá de asentarse por sí mismo con firmeza.

En el tercer tomo de la obra sobre Rozas comienza el protagonista á crecer, y á agrandarse el escenario de la discordia bajo la acción de Rozas mismo; "exaltado éste por los unos á la cumbre á la cual ningún gobernante argentino llegó, y señalado por los otros como el tirano más bárbaro de la república".

Pero tenemos una advertencia que hacer á Saldías sobre el criterio con que juzga la tentativa de los federalistas, en 1841, para establecer el gobierno hereditario en la persona de la hija de Rozas. Encuentra eso razonable en sí mismo y útil, por aquel entonces, á la causa pública. La mejor prueba de que aquello era irrealizable y funesto á todos, la tiene el historiador en la opinión de los mismos interesados; de Rozas, que rechazó tal pensamiento, y de doña Manuela, su hija y heredera, que en carta reciente de Londres manifiesta ser de igual parecer.

Requiescite pussillum, serénese un poco el autor. Los actuales presidentes con facultades imperiales de elegir su sucesor, á la manera que lo hacían los césares romanos mediante una simple adopción de derecho civil, valen más para la paz y el reposo público (la prueba está en que son posibles), que los reyes sin ó con sangre regia en esta América, donde tales candidatos serían ya apenas una quimera.

Este capítulo sobre la máquina infernal de 1841 y sobre la tentativa del gobierno hereditario en la persona de doña Manuelita Rozas, ha excitado un movimiento de curiosidad en los estrados de Santiago. Los hombres fríos quisieran ver el hecho mejor documentado, y que hablara menos la pluma del cronista, y que dijeran más por sí solos los he-

chos. Las simpatías han sido generales por el valiente y convencido escritor.

Trabajos Legislativos de las primeras Asambleas Argentinas, desde la Junta de 1811 hasta la disolución del Congreso en 1827.—Coleccionados por don Uladislao S. Frías.—Tomo II (1824-1825.)—*Buenos Aires, 1886.*—Un vol. en folio á dos col. de 820 págs.—Imp. de Stiller y Laass.

El primer volumen apareció en 1882, por la Imprenta de la Universidad, con 488 páginas. Contenía lo correspondiente al período que corre desde la Junta de 1811 hasta el célebre Congreso Nacional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, llamado de Tucumán, porque en esta ciudad se instaló y proclamó la independencia en 1816, pero que luego trasladó sus sesiones á Buenos Aires, donde se disolvió envuelto en el caos del Año XX.

Es en la disposición y restauración de este período legislativo inicial, fragmentario y cubierto bajo los escombros de los primeros ensayos de la república, donde el joven Uladislao S. Frías ha puesto á prueba con notable acierto sus dotes de compilador erudito y hábil. Su tarea, con respecto al presente volumen, ha sido menos ruda. Ha bebido en una fuente copiosa aunque algo rara en la bibliografía. Tal es el *Diario de Sesiones del Congreso General Constituyente*, que se refiere á la asamblea que actuó en Buenos Aires desde el 16 de diciembre de 1824 hasta el 18 de agosto de 1827. Dicho boletín publicó todas las sesiones con excepción de las de 1827 y unas pocas postreras de 1826, que por fortuna aparecieron en periódicos de la época muy conocidos.

El que esto escribe, que gusta de leer en los anales de la historia argentina cada vez con mayor interés, pensaba con pena que Frías hubiese parado labor en el tomo primero, y ello por falta de estímulos y de auxilios. No ha sido así. Los que no posean las publicaciones primitivas tendrán, según parece, completa en adelante la colección de los *Trabajos Legislativos*, y será en poco tiempo más. Algo inédito verá entonces la luz. La serie se compondrá cuando menos de unos seis volúmenes. De esperar es que el editor no omita las sesiones secretas del Congreso de Tucumán, que ya pertenecen sin ningún inconveniente al dominio histórico.

G. R-M.

Santiago, julio de 1886.

CARTA LITERARIA

El paso de los Andes con su inmediata campaña en Chile, y la expedición libertadora del Perú á las órdenes del general San Martín, constituyen un período histórico de primera importancia, realzado por el interés que despierta siempre la existencia de un protagonista que descuella en un vasto y complicadísimo escenario.

Los documentos hasta aquí publicados y los ensayos narrativos producidos en el Perú, Chile y la Argentina, por luminosos y plausibles que hayan sido, están muy lejos de haber dicho la última palabra sobre esta sección de la historia americana. Bien podemos sostener que han dado á conocer, de este período, solamente los lineamientos cronológicos y expositivos de su verdad externa y oficial. Trechos hay que reclaman su más esencial dilucidación, al paso que otros permanecen envueltos en sombras misteriosas. La expedición libertadora aguarda impaciente á su digno historiador.

La empresa misma y sus resultados políticos y militares están al presente sujetos á apreciaciones muy en-

contradas. Sobre puntos de valor primordial no se manifiestan conformes los pareceres. Hasta hay un criterio peruano, un criterio chileno y un criterio argentino, que alguna vez se apartan y contraponen para explicar y calificar un mismo suceso. Y lo peor es que comienzan por no ponerse de acuerdo, ni sobre los elementos constitutivos, ni sobre la actuación de dicho suceso en el escenario público.

¿No hemos visto al señor Mariano F. Paz-Soldán empeñarse, con todo el peso de sus enormes volúmenes, en probar que los peruanos, con estar sumisos acatando al virrey, trabajaban enérgicamente por la independencia del Perú, y ello con visos de no haber de necesitar jamás que fueran allá otros á libertarlos y á enseñarles, como lo hicieron, la cartilla de la revolución?

Chile no tiene en la expedición libertadora héroe en quien personificar, con amor de sangre, sus más entrañables sentimientos patrióticos ni los arranques de su orgullo nacional. Reclama, eso sí, en la concepción y ejecución marítima y militar, la eficiencia de primer orden que consta de la notoriedad de los hechos. Por eso sus escritores han advertido con celo y con recelo que apreciaciones y relatos, de argentina procedencia, distan de hacer notar este calificado antecedente, ocupándose de preferencia en aplicar focos de luz eléctrica sobre los expedicionarios argentinos y sobre la persona de San Martín.

Ya llama la atención cierta marcada tendencia, que parte del otro lado de los Andes, á levantar gigantescamente la estatura de San Martín, en términos de querer hacer de este experto y astuto caudillo aventajado, un Bolívar por las concepciones ó algo más por la constancia.

La verdad es que el proceso de los acontecimientos aquellos carece á estas horas de la instrucción suficiente para autorizar estas y otras afirmaciones. Ni la individualidad de los hechos ni su enlace positivo revisten hoy aquel grado de amplitud y de consistencia, necesarias para soportar gravitaciones verticales tan formidables.

De todos modos, la figura moral de San Martín se levanta, encima de los jefes militares y de los políticos de la revolución, con tales rasgos de gravedad y firmeza, que ciertamente el estudio de su gran carácter y de su obra en la Argentina, Chile y el Perú se recomienda al interés de la historia y á las meditaciones de la filosofía.

Tan pronto como la expedición desembarcó y se situó en territorio peruano, la guerra contra el poder español dejó de ser una simple campaña estratégica. Por causas que hasta el presente han permanecido ocultas, ó que han sido explicadas desde distintos puntos de vista, se complicó esa guerra con la política general del continente, y experimentó la influencia de planes relacionados con los destinos ulteriores de la revolución. Pero no sabemos si el jefe de las armas libertadoras se vió inevitablemente empujado á este campo extraño por fuerzas superiores á su voluntad, superiores á la táctica de buscar arreglos y combinaciones políticas tan sólo en el campo de batalla.

La empresa en que, por parte de la causa americana, fueron parte tres fuerzas ó agrupaciones geográficas vivientes y activas, presenta una faz bélica y otra que llamaríamos diplomática. Damos este último nombre á aquel doble sistema político que desplegó el general San Martín en su campaña del Perú, sistema de negociaciones conciliatorias con el enemigo mismo que se había

ido á combatir por las armas, y sistema paciente de propaganda revolucionaria, acaso indispensable en la tierra rehacia que se había ido á libertar.

Un joven escritor chileno, que hoy estudia afanosamente el asunto en los archivos nacionales y en los papeles que tenía allegados Vicuña Mackenna, arriba en más de un capítulo á conclusiones poco favorables al acierto del general San Martín. Cree que sus manejos para traer á un arreglo monárquico al virrey, fueron funestos al ímpetu y al cálculo bélico de las armas patriotas; cree que engendraron desastres, que dieron treguas benéficas al español, y que hicieron indispensable la intervención colombiana. Las armas del norte supeditaron entonces por la patria á las armas del sur, y el jefe argentino preparó sobre sus propios hombros el pedestal de Bolívar.

Como se ve, todo esto es grave y muy interesante. En poco tiempo más verá la luz pública el libro de nuestro joven amigo. Allí veremos, entre otras cosas nuevas é importantes, la manera cómo él presenta aquellos sucesos desde el punto de vista de los intereses esenciales y privativos de la guerra por las armas. Criterio es este que reposa en el concepto de que era ese y no otro el fin primordial de la expedición libertadora.

Ojalá que de este reguero de luz, antes escondida, brote un rayo luminoso para dejar en transparencia el célebre conflicto de Guayaquil. Quizá veamos entonces claramente qué hubo de veras allí, si virtud ó necesidad.

Según lo que hasta aquí algunos sostienen, actos muy importantes del general San Martín no encuentran explicación satisfactoria dentro de la estrategia correspondiente á las armas chilenas y argentinas que militaban

en el Perú. Ó hubo error al combatir, ó bien se explican porque se prefería negociar en obsequio de planes políticos. Sea de ello lo que fuere, es indudable que algunos pasos tortuosos de aquella diplomacia armada, llevan en derechura á sitios recónditos, donde está la explicación verdadera de la conducta militar del general San Martín en ciertas ocasiones.

Estos antecedentes nos mueven á publicar en esta REVISTA la carta siguiente, que es una pingüe promesa de juicio y de ciencia, próximos á acudir en obsequio de la verdad completa sobre estos acontecimientos.

Su ilustre autor, el general Bartolomé Mitre, ha establecido sobre cimientos firmes y durables la historia de la revolución argentina. Es esta una gloria suya muy bien adquirida. No dudamos que hará otro tanto respecto de la gran empresa chilena y argentina, de mar y tierra, que dirigió el general San Martín contra la dominación española en América. Gloria será esta otra de más subido precio, si cabe. Para alcanzarla el señor Mitre habrá puesto á pruebas más arduas su saber sólido y paciente, la severidad de crítica con que se distinguen sus escritos históricos, y la alteza de criterio con que un laureado del arte debe contemplar la verdad de los hechos, cuando éstos son una escuela superior de moral y de política para varios pueblos á la vez.

La Dirección.

Buenos Aires, julio 7 de 1886.

Señor Don Diego Barros Arana.

Santiago de Chile.

Mi querido amigo:

Hace mucho tiempo que no nos escribimos, habiendo experimentado nuestra correspondencia epistolar otro eclipse periódico, por efecto de las vicisitudes de nuestra vida. Las comunes desgracias que nos acercaban moralmente más y aumentaban las recíprocas simpatías por la parte que en ellas tomábamos uno respecto del otro, han interrumpido á la vez nuestras manifestaciones escritas, aun cuando nos hayamos tenido presentes. Yo, por mi parte, jamás le he olvidado, y he seguido con interés sus trabajos y su destino, deseándole constantemente la felicidad posible en medio de las contrariedades que son consiguientes á la existencia.

Cuando reciba ésta, habrá llegado á su poder un cajón de libros argentinos que le remití consignado á Sarratea, entre los cuales hay varios que creo le interesarán. Hace tiempo le había anunciado este envío, y él es una prueba de que siempre le tengo presente y me ocupo en serle de alguna manera útil ó agradable como amigo y como corresponsal literario.

Pronto habrá terminado usted su monumental *Historia de Chile*, que será el libro fundamental de sus anales y de su literatura histórica, como narración de hechos, como crítica, documentación y libro metódico, escrito con verdadera ciencia y conciencia. Agote, que me ha dado noticias suyas, me dice que usted estaba en San Bernardo exclusivamente contraído á ese gran trabajo. El trabajo es el alimento intelectual y moral de la vida, y el mejor consuelo; pero para ello es necesario que sea una ocupación seria, que apasione: lo demás es tratar de ocuparse ó matar tiempo.

Acabo de terminar un trabajo bastante serio, y estoy ahora en otro más serio aún.

Por el adjunto *prospecto* que le envío, verá usted que va á hacerse en París una *cuarta y definitiva edición* de la *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, en condiciones excepcionales. La idea ha sido aceptada con tanta simpatía por el público, que los primeros ejemplares que se suscribieron fueron los cinco en papel del Japón al precio de 200 fuertes, y que á la fecha la suscripción de sólo los ejemplares de lujo asciende á doce mil pesos fuertes, lo que con todo el resto de la edición, hasta cinco mil ejemplares, asegura de sobra el negocio del editor.

La revisión de esta edición definitiva, que va bastante aumentada y cuidadosamente corregida, me ha dado mucho trabajo, habiéndome ocupado ocho ó diez horas diarias sin levantar cabeza, y saliendo sano de la campaña, que ha durado cincuenta días sin interrupción, lo que prueba que el trabajo es saludable.

Ahora he entrado á ocuparme en la *Historia de San Martín*, que será otra campaña algo más trabajosa que la de revisión del *Belgrano*. Ayer puedo decir que pasé los Andes, salvando la montaña de papeles que me han de guiar en mi itinerario. No quería, y en conciencia no debía tomar la pluma para continuar mi libro antes de metodizar mis documentos, y esto es lo que he hecho con los relativos á San Martín, que forman hoy, clasificados por serie de asuntos y en orden cronológico, setenta gruesos volúmenes de manuscritos originales é inéditos, entre los cuales uno de los volúmenes representa el extracto de cerca de ocho mil documentos del archivo general. La mayor parte de esos documentos corresponde al archivo del mismo San Martín, que en dos grandes cajones me remitió últimamente su nieta desde París. Ya no hay más papeles que buscar; y estamos en posesión de los necesarios para escribir esa historia, tan correcta y tan completa como es posible, y puedo conscientemente poner manos á la obra, animado de buena voluntad.

Entre los documentos que pertenecieron á San Martín, hay algunos que tienen el valor de revelaciones, otros simplemente curiosos, y un gran número de mero interés relativo por formar parte de la hilación cronológica; aunque en general el archivo en sí no tenga la importancia que habría derecho á esperar, y faltan en él los principales elementos para escribir la vida política y militar del gran capitán, que ha sido necesario buscar en otra parte. La mayor parte de ese archivo es una masa informe, con algunos legajos arreglados por el mismo San Martín; pero no siempre están completas las series, y además tiene vacíos deplorables.

Entre los documentos importantes y curiosos que he encontrado en los papeles de San Martín, hay uno, digo una serie, que forma un grueso legajo á que he puesto por título el mismo que el general dió á su plan: *Cuadros de Chile*, y van desde 1815 hasta 1817, antes del paso de la cordillera. Es el bosquejo del futuro ejército de Chile, organizado en Mendoza en forma de cuadros de jefes y oficiales, con algunos pequeños núcleos de tropas que marcharon al sur con Freire. Tiene este volumen por antecedente la lista de los oficiales chilenos emigrados en Mendoza en 1814, con anotación de sus despachos. Sigue el plan formulado por San Martín, desarrollado en diez y seis artícu-

los, cuyo preámbulo es notable por las largas vistas que desde entonces revela (abril 25 de 1816). Allí dice: «La restauración de Chile va á fijar las bases de nuestro ser político. El Perú cederá á su influjo, y quedará uniforme el continente.»

Para llevar á efecto su plan, San Martín nombró una comisión de emigrados chilenos encargada de presidir á la organización de los cuadros, la que fué compuesta de don Antonio Merino, don José María Benavente, don Pedro Villar, don Antonio Hermida, don Juan de Dios Vial y don Venancio Escanilla. Según el plan, los cuadros correspondían á las tres armas, artillería, infantería y caballería, con la organización de regimientos, además de una llamada *Legión Patriótica del Sur*, á cargo de Portus, y una «*Compañía veterana* del Estado de Chile».

Existen todos los antecedentes de este plan, las actas de la comisión organizadora, los despachos provisionales (dados unos por la comisión y otros por San Martín, con la condición de recibir aprobación del Gobierno de Chile), los estados de fuerza, las listas de revista y varios otros documentos anexos con este interesante y curioso asunto, de que ningún historiador hace mención, no obstante que, como Ud. ve, merecía llamar la atención por más de un motivo. ¿Cómo es que en Chile se ha ignorado esto, si es que se le ha ignorado?

Calculo que la obra constará de cuatro buenos volúmenes, que haré imprimir en mi imprenta y bajo mi cuidado. Á principios del año entrante, pienso que estarán en prensa los dos primeros tomos. Voy á ilustrar la edición con los cuatro retratos auténticos de San Martín que lo representan en sus cuatro épocas, á saber: durante la reconquista de Chile, Protector del Perú, en el ostracismo, y, por último, en su ancianidad. Usted conoce esos retratos, menos tal vez el de la época del protectorado, que es tomado de una miniatura original, hecha en Lima.

Pienso también ilustrar la obra con algunos mapas y planos, incluyendo en ellos los inéditos de d'Albe, parte de los cuales debo á Ud.; pero aquí me encuentro con un vacío, en que nos hemos ocupado varias veces:—el plano de la batalla de Chacabuco.

El plano de la batalla de Chacabuco, hecho en esa época, existe y ha existido; pero sólo he podido averiguar que se encontraba entre los papeles de Puirredón, que en su mayor parte han venido á mis manos, pero con esa falta. No tenemos sino el de Miller, que apenas da idea de ella, y del itenerario de las dos columnas patriotas, lo que, Ud. sabe, no es lo más importante, siéndolo la posición del ejército español que no está señalada, y la cual carece allí de toda indicación topográfica.

Varias veces hemos hablado de la conveniencia y de la necesidad de suplir este documento, para lo cual existen más que suficientes elementos; y con los que yo tengo me atrevería ya á hacer un croquis aproximativo, haciendo uso de mis apuntes durante mi última visita á aquel memorable campo; pero sería muy informe y muy incompleto. Con la ayuda de Ud. creo que podría hacer algo mejor.

Fácil le sería á Ud. enviarme un croquis en que se detalle lo mejor que sea posible: 1.° el macizo y las faldas del norte á cuyo pie está situada la hacienda; 2.° el relieve del terreno en la parte opuesta al descenso de la cuesta, que era la última posición española; 3.° el llano de Talaveras, con su estero; 4.° los accidentes del descenso de la cuesta por donde bajaron las dos columnas patriotas al llano, y que constituye el núcleo de la batalla.—¿No tendrá don Eulogio Solar algún planito de su hacienda, que pueda servir de base á este trabajo? ¿No le sería á Ud. posible que algún ingeniero amigo haga combinarse gráficamente algunos datos sobre el particular? Mucho se lo agradecería, y confío en su buena voluntad, en la inteligencia de que no se pide una cosa matemática, sino aproximativa y á ojo de buen varón como para ilustrar la batalla, respecto de la cual Ud. puede suministrar los más seguros datos, con lo cual yo redactaré mi croquis.

Aquí viene un doloroso recuerdo que se liga con nuestros trabajos históricos á la vez que con los compañeros queridos que han participado de ellos. Hace pocos años recorríamos juntos con nuestro querido Benjamín Vicuña Mackenna y con Ud. el glorioso campo de Maipo, y hoy lo lloramos perdido para siempre. La pérdida me ha entristecido como la de un hermano, porque lo era por el cariño, por la comunidad de creencias y por los vínculos que nos unían; y las circunstancias en que recibí la fatal noticia hicieron más profunda mi dolorosa impresión. Le lloré, en verdad, y por lo mismo hoy su recuerdo me es grato, aunque melancólico, como un elemento moral incorporado á mi sér. Era una gran cabeza en su medida, y un gran corazón en toda la extensión de la palabra. Nosotros que lo conocimos íntimamente, y hemos sabido en vida juzgarle benévola é imparcialmente, con sus bellas cualidades y sus deficiencias, podemos estimar mejor sus méritos y el vacío que deja en nuestras almas.

Si ve á René-Moreno, dígale que recibí su último libro, muy interesante, aunque excéntrico, y otro que me envió anteriormente que agradezco, y que siempre lo recuerdo con afecto, deseándole prosperidad.

En adelante, para no detener tanto tiempo el envío de libros argentinos que puedan enriquecer su colección, se los remitiré directa-

mente por el correo á medida que salgan. No excuse encargarme cualquier libro que pueda interesarle para completar sus colecciones, con la seguridad de que será para mí un placer llenar sus encargos. Nuestro movimiento literario es hoy bastante activo en cantidad, si bien en calidad no corresponde completamente; pero los americanistas cargarán con todo.

Quiera presentar mis amistosos recuerdos á su familia, deseándole felicidad, y repitiéndome de Ud. su viejo amigo que lo quiere como siempre.

BARTOLOMÉ MITRE.

LA HABANA INTELECTUAL

VISTA DESDE LOS ANDES

I

No es afición, sino pasión literaria, lo que ha habido en Cuba, especialmente en la capital, desde el primer tercio de este siglo; pero con interrupciones causadas por la política, pasión de fuerza superior. Don Jacinto de Salas y Quiroga trazó un cuadro sombrío de la cultura cubana en el libro de *Viajes* que publicó en Madrid en 1840; pero su visita ocurrió en uno de esos paréntesis en el que abarca el período luctuoso de la cizaña sembrada por Tacón. Había terminado ya el ciclo científico y literario de José Antonio Saco, el Padre Varela, José de la Luz y Caballero, Nicolás M. Escovedo, José Agustín Govantes, Francisco de Armas, José Agustín Caballero, Blas Oses y Domingo del Monte, el último de los cuales reunía en su casa por las noches todas las inteligencias esclarecidas de aquella época; había muerto ya la Revista Bimestre Cubana, de la que dijeron

Quintana, Martínez de la Rosa y Ticknor, que nunca se había publicado periódico igual en colonia española, y que hacía mucho tiempo no lo tenía mejor ni la Península (1). Tacón acabó con todo eso: suprimió la libertad de la prensa, desterró por abolicionistas y liberales á nuestros compatriotas más beneméritos, y cuando el señor Quiroga pisó el suelo de la Isla, pudo muy bien escribir: «El Gobierno y el pueblo son iliteratos... El Gobierno teme los libros, el pueblo no los entiende... Las trabas de la censura no tienen límites.»

El renacimiento debía ser obra de otra generación, porque aquella, ó sucumbió en su carrera errante, ó perdió los bríos bajo el imperio del terror colonial. La nueva legión fué en gran parte formada por don José de la Luz y Caballero en su colegio «El Salvador», de memoria inmortal. Á ella pertenecen Zenea, Piñeyro, Luaces, los Mestres, Zambrana, Fornaris, Mendive, Quintero, los Sellenes, Rodríguez, Carrillo, Ponce de León, y otros, que con mayores ó menores merecimientos han hecho pronunciar con honor el nombre de Cuba en tierras extranjeras. Ya en 1868 el Conde de Pozos-Dulces había elevado el periodismo político á la dignidad de una magistratura, con el histórico SIGLO; ya Zenea había publicado la REVISTA DE LA HABANA, rival de las mejores de su clase; Piñeyro su REVISTA DEL PUEBLO; y Fornaris había abierto el palenque de la discusión literaria y científica en célebres reuniones que del recinto doméstico pasaron, por necesidad de expansión, á los salones del Liceo. El grito de Yara cerró ese otro ciclo de nuestra historia intelectual.

(1) José Ignacio Rodríguez, *Vida de don José de la Luz y Caballero.*

Pero en esta vez el grupo era más numeroso que en 1834; una parte pereció; el resto, reforzado con el vigor de la juventud que se había levantado durante la guerra, prosiguió con entusiasmo el interrumpido vuelo, que dura todavía.

De este movimiento nos proponemos hablar.

Sin duda, no estamos bien situados para la observación, y es seguro que, por más que sacudamos el polvo del catalejo y aguzemos la vista, perderemos muchos pormenores importantes, desconoceremos muchas figuras, ó por nuevas, ó por envejecidas ó por haber crecido mucho intelectualmente; otras veces el humo de las guerras civiles colombianas se interpondrá repentinamente entre la lejana Antilla y nuestra elevada cumbre, y cortará durante años enteros toda comunicación. Aún así, resolvemos acometer el trabajo, que no será sino un bosquejo, con la esperanza de que algún compatriota juzgue útil acabarlo, y tendremos entonces una historia completa del movimiento intelectual en Cuba durante los últimos diez años. Nos limitamos á la Habana, no por ser ella el centro principal de cultura, sino porque poseemos escasas noticias de las otras localidades. Acabamos de leer que en Santiago de Cuba se va á fundar una sociedad de artistas y escritores, semejante á la de Madrid, proyecto que revela la existencia de fuerzas vitales muy activas; pero no alcanzamos á divisar sus manifestaciones.

La Revista de Cuba, excelente periódico fundado en 15 de enero de 1877 por el doctor José Antonio Cortina, tiene derecho para reclamar la gloria de la inauguración del movimiento actual.

Ella misma lo ha referido: tres de sus principales co-

laboradores, los señores Enrique José Varona, Vidal Morales y Julián Gassie, proyectaron unas reuniones semanales, que llevaron á efecto en el local de la redacción, para discutir severamente, con los demás colaboradores, los trabajos destinados á la REVISTA. Á poco se ensanchó el programa: se aceptó una moción del señor Gassie, según la cual se debía discutir en cada reunión un tema, señalado de antemano, sobre algún problema científico; después el señor Morales propuso, y fué igualmente acordado, que se examinasen las producciones literarias de la prensa nacional y extranjera; y en efecto, se principió con el análisis de *Marianela*, novela de Pérez Galdós, y *Consuelo*, drama de López Ayala. "Á fin de no hacer las discusiones interminables, no podrían consumirse sino cuatro turnos por cada tema: dos en pro y dos en contra; y para fijar bien las cuestiones y dar unidad á los trabajos, se eligiría, al designar el tema, un moderador, entre los más competentes, para resumir los diferentes puntos debatidos."

Estas veladas despertaron un entusiasmo indescriptible, que si fué el ímpetu de la reacción, con el hecho de no haber decaído á estas horas demuestra cuán fuera de su centro anduvo la juventud cubana durante los diez años de emigración y de campamentos. Nunca nos hemos enterado bien de la causa por que las suspendieron; díjose en LA TRIBUNA de Madrid, de 26 de febrero de 1883, que "por la intransigencia clerical"; pero dos razones nos han hecho encontrar confusa esa lacónica explicación: la primera, que en la Habana el clero no acostumbra ejercer esa clase de influencias; la segunda, que, suprimidas las veladas de la REVISTA, renacieron con más vigor en la morada del señor Cortina, director de la

misma REVISTA, y las hubo también en otras casas particulares, como las de los doctores Nicolás Azcárate y José María Céspedes; las hubo en el nuevo Liceo; y el ejemplo tuvo imitación en diversos barrios de la Habana, pues se dieron conferencias y hubo discusiones en las sociedades "del Pilar", "Caridad del Cerro", "Progreso de Jesús del Monte", y en las de otras ciudades, como en el "Nuevo Liceo" de Guanabacoa, el "Liceo de Regla", el de Matanzas, el "Recreo de Artesanos" de Jaruco, y en las de Bejucal, Güines y otras muchas. Y si las primeras veladas de la REVISTA no se distinguieron por la ortodoxia, menos puede decirse de las subsiguientes, como se verá adelante. Recién terminada la guerra, la palabra, hablada ó escrita, gozó de bastante libertad relativa; y aunque permaneció vigente la prohibición tradicional de que no se atacasen algunas instituciones, la religión entre ellas, por lo que á la religión respecta no parece que tuviera grande interés en la observancia de la orden superior un gobierno cuyos antecesores se habían encarado con Roma, empeñándose en conferir, por la fuerza, la mitra arzobispal de Santiago de Cuba á un sacerdote que el Papa no aceptaba, así como ya antes el Obispo de la Habana, Fray Jacinto Martínez, había tenido que huir de su diócesis, había sido rechazado de ella cuando intentó regresar, y se vió obligado á dirigirse á los Estados Unidos, porque no quiso acceder á la exigencia del capitán general Lersundi, de que se repicaran las campanas cuando dicho general entrara en alguna población de la Isla.

Probablemente la suspensión de las veladas tuvo causa política: porque en esta materia la tolerancia ha sido regateada.

El País, diario liberal, órgano de los cubanos, fué condenado á fines de 1885 á una suspensión de veinte días, por haber anunciado la enfermedad de don Alfonso XII; enfermedad tan cierta, que ocasionó la muerte del joven monarca; y por haber anticipado á sus lectores otras noticias, siempre confirmadas, había sido condenado á pena semejante en otras ocasiones; de ahí que, habiéndose llamado primitivamente El Triunfo, cuando lo fundó el señor Manuel Pérez de Molina, apareciese con el nombre de El Trunco durante las suspensiones; y que tomase después el de El País, para cambiarlo por el de El Paisaje al sufrir nuevas condenas.

En diciembre de 1885, después de muerto don Alfonso, decía lo siguiente la Gaceta Universal de Madrid, sobre el estado de la prensa en Cuba:

"...Desde que gobierna el general Fajardo, raro es el periódico que no ha sido denunciado, y hay cumpliendo condenas en la cárcel y castillos de la Isla periodistas de todas las opiniones, los más afiliados al partido conservador, al llamado partido integrista."

El número de periódicos que se publican en la Habana, fluctúa entre 40 y 50: 10 ó 12 son de carácter permanente; los demás, y en especial los puramente literarios, pasan vida efímera, muriendo hoy para renacer mañana con el mismo ó con diferente nombre.

El partido autonomista, compuesto casi en totalidad de liberales cubanos, tiene en el diario El País su órgano más autorizado.

El partido colonial, afecto al antiguo régimen, cuenta con el antiquísimo Diario de la Marina y La Voz de Cuba, diario también. El Diario publica interesantes correspondencias literarias de España, firmadas por el

señor Manuel Cañete. El Conservador de Bogotá las ha reproducido con frecuencia.

El Gobierno tiene un gran diario oficial, La Gaceta.

Con la muerte de Cortina terminó su famosa Revista de Cuba; pero fué reemplazada por la Revista Cubana, que, dirigida por el señor Enrique José Varona, sale á luz el día último de cada mes, por entregas de 96 páginas, en 4.º mayor. Las mejores plumas de la Habana colaboran en ella, y la mantienen en altura cada día superior.

Otros periódicos son órganos de corporaciones ó sociedades, como los Anales de la Academia de Ciencias médicas, físicas y naturales, revista mensual oficial de dicha Academia; los Anales de la Sociedad Odontológica; el Boletín de la Sociedad de Antropología; la Revista General de Derechos, oficial del Colegio de Abogados; la Revista de Agricultura, órgano oficial del Círculo de Hacendados; el Boletín de la Asociación de las Madres católicas; el Boletín de la Sociedad Protectora de animales y plantas; las Memorias de la Sociedad Económica; El Liceo.

Algunos establecimientos comerciales publican, gratis, periódicos literarios para anunciar sus mercancías; á ese número pertenece la Bibliografía, del librero señor Clemente Sala.

Otros pertenecen á grupos de españoles de diversas provincias, como Galicia Moderna, El Eco de Galicia, A Gaita Gallega, La Voz de Canarias, La Voz de Castilla, El Eco de Covadonga.

Otros están dedicados á alguna especialidad en ciencias, artes, etc., ó son literarios: la Crónica Médico-quirúrgica; la Enciclopedia de Medicina, Farmacia y

Agricultura; el Repertorio de Farmacia, mensuales; El Escalpelo, semanario científico; el Boletín Clínico de la Quinta del Rey; el Boletín Jurídico, semanal; la Voz del Magisterio, la Revista de la Enseñanza, el Profesorado de Cuba, La Escuela, dedicados á asuntos de pedagogia y á todo lo relacionado con la instrucción pública; la Revista de Incendios; El Boletín Comercial; El Avisador Comercial; El Mundo Artístico, quincenal, dedicado á las bellas artes, y especialmente á la música; El Sportsman Habanero, semanario; El Fígaro, semanario de literatura y *sport;* El Sufragio, diario político; La Habana Elegante, La Ilustración Nacional, Cuba Ilustrada, El Pilareño, El Eco de la Habana, El Porvenir, La Lotería, El Tábano (político); El Club, semanario; el Palenque Literario, quincenal; El Popular y la Habana Cómica.

Probablemente faltan algunos, por no haber llegado á conocimiento nuestro. Esa relación se refiere á los últimos meses de 1885.

Don Juan Martínez Villergas estuvo publicando un periódico político y literario, con el título de Don Circunstancias; en la época citada ya no salía á luz. No fué tan ruidoso como sus predecesores La Charanga y El Moro Muza. Dícennos que la salud y el espíritu del bullicioso crítico han decaído notablemente.

Del movimiento político habría para hablar con extensión. No es posible condensar en un par de páginas los programas de los partidos, sus manejos, la conducta de los gobiernos de la Habana y Madrid, y los debates de las Cortes. Todo eso requeriría un largo estudio especial. Las discusiones políticas en la prensa y en los clubs

electorales son animadas; bastante diferencia se nota respecto de lo que sucedía diez años atrás. Después que Lincoln expidió el decreto de emancipación, los periódicos de Cuba, al publicar y comentar las noticias de los Estados Unidos, no podían decir los *libertos*, los *esclavos emancipados*, y tenían que valerse de perífrasis, tales como *los nuevos ciudadanos*, *los favorecidos por el nuevo orden de cosas*, etc. Hoy se discute la cuestión de la esclavitud, y algunas otras vedadas antes; pero ya hemos visto á qué trabas está sujeta la prensa todavía. Respecto de las elecciones para diputados, no referiremos más que un hecho: el señor Ricardo del Monte, antiguo periodista, director de EL PAÍS, conocedor, como pocos, de las necesidades económicas de Cuba, fué favorecido por gran mayoría de votos en un distrito electoral; y su elección fué anulada, porque en muchas papeletas estaba su apellido escrito *Delmonte*.

La instrucción pública ha tomado parte en la agitación intelectual; el último plan de estudios, aunque defectuoso, supera al anterior; pero tenemos una reacción, si se aplica á Cuba, como no dejará de suceder: el real decreto de agosto último, obra del señor Pidal. Se han abierto tres institutos más de segunda enseñanza, y se ha declarado obligatoria y gratuita la primaria. Se han abierto también muchos y muy buenos colegios. La Universidad, entre otras reformas, ha recibido la de que sus cátedras se proveen por oposición, sistema que está dando excelentes resultados. En agosto de 1884 escribía un sabio anglo-americano, al trazar la biografía del señor F. Poey:

"La Universidad contará ahora con unos 1,200 estudiantes, cuya gran mayoría pertenece á esos departamentos que preparan á las carre-

ras donde es más fácil obtener la fortuna ó la distinción política ó social, como las de leyes, medicina y farmacia. Muy pocos, relativamente, siguen estudios literarios ó filosóficos, y menos aún son los que se dedican á las ciencias biológicas. Á la clase de botánica sólo asisten hoy dos estudiantes, y no irán muchos más á la de zoología.»

Las líneas precedentes se refieren al año de 1884, ó quizás al anterior. En octubre de 1885 decía EL ESTUDIO de la Habana:

«El número de alumnos matriculados hasta la fecha en esta Universidad, para el curso actual, es tan exiguo, comparado con el de otros años, que la enorme diferencia sólo puede explicarse ó por la angustiosa situación económica que atravesamos, ó porque, con más sentido práctico, han comprendido los jóvenes estudiantes que hay tal plétora de abogados, médicos y farmacéuticos, que necesario se hace buscar en otras profesiones ú oficios un porvenir menos tenebroso y más halagüeño.»

En el mismo mes, y con ocasión de haberse dicho oficialmente que el anfiteatro de la Universidad está dotado de «un museo anatómico y un provisto arsenal de instrumentos, aparatos, vendajes, piezas de apósitos y maniquíes», rectificaron *Varios Estudiantes*, diciendo que en el museo «no se contemplan más que piezas deterioradas por la injuria de los tiempos, llenas de polvo, que ningún servicio pueden prestar á la causa de la ciencia y á la juventud estudiosa»; y respecto de los instrumentos, «bástenos decir que en el curso pasado no pudieron guardarse ciertas preparaciones, que exigían un estudio serio y detenido, por no existir vasijas de cristal donde recogerlas»; no hay «aparato alguno moderno para la inyección de vasos linfáticos,» ni balanzas, ni lentes; no hay sino «una antediluviana y enmohecida colección de escalpelos, tijeras y cuchilletes, salvo alguno que otro instrumento nuevo que se reserva para casos excepcionales».

En febrero de 1880 obtuvieron permiso los señores José M. Gálvez, José R. Montalvo y Antonio Govín para fundar una Academia de ciencias morales, históricas y políticas; pero creemos que el proyecto no pasó de ahí.

Y ya que hemos dirigido la mirada al estado de la ciencia, nos detendremos un rato en él, para examinar después los de la literatura y las bellas artes, con las limitaciones que nos imponen la naturaleza de nuestro trabajo y las sombras de la lejana perspectiva.

RAFAEL M. MERCHAN

(Continuará)

CERVANTES EN ARGEL

ACTO QUINTO

Una plaza en Argel

ESCENA PRIMERA

UN SOLDADO, HOMBRES Y MUJERES DEL PUEBLO

SOLD. Pues ha pasado tal como os lo cuento:
en el recinto de la cueva estaban
no menos de doscientos.
TODOS ¡Tantos!
SOLD. Tantos.
HOM. 1.º ¿Cómo cabían todos, si tú acabas
de decir que era estrecha la caverna?
SOLD. ¿Eso dije?
TODOS Sí, sí.
SOLD. Pues, cuenta clara;
serían menos; uno ó dos no importan...
HOM. 2.º Es poco rebajar de suma tanta.

MUJ. 1.ª Donde caben doscientos menos uno,
caben doscientos.
TODOS Cierto.
SOLD. ¡Ya me cargan
con tantas necedades!
VARS. HS. ¿Cómo? ¿cómo?
SOLD. ¿Os enojáis?... Pues dejo la palabra,
y me largo.
LAS MUJS. ¡No, no!
MUJ. 2.ª ¡Vaya en buen hora
cuando haya dicho todo!
HOM. 3.º ¡Á ver si callan!
SOLD. Pues bueno; ¡para bulla, ya es bastante!
HOM. 4.º ¡Cómo levanta el gallo!
LAS MUJS. ¡Chit!
VARIOS ¡Ya basta!
SOLD. ¡Lo mejor está aquí!
(*Señalándose la boca.*)
VARIOS ¿Sí?
OTROS ¡Diga, diga!
(*Con suma curiosidad, apretándose á él.*)
SOLD. ¡Uf! ¡Que me sofocáis, gente inhumana!
(*Apartándolos á empellones.*)
MUJ. 3.ª ¡Entonces hable presto!
SOLD. El buena pieza,
alentando á los otros allí estaba.
(*Con énfasis.*)
TODOS ¿Quién? ¿quién?
SOLD. ¡El Estropeado!
TODOS ¡El Estropeado!
(*Llega Aluch por la izquierda y se mezcla entre ellos á escuchar.*)

HOM. 1.º ¡Seguro que escapó!
SOLD. ¡Cayó en la trampa!

ESCENA II

ALUCH, UN SOLDADO, HOMBRES Y MUJERES DEL PUEBLO

ALUCH ¿Quién cayó?
SOLD. Saavedra.
ALUCH ¿En dónde?
SOLD. ¿En dónde?
¡En nuestras manos!
ALUCH ¡Ah!
(*Con sorpresa y miedo.*)
MUJ. 1.ª ¿No le hace gracia?
ALUCH (¡Si saben que fuí de él!...)
(*Aparte, con la inquietud del terror. Luego, procurando serenarse, exclama:*)
¡Que muera!
TODOS ¡Muera!
HOM. 5.º ¡Todos deben morir, los de su casta!
SOLD. Yo lo decía así... pero...
LAS MUJS. ¿Qué?
ALUCH ¿Pero?...
SOLD. Pero con las intrigas no contaba.
MUJ. 5.ª ¿Qué intrigas?
SOLD. Las intrigas que siguieron
á la captura de él.
MUJ. 2.ª ¡Á ver si el maula
en un año nos cuenta lo que sabe!
SOLD. ¡Pues largarse de aquí, si no le alcanza
la paciencia!

HOM. 6.º ¡No hagáis caso de brujas!
MUJ. 2.ª ¡Yo bruja!
(*Muy encolerizada.*)
HOM. 6.º ¡Sí, lo dicho!
(*Con calma.*)
MUJ. 2.ª ¡Vil, canalla!
ALUCH ¡Silencio y atención!
MUJ. 2.ª ¡Se te convierta
(*Siempre contra el Hombre 6.º*)
la boca inmunda...
SOLD. ¿Siguen?
TODOS ¡Basta, basta!
SOLD. ¡Pues, se escapó otra vez el Estropeado!
TODOS ¡Ah! ¡Ah!
(*Con descontento.*)
ALUCH ¿De qué manera?
SOLD. Le dió larga
mi compañero Izuf.
TODOS ¡Pícaro! ¡pícaro!
SOLD. ¡Á bien que la traición le costó cara!
MUJ. 6.ª ¿Qué sucedió?
SOLD. ¡Dalí, el terrible Jefe,
le hundió en el corazón su propia daga!
TODOS ¡Bien hecho!
SOLD. ¡Aún queda mucho más!
(*Con misterio.*)
TODOS ¿Qué queda?
SOLD. ¡La hija del Bajá en la cueva estaba
con los cristianos!
(*En tono confidencial.*)
TODOS ¡Oh!

HOM. 1.º ¡Se está burlando!
SOLD. ¡Por Mahoma lo juro!
ALUCH ¡Un rayo caiga
sobre ella y en cenizas la convierta,
si son ciertas, Soldado, tus palabras!
SOLD. Lo he jurado.
LAS MUJS. ¡Sí, sí!
ALUCH Pues, el Profeta
escuche lo que he dicho.
MUJ. 1.ª ¡Si es cristiana,
y lo sabe nuestro amo el rey!...
HOM. 1.º ¡De cierto
no saldrá bien!
ALUCH ¿Qué veo?
(*Que se ha apartado algo y mira á la derecha.*)
TODOS ¿Qué?
ALUCH ¡Que avanza
(*Con temor.*)
hacia esta parte el rey!
LAS MUJS. ¡Ay!
(*Aterrorizadas. Huyen por la izquierda.*)
ALUCH ¡Yo me escapo!
SOLD. ¡Yo antes que nadie!
HOM. 1.º ¡Á todos nos espanta!
(*Salen en confusión por la izquierda. Azán Bajá y demás llegan por la derecha.*)

ESCENA III

AZÁN BAJÁ, FARTAX, SOLDADOS

AZÁN ¡Aquí mismo ha de ser!... ¡Viles! ¡Traidores!
¿Oyes, Fartax?... ¡Aquí!... ¡La rabia inflama

mi pecho en convulsiones repetidas!
¿Oyes, Fartax? ¿Tú sabes lo que es rabia?
¡Tú no lo sabes! ¡No, tú no lo sabes!

FAR. ¡Calmaos, gran señor!

AZÁN ¡Maldito, calla!
¡Sed de sangre me acosa! ¡Quiero sangre!
¡Si sólo cabe el odio en mis entrañas!
¡Odio profundo, inextinguible, inmenso,
por todo, contra todo!

(*Se queda un momento suspenso. Transición.*)

¡Hija adorada!
¡hurí del paraíso descendida
para calmar mis penas y mis ansias!
¡Contra mi Halima no! ¿Escucháis, esclavos?
¡Nada contra mi Halima! ¡Nada, nada!
¿Oís, esclavos, lo que el rey os dice?
¡Ni de besar la huella de sus plantas
sois dignos, miserables! ¡No sois dignos
ni de aspirar el polvo que levanta
de sus plantas el roce delicado!...
¿Oís, esclavos, lo que el rey os habla?...
(¡Y Dalí se ha atrevido en mi presencia

(Aparte)

á decir que en la cueva se encontraba!)

(*Fartax, inclinándose profundamente, dice:*)

FAR. ¡Señor, abatiremos nuestros cuellos
para que en ellos la divina amada
asiente el pie y nos deje engrandecidos!

AZÁN ¡Levántate, caudillo de la Guardia!

(*Lisonjeado en su amor de padre.*)

FAR. ¡Oh, Mahoma! ¿me engañan mis deseos?...

AZÁN ¡Guardián de las prisiones, tus palabras
de Halima el padre escucha, y presuroso
el rey á nuevo cargo te levanta!
Caudillo de la Guardia, tus oídos
han escuchado ciertas mis palabras.

FAR. Dejadme, gran señor, que en leve muestra
(*Echándose á sus pies.*)
de mi agradecimiento... en alabanza
de vuestros beneficios...
(*Azán le interrumpe.*)

AZÁN Bien, escucha:
¡Aquí ha de ser, te he dicho; en esta plaza
quiero dar á mi pueblo en espectáculo
el supremo poder de mi venganza!
¡Aquí será quemado Dalí, vivo,
para escarmiento de la torpe raza
de viles y traidores! Considera
este ejemplo, caudillo de la Guardia,
puesto que tú comienzas en tu cargo
quemando vivo á aquel que lo ocupaba!
¡Aquí ha de recibir el Estropeado
dos mil palos ó más en sus espaldas!
y ve que no le doy fin en la hoguera,
porque ha sabido aminorar mi saña.
Con perder á Saavedra, nada pierdo,
pues tengo ya perdida la esperanza
de que algún día pague su rescate;
antes pienso, al contrario, que se gana
con un castigo tal, pues que amedrenta
á los cristianos, que en secreto tratan
de preparar la fuga, y devolverse
por este medio á la perdida patria.

Con estos dos por hoy será bastante;
mas los suplicios seguirán mañana,
porque hay varios que pueden, sin perjuicio
de perder por su muerte buena paga,
agarrotados ser, entre los muchos
que recogidos en la cueva estaban!
¡Presencie todo Argel el cruento acabo
que alcanzará Dalí!

(*Se dirige á los soldados, que se humillan.*)

¡Vuestras palabras
anuncien por doquiera la noticia
del castigo que en estas circunstancias
ordena vuestro rey! ¡Todos acudan
con presteza á asistir á mi venganza!
¡Todos; soldados, id! El plazo es breve,
y el tiempo á mi deseo tardo pasa!

(*Salen los soldados por todas partes.*)

ESCENA IV

AZÁN BAJÁ, FARTAX

AZÁN ¡Quiero que este escarmiento no se olvide
jamás en todo el término que abraza
mi dilatado reino! ¡Esté patente
de Azán Bajá la vengadora saña
de una generación en otra; y vuelen
los sucesos, llevados por la fama,
del mundo á los confines! Fartax ¿oyes?
¡Ríos haré correr de sangre humana!

FAR. Fartax á su señor atento escucha
y se prepara en lo íntimo del alma

á poner de tal suerte sus mandatos
por obra, que se acrezca la confianza
del grande Azán Bajá para el humilde
siervo á quien ha subido á altura tanta!

AZÁN ¡Así, Fartax, así!... Yo mismo quiero
al maldito Dalí ver en las llamas,
sus lamentos oír, y solazarme
con sus gritos de horror, sus insensatas
maldiciones é inútiles clamores!
Á mi lado estará la hurí preciada,
el más hermoso sueño de mis sueños,
el encanto dulcísimo de mi alma.
Halima vendrá á ver cómo perece
el vil que codicioso la deseaba!...

(*Pausa breve.*)

Y tú, Fartax, conduce á los cautivos
á estos sitios: que sepan cómo paga
sus intentos de fuga el más astuto
de cuantos en Argel la vida pasan
á duro cautiverio condenados.
Y con ejemplo tal cesen las ansias
de acometer empresas atrevidas
que, sin dar fruto, nuevos males labran.

FAR. Serán en un instante vuestras órdenes,
magnánimo señor, ejecutadas.

(*Vase por la derecha después de hacer zalema.*)

ESCENA V

AZÁN BAJÁ

AZÁN ¡Ah, Dalí!... vil pigmeo á quien la mano

¡del poderoso rey de Argel aplasta!
Así que sople el viento de la tarde,
tus cenizas serán arrebatadas
en sus violentos giros, sin que dejen
de tu sér más que la memoria ingrata!...

(*Llega Halima encubierta por la derecha.*)

ESCENA VI

AZÁN BAJÁ, HALIMA

HAL. ¡Lo hallo al fin!
AZÁN ¿Qué? ¡Descubre tu semblante!
HAL. ¡Padre mío!
AZÁN ¡Tú, hermosa! ¿por qué causa
así el palacio dejas á pie y sola?...
¿Qué es esto? ¿Qué sucede?...
HAL. ¡Padre mío!
AZÁN Aliento de mi vida ¿qué te pasa?
¡Habla, que si hay alguno que haya osado
siquiera á tí elevar la audaz mirada,
al punto morirá!
HAL. ¡No, no! Ninguno!
¡Ninguno muera, padre! Esta es la causa
que me obliga á dejar ahora el palacio
y venir á buscarte desolada!...
En él estaba yo aguardando ansiosa,
desde que tú saliste, que tornaras
para calmar con mis acentos, padre,
la ira que en tu pecho rebosaba
por los sucesos de que fué motivo
el insano caudillo de tu Guardia...

AZÁN ¡Será quemado vivo! He ahí su pena!
HAL. ¡Quemado vivo!... ¡Es cierto lo que hablaba
aquel soldado al pueblo reunido
enfrente del palacio!
AZÁN ¡En esta plaza
perecerá Dalí... y el Estropeado!...
HAL. ¡Ese no, padre mío! No, por nada!
AZÁN No, no será quemado. No hayas miedo.
Recibirá garrote hasta que caiga...
HAL. ¡Ah, padre mío!... ¡Cómo! ¿Das tal pago
á quien de manos de Dalí me salva?
á quien, llamándote en el mismo instante
en que tal vez mi vida peligraba,
sin temor de perderse, te decía:
"¡Escucha al Estropeado! Dalí trata
de robarte la honra, y yo lo entrego,
oh, rey de Argel, á tu tremenda saña!"
¡Qué sangriento sarcasmo!
AZÁN Halima, calma
tu conmovido pecho. Hurí divina,
si no hubiera hecho tal, él acabara
como Dalí, en la hoguera! ¡La sentencia
está contra los viles pronunciada:
para Dalí las llamas! para el otro,
los palos!
HAL. ¡Nunca, padre!
AZÁN ¡Poco falta
para que se ejecuten los suplicios!
¡Quiero acabar al fin con la canalla!
HAL. ¡Y dices que me adoras!
AZÁN ¡Dulce aliento
de mis cansados años!

HAL. ¡No soy nada
para tí, padre cruel!
AZÁN ¿Qué dices, hija?
¡Mira que me asesinan tus palabras!
HAL. ¡Y tú no miras el martirio horrible
que en agonía lenta sufre mi alma!
¡Tú no comprendes!... ¡Ay!

(*Con un grito de espanto, conteniéndose al ver que iba á descubrirse.*)

AZÁN ¿Por qué en tu pecho
hay para el Estropeado tanta lástima?...
HAL. ¡También para Dalí! ¡También! ¡Perdónalos!
AZÁN ¡Nunca, jamás! ¿Y mi odio? ¿y mi venganza?
Si no temiera tanto sus manejos,
quizás al Estropeado perdonara...
HAL. ¡Sí, sí!

(*Se oyen gritos del pueblo.*)

AZÁN Pues, á pesar de ser cristiano,
su mucho ingenio y gran valor me arrastran,
contra mi voluntad, en favor suyo.
HAL. ¡Perdónalo!

(*Con suprema ansiedad. Pausa larga. Se oyen más cerca los gritos de la turba. Azán Bajá lucha entre su venganza y su afecto. Al fin, exclama:*)

AZÁN ¡No, no! Temo sus trazas!
¡Escucha cómo el pueblo pide muerte!
¡Ya se acercan, sin duda!
HAL. ¡Hora menguada!
¡Oh, padre! ¡por mi vida haz que suspendan
la horrible ejecución!
AZÁN ¿Por qué te afanas
de tal manera, Halima? ¡Dalí nunca

perdonado será!...

HAL. ¡Con ese basta!

(*Invaden la plaza por la derecha una multitud de hombres, mujeres y niños del pueblo argelino, en gran confusión. Se quedan silenciosos luego que divisan al rey, y buscan los sitios más separados de él, dando muestras del gran temor que á todos les infunde. Inmediatamente detrás del pueblo, considerable número de soldados que limpian la plaza de gente y se forman en fila en ambos lados y al fondo. En pos, y rodeados de soldados, don A. de Toledo, Meneses, Osorio, Navarrete y los demás caballeros que estaban asilados en la cueva. Se colocan hacia el fondo, quedando en primera línea. Sobre la marcha aparece Dalí entre un grupo de soldados que va á situarse con él á la izquierda, primer término. En seguida, un nuevo grupo con Cervantes, que se coloca en primer término de la derecha. Después Fartax con más soldados y más gente del pueblo, que se queda á espaldas de la primera fila de soldados. Azán Bajá y Halima deben quedar al centro de la escena. Algunos servidores del palacio acomodan hacia el fondo un estrado con dos riquísimas almohadas para el rey y su hija, y se retiran.*)

ESCENA VII

CERVANTES, HALIMA, AZÁN BAJÁ, DALÍ, FARTAX, TOLEDO, MENESES, OSORIO, NAVARRETE, CABALLEROS, SOLDADOS BERBERISCOS, PUEBLO ARGELINO.

FAR. ¡Poderoso señor!

AZÁN Habla.

FAR. Han llegado
en un navío de la tierra hispana
mensajeros de paz, que hablar pretenden,
señor, al rey. En el palacio aguardan.

AZÁN Bien; espera mi vuelta. Vamos, hija.

HAL. (¡Contigo ha de morir quien tanto te ama!)

(*Aparte, mirando á Cervantes, marchándose con Azán por la derecha.*)

ESCENA VIII

CERVANTES, DALÍ, FARTAX, TOLEDO, MENESES, OSORIO, NAVARRETE, CABALLEROS, SOLDADOS BERBERISCOS, PUEBLO ARGELINO.

CERV. (¡Qué he escuchado, Dios bueno! ¡que ha venido
á la tierra de Argel, desde la patria,
un navío!... ¡Pardiez! ¡Aún alimentas,
menguado corazón, una esperanza!...
¿Para qué?... ¡Las mortales ligaduras
serán en breve espacio desatadas;
y desde allí podrás, alma mezquina,
(*Señalando al cielo.*)
libre por fin de la materia insana,
tender la vista á la bendita tierra...
donde gimen mi madre y mis hermanas!...)
(*Todo para sí; queda profundamente abstraído.*)

DALÍ ¡Estropeado maldito! hay en tu frente,
por secretos terrores estampada,
una marca indeleble!
(*Con sarcasmo y burla.*)

CERV. ¡Te perdono!

FAR. ¡Silencio, perros!

CERV. ¡Calla, amigo, calla!
Guarda tu voz para otras ocasiones
en que haya quien acate tus palabras.
(*Con calma. Murmullos del pueblo. Cervantes le dirige la palabra.*)
¡Impaciente os mostráis, por vida mía,
pueblo digno... de un rey como el que os manda!

PUEBLO ¡Muera, muera!

CERV. ¡Esperad! No seáis loco,
que el saber esperar es prenda grata.
(*Después de esta burla, se dirige á Toledo y compañeros.*)
Oídme, amigos míos: pues que al término
muy presto he de llegar en la jornada
de la vida, escuchadme bondadosos
y guardad en memoria mis palabras.
(*Muy conmovido*)
Aquel que de vosotros logre un día
tornar al grato suelo de la patria,
vaya de puerta en puerta preguntando
dónde se halla una madre infortunada.
Y al verla, oscurecidos ya los ojos
por el perpetuo daño de las lágrimas,
anúnciele que su hijo ha perecido
con la fe de sus padres en el alma;
bendiciendo, en el último suspiro,
las sagradas memorias de la patria,
y enviando con el alma el postrer beso...
¡el más tierno!... á su madre idolatrada!

DALÍ ¿Y lloras, Estropeado?
(*Con burla y desprecio.*)

CERV. ¡Sólo dejan
las fieras de llorar!... ¿Oís mis palabras?

TOL. ¡Por el Dios que nos mira lo juramos!
¡Él nos maldiga á todos si uno falta!...
Aquel que de nosotros logre un día
pisar el grato suelo de la patria,
cumplirá como leal, amigo noble,
vuestra postrera voluntad sagrada!

CAUTS. ¡Sí, lo juramos!

CERV. ¡Gracias! ¡Soy contento!
¡Pueblo de Argel! ¡Soldados de la Guardia!
¡y tú, Fartax, terrible carcelero,
os perdono los males y desgracias
que sobre mí han caído en esta tierra,
triste asiento de infieles y piratas!
DALÍ ¡Yo á todos os maldigo, gente inmunda!
PUEBLO ¡Mueran, mueran!
FAR. ¡Sí, sí! Vuestra demanda
en poco tiempo más será cumplida,
justo castigo á sus perversas trazas!
¡La cólera del rey así lo quiere!
¡Se acerca ya, mirad! Con su hija amada
viene á asistir á los suplicios justos!...
CERV. (¡En tus manos, Señor, entrego mi alma!
¡Tú humillas la soberbia del humano
que, salido con bien de la batalla *(s)*
más fiera que los siglos admiraron,
creyóse destinado á empresas altas!)

(*Para sí. Halima, radiante de júbilo, llega seguida de Azán.*)

ESCENA IX

CERVANTES, HALIMA, AZÁN BAJÁ, DALÍ, FARTAX, TOLEDO, MENESES, OSORIO, NAVARRETE, CABALLEROS, SOLDADOS BERBERISCOS, PUEBLO ARGELINO.

HAL. ¡Tu rescate, Cervantes, han pagado *(t)*
en quinientos escudos! ¡Libre te hallas!
TODOS ¡Libre!

AZÁN — También vosotros.

(*Á Toledo y compañeros.*)

CAUTS. — ¡Justos cielos!

(*Con inmensa alegría. Dalí da un rujido de furor; rápido como el rayo arrebata un puñal á un soldado y, saltando sobre Halima, se lo hunde en el corazón exclamando:*)

DALÍ — ¡Sígueme al paraíso, hurí deseada!

HAL. — ¡Ay!

(*Cae muerta en brazos de Azán Bajá.*)

TODOS — ¡Horror!

AZÁN — ¡Hija mía!

(*Con un grito supremo de espanto y dolor.*)

DALÍ — ¡Perros!

(*Dándose una puñalada. Cae muerto.*)

CERV. — ¡Muerta!...

(*Por Halima. Levanta al cielo sus ojos arrasados en lágrimas, y exclama con desesperación infinita:*)

¡Me dais la vida y me quitáis el alma!...

CAE EL TELÓN

ANTONIO ESPIÑEIRA

NOTAS AL ACTO QUINTO

(s) *... la batalla*
más fiera que los siglos admiraron.

La de Lepanto. En el "Prólogo al lector", de sus *Novelas Ejemplares*, haciendo Cervantes con gracia picaresca su retrato, que comienza: "Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, etc.," emite, si bien de pasada, juicio trascendental sobre aquella acción de guerra, en que le cupo parte tan activa, diciendo que "perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo; herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado *en la más alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros*, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V, de felice memoria".

Por otra parte ¿quién no conoce la famosísima canción de Herrera?

"Cantemos al Señor, que en la llanura
venció del ancho mar al trace fiero.
Tú, Dios de las batallas, Tú eres diestra,
salud y gloria nuestra;
Tú rompiste las fuerzas y la dura
frente de Faraón, feroz guerrero; etc."

(t) *Tu rescate, Cervantes, han pagado*
en quinientos escudos.

El desdichado cautivo había ya casi perdido la esperanza de obtener con rescate de dinero su libertad, y no le faltaba motivo; pues su familia, con ser pobre, había hecho grandes sacrificios pecuniarios anteriormente; los cuales, como dicho queda, sirvieron para libertar á Rodrigo de Cervantes, mas no á don Miguel.

Murió el padre sin tener la dicha de estrechar á su hijo entre sus brazos en los últimos instantes. Con tal acontecimiento quedó la madre más desamparada y triste. No se desanimó aquella santa mujer, doña Leonor de Cortinas, y logró reunir trescientos escudos, incluyendo en dicha suma cincuenta que puso su hija doña Andrea.

Esta cantidad fué entregada á Fray Juan Gil, procurador general de la Orden de Trinitarios, que con Fray Antonio de la Vella, ministro del monasterio de Baeza, marchaba á Argel á redimir cautivos. Avínose Azán Bajá á vender á Cervantes por quinientos escudos, al cabo de muchísimas instancias y ruegos, porque no quería por nada rebajar de los mil en que lo tenía tasado.

Los doscientos escudos que faltaban para el entero de la cantidad, fueron tomados del tesoro de redención de cautivos.

Alcanzó don Miguel su rescate el día 19 de septiembre del año de 1580, y tornó á la patria después de más de cinco años de cautiverio, «donde aprendió á tener paciencia en las adversidades».

CÓMO HA DE ESCRIBIRSE UNA CARTA

Por más que aparezca lo contrario, la verdad es que no es cosa fácil escribir bien una carta.

Y eso que al decir *escribir bien* me refiero solamente á la forma externa, casi no más que á la ortografía. Los retóricos suelen hablar de la *difícil naturalidad* que ha de manifestarse en las cartas, y la Gramática requiere, por su parte, que en ellas resplandezca pulcra corrección, como quiera que en esa plática de dos ausentes se supone que intervienen personas educadas.

Algo que ha dañado no poco al lenguaje y forma epistolar es, sin duda, el prurito comercial de querer ahorrar tiempo, á expensas aun de la claridad. Suelen escribirse los negociantes en una especie de dialecto particularísimo, que deja ayunos á los no iniciados, y que á ellos mismos, una vez pasada la época del negocio ventilado, ofrece dificultades de interpretación, ni más ni menos como ocurre á los taquígrafos momentos después de trazados sus signos esotéricos. Esos mismos hombres del comercio son los que han pretendido introducir algunos

usos novísimos que pugnan derechamente con el castellano.

¿No vimos, hace ocho ó nueve años, la labor ímproba que se tomaron unas cuantas personas por querer suprimir el *Don* tradicional de los españoles? Y ¿qué se ganaba con esa supresión? El dejar de escribir tres letras, ó una mayúscula con un punto, cada vez que hubiera que escribir un nombre propio de persona en señas ó en referencias, economía tan considerable como la que en tinta, papel ó tiempo resultaría de omitir las tildes en las eñes. ¿No estamos viendo que las fechas se escriben con inversión del orden regular, de un modo enteramente aritmético—Mayo 15/86—, siempre en nombre de ese mismo ahorro de tiempo?

Otra causa del desbarajuste en el escribir las cartas es la nacida de que en parte alguna se cuidan ni padres ni maestros de enseñar á hijos ó alumnos la forma externa que debe darse á una comunicación. Al fin y al cabo, las cartas se escriben por necesidad, y así suelen salir ellas.

Á mostrar las faltas ortográficas y de pura forma en que se incurre más fácilmente en esa clase de escritos, va encaminado éste, que tratará separadamente de cada uno de los puntos que merezcan observaciones, y concluirá con un modelo de carta familiar.

1.—¿En dónde debe ponerse la fecha de una carta? ¿Arriba ó abajo, es decir, al principio de la carta ó al fin?

Á esto respondo, y sin vacilar, que la fecha debe ponerse al pie de una carta y no á su encabezamiento. Primero, por razón de costumbre castellana, que atestiguan todas las comunicaciones de autores antiguos y modernos, y que comprueba el refrán *De la cruz á la fecha*, originado en que antes y en los siglos de oro las cartas

principiaban con el signo de la cruz y terminaban con la denotación del lugar, mes y año en que se escribían, como puede verse, si no en originales, en los facsímiles que corren por ahí en los libros; y segundo, por razón de conveniencia y de verdad, porque puede acontecer que una carta no se escriba en solo un día, sino en dos, tres ó más, y lo lógico es que ó cada parte lleve su fecha, ó ésta sea la del día de la terminación, á fin de que el correspondiente sepa con fijeza cuál es el momento hasta que llegan esas noticias.

Podría, pues, decirse desconforme con los usos castellanos y digna de modificación, la práctica generalísima de esta tierra de principiar las cartas con la inscripción del lugar y fecha en vez de darles remate con ella.

2.—El principio español de toda carta es *Señor Don* —ó en abreviatura, *S. D.*—; después el nombre, con una coma final; y, por último, la designación del lugar de la residencia del corresponsal, lugar que va entre una coma y un punto: *Señor Don Juan Meléndez Valdés, Segovia.*

Es obvio que en esto, como en el sobrescrito de una carta, hay una elipsis determinante de la puntuación, que algunos aminoran escribiendo, por ejemplo, "*Al* Señor Don..., *en* Segovia".

¿Estará de más advertir que el Don, siempre que preceda al nombre propio, debe escribirse con mayúscula?

3.—Según la fórmula consagrada para las cartas, principian éstas con el tratamiento dado á la persona á quien se escribe, *Querido amigo, Muy señor mío* etc., frases que se separan del resto con dos puntos. ¿Es ésta ú otra la puntuación que corresponde?

El tratamiento *Querido amigo, Muy señor mío,* no parece ser, gramaticalmente considerado, otra cosa que un

vocativo, como que este es el caso usado para llamar á la segunda persona ó excitar su atención (BELLO, G. C. párrafo 144), y una vez que se reciba tal tesis, habrá que convenir en que la puntuación correcta es la coma y no los dos puntos: «El nombre, ó el equivalente al nombre, de la persona ó entidad con quien se habla, llevará una coma después de sí, cuando estuviere al principio de lo que se diga; y en otros casos la llevará antes y después; por ejemplo: *¡Cielos, valedme!; Julián, óyeme; repito, Julián, que oigas lo que te digo.*» (R. A. E., Gr., Pte. IV, cap. IV).

Y tan cierto es que instintivamente consideramos como un vocativo la palabra ó frase que contiene el tratamiento, que si, en vez de colocarla en renglón separado, la incluimos en cualquiera de los de la carta, v. gr., «Recibí, querido amigo, la suya de ayer» etc., la situamos entre coma y coma. Una costumbre que no tiene nada de gramatical, y que acaso no podría invocar remotos antecedentes en la historia de la lengua, es la única que ha podido legitimar esta suerte de corruptela ortográfica que ha dado por resultado que el vocativo inicial de las cartas se separe por dos puntos y no por simple coma.

Casi excusado es agregar que después del tratamiento, que sólo está separado del cuerpo de la carta por una coma, no hay para qué principiar con mayúscula. Sería de desear que, así como se está reaccionando contra el uso injustificado de escribir con mayúsculas las primeras letras de los versos, cualesquiera que sean los signos de puntuación que haya en el anterior, se tratara también de principiar con minúscula toda carta. Ni aún en el caso de que el vocativo del tratamiento debiera llevar dos

puntos habría por qué seguir en el otro renglón con mayúscula.

Seamos tan lógicos cuanto gramaticalmente podamos, y así iremos simplificando poco á poco nuestra complicada ortografía.

4.—No es posible, como para las fórmulas de estilo, dar para el cuerpo de la carta reglas precisas que eviten incurrir en errores más ó menos considerables, y la única observación que cabe es la de que las cartas deben escribirse siempre con cuidadosa ortografía, recurriendo al Diccionario toda vez que sobrevenga alguna duda, porque tales escritos, sobre ser los pregoneros de la mayor ó menor instrucción de una persona, son los únicos testimonios que pueden exhibirse para acreditar la manera de escribir de un país, de un tiempo ó de un individuo. Ningún punto ortográfico dudoso puede resolverse por la ortografía de los libros impresos, de quienesquiera que sean, pues, de ordinario, la ortografía que prevalece en las obras no es la propia de los autores sino la de los correctores de pruebas.

Con todo, si no es dable precisar las dificultades que suelen ofrecerse en la escritura del cuerpo de las cartas, es, sin embargo, hacedero el formular indicaciones generales, que raramente dejan de tener aplicación en alguna carta.

Una carta es una conversación que sostiene la primera persona con la segunda ausente, de manera que la firma puesta al pie es sólo una frase sustantiva en aposición con el pronombre personal *yo*, que, expreso ó tácito, sirve de inevitable sujeto á las proposiciones que contienen el discurso de la persona que escribe.

Siendo esto cierto, como lo es, no debe admitirse la

confusión de personas que ocurre no pocas veces en las cartas. Tal Juan Pérez que ha principiado «*Convengo* con Ud., amigo, en que el tiempo» etc., concluye muy llanamente «Sin mas, por ahora, *se despide* de Ud., su aftmo. y S. S.,» lo que significa un salto ni más ni menos que de la primera á la tercera persona, y que la frase queda construída de la vizcaína manera siguiente: «*Yo*, Juan Pérez, *se despide* de Ud.» etc. No hay que olvidarse, pues, que cuando se ha dicho *convengo*, *tengo* etc. hay que usar en todos los demás casos sola y exclusivamente la primera persona, y acabar, por ende, «Sin más, por ahora, *me despido* de Ud. y *me digo*» etc. Al revés: si la tercera persona hubiera sido la preferida en la comunicación, no cabe el empleo promiscuo de esa tercera y de la primera persona. Si á imitación de las notas verbales diplomáticas, se escribe en una tarjeta una colección de frases en tercera persona, no puede, por ejemplo, decirse: «Juan Pérez *tiene* á honra invitar á Don... á hacer penitencia el próximo Sábado, y le *prevengo* que la hora de la comida es» etc. Lo correcto sería: «Juan Pérez *tiene* á honra invitar á Don... á hacer penitencia con él el próximo Sábado, y le *previene* que la hora» etc. En estos casos, el nombre propio de la firma ó el estampado en la tarjeta es verdadera tercera persona que sirve de sujeto al verbo que está en la forma á ella correspondiente: «Sin mas, por ahora, tiene á honra decirse su muy atento servidor Juan Pérez.» *Juan Pérez* es aquí sujeto de tercera persona del verbo *tiene*.

No ha sido para mí caso raro el tomar nota del mal empleo que se hace de las personas plurales de los verbos, cuando son regidas por pronombres diversos, merced á una confusión que conviene desde luego desvane-

cer. Si Juan Pérez escribe á un hermano suyo, á quien dice de *tú*, consignará casi invariablemente alguna frase ó frases parecidas á éstas: «Ya *te* lo he dicho y te lo repito: si *tú* y *tu mujer quieren* venir á pasar aquí algunos días de campo» etc., con imperdonable olvido de los derechos de la concordancia castellana: «En concurrencia de varias personas, la segunda es preferida á la tercera y la primera á todas.» *(Bello*, G. C., párr. 349). Siendo, en el ejemplo propuesto, la segunda persona *tú* la que está en concurrencia con *tu mujer*, que es tercera, debe ponerse el verbo en segunda persona de plural, y hacer así la construcción: «Si *tú* y *tu mujer queréis* venir á pasar aquí» etc. Descuido como ese recuerda el comunísimo. «En aquel asalto, *yo* no las *tuve* todas *consigo*,» que es algo como si racionalmente pudiera decirse «y tanto *me enfurecí* que le *rompió yo* la cabeza á palos».

Si se nos ofrece escribir la palabra *etc.* para dar fin á alguna enumeración, trataremos de *no poner* coma antes de ella, como se está practicando y se practica aún por los más cuidadosos en punto á ortografía. Para recomendar semejante procedimiento, bastará recordar que *etc.* es abreviatura de la frase latina, hoy incluída entre las castellanas, *et cetera*, que vale *y lo demás*. Empleando este equivalente castellano ó la palabra latina entera, no parece que hubiera razón para poner antes una coma, que no tendría conjunción que reemplazar, pues ó la conjunción *y* estaría expresa, ó estaría embebida en la frase de la lengua madre: escribiremos, pues, «los ingenios como Virgilio, Dante, Calderón, *Cervantes etc.*», sin que á *etc.* anteceda signo alguno de puntuación.

5.—No hay ninguna regla que prescriba que las abreviaturas, á no ser las de tratamientos, deban escribirse

con mayúscula; al contrario, tengo á la vista ediciones esmeradas de buenos escritores y cartas originales de actuales miembros de número de la Real Academia Española que ponen con minúscula las abreviaturas de estilo *s. s.*, *q. b. s. m.* etc. Es lícito, por tanto, acogiéndose al refrán-ley *in dubiis libertas*, hacer en este punto lo que á cada uno cuadre, con preferencia tal vez por el uso de las minúsculas.

Es de rigor que después de la firma se ponga punto final, como que ahí termina el discurso, oración ó período á que aquella sirve de sujeto.

6.—Cuando queda algo por decir en una carta, algo que se ha olvidado en lo principal, ó que sólo se ha sabido después de escrito esto, ¿debe ponerse *P. S.* ó *P. D.*?

La respuesta fluye naturalmente del significado de cada una de esas abreviaturas: *P. S.* es *post scriptum, después de lo escrito*, y sólo dice relación á haberse sabido la cosa después de escrito lo anterior; por su parte, *P. D.* es *post datam, después de la fecha*, y da á entender que ese suplemento á la carta se pone después de la fecha en que ha sido escrito el cuerpo de la misma. En una palabra, *P. S.* significa simple posterioridad entre lo escrito arriba y lo escrito abajo, sin designar por sí mismo un transcurso mayor ó menor de tiempo; y *P. D.* significa también posterioridad, pero con designación especial de que entre un escrito y otro ha transcurrido el tiempo por lo menos de una fecha.

7.—¿Cómo debe escribirse la fecha de una carta? Debe escribirse en el orden lógico que á las palabras y á los números correspondería por las ideas que expresan, á no mediar las elipsis del caso.

Más claridad.

Cuando escribo al pie de una carta *Santiago, 9 de Diciembre de 1885*, formo una proposición completa, una verdadera oración, cuyos elementos tácitos, una vez expresados, son los siguientes: «Yo escribo esta carta en la ciudad de Santiago y en el día nueve (ó noveno) del mes de Diciembre del año 1885.» Eliminemos todo lo que no sea estrictamente necesario para la claridad de la frase, y nos quedará ésta como se había escrito arriba *Santiago, 9 de Diciembre de 1885*.

Debe considerarse, pues, como una corruptela digna de censura el escribir *Santiago, Diciembre 9*, modo que no podría ostentar en su abono otra razón que la muy fútil de que ahorra escribir la preposición *de*.

La costumbre castellana está de acuerdo con la doctrina expuesta: «Fecha en las entrañas de Sierra Morena *á veinte y siete de Agosto* deste presente año.» (QUIJOTE, p. I, c. XXV).

«Buenos Aires, *seis de Enero*
De mil ochocientos trece.»

(CAMPRODÓN, *Flor de un dia*, Pról., esc. IX).

8.—Otro uso que puede tildarse de sin fundamento y de incorrecto—y venga esta observación ya que hablamos de fechas,— es el de escribir con minúscula los nombres de los meses y de los dias de la semana.

Si *nombre propio* es el que se pone á una persona ó cosa individual para distinguirla de las demás de su especie ó familia (BELLO, G. C., párr. 63), no se alcanza la razón que habría para no escribir del mismo modo *Agosto* que *Antonio*, desde que uno y otro nombre han sido puestos á un mes y á una persona con el idéntico objeto de dis-

tinguir al uno de los demás de su especie y á la otra de las demás de su familia. Y tanto como son nombres propios los de los meses del año, lo son también los de los días de la semana, y es razón que se les escriba *Lunes*, *Sábado*, y no *lunes*, *sábado*, degenerándolos inmotivadamente de su categoría de propios.

9.—Para hacer más práctico lo dicho en estas breves apuntaciones, es del caso poner á la vista de los que deseen aprovecharse de ellas un modelo completo de carta, en que se hallen derechamente escritas todas las palabras y frases que han sido motivo de las anteriores observaciones.

Y ¿qué muestra mejor se podría escoger que la que suministra una carta autógrafa y hasta hoy no publicada del incomparable poeta y maestro del decir, Don Gaspar Núñez de Arce, carta que al mérito de haber sido escrita de puño y letra de tan reputado personaje, tiene para nosotros otro valor íntimo, y es la de haber sido dirigida á Don Benjamín Vicuña Mackenna, que se deshizo de ella para ponerla cariñosamente en las manos que escriben este artículo?

—"Señor Don Benjamín Vicuña Mackenna,

Santiago de Chile.

"Muy señor mío,

tengo á la vista su afectuosa carta de 20 de Junio último, á la cual no he contestado tan oportunamente como quisiera, porque me lo han impedido mis excesivas y múltiples ocupaciones, y porque, además, esperaba el recibo del libro que dice V. me ha enviado.

«Mas, al ver que aquél no llega, sin duda porque se haya extraviado, aprovecho estos días de descanso en este retiro para significar á V. lo mucho que agradezco y estimo las lisonjeras frases que me dedica al ocuparse en mis obras, y el grato recuerdo que me consagra.

«Para cuanto V. quiera ordenarme, tiene su casa, Prado, 10, 3.º, derecha, donde puede V. mandar á su affmo. amigo y s. s. q. b. s. m.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

Escorial, 2 de Agosto de 1882.»

Y ahora sólo queda por decir que, si no ha habido acierto en las indicaciones gramaticales hechas para que se escriban bien las cartas, no ha sido por escasez de buena voluntad, mas por deficiencia en el conocimiento. Perdónense los yerros por la intención.

E. NERCASSEAU MORÁN,

Miembro honorario de la Asociación de Escritores y Artistas de Madrid.

MELANCOLÍA

Era una tarde tristemente bella:
Yo estaba lejos de la amada mía,
y oí un suspiro, que al pasar tenía
el mismo són de los suspiros de ella.

MARTÍ Y FOLGUERA.

I

Era la tarde del último día del año. Yo desde mi cuarto contemplaba las calles, húmedas y solitarias; una inmensa sábana de brumas flotaba sobre la ciudad y parecía como el sudario del año que expiraba. Al frente tenía los Andes eternamente lujosos con su manto de nieve. El viento azotaba los vidrios de mi ventana, y hacía agruparse las nubes en un cielo tempestuoso. Era un capricho de la naturaleza esta tempestad en el rigor del estío.

Mientras desde mi cuarto admiraba ese frío paisaje del verano, mi espíritu, como hoja seca que cayera en una tarde de primavera, se agostaba al peso de yo no sé qué prematuro escepticismo.

El vapor condensado en los cristales de mi ventana

caía como lágrimas. El espectáculo exterior formaba un contraste extraño con el interior de mi cuarto, donde una lamparilla proyectaba tenue claridad en las paredes, en tanto que el fondo azul de una pantalla en que el pincel caprichoso de algún chino había agotado las concepciones de su imaginación oriental, atenuaba el brillo de esa lámpara, que hacía con sus luces un juego variado de medios tonos poéticos y soñadores.

Surgían casi confusos de entre las sombras, unos cuadritos cercados de armas y de insignificantes curiosidades; y sobre el escritorio, á donde apenas llegaba una débil claridad suave y vacilante, el bosquejo de una carita, delicada como una flor, enviaba á mi alma su perfume.

En esos instantes, abandonándome á mis pensamientos y á mis íntimas impresiones, me decía convencido: hé aquí dos formas, dos faces opuestas de la vida: me basta mirar alternativamente afuera y adentro.

¡Cuán estrecha analogía ofrece la vida del mundo con la vida del alma! Afuera la tempestad, los elementos que estallan; aquí, la plácida quietud, las encantadas visiones que pueblan de halagos la fantasía. ¡Si como en aquella, pudiera yo armonizar en ésta los extremos y colocarme en un justo medio sin entrar en esa vida de luchas; esquivar sus embates y buscar un sitio acomodado, donde, egoísta, pudiera oír el choque de los elementos! Y aquí adentro, en este cuarto, desde una silla, observar todo sin analizarlo, sin ver que esa media luz es el efecto de la combustión del aceite de una lámpara; sin pensar que el destello plateado que surge de aquel rincón, de mis viejas armas, es el efecto de un acero mohoso y carcomido; sin analizar aquella figurita ¡ay!

que es tan sólo un cartón, sin ir más lejos y encarnar ese ideal... ¡El análisis! palabra helada que mata toda poesía!

*
* *

Al volver la vista á mis recuerdos, á esos ojos tan dulces y tan tristes, como á un conjuro se levantaron en mi alma las ilusiones blancas de mi amor.

Entonces, desde mi cuarto, al través de las brumas de un día de lluvia, aspiraba con voluptuosa ternura mis recuerdos; y éste era un penoso placer, porque á veces es amargo el recuerdo: y el olvido... ¡si es tan triste olvidar!

Me encontraba en un instante de abatimiento; estaba solo, triste, casi desalentado, con el codo sobre la mesa y en la mano mi frente, donde también algo luchaba y se oprimía, gimiendo como allá afuera: soñaba melancólicamente en mi pasado.

Es el último día del año que se va. Fríamente analizaba mis impresiones pasadas y la triste filosofía que ha de jado en mi alma este sueño, el sueño vaporoso de un año.

¡Había formado tan hermosos proyectos, y ya todo estaba concluido! No es posible decir la desesperada tristeza que nos hiere al llegar ese instante en que todo termina.

¡Y es necesario olvidar! En medio de ese nido, tibio aún del recuerdo, estas palabras de amargura suprema desgarraban mi alma con la fría voluptuosidad del puñal que nos hiere.

En estos últimos y terribles instantes, no es yá el tiempo el que pasa, es la eternidad que entra.

Pero yo quería por última vez aspirar el suave perfume del pasado; una vez más, con mi imaginación, que-

ría verla á Ella ¡á la única mujer que yo he podido amar! quería contemplar su mirada de sencilla ternura, llevar un recuerdo hasta el olvido... Y entonces ¡ya podría olvidar!

II

Corrían entonces mis bellos años de ingenua poesía: era feliz porque la amaba á ella, y amaba la vida porque tenía ilusiones. Para complemento de mi felicidad tenía un amigo; habíamos nacido juntos; juntos habíamos vivido; juntos, en fin, habíamos amado.

Salía del colegio soñando mil romances, con el alma henchida de aspiraciones, y, atraído por la vida del mundo, contemplaba con arrobamiento cuanto me rodeaba. Sentía en mi alma las fascinaciones del amor, que me seducían con terrible atracción.

Un día me encontré, por un accidente extraño, con la personita más encantadora que haya visto jamás. Ella era hermosa y pálida, casi una adolescente; se llamaba María. En la dulce mirada de sus ojos azules, había una nota vaga de melancolía y de misterio; parecía que en sus pupilas se divisaba el cielo al través del crepúsculo. Y su cabecita rubia, esos cabellos tan dorados como los hilos de luz que despide un sol que muere, me parece contemplarlos hoy al través de las brumas de un día de lluvia, como visión de un sueño de estío.

Recuerdo la primera vez que la ví, y el último paisaje que admiramos juntos.

Era una noche tranquila; una de esas horas que impresionan melancólicamente con su encanto. La vía láctea, ese vaporoso encaje de las noches sin luna, ceñía el azul transparente de los cielos.

En una avenida secular, cuyos árboles, inclinando sus copas silenciosamente, se contaban su amor, la ví por vez primera. Una luz indecisa quebraba sus rayos sobre esa frente tan suavemente rosada.

Yo aspiraba con voluptuosidad el perfume de las flores, y sentía que murmuraban en mi alma algo como una promesa de amor; y las brisas tibias de esa noche tranquila llegaban suspirando á mi oído con un murmullo apagado de cosas melancólicas.

La había conocido, y sus sueños también los conocía; era Ella la que mi alma tan tiernamente había soñado, Ella la que encarnaba mis ilusiones de niño, mis ambiciones de hombre, mi pasado de sueños.

*
* *

Vino la primavera y se marchitaron sus flores; siguió el estío, y yo la amaba con amor creciente.

Después de aquel cuadro primero, admiramos un paisaje muy triste. Contemplamos cimbrarse en la más rosada mañanita, entre los festones caprichosos de una hiedra y las hojas verdes de un álamo blanco, el nido de plumas formado por dos enamoradas avecitas. Nos llegaba el rumor apagado de sus quejas sentidas, traído hasta nosotros por la brisa juguetona de una alborada hermosa.

Y ví en la tarde un crepúsculo triste, un crepúsculo que extendía sus alas vaporosas sobre el mismo paisaje. Y sentí el áspero crugido de unas hojas secas... y ví rodar por un camino solitario los restos de un nido; y en la deshojada copa de un álamo blanco que movía melancólicamente su cabeza, ví triste y desolado á un pajarillo.

Esos días están ya muy distantes... En mi corazón hay ahora un vacío donde había antes el nombre de un amigo.

III

Volví á tener conciencia de cuanto me rodeaba. Entre las nubes amontonadas sobre mi cabeza, había un espacio azul. Me sentía más dichoso ahora, con este pedazo de cielo, que en aquellos días de luz en que derrama sus calores el sol desde un horizonte inmenso y siempre azul; así como es más dulce, después de la ausencia, una palabra tierna que las eternas promesas de un cansado amor.

En mi cuarto, todo estaba como antes. La lamparilla proyectaba su luz suave sobre la misma carita; las mismas armas, haciendo la ilusión de la belleza; los mismos muebles empolvados.

Una pintada mariposa revoloteando alrededor de la lámpara, parecía que deseaba morir en la llama. Compadecido de su suerte, extendí mi brazo para salvarla, pero contuve mi mano. Una voz me decía:—Es su placer quemar allí sus alas... dejadla, es su destino!

Diáfana y transparente fué á quemar en la luz el polvo de oro de sus alas.

Algo como un presentimiento me hizo ver una hoguera que atraía á mi alma... temiéndolo como el presentimiento triste de la fatalidad de mi destino, alcé al cielo una plegaria. Invoqué en mi espíritu la imagen de una virgencita que en la infancia había amado con ternura; mentalmente le dije: ¡socórreme!

Inmaculada y blanca como la Virgen de los cielos, surgió la imagen de Ella... ¡Oh, Dios! siempre en mi mente su cabecita rubia!

Puse entonces en mi ayuda toda la prosa de la razón, para no dejar rodar mi pobre alma hasta el precipicio, de donde otra vez la había levantado desgarrada.

Y, como cuando quise salvar la mariposa, algo me dijo—Mirad que es su placer... dejadla ¡es el destino!

ADOLFO ORTÚZAR Y BULNES.

Junio de 1886.

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

Las gramáticas á que aludo enseñan mucho acerca de las construcciones; y bastante, aunque no tanto, acerca de los vocablos.

Sin embargo, aún por lo que toca á lo segundo, traen reglas muy útiles en cuanto á la sílaba en que frecuentemente cae el acento, en cuanto á la formación del plural de los nombres, en cuanto á la formación de la segunda terminación de los adjetivos, en cuanto á la de los aumentativos y diminutivos, en cuanto á la fijación del género de los sustantivos, en cuanto á la conjugación regular é irregular, etc., etc.

Pero la gramática no puede advertir sobre las palabras, ni aproximativamente todo lo que se necesitaría, porque eso es mucho, y no puede siempre resumirse en reglas comprensivas; como puede advertir y advierte lo más esencial sobre las construcciones, porque eso es menos y puede resumirse en reglas comprensivas.

Lo segundo abraza infinitas más minuciosidades que lo primero.

El artículo 1.º de una ley promulgada el 29 de diciembre de 1841 se expresa así:

"*Se concede* á don Claudio Gay *los derechos y prerrogativas* de ciudadano chileno como un premio de sus importantes trabajos en servicio del Estado."

Cualquier estudiante, con sólo leer un texto de gramática castellana, ó haber asistido con mediana constancia á una clase de este ramo, se halla obligado á saber que, en vez de "se concede", debló decirse "se conceden".

El artículo 1.º de un decreto expedido en 19 de enero de 1826 se expresa así:

"Se prohibe absolutamente gravar á los carreteros ó patrones de recuas en la conducción á las alamedas, de tierra, piedras, ó *cualesquiera* otro servicio gratuito."

Los estudiantes más adocenados deben saber, no sólo que la frase precedente está pésimamente construída, sino también que, en vez del plural *cualesquiera*, debió emplearse el singular *cualquiera*.

Igual cosa ha de sucederles con la expresión "panadería *vienés*", que se usa en Santiago, cuando debiera decirse "panadería *vienesa*".

Pero hay muchos casos en que las reglas generales contenidas en las gramáticas no pueden disipar la ignorancia ó la duda respecto á un sinnúmero de palabras.

He oído en varias ocasiones censurar á los que decían *alverja*, ya fuera que escribiesen la palabra en esta forma, como aparece en el artículo 20 de la ley de 8 de marzo de 1841, ó ya fuesa que la escribiesen *alberja*, como aparece en el artículo 114 del reglamento de aduanas expedido con fecha 5 de junio del mismo año.

Pretendían que debía decirse *arveja*.

Esta cuestión es, no de gramática, como las anteriores, sino de diccionario.

Los que quieran resolverla, no de oídas, sino con conocimiento de causa, podrán hacerlo consultando el de la Academia Española, el cual les hará saber que puede decirse igualmente *alverja* y *arveja*.

¿Debe decirse *despensa* ó *espensa*, ó de los dos modos?

¿Debe decirse *destiladera*, ó *estiladera*, ó de los dos modos?

Son éstas cuestiones que han de resolverse, no por la gramática, sino por el diccionario.

Cuando se consulta este libro, se ve que sólo puede decirse *despensa* y *destiladera*.

Procediendo por la analogía tan influyente en el lenguaje, muchos creen en Chile que sólo puede decirse *descote* y nunca *escote*, en la acepción de *escotadura*, y con especialidad la hecha en los vestidos de mujer, que deja descubierta parte del pecho y de la espalda.

Mientras tanto, el uso no siempre lógico, y á menudo caprichoso, autoriza, como lo enseña el diccionario, el que se diga en esta acepción, tanto *escote* como *descote*.

Á pesar de ello, sería preferible que se dijera *descote* en el sentido mencionado, y que se dejara á *escote* el de la parte ó cuota que cabe á cada uno por razón del gasto hecho de común acuerdo entre varias personas.

En Chile, llamamos *resedá* á una planta herbácea anual de olor muy agradable, que se cultiva en nuestros jardines.

Esta palabra ¿es aguda ó grave?

La gramática no establece regla segura para determinarlo.

Pero el DICCIONARIO DE LA ACADEMIA, no sólo en la última edición, sino desde años atrás, advierte que esta palabra ha de pronunciarse *reséda*, y no *resedá*.

Queda por indagar si es masculina ó femenina.

En Chile, la hacemos masculina, contra la conocida regla, según la cual todas las palabras terminadas en *a* no aguda son femeninas.

Sin embargo, el DICCIONARIO DE LA ACADEMIA, conformándose con esa regla, enseña que *reséda* es femenino; y por lo tanto, debe decirse *la reséda*, como se dice *la rosa*, *la malva*, *la violeta*, *la diamela*, *la azucena*, *la amapola*, *la camelia*, etc., etc.

Haré notar de paso que, entre nosotros, empieza á decirse malamente *el acacia*, palabra á que se quiere dar el género masculino sin duda porque sirve para designar un árbol, y no una simple planta.

La gramática puede aún instruírnos menos cuando se trata de significados.

Acabo de estar conversando con un amigo, quien aludiendo á cierto personaje, exclamaba:—Usted no puede figurarse lo *ensimismado* que está fulano.

¿Qué significa en esta frase *ensimismado?*

La gramática no puede sacarnos de duda.

Es preciso entonces recurrir al diccionario.

Si se hace, se verá que *ensimismarse* significa *abstraerse*, esto es, enajenarse de los objetos sensibles, no atender á ellos, por entregarse á la consideración de lo que se tiene en el pensamiento.

Manifiestamente no era este el significado en que mi interlocutor empleaba el vocablo *ensimismado.*

Lo que quería expresar con él es que fulano estaba *enorgullecido, ensoberbecido.*

Así, en Chile por lo menos, se da á *ensimismarse* un significado nuevo, distinto del único que el diccionario le reconoce.

¿Es esto aceptable?

Parece que no, puesto que no conviene usar las palabras sin necesidad justificada en acepciones enteramente diferentes de aquellas que suele dárseles.

Es verdad que, contra lo que acabo de exponer, son muchas las palabras castellanas á que se atribuyen los significados más diversos.

Eso es innegable; pero es un vicio que hemos de procurar restringir en cuanto nos sea posible.

Es muy común en nuestro país el que se diga: *estar ó poner en un breque.*

¿Es propia tal expresión?

Para saberlo, és preciso consultar, no la gramática, sino el diccionario.

Breque, significa lo mismo que *pajel,* pez de los mares de España.

"Estar ó poner en un *breque*" vale entonces tanto como "estar ó poner en una corvina ó en un congrio".

La tal expresión no puede significar lo que con ella queremos dar á entender.

¿Cómo decir?

Esta segunda cuestión es también como la primera, no de gramática, sino de diccionario.

Si se abre el de la Real Academia, se aprenderá que *brete,* palabra que algunos hacen venir del verbo *plectere,* castigar, significa con propiedad cepo ó prisión estrecha de hierro que se pone á los reos en los pies para que no se puedan huír; y además, por figura, aprieto sin efugio ó evasiva.

Estos datos son suficientes para que se advierta que ha de decirse, no "estar ó poner en un *breque*", sino "estar ó poner en un *brete*".

Á menudo, en Chile, como en otros países de la América Española, se aplica el nombre de *repórter* á la persona que tiene el cargo de buscar datos y noticias para algún periódico.

El aspecto exótico de tal vocablo estimula naturalmente á indagar si podrá emplearse, y en caso de resolverse la negativa, cómo habrá de expresarse esta idea.

No hay necesidad de meditar mucho para condenar el uso de una palabra que tiene el aire más marcado de extranjerismo, y que, por eso, produce, intercalada entre las de nuestro idioma, una disonancia desagradable.

Pero ¿qué nombre se dará al agente de que se trata?

Esta es también cuestión, no de gramática, sino de diccionario.

Si se consulta el de la Real Academia, se encontrará que *noticiero* significa el que da noticias como por oficio.

Pues entonces, ahí está la palabra castellana que ha de emplearse en lugar de la inglesa *repórter*.

Efectivamente, don José Joaquín de Mora, que, el año de 1825, publicó en Londres un periódico titulado MUSEO UNIVERSAL DE CIENCIAS Y ARTES, dice en la página 185, tomo I., lo que sigue:

"Hay en el establecimiento de cada respetable diario de la mañana un editor principal, un editor subalterno, y de ocho á doce *noticieros (reporters)*."

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

(Continuará)

NOTAS MARGINALES

PUESTAS POR DON JUAN MARÍA GUTIÉRREZ AL "DICCIONARIO DE CHILENISMOS" DE DON ZOROBABEL RODRÍGUEZ (1)

Buenos Aires, febrero 20 de 1877.

SEÑOR DON ZOROBABEL RODRÍGUEZ.

Estimable señor:

Al leer con el interés que la materia despierta, su *Diccionario de Chilenismos*, consigné en los márgenes del libro algunas observaciones sobre los modismos de por

(1) La carta y apuntaciones que van en seguida fueron enviadas por su autor al del *Diccionario de Chilenismos* poco después de publicado éste y no mucho antes de que el primero pasase á mejor vida. El señor Rodríguez, á cuyas manos llegaron por conducto del señor don Luis Montt, las conservaba inéditas para aprovecharlas al preparar la segunda edición de la obra á que se refieren; pero, habiendo acordado la Academia Chilena correspondiente tomar el *Diccionario de Chilenismos* como una de las bases de los trabajos sobre la lengua que desde la próxima sesión emprenderá, ha creído oportuno publicar las notas del ilustre literato argentino á fin de que ellas puedan ser conocidas y tomadas en cuenta por los aficionados á estudiar y comparar los provincialismos de las diversas repúblicas hispano-americanas.

(NOTA DEL EDITOR).

allá y de por acá, con la intención de redactarlas decentemente y comunicárselas á usted. Ahora cumplo ese propósito en su segunda parte, comunicando á usted esas notas tal cual fueron escritas con lápiz y de carrera. Pídole á usted disculpas por la prisa y desaliño de esas notas, que pueden ser á usted de alguna utilidad en sus serios trabajos sobre el lenguaje español en América. Esta materia tan desdeñada comienza á llamar la atención, como lo sabe usted,—y con razón,—porque la palabra no se puede separar de la idea, y la facultad de pensar y expresar el pensamiento es el más valioso presente hecho al hombre por la naturaleza.

Estudios como el de usted, se pueden considerar como el comienzo indispensable de otros más serios y generales sobre la misma materia. Después de que se forme el inventario del caudal de voces y modismos americanos, será necesario formar de todos ellos un diccionario especial, dando carta de ciudadanía en las repúblicas que fueron colonias españolas, á las expresiones que lo merezcan por su eufonía, por su eficacia, y por el colorido, si puede decirse así.

Esto será en beneficio á la lengua castellana, porque la enriquecerá y la hará común á ambos mundos. No hay razón por qué no podamos hablar sino con arreglo á la voluntad peninsular, expresada en su diccionario. Cuando más, tenemos la obligación discreta de no alterar la base del idioma, porque de lo contrario no nos entenderíamos á la larga. Pero dentro de su índole debemos movernos con libertad y con independencia.

Estos estudios son un excelente vínculo de unión entre los muchos estados sud-americanos de igual origen, todos divorciados entre sí por la distancia y otras causas;

y aunque no fuere más que bajo este punto de vista, esos estudios son y serán de la mayor importancia. Poco á poco irán tomando un carácter general y científico; y nadie puede prever los inesperados descubrimientos que entonces proporcionarán al estudio filosófico de la gramática castellana y de los idiomas americanos.

Una frase, un modismo, es la confesión espontánea é inconsciente de una virtud ó un defecto del carácter social de quien les usa; y estudiándolos con reflexión, se conocerá mejor la sociabilidad, el carácter de nuestros pueblos, su poder imaginativo, la mayor ó menor perspicacia de sus sentidos, su fondo moral, sus hábitos, sus industrias, y la naturaleza física bajo cuya influencia viven.

Considero, pues, sumamente meritorios los esfuerzos que usted, Cuervo, Arona y muchos otros hacen por entrar en los misterios del hablar castellano en América, considerándole no sólo bajo sus aspectos gramaticales, y lenguísticos, sino también filosóficos. Cuando ponga la gramática bajo su ala á la filosofía, la considero capaz de volar más allá de donde rudamente la tiene confinada la Academia Española; este vuelo debe tomarlo en la tierra de los cóndores, y en el *mundo nuevo* del cual todo lo atrasado, lo apocado, lo añejo debe desterrarse, so pena de no responder á los destinos providenciales á que está llamada la América, y pueden burlarse con las malas influencias del viejo mundo, especialmente el español.

Dispénseme usted la llaneza con que me explico y no tome en cuenta sino la felicitación que le dirijo por su trabajo y el deseo que tengo de serle útil en su tarea desde este lugar, y como algo conocedor en la patología

á la lengua española en esta parte de América.—De Ud. a. s. s. q. b. s. m.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

Acarraladura. Se usa en Buenos Aires, especialmente por las señoras ancianas cuya ocupación es "zurcir medias" ó tomarlas "los puntos".

Acobardar. En la frase usada por el señor Vicuña, se diría por acá: "compañero, no hay que acobardarse..."

Achiguar. Chigua, dice Oña en la nota 5.ª de su poema, "es á modo de fardel armado sobre aros de cañas verdes y trabado de tomiras de paja".

Adulón. Tanto se usa en Buenos Aires esta palabra, que la genuina rara vez se emplea aun en lo escrito; á mi oído me suena como más bajo y rastrero el *adulón* que el adulador.

Agachar. En Buenos Aires todos se *agachan* para entrar por una puerta baja, ó para tomar un objeto caído al suelo. "Me le agaché al mancarrón" es frase gaucha para decir que apuró el caballo; "agacharse al vaso, á la carne asada", etc. equivale á decir apurar el vaso, comer con avidez. Una *agachada*, es una indirecta, una sátira disimulada, un modo de solicitar alguna cosa por rodeos, etc. Muy familiar.

Agua de la banda. Así la llaman por acá; muy pocos saben que es un galicismo, y sólo por el olfato inducen que allí hay algo de alhucema.

Ají. "Ponerse como un ají", se usa con la misma significación entre nosotros.

Albazo. "Dar un albazo." Atacar, sorprender en armas al enemigo, ó á un amigo con una visita en las primeras horas de la mañana, en la *alborada* ó al *alba*.

Alcancía. Aquí no se conocen más *cepillos* ni más *cepos* que los que sirven para limpiar la ropa de paño ó para asegurar á un delincuente en las cárceles. La alcancía sí se conoce: es la caja de ahorros de los pobres económicos y de los muchachos guardosos. Los cepillos de las iglesias también son alcancías por aquí, inclusas las de las ánimas benditas.

Ardiloso. Se usa en Buenos Aires expresando lo mismo que en Chile, Perú y Colombia.

Baqueano. En Buenos Aires y en toda la república se usa de esta

voz para designar al que es diestro en alguna cosa, y sobre todo al guía conocedor ó práctico de un camino ó de un país. Garcilaso dice que es voz de tierra firme que se aplica al español aclimatado en aquella parte de América. Aquí se escribe promiscuamente vaqueano, baqueano, baquiano, y esta última es la más vulgar.

Barajo! Se usa, pero poco por acá.

Barata. Es el nombre que dan los brasileros á las cucarachas, que en su país son sumamente voraces y atacan los papeles, libros y la ropa blanca.

Barracas. En Buenos Aires es el depósito ó almacén de maderas ó peleterías á venta. Hay en las inmediaciones de Buenos Aires una población llamada *Barracas*, porque allí se hacía casi exclusivamente el acopio y venta de cueros vacunos y lanares.

Barreal. Lo mismo que en Buenos Aires: barrial es más *criollo.*

Barrilete. En Buenos Aires vale tanto como volantín, cometa, pandorga; pero se llama *barrilete* al de forma de seis lados; pandorga al de forma de paralelógramo recto; *bola* si es redondo, *estrella* si tiene picos, etc.

Merendado. (Voz Beneficiarse, pág. 60.) Se usa en Buenos Aires, en el mismo sentido, «se lo *merendó*, se lo *limpió*», por lo echó al otro mundo.

Bicoca. En Buenos Aires, cosa de poco valor, de poca importancia: «pelearse por una bicoca».

Bochinche, bochinchero. Aquí, como en Nueva Granada, la creo palabra de origen portugués, ó más bien de origen brasilero, cuyos modismos nos han venido por Montevideo.

Bolear. «Salir boleado», es salir desairado, mostrarse encogido por vergüenza ó por superioridad de algún contrario ó antagonista. Se deriva del uso de las bolas arrojadizas heredadas de los *querandís* y empleadas por la gente del campo y por los indios de la pampa.

Boliche. Tienda pequeña, de poco capital, particularmente de comestibles.

☞ Las palabras usadas por Guajardo (en la pág. 65) **aseado, aguaitando** se emplean aquí en el mismo sentido que les da este poeta popular: decente, limpio, bien vestido; acechando, atisbando.

Bombilla. Nuestra bombilla tiene ensanche en la parte inferior con agujerillos ó cosa parecida; pero no se llama *coco*, ni de ninguna manera especial; cosa rara en este país donde tanto se *matea.*

Cabezudo. Aquí se llama *cabezón* al hombre ú otro animal de cabeza abultada; y *cabezudo* al porfiado y difícil de ceder á la razón. Esta distinción hace falta en la lengua castellana. Hay *Cabezones* de apellido.

Cábula. Lo mismo en Buenos Aires.

Caldúa. La empanada es un manjar favorito en la República Argentina y cada provincia cree que la suya es la mejor. Las hay *largas*, *redondas*, de *carne*, de *pescado*, de *repulgue*, y también caldudas que chorrean; no las hay *caldúas*, pero sí *que chorrean*.

Cancha. Se usa en Buenos Aires en la acepción de patio ó lugar de piso liso é igual, lo mismo que en Chile. Aquí hay cancha de pelota, de bolas, de carreras, y también se llama cancha el lugar donde se pone á orear el ladrillo antes de entrar al horno.

"Abrir cancha", "estar en su cancha", son modismos tan chilenos como argentinos; pero no decimos *dar una cancha á alguien*.

En Cancha-Rayada estuvimos, argentinos y chilenos, en nuestra cancha, y no estuvimos en nuestras canchas.

Cochi. "Cochi, cochi", también de este modo se llama ó atrae al cochino, que aquí se le conoce más con el apelativo *chancho*, que es araucano, como Ud dice.

Tenemos algunas voces empleadas en el lenguaje vulgar que son araucanas, como *láucha*, *laque*, etc. No son muchas; del quichua tenemos gran número y todas expresan cosas comunes y de uso frecuente.

Codear. Por *tirer une carotte*, como dicen vulgarmente los franceses, no se usa entre nosotros; pero se dice *pulsar*: los codeadores, que no faltan aquí son conocidos por *pulsadores*.

Cogotudo. Lo mismo en Buenos Aires, aunque más se usa en el sentido de vano, orgulloso.

Comedido. Como servicial, de buena voluntad, se usa también en Buenos Aires, en donde casi se ha perdido la acepción genuina castellana de esta voz.

Conchabo. Como alquiler de trabajo, lo mismo es en Buenos Aires.

Con eso. La frase "cuando te desocupes, ven, *con eso* etc." sería perfectamente entendida por una criada de Buenos Aires, si la criada fuese criolla. Es modismo porteño neto.

Contracción. Este *bastardo* pasa por legítimo entre nosotros: un niño *contraído* (aplicado) es una alhaja que aquí se estima en mucho. ¿De dónde viene, pues, este modo de decir, *inadmisible*, según el Capmany venezolano?

Corcova. Día después de las fiestas, cumpleaños, etc., se usa corrientemente en Buenos Aires.

Corresponder. Me parece que *reclamar* no es palabra castiza en la acepción que Ud. le da; pero se usa mucho así por aquí también. *Reclamación*, es la queja ó apelación en justicia ante los tribunales ó la

opinión pública, según los puristas que no admiten *reclamo* porque es cosa de pájaros.

Coronta. Se usa en el interior de esta República; aquí le llaman al corazón de la mazorca del maíz maduro ó su *choclo*, maslo o maslo, indistintamente.

Corrimiento. Aquí es dolor á las mandíbulas ó dentadura estando ésta sana. Los viejos la usan aquí mucho sin conocer los versos de Cervantes y mucho menos el *neguijón*, vocablo tan eminentemente godo y feo.

Coscacho. Se usa bastante frecuentemente en Buenos Aires como en Chile. No sé por qué llaman aquí la *coca* á la cabeza. ¿No sería *cocacho* al principio y habrá tomado la *s* en el viaje?

Costal etc. Decimos "saco de cuero" cuando es formado de piel de vaca; *saco* ó zurrón de *hierba*, al que contiene la hierba-mate. Decimos también saco ó costal de mentiras; tal es la única ocasión que se usa la palabra costal, que siempre es *saco*. "Hacerse *saco*" es hacer vida de mercader.

Cotense. Es probablemente nuestro *cotón*, tela burda que se emplea en forro ó bolsa de colchones de lana.

Coto. No conocemos esa hinchazón del pescuezo sino con el nombre quichua:—la *papera* que es una inflamación pasajera de las glándulas del cuello que se cura fácilmente; no así el coto.

Crece. Nosotros decimos *creciente*. La creciente del Paraná; el Uruguay está crecido, etc.; está en *crece*, por estar en *crecida*, se usaría sin escándalo de nadie.

Cuadra. Aquí como en Cuba, según la explicación de Salvá, se usa como medida de lonjitud, lineal; es una unidad de 150 varas.

Cristiano. Con la misma intención aplican los gauchos esta expresión: "¡Cristiano de Dios! ¿qué va á hacer? ¿qué dice?"

Crujida. *Pasar crujidas*. Se dice también por acá lo mismo que en Chile.

Cuarta. Ayudar á sacar una carreta de mal paso tirando con más bueyes ó caballos que los que lleva. *Cuarta* es el lazo, el hombre y el animal que cuartea ó ayuda. "Andar á la *cuarta* del pértigo" he oído decir para significar suma pobreza ó escasez de bolsillo.

Cuartillera. Aquí se denomina *cuartilla* á una medida de capacidad para los áridos, equivalente á 3.4318 decálitros; la cuarta parte de una *fanega*.

Cuarto redondo. Los que dan á la calle, no eran habitación de los pobres en Buenos Aires, sino de las mujeres de mala vida. "Mujer de cuarto á la calle," es un insulto. Estos cuartos á la calle han desa-

parecido; pero no las mujeres de "cuarto á la calle", las cuales buscan ahora habitaciones más *confortables*.

Cubierto. Se usa aquí como en castellano.

Cuestión. La frase del poeta inglés más que de esta lengua es un modo especial de decir del poeta. Blanco White traduce: "Hé aquí la grande duda." Si Mora hubiera usado la frase, habría dicho probablemente: "ese es el punto" de la dificultad: el verso lo detuvo en el "punto".

Cúi. En Buenos Aires *cúi* y *cuicito*.

Cuico. En el Diccionario provincial de voces cubanas por don Esteban Pichardo (3.ª edición) se lee: *cuico, ca*, adj. vulg. "apodo ó tratamiento burlesco aplicado á los mejicanos del bajo pueblo". Aquí se llama *cuico* á toda persona que tiene sangre ó apariencia de la gente común de Bolivia. "Es un cuico", significa un hombre de la frontera norte de la República que muestra carácter bajo, rastrero, falso. Es modismo puramente porteño.

La Cuja. Esta cama matrimonial ha seguido la misma suerte que en Chile. Por acá eran magníficas y se las han llevado quienes sabían apreciarlas como obras de arte, labradas con preciosas maderas.

Cumpa. Compañero, amigo íntimo, cómplice. En este sentido se usa por acá; pero entre gente muy ordinaria.

Curtiembre. La misma ortografía tiene en Buenos Aires.

Cuspe. Esta voz es desconocida aquí, como la cosa; sólo se hace bailar el *trompo*, por medio de la *chaguara* que Ud. llama guaraca. "Dar guasca" es castigar, apurar el caballo.

Chacarandá. Aquí se pronuncia y escribe jacarandá: madera negra y fragante con la cual se construían casi todos los muebles de lujo antiguamente, en especial los destinados á guardar la ropa blanca.

Chala. "Hoja seca del maíz." Lo mismo por acá: "cigarro de chala" es aquel en que ésta sustituye al papel (como en el Perú). "Umita de chala" es un plato muy estimado por nosotros, hecho con maíz tierno ó choclo, y cuya masa se envuelve en chala y se sirve como un *tamalito* peruano.

Chambao. Chambas, chifle, guámparo. El cuerno dispuesto para contener agua ó licores. El chifle se usa en plural, chifles, porque se cuelgan á la silla en los viajes á caballo, uno á un lado y otro á otro.

Chamiza. Leña ruin y menuda. Se usa, pero poco.

Chancleta. "¿Qué ha parido Fulana?—Una chancleta"; es decir, una mujercita. Esto se oye aquí todos los días.

Chapa. Se usa aquí de acuerdo con el Diccionario castellano.

Chapalear. Chapalear, chapaleo, se usa con mucha frecuencia

entre nosotros y es una onomotopeya preciosa, que en mi concepto nos viene de una voz araucana, *chapad* que significa pantano; *chapadtun*, empantanarse; *chapaden*, estar en el pantano.—*Chapadeun* dar palmadas ó manotadas, el caballo ó la gente.—(Febres. Dic., pág. 444).

Por chapalear entendemos aquí meterse voluntariamente en el agua mientras llueve, haciendo ruido en ella con los pies, y, por consiguiente, en el barro que regularmente se forma en el suelo.—«Niño, dicen las madres, no andes *chapaleando* en el agua, que puedes enfermarte.»

En el Diccionario de voces cubanas leo: «*chapalear*, v. n. Andar por el agua, lodo ú otro lugar mojado y fangoso. Quizá se derive de *chapatal* y corresponde entonces *chapalatear*.»

En la provincia de Buenos Aires hay un arroyo bautizado por los indios pampas *chapaleofú*, y se traduce por arroyo pantanoso.

Cuervo (segunda edicion de sus Apuntamientos) dice en la pág. 461 núm. 690, *chapalear*, en lugar de chapotear; en castellano hay *chapatal* ó pantano, etc. Basta de chapaleo.

Chaquira. Ercilla coloca esta palabra en la «declaración de algunas cosas de esta obra», y merece leerse lo que allí dice. Parece indudable que esta palabra fué introducida en Chile ó por la conquista peruana ó por la de los españoles venidos del Perú.

Charqui. Por aquí más comunmente *charque*. «Caballo *charcón*», delgado de formas. *Charquear*, dar muchos tajos con el cuchillo á una persona. Cuando un cirujano abusa de la lanceta, *charquea* al doliente.

Chasca. Lo mismo por acá, *chascudo, da*, el hombre ó la mujer de pelo abundante y mal peinado. «Mulata chascuda.»

Chaya. Ni remotamente significa aquí lo que en Chile. Se llama chaya un instrumento de hierro con cabo, en el cual afilan el cuchillo los carniceros y degolladores de animales.

Chasque. Lo mismo entre nosotros. Sin chasque no podríamos vivir; el telégrafo los ahuyentará.

Chaucha. De mucho uso entre nosotros, porque nos gustan mucho guisadas ó en ensalada las *chauchas*, que son los porotos (frijoles) tiernos ó verdes, con vaina y todo. De aquí las expresiones, «verde como chaucha», «muy chaucha», por triste, ruin, incompleto: el baile ó la función ha estado muy «chaucha», etc.

Chavalongo. Dolor fuerte de cabeza, sublevación de la sangre por insolación. En este sentido se usa mucho esta voz.

Chicote. Es muy vulgar decir chicotazo; pero por acá se usa más que latigazo.

Chicote ó rebenque, el instrumento de muy variadas formas con

que se castiga á las cabalgaduras. El *rebenque de lonja*, es de cuero sobado, con cabo corto: es el del verdadero gaucho.

Chiche. Juguete, cosa con que se distrae al niño muy chico. «Es un chiche», es una alhaja, hablando de personas finas y delicadas, especialmente de las jóvenes. Es voz de encarecimiento por acá.

Chingarse. Lo usamos lo mismo que en Chile. Es un «chingao» se dice de un hombre desmañado á quien todo le sale mal.

Chino. Equivale á indio: «chino pampa» se dice todavía en Buenos Aires. «Achinada» se aplica á una mujer morena, tosca de facciones y carnuda. «China mía» expresión de cariño.

¡Chito! Chito, *chitito*, palabras imperativas y airadas con que se impone silencio á los niños llorones.

Choclo. No se llama de otro modo por acá á la mazorca de maíz tierno ó verde.

Choclón. Juego exactamente igual al de los niños chilenos; pero qué ha desaparecido desde que las *bolitas* han reemplazado á los cocos.

Choco. Según la cita de Cieza de León en los *chilenismos* se llamaban perros chonos á los de los indios peruanos. Creo que se llaman también *chonos* á unos indios del litoral del Pacífico. ¿Perros *de los* chonos?

Chúcaro. Aquí como en el Perú, se dice metafóricamente de las personas que huyen por timidez ó independencia del trato de las gentes. «Es muy chúcaro», es «un chúcaro.» Debe ser voz quichua.

Chueco. En el sentido de patituerto ó *cambalo* se usa en Buenos Aires.

Chuño. También en Buenos Aires era muy recomendado como alimento para los enfermos, se va perdiendo su uso.

Desbarrancarse. Caer de la barranca al río.

Despilfarrado. Despilfarrado es el individuo malgastador y también la persona desaliñada y sin orden con sus cosas.

Destroncado. Cansado ó molido: el que cae en sopor por enfermedad y no tiene alientos para moverse.

Disparar. Correr, huir: «Va de disparada» por velozmente.

Distraído. El distraído en Buenos Aires es el que no pone atención á las cosas y se olvida de ellas ó se deja embestir por coches y caballos, etc., andando en las calles.

Donde. Por *la casa de*, no se usa en Buenos Aires, pero se dice voy *á lo de* Fulano, y se dice mal, por supuesto.

Estero. Se llama *estero* en esta provincia al terreno bañado por desagües de ríos ó arroyos, poco profundo, y sobre cuya superficie crecen algunas hierbas.

Fajar. "Fajar con ganas", dar duro: "le fajó duro al asado", comió de él mucho y con ganas.

Farruto. Lo mismo en Buenos Aires.

Florear. Aquí se dice florearse, lucirse hablando sobre una materia dada; más comunmente es irónico.

Forzar. "Hacer la forzosa" es frase común por acá en el mismo sentido que en Chile.

Fregar. Por incomodar, hacer sufrir, es por acá muy común, aunque grosero. "¡Qué fregar!" "¡No me friegues!" "¡Estoy fregado!" son modismos vulgares y expresivos en el lenguaje libre y familiar por estos barrios.

Fresco. Aquí se dice: "¡estamos frescos!" por bonitos estamos. "¡Está Ud. fresco!" "¿Con esa fresca se viene Ud.?" "¡qué frescura!" por ¡qué impavidez!

Frijol. Entre nosotros no se conoce el frijol sino el poroto, sea cual fuere su clase: blanco, tape, duro, etc.

Fundillo. "Fundillos caídos", era la expresión favorita del vencedor de Caceros, para significar una persona floja, sin actividad.

Galpón. Garcilaso dice que es voz de "tierra firme".

Garúa. Esta voz peruana que significa llovizna, ha suplantado por completo la voz castellana correspondiente. La garúa de Lima es tal vez una llovizna sui generis; allí alegra y consuela; en otras partes entristece. Una garúa de verano, siempre es bien venida por acá, aunque nos riega muy rara vez con sus gotitas mansas.

Guacho. Aquí tiene las mismas acepciones, con la diferencia de que guacho, guachito, en tono afectuoso, no se dice á las personas sino á los animales que han perdido las madres: el *guachaje* dicen los gauchos, y no guacharaje.

Guámparo. La parte hueca del cuerno ó asta del animal vacuno, y usado como vaso, sin ninguna preparación ni adorno. Creo que en quichua corresponde á la palabra vaso, copa para beber. "Cara de guámparo", dicen por aquí á las personas de rostro largo y facciones toscas.

Guano. Antes que esta materia fuese tan conocida como es hoy, como abono, era común esta frase en la mejor sociedad de Buenos Aires: "Trabajar hasta echar el guano". Hoy nadie la usa.

Guarango, a. Esta voz es muy usada en Buenos Aires en un sentido especialísimo y difícil de explicar; significa una persona de gusto charro, de modales de arrabal, de lenguaje é ideas poco cultas: *guarangueria*, *guarangada*, son derivados de aquella palabra de infinitos matices, pero que ninguno se escapa á la comprensión del porteño. Nunca he podido averiguar su origen.

Guasca. Cordel de cuero, soga de cuero de vaca ó de caballo. «Guasquearse solo», hablar con calor sin ton ni son, ni provocación de nadie. Andar solo, sin compañía: «andar guasqueándose sola por las calles», se dice de una mujer que no se acompaña de criada, ni de otra persona como corresponde á su sexo, según nuestras costumbres.

Hervido. Lo mismo por acá: el *cocido* no se conoce. Ha de ser provincialismo peninsular, *hervido* y cocido viene á ser una misma cosa.

Huesillo. El equivalente por acá es orejón, tenga ó no caroso. Me parece que *caroso* no es palabra castellana.

Huincha. Aquí se dice *vincha* á todo pañuelo ó cosa parecida que ciñe la cabeza ó la adorna en torno á la frente: vincha de perlas, de diamantes, por diadema.

Hurguete. Enteramente lo mismo entre nosotros. Es modo de decir muy expresivo: viene probablemente de *hurgar*, revolver, y, por consiguiente, ha entrado por la puerta de la gramática con pleno derecho.

Invernada. Terreno de invernada, la invernada; lugar donde descansan y engordan los animales, especialmente los vacunos. La invernada es también el total de reses que están en «buenos pastos» para mejorar de carne.

Jaba. También se usaba esta palabra en Buenos Aires cuando comenzó el comercio libre con el extranjero. Los grandes cestos cuadrados en que venía entre paja la loza inglesa, se llamaban «jabas de loza». La isla de Java ¿no exportará algunos de sus productos bajo esta forma?

Jente. Es muy gente, por capaz, esforzado se usa también por aquí.

Jinetear. Dar muestras de destreza en el manejo del caballo por ostentación ó por diversión.

Jiro. Gallo *giro*, es usada por los aficionados á estos animales y á hacerlos reñir, para denotar el color de la pluma, lo mismo que en Chile. Los giros son por lo común de *raza inglesa* y gozan de fama.

Ladeada. Se *ladea*, hablando del volantín.

Láucha. Se usa también en Buenos Aires para designar el mismo animalito.

Veucha es el nombre quichua del pericote. Creo que Palma, en la 3.ª serie á sus tradiciones, pág. 3, se equivoca sobre la raíz de esta voz; *Lleucha*, en quichua, es animal que hace los agujeros en que vive.

Lazo. Diferenciar: el gaucho lleva el lazo á los *tientos*, no á los corriones, aunque puede ser lo mismo en el hecho. *Lacear*, enlazar; enlazador el que enlaza.

Leso. Arona tiene razón. Siempre he creído que en Chile la palabra *leso* era tomada en el mismo sentido que en el Perú.

En Buenos Aires la voz *leso* tiene su equivalente en *zonzo*, y *liso* en zafado, que puede venir por caminos torcidos de záfio; tenemos zafadote, aumentativo de zafado. *Zafaduría*: «¡es mucha zafaduría esa!» por es mucha desfachatez ó insolencia.

Leso, ZONZO; *liso*, ZAFADO: la diferencia es grande en el significado de ambas palabras.

Leso, por dañado, es tal vez la fuente del modismo, y pura, pues procede, según este diccionario de *lædere*.

Liona. Por acá es liorna, liornera.

Yuyo (como un). Se usa en Buenos Aires para expresar un enfermo *amortiguado* por la fiebre ó por un gran resfrío. *Yuyo* se dice de toda planta común y espontánea, que no da flores: es de origen quichua.

Lo de. Así se dice en Buenos Aires, y es un disparate como el *donde*.

Lunch. Hacer las once no es lo mismo que hacer ó tomar lunch: las once es un traguito y un bocado; una copa de licor y un rosquete. Hay entre una y otra cosa la diferencia que entre la facultad digestiva del parco español ó sud-americano y la voracidad del habitante de países fríos.

Macuquino. La usábamos cuando había macuquino, moneda de plata, chica y *cortada*, que hoy sólo se halla en los museos de los numismáticos.

Maloca. Echeverría usa esta palabra en su poema *La Cautiva*.

Mama. Me parece observar diferencia entre mama y mamá: decimos mama á la nodriza ó persona que hace veces de madre; pero á ésta se le dice mamá. Hablo de Buenos Aires.

Mamada. Aquí lo mismo que en Chile, una *mamada en regla* es una embriaguez completa, en nuestro lenguaje vulgarísimo.

Mancarrón, mancarronada. Como por acá. El caballo del poeta mejicano Esteve podía estar *manco* como el famoso soldado de Lepanto. *Manco* también es sinónimo de defectuoso según algunos diccionarios castellanos.

Manguear. Manguera, la manguera es una palizada que se hace al borde de los ríos para poder embarcar los ganados: entran estos por la parte ancha y, cuando menos piensan, se hallan encerrados en una especie de embudo que remata en el embarcadero, donde les espera la *chata*, embarcación á propósito para transportar estos animales. De la especie de astucia que se pone en esta operación, vienen las aplicacio-

nes en sentido figurado á esta palabra *manguera*, si no me equivoco.

Mañero. Se dice del caballo vicioso, como coceador, *estrellero*, ó que alza y levanta frecuentemente la cabeza al andar, asustadizo, tropezador (*trom*pezador), mosqueador, etc. Los malos ginetes hacen contraer *mañas* á los caballos; el látigo delgado les hace *mosqueadores*; el gaucho castiga con la lonja ancha y en las verijas, y nunca mosquea su caballo.

Mas que. En este modismo encontraba Bilbao el equivalente ajustado al *quand même* de los franceses, y le aplicó admirablemente en su enérgica frase citada en el Diccionario.

Mate. La etimología quichua es directa y de muy buena ley; pero el uso del mate es costumbre guaraní, y pudiera muy bien ser que la palabra *mate* tuviese otro origen. Hasta aquí se me ocurría al pensar en esto que "hierba mate" venía de la expresión brasilera *erba do mato*, "hierba del bosque", y que el continente había tomado nombre del contenido. De mat*o* á mat*e* hay poco trecho, y las vocales se alteran fácilmente al pasar de un idioma á otro, del portugués al español, vecinos en América como en Europa.

Hierba en guaraní es *cáa*: *cáa guará*, *hierbatero*, el que bebe la infusión de la hierba mate. Así lo dice Montoya en su Tesoro, y es suya la palabra *hierbatero*, que se conserva con igual significado en Buenos Aires. "Es muy hierbatero", muy tomador de mate.

Matrero. Se usa lo mismo, y se aplica á hombres y animales. En la campaña de Buenos Aires el *matrero* es quien huye de la justicia, por cuatrero y mal entretenido. "Gaucho matrero", alzado, ocioso que teme el llegar á poblado.

Mediero. Por acá, "medianero".

Merecer. "No se merecen ahora las casas", ó alguna otra cosa que se ha hecho escasa, es frase muy usada por acá. *No se merece un aguatero para remedio* se decía en las siestas del verano, antes que tuviésemos "aguas corrientes", cuando las familias las solicitaban para el baño.

Mi seá. *Misía Fulana*, por mi señora doña Fulana, es del mejor tono en Buenos Aires.

Mojinete. El lomo del tejado y de los ranchos de paja.

Molienda. Si Arona dijera la *molienda de la caña*, no emplearía un peruanismo; pero lo comete cuando dice *molienda* sin otra añadidura. (S. Y.)

No soltar el mono. Por inflexible, duro para soltar una cosa. Lo mismo en Buenos Aires. Lo curioso es que este modo de decir viene de la costumbre de los monos que no sueltan la mazorca de maíz una

vez que la cogen, y por esta pertinacia quedan prisioneros en los calabazos con mazorcas de maíz dentro, que les ponen por vía de trampa en el Brasil. "No suelta, como el mono", debía decirse para decir algo.

Nevazón. Se ha inventado la *feliz* palabra nevazón, por antipatía á las voces nevasco, nevasca. Hay en *nevazón* más armonía con la intensidad y extensión de la caída de la nieve en los magníficos Andes.

Pirca. Muy usada en el interior de esta República.

Pitar. Por fumar, tan común aquí como en Chile.

Pita. Hilo de pita; el que usan los zapateros. Pita decimos al agave, planta espinosa, de cuyas fibras se hace otro hilo.

Piscoiro. Amante, amorío.

Plata. También entre nosotros es sinónimo de dinero: *hombre de* (con) *plata; platudo*, acaudalado.

Porongo. Aquí *porongo* es una calabaza de cuello largo, donde se guarda ó conserva la chicha de maíz; tiene otras acepciones poco decentes, vulgarísimas.

Poroto. Es único nombre con que se conoce por acá esta legumbre. (Creo que ya está dicho esto mismo).

Poruña. En Copiapó se usa un platillo con este nombre para ensayar á la simple vista el estado de la amalgama de los metales. Los he visto de loza oscura fabricadas en el extranjero. Probablemente fueron primero de cuerno.

Producido. Si es mal dicho, en igual pecado incurrimos por aquí. El *propio*, es el correo expreso, con urgencia, para determinado objeto.

Puchas. "¡La pucha!" "¡La pucha que te parió!" Interjección gaucha. Sustitución transparente de otra voz muy española.

Pulpería. Tal vez viene de la palabra mejicana *pulquería*, tienda donde se vende el pulque ó *chicha* de agave.

Puya. También aquí los *muchachos* (niños de la clase baja) llaman puya á la púa del trompo; y los que frecuentan los reñideros de gallos dan el mismo nombre á las púas ó espuelas (espolones) del gallo.

Quirchincho. Una especie de la familia de los tatis ó armadillos. "Tiene más conchas que un quirquincho" es frase que se aplica á los caracteres taimados.

Rabón. Animal á quien han cortado la cola: "perro, caballo rabón."

Ramo de flores. También se dice aquí por *ramillete*.

Rancho. Casa pobre con techo de paja.

Rascarse. "¡Rásquese!" "No hay más que rascarse." Consejos irónicos de resignación al que se queja de algún mal ó daño que sufre por su culpa.

Raudal. El *rapid* inglés supone la existencia en el río de arrecifes cubiertos ó descubiertos, á que los brasileros llaman *cachoeiros*, voz que han aceptado en las regiones del Orinoco y Amazonas los habitantes castellanos que las pueblan. Sería útil fijar una voz propia para representar un fenómeno muy general en nuestra geografía. *Chiflón* no me parece mal. Decimos aquí *chiflón* de viento á una fuerte corriente de aire.

Recién. Es enfermedad gramatical que ha pasado al estado de contagio entre nuestros más castizos españoles. Creo que satisface á una necesidad al relacionar la acción con el tiempo. Lo dirán los gramáticos.

En la edición dirigida por mí de las poesías de Balcarce, corregí el defecto que Ud. nota en ellas, escribiendo:

Apenas la luz serena.

Zandunga. Salero, gracia en el andar, en el baile, en los movimientos y aun en el decir. Zandunguero, zandunguera.

ADRIANA MORA

I

Daniel arrojó la cola de su cigarro, cogió su sombrero y salió á la calle,—como un hombre sin cuidados, que sólo acepta de la vida la parte amable, y que la vive á lo señor.

Enriqueta dejó caer su labor sobre la falda, paseó una mirada de impaciencia y desafío por su salón apenas modesto, cruzó los brazos sobre el pecho, y se perdió en sueños por los cuales pasaban sin duda mucho oro, mucha seda y muchas pedrerías, porque sus ojos solían despedir destellos de vértigo y deslumbramiento.

Años atrás era Daniel Mora el tipo más elegante y desocupado de la juventud dorada de Santiago. Tenía todo el brillo que le daban su fortuna, sus caballos, su sastre y sus aventuras galantes de teatro y de salón. No contaba de la existencia más que las horas inútiles y alegres, —y no contaba nunca el dinero. Llevaba su vida á rienda suelta, dejando, como Buckingham, sembrado su camino

de billetes de banco. Sabía lo que vale el vivir, pero nunca se detuvo á averiguar lo que vale el dinero.

Después de gastar en tres años mucho oro y mucha juventud, escogió á la mujer más hermosa que había encontrado en su camino, y la hizo su esposa. Todas las suegras y la mayor parte de las jóvenes que ocupaban sus horas perdidas en idear un novio, envidiaron á Enriqueta.

Durante algunos años, las suegras y las niñas solteras tuvieron razón. Formaban una pareja envidiable, en efecto, aquellos dos ricos y elegantes jóvenes que paseaban su opulencia por todas las cumbres en donde brillan el lujo y la belleza.

El matrimonio introdujo pocas perturbaciones en la vida de Daniel. Sólo que ahora eran dos para arrojar á cuatro manos el dinero: el sastre, el club y los caballos del soltero se vieron reforzados por la modista, el joyero y las recepciones de la esposa. La carga fué vigorosa y sostenida. Uno y otro sacaban del cofre á manos llenas, sin pensar en pedirse cuentas. Á Daniel le gustaba poseer entre encajes y perfumes el amor de su mujer, y á Enriqueta la halagaba brillar por sí misma y por el descuidado esplendor de su marido.

De pronto, empero, cesó el ruido y apagóse el polvo de oro que los jóvenes esposos levantaban en su ardiente camino. El broceo de sus minas del Norte, las mesas verdes del club y aquel apresurado derroche agotaron la fortuna de Daniel y el patrimonio de su esposa.—Se encontraron solos y olvidados, tanto porque la pobreza es un triste foso que la sociedad no gusta de saltar, cuanto porque los desgraciados tienen la reflexiva alti-

vez de no querer mostrar sus lágrimas en los lugares que sólo han visto sus sonrisas.

Incapaz, por hábito y por educación, de trabajar y de luchar, Daniel no supo contener el rápido derrumbamiento de su fortuna y vivió algún tiempo de sus ruinas, hasta quedar enteramente reducido á la pensión de doscientos pesos mensuales que el Gobierno daba á la hermana de su mujer,—última hija soltera de uno de los generales de la Independencia. Inactivo, indolente siempre, pasaba su vida fumando. Se había constituido en una especie de mero espectador de la existencia.—Salía á la calle para ver el lujo de los demás; iba á pie al Parque para ver los coches y los caballos ajenos; solía entrar al club para ver jugar; leía su diario para ver qué decía del mundo; y fumaba, tal vez para ver cómo se perdía en el aire el humo de su cigarro.

Podría creerse que aquella gran catástrofe inesperada, habría quebrado una naturaleza frívola y regalona como Enriqueta. Pero no fué así. Si no aceptó valerosamente su nueva situación, tampoco se desesperó. Arrancada violentamente al mundo cómodo y brillante en que siempre había vivido, pasaba su aislamiento forjando proyectos imposibles, continuando en la imaginación la vida del pasado, y alimentando esperanzas sin forma, pero siempre acariciadas. Hacía diez años que vivían pobres, y ella no estaba ni más persuadida ni más habituada á su pobreza.—No aceptar ningún acontecimiento como una solución definitiva, esa es la fuerza de los caracteres débiles. No es que sepan resistir á los contratiempos, sino que se resisten á creer en ellos.

Un nombre ilustre era lo único que le quedaba de su

antiguo esplendor, y parecía que la pobreza, en vez de moderarlos, había irritado todos sus instintos aristocráticos. En este punto era intransigente. Sólo las grandezas de la cuna se sobreponían en su espíritu á las grandezas del fausto. Es posible que, aun en medio de las torturas de su escasez, no hubiera cambiado su ilustre nombre por su millón perdido. No pudiendo frecuentar la alta sociedad en que había vivido siempre, desdeñaba mezclarse con aquella en que la colocaba su nueva condición, y prefería vivir en el aislamiento absoluto antes que exponer al contacto plebeyo el lustre de su magnífico blasón.—Por eso también ni la sorprendía el ocio de su marido, ni se le ocurría jamás incitarlo al trabajo; juzgaba perfectamente natural que Daniel Mora, esposo suyo, se mantuviese siempre en la altiva rejión adonde no alcanzan las preocupaciones manuales de las oficinas.

Una sola vez, en los diez años que llevaban de vida escasa, se había hablado entre ellos de trabajo. Daniel concibió un proyecto que muy pronto tuvo que abandonar, ante un obstáculo que debió, sin embargo, habérsele presentado desde el primer momento.

—¿Sabes, Enriqueta? dijo, en efecto, un día á su mujer.

—¿El qué?

—Pienso trabajar.

Ella se encogió de hombros, como si Daniel le hubiese dicho que pensaba salir á la calle. Enriqueta parecía no sospechar siquiera que el trabajo es también uno de los medios de adquirir fortuna.

—Sí, continuó él, deseo arrendar un fundo de campo; hay uno excelente cerca de aquí, que te permitirá seguir viviendo en Santiago, y á mí venir todos los días, si así lo quiero.

—¿Y bien?

—Pero no tengo dinero.

—Habla con tu tío Miguel.

—Fuí á verlo y no ha querido ayudarme.

—¡Es un viejo avaro!

Daniel creyó haber hecho todo lo que podía exigirse de un esposo abnegado y de un padre solícito, y siguió fumando, sin pensar más en ello.

Don Miguel Mora, el tío de Daniel, era efectivamente un viejo avaro, solterón y millonario, que se guardaba muy bien de no dar nada á su sobrino para obligarlo á que trabajase: el trabajo es condición indispensable de higiene, de moralidad y de ventura en la vida, y él habría considerado un crimen alentar con dádivas imprudentes el ocio de su sobrino.—Don Miguel encontraba en aquella casa los últimos restos de su familia, y solía experimentar la necesidad de un tibio rayo de hogar para su existencia helada y sin afectos. Era éste el único cariño que abría su corazón cerrado y marchito, si bien no conseguía hacerle abrir sus talegas. Quizá algun día le asaltó el deseo de instalar en su propia casa á sus sobrinos para tener siempre en ella el rayo de sol y de cariño que necesitaba su solitaria vejez; pero luego lo aterró el recuerdo de la vida dispendiosa de aquellos aturdidos, y se arrepintió de su impremeditado impulso. Prefirió ir á verlos él, cada vez que se sintiese demasiado solo.

Sus visitas terminaban invariablemente con este consejo, que era lo único que de él hubiera recibido Daniel:

—No olvides que la fortuna es mujer y gusta de ser conquistada. El trabajo hace á los hombres felices y

considerados; á tu edad, yo no conocía el descanso ni los placeres.

Daniel podía observarle que más exacto habría sido decir que no los había conocido á ninguna edad; pero encendía un cigarro, y no se dignaba contestar.

Enriqueta miraba al anciano con desdeñosa compasión.

—Tiene usted razón, tío, decía ella; pero desgraciadamente no todos nacemos con los talentos necesarios para ser carreteros ó cocineras.

Con esta respuesta, don Miguel se fortificaba en el austero propósito de no fomentar con obsequios culpables la vida ociosa de sus sobrinos.

Daniel, á su vez, se fortificaba en el papel de simple espectador humano, y así como no se mezclaba al mundo externo sino para mirar tranquilo, así dentro de su propia casa veía sin sobresaltos cómo sufría su mujer la nostalgia de la opulencia,—y cómo crecía aislada y silenciosa su hija Adriana.

Adriana Mora cumpliría en breve diezinueve años.

Era soberbiamente hermosa; crecida en las forzadas austeridades de la fortuna estrecha, su belleza no llevaba el sello de anemia y de agostamiento que imprimen á las jóvenes del gran mundo las largas noches en vela, los bailes sorprendidos por la aurora, los días consagrados á un sueño que no restaura y las exigencias crueles de la moda. Esbelta, elegante y nerviosa, mostraba el vigoroso desarrollo de un modelo escultural. Sin ser de una estatura muy elevada, su talle erguido y la natural flexibilidad de sus movimientos la hacían aparecer más alta que la generalidad de las mujeres.—Tenía aquel ligerísimo tinte moreno que se extiende cálido y atercio-

pelado por la piel, y que da al rostro una expresión incomparable de vida y de pasión. Ojos grandes y profundos, de un intenso color negro, con una mirada especial que parecía no detenerse en los objetos en que se fijaba, sino mirar á lo lejos. Sus manos largas y afiladas, de un corte puro y aristocrático, no habían sido hechas para ningún trabajo; y al verlas tan blancas y delicadas, sin la más leve picadura de la piel, se conocía que, en efecto, no trabajaban en nada.

Su carácter podía explicarse con esta sola palabra: capricho,—si esa palabra fuese una explicación. Carácter extraño y singular, á veces altivo y dominador, á veces dócil y tímido, mezcla indescifrable de delicadeza, de resistencia, de fuerza y de debilidad. Se adivinaba que la pobreza no era su centro.—Cuando á menudo sorprendía á su madre entregada á sus largos sueños de esplendor, solía encogerse de hombros; y sin embargo, al oírla expresar sus esperanzas y sus deseos, los grandes ojos negros de Adriana se levantaban al espacio, mirando lejos, muy lejos.—En la manera cómo trataba á veces á su padre, no se habría podido conocer si había desdén ó admiración.

La soledad á que estaba reducida, y que ella aceptaba sin protesta, no se veía interrumpida sino por su viejo tío, don Miguel Mora, y por Fabián Larra, único joven que visitaba su casa.—Adriana no sufría, como su madre, las punzantes irritaciones del lujo ausente; pero tampoco se habría resignado á mostrarse al mundo en la humildad de la pobreza. Amaba por instinto los regalos de la opulencia, el brillo de la gran vida mundana, y los esperaba con la tranquila serenidad del heredero de un trono que no vive mortificado por subir, porque está seguro de

que subirá. Se confiaba al tiempo, como si tuviera la conciencia de ser un astro destinado á brillar un día.

II

Fabián Larra disfrutaba sin ostentación y sin preocupaciones de sus doscientos mil pesos. Había nacido en cuna honrada, aunque humilde. Su padre, minero de fortuna, le había dejado una buena herencia, junto con un nombre limpio y oscuro, más conocido en el trabajo que en los salones.—Á la muerte de su padre, Fabián había interrumpino sus estudios de medicina y se había presentado al mundo, que era nuevo para él, y donde él era también un recién llegado. Pero se presentaba con una fortuna considerable, con una educación esmerada, con una figura hermosa que tenía un sello especial de nobleza y de elegancia, y fué bien recibido,—aunque con algunas reservas. Era rico, pero no alcanzaba hasta el insolente Millón, desde cuya cima la aristocracia del dinero se impone despóticamente á la de la sangre.

Corazón apasionado y generoso, espíritu inteligente y bien cultivado, poseía cualidades superiores, que en la condición excepcional en que se encontraba debían hacerle sentir más vivamente la culpa de no llevar un gran nombre.—Aquellas reservas que hemos insinuado, tan naturales en una sociedad que tiene todas las preocupaciones de una corte á la cual sólo falta el soberano, lo volvieron altivo y misántropo. No temía las luchas, pero temiendo las injurias silenciosas y sin respuesta posible del desdén, prefirió alejarse sin combatir. Más de una vez, quizá, oyó á alguna de nuestras fieras marquesas sin título preguntar á su paso:

—¿Quién es ése?

—Fabián Larra.

—¡Ah!

Y vería que un expresivo gesto de los labios ó de los hombros daban á la interjección aquel amargo sabor de las ofensas ante las cuales nadie puede pedir explicaciones, ni siquiera aparentar que las ha entendido.—Se redujo á esa sociedad exclusiva de hombres, más transigente y más humana, que hemos convenido en llamar "nuestros amigos", pero en la cual es tan escasa la amistad, que el que desee conocerla necesita buscarla en otra parte.

Raras veces se le veía jugar en el club, no bebía nunca y era casto. No se le conocían, pues, las debilidades á que lo tentaban la juventud y la fortuna. Parecía una especie de desterrado en medio de la vida ardiente del siglo.—Había tenido un amor: era una joven hermosa y pobre, en quien creyó fijar definitivamente su porvenir, y que le abrió en cambio las riquezas de pasión, castas y delicadas de un corazón virgen. Lucila Valle,—otro nombre distinguido que sufría también el aislamiento olvidado de la pobreza,—tenía las virtudes dulces y sólidas que hacen la felicidad de un hombre de corazón. Pero Fabián creyó adivinar un día vagos proyectos de especulación y de cálculo en la que debía ser su suegra, y se retiró del hogar que soñaba hacer suyo, con la misma impresión de ofensa y de herida con que en otro tiempo se había alejado de la alta sociedad.—Se resignó á vivir solo, convencido de que para mezclarse con la aristocracia le faltaba la sangre, y para acogerse á una esfera más modesta le sobraba el dinero.

Una casualidad, aunque no completamente casual, lo

había llevado á casa de Daniel Mora,—este proscripto de otro género.

Desde que, sin irritarse ni defenderse, se encontró un día completamente arruinado, Daniel no había vuelto á jugar, ni siquiera por distracción; para los que han arriesgado gruesas sumas en las cartas, el juego de simple pasatiempo es tan insípido y pueril como es el agua para los bebedores habituales.— Una noche, empero, no pudo resistir á la tentación. Durante una hora había estado jugando mentalmente, como de costumbre, y no perdió una sola vez. La superstición es el alma del jugador; es también su fatalidad. Daniel creyó en un aviso de la suerte, sacó el poco dinero que llevaba consigo, y lo apuntó al fin, atraído por el abismo. Perdió. La suerte tiene esos caprichos: mientras Daniel estuvo jugando con la imaginación, ganó todas las partidas; desde que jugó con dinero, no acertó una sola Como no tenía más, siguió jugando sobre su palabra, y siguió perdiendo. Los jugadores de apunte, como los gobiernos que emiten papel moneda, no se detienen fácilmente: se proponen llegar hasta diez, y cuando llegan á ciento, siguen lanzando á crédito esas cantidades que no les imponen ningún sacrificio del momento, y que los demás tienen que aceptar. No hay pendiente más resbaladiza que la deuda.—Al cabo de otra hora, Daniel había perdido quinientos pesos, que para él era una fortuna. Se echó atrás en su silla y dejó de jugar, pero sin alejarse del tapete; sus ojos permanecieron fijos en las cartas, mientras su pensamiento sondeaba el precipicio á que se había dejado arrastrar.

Fabián Larra se entretenía en la misma mesa, al lado de Daniel, y comprendió el sordo desgarramiento de

aquella alma. Mora tenía un título especial á sus simpatías: era el padre de Adriana, á quien había encontrado más de una vez al pasar, y cuya belleza altiva y soberbia lo había impresionado vivamente.—Fabián buscó en su imaginación algún medio delicado y oportuno de salvar á Daniel, y, como sucede casi siempre, no se le ocurrió sino el más vulgar é inadecuado.

—¿No juega usted más? le preguntó.

—Ya lo ve usted.

—¿Quiere usted seguir un momento por mí? Volveré luego.

—Puesto que no juego por mí, respondió Daniel con ofendido orgullo, es porque no quiero jugar absolutamente.

—Lo siento, replicó Fabián, como si no atribuyese importancia alguna á su ofrecimiento, y como si al proponerlo creyese hacer lo más natural del mundo; lo siento, porque estaba seguro de ser afortunado esta noche.

—No tiene usted más que quedarse.

—Sin duda; pero necesito indispensablemente salir.

É hizo ademán de retirarse

—Si es así... dijo Daniel.

Y aceptó. Era la única puerta que se le presentaba, y para salvar su honor creyó que podía hacer aquella transacción con la delicadeza.—Las cartas tienen las mismas tentaciones silenciosas y convincentes que la mujer; siempre encontramos alguna excusa para dejarnos arrastrar á la caída y persistir en ella.

—¡Para buscar el desquite! dice el jugador que principia á perder lo que no tiene, aunque la suerte le sea inflexiblemente adversa.

—¡Para probarle que la desprecio! dice el amante que

vuelve con desesperada pasión al lado de la mujer que ya no lo ama.

Fabián salió, dejando á Daniel cuanto tenía sobre la mesa.

Desde que Mora no jugó con dinero propio, la suerte lo favoreció á todo trance.—Pudo así, cuando la campanilla del club previno la hora de retirarse, pagar su deuda y recoger casi duplicada la suma que dejó Fabián.

El joven no había vuelto.

Al día siguiente, recibió una esquela de Mora en que le pedía que pasase á verlo, previniéndole que no iba él mismo á buscarlo por haber amanecido enfermo.—Aunque Fabián hubiera perdido diez veces la suma que entregó á Daniel, habría creído pagar á poco precio aquel llamado. Lo que deseaba era precisamente estrechar de algún modo sus relaciones con Mora. Fué á verlo.

—Como no vi á usted volver anoche al club, le dijo Daniel, me he permitido llamarlo.

—Efectivamente, el asunto que me obligó á salir me retuvo más tiempo del que yo creía.

—Al retirarse, me dejó usted confiada una suma de dinero.

—¡Oh! interrumpió Fabián, no valía la pena de apresurarse tanto.

—Amigo mío, las cuentas de juego, usted sabe...

—Y bien ¿hemos perdido?

—Ganó usted. Al levantarme, creí que me sería más fácil entenderme con un solo acreedor, y pagué mi deuda de la noche.—Aquí tiene usted su dinero; faltan quinientos pesos.

—¡Faltan! pero si esto es el doble de lo que yo dejé, observó Fabián, calculando el rollo de billetes que le

pasaba Daniel. Verdaderamente, no sé si esto me pertenece en justicia.

—¡Caballero! exclamó Daniel con altivez; nunca he recibido dinero de nadie.

—Y, sin embargo, encuentra usted natural que lo reciba yo!

—En este asunto me permitirá usted no someter mi criterio al de otro alguno. Esta simple discusión es ya una ofensa. He dispuesto de una suma que no me pertenecía...

—Era suya, puesto que usted la había ganado, afirmó Fabián.

—Que no me pertenecía, repitió Daniel con impaciencia. Mi situación no me permite devolverla inmediatamente, y lo he llamado á usted para pedirle que me espere, ó para que acepte en cambio un objeto equivalente. Hay aquí un piano, un cuadro de cierto valor,—lo que usted quiera, concluyó Mora con esa tranquila indiferencia de todas las cosas, que constituía su rasgo característico.

—Señor, exclamó Fabián, con más tristeza que irritación, poniéndose de pie: no es leal ni cortés injuriarme en su propia casa. Pudo usted excusarse de llamarme.

Y tomando su sombrero se dispuso á salir.

Ante aquella protesta hidalga y firme, Daniel dudó si estaría obrando bien. Temió mostrarse desconocido para ese joven que lo había salvado de una situación difícil, devolviéndole en cambio sólo una ofensa, aunque involuntaria.

—No me ha comprendido usted, le dijo, reteniéndolo con una señal.

Fabián se quedó.

—Creía, contestó, haber hecho lo bastante para respetar la susceptibilidad de usted aceptando una cantidad á que tengo dudosos derechos, por lo menos.

—Basta. Le debo á usted quinientos pesos, y le ruego que no insista más en ello.

—Pues bien, esperaré, concluyó Fabián, comprendiendo que sería impertinente y de mal gusto prolongar aquella discusión.

Daniel Mora era un perfecto hombre de mundo, y, á pesar de su pobreza, continuaba siendo un gran señor. Se entendieron ambos fácilmente. La entrevista fué cordial, y se separaron estrechándose la mano como buenos amigos.

La enfermedad de Daniel era efectiva, y duró algún tiempo. Ella ofreció á Fabián un pretexto para pasar con frecuencia á informarse de la salud de Mora, y aunque éste era veinte años mayor, fácilmente se estableció entre ellos cierta intimidad. Fabián hizo valer las relaciones que sus estudios de medicina le habían procurado con algunos médicos, antiguos condiscípulos suyos, y pudo prestarle servicios tan oportunos como bien aceptados. Fabián se esmeraba con prolija delicadeza en hacer olvidar su fortuna y sus servicios, de manera que ni la más celosa altivez podía sentirse alarmada.

Cuando el enfermo se encontró completamente restablecido, ya Fabián se había hecho un buen amigo de la familia, y sus visitas no eran únicamente para Daniel.

III

Hacía dos años que Fabián visitaba á la familia Mora. Cada semana era para él una eternidad que sólo tenía

un día infinitamente breve: aquel en que iba a casa de Daniel.

Amaba á Adriana con aquella especie de exaltación religiosa de los caractéres enérgicos que tienen pocas pasiones y que concentran en un solo culto todas sus fuerzas. Sin embargo, aún no había salido de sus labios una frase de amor.—Más de una vez, sintiendo demasiado lleno el corazón, habría dejado que se desbordase en ardientes palabras. Adriana parecía dispuesta á oírlo; había algo en sus miradas que lo alentaba á romper aquel silencio que se retorcía en punzantes anhelos; mas apenas trataba de expresarlos, ella lo miraba sorprendida, á menudo con visible impaciencia, y ahogaba inflexiblemente todos esos gritos próximos á exhalarse.

Muchas veces en esos dos años, después de una noche en que procuraba en vano hacerle oír aquella voz del alma que se convierte en himno cuando es escuchada, y que es un doloroso gemido cuando se extingue en el silencio, llegaba á su casa con el propósito de alejarse para siempre de ella, y de buscar la tranquilidad en el olvido. Lo habría dado todo por vegetar de nuevo en aquellos días de inerte indiferencia, cuando la corriente de su vida se deslizaba monótona, pero sosegada.—Con la aúrora, empero, su amor se alzaba más vivo y más excitado, esperando con impaciencia el día en que acostumbraba ir á temer y á sufrir al lado de ella.

Adriana amaba con pasión las flores, único lujo que podía darse. Fabián se encargaba de sostener profusamente ese lujo delicado: todo amante se acoge siempre con ardor á los objetos predilectos de la mujer amada, para que le hablen por él el lenguaje del amor. Ella recibía á veces con alegría infantil sus ramilletes, los aca-

riciaba con tierna coquetería, y arrancaba la flor más hermosa para dársela á él.—Otras veces las arrojaba casi sin mirarlas sobre una mesa.

—¿Cuál es su flor favorita? le había preguntado un día Fabián.

—Todas, contestó ella con indiferencia.

Fabián sintió en el alma la impresión de amargura y de vacío que dejan la ofensa y el desencanto. Habría deseado oír el nombre de una flor única, para hacerla también suya. Dos corazones se acercan y se vuelven hermanos cuando tienen por confidentes la misma flor, la misma estrella, la misma romanza, el mismo libro.—Fabián había quedado silencioso. Adriana se sentó al piano, y después de tocar con expresivo sentimiento un aire que él le pedía siempre, vino á su lado y le dijo con un acento de indefinible ternura:

—Mi flor, Fabián, es el jazmín: ¡quiérala usted mucho!

Él habría deseado hacer un juramento de amor eterno al jazmín—para que Adriana lo comprendiese. Pero ella hablaba ya de otra cosa, y parecía no pensar más en lo que acababa de decir.

Fabián, sin embargo, no lo olvidó, y le envió al día siguiente un hermoso macetero de porcelana con una planta de jazmín del Cabo.

—¡Gracias! le dijo ella cuando lo vió.

Y en seguida, con un gesto infantil y cariñoso exclamó:

—Esa plantita será mi regalona.

—¡Feliz! murmuró él.

—Tiene algunas hojas secas, agregó ella con un movimiento de adorable contrariedad; pero la cuidaré con tantas caricias, que necesitaría mucha ingratitud para morirse.

Fabián pensó que había otros seres superiores á una flor que esperaban también una caricia, una sola palabra, para no morir de amor y de tristeza. Adriana fijaba en él sus ojos de una manera singular, como si adivinase lo que pasaba por él, y como si esperase con impaciencia que hablase.

—Adriana... principió Fabián.

—¿Estuvo anoche en el *Fausto?* le preguntó ella.

—Voy siempre donde espero aturdirme un poco.

El *Fausto* era la obra predilecta de Adriana. Le hizo mil preguntas de los artistas, de la concurrencia, de la música, y lo oía soñadora, con esa mirada especial que que iba muy lejos. Después se levantó y fué á tocar al piano algunas reminiscencias de Gounod.—Adriana era una verdadera artista, de una delicadeza y sentimiento incomparables. Fabián la oía á menudo traducir en ardientes armonías toda la pasión que jamás vibraba en su boca, y habría dado la vida por hacer hablar á esos labios rojos y adorados, eternamente silenciosos.

Cuando Fabián se retiraba, Adriana le dijo, tendiéndole la mano:

—De nuevo, mil gracias por el jazmín: la primera flor será para usted.

Pero cuando á la semana siguiente le preguntó él por la planta regalona:

—Se secó, le dijo ella sencillamente.

Y en vez de ser ella, que había jurado amar tanto á esa flor, fué él quien se sintió triste toda la noche.

Adriana había manifestado vivos deseos de ver el *Fausto*, que, interpretado entonces magistralmente, había sido una verdadera revelación para el público.—La primera noche que se repitió, Fabián envió un palco á En-

riqueta. La orquesta preludiaba apenas sus primeros acordes, y ya Fabián estaba largo rato en su sillón, con los ojos fijos en el palco bajo donde esperaba verla entrar á ella. Pero ella no entró. Fabián encontró sin encantos la música, vacía la sala, y salió.—Adriana leía en su salón, vestida como de costumbre, sin peinarse: parecía no haber pensado siquiera en salir.

—Esperaba verla á usted en el teatro, le dijo Fabián.

—¿Así? replicó ella mirando con cólera su traje modesto y sencillo.

Y asomó á sus grandes ojos negros una lágrima de despecho, que se apresuró á secar con un movimiento nervioso de la mano. En seguida, fijó en Fabián una mirada de suprema altivez.—Por vez primera veía él alzarse en el fondo de aquella alma una soberbia sublevación contra la suerte: Adriana no estaba resignada á su destino, aunque no dejaba oír jamás ni quejas ni protestas. Fabián habría pagado toda su fortuna por verla brillar una hora,—por él y para él.

Este humor caprichoso y disparejo era el suplicio y el lazo de Fabián. Vivía en las torturas de una perpetua incertidumbre, con el corazón amarrado á una esperanza que nunca se realizaba, pero que nunca tampoco se desvanecía por completo.

Su amor no era un misterio para Daniel ni para Enriqueta. Daniel habría aceptado á Fabián sin vacilar, pero no se preocupaba de abrirle el camino. Dejaba hacer. — Enriqueta tenía que confesar que era un joven irreprochable, y que cualquiera madre que tuviera una hija por casar podía aceptarlo gustosa como yerno. Pero pensaba, sin duda, que esa madre no era ella, porque sus elogios terminaban casi siempre con esta sentida exclamación:

—¡Lástima que se llame Fabián Larra!

Las cualidades, la conducta y la fortuna de Fabián no podían ser discutidas; ¡pero su nombre!—Por esto Enriqueta hacía lo mismo que Daniel, es decir, no hacía nada: miraba y dejaba pasar las cosas.

Un acontecimiento natural é inevitable, pero en el cual, hay que decirlo en honor de ellos, no habían pensado nunca ni Daniel ni Enriqueta, vino de pronto á cambiar la situación de todos.—Don Miguel Mora llamó á Daniel una mañana. Estaba en cama.

—Me siento mal, le dijo; desde ayer me siento mal. Esto va ligero.

Después, con una sonrisa triste, pero tranquila, que no se habría creído en aquel anciano ávidamente apegado á las cosas de la vida, agregó:

—Creo que ha llegado la hora de arreglar mis cuentas del más allá,—únicas que tengo pendientes!

Por la noche, después de un sueño agitado y febril, entreabrió sus ojos, en que apenas quedaba un postrer destello de vida.

—¡Daniel! murmuró con voz apagada.

Daniel se acercó al moribundo y le tomó la mano.

—No lo olvides... la fortuna es mujer, y hay que conquistarla... ¡trabaja!

Economizando el tiempo y los gastos de una larga enfermedad, murió aquella misma noche, dejando á su sobrino como único heredero de su inmensa fortuna.

Daniel volvía á ser un personaje activo y brillante en el drama mundano. Los sueños de Enriqueta se realizaban. Adriana subía al trono.

JACOBO EDÉN.

(Continuará)

POR QUÉ SON TRISTES MIS VERSOS

¿Has sufrido, lector?—¿O siempre has visto
tu existencia correr
como las aguas de corriente mansa
que, cantando, en el mar vanse á perder?

¿Has sufrido, lector?—¡Feliz si acaso
no hincó el dolor en ti
sus garras de escorpión, más enconosas
que los agudos dientes de un reptil!

Mucho he sufrido yo, lector querido,
por eso, al escribir,
dejo correr la pluma, que lamentos
sólo sabe á estas hojas transmitir.

Por eso son mis versos lastimeros
como el quejoso són
de la campana, que los vientos rasga
cuando llama al silencio y la oración.

¡Si vieras, lector mío, cómo tengo
mi pobre corazón!
Recuerdo tras recuerdo en él se hacina:
es un osario, un lúgubre panteón.

¡Si te contara yo mi triste historia!...
Pero, no... es muy trivial.
Bagatela es hoy día el sufrimiento;
el mundo ya dejó la Caridad.

Rueda un mortal á la ignorada huesa:
¿qué hacerle?—Ya murió.
El destino le había señalado
su rumbo... y el destino se cumplió.

Y el que va en la mañana al cementerio,
tal vez á sollozar,
en la noche, calzándose los guantes,
al teatro vase, que se da el *Ruy Blas*.

Y si mañana muere algún hermano,
el hermano ¿qué hará?
ponerse un paño negro en el sombrero
por seis meses ó un año y... nada más.

¡Así es el mundo! Farsa por afuera...
y por dentro también;
nadie se cuida del dolor ajeno;
conviene en el silencio padecer.

Por eso yo á mis versos sólo fío
mis penas y dolor;
por eso son tan tristes, sí, por eso
mis mejores amigos ellos son.

N. TONDREAU

LA HABANA INTELECTUAL

VISTA DESDE LOS ANDES

(Continuación)

II

La Academia de Ciencias médicas, físicas y naturales, es el cuerpo científico más respetable de Cuba, por su ya larga existencia, por la ilustración de sus miembros y por la cantidad y calidad de sus trabajos. Desde 1864 comenzó la publicación de sus ANALES; en 1876 constaban ya de trece volúmenes, que contenían dichos trabajos, además de interesantes revistas de los progresos de la ciencia en el mundo; y en edición separada se habían reunido los informes y consultas de la comisión de Medicina legal é higiene pública pedidos por el Gobierno, por la Real Audiencia y los Juzgados.

Por esas obras, y por las que enumeramos á continuación, obtuvo la Academia un premio honroso en la Exposición de Filadelfia.

Flora Cubana, ó sea Revisión del Catálogo de Grisebach, corregido y aumentado con gran número de especies nuevas de plantas pertenecientes á la Isla de Cuba, por el señor don Francisco A. Sauvalle, vice-presidente de la Academia, un volumen.

Ornitología Cubana, contribución al estudio de las aves en la isla de Cuba, después de numerosos años de observación, por el doctor Gundlach, un volumen.

Mamalogía Cubana, contribución al estudio de los mamíferos cubanos, por el doctor Gundlach, en vía de publicación entonces.

Ensayo de una historia médico-quirúrgica de la isla de Puerto Rico, por el doctor Dumont, 2 tomos.

Investigaciones acerca de las antigüedades de Puerto Rico (Borinquén), por el doctor Dumont, un cuaderno.

Patología y Terapéutica del aparato lenticular del ojo, por Otto Becker, traducida del alemán, por el doctor Finlay. En vía de publicación (1).

Reglamentos de la Academia y de su Biblioteca.

Esta Academia celebra sesión pública ordinaria, al medio día, los domingos segundo y cuarto de cada mes.

La Sociedad de Antropología se instaló en abril de 1878, y celebró su primera sesión científica el 5 de mayo del mismo año. Vemos entre los socios fundadores ó primitivos los nombres de los señores González del Valle, Montané, Montalvo, Pla y Hernández, Gassie, Ricardo del Monte, Willis, J. A. Cortina (archivero-bibliotecario), Govín, José Manuel y Antonio Mestre, Nuñez de Villavicencio, Reyes, Benito Valdés, Arango Varona, Nicolás J. Gutiérrez, F. Poey.

(1) REVISTA DE CUBA, 1,285.

En la sesión de 3 de junio del mismo año acordó la Sociedad la publicación de un boletín oficial, trimestral, en cuadernos de 48 páginas ó más, cuando se necesitase, para insertar las actas de las sesiones, los trabajos originales ó traducidos de los socios, y seguir al corriente de los estudios antropológicos en el mundo. La redacción se confió á los señores Govín, González del Valle y Gassie, y la dirección á los señores J. M. Mestre y Montané.

De las labores que han ocupado á la Sociedad, citaremos.—Estudio sobre el descubrimiento de un cementerio indio en Banao (jurisdicción de Puerto Príncipe), y envío de un cajón de huesos á la Academia.—Discusión sobre una hacha de piedra encontrada en la Chorrera (cerca de la Habana).—Nota del doctor Pla y Hernández, relativa á un caso de enanismo en la raza negra africana.—Estudio del señor Ragués sobre casos particulares del desarrollo del coxis, y otro del mismo sobre las facultades intelectuales de las diversas razas de la Isla. —Historia de la Antropología en Cuba, por Bachiller y Morales.—Influencia de la Antropología en la reforma de las leyes penales, por José María Céspedes, quien llega á ésta, entre otras conclusiones: «partiendo del principio de que el hombre obra sin libertad», «la reincidencia debe ser causa atenuante de los delitos, y no agravante», doctrina peligrosa, que si fuese cierta, nos haría deplorar el adelanto de la ciencia, y dejaría sin oficio á los abogados, pues sin libertad no habría derechos que defender, porque no habría derechos atacados.—Una raza prehistórica de la América del Norte (los terraplenéros ó *mound-builders*), por J. M. Mestre: examinó «el problema de la época á que deben referirse, y por sus utensi-

lios y las materias empleadas para su fabricación, pudo colocarlos al finalizar el período neolítico y comenzar el de los metales, señalando la curiosa particularidad de que usaron el hierro especular, pero tratándolo como si fuera una piedra».—Un estudio comparativo de los negros nacidos en el país, y los africanos, por el doctor Agustín W. Reyes.—Arqueología de Puerto Rico, por el doctor Carlos de la Torre.—Arqueología mejicana, y presentación de ídolos aztecas, por el doctor P. V. Ragués; (y á propósito de estos estudios, manifestaremos que nos ha causado extrañeza no ver ninguna mención de las antigüedades colombianas, ni del libro del doctor Zerda, *El Dorado*, que su autor envió por conducto nuestro á la Sociedad, y que tanto él como el que esto escribe habíamos remitido antes á algunos miembros de la misma).—Presentación de nuevos fósiles, consideraciones sobre los pueblos de la Oceanía, por el doctor José I. Torralbas.—Clasificación de unos fósiles encontrados en Cuba, por el doctor C. de la Torre.—Un estudio del señor Juan Ignacio de Armas, titulado *La Fábula de los Caribes*, y otro del mismo sobre *La Religión de los Indios;* en el primero niega la existencia de los caribes como raza de antropófagos y distinta de la generalidad de los aborígenes; en el segundo sostiene que los indios siboneyes no adoraron ídolos ni tuvieron religión. —Una memoria del mismo sobre los *cráneos artificiales*, en la que niega que los indios se deformasen la cabeza. —Varios trabajos de los señores Montané, Montalvo, Bachiller y Morales y Sanguilí, en refutación á los del señor Armas.—Estudio de un molde de cráneo caribe, deformado, que se conserva en la Habana, por el doctor Luis Montané.

Esta discusión americanista ha sido la más animada de cuantas han ocurrido en la Sociedad, y probablemente la más importante; Armas ha combatido solo contra una legión de sabios y eruditos; pero nos apena que los contendores hayan perdido la calma. Armas por un lado, y por el otro los doctores Bachiller y Morales y Montalvo, dejándose arrastrar por el amor propio, impidieron que la discusión se mantuviera en el terreno puramente científico, como lo hicieron el mismo Armas y Sanguili en otras sobre los mismos asuntos. Se trataba de una cuestión de hechos: si hubo ó no caribes; si hubo antropófagos; si los indios se deformaban la cabeza por medio de compresiones artificiales; si el padre Las Casas merece fe entera como historiador. Para dilucidar esos puntos no era necesario perder la sangre fría, como si se hubiese tratado de la pureza de costumbres de progenitores nuestros. Y tanto más necesaria aquélla en estas disquisiciones, cuanto que el recuerdo de esa contienda puede retraer á otros de continuar esos estudios, á tiempo que, como lo dijo el doctor J. M. Mestre en su discurso citado:

"Debajo de nuestros pies tenemos un valiosísimo tesoro. Aquí vivió una raza que desapareció entre la invasión de nuestros abuelos; y esa raza probablemente no fué la primera que pobló esta tierra; como tampoco fueron indios los primitivos habitantes de Norte-América. Es menester que demandemos al suelo que pisamos su secreto. Es menester que, escudriñando éste, y quizás por dicha, descubriéndolo, nos pongamos en aptitud de contribuir con nuestro óbolo á los progresos de la ciencia."

El Círculo de Abogados de la Habana abrió en 1883 un concurso público, é invitó á que tomasen parte en él á cuantos quisiesen, fuesen ó no letrados, perteneciesen

ó no al Círculo. Se exigía una *Memoria* escrita sobre cualquiera de estos puntos:

I. Exposición histórico-crítica del Derecho español sobre los efectos civiles del matrimonio con respecto á los hijos y á los bienes de éstos.

II. Estudio jurídico-crítico sobre las sociedades anónimas. Exposición razonada de una buena ley acerca de las mismas.

III. Sobre la literatura patria en los siglos XVI y XVII.

Para cada uno de los temas había tres premios, consistentes en una medalla de oro, otra de plata y un *accesit*.

Para el certamen de 1884 se señalaron los temas siguientes con iguales recompensas:

I. Naturaleza jurídica de los *checks* ó mandatos contra los Bancos; principios y leyes que les son aplicables en Cuba.

II. Exposición razonada de las reformas que convendría introducir en la Ley Hipotecaria.

III. Influencia de la administración de justicia en el bienestar de los pueblos.

IV. Estudio sobre las obras de Lope de Vega.

Sólo tenemos noticia de que alcanzaron los más valiosos premios un trabajo del doctor Federico Mora, sobre los *checks*, impreso después en folleto, y otro del doctor Aurelio Mitjans sobre Lope de Vega. La Revista de Cuba ha comenzado á publicar el segundo en su entrega de enero de este año.

Los redactores de la Revista General de Derecho, señores Antonio Govín y Torres, Ramón I. Carbonell y Ruiz y Manuel Luis de Cárdenas y Rodríguez, se ex

presaban en estos términos en el prospecto de dicha publicación.

"Importa, además, que el país posea un exponente de su cultura jurídica, mostrándose que entre nosotros el estudio del Derecho no tiene por límites las exigencias del foro, pues constituye el objeto de trabajos científicos y desinteresados, condición de progreso intelectual y fuente de reformas saludables. En la luz de las ideas, así como en las pruebas de la experiencia, está el medio de llegar á la sana apreciación de las instituciones y al recto conocimiento de las leyes."

El mismo señor Govín, que figura entre los fundadores de la REVISTA, es autor de un tratado de *Derecho Administrativo*, que fué premiado con medalla de oro por el Círculo de Abogados; y á fines de 1885 se estaba terminando la impresión de otro titulado *Enjuiciamiento civil en Cuba y Puerto Rico.*

El doctor Jesús Benigno Gálvez tiene lista para la prensa una extensa obra sobre *Legislación Comparada*, que escribió, mientras desempeñó en la Universidad la asignatura del mismo nombre, por falta de un tratado completo sobre la materia.

Los padres jesuítas del Colegio de Belén han cultivado con perseverancia varios ramos de las ciencias, principalmente la meteorología; desde 1858 practican observaciones cuyos resultados publican primero en una Revista de Madrid, después en diversos periódicos de la Habana, y últimamente en los ANALES DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS MÉDICAS, FÍSICAS Y NATURALES. Los huracanes de 1870 fueron objeto de un estudio que en el año siguiente imprimieron en folleto dichos sacerdotes.

En 1880, cuando los memorables terremotos que desde 22 de enero hasta 3 de febrero aterraron á los habitantes de la Vuelta-Abajo, destruyendo casi totalmente

la ciudad de San Cristóbal y causando graves daños en las de la Candelaria y Mangas, el Gobierno nombró al R. P. Benito Viñes, director del Observatorio meteorológico del Colegio de Belén, y al señor Pedro Salterain, ingeniero inspector de minas, para que visitasen los lugares del desastre. Esos señores hicieron un importante estudio geológico de dicha zona, no practicado antes, pues Humboldt y Bompland habían limitado su observación á las partes central y oriental de la isla; y pudieron rectificar la especie que ha corrido en Cuba, y se ha repetido en algún tratado de geografía del país, de que existen rocas ó lomas volcánicas en la Vuelta-Abajo. De dicho informe recogemos las siguientes líneas, porque en 1883, cuando se oyeron aquí ruidos subterráneos ocasionados por la catástrofe de Java, varios periódicos recordaron que igual fenómeno había ocurrido en 1687, pero no vimos referencia al de 1835:

"En la terrible erupción del Coseguina (Nicaragua) del mes de enero de 1835, estas formidables detonaciones se oían en la península de Yucatán, en el litoral de Jamaica, y aun desde la meseta de Bogotá, es decir, á una altura de cerca de 3,000 metros sobre el nivel del mar y á una distancia de 140 millas geográficas."

El estudio de la geología en Cuba está muy atrasado, á pesar de las muchas exploraciones verificadas y de la multitud de escritos sobre la materia, que superan en cantidad á los de cualquiera provincia de la Península, donde, no obstante, ya se han levantado mapas geológicos bastante exactos; y se debe á lo vasto, despoblado y montuoso de la mayor parte del territorio, que por esas circunstancias opone obstáculos casi insuperables á las voluntades más enérgicas. Sin embargo, ese estudio ha

presentado siempre atractivos, tanto á nacionales como á extranjeros. No hace mucho insertó el ENGINEERING de New York uno de Mr. Crosby sobre los arrecifes de coral que rodean la isla, principalmente al norte y al este: sus conclusiones son que Cuba ha estado sumergiéndose lentamente, y que la teoría geológica de Darwin se confirma con el examen de aquellos arrecifes.

El señor Fernández de Castro ha escrito una prolija relación bibliográfica de publicaciones sobre esta materia, pero no incluyó, sin duda por no haber llegado á su noticia, la descripción hecha por el señor Carlos Segrera y Barriga, de la jurisdicción de Manzanillo. Entre los trabajos que enumera, merece especial atención uno del señor Miguel Rodríguez Ferrer sobre antigüedades cubanas, inserto en el tomo II del *Museo Español de Antigüedades*. En él se da noticia del encuentro del hombre prehistórico en Cuba efectuado antes de que M. Boucher des Perthes lo descubriese en Moulin Guignon.

En la Exposición de Amsterdam, en 1883, fué premiado el naturalista cubano señor Felipe Poey por su acreditada obra sobre *Ictiología*, que le valió también del Gobierno de Holanda la condecoración de la orden del León, y antes, del rey de España, el nombramiento de comendador de la orden de Isabel la Católica. Es un estudio que ha absorbido cuarenta años del casi nonagenario naturalista. Consta, dice un periódico, de un tomo de texto, en folio, y un atlas en nueve tomos en folio mayor; en el texto hay 1,030 láminas, que representan unas 700 especies de peces de Cuba, figurados en 1,200 individuos de todas edades, etc.; numerosos esqueletos, vísceras y otros restos orgánicos; el nombre vulgar, el

científico, la descripción de los colores, pormenores diversos, observaciones críticas, y lo que se sabe de la historia de cada clase, cada especie y cada pez.

Otro ictiólogo, anglo-americano, Mr. David S. Jordan, publicó en el POPULAR SIENCE MONTHLY, de agosto de 1884, una biografía del señor Poey, que fué traducida para el TRIUNFO de la Habana, y de ella tomamos el siguiente párrafo:

"En 1826 salió para París, llevando consigo 85 dibujos de peces cubanos y una colección de 35 especies, conservadas en un barril de aguardiente, todo lo que puso á disposición de Cuvier y Valenciennes, que entonces empezaban la publicación de su obra sobre la *Historia Natural de los Peces*. Las notas y dibujos de Poey fueron de grande utilidad para los eminentes ictiólogos. Basáronse sobre ellos unas cuantas especies nuevas, y Poey tuvo la satisfacción de ver su nombre y sus observaciones citadas por Cuvier y Valenciennes, con más frecuencia aún que los de su famoso predecesor don Antonio Parra, que había publicado en 1786 la primera noticia sobre los *Peces de Cuba*. Don Felipe conserva aún un duplicado de estas notas y observaciones. Allí, en París, fué uno de los miembros fundadores de la Sociedad Entomológica de Francia."

Poey ha descrito unas 665 especies nuevas, bien determinadas: "Esta lista es larga, más larga quizás que la de cualquier otro naturalista moderno que haya reducido sus estudios á una sola fauna."

Son curiosas las circunstancias en que se descubrieron unos peces ciegos en una laguna de una cueva de Cuba. Refiere otro naturalista, don Tranquilino Sandalio de Noda, en cartas á Poey, que había oído hablar de ellos, pero que no le había sido posible encontrar guías que lo llevasen á la cueva; invitado á una fiesta campestre que se daba en sus cercanías, asistió con esperanzas de realizar su deseo:

"Supe que á 300 metros de la casita en que estábamos había una

de las cuevas en cuestión. Pero ¿quién me guiaba? ¿quién me ayudaba? Había que entrar en tinieblas y simas que ya me habían ponderado, y necesitaba luces artificiales. Logrélas al fin, dí á conocer mi pensamiento, traté del viaje y se conspiró la concurrencia contra un proyecto tan inoportuno. Mas una de las jóvenes gritó: "Yo voy á la cueva y tú nos llevas, que quiero también ver esos animales; pero es preciso antes que bailemos." Y todos gritaron: "¡Pues vamos! vamos!" y "bailemos, bailemos" y comenzó el baile en el patio y al sol. Á este baile debe usted el poseer noticias y datos de los peces sin ojos."

Sigue el detalle de la peligrosa expedición, que por brevedad omitimos, para llegar á este párrafo:

"Este pez no lo hubiera logrado ver Noda, ni sacar su dibujo é historia, á no ser por haberle relevado las dificultades y estorbos la joven doña Severa Perdomo y Cárdenas, natural de Guanabacoa."

Y el señor Poey añade:

"Y yo, sin haber tenido la dicha de ver á esta hija de Cuba ni soltera, ni casada, ignorando si vive ó ha pagado su tributo á la tierra, me complazco en cerrar esta correspondencia con su nombre, presentado sin aparato por el señor Noda, pero realzado por la ingenua bondad de sus hechos, y puesto por la imaginación de los lectores al nivel del genio á quien ha favorecido."

Otro naturalista que ha estudiado también la Ictiología, es el señor Juan Vilaró y Díaz, y lo demostró en el discurso que pronunció en el acto de su recepción como catedrático de Historia Natural de la Universidad de la Habana, á principios de 1885. En ese trabajo contradice el doctor Vilaró la especie vulgar de que el pez que muerde una vez el anzuelo, no lo vuelve á tocar. "Entre otras experiencias, dice Fornaris, se han cogido y vuelto á arrojar al mar doce salmones, asegurándoles un anillo de cobre á las colas. Todos fueron capturados en el mismo lugar y por la misma época, unos al año siguiente y otros más tarde." En 1884 publicó el señor Vilaró un estudio titulado *Clasificación de aves y distri-*

bución de las especies cubanas propias, sedentarias y de paso, en la que procura ajustar sus lecciones de ornitología con la zoografía del señor Poey.

En agricultura, los señores Sebastián Alfredo Morales, A. Giberga, Jules Lachaume y otros han continuado los trabajos á que tanto impulso dieron el conde de Pozos-Dulces, Álvaro Reynoso, José M. Dau, y otros versados agrónomos; particularmente el cultivo de la caña, la fabricación del azúcar, el cultivo y las enfermedades del tabaco, maíz, plátano y cocotero, han sido objeto de cuidadosos estudios.

Nos llamaba la atención que en un país tan azotado por la fiebre amarilla, y donde tanto se ha analizado ese mal, no se hubiesen renovado los estudios sobre los principios de M. Pasteur. Un facultativo explica la razón: se necesitan para ellos laboratorios histológicos, y "quien debiera proporcionarlos" no los da; agrega que cuando el Gobierno Americano proyectó enviar á Cuba una comisión encargada de practicar un estudio completo de aquel mal, lo primero que hizo fué proveerla de todos los instrumentos, útiles y dinero necesarios. Esta razón satisface respecto de los amantes de las ciencias no favorecidas por la fortuna; pero como en Cuba los hay acaudalados, y los recursos se centuplican con la asociación, nos acordamos de Edison, de Poey mismo, y nos preguntamos qué sería de sus obras si no lo hubiesen esperado todo de la propia iniciativa, ya que el poder no está siempre en manos de personas que entiendan de estas cosas ó se interesen por ellas. Sin esa iniciativa no se hubieran llevado á efecto ni las valiosas estadísticas demográficas de la Habana, levantadas por el doctor González del Valle, ni las investigaciones físico-

químicas de los alcaloides descubiertos por el licenciado don Cárlos J. Uirice en la *escoba amarga*, ni los estudios de terapéutica experimental acerca de la acción fisiológica de la misma planta, por el doctor J. L. Dueñas.

El año pasado comisionó el Gobierno al doctor Casimiro Roure para que fuese al Brasil á informarse de lo que hubiese de cierto en el descubrimiento del doctor Domingo Freire: como lo recordarán nuestros lectores, se dijo que este señor había conseguido prevenir los efectos desastrosos de la fiebre amarilla por medio de la inoculación de la misma; y hasta en la Academia de Ciencias de París, leyó M. Bouley una nota en la que comunicó el hecho como fuera de duda. En septiembre de 1885 regresó el doctor Roure á la Habana, y aunque los periódicos le habían dirigido excitaciones para que informase acerca del resultado de su importante comisión, nada suyo habíamos visto hasta ahora en satisfacción de esa solicitud. El número 6.º del Boletín Clínico de la Quinta del Rey, de principios de enero de este año, publica lo que sigue:

"*El doctor don Casimiro Roure.*—Desde su regreso del Brasil, este ilustrado médico de Sanidad Militar, con cuya amistad nos honramos, no ha cesado en sus investigaciones microscópicas en el gabinete histo-químico del Hospital Militar de ésta, con objeto de demostrar, como ya lo ha hecho, que el *criptoccocus xanthogenicus* de Freire, ni se encuentra exclusivamente en la sangre de los atacados de fiebre amarilla, ni puede, por tanto, ser el agente generador ó patogénico de esa terrible enfermedad.

"Hace algunos días tuvimos el gusto de acompañarle en unos ensayos histológicos practicados en tierras del Cementerio de Colón, y en ellas pudimos observar el mismo esquizomiceto descrito por Freire, á pesar de que sólo uno de los frascos de tierra era tomado del derredor de una tumba de un cadáver de fiebre amarilla.

"Esperamos con ansia la memoria que se prepara á escribir nuestro

citado amigo, honor del Cuerpo á que pertenece, y desde luego le anticipamos nuestro sincero aplauso.»

La cuestión, sin embargo, no nos parece resuelta, y esperamos que la tardía memoria del doctor Roure sea más explícita.

Entre los médicos de la Habana hay uno que no suelta la pluma, que goza con ilustrar al público, y aprovecha las numerosas oportunidades que ocurren para dar un consejo, una explicación científica, casi siempre en escritos cortos: un día sobre los preservativos contra el cólera, otro sobre el modo de determinar la presencia de la *fuschina* en el vino; otro sobre las propiedades alimenticias del extracto de carne llamado de Liebig; después sobre las del coco, del *boniato*, las propiedades desinfectantes del café; la eficacia de la sal común para destruir la enfermedad de los cocoteros; no contento con eso, entra con paso firme en el terreno de la mecánica, y vulgariza las últimas afirmaciones de la ciencia sobre las explosiones de las calderas de vapor; y en el campo de la química, trata del uso del superfosfato de cal en la elaboración del azúcar, del «oro misterioso», con que se falsifican diestramente en Inglaterra las libras esterlinas, y del importante descubrimiento de una magnesia nativa superior, en Cuba.

Los periódicos médicos publican importantes trabajos, de los que no podemos hacer mención, porque ésta tendría que ser breve, y no nos hallamos en condiciones de escoger, sin más guía que los sumarios, los de mayor mérito; sin embargo, á los dos que acabamos de citar, de los doctores Uirice y Dueñas, agregaremos, por versar sobre asuntos del país, el del doctor Ignacio Vildósola, *La dieta de la caña de azúcar;* del doctor Cárlos de la

Torre, *Distribución geográfica de la fauna malacológica terrestre de la Isla;* del doctor Fermín V. Domínguez, *Causa de las enfermedades de los obreros elaboradores de tabaco;* del citado doctor la Torre, sobre las *Mordeduras de las serpientes;* del doctor José E. Ramos, sobre el *chamico* de Cuba; y del doctor Manuel Delfín, sobre tres casos de envenenamiento por el *chamico.* El padre Pío Gaités, escolapio, publica en la ENCICLOPEDIA artículos sobre la *Antigüedad del mundo:* esta particularidad no carece de significación.

Para que nuestros lectores se formen idea de las materias científicas que se exponen y discuten en los liceos y casas particulares y en otras reuniones, bastará mencionar los títulos de algunos trabajos:

Francisco Calcagno.—*El hombre en medio de dos infinitos.—La atracción en sus diversas manifestaciones y fenómenos adherentes.—Un vaso de agua.*

Rafael Montoro.—*El Pesimismo.*

Doctor Felipe F. Rodríguez.—*Los infinitamente pequeños.*

Alejandro Testar.—*Consideraciones sociológicas.*

José Fernández Pellón.—*Las Hormigas.*

Doctor Biesa.—*Pedro Abelardo.*

Carlos de la Torre y Huerta.—*Las Abejas. Las teorías de Cuvier y Lamar.*

Licenciado don Luis T. de Lipa.—*El Plomo.*

N. Benítez Galán.—*La educación física.*

N. Orus.—*La evolución y el progreso.*

Carlos Pedroso.—*Fresnel y la teoría ondulatoria de la luz.* (Este discurso fué leído por su autor al ingresar en la Academia de Ciencias médicas, físicas y naturales, y contestado por el señor Miguel Montejo.)

José F. Arango.—*Viaje alrededor del cerebro humano* (traducción de Michel Berend).

N. Espinosa de los Monteros.—*La pena de muerte.*

La escuela filosófica predominante en Cuba es el positivismo; pero hay idealistas, como Montero; darwinistas, como de la Torre y Huerta; católicos, como otros á quienes nombraremos adelante.

Ardiente partidario y propagandista del evolucionismo es el señor Enrique José Varona: además de una serie de conferencias en que explicó la doctrina de que es campeón, había dado otra sobre lógica, que, impresas más tarde, merecieron á la *Revue Philosophique* de París un elogio raramente prodigado en Francia sobre esas materias á escritores latino-americanos, pues, dijo que ese libro debía traducirse al francés y adoptarse como texto insuperable.

La Filosofía, en donde podía haber mayores desavenencias que en la Antropología, es, sin embargo, palenque más pacífico: débese, sin duda, á la idea de que agriar las controversias ocasionaría quizá su prohibición. Una vez se discutía en casa del señor Céspedes la existencia del alma; el presidente de la velada, señor Armas, recordó á los disertantes el deber de no profundizar mucho esos asuntos. El doctor José Manuel Mestre, al terminar el discurso que ya hemos citado, sobre los *Terrapleneros*, dijo:

"Con esto terminaría este discurso, si no creyese oportuno dirigir algunas palabras finales á los que, por un espíritu infundado pero sinceramente mal prevenido, recelan que los estudios antropológicos pueden afectar, en desfavorable manera, los sentimientos religiosos. Á esos timoratos, cuya buena fe me es respetable, deseo asegurarles que no hay motivo alguno para sus alarmas, y citarles en prueba de ello, y entre otros muchos, el ejemplo del abate Bourgeois,—á quien he teni-

do ocasión de citar antes,—sacerdote de ortodoxia reconocida, y cuyos descubrimientos han servido de fundamento á la teoría de M. Mortillet sobre los antropopitecos,. teoría no rechazada por aquél. Por otra parte, el objeto de la ciencia, en cuanto se ocupa del estudio de la naturaleza y de sus leyes, no es, en modo alguno, metafísico, en la acepción etimológica de este término. Trata de la materia del movimiento, de la fuerza, y no se propone traspasar los límites de esa inmensa esfera. La interpretación de los fenómenos, la sistematización de la experiencia, esos son los triunfos á que aspira; y, como dice el gran pensador inglés Herbert Spencer, la verdadera ciencia no es, no puede ser materialista, ni espiritualista.»

La tolerancia es, pues, ejemplar. Arturo de la Rosa hace un panegírico de Balmes, y Varona le contesta que las doctrinas del filósofo catalán son funestas para la juventud. González Mesa hace intervenir á Dios en el castigo de la ciudad de Pompeya; Fornaris rechaza la intervención, fundándose en que había entonces y ha habido después ciudades más corrompidas. Monteros dice que el alma no es sino la mayor perfección inherente á ciertos organismos; el señor Rafael de Cárdenas y Cárdenas, poeta ciego hace ya muchos años, se le opone, y dice que sólo reconoce por verdadera la religión de nuestros abuelos; y Benjamín Céspedes lo apoya como paladín esforzado de las doctrinas bíblicas.

Hemos dicho que el gusto por las reuniones literarias comenzó á extenderse hace unos ocho años en todas las clases sociales, y que á la fecha, lejos de decaer, se mantiene más vivo; así lo demuestra la circunstancia de haber penetrado hasta en el Seminario de San Carlos y en el Colegio de Jesuítas. Tenemos á la vista el programa de una reunión efectuada en el primero, en el que se anunciaban, además de una tesis en latín sobre la inmaterialidad é inmortalidad del alma, un discurso sobre «la filosofía cristiana y su importancia», y otro

sobre «la Iglesia, protectora de las ciencias»; el acto debía terminar con la representación de un juguete cómico, en un acto, *Los Mamarrachos*, y de una escena lírica, *El Lacayo*, después de varios intermedios de música. También un padre jesuíta del Colegio de Belén dió una conferencia sobre el origen del hombre, si no recordamos mal. Y no se crea que á ésta y á la del Seminario fueron llamados solamente católicos: también se invitó á muchos libre-pensadores.

De esa tolerancia recíproca, procede que las musas cubanas entonen paralelamente cantos como éstos:

EL ECO

(POR ENRIQUE J. VARONA)

Negro, inmenso talud, cual la conciencia
del malvado, entre breñas encontré;
atraído por vértigo de ciencia,
en sus bordes, de bruces me arrojé.

Buscando la raíz de su cimiento,
de noche en noche la mirada va;
¿qué hay más allá? grité. Lejano acento
contestó como en burla: ¡Más allá!

¡Viajero, que en la cúspide del mundo,
sobre el abismo de la muerte estás,
tú clamas con pavor, y en lo profundo
responde el eco, el eco nada más!

YO TENGO FE

(POR DIEGO VICENTE TEJERA)

Yo tengo fe: dejad que luche el río
y ondulando retenga su caudal:

dejad que se desvíe y retroceda...
¡el río corre al mar!

Yo tengo fe: la Humanidad se salva;
dejadla tras el Vicio y el Error;
dejad que se revuelva y se resista...
¡La Humanidad va á Dios!

RAFAEL M. MERCHAN

(Continuará)

AL TRAVÉS DE LA FANTASÍA

(Continuación)

JORNADA TERCERA

El Progreso

Algunas gentes ponderan el progreso del siglo diez y nueve hasta la saciedad. Llámanle el siglo de las luces, de los adelantos, de las invenciones.

Y sí que lo es.

Jamás habían ido tan lejos el furor de los descubrimientos científicos, la aplicación de esos mismos descubrimientos á la industria práctica y á los usos diarios, y el impulso, que impele á la humana inteligencia á adueñarse de las fuerzas latentes que la naturaleza pone en sus manos para obrar. En los últimos ochenta años se ha marchado á paso de gigante.

El vapor y la electricidad, agentes misteriosos de la naturaleza, hánse puesto al servicio del hombre para facilitarle medios de acción, de movimiento, y de enriquecimiento no vislumbrados hasta ahora.

Permítenle atravesar abismos al parecer inapeables; borrar las fronteras ó aledaños que los contenían anteriormente por vallas no superadas; acortar y suprimir aun las más grandes distancias entre un paraje y otro. Transmiten como por encanto la palabra y la idea de éste á aquel extremo del globo. Ponen á su disposición los ricos tesoros ocultos en las entrañas virginales de la tierra, perdidos por muchas gentes y generaciones que para conquistarlos de tales medios carecían, y con ellos aumentan la suma de su material bienestar.

Todo esto es muy cierto, y mucho más todavía. Mi mente limitada no alcanza á abarcar al progreso en la plenitud de su desarrollo; no alcanza á realizar el sinnúmero de adelantos operados en cada género de materias, y mucho menos á explicárselos. Pero ello es verdad, sin embargo, toda vez que los hechos saltan á la vista, y constituyen acaso la más característica faz del tiempo en que vivimos.

¡Cuán hermoso es el progreso considerado de tal suerte! Equivale á la multiplicación de las fuerzas vitales, al desarrollo activo de la potestad humana sobre las cosas creadas para su beneficio, rápida en concepción, y fecunda en producciones.

Y cuán de lamentar la existencia de nuestros mayores, á quienes por desgracia tocara nacer en época de estancamiento, cuando no se vivía con la actividad de hoy, y cuando no se gozaba de las innumerables ventajas que el progreso á cada paso nos proporciona.

***

Industria, adelanto, riqueza, trabajo, producción, otras

tantas palabras que encierran cuestiones de interés palpitante para la ciencia y para la sociedad; no se crea que deseo removerlas. Mis *rêveries* no son sociales, sino simple y subjetivamente sentimentales.

Desde la tranquilidad de esta habitación apacible, y en medio del silencio de noche triste y solitaria, pienso, y al pensar me abismo, en el progreso de la humanidad que pregonamos todos orgullosos y ufanos á los cuatro vientos.

Me imagino divisar una precipitada corriente; de la cima al fondo hay inmensa distancia; el agua se despeña al precipicio entre rocas, troncos de árboles arrastrados por su torbellino, y todo linaje de escombros. Los hombres al comenzar la vida hállanse en la cumbre; pero saben que en el abismo está la fuente de la salud y de la riqueza, el tesoro de la felicidad perenne que anhelan tanto. Sienten una impaciencia loca de alcanzarlo. La tentación es demasiado fuerte; no resisten: y hé allí que se lanzan en su busca sin parar mientes en los múltiples peligros que los amenazan. Cautelosos al principio comienzan á bajar la corriente de las aguas; pero van inquietándose poco á poco, y apurando en seguida para sobrepujar á los demás; hasta que luego se despeñan furiosos á merced del torbellino, y caen de piedra en piedra, y ruedan de escollo en escollo, envueltos en nubes de agua y en densos mantos de espuma.

Y ¿conquistarán acaso el tesoro del fondo? ¡Ah! eso no! De nadie se sabe que le haya alcanzado; sino que parece que jamás falta una roca demasiado dura contra la cual van á estrellarse, ó un golpe demasiado recio que los destroza en mil partes, aumentando con los miembros humanos los escombros arrastrados hasta el abismo.

Muchos estaban muy cerca ya de esa fuente dichosa de la vida, pero ¡ay dolor! sorprendióles la muerte en vísperas de alcanzarla. ¡Quién hubiera podido contenerla algunos días más!

No de otra manera se precipita la humanidad de nuestro tiempo; es probable que en poco menor escala sucediera igual cosa en lo pasado. Los de hoy podemos juzgar tan sólo del presente, porque esos asuntos están fuera del dominio de la historia.

Hoy por hoy ella no parece tener otra divisa que: «más lejos!»; su voz de orden es: «más ligero»; el refrán de todo el mundo: «el tiempo es oro».

Y, en efecto, quien más lejos y más ligero marcha aventaja y deja rezagados á los demás, y quien convierte el tiempo en oro vence y domina, según las leyes del progreso que nos rigen. Esto es perfectamente lógico y natural.

*
* *

El progreso tiene un lado muy hermoso, le vimos poco há. Como todas las cosas de la tierra tiene otro muy diverso y muy feo. Veamos ahora el reverso de la medalla.

¿Estará acaso en proporción á la felicidad y á la virtud? Muy lejos de eso; y casi me atrevería á decir que está en proporción inversa á ellas, si tal aseveración no envolviese un sofisma, pues no es él mismo quien encierra el mal, sino que éste es ocasionado por una viciosa aplicación de aquél. Como quiera que sea, progreso y felicidad son dos términos que deberían marchar paralelos, pero que no se acercan todavía porque el primero no es completo, y la segunda es una perfección más ó menos irrealizable. En cambio, progreso y virtud son

del todo heterogéneos, y según el sentir del siglo, no tienen para qué preocuparse el uno de la otra, como que no existe conexión alguna entre la idea más práctica de utilidad y la más espiritualmente especulativa.

Hé aquí precisamente uno de los defectos del progreso, una de las deficiencias que más se hacen sentir, y que debieran rebajar nuestro orgullo, como nueva muestra de la absoluta imperfectibilidad de todas las cosas humanas.

El progreso de que nos vanagloriamos tanto, es una suprema consagración de la materia sobre el espíritu; el desarrollo de ciertas fuerzas creadoras que aumentan nuestra riqueza ó nuestro bienestar; su ideal es el *hombre máquina* que trabaja, elabora, y produce, no tanto como sér inteligente, sino como sér robusto y activo que posee dos manos para operar cierta tarea dada. El conjunto de hombres es un conjunto de máquinas, y si uno falta échase luego de menos una herramienta ó una rueda en ese conjunto.

Ahora bien, esa actividad que es madre del adelanto, peca por su base. No va rectamente encaminada, toda vez que sólo se propone el material adelantamiento, y que cuidando asíduamente los intereses de ese género, teniéndolos como única mira, descuida en manera deplorable los fines más altos que le indican las tendencias é inspiraciones del alma.

Pero ésta, por esencial que sea en la composición mixta del hombre, juega pobre y escaso rol en su existencia, pues la agitación constante, y la lucha tenaz, y el atropello por alcanzar el tesoro del abismo de que hablé anteriormente, no le permiten detenerse un momento en la precipitada carrera para considerar la situación efec-

tiva, y darse cuenta que no sólo existe lo que se ve y se palpa con los sentidos, sino también ciertas potencias incorpóreas pero preciosas, á las cuales no debe desatenderse, so pena de cometer grave yerro.

Pues bien, mientras el progreso de nuestro siglo no llene estos requisitos que le faltan, está lejos de satisfacerme; mientras no tenga por mira el perfeccionamiento moral á la par con el material, el aumento de las virtudes y el aumento simultáneo de las comodidades de la vida; mientras no aproveche del alma como resorte más poderoso que otro cualquiera; mientras que no levante al hombre de la situación postrada de ínfima partícula de una gran maquinaria, no encontraré tales motivos de enorgullecimiento desmedido ó de singular vanagloria, pues no me es dado divisar todo el mérito en que se sostiene.

*
* *

La civilización es una palabra muy engañosa. Nos presenta muchas veces dorada superficie que deslumbra los ojos con su fulgor resplandeciente; pero el interior ¿será acaso tan hermoso y brillante? Lejos de eso; examinémoslo de cerca, observemos el fondo con atención, y ¡cuidado! no vayamos á encontrar las señas más marcadas de atraso profundo y de falta completa de civilización, donde tan perfecta creíamos divisarla.

Yo he sufrido muchas veces este desencanto. Es la confirmación del viejo proverbio: «No es oro todo lo que reluce». Por suerte la ilusión no dura siempre, porque atraídos por el brillo nos dejamos arrastrar hacia él, y nunca falta un lado más oscuro por donde puedan penetrar las miradas y descubrir la llaga que se oculta aver-

gonzada allá en los adentros. Algunos, empero, más ilusos, ó más optimistas ó más ciegos, no la divisan, ó bien no quieren divisarla. Tanto mejor para ellos; vivirán más felices y satisfechos, sin nube alguna que venga á empañar el horizonte de su orgullo. Lo que no quita, sin embargo, que más tarde su criterio sea errado, su testimonio de poco valor y funestas y descarriladas sus pretensiones.

Uno de los males del progreso, según el siglo, consiste en que se le haya confundido con la fuerza y el poder más de lo justo. Esto es lógico, no obstante, siempre que los últimos acarrean consigo riqueza, que es de ordinario generadora de aquél. Y ahora bien, la fuerza material está muy reñida con el bienestar verdadero y con la civilización bien entendida. Si buscara ejemplos los encontraría numerosos para comprobarlo en los casos prácticos del mundo.

En el progreso de las grandes naciones hay mucho de falaz. La grandeza al dominar, seduce; es el caso del oro que deslumbra y que encubre los defectos y cualidades viciadas del interior. Muchas veces se ocultan en ellas las llagas en medio de la actividad del trabajo y los humos del combate vital. Cesen un instante los fuegos, reposen los combatientes, y ya verán mejor cómo su actividad no ha sido siempre bien encaminada, y cómo han dejado pasar inadvertidos males tan graves, dolencias tan arraigadas, que toda su obra gigantesca, carcomida desde los cimientos, amenaza derrumbarse sepultando á sus ufanos, pero imprudentes constructores, bajo las ruinas.

¿Qué significa entonces que en los mismos instantes en que se canta la victoria de civilización nunca vista,

de progreso humano jamás alcanzado, veamos hervir el sentimiento de profundo descontento en los pueblos, que distantes de mostrar satisfacción alguna por tales evoluciones sucesivas de perfectibilidad, levantan sus gritos al aire, protestando y renegando de un progreso que, al paso que les utiliza como máquinas trabajadoras, les niega sus derechos más evidentes, no les beneficia sino que les oprime, no les acaricia con las comodidades y bienestares que crea, sino que les hiere mostrándoselos desde lejos sin ofrecérselos; de un progreso efímero que regala á unos para privar á muchos, que les rebaja como hombres racionales, que les maltrata como bestias, y, por último, que les mata de hambre?

¿Qué significa entonces que en aquellas naciones tan ricas y tan adelantadas sea donde se encuentran los más deplorables contrastes de riqueza y de miseria, de inteligencia y de barbarismo, y en fin, todos los extremos de las más variadas pasiones y vicios de la humanidad?

¡Ah! es que el progreso está muy imperfecto todavía. Se ha conseguido en parte dominar la materia, usufructuar los elementos de la naturaleza, pero ese continuo roce con aquélla, ha materializado en gran modo á los que lo sufrían. Esta tendencia ha tomado una faz nueva en los pueblos del presente, harto diversa de la materialización de tiempos remotos. Entonces servían los hombres para la lucha de cuerpo á cuerpo y para los juegos públicos: la pureza escultural de las formas, la robustez combinada con la agilidad y soltura, eran las cualidades más apreciadas. El niño defectuoso era un miembro inútil de la sociedad; no valía la pena de conservarlo.

Hoy han variado un poco las exigencias. En los países que se titulan *pioneers* del progreso, los hombres

sirven principalmente para aumentar la riqueza, esto es, para producir más de lo que consumen; actividad, fuerza, destreza en el trabajo, son sus cualidades más apreciadas. El niño defectuoso es una carga para la familia, y para la sociedad, que á veces debe buscar su subsistencia en la caridad pública.

*
* *

Haciendo á un lado las ventajas materiales que proporciona el progreso á fines de este siglo, y que yo antes que nadie celebro y reconozco, no veo por lo demás en qué ha avanzado el mundo gracias á esa fuerza motriz que hoi impulsa á la humanidad. No veo en dónde se confirme la efectividad de la ley evolucionista, en cuanto ésta se refiere al mejoramiento y al verdadero adelanto de las razas.

Las de hoy no son ni más inteligentes, ni más felices, ni más perfectas que las de ayer, por múltiples y nuevos que sean los medios de acción y movimiento de que disponen. Y, sin embargo, hay una circunstancia que debería pesar enormemente en la balanza comparativa; el cambio de religiones, los efectos del cristianismo moderno, en vez de los del paganismo antiguo. Desde que se operó ese trastorno en las ideas y las creencias de las gentes, hubo verdadero progreso, moral y filosófico, pero no tanto aquel de que hoy más se ocupan.

La Grecia de hace 2,200 años, no tenía máquinas, ni vapores, ni telégrafos para comunicarse con los pueblos vecinos; pero no es menos cierto que sus pueblos levantaban monumentos colosales en tamaño, y perfectos como concepción artística; que sus hombres escribían páginas

jamás superadas por ingenios posteriores; que sabían regirse por leyes sabias y bien adecuadas á su constitución civil y política; que las sociedades marchaban con regularidad y orden, y sin que llevaran sobre su frente el sello fatal que es traza de desquiciamiento y de trastorno, que están en vísperas de engullir á las sociedades presentes.

Hoy, en cambio ¿qué es lo que vemos? Por una parte alardeo de riqueza y bienestar; por la otra desesperación de los desheredados de la suerte que de ellos carecen. Aquéllos cantan el triunfo del progreso, y le ensalzan á las nubes como dón peculiar de su iniciativa y de sus esfuerzos; y éstos, por el contrario, se quejan de una situación injusta é insostenible.

El progreso es muy defectuoso, vuelvo á decirlo. Ha resuelto grandes problemas, pero al propio tiempo deja muchos otros muy grandes y trascendentales sin resolver. Ellos son los problemas sociales. ¿Será por impotencia ó por desidia? No puedo saberlo, mas me inclino á creer en la primera causa, porque más de una vez hemos sido testigos de los arbitrios que para darles solución se ideaban en nuestra generación contemporánea.

¿Qué se ha avanzado en las gravísimas cuestiones de moralidad pública, de miseria y pauperismo, de libertad, sobre la cual tanto se declama en los clubs y en la prensa de todo el mundo, y en resolución, en aquellas que atañen á la vida política de los ciudadanos? Bien poco, á decir verdad; y quién sabe si en más de una de ellas podría afirmarse que ha habido decidido retroceso. Á veces opéranse transformaciones lentas y paulatinas; otras sobreviene un cataclismo violento y de efectos perniciosos. Cambian los sistemas, se destierra el anti-

guo por ineficaz ó malo, y se introduce el nuevo como regeneración social, como medida salvadora y reclamada por todo el mundo. Y esto ¿produce buen resultado? Muy pocas veces. Se ha vertido sangre en vano, porque después han quedado las sociedades tan descontentas como antes. No era aquel el remedio que habían menester.

Pues bien, no seamos tan pródigos en la vanagloria. Convenzámonos que por mucho que nos halague y beneficie, el progreso es en extremo deficiente; que al paso que la humanidad marcha, las generaciones que vienen en seguida han de ver maravillas no sospechadas por nosotros mismos; pero tengamos por cierto que ellas, así como nosotros, sentirán esa deficiencia deplorable que nos llena de dolor y desengaño, porque el progreso, tal cual es dable concebirlo aún en los más disparatados trampantojos de la imaginación, no alcanzará jamás ni el poder desmedido, ni la perfección de los hombres, ni la felicidad completa con que se halagan y sueñan nuestras ambiciones desapoderadas.

Tal sería el verdadero progreso, perfecto, cumplido, cenit imaginable de la humanidad. Renunciemos á él con resignación, que en el mundo no le veremos.

WANDERER.

INMORTALIDAD

(DELILLE)

I

¿De qué proviene la inquietud ardiente
que al corazón pesadumbrosa agita?
Paseo en vano mi afanar doliente
del placer fácil al trabajo rudo
y del reposo mudo
á la tarea del saber bendita.
¡Torpe anhelar! Sombría
nube de llanto conturbó mi calma;
la mente asedia incertidumbre fría
y un mar de penas ha anegado el alma.

Que un hirviente delirio
meza en nubes de ensueño mi existencia;
arrebatadme al áspero martirio,
coronadme de flores,

y mitigue del alma la dolencia
mi lira, sabia en modular amores.
Gracia, placer, amor, juego, sonrisa,
posaos junto á mí; ruede un torrente
de vino generoso
que desarrugue la ceñuda frente,
mientra en tapiz de aromas voluptuoso
mi fatigada planta se desliza.

Mas ¡qué! la rosa lánguida perece,
marchítase su encanto,
su perfume al nacer se desvanece;
y de mi mano en tanto,
desmayada la lira,
se escapa y caé, á todo canto ajena,
mientras de negra, silenciosa pena
presa de nuevo, el corazón suspira...

Volemos á aquel llano
que altivo cruza el carro de Belona.
El brillo soberano
que despide el laurel de su corona,
tal vez suavice la incesante carga
del crudo mal que mi existencia amarga.

Marchemos, que ya el viento
de la bélica trompa al són se agita;
el fierro brilla; con airado acento
dardos de fuego el rayo precipita;
oigo el relincho del corcel guerrero;
rugen chocando acero contra acero;
el alto Olimpo atónito resuena

con el ¡ay! del vencido
que, en medio tanto estrago,
al canto de victoria flota unido
sobre rojizo lago
que sangriento olear desencadena.

Mas ¡ay! cuando mis ojos
sobre un mar de cadáveres se ciernen,
al contar esos pálidos despojos
de lo que llaman gloria,
siento en mi seno el corazón deshecho;
y al ver cuán caro cuesta la victoria
un grito de piedad exhala el pecho.

Menos violenta, tiéndame su mano
la orgullosa Ambición; tal vez sublime,
casi siempre crüel. Soy soberano...
¡pero la ley de la ambición me oprime!
Poderoso señor de mar y tierra,
del mundo el cetro conseguí en mi empeño,
¡y dueño al ser de cuanto el orbe encierra,
de mí mismo tan sólo no soy dueño!

Así, alentando siempre una esperanza
que renace sin fin, siempre frustrada,
hacia un ideal ajeno á la mudanza
mi mente tiende en su ambición alada;
y nada en lo que muere,
nada puede calmar la sed ansiosa
de un sér que nada en lo mudable quiere,
pues sólo en lo inmortal vive y reposa.

II

Cuando sereno el sabio
á la ley general, muriendo, cede,
la voz escucha del divino labio
que le dice:—"Fué mía
" la eternidad que á tu nacer precede;
" pero, el sol al brillar de un nuevo día,
" tuya será la que tu planta huella,
" eterna vida que ante tí destella."

¡Ah! ¡blasfemia! ¡No vierta ese profano
lenguaje el labio mío!
La eternidad su curso soberano
no divide jamás; mortal impío,
sobre tí toda entera
por la mano de Dios se halla grabada.
Antes que el tiempo al universo diera
tu existencia, que juzgas tan mezquina,
ya estaba dibujada
en la mente divina,
y tu sér por venir no hubo un momento
que faltara en su eterno pensamiento.

Sé digno de tu autor, mortal eterno;
no rebajes la espléndida grandeza
de tu sér inmortal. ¿Qué pensamiento
sino el de ese destino misterioso
te enseña á despreciar toda bajeza,
y el brillo nebuloso
de un falso bien y un mundanal contento?

¡Cuán pequeña la Tierra se divisa
desde la regia altura
de ese cielo do el alma se eterniza!
¿Qué puede á su mirada
ofrecer como ideal de ancha ventura
el brillo inerte de ambición menguada?
¿Qué mira desde allí? La lucha odiosa
de míseros gusanos
que en su humilde ciudad se arrastran ciegos;
sobre un puñado de ligero musgo
concretando á la vez su vida ansiosa,
ve elevarse y caer viles tiranos,
que en su apocado anhelo
creen que un tallo de hierba es todo un cielo.

Ese bien que engrandece la ignorancia
y embustero pincel necio colora
¿cuánto vale medido á la distancia
de aquel cielo que un sol eterno dora?

Es esa perspectiva
en grandes pensamientos tan fecunda,
es ese noble porvenir de arriba
quien, mejor que las leyes
que ignorancia profunda
dictó al orgullo de mentidos reyes,
restablece en secreto misterioso
el equilibrio universal; es ella
quien nivela ante Dios todo derecho,
del placer mundanal la leve huella
y el leve llanto del humano pecho;
es ella la que roba

tanto al pesar su lánguida tristeza
como al placer su vaporoso encanto,
y hace que el hombre, con empeño santo,
dejando atrás el pasajero duelo,
con gigante anhelar se lance al cielo.

Cuando, ausente de este átomo mezquino,
contémplase en la altura
do eterno brilla el resplandor divino
¿mira acaso, se digna ver siquiera
si hay una tierra donde el sol fulgura,
ó si retumba el trueno
bajo la capa de una turbia esfera,
ó si hay héroes, si hay grandes y señores,
si la paz duerme ó despertó la guerra,
ó si el azar en siervos y opresores
clasifica los reinos de la tierra?
¡Ah! ¿quién, sentado sobre cima enhiesta,
viendo al Nilo rodar su onda potente
desde lejana, espléndida floresta
bajaría la frente
para admirar la tímida ventura
de un triste arroyo que á sus pies murmura?

¡Enmudeced, mortales!
¡refrena tu anhelar, vana grandeza!
La muda oscuridad, la luz vibrante,
el sombrío rincón del ignorante,
de la ciencia los fértiles raudales,
la fuerza y la flaqueza,
todo, el crimen excepto y la inocencia
con el temor de un justo poderío,

para tal porvenir nula existencia,
á la luz de lo real, severo y frío
de su altura desciende y se nivela
en esa amplia igualdad que á Dios revela.

Así el vasto Apenino,
á quien escala la empinada altura
del orgulloso monte,
ofrece en panorama prado y sierra,
y de un mundo formando una llanura,
y en un punto mezquino
agrupando un espléndido horizonte,
uniforma á sus ojos mar y tierra.

III

¡Ah! si ese instinto augusto
por quien el alma del gigante Homero
y del grande Escipión fué aleccionada
para odiar todo mal y amar lo justo,
no fué sino vocablo pasajero,
nebulosa quimera
por orgullo inconsciente fecundada
¿por qué el hombre, al final de su carrera,
de la nada al aspecto pavoroso
de mudo espanto presa,
teme al *no ser* oculto tras la huesa
y en su *sér* se repliega temeroso?

¡No! de un mundo futuro la conciencia
no es de una necia fe torpe creencia,

no es el parto febril de orgullo insano;
es instinto profundo
que negar no se puede al sér humano,
y grabó en su alma el Hacedor del mundo
para que, contemplando luz tan clara,
odiara el vicio y la virtud amara.

Esa idea inmortal, en su morada
altísima, inmutable,
sobre severa eternidad sentada,
propicia para el bueno,
tremenda para el crimen y el culpable
de negra mente y corazón de cieno,
defiende al justo contra el tiempo frío,
que, cual gigante alado,
vuela, la vida devorando airado,
y arrebata al delirio del impío
la esperanza menguada
de aquel horrible asilo de la nada!

¡Sí! Vosotros, tiranos y traidores
que, usurpando los rayos del Olimpo,
sois del mundo los reyes y señores
y á las leyes eternas movéis guerra,
opresores cobardes de la Tierra
que de crimen vertéis anchos raudales.
¡Miserables, temblad! sois inmortales!

Y vosotras, oh, víctimas queridas
de pasajero y rápido tormento,
sobre quienes de Dios velan piadosas

miradas cariñosas
por el llanto paterno humedecidas;
viajeras de un momento
del dolor terrenal por los eriales
¡vuestro llanto enjugad! sois inmortales!

KEFAS.

1886.

LA HERIDA EN EL BRAZO

Aquella noche de invierno caía la lluvia á más y mejor, y azotaba, merced al viento, las vidrieras de la habitación en que yo estaba muy encerrado y con decidido ánimo de escribir para la REVISTA cualquier artículo, ya triste ó alegre, ó como le pluguiere salir de los puntos de la pluma.

Apoyando ambos codos sobre la mesa, con las blancas cuartillas de papel á la vista, con el encendido cigarro en los labios y los ojos vagando por el techo, esperaba nada más y nada menos que viniera á mi mente aquel argumento deseado.

Por instantes sentía acudir como torbellinos de ideas; pero á modo de muchachas traviesas, que se hubieran escapado de algún encierro, pasaban estas ideas con agilidad tanta que se hacía punto imposible el darles alcance para contemplarlas á entero sabor.

Con los vagos perfiles que iban dejando, que es como si dijéramos con unos ojos, ó una risa ó una crencha negra y sedosa, apenas vistos, mal se podría dar cuerpo y vida á un argumento y ni siquiera á su heroína.

Y hágase, pues, un artículo sin tener una mujer; háblese, sin ella, de amor, de odio ó de pasión cualquiera; píntese, sin ella, un rinconcito de la tierra ó dibújese un lampo del azul de arriba y se tendrá la creación más monstruosa y desatinada.

Concentraba, pues, mi espíritu en aquella caza de ideas, cuando mi buen amigo Emilio entró bruscamente á la habitación, corriendo como un loco y calado por la lluvia.

—¡Oh, qué escena tan terrible! exclamó, sin saludarme y arrojándose sobre un sofá.

—¿Qué te sucede? le interrogué con sobresalto.

—Pues es nada ¡casi he perdido la vida!

Y luego con volubilidad extraña prosiguió:

—Figúrate que acabo de salir de casa de mi tío Antonio con dirección á la mía. La noche, como lo ves, está endemoniada; llueve á cántaros; en las aceras hay charcos que parecen lagos; como río corre el agua por el centro de las calles; la oscuridad es intensísima... pero ¿qué opinas tú, Genaro, sobre la diferencia que existe para el hombre entre lo que realmente le sucede y lo que ha soñado?...

—¡Qué estás loco! exclamé; ¡qué divagaciones y filosofías son esas! Sin duda que la emoción ha perturbado un tanto tu cerebro; tranquilízate y después me contarás esta aventura de la que has librado con felicidad.

—Ya estoy muy tranquilo. Te decía que iba á casa, que acabo de dejar la de mi buen tío Antonio. Pues bien, al pasar por cierta puerta que da acceso á los altos de una habitación tropiezo con un bulto en la sombra. Siento, en seguida, una mano que me toma del brazo y oigo una voz que me dice muy quedo:

—¿Por qué llegas tan tarde? ¡sube, no hables!...

Aquella voz era la de una mujer y aquella presión que sentí en el brazo era deliciosa. Se enervó mi voluntad, y dócil como un niño, me dije: ¡adelante, que así lo mandan!

Héteme, pues, subiendo la dicha escala, que estaba á oscuras.

Del cuerpo de aquella mujer que me guiaba, se desprendía un perfume embriagador, que me hacía perder la cabeza y subir, como en un sueño, los tramos cubiertos por gruesa alfombra.

Llegamos, por fin, á un vestíbulo, y doblando hacia la derecha penetramos á una habitación también sin luz y nos sentamos en un sofá.

—¡Jorge! me dijo esa mujer, con acento conmovido y medroso ¡cuánto me expongo por tí, por tu amor!

En verdad que me impresionó la bondad de esa pobre amante y la prueba que me daba de su pasión.

Pero si yo reemplazaba á Jorge y me era fácil tomar su nombre, no lo era tanto el adquirir las demás cualidades de ese individuo y el conocimiento del asunto para poder consolarla, contestándole debidamente.

Además, la oscuridad, que ocultaba mi figura, algo me favorecía; pero esa oscuridad no podía ocultar mi voz y era necesario hablar; porque, según entiendo, en esta época los amantes mudos ya no se estilan.

Se me ocurrió hablarle muy quedo; pero ya ves que ni siquiera conocía el nombre de esa mujer para repetírselo mil veces con otros tantos: ¡yo te amo!

El tiempo pasaba, mi ansiedad crecía, aquello tomaba mal aspecto.

—¿Por qué callas? me repitió. He dicho que no recibo

á nadie; Luis no llegará del club hasta tarde de la noche; ya sabes que el *tapete verde*...

Luis, club, tapete verde, pensaba yo; todo esto está muy bueno. Pero ¿quién será este Luis, quién será este Jorge y quién será esta mujer?

Al tapete verde, por desgracia, lo he conocido bastante.

Casi sin darme cuenta tomé una brusca resolución.

—¡Te amo! le dije al oído; pero es necesario olvidar...

—¡Olvidar! me interrumpió—imposible! No puedo abandonar mi hogar é irme contigo... ¡lo que me has pedido es una crueldad!

Ya ves que yo—ó el llamado Jorge—quería nada menos que llevarse á esta señora de Luis.

¡Á qué pirata estaba, Santo Dios, reemplazando!

Al oírla expresarse de tal modo, quedé sin hablar palabra; nada se me ocurría; me fijaba casi maquinalmente en el ruido de la lluvia en la calle; en el perfume penetrante que exhalaba su cuerpo; en la idea abrumadora de que fuera posible que yo me robara á una mujer.

Quizás tomó mi largo silencio por resentimiento, así es que con dulcísima modulación prosiguió:

—¡Jorge, no seas malo! mira, no es justo lo que exiges, tú no me amas... ¿pero es entonces verdad que no me amas? ¿nada me dices?...

Y pasó un brazo por mi cuello y acercó su rostro al mío... y lanzó un grito agudísimo de terror, desprendiéndose violentamente de mi lado.

—¡Quién eres! exclamó... ¡me engaño! ¡Jorge no tiene barba!... ¡Luis!... ¡ladrones!... ¡socorro!...

Y corría desatentada por la habitación.

Quise escaparme, pero la oscuridad era intensa y no conocía el local.

¡Á qué hablarte de esos rápidos instantes; á qué describirte aquella confusión y ansiedad!

—Señora, no soy un ladrón, exclamé.

En esos momentos ella encendía el gas de una lámpara y yo vi la creación más hermosa que soñarse puede. Ojos azules, cabello negro, delgada, alta, envuelta en una bata elegantísima, trémula de miedo y de vergüenza!...

¡Qué mujer y qué situación!

Al verme y al oír mis palabras, murmuró con entrecortado acento:

—Caballero, dejadme por Dios; soy muy desgraciada; ¡olvidad lo que os he dicho!

Y sus ojos se llenaron de lágrimas y estalló en sollozos.

¡Oh, qué hermosa se veía llorando!

Recordé con profunda rabia que no me llamaba Jorge; que mi escena había concluido; que era necesario partir, dejarla.

Para mayor desgracia no conocía á esa mujer, nunca la había visto, y aunque te rías á carcajadas te diré que sentía nacer en mi pecho un amor inmenso y ardiente por ella y un odio irreconciliable contra el tal Jorge, que en cuanto á Luis y al tapete verde me acordaba de ellos como del sultán de Turquía.

Me incliné respetuosamente, murmurando:

—Señora, seréis obedecida.

Intenté dejar el salón, pero mis pies quedaban fijos en el pavimento, como sujetos por hechizo misterioso.

La miré una última vez.

¡Oh, qué hermosa mujer!

—Adiós, señora, le dije, y avancé hacia la puerta.

Pero en esos instantes resonaron los pasos de una persona que subía la escala.

—¡Luis ó Jorge! exclamó ella con indecible terror, estoy perdida; salvadme, caballero; ocultaos por Dios: ¡ahí, en la pieza vecina!...

Y tomándome del brazo me arrastró á la habitación.

Por las cortinillas de la ventana vi al nuevo personaje que entraba á la escena. Era un hombre de baja estatura y con una cara de matón ó de traidor de melodrama.

Aún me parece estar viendo aquella endemoniada fisonomía.

Corrió donde la hermosa mujer y la estrechó entre sus brazos.

—Vi luz en las ventanas, le dijo, y comprendí que me esperabas.

Era Jorge; no me quedaban dudas.

—¡Pero quién está aquí! prosiguió con sobresalto al ver mi sombrero y mi paraguas, que habían quedado sobre el sofá.

Aquella mujer se aterrorizó hasta el punto de caer desvanecida.

—Hablad, pues, añadió Jorge.

Y avalanzándose sobre el sombrero leyó en voz alta las iniciales de mi nombre y apellido escritas en su fondo.

Salí de la pieza al ver descubierta la situación.

—¡Miserable! me gritó ese hombre con voz ronca y

amenazante; y sacando un revólver de su bolsillo lo apuntó á mi pecho.

La hermosa mujer lanzó un grito y corrió á interponerse entre nosotros con sus brazos extendidos.

¡Oh, qué hermosa mujer!

Me creí perdido; no llevaba armas; aquel hombre, que se figuraba engañado, estaba loco de rabia y de venganza.

—Quítate, le dijo, tomándola de un brazo y arrojándola al suelo.

Al ver tal atentado, me avalancé sobre él para extrangularlo.

Se oyó una detonación; una bala pasó silvando y se enclavó en mi brazo, en este brazo izquierdo; sentí un dolor agudísimo en el hueso; sangre tibia corrió...

Hasta aquí no más dejé hablar á mi amigo, pues yo solté la más ruidosa carcajada al ver que se miraba con toda formalidad su brazo donde debió penetrar aquella bala de tan trágica aventura.

El bellaco se había burlado de mí.

—Te ha llevado lejos la fuerza de la inspiración, le dije; pues sin esa sangre y esa bala clavada en tu brazo, que está más sano que el mío, habría creído la aventura.

—Es verdad, Genaro; pero no puedes enojarte, porque ya te había preguntado qué diferencia existe entre lo que sucede realmente y lo que se sueña. Sabrás ahora que acabo de soñar esta historia en casa de mi tío Antonio, donde estaba solo y fastidiado. Como sólo hay una cuadra de distancia á esta tu vivienda, donde calculé estarías escribiendo para la REVISTA, corrí á contarte la historia, mientras tu sirviente me encuentra un

coche de plaza para librarme de esta endemoniada lluvia.

—¿Y te atormenta mucho la herida del brazo?

—Mil balas soportaría con agrado. ¡Ah! Genaro, tú no sabes cuán hermosa mujer era aquella!...

BRUNO LARRAÍN BARRA.

1884

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

REMINISCENCIAS

I

Leyendo la historia de los grandes poetas, se ve con pena que poseyendo todas las condiciones para ser felices, sólo lograron encontrar la desdicha y la amargura; que la felicidad con tanto anhelo buscada, ha sido vano fantasma, risible burla de la fatalidad que incesantemente les ha perseguido. Esos seres que aman los ideales, que se alimentan de la falaz savia de su imaginación, necesariamente han de caer en el desencanto cuando tropiecen en la realidad, aún llamándose esos ideales Beatrices y Lauras de Novés. La imaginación, semejante á mentido miraje, presenta al infeliz que se guía por ella preciosos oasis, donde quizás hay sólo yerto páramo...

En el número de esos *locos sublimes*, de estos poetas sentimentales, se encuentra Gustavo Adolfo Becquer, genio que pasó desconocido en su época y á quien hace

muy poco tiempo el mundo ha hecho justicia. Verdadero bohemio de la inteligencia cantó sus dolores y vendió por un pedazo de pan tesoros inapreciables de poesía y de galana prosa. Sus rimas, como él lo dice, no son sino los primeros trabajos de un plan largamente meditado. Sólo alcanzó á hacer el pórtico de magnífico palacio; la miseria, con sus mil y prosaicas exigencias, impidió que se concluyera una obra que habría hecho las delicias de muchas generaciones, y que, aún incompleta, lo será.

II

Cuéntase que muy niño aún abandonó el hogar protector que una tía le diera en Sevilla para venir á Madrid en busca de gloria y de riqueza. Sueño quimérico que acosa á todos los talentos cuándo en el albor de la vida no tienen más escudos que los que existen en su imaginación. Así fué como nuestro poeta llegó á Madrid, y después de luchar á brazo partido con el hambre, logró conseguir un destino en una administración con un sueldo de treinta duros mensuales. Hélo ya convertido en hombre serio, en puntual oficinista; mas ¿qué tiempo podría durar tranquila esa fantasía sujeta á una pauta dada y al más duro de los regímenes? Luchó lo que pudo por cumplir con su deber; pero las fuerzas se agotaron y el infeliz hizo poesías en vez de números, y preciosos dibujos en lugar de la copia ordenada. Como era natural, fué despedido, no sin cierto contentamiento de su parte, y la lucha por la vida principió con más ahinco que antes.

Unido con su hermano Valeriano, consumado pintor,

con Rodríguez Correa, con Augusto Ferrán, inspirado poeta, principió á dar á luz relaciones, leyendas, cartas que eran la admiración de los que las leían, mientras que el autor recibía miserable suma por ellas. Por *Las Hojas Secas* se cuenta que recibió cinco duros que le sirvieron para comer varios días. ¡Cinco duros por unas páginas que encierran tan preciosos pensamientos! ¡Quién no ha oído alguna vez en lo íntimo de su corazón ese diálogo de dos hojitas que principia en la primavera de la vida con las ilusiones más encantadoras y concluye con las decepciones y el amargo escepticismo que deja el vendaval de las pasiones!...—Volad, hojitas secas, no moriréis, porque vuestra historia es la de la humanidad. Por eso las rimas de Becquer son la historia completa de su vida; analizarlas es estudiar su infeliz existencia.

Detengámonos un momento ante estos girones del genio y tratemos de darnos una idea aproximada de lo que debió sufrir nuestro poeta; bien es verdad que jamás llegaremos á profundizar ese abismo de dolor.

En aquella que dice:

Del salón en el ángulo oscuro,
de su dueño tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo
veíase el harpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
como el pájaro duerme en las ramas,
esperando la mano de nieve
que sabe arrancarla!

¡Ay! pensé ¡cuántas veces el genio
así duerme en el fondo del alma!
y una voz, como Lázaro, espera
que le diga: "¡Levántate y anda!"

Se deja ver claramente que él conocía la injusticia del mundo para con su genio, que pasaba inadvertido, pobre y harapiento, cuando poseía en sí mismo el talento que fascina y la inspiración que subyuga. Murió con la amargura de no oír esa voz de «Lázaro, levántate»; pero la posteridad le ha pronunciado y la justicia está hecha. ¡Irrisión del destino! Deja morir de hambre á su víctima para colocar el cadáver en ataúd de oro y pedrerías.

III

Becquer es el hombre de las grandes pasiones: en todas sus obras se notan los reflejos de una alma grande y generosa y por lo tanto desgraciada. Sus versos son la historia de su vida; su prosa, la historia de sus sentimientos; en aquéllos todo es tristeza, sombras, á lo más, iluminadas por un rayo de aquella esperanza que jamás se convirtió en la realidad; en ésta es más poético que en sus rimas, porque olvidando que con visos de verdad debe escribir una cosa real, hace una prosa romancesca como la que estuvo en boga en los primeros tiempos del siglo actual.

Su imaginación, como él lo dice, estaba llena de planes, de ideales que no se realizaron; él esperaba el sosiego, la comodidad para llevar á cabo aquellos cuadros cuyos bosquejos tenía grabados en su rica fantasía; mas esa deseada quietud no llegó, y sus desgracias son las hermanas inseparables de su gloria.

Becquer, al mismo tiempo de ser un gran poeta, era un distinguido dibujante; heredó, juntamente con su hermano Valeriano, las dotes artísticas que adornaron á su padre; sus escritos, sus poesías están verdaderamente

ilustrados con un gusto exquisito. *La Mujer de Piedra*, su carterita de recuerdos privados, son modelos de corrección y limpieza. ¡Cuántas riquezas encierran esos escritos! ¡cuántos pensamientos, cuántas quejas de amargos desengaños, adornados con lindos dibujos, encierra esa humilde carterita, tesoro inapreciable!

Sus amigos, que conocieron más de cerca el alma generosa de Gustavo Adolfo Becquer, le apreciaban y le querían como hermano. En el número de ellos se encontraba Ramón Rodríguez Correa, célebre literato, el conocido autor de *Rosas y Perros*; Augusto Ferrán, el modesto poeta que escribió el libro de la *Soledad*, libro apreciadísimo en España, pero que aquí en esta tierra, donde á los poetas no se les aprecia como merecen, no es conocido, y el infortunado Ferrán pasó como una vulgaridad, siendo en la literata España un poeta distinguido; y Miguel de los Santos Álvarez, uno de los primeros poetas de la España contemporánea, que se ha granjeado por su dulce carácter el sobrenombre de el Bueno.

IV

La vida de Gustavo Becquer está perfectamente resumida en los dos amores que tuvo en su vida: el uno real, el otro ideal: el de Matilde el primero, el de la Mujer de Piedra el segundo.

Enamorado perdidamente de Matilde, soñaba con futuros goces, creyendo que con el tiempo llegaría á ser su adorada esposa; mas no fué así. Estando una noche en una velada literaria en casa de una distinguida señora de la alta nobleza, un amigo se le acercó y le dijo: «Matilde te es infiel; ha estado en Madrid en compañía de

tu amigo...» Al oír tal perfidia Becquer abandonó la sala, y corrió á esconderse en su casa; dos días pasó sumido en profundo letargo; hasta que Ferrán, sabiendo lo que había pasado, lo fué á ver y le encontró escribiendo los sentidos versos que expresan el sincero amor que profesaba á Matilde y la perfidia de ésta:

Cuando me lo contaron sentí el frío
de una hoja de acero en las entrañas;
me apoyé contra el muro, y un instante
la conciencia perdí de donde estaba.

Cayó sobre mi espíritu la noche;
en ira y en piedad se anegó el alma...
¡Y entonces comprendí por qué se llora,
y entonces comprendí por qué se mata!

Pasó la nube de dolor... con pena
logré balbucear breves palabras...
¿Quién me dió la noticia? Un fiel amigo...
¡Me hacía un gran favor!... Le di las gracias.

Después que Matilde le abandonó, tuvo otro amor, ridículo quizá á los ojos del vulgo: amó un ideal personificado en una estatua de piedra. Vagando por las calles de Sevilla, le llevó la desesperación á la vetusta Catedral, donde sobre un zócalo de piedra vió una antiquísima estatua bellamente cincelada: era el retrato de una mujer que en la flor de sus años dormía el sueño eterno; el tiempo no se había atrevido á turbar la santa paz en que descansaba. Fascinado por su sin igual belleza, se enamoró perdidamente de ella; mas ¡oh desgracia! muy pronto comenzó el choque de la ilusión con la realidad, y entonces la desesperación no tuvo término y el dolor le consumió lentamente; esa mujer que él creyó que podría corresponder su amor, no era sino una piedra que no podía amarlo...

V

Una de las cosas que resalta más al leer las poesías de Becquer, es, sin duda, la originalidad en todas sus concepciones; él es el primero y él será el último en su género, pues no tendrá imitadores que alcancen ni siquiera á ser su sombra.

Llorente, en el prólogo á las obras poéticas de Heine, dice que Becquer le ha imitado; mas no es así, pues el genio de Becquer no era para tomar una norma, ni menos un modelo. Él se entregaba á sus propios sentimientos y no tenía más guía que la idea y el oído; además, Becquer había leído muy poco; en ese tiempo Heine casi no era conocido en España, pues ni aun buenas traducciones se habían hecho de sus obras; lo natural era que no lo conociera.

VI

Becquer no dudó por un momento que, muerto su hermano Valeriano, él le seguiría muy de cerca á la tumba; su esposa, que no supo apreciar como no supo querer al gran poeta, su compañero, tampoco le cuidó como debía.

Sevilla, más amante de sus hijos, en poco tiempo más se sentirá orgullosa de poseer en su seno las cenizas de tan ilustre poeta; y el Guadalquivir lamerá ufano el pedestal del monumento elevado en honor de su digno admirador.—«Para la verdad el tiempo, para la justicia Dios.»

MATÍAS ERRÁZURIZ.

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

Puedo asegurar que don Antonio Cánovas del Castillo emplea en igual sentido la palabra *noticiero.*

Los ejemplos expuestos, y otros centenares de ellos que podrían agregarse, manifiestan que, por lo que toca á las palabras, las lecciones de las gramáticas tienen que ser completadas por las del diccionario.

Afortunadamente, los españoles del siglo XIX están mejor provistos que sus antepasados, así de gramáticas como de diccionarios.

El que la Real Academia Española ha sacado á luz en 1884, si bien aún puede ser mejorado, es muy superior á todos los que ya poseíamos, y proporciona un excelente guía para acertar en el recto uso de millares de palabras.

Sin embargo, no son muchos los individuos de una

nación que tienen tiempo y paciencia para observar detenidamente si el uso de las palabras en su país se ajusta ó no á las definiciones del diccionario ó á las reglas de la gramática.

Así, conviene que algunos desempeñen este trabajo en beneficio general.

Las disertaciones orales ó escritas destinadas á este objeto producen los más provechosos resultados.

Lo que ha sucedido en Chile es una prueba incontestable de ello.

En los primeros años de este siglo, el castellano era bárbaramente estropeado en nuestra tierra.

Don José Joaquín de Mora, tratando de este punto, escribía en EL MERCURIO CHILENO, número 11, fecha 1.º de febrero de 1829, lo siguiente:

"El habla, este órgano necesario de todas las comunicaciones sociales, se abandona al ciego impulso de una instrucción vulgar y viciosa. Nuestra lengua, por su extrema facilidad, y por su falta de sonidos intermedios, se presta á toda clase de corruptela, y nada se hace para evitar que degenere en absurda algarabía. No se hace ninguna distinción entre la *v* y la *b;* y la confusión entre la *y* y la *ll* es tan completa, que hemos visto niños á quienes es absolutamente imposible pronunciar esta última letra. Lo mismo se puede decir de la *s* y de la *c.* Hay palabras cuyas sílabas se truecan como en *redamar* por *deramar;* otras en que se ha perpetuado una letra viciosa, como *escrebir* por *escribir;* otras en que se aumentan letras, como *Ingalaterra* por *Inglaterra.* La combinación *al, el* antes de consonante se reemplaza comunísimamente por *ar, er;* y hay personas que no pueden corregirse de decir *arma* por *alma,* y *úrtimo* por *último.*

Estos defectos no son ligeros, ni indiferentes en sociedad. La persona que los posee, acostumbrada á no sentir las delicadezas del idioma, se hace incapaz de percibir su elegancia, y se cierra en gran parte la entrada de los goces intelectuales. Por otro lado, en el trato social, da una triste idea de sus principios; y más de una vez en el curso de la vida, tendrá que sufrir la vergüenza de una humillante inferioridad.»

Esto que Mora escribía en 1829 estaba atenuado más bien que exagerado.

Mientras tanto, el empeño que desde entonces acá, se ha puesto para hacer enseñar con esmero en las escuelas y en los colegios la gramática nacional, y la publicación de diversas obras más ó menos bien elaboradas referentes á esta materia, han operado un cambio tan extraordinario, que casi todos los defectos de que adolecía el lenguaje chileno en los primeros años de este siglo han desaparecido, excepto aquello de no hacer distinción entre la *v* y la *b*, la *y* y la *ll* y la *z* y la *s*, lo cual nos es común con los individuos de otras naciones españolas, y que tiende á generalizarse entre todas.

Los hechos que acabo de recordar manifiestan cuánta es la ventaja de aplicar al lenguaje usual y corriente de cada país los preceptos formulados en las gramáticas y los diccionarios.

Semejantes estudios hacen que se procure la enmienda de los vicios incontestables en que no se había parado mientes, y que se persista en aquellas prácticas que, aun cuando no hayan sido aprobadas por la docta corporación que tiene á su cargo el cuidado del idioma, merecerían serlo, y que probablemente lo serán algún día.

He preferido dirigir mis observaciones especialmente á las voces empleadas en las leyes y en los asuntos judiciales, porque son aquellas en cuyos significados debe haber más propiedad y exactitud, para evitar oscuridades de expresión ó equivocaciones de interpretación que pueden dar origen á molestias innecesarias y á daños de la mayor trascendencia.

Abandono

Este vocablo significa en el lenguaje ordinario, según el DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, la acción y efecto de «dejar, desamparar á una persona ó cosa; no hacer caso de ella».

Mientras tanto, en el lenguaje técnico del derecho, este significado de *abandono* experimenta modificaciones de que el DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA no trata, pero que merecerían ser tomadas en consideración.

Si se leen los artículos 879 y siguientes de nuestro CÓDIGO DE COMERCIO, se verá que *abandono de la nave*, verbigracia, significa el acto por el cual el naviero, sea ó no propietario de ella, la entrega por instrumento público á los acreedores respectivos para libertarse de res ponder de los hechos del capitán y tripulación, y de las obligaciones contraídas por el capitán.

En el CÓDIGO DE MINERÍA, se denomina *despueble* de una mina el hecho de dejar una mina sin el número de trabajadares exigido por la ley durante el tiempo que la misma ley determina.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

(Continuará)

ADRIANA MORA

(Continuación)

IV

Nunca se había mostrado Adriana más soberanamente hermosa á los ojos de Fabián que cuando éste fué á hacer á la familia Mora su visita de duelo.—El traje de luto daba á su hermosura el brillo singular de los diamantes engastados en negro. Parecía que su belleza, como el botón que espera la gota de rocío y el rayo de sol para exhalarse en perfumes y colores, esperaba la fortuna que debía hacerla brillar, para abrirse en toda su magnificencia. Nunca tampoco había encontrado Fabián en aquel rostro incomparable tanta exhuberancia de vida y de calor.

Cuando se acercó á saludarla, ella lo miró con sus grandes ojos negros en que ardía un mundo de pasión, y retuvo ligeramente entre las suyas la mano que él le tendía.

—Lo esperaba, Fabián, le dijo con una emoción que daba á su belleza nuevo encanto.

Era la primera vez que le hablaba con esa dulzura á la vez tierna y triste. Pero él no notó el aire de melancolía de Adriana; sólo entendió que había deseado verlo, y que lo esperaba.

—Quería hablar con usted, continuó ella, porque ya no podremos vernos como antes.

—¡No verla á usted! exclamó él, con un jesto de sorpresa y de terror, pasando violentamente de la esperanza á la angustia.

—Somos muy ricos; mi madre querrá vengar estos años de olvido y de silencio, y ya no vivirá para ella, sino para los demás. ¡Quién sabe qué proyectos se ha formado; tiene ideas tan singulares!

Fabián quedó aturdido: las antiguas ofensas del mundo volvían á herirlo como á traición y con más crueldad que nunca. Sintió que el golpe le daba de lleno en el corazón, y todos los sufrimientos que al fin había conseguido ahogar en el amor y la soledad, se levantaron vibrantes y torcedores en el fondo de su alma.

—Comprendo, dijo con amargura, después de dolorosas vacilaciones: yo era un buen amigo para la desgracia, pero seré un huésped incómodo, casi compromitente, en la prosperidad.

Adriana bajó los ojos en silencio.

—Y si no quiero entenderlo así desde luego, continuó él, me expongo á que me obliguen á entenderlo un día, cerrándome la puerta. Adriana ¿es eso lo que usted tenía que decirme?

Ella había levantado la cabeza, y en sus ojos brillaba

la mirada altiva y dominadora en que se adivinaba á veces la resistencia indomable de su carácter.

—No, dijo con energía, las puertas de esta casa no se cerrarán nunca para usted, mientras yo viva en ella.

—¿Y por qué habría de luchar usted contra todos?

—¿Por qué? repitió ella vacilante, mientras su rostro se teñía de vivo rubor.

Y luego, con acento apasionado, en que parecía desbordarse un sentimiento trabajosamente comprimido:

—¡Porque me sería imposible vivir sin usted! exclamó, tendiéndole la mano.

Era de noche. El salón estaba apenas alumbrado por la tenue luz sideral que penetraba por la ventana abierta. Enriqueta, demasiado ocupada en sí misma, hacía pasar una nube deslumbradora de proyectos por los ojos de una amiga—porque comenzaban á volver las amigas junto con la herencia. Fabián, paralizado un momento por la impresión de aquellas palabras tan hondamente anheladas, y esperadas tan largo tiempo, había sentido después que toda la sangre le afluía al corazón, y parecía ahogarlo en un exceso de vida. Habría deseado caer de rodillas á los pies de Adriana, y morir allí antes de que aquel sueño celeste fuera á desvanecerse. No encontrando en el lenguaje humano palabras que expresasen su amor y su dicha, llevó á sus labios, en silencio infinito de pasión, la mano que ella le abandonaba.

—¿Y qué piensas hacer? preguntó ella, como separando al fin su alma de la de Fabián, que habían estado largo rato confundidas.

—Esperar, ya que tú me lo permites;—y sufrir mucho, agregó, presintiendo las ásperas batallas del porvenir.

—Lucharemos juntos: tú eres fuerte, y yo te amo.

—Gracias, Adriana; eres infinitamente hermosa, y eres buena como la Providencia.

—Sabremos defender nuestro amor ¿no es verdad?

—¡Contra el mundo entero! exclamó él, á cuyos ojos aparecían pequeños todos los obstáculos humanos.

Daniel entraba en ese instante.

—Una palabra, dijo á Fabián, saludándolo cordialmente.

Fabián lo siguió á un rincón de la sala.

—Hace tiempo, le dijo Daniel, hay una cuenta pendiente entre nosotros.

Y le pasó un billete de quinientos pesos.

—Cancelada la deuda de dinero, prosiguió, mas no la de gratitud.

—¡Oh!

—No deseo tener que prestar á usted igual servicio, pero confío en que usted pensará en mí si alguna vez necesita de un amigo leal.

—Gracias; su amistad es para mí un honor y un placer.

—Amigo Fabián, continuó Daniel con aire de tranquila filosofía; conocen bien á los hombres los que aseguran que no hay viaje que más aleje de los amigos que el infortunio. Yo salgo ahora de esa escuela, y he aprendido muchas cosas. Desgraciadamente, no vuelvo arrepentido sino impenitente; sigo resuelto á tomar siempre á los hombres como son, y á la fortuna por lo que vale.

—Que es tal vez la mejor lección de la experiencia, observó Fabián.

—Siempre recordaré que durante estos diez años no he encontrado más que un solo amigo, un hombre á quien antes no conocía; y que hoy apenas puedo andar

por la calle, detenido á cada paso por una turba de amistades calurosas, viejas y nuevas, conocidas y desconocidas. Es un contraste que no olvidaré, créamelo usted.

—¡Á qué pensar en ello!

—¡Oh! no es cosa de perder el sueño. Al contrario, siento la satisfacción de que mi vida no ha sido completamente perdida, puesto que he dejado en el camino algo de mi egoísmo y he recogido en cambio algo bueno. Sé que hay hombres por quienes se puede hacer un sacrificio, y sería para mí un placer hacerlo alguna vez.

Y le tendió la mano, que Fabián estrechó con cariño.

Cuando el joven se despidió de Adriana, ella le dirigió una mirada larga y profunda, como si quisiese hacer pasar toda su alma á través de sus grandes ojos, húmedos y brillantes de pasión.

—¡Te adoro! le dijo con una voz que parecía un suspiro.

Fabián se alejó, llevando dentro del corazón un dulce concierto de armonías inefables.

V

La familia Mora fué á pasar lejos de Santiago el duelo de su tío.—Enriqueta quería volver al mundo como conquistadora, olvidando y haciendo olvidar sus años de pobreza y de alejamiento. Y en efecto, como sucede siempre en estas resurrecciones, quedó implícitamente convenido con la sociedad que aquellos pocos meses pasados fuera de la capital habían sido diez años; que Enriqueta no había descendido nunca de la posición brillante que antes ocupaba; que se había retirado de todo porque así lo había querido, y que volvía ahora porque estaba cansada de su retiro.

Había ocupado el tiempo de su luto en recuperar su antiguo palacio, en alhajarlo con los prodigios que sabe encontrar el Millón, y en preparar su estreno con un baile que prometía ser un acontecimiento en la crónica de los salones.

Daniel fué personalmente á poner su nueva casa á disposición de Fabián y á invitarlo para su primera recepción. Sin ello, el joven habría corrido peligro de no ver aquella noche á Adriana, porque Enriqueta se había olvidado de acordarse de él.

Cuando llegó al soberbio palacio de la calle de Huérfanos, que arrojaba torrentes de luz por su puerta y sus ventanas, algunos carruajes formaban fila afuera, y los salones comenzaban á animarse.—Todo el alto Santiago acudía á la invitación de Enriqueta y se manifestaba encantado de poseerla nuevamente, después de tantos años de ausencia. Sus buenas amigas de otro tiempo se quejaban con sentidos y cariñosos reproches de que las hubiera abandonado largos años, cuando debía estar segura de que la querían tanto y que les hacía tanta falta.—Fabián, el único que nada tenía de qué acusarla, se limitó á repetirle algunas de las frases usuales del diccionario galante, elogiando el elevado gusto con que había arreglado sus salones. En seguida, fué á saludar á Adriana, que brillaba como una reina, y que se presentaba al gran mundo con un dominio perfecto de sí misma y de todas las cosas, como si hubiera vivido siempre en él.

Enriqueta se inclinó hacia una señora que lucía á su lado cincuenta mil pesos en brillantes.

—Es un amigo de Daniel, le dijo, como si tratase de disculpar la presencia de Fabián.

—¿Un señor Larra, me parece?

—Lo conozco apenas.

—¡Oh! hizo la esplendente matrona; los hombres son poco escrupulosos: llevan todo el club á su casa.

Fabián estaba ya al lado de Adriana, y aquella herida por la espalda, que no alcanzaba á sentir, no llegó á turbar su embriaguez.

—¡Al fin! le dijo ella, con apasionado reproche.

Había pensado en él, lo había esperado.

—¿Entonces soy alguien para tí? le preguntó, como si dudase de su ventura.

—¡Lo eres todo!

Adriana estaba deslumbradoramente hermosa. La opulencia sentaba admirablemente á su belleza soberbia. Se encontraba en su centro, y era el grande astro de aquella noche,—un astro sin aurora, que se presentaba desde el primer momento en todo su esplendor.

Fabián apuró en una hora toda la felicidad de una existencia. Ser amado por aquella criatura incomparable; saber que entre esa brillante juventud que buscaba una sonrisa suya, era él quien las tenía todas; sentirla entre sus brazos; estrecharla á su pecho; mecerla en el torbellino ardiente del vals; decirla al oído palabras á que la música, los perfumes y el vértigo de la pasión daban un significado especial,—¡oh! aunque tuviera que soportar en adelante todas las desgracias de la tierra, aquella hora bastaría para compensarlas con un exceso infinito de ventura.

No hay nadie tan desdichado que no haya tenido en su vida alguno de esos momentos en que la felicidad lo hace bueno, y en que bendice á Dios, á los hombres y al amor.—Fabián lo olvidaba todo, para pensar únicamente en que amaba mucho y era amado. Olvidaba

las antiguas ofensas de esa sociedad que le procuraba ahora los instantes más hermosos de su vida, y la perdonaba: aquella altiva aristocracia era buena y tenía siempre razón, puesto que Adriana pertenecía á ella.

Pero no podía estar perpetuamemte á su lado, ni bailar con ella toda la noche. La orquesta tocaba ya el segundo vals, y otro vino á ofrecer su brazo á Adriana. Fabián se encontró repentinamente solo en medio de aquella animada multitud.—El baile fué ciertamente inventado por un enamorado; pero sin duda por un enamorado que no era celoso, ó que no sospechó que la sociedad impondría luego la condición de no bailar demasiado con una misma persona.

Como si todavía no pudiese despertar de un sueño, Fabián se preguntaba con sordas protestas, qué derecho tenían los demás para robarle á Adriana, aunque fuese por un instante. Pero despertó al fin, porque no la tenía á su lado, y le fué forzoso mirar.—Miraba con cólera á los que, á su vez, tomaban á Adriana en sus brazos, la estrechaban á su pecho, y podían decirla al oído aquellas palabras que entre las armonías de la música, la exhalación de los perfumes y la excitación del vals, producen una embriaguez especial. Volvía á comprender que no todo en la vida es una bendición: hay que maldecir de los celos, por lo menos.

Entre los que más ostensiblemente cortejaban á Adriana, se distinguía Eduardo Rosas, joven y brillante nulidad que tenía la doble opulencia de la cuna y del dinero. Unos de esos tipos de hombres desocupados, que nacen para gastar y para mantener florecientes todas las industrias fútiles de la elegancia. Para la generalidad de los hombres, la vida es tantos años de trabajar, de lu-

char, de pensar, de hacer algo; para ellos, es tantos años de renta. Nacen ricos, viven ricos y mueren ricos; no vienen al mundo con otra misión. Pasan en la inacción perpetua, no por desencanto ó hastío de las cosas, sino porque, encontrándolo todo hecho,—nombre, fortuna, relaciones,—no tienen nada que hacer. Todo les ofrece las frivolidades de la distracción, nada las austeridades del deber; tienen libros, pero no estudian, sino que leen; buscan á la mujer, pero no aman, sino que se aficionan; suelen rodearse de amigos, pero no por sentimiento, sino por andar acompañados; á menudo se mezclan en política, pero no reflexionan y discuten, sino que siguen y votan.—En realidad, no viven, sino que pasan el tiempo.

Son hombres creados expresamente para amantes de las mujeres frívolas. Ellas los distinguen con especial predilección, porque saben que al fin serán sus maridos. Suelen ser hermosos, con aquella belleza de Narciso, que principia por enamorarse de sí misma, y eso los hace rivales temibles en los corazones livianos de mujer, pero insignificantes para las mujeres apasionadas.

Eduardo Rosas acababa de dejar en su asiento á Adriana. Ella buscó con los ojos á Fabián, y le hizo una ligera señal de cabeza para que se acercase. Fabián se dirigía ya á ella.

—Llévame un instante al jardín, le dijo Adriana.

—Iba á suplicártelo, contestó él, ofreciéndole el brazo.

Y luego, mirándola con celosa acusación, agregó:

—Ya era tiempo; te he visto demasiado con Eduardo Rosas.

—¿No sabes? replicó ella, riendo alegremente; ¡es el candidato de mi mamá!

—¿Y tú? preguntó él, deteniéndose bruscamente.

—Ya lo ves ¡yo me río!

Una nube sombría cruzó por la frente de Fabián. Como el piloto que adivina á lo lejos la tempestad, sintió cernerse un rumor amenazante de batalla en la atmósfera de aquel salón.

VI

El segundo patio del palacio estaba arreglado como un jardín de los cuentos de hadas. Elegantes faroles chinescos, racimos de luces de colores que colgaban de los árboles, el agua de las pilas que produce una música especial, los cenadores perfumados á los cuales llegaban, como apagados y lejanos, los ecos de la orquesta, todo tenía allí un aire de ensueño y de misterio.—Se sentaron en un banco aislado, bajo una tupida enredadera que los ocultaba á las miradas indiscretas de las parejas que cruzaban por el jardín.

Fabián había quedado silencioso.

—¿En qué piensas? le preguntó ella.

—En Eduardo Rosas.

—¡Pero tú estás loco, Fabián!

—Estoy celoso, Adriana.

—¿Hasta de Eduardo? hizo ella sonriendo.

—Eres demasiado hermosa, y yo te amo demasiado.

—¿No te he pedido yo misma que me saques de allí, para estar sola contigo?

—Le he visto á él una flor que tú llevabas al pecho; ¿se la has dado por compasión, sin duda?

—Por fastidio; quería verme libre de él.

—¡Extraña manera de alejar á un importuno!

—Me tenía pedido un baile todavía; yo me excu-

saba, y él exigió esa flor en cambio. Se la he dado para que me dejase.

—¿No volverás á bailar con él en toda la noche?

—No, puesto que tú lo quieres.

—Gracias, Adriana; perdóname estas exigencias que te probarán mi pasión. Yo debería ser feliz con tener una palabra tuya, una sola mirada; ¡pero el amor es tan egoísta y es tan déspota! Cuando otro te habla, cuando te mira solamente, me parece que me roba todo el tesoro de mi vida. Ese Rosas, sobre todo.

—Vive tranquilo; no me he preocupado ni siquiera de desdeñarlo.

—Sin embargo, no sé por qué lo he odiado desde el primer momento; adivinaba tal vez que era el preferido de tu madre.

—No es el mío; ¿qué piensas que vale más? le dijo ella, tendiéndole la mano con una sonrisa.

—Pienso que eres un ángel, y que yo soy un majadero. Te creo, Adriana; creeré cuanto me digas, seré lo que tú quieras que sea. ¡Pero no hagas llorar á mi amor. He sufrido y luchado tanto, que este último derrumbamiento de mis esperanzas me encontraría sin fuerzas. He puesto en tí toda mi fe y todas mis ilusiones, y cuando exijo tu amor entero y absoluto, es más que mi vida lo que te pido.

—Lo has encontrado así, entero y absoluto. No te forjes fantasmas; ¿te he dado motivos para esos celos sin objeto?

—¡Oh! si me los dieras, no vendría yo á quejarme á tu lado.

—¿Porque me despreciarías? Tendrías razón.

—No; porque los muertos no hablan!

—¡Morir, cuando la vida será tan corta para nuestro amor!

Fabián quiso llevar á sus labios la mano de Adriana que tenía entre las suyas; pero ella la retiró vivamente.

—¡Todavía! exclamó con impaciencia.

Él se volvió, siguiendo la dirección de la mirada de Adriana, y vió llegar á Eduardo Rosas. Fabián creyó una impertinente provocación esa especie de espionaje, y se levantó irritado, para decir al intruso que no se le necesitaba allí. Pero Adriana lo contuvo.

—Te lo ruego, le dijo.

Eduardo estaba ya junto á ellos.

—No es poca fortuna encontrarla á usted, exclamó, sentándose resueltamente al lado de la joven; el salón parecía completamente solo.

—¿Sí? hizo Adriana con un gesto desdeñoso de los labios.

—Desoladamente solo, desde que usted no estaba en él.

—Entonces, nos volvemos allá, replicó ella.

Tomó el brazo de Fabián, y volviendo la espalda, sin mirarlo siquiera, dejó á Eduardo plantado en su asiento.

—¡Rara manera de despedirse! observó éste con forzada sonrisa.

—Para una manera tan rara de presentarse,... replicó Fabián en voz alta, mientras se alejaba con Adriana.

Eduardo prefirió no oír.

Cuando entraban al salón, Enriqueta llamó á su hija con una mirada. La joven soltó el brazo de Fabián y se acercó á su madre, que le dijo algunas palabras al oído; ella hizo un gesto de contrariedad.

—Llamas demasiado la atención, insistió Enriqueta.

—¿Y qué?

—Eso no está bien.

—¿Debo entonces consultar el capricho de todo el mundo para saber lo que he de hacer?

—Debes oírme á mí; ya no pido, Adriana, sino que ordeno.

—¿Es decir que me prohibe usted estar contenta?

—Te prohibo comprometerte de ese modo, replicó Enriqueta con acento más suave y cariñoso: es la primera vez que te presentas á la sociedad, y todas las miradas están fijas en tí. Procura alejar las murmuraciones.

Adriana comprendió que «las murmuraciones» se llamaban Fabián Larra, y que su madre le aconsejaba alejarse de Fabián; pero esa oposición, lejos de doblegarla, la sublevó. Se separó de Enriqueta sin contestar, y recorrió con la vista el salón, buscando á Fabián. Él la había esperado algunos momentos, y al ver que su madre la retenía, se había dirigido desconcertado al salón de fumar.

—¿Se pasa la noche? ¿está usted contento? le había preguntado Daniel al pasar.

—¿Es posible no estarlo? replicó el joven.

Se sentía desesperadamente triste, sin embargo. Comprendía que entre él y Adriana se alzaba Enriqueta como un obstáculo casi insuperable. No abrigaba duda alguna respecto al motivo que la indujo á llamar á su hija: era evidente que le hablaba de él en ese instante, y que no podía hacerse ilusiones sobre lo que hablaría.—Como lo había dicho, estaba dispuesto á defender su amor contra el mundo entero; pero el enemigo que se levantaba inesperadamente era más temible de lo que pudo imaginar.

Sabía Fabián que la influencia de una madre es irresistible; viviendo constantemente al lado de su hija, vigilando todos sus impulsos, dirigiendo todos sus pensamientos, infundiéndole perseverantemente sus ideas y su carácter, puede encontrar al principio alguna resistencia, pero termina por vencerlas todas. Se puede derrotar á cien rivales; pero es difícil triunfar de una madre.—Y luego, la mujer es por naturaleza excesivamente dúctil al criterio ajeno; parece que el pensar por sí misma la fatiga demasiado, y que acepta sin resistencia las ideas y las opiniones que se le dan hechas. Prefiere seguir el rumbo que le ofrecen trazado ya, á darse el trabajo de meditar, discernir y escoger.—No es ése el menor inconveniente que habría para darle la amplia posesión de las libertades sociales y de los derechos políticos.

Fabián se acercó maquinalmente á una mesa de *baccarat*, y estuvo perdiendo sin interrupción durante media hora. En seguida, no encontrando allí distracción, ni siquiera emociones, volvió al salón de baile.

—Larra debe ser mui afortunado allá adentro, insinuó sonriendo uno de los que lo habían ganado.

—¡Tonterías! observó filosóficamente otro, que sin duda no estaba en vena; hay días en que se complotan contra uno el juego y el amor.

Adriana bailaba incansablemente. Sus compañeros parecían olvidarse con ella del tiempo y de la fatiga. Agitada por el vals, el rostro teñido de un ligero rosado que hacía adivinar el calor de la sangre bajo la piel, con los hombros desnudos y los ojos brillantes de placer, se habría dicho que al bailar iba levantando con sus pequeños pies el invisible y penetrante enjambre de los deseos provocadores.—Fabián lo sabía bien: el cuerpo elegante,

apretado y esbelto de Adriana exhalaba como una corriente magnética que exaltaba y enloquecía al que lo tocaba. Con ella, el baile tenía misteriosas voluptuosidades.—La miró largo rato, con un amor de angustia y desesperación, y sintió la mordedura brutal de los celos.

JACOBO EDÉN.

(Continuará).

AL TRAVÉS DE LA FANTASÍA

(Continuación)

JORNADA CUARTA

LA CIENCIA

La ciencia es una de las causas del progreso. Si no fuera por los adelantos de aquélla la marcha de éste no habría sido tan floreciente. Pero ¿en qué consiste la ciencia? Si lo investigamos ¿seremos acaso más afortunados que con el progreso, obteniendo solución satisfactoria? Temo que no, pues tanto uno como la otra son eslabones de la misma cadena, y de una cadena imperfecta desde el principio al fin.

Como siempre, el orgullo de algunos entendimientos les ofusca y les ciega totalmente. Háceles consentir en que todo lo saben, en que todo lo comprenden, en que todo lo conocen. Incúlcales ideas erróneas y descabelladas sobre la magnitud de su fuerza, sobre la infalibilidad de su razón soberana, tan falible que se extravía á veces hasta el extremo de negar perentoriamente la existencia

de cuanto está un paso más allá de sus reducidos aledaños.

Esta es una viejísima historia que se ha repetido en el mundo desde el primer hombre. La ciencia del bien y del mal fué el escollo contra el cual tropezara, según nos dice el Génesis, y contra escollo semejante han venido tropezando todas las generaciones del humano linaje, que imitan el ejemplo, y hacen valedera la herencia de su primer padre.

Yo creo que por ironía puede darse á algún hombre el título de sabio; jamás en serio, porque la mentira sería manifiesta. Para llamarse *sabio* menester es *saber*. Y ¿qué sabe tal hombre? no puede decirme ni el origen ni el fin de cosa alguna; no puede explicarme la existencia de ningún sér, desde el átomo que es infinitamente pequeño hasta Dios que es infinitamente grande.

Á la verdad, según el dicho de grandes filósofos, lo que con más certeza sabe es lo mucho que ignora.

Pues bien, haciendo á un lado las ilusiones que engañan y el mal fundado amor propio que tanto extravía, yo miro las cosas en su verdad triste y desnuda, sin la falaz careta que las hermosea y adorna, y declaro que mayor admiración me causa, y mayor pena, lo mucho que no sabemos y lo ciegos é ignorantes que somos, que orgullo ó placer lo poco, la parte ínfima de los misterios de la vida que nos ha sido dable alcanzar después de investigación tan constante y minuciosa.

Han pasado los siglos unos en pos de otros.

Los hombres han escudriñado siempre ese océano de verdades que les rodeaban, pero á pesar de todo su empeño no han logrado otra cosa que remover las aguas de la superficie, levantando aquí y allá un pequeño oleaje,

que ha dado á creer á los incautos que todo el abismo estaba removido y descubierto, cuando en realidad ni el más ligero disturbio llega á agitar ó á alterar siquiera la masa inmutable y tranquila de las aguas del fondo.

Yo á cada rato me siento humillado y anonadado en mi orgullo. Solo, en medio de la naturaleza, soy una partícula ínfima de su conjunto colosal; trato de darme cuenta de las leyes que la gobiernan, de los principios estables que la rigen, pero ello es inútil devaneo; pienso, pero mi pensamiento queda corto é impotente; raciocino, pero todo raciocinio posible es ineficaz; siempre está al frente de mí el enigma indescifrable, el imponderable misterio que me ofusca y confunde.

***

Al sentarme á escribir esta noche estuve un rato contemplando la chimenea, cuyo fuego me abriga y me acompaña. ¿Qué es el fuego? decía para mí; por qué dan luz esos carbones un momento antes oscuros y negros... por qué dan calor?... Y, qué es la luz?... qué es el calor?... qué es la llama?... qué es la ceniza?...

Ahora escucho el ruido ronco, sonoro y terrible del mar; es tan fuerte el choque de sus olas contra las piedras de la orilla que parece se hubieran desencadenado todos los monstruos del universo, y dado cita en esta noche tempestuosa para desfogar sus iras y bramar á sus anchas. Y—¿quién podría decírmelo—qué cosa es el mar... por qué causa se agita, y hierve, y brama, y sus olas van y vienen sin calmarse nunca, suben y bajan, y choque tras choque se suceden unas á otras sobre la playa que jamás reposa un instante?

Veo el fuego y escucho la voz del mar en estos momentos, y no comprendo ni al uno ni al otro. Soy quizás demasiado zafio é ignorante, pues para dilucidar esos problemas, y tantos otros que se me ocurrirían al punto, me siento tan incapaz como un niño recién nacido. Y, sin embargo, no carezco de cierta experiencia del mundo, ni he dejado de correrlo en todas direcciones, ni de beber en fuentes humanas algunas saludables bebidas entre las abundosas que ha preparado la inteligencia para solazarse en la gran sequedad de la vida.

Vengan entonces en mi auxilio los que ufanamente se tildan de lumbreras de la humana ciencia, y los sabios esclarecidos que creen tener en sus manos la explicación de mil fenómenos inexplicables; vengan y ayúdenme á descifrar tantos enigmas que por todas partes me rodean, y que atisban en mi entendimiento torpe una punzante curiosidad.

***

En el desenvolvimiento y desarrollo de las ciencias ha sucedido siempre algo que pone de manifiesto su imperfección.

En todas las épocas de la historia aparecen ciertos hombres extraordinarios, que descollando entre una multitud de otros poco avisados y vulgares, penetran algunos pasos más en el gran secreto de la creación.

Ellos, y los que admirados les escuchan, creen haberle descubierto, y como tal se jactan; pero á poco andar, ¿qué resulta? Desaparece esa generación de la faz de la tierra, mueren esos hombres, y en las siguientes se levantan otros no menos inteligentes ú observadores. Es-

tos, á su vez, estudian, investigan, comparan los hechos que tienen á la vista con los principios sentados por aquellos: pero en lugar de encontrarlos sensatos y verdaderos, descubren con grandísima sorpresa que esas verdades son ilusorias, y víctimas de falaz engaño sus promulgadores; se convencen del profundo error en que ellos yacieron, y proclaman ante el mundo, tan mal conducido hasta entonces, la nueva resaltante verdad.

¡Y cuántas veces éstos también se engañan, y los que llegan más tarde á la vida tienen la tarea de desmentirlos, para ser desmentidos á su vez por los que vienen en pos! ¡Quién creyera que tan preclaras inteligencias podían extraviarse tanto, y que toda la humanidad había de seguirlos ciega y con manos atadas, esclava mísera tras el brillante carro de errores y de necedades!

La ciencia suprema no es otra cosa que la verdad suprema; creo que en el mundo estamos tan distantes de la una como de la otra, y que jamás se disipará totalmente el velo que la encubre de nuestros ojos. Se perfeccionarán ciertos ramos accesorios; alcanzaremos á vislumbrar ciertos detalles insignificantes; pero no pasaremos de allí. El gran conjunto está demasiado alto para nosotros, y por potentes que sean los humanos telescopios y las inteligencias de los llamados sabios, ni aquéllos lograrán atravesar, ni comprender éstos cuánto se encierra más allá de la nube densísima que nos circunda.

***

En nuestros días se estudia más que nunca los fenómenos de la naturaleza, se devanea en manera increíble principios, teorías é hipótesis tan nuevas como estrafalarias, se

trata con afán loco de ensanchar la escasa suma de nuestros conocimientos; pero, de ordinario, cuán deplorable y triste es el resultado de tanta investigación y devaneo.

Comiénzase el análisis con algunas verdades, ó siquiera hechos reputados como ciertos, que sirven de fundamento y sostén del raciocinio; pero á medida que éste progresa, confundida la miserable inteligencia entre tanto misterio irresoluble, bambolea poco á poco esa base, antes firme y segura, caen luego esas verdades desplomadas en medio de las tinieblas que rodean á las que se busca, y acontece que por explorar á éstas, se pierde á aquéllas, y que en vez de llegar á la luz deseada, se llega al aterido caos. De aquí nace la duda, la negación á la nada, que es desesperación eterna de los entendimientos que, por atrevidos, se extravían á perpetuidad.

La duda es por eso plaga fatal de nuestro tiempo, y siempre lo será mientras la humana razón se lance incierta y sola en alas de sus propias limitadas fuerzas.

*
* *

Ha variado profundamente el método para analizar los enigmas de la naturaleza. Antes el sabio abrazaba en cuanto le era posible su conjunto, y su estudio, su investigación y sus conocimientos eran generales; hoy, por la inversa, estirado el radio dentro de cuyo círculo es dable especular á los hombres, una sola inteligencia sería impotente para abrazarlo, y de allí que el análisis general sea subdividido en otras tantas partes cuantas ramas hay adaptables á la división y al desmenuzamiento.

Esto da origen á los sabios que se ha dado en llamar *especialistas*, gran timbre de vanagloria en la edad que

atravesamos, y que, si bien realizan en parte el mejoramiento del ramo peculiar y determinado de la ciencia á que van dirigidos sus estudiosos ahincos, están más lejos de merecer el título de sabios que los que con él de antiguo les precedieron, pues si es cierto que penetran un ínfimo secreto, hay millones y millones que dejan correr ignorados y desconocidos.

Al pensar en estos nuestros pretendidos sabios especialistas, no puedo menos de reírme á solas, y no tanto porque me burle ó desconozca su mérito ó el gran nombre que alcanzan, como por serme mucho más conocido que ese mismo mérito el orgullo que le rebaja, y la propia y exagerada satisfacción que le desdora.

*
* *

El especialismo en las ciencias, que equivale á la división del trabajo en la esfera económica é industrial, ha llegado á ser una verdadera manía. En cierta ocasión encontré á un hombre de reputación conocida en el mundo de las ciencias naturales. Era una figura interesante, y su vida encarnaba una larga y única labor de investigación constante y asidua. ¿Queréis saber á qué la había consagrado exclusivamente? Pues bien, al estudio de una sola familia de una de las muchas especies de insectos, que á su vez forman pequeñísima parte en el conjunto zoológico, y mucho más ínfima en la rama especial de ciencias naturales, ya reducida porción de la ciencia universal. El tal naturalista pretendía familiarizarse de una manera íntima con los *coleópteros;* y habría probablemente descubierto algunos nuevos specimens, y tenido la satisfacción de bautizarlos con su propio nombre.

Casos análogos son ahora de diaria ocurrencia. Si uno dedica todas sus tareas y toda su inteligencia á los insectos, hay otro que hace igual cosa con los pescados ó con los animales; éste recorre comarcas tras comarcas, montañas tras montañas sin más objeto que analizar sus piedras, ó sus plantas y arbustos; y aquél, indiferente á las cosas del propio planeta, no baja sus miradas de la bóveda azul que lo corona, é investiga ansiosamente las leyes que rigen ese universo de millares de mundos incomprensibles y tan fuera de nuestro alcance. Aquí hay una inteligencia que tiene por único objetivo el conocimiento antropológico del hombre; allá una otra que descuidando esa faz dada de su ser, sólo le escudriña en las regiones elevadas del espíritu.

Y así podría seguir quién sabe hasta dónde, porque la división de las ramas del humano saber es tan ilimitada como la esfera indefinida en que pueden girar la percepcepción y poder cognoscitivo de sus facultades; tan variados y múltiples cuanto lo son los seres existentes y los fenómenos visibles del Universo.

*
* *

Pero, á pesar de los hermosos frutos que se haya podido obtener de este desmenuzamiento cada vez mayor y complejo de la ciencia, no creo que ellos correspondan ni á las espectativas y esperanzas de algunos, ni á las actuales ilusiones de los otros; ni tampoco sean tan halagüeños como los obtenidos en la industria práctica y adelantamiento material, gracias á la división del trabajo; lo cual es fácil de comprenderse por la falta de unidad que comunmente existe en las varias especula-

ciones de diversos entendimientos, que constituyen otros tantos ramos de la ciencia.

Habría, sin embargo, mucho que distinguir entre la ciencia especulativa y la práctica, y es claro que lo que digo últimamente se refiere más á la primera que á la segunda, por cuanto la aplicación de los conocimientos adquiridos por ésta es lo que da vida á la industria y al trabajo, y alienta y encamina al progreso.

Verdaderamente ignoro dónde están ó en qué consisten los mentados avances de la ciencia especulativa en nuestro ilustrado siglo. Se escribe, se discute, se publica como nunca; pero es el caso que en ninguna materia puede arribarse á solución satisfactoria, y que en vez de que, según dice el conocido proverbio, de la discusión nazca la luz, vemos antes bien que de ella nacen las tinieblas, pues cada día se confunden más los espíritus y se enredan en sus propias redes.

Los filósofos, los pensadores, los hombres de ciencia no pueden ponerse de acuerdo. Cada uno pretende alcanzar la deseada verdad y como tal difundirla; pero es el hecho que se contradicen, y siendo la verdad una, claro es que no puede hallarse á la vez en varios extremos opuestos.

*
* *

Recuerdo á este propósito, y al del prurito del especialismo científico una notable polémica habida no há mucho en Inglaterra. Discutían, al efecto, dos eminentes escritores sobre la cuestión, tan debatida al presente como poco dilucidada y esclarecida, de la conformidad entre el Génesis y la ciencia geológica, y como uno de ellos no fuese muy versado en algunas de las faces de

dicha polémica, creyeron necesario entrar á terciar en ella, primero uno, representante de las ciencias naturales, y luego otro que sostenía su tesis en nombre de lo que se ha dado en llamar *orientalismo*, ó sea el estudio de las religiones y lenguaje de los primitivos pueblos de Oriente. Cada uno de estos cuatro sabios defensores de sus respectivos conocimientos tiraba por su lado, pero no llegaron á acuerdo común á pesar de todos sus esfuerzos.

Lo acontecido en este caso especial puede seguramente aplicarse á muchísimos otros. Cada cual pretende explicar los fenómenos más complejos según la manera especialísima en que su estudio le induce á comprenderlos; cada cual divisa las cosas al través de su propio prisma, adoptando para ellas los mismos colores que aquél refleja, de donde viene que si éste las divisa blancas, ese otro esté seguro que son negras y muy negras.

Y si esto es cierto cuando se pretende que la ciencia ha llegado á un altísimo grado de adelantamiento, si es verdad que hoy está tan oscura é ignorada como ayer la solución de tantos problemas que atañen á la existencia del hombre y á sus relaciones con los demás partícipes del universo ¿cómo es posible que nos canten el triunfo supremo de la ciencia, y la victoria definitiva de la humana razón, que, saltando por sobre todas las vallas y obstáculos, es la fuerza impelente que en modo tan imperfecto la forma ó la descubre? ¿Cómo vanagloriarse tanto del poder de su inteligencia cuando todos son testigos de sus yerros y de sus caídas?

Acaba de nacer una nueva ciencia, y no le faltan ya brillantes adeptos. Quieren explicarnos nuestro origen, pero qué explicación tan deficiente y poco satisfactoria.

Algunos llamarán eso adelanto, pero yo me inclino á creer que es marcado retroceso, y que la biología en vez de resolver el insondable problema, sumergirá á los incautos en un dédalo inextricable de aberraciones y dificultades.

*
* *

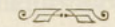
Reflexionando con espíritu tranquilo, yo reconozco, por el contrario, toda la imperfección de la ciencia, porque no puedo menos de reconocer toda la debilidad de la razón y del entendimiento; porque veo los errores que con pretensión de verdad se ha propagado ó se propagan; porque estoy convencido que en muchos grandísimos descubrimientos que el mundo registra en sus anales, ha sido la casualidad su principal causa, y no la inteligencia misma de los hombres, como se quiere probar para enorgullecernos; porque, en fin, menester es confesarlo, nada sabemos todavía por nosotros mismos de las cuestiones más trascendentales de la vida, de por qué nacemos, por qué luchamos siempre, ó por qué morimos sin remedio.

Sí, la perfección de la ciencia no es menos quimera que la perfección del progreso; son, como dije, eslabones de la misma defectuosa cadena. Ni los filósofos nos explicarán con acierto la creación y sus componentes; ni los biólogos y evolucionistas el origen geológico del hombre; ni la medicina alcanzará jamás á impedir la acción destructora cuanto inevitable de la muerte; ni penetrará la astronomía los misterios ocultos del espacio; ni toda humana ciencia, agrupada y refundida en una, los secretos insondables que á cada paso y por millares nos ofuscan y nos sorprenden.

Ello es desesperante, y casi se rebela la inteligencia al realizarlo. Pero es nuestro destino que marchemos en el penoso viaje de la vida anhelando siempre la solución del gran enigma, pero siempre á tientas y con una sofocadora venda delante de los ojos. Marchemos, empero. ¡Paciencia y adelante!

WANDERER.

¿UN BESO?...



Me pides con insistencia
que te diga qué es un beso,
en que, bellísima Hortensia,
sueña con dulce embeleso
tu juvenil inocencia.

Nunca he besado, mi bien,
aun estando de amor loco,
en boca, mejilla ó sien.
No le preguntes á quien
de besos sabe tan poco.

Cuando era un rapaz travieso,
me besaron con cariño,
sin malicia y con exceso:
que es lícito dar un beso,
y hasta un millar siendo á un niño.

Vinieron después los años,
y hasta el sabor he perdido
de un beso. Lo di al olvido
tras de tantos desengaños
como en la vida he tenido.

Soy, pues, lego; y no se fía
á un lego cuestión tan seria,
que un docto resolvería.
Ya lo ves, en la materia
no he dicho esta boca es mía.

¿Insistes?... De un poderoso
argumento no haces caso.
Obedecerte es forzoso:
haré por salir airoso
cuanto pueda, de este paso.

Seré por demás conciso,
que de datos hay carencia;
mas si quieres, te lo aviso,
que te diserte en conciencia,
que me beses es preciso.

¡Me has besado! ¡Compasión!
Dime, niña, lo que has hecho;
que este yerto corazón
late dentro de mi pecho
con violenta agitación.

Deja á mi vez que te bese...
¿Sientes la misma emoción
que yo? Un motivo es ése
para seguir, me parece,
en tan grata ocupación.

Basta ya; de la experiencia
en que casi pierdo el seso,
he sacado en consecuencia
que un beso, niña, es un beso...
y mil besos más, Hortensia.

José Gregorio Ossa.

ARAUCO DOMADO

POEMA DE DON PEDRO DE OÑA

Hace pocos días me encontré con mi amigo Ramón, agricultor y aficionado á las letras como yo. Después de informarnos recíprocamente acerca del estado de nuestra salud, familia, sementeras de trigo y trabajos agrícolas (y esto último con minuciosidad y despacio), llegamos á la pregunta de regla, que en esta ocasión fué hecha por mi amigo.

—Y ahora ¿qué estás leyendo?

—Precisamente—le respondí—hoy acabé de leer el *Arauco Domado* de don Pedro de Oña.

—¡Hombre!... ¿Y cómo se te ocurrió?...

—Vi en el diario—dije—un párrafo de crónica titulado *El Vasauro*. Á primera vista creí que se trataba de algún vapor atrasado ó recién llegado, y como no me interesaba el asunto...

—Abrevia, hijo—me interrumpió Ramón, joven vivaracho y de poca paciencia.—Yo también leí el párrafo.

Se anunciaba que el Consejo de Instrucción Pública había adquirido en quinientos pesos el manuscrito de *El Vasauro*, poema inédito de don Pedro de Oña.

—Exactamente. ¡Del famoso don Pedro de Oña!... Ahora bien, de tiempo atrás deseaba conocer el *Arauco Domado*, y creí "de actualidad" como dicen los periódicos...

—Bien, hijo. Lo leíste. ¿Y qué te pareció?

—Me pareció un poema que de puro tonto llegaba á ser divertido.

Ramón me miró con asombro.

—¿De veras?—me dijo.

—De veras—le contesté, sonriéndome de su admiración.—¿No lo has leído?

—No; pero siempre había oído hablar del *Arauco Domado*... no precisamente como de una gran cosa... sin embargo... ¿Has visto algunas críticas de este poema?

—Ninguna.

—Como te digo—prosiguió Ramón—no conozco el poema; pero he leído un largo estudio que de él ha hecho don José Toribio Medina en su *Historia de la Literatura Colonial de Chile*. Además de la opinión de Medina, he visto ahí la de los señores Amunátegui, Juan María Gutiérrez, Valderrama y otros más, y todos convienen en que don Pedro de Oña es poeta, que hay bellezas no comunes en el *Arauco Domado*, y que si bien este poema dista de ser una obra maestra, también está lejos de ser poquita cosa. Por esto me admira lo que te estoy oyendo.

—Si tienes la obra de Medina hazme el favor de prestármela—dije, algo pensativo, á Ramón.

—La tengo. Acompáñame á casa. Estamos cerca.

Fuimos allá y, en el camino, dije:

—La edición del *Arauco Domado* que he leído, trae un prólogo firmado por J. M. G. Supongo que el de las iniciales será don Juan María Gutiérrez. Ahí se alaba el poema y se citan lisonjas de autores españoles más ó menos conocidos; pero yo tomé todo esto simplemente como cosas de un editor que recomienda la obra que publica. Las tales lisonjas aparecieron en la primera edición del *Arauco*, como era costumbre en aquel tiempo, y, por consiguiente, no valen cosa para apreciar el mérito del libro. También dice el prólogo referido que, en concepto de Lope de Vega, la lira de don Pedro de Oña era "entre los cisnes de la India sola". Pero esto puede atribuirse sin inconveniente á flores y exageraciones poéticas, cuanto más que Lope no pesaba las palabras como Boileau, sino que escribía como quien abre una llave de agua potable; y sabido es también que Lope aprovechó para una de sus obras algo del *Arauco*.

Llegamos á casa de Ramón, y luego volví á la mía con el primer tomo de la *Historia* del señor Medina. Leí todo lo que se refiere á don Pedro de Oña con muchísima curiosidad, no por el asunto ni por la manera de tratarlo, sino por ver qué podía escribirse sobre poeta tan detestable.

Ahí vi prolijas investigaciones acerca de la patria, familia, vida, obras y carácter personal de don Pedro de Oña, copias de archivos de Lima, y notas, citas y minuciosidades sin cuento.

Digo la verdad que me dió lástima ver tanto trabajo perdido, y no pude menos de meditar sobre ese furor histórico por la época colonial, que ha producido entre nosotros tantas obras que irán á dormir el sueño eterno

en los rincones de las bibliotecas, luego que mueran los que todavía pueden decir: «Mi abuelo tomó parte en este asunto.»—«De esta familia desciendo yo.»—«Conocí la casa que ahí se menciona.»

Harto tenemos que lamentar este afán por la historia de los tiempos de la colonia. Nuestros historiadores nos tienen ya sin tino á fuerza de libros, folletos y artículos de periódicos en que, con gran seriedad é inaudita abundancia de documentos, nos cuentan los puntos de etiqueta entre una Audiencia y un Obispo, las rencillas de algún capítulo ó Universidad, los pleitos de los vecinos de aquel tiempo, el motín de aquí, el levantamiento de allí, el alboroto de acullá. Y se publica volumen tras volumen, y los autores pasan por hombres sapientísimos, ocupados en asuntos trascendentales, y los leen y los imitan. Mientras tanto las grandes cuestiones de interés universal, filosóficas, literarias, sociales, políticas, que en Europa se discuten y ocupan los ánimos de los estudiosos, no tienen aquí sino ecos débiles y aislados. Felizmente, ya se va notando reacción en este punto, y seguirá adelante porque estas reacciones nunca se quedan á medio camino.

Estas reflexiones y otras que callo por respetos particulares me sugería el libro de Medina, y me acudían con tanta mayor vehemencia cuanto que Medina, á despecho del asunto que trata, manifiesta cordura, gusto educado y un estilo fácil y generalmente correcto. ¡Y pensar que un autor que á estas dotes une grandísima constancia en el estudio, haya perdido años en escribir gruesos volúmenes en 4.º mayor sobre lo que cabe holgadamente en veinte páginas! El primer tomo tiene el retrato de don Pedro de Oña, y sólo el estudio de la vida

y obras de este poeta ridículo ocupa más de cien páginas. ¡Y cómo las llena! Vaya un ejemplo.

El *Arauco Domado* es una lisonja de bajeza extravagante é hiperbólica, en honor de don García Hurtado de Mendoza, héroe del poema. Medina procura dilucidar la cuestión, promovida por un crítico nacional que no nombra, sobre si esta bajeza de don Pedro de Oña provenía de algún deseo de lucro ó bien de excesiva humildad, según la cual don Pedro no pudiera menos de considerar á un Hurtado de Mendoza como sér superior á los demás hombres. Resuelto el punto en favor de la humildad, y probado ya con diferentes raciocinios que don Pedro era un excelente sujeto, muestra más adelante Medina un descubrimiento famoso y de fecha reciente. En un documento hallado no sé dónde, aparece que cierto individuo, probablemente muy interesado en captarse la buena voluntad de don García, mandó hacer el poema á don Pedro, quedando el poeta obligado á entregar tantos versos por día. Y debe de ser ésta la verdad, porque en varias partes del *Arauco* se queja don Pedro de lo que apuran mucho y no lo dejan extenderse en ciertas partes como él deseara hacerlo.

Aquí es del caso contar algo que acredita de hombre de buen gusto á don García. Tocóle á él mismo permitir la publicación del poema en que figuraba como protagonista, y conceder el privilegio. Á lo primero accedió sin inconveniente, porque no había razón para negar el permiso después del favorable informe del padre Esteban de Ábila; pero no pasó lo mismo con el privilegio. Don Pedro de Oña se subió á mayores y solicitó veinte años; pero don García se los rebajó sencillamente á diez.

Cuenta también Medina que, en 1605, los señores del

Consejo Real tasaron en Valladolid á tres maravedís cada uno de los cuarenta y cinco pliegos de que constaba el ejemplar del *Arauco;* "y mandaron que á este respecto le venda y no más, y que esta tasa se ponga al principio dél para que se sepa lo que se ha de llevar, y que no se pueda vender, ni venda de otra manera". Por lo visto, no tenía tan mal gusto la gente de aquel tiempo.

Veamos ya el *Arauco Domado.*

El argumento del poema es el siguiente:

Alzamiento de los araucanos. Los españoles piden socorro á don Andrés Hurtado de Mendoza, virrey del Perú, el cual manda á su hijo don García con un regimiento. Después de una horrorosa tormenta, toma tierra don García y construye un fuerte en Penco. Mientras tanto, todo el infierno se junta y delibera cómo perder á don García, y acuerda despachar á Megera para que encienda en Caupolicán el furor bélico y aproveche la oportunidad de estar recién llegado don García y con poca gente, para acabar con él. Dan los araucanos una embestida al fuerte, y salen rechazados.

El resto del poema lo llenan varios episodios que no despiertan interés: ya son los amorosos razonamientos de Caupolicán y Fresia, ya las aventuras de dos indias en busca de sus respectivos amantes heridos en el asalto al fuerte, ya el relato directo de la persecución y captura del pirata inglés Ricardo Hawkins, ya la narración de la india Quidora, que cuenta cómo vió en sueños á don García virrey del Perú y cómo éste sofocó una rebelión en Quito.

De tales asuntos trata la primera parte del *Arauco Domado.* Consta de diez y seis mil versos. Salió á luz el

año de 1596. La segunda parte nunca se publicó, ni nadie habla de ella.

Oña escribió otros dos poemas: el *Ignacio de Cantabria*, en honor de San Ignacio, y el *Vasauro*, inferiores ambos al *Arauco*, según atestiguan los que los han leído.

El *Arauco* me ha dejado bien triste idea del numen de don Pedro de Oña, y creo que no yerro al decir que este autor era hombre de mucha facilidad para versificar; pero absolutamente falto de inspiración, buen gusto y dominio del idioma. Ni siquiera es versificador correcto. Más se cuida del verso y de la estrofa que del lenguaje, y si las palabras propias y convenientes ó la construcción gramatical le embarazan, inventa otras á su modo. Tiene aquella candidez admirable de los poetas más vulgares: si quiere parecer terrible, hace truenos en hojas de latón, y él mismo se asusta del resultado; cuando cree del caso juguetear con Cupido, arma un caramillo de inextricables sutilezas, y se pone malicioso y se contonea con envidiable satisfacción; si da en lo pastoril (para lo cual confiesa ingenuamente que se encuentra con singulares disposiciones), toca flauta en canutos de zapallo, y con esto se cree en la Arcadia.

Sería trabajo inútil y cansado analizar seriamente el *Arauco*. He considerado preferible coger algunas flores del poema, las cuales podrán servir, por lo menos, de pasatiempo al lector.

*
* *

En las recomendaciones del *Arauco Domado*, se habla de las sentencias tan profundas y provechosas que andan esparcidas en el poema, y aun creo que éstas han

sido parte para que el señor Amunátegui encomie á don Pedro de Oña, por cuanto él también cultiva con muy buen éxito este género de reflexiones.

Yo las encuentro más bien nuevas y originales que profundas. He aquí algunas muestras.

Que no ha de estar el hombre recostado
cuando conviene estar en pie derecho,
así por serle propia tal postura,
como por ser más ágil y segura.

Jamás, si duermen tres en una cama,
sucede que al de enmedio falte ropa;
ni al que por medio afierra de la copa
el líquido licor se le derrama.
Menos se mareará la tierna dama
en medio de la nao que en proa, ni en popa;
mejor irá el discípulo de Marte
donde es el batallón, que en otra parte.

La boca me parece que es la puerta,
por do mientras el alma está cautiva,
se manda en este cuerpo que es su casa,
diciendo muchas veces cuanto pasa.

Y el hierro mientras más calor tuviere,
hará el martillo dél cuanto quisiere.

Porque esto es lo que el mal de malo tiene,
venir acompañado cuando viene.

Pues va más adornada y más compuesta
la dama, cuando tiene más de grave;
que sin adorno falta el aire y brío,
y la materia en carnes tiene frío.

*
* *

Aun cuando las sentencias de don Pedro de Oña son, como diría el señor Amunátegui con su proverbial exac-

titud, más ó menos claras, hay algunas más ó menos cabalísticas, que dan mucho ó poco que pensar. Por ejemplo:

Que nunca el sol se ve tan refulgente,
como cuando le cercan los ñublados;
ni más alegre está la bella rosa,
que cerca de la espina escrupulosa.

*
* *

Tal vez la parte menos mala del *Arauco* sea el episodio del baño en el canto V.

Caupolicán y su amada Fresia estaban paseándose en una floresta excesivamente amena. Llegan á un estanque y, como hacía mucho calor, Caupolicán se desnuda y se tira al agua. Tentada Fresia, también se desnuda, lo cual ocasiona un pequeño trastorno en la naturaleza.

Las mismas aguas frígidas enciende,
al ofuscado bosque pone espanto,
y Febo de propósito se pára
para gozar mejor su vista rara.

Fresia, dentro ya del agua, se entrega con Caupolicán á tales diabluras, que una tórtola envidiosa que casualmente los estaba mirando,

más triste por su pájaro suspira.

Lo que más tiene de particular esta parte, es que ha llenado de entusiasmo al señor Valderrama, caballero que también ha escrito versos y que, sin duda alguna, querría hacerlos tan buenos como los de don Pedro de Oña. Se ha extasiado especialmente delante de esta octava:

(Fresia se tira al agua.)

Al agua sin parar saltó ligera,
huyendo de miralla con aviso
de no morir la muerte que Narciso,
si dentro la figura propia viera.
Mostróse le la fuente placentera,
poniéndose en el temple que ella quiso,
y aun dicen que de gozo al recibilla
se adelantó del término y orilla.

"¡Octavas admirables (exclama Valderrama, citado por Medina) en que Oña parece agotar su paleta para iluminar la imagen de la india inmortal!... Nada es más natural que esta pintura; los versos son fáciles y elegantes; los pensamientos tienen una verdad encantadora. La idea de que la india no quiso mirar el agua por no enamorarse de su propia imagen, es bellísima, y el agua que sale á recibirla á la orilla, es una hipérbole tan graciosa y delicada que nada deja que desear."

Realmente, aquello de que la india supiese la historia de Narciso y de que fuese ella misma tan hermosa como el joven griego,—sin haberse visto, se entiende, porque si alguna vez se hubiese visto, ya le habría pasado lo que á Narciso;—y aquello de que el agua se entibiase ó enfriase conforme la india deseaba, y que se adelantara del término y orilla de puro gozo al recibir á aquella fermosura, todo esto es tan bellísimo, gracioso y delicado que nada deja que desear.

Sin embargo, habría sido más prudente y exacto que Valderrama hubiese dicho: "que nada *me* deja que desear".

De todos modos con esta crítica, Valderrama se ha hecho acreedor, por lo menos, á un cucurucho de caramelos finos.

Cuando más, merecería dos.

*
* *

Respecto á las alabanzas que don Pedro de Oña hace de don García Hurtado de Mendoza, ya se podrán conocer en vista de las siguientes.

Hablando Oña de una orden que dió don García—orden que el propio don Pedro habría podido dar—dice:

> Sin duda algún espíritu celeste
> andaba disfrazado en su semblante:
> pues mal pudiera un hombre ser bastante
> á prevenir así las cosas de éste,
> si solamente fuera acá del suelo,
> y no, como sospecho yo, del cielo.

Y en otra parte:

> No dudo que el espíritu supremo
> estuvo siempre en él aposentado,
> pues mal pudiera á tanto fuerza humana
> sin asistir allí la soberana.

Dos discretas maneras de nombrar á don García por sus cualidades:

> El extremado en todo joven tierno.
> El cesarino espíritu novelo.

*
* *

Don García pasó revista á su gente poco después de construido el fuerte. Eran por todo seiscientos hombres.

Para ver ejército tan numeroso y lucido, acudieron las divinidades griegas una por una. Nereo llegó algo atrasado y se comprende.

Llegaste de los últimos, Nereo,
por ser tu habitación el mar Egeo,
que tanto del chileno se desvía.

También acudieron todos los animales, peces, aves y plantas. La playa donde tuvo lugar la revista se convirtió en un museo vivo, como no lo habría soñado la sultana de las *Mil y una noches.*

Cuanto camina y repta por la tierra;
cuanto sustenta el aire en fe del vuelo;
cuanto produce el fértil rico suelo
en soto, en valle, en monte, en llano, en sierra;
cuanto sostiene, influye, cuanto encierra
ese convexo y cóncavo del cielo,
tanto se enfrena, pára y tiene raya
por ver esta reseña de la playa.

No se me ocurre—dígolo de paso—qué razón habrá tenido Valderrama para no alabar esta magnífica estrofa que, por la forma y el fondo, no debe de haberle dejado nada que desear.

Apolo asistió en coche nuevo á la revista, siendo de notar que iba dentro del coche.

y dentro de un lustroso y nuevo coche
triunfando más que nunca de la noche.

Pero, aun cuando Apolo hubiese llegado tarde como Nereo, siempre habría habido luz suficiente, pues

catad aquí do sale don García
con tanto resplandor y luz tan rara,
que no salir Apolo no importara.

*
* *

Como antes se dijo, las naves españolas fueron asal-

tadas por una tormenta, y advierte don Pedro que ella no provino del mar y viento,

> sino de aquel diabólico vestiglo
> que tanto nos persigue en este siglo.

Habrían perecido los españoles si Dios no le va á la mano al diabólico vestiglo que, por desgracia, todavía nos está persiguiendo. Sosegóse el mar repentinamente, y por esto pasó á los españoles un chasco que pudo tener muy malos resultados.

> Con el dichoso caso repentino
> tan presto fué en salir el descontento
> y á entrarse por las almas el contento,
> que hubieron de chocar en el camino:
> y de este golpe, atónita y sin tino,
> estuvo nuestra gente en detrimento,
> hasta que vencedora la alegría
> del todo calentó la sangre fría.

*
* *

Y ya que hablo de chascos, hé aquí otro:

Después que don García pasó el Bíobío, se desbandaron á merodear algunos soldados.

> Los cuales el real habían dejado,
> y adelantados dél como una milla,
> por ocupar los vientres de frutilla
> andaban á cogella por el prado.

En esto llegan los indios y matan á uno.

> Este es (¡mirad qué acedo y desabrido!)
> el fruto que sacó de la frutilla.
> Oh, gula ¡cuán de atrás nos haces guerra!
> Testigo es el que Dios formó de tierra.

Ese español mereció bien la muerte, porque no debió haber tenido hambre de frutillas, sino aquella hambre que sentían todos.

> En todos los estómagos se incluye
> una crecida hambre de pelea.

*
* *

Preparativos de un artillero:

> Por acullá la pieza reforzada
> el cálido artillero pone á vista,
> y luego el ahumado polvorista
> refina su materia salitrada.

De tales preparativos no podían sino resultar balazos tan desastrosos como el siguiente:

> Un rayo artificial de plomo hecho
> que despidió la pólvora tronando,
> le entró por las espaldas rechinando,
> y le sacó la vida por el pecho.

*
* *

Véanse dos golpes famosos. El uno es un revés que dió don García á Rengo, y fué tan grande que

> el mar del sur, del norte y de Lepanto,
> el más pequeño pez y oculta foca,
> sintieron claro el són del golpe avieso.
> ¿Qué sentirá quien siente encima el peso?

El otro es un soberbio puñetazo de Cadeguala.

> Mas él entonces da tan gran puñada
> en medio de las sienes al primero,
> que cual si fuera el casco de manteca,
> le sume dentro el puño y la muñeca.

Rengo también daba golpes terribles.

Y viene con tal furia descargando
que el aire sólo á muchos desatina.

*
* *

Dos caballos de batalla. Nótese la onomatopeya en la descripción del primero.

El bélico frisón se lozanea
del ronco tarantántara incitado,
y el polvo con la pata levantado
el espumoso rostro polvorea.

...un castizo bayo,
que al mar y al aire altera su bufido,
y con oreja viva punza el cielo,
barriendo con la cola todo el suelo.

*
* *

Ventajas de que un pueblo tenga muchas calles.

Bajaron de la sierra y de los valles
tal número de gente forastera,
que dar lugar á tantos no pudiera,
á no tener el pueblo tantas calles.

*
* *

Antigua fauna de Arauco.

Ó, selvas, campos, riscos, peñascales,
y vos sus moradoras, bravas fieras,
manchadas tigres, pardos y panteras...

Pues por el bosque espeso y enredado,
ya sale el jabalí cerdoso y fiero,
ya pasa el gamo tímido y ligero,
ya corren la corcilla y el venado:

ya se atraviesa el tigre variado,
ya penden sobre algún despeñadero
las saltadoras cabras montesinas,
con otras agradables salvajinas.

Demos gracias á Dios de que estas agradables salvajinas no se encuentren ahora más que en el museo. Y no parezca raro que entonces anduviesen vivas por las selvas de Arauco. Los tiempos han cambiado mucho. En el Itata y el Ñuble, por ejemplo, había góndolas.

Pasando mil esteros cenagosos
á vado hasta la cincha y la reata,
y en góndolas á Ñuble con Itata.

*
* *

Curiosa aventura de Talgueno. Este indio quedó en el campo por muerto después del asalto al fortín. Así que sus heridas le permitieron moverse, huyó á los montes cercanos y se refugió en el hueco de un espino.

...al cóncavo pequeño de un espino
llegué con este cuerpo á duras penas,
pagando el hospedaje á sus espinas
con darles el color de clavellinas.

No bien el tabernáculo pungente
estuvo con mis miembros ocupado,
cuando...

—cuando vió que hacia él se acercaba una culebra. Talgueno tuvo susto; pero luego se tranquilizó al conocer que la culebra venía con buenas intenciones.

Pues cuando el engrifado culebrezno
(por serme ya tan próximo y vecino)
me vino á ver debajo del espino,

tendió su longitud al pie de un fresno;
de do (cual mansa bestia de buen tresno)
reptando mansamente á mí se vino,
humilde con la parte que es suprema,
y haciendo mil arillos de la extrema.

La culebra hizo diversos agasajos al pobre Talgueno, que seguía ocupando con sus miembros el tabernáculo pungente, y después se fué sin dejar rastros por donde se pudiese averiguar á qué había venido.

*
* *

Lo que vale un cabello de mujer. La india Gualeva, creyendo á su amante muerto en la pelea, se arranca los cabellos, con lo cual el Céfiro "se pone las botas" como decimos familiarmente.

En cuyas hebras Céfiro entregado
saca del daño ajeno su provecho,
quedando con el despojo dellas hecho
soberbio, caudaloso y prosperado:
y si con los suspiros fué rasgado,
le deja dese agravio satisfecho
un solo pelo destos, que aunque escuro
deslustra y escurece al oro puro.

Es inexplicable el silencio de Valderrama respecto de esta octava admirable.

Gualeva era médica famosa. Encontró mal herido á su amado Tucapel, y le estrujó en las heridas cierto zumo,

que solo, sin mixtión, es suficiente
para sanar la llaga menos buena:
Hipócrates, Galeno y Avicena,
con cuantos hay modernos al presente,
podrán á buen seguro de su fama
venir á practicar con esta dama.

*
* *

Salida de sol.

> Ya las alegres aves garladoras,
> haciendo con sus cánticos la salva
> á los purpúreos átomos del alba,
> burlaban de las tristes negras horas:
> y envuelto en sus pirámides pintoras,
> allá por la cabeza lisa y calva
> de la sublime sierra crespa y fría,
> el hijo de Latona parecía.

Puesta de sol, y es notabilísima.

> En esto ya en la casa de Occidente,
> molduras de oro fino se labraban,
> que con su resplandor manifestaban
> querer entrar en ella el sol fulgente;
> el cual sus ojos puestos en Oriente
> (que solos sobre el agua le quedaban),
> y haciéndole un humilde acatamiento,
> se retiraba al húmedo aposento.

Los cuatro últimos versos son incomparables.

*
* *

Don García, de paso para el sur, desembarcó en Coquimbo. En la descripción del desembarco hay un verso que me da risa, y no sé por qué:

> Llegado á la coquímbica ribera.

Poco después, vienen otros versos que también me dan risa; pero aquí bien sé por qué. Oña pinta la tristeza que sintieron los esquifes, al mirarse solos y vacíos, después que los españoles desembarcaron. El pesar de

Ariadna, cuando la abandonó Teseo, no fué mayor que el de estos desventurados esquifes, dignos de mejor suerte. Mientras la gente estaba en ellos, nada igualaba á su contento;

> mas luego que la vieron saltar fuera
> desiertos y á la mira se quedaron,
> doliéndose de ver que ya la playa
> con tanto bien alzado se les haya.

Como se ve, esto es puramente una paráfrasis de la expresión familiar: "poner cara larga". En el fondo, la poesía de don Pedro de Oña siempre se reduce á paráfrasis de esta naturaleza,—como la poesía de todos los malos poetas.

*
* *

Bueno es qne el lector conozca el vigor poético de don Pedro cuando empuña el género terrible.

Los araucanos, por averiguar la suerte que correrían en la campaña, evocan á cierto espíritu infernal, con el cual tenían trato de tiempo atrás. Debía hacer la evocación el agorero más viejo, esto es,

> quien de la facultad era decano.

El decano se llamaba Pillalonco.

> . . . Pillalonco,
> un viejo descarnado formidable,
> de cuerpo retorcido como un cable,
> ramificado más que el pie de un tronco;
> y del sumido y magro pecho ronco
> sacó esta voz horrenda y execrable:
> Á vos invoco Báratro profundo
> escuro centro y cóncavo del mundo.

Á vos conjuro bóveda tiznada:
humoso flegetón, estigio lago. . .

y sigue con toda la mitología griega: los araucanos la sabían como por instinto.

El espíritu no se daba prisa en venir, cosa que incomodaba á Pillalonco.

Sabiendo que te llamo yo ¿no vienes?
¡Hola! que se me quiebran ya las sienes
y el término debido no me guardas.

El espíritu acude al fin, pronostica las victorias de don García, y

arranca en humo negro convertido
dejando allí una bomba pestilente.

Á la verdad, es para caerse muerto de miedo, y sobrada razón tiene don Pedro al decir:

Aun yo de estar contándolo me asombro,
y la caliente sangre se me cuaja,
por donde puede verse qué haría
quien (fuera de los mágicos) lo vía.

*
* *

Lo que más me ha gustado en el *Arauco*. Refiriéndose Oña á los aborígenes, dice:

Pues no hay azar tan grande, ni desdicha,
que no la pasen ellos con la chicha.

*
* *

Ya esto va demasiado largo. Terminaré con un ramillete de pensamientos y expresiones poéticas.

Mas luego prorrumpiendo en alborozo,
sacan allá de lo íntimo del seno,
los bravos y contentos corazones
envueltos en políticas razones.

Y no pudiendo hablalle de contento,
le ciñe con sus brazos en *descuento.*

Uno que huía:

... por dar al miedo puertas francas,
trocó lugar el pecho con las ancas.

Como las ondas túmidas que vienen
sus *vientres más que hidrópicos* alzando.

Después que acabaron de comer en el suelo unos pastores:

Y siendo ya la mesa levantada
(si puede ser el suelo levantado)...

Varones de género neutro:

... ni eran bien traidores, ni leales,
sino del tercio género, neutrales.

En esta coyuntura don Hurtado,
ajeno de salud *poblaba* el lecho

Gente sin huesos:

¡Ó qué de imposiciones desiguales
en jente que era al fin de *carne* y *cuero!*

Así del puerto sale nuestra flota
dejando *boquiabiertos* los Tritones.

Don Hurtado manda levar anclas:

Pues vista la sazón por don Hurtado
de aquellos instrumentos rebombantes,

mandó que á recoger tocasen uno,
para marchar á cuestas de Neptuno.

Habla Oña de una borrachera de los indios, y no de otra cosa:

De voces se levanta un *grueso bulto*
al comenzar aquel abuso enorme.

Como no he pretendido hacer una crítica detenida y probada del poema de don Pedro de Oña, no me tomará de nuevo que, á pesar de lo escrito, siempre sigan algunos la opinión de los críticos nacionales, resumida en el siguiente párrafo con que concluye Medina su estudio del *Arauco:*

"Oña fué, sin duda, el poeta más grande que tuvo Chile en su período colonial, y, como dice el señor Amunátegui, ha merecido bien de su país."

ELÍAS.

LA HABANA INTELECTUAL

VISTA DESDE LOS ANDES

(Continuación)

III

En Literatura son más numerosos nuestros apuntes, pero tampoco son completos. Los hemos clasificado en secciones, como sigue:

HISTORIA.—En este ramo debemos mencionar primeramente la *Historia de la Esclavitud desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, con su complemento *Historia de la Esclavitud de los Indios en el Nuevo Mundo*, trabajo que ocupó más de media vida del ilustre octogenario señor José Antonio Saco, y que puede competir con los de Chaning, Wallon y Larroque, ya por los sentimientos humanitarios, ya por la erudición, ya por el método y la alteza de miras.

El señor José Silverio Jorrín, ventajosamente conocido en Bogotá desde que Rafael Pombo hizo repro-

ducir su magnífica disertación sobre bellas artes, estudia hace muchos años la vida de Colón, cuya biografía completa no ha sido debidamente escrita aún. Además de un discurso que dedicó á ese asunto en 1881, intervino con un folleto en la cuestión promovida recientemente por el Dr. Soto, de Centro-América, sobre si Colón pisó ó no el continente americano. Por su estudio *Colón y la crítica contemporánea*, lo premió con medalla de bronce la Exposición de Amsterdam y lo nombró miembro correspondiente la Sociedad Histórica de New York.

El señor José Ignacio Rodríguez saca oportunamente del polvo documentos que corrían riesgo de perderse, valiosísimos para nuestra historia, y con ellos relata la vida de *don José de la Luz y Caballero* y la del *Presbítero don Félix Varela.*

El señor Francisco Calcagno debe de haber, á esta hora, publicado la última entrega de su *Diccionario biográfico cubano*, obra en la que trabaja hace como un cuarto de siglo, y en la que figuran no solamente los naturales que en cualquiera línea se han distinguido, sino también los peninsulares dignos de mención por sus hechos relacionados con Cuba.

El señor Juan Ignacio de Armas se presentó gallardamente en el campo de la lid, con su folleto *Las cenizas de Cristóbal Colón*, cuando se discutía si éstas reposaban en la Habana ó en Santo Domingo. Su trabajo llamó la atención de los eruditos, y entendemos que debido á él, recibió el autor el nombramiento de miembro correspondiente de la Academia de Historia de Madrid.

El señor Antonio José Valdés ha publicado una *Historia de la Isla de Cuba y en especial de la Habana.*

El señor Antonio López Prieto ha escrito una extensa biografía del Ilustrísimo Obispo Espada, peninsular, que gobernó la diócesis de la Habana en todo el primer tercio de este siglo, y que ha dejado gratos recuerdos por sus virtudes, sus esfuerzos en pro de las ciencias y las artes y de la ilustración y morigeración del clero.

En las veladas particulares y en los Liceos discurrió el Dr. Montalvo sobre la catástrofe del Vesubio en que fueron sepultadas Pompeya y otras ciudades; José A. Cortina sobre la Democracia en la Historia; Arturo de la Rosa sobre Danton; el licenciado Ramón Barinaga sobre los Monumentos de Roma; con el título de *El proceso de la vida humana* leyó el Dr. Castro una disertación sobre Filosofía de la Historia.

La Academia de Historia de la Habana, institución de la que no tenemos más noticia que la que vamos á dar, convocó á certamen para el mes de octubre último (1885), proponiendo este tema: «La colonización como doctrina y como fenómeno histórico en el pueblo griego.» Los premios señalados fueron: 1.º una medalla de oro y la obra de Laurent *Estudios sobre la Historia de la Humanidad;* 2.º una medalla de plata y la *Historia* de Lafuente.

NOVELA.—En este ramo hemos visto anunciadas las siguientes: *Doña Laura de Contreras*, de tendencias abolicionistas, por Eduardo Esponda; *¿Es Ángel?* por el mismo; *La Hija del montero*, por Manuel de la Cruz y Fernández; *Carmen*, por el mismo; *Luz*, por Alberto Díaz Quintana; *Uno de tantos*, por Francisco Calcagno; *Enrique*, por José M. Gastón; *Cuentos de hoy y mañana*, por Rafael de Castro Palomino; una cuyo título ignoramos, por la señorita María Josefa Barnett; y una

"Novela de dificultades" resultado de una apuesta entre EL MACHETE, semanario literario redactado por cubanos, y LA METRALLA, semanario literario redactado por peninsulares; cada periódico publicaba un capítulo, que debía terminar con una dificultad, para que el otro compusiera el capítulo siguiente, resolviendo aquella dificultad y creando otra.

VOLÚMENES DE POESÍAS.—El señor Sebastián Alfredo Morales ha hecho una nueva edición de las de Plácido, con más de doscientas composiciones inéditas; *Parnaso Cubano:* esta colección nos fué remitida por conducto del consulado de Colombia en New York, pero no la hemos recibido, y, según informes, parece que no hemos perdido gran cosa; *Cantos Tropicales*, por José Fornaris (París, 1874); segunda edición de las *Poesías* de R. M. de Mendive; *Ecos Perdidos*, por José A. Cortina; *Paisajes Cubanos*, poemitas por Enrique J. Varona; *Ecos del Sena*, traducciones de poetas franceses, por Antonio Sellén; *Arpas amigas* y *Lira reglana*, dos pequeñas colecciones de varios; *La Flora*, poema por Sebastián Alfredo Morales; *Poesías* de la señorita Rosa Kruger; *Relámpagos*, por Emilio Bobadilla; *Poesías escogidas* de Juan Martínez Villergas, dos tomos; *Idilios*, por Pablo Hernández; *Mostaza*, colección de ciento cincuenta epigramas, por Emilio Bobadilla; *Mariana la Cautiva*, leyenda dramática, por Narciso González Mesa; *Poemitas Infantiles*, por Fernando Urzais; *Lo que sucede después*, poema por Antonio Llamosa. De Luaces ha publicado en la REVISTA DE CUBA un fragmento de un poema mitológico titulado *Cuba.*

LITERATURA DRAMÁTICA.—*El Árbol de los Guzmanes*, drama, por Casimiro del Monte; *Lo de siempre*, drama

en dos actos, por Aniceto Valdivia; *Senda de Abrojos*, drama del mismo; *La Daga del Rey*, drama romántico, por José de Póo; *El Pecado de la soberbia*, drama, por Narciso González Mesa; *Quien bien te quiere*, proverbio, por Martina Pierra de Póo; *El Invierno en flor*, pieza en un acto, por Mercedes Matamoros; *Visitas*, comedia de autor anónimo; *Los Hijos de la Habana; La Señora del llavín*, arreglo del francés, por Ignacio Sarachaga y Enrique Hernández Miyares; *Ni ella es ella ni él es él*, juguete cómico-lírico en un acto, por Enrique Edo y Jacobo Domínguez y Santí; *Los Percances de carnaval*, pieza en un acto, por Enrique Edo.

Con prólogo del señor Enrique Piñeyro publicó hace como seis años el escritor español don José Román Leal un estudio estético y filosófico, titulado *Teatro Nuevo, Echegaray*, en el que toma como base las obras de este aplaudido autor, fija desde su punto de vista particular las condiciones á que debe sujetarse la literatura dramática moderna, «y deduce que es una necesidad de los tiempos dar forma amplia y grandiosa al drama social, en sentido moral y antropológico, y acometer con audacia y resolución el problema de la finalidad».

Simultáneamente se cultiva desde hace muchos años, pero ahora con mayor pujanza, el arte de la declamación. No sólo en teatros familiares que algunos caballeros han hecho preparar en sus casas, sino también en los liceos y clubs, se representan obras variadas del repertorio español y de autores cubanos, por señoras, señoritas y caballeros aficionados, pertenecientes á la más elevada sociedad, y el producto líquido se destina á obras de ornato ó de beneficencia; así, vemos que se dió una función á beneficio de los perjudicados en una inunda-

ción ocurrida en Santiago de Cuba y otra en San Antonio de los de los Baños, para pagar un puente pedido á los Estados Unidos. ¡Si destinaran algunas para la adquisición de un gabinete histológico!

CONFERENCIAS, DISCURSOS, ETC.—*El Amor*, y las ideas de Platón y Michelet sobre el asunto, por Enrique J. Varona; *Caracteres del pueblo cubano*, por J. Varela Zequeira; *De la necesidad surge el progreso*, por Rafael de Cárdenas y Cárdenas; *Franklin*, por José M. Céspedes; *La Torre de Babel*, por Francisco de Zayas; *El Secreto del vestido*, por Fernández de Castro; *Influencia de la mujer en la vida política de Francia*, por Rafael Fernández de Castro; *El Vestido y las acciones*, por Arturo de la Rosa; *Educación de la mujer*, por Álvaro Caballero; *Influencia de la cultura en la civilización de los pueblos*, por Rafael Montoro; *Cultura moral é intelectual, base del progreso de los pueblos*, por Antonio Govín; *La Escuela: lo que es, lo que debe ser*, por Rafael Montoro; *La Poesía*, por Felipe Poey; *La Educación*, por N. Lami.

CRÍTICA LITERARIA.—En ninguna época se ha cultivado tanto como ahora: veinte años atrás no se oía más voz autorizada que la de Piñeyro, pero valía por las de una legión. Villergas y Joaquín Pablo Posada, mordaces y agresivos, no formaron escuela. Hoy hay una falange de críticos, algunos sobresalientes como Varona y Sanguilí; otros excesivos en la alabanza, como Valdivia, ó en la censura, como el que firma *Colas* en el SPORT; otros frívolos, no diremos como quien. La crítica, más bien que con la pluma, se ejerce oralmente: la prensa sola no da idea, ni mediana, del espíritu analítico que corre hoy en la Habana.

El señor Valdivia, á quien acabamos de nombrar, es

un joven de Santiago de Cuba, que ha hecho sus estudios en Barcelona, y regresó á la Isla hace un año. En España se dió á conocer ventajosamente como poeta dramático, desde que el senador por Cuba, señor Fernández de la Hoz, reunió en su casa á Nuñez de Arce, Echegaray, Sellés y otras personas competentes, para que oyeran la lectura del drama *Senda de Abrojos*, de dicho joven, drama que fué muy encomiado por todos los concurrentes. Es también autor de casi todas las traduciones de Víctor Hugo que componen el tomo 58 de la *Biblioteca Universal* de Madrid. Imita en prosa, con felicidad frecuentemente, al autor de la *Leyenda de los Siglos;* de sus versos conocemos muy poco, y ese poco no nos induce á formar en las filas de sus admiradores con vehemencia igual á la de ellos.

Véanse en los siguientes títulos de conferencias los asuntos sobre que han versado muchas de las críticas: *Luaces*, por Aniceto Valdivia; *La Avellaneda*, por el mismo; *Milanés*, por Pedro Esteban y González de Larrinaga; *Heredia*, por la señorita Benigna Beltrán; *Revilla*, *Menéndez Pelayo*, *Pérez Galdós* y la *Margarita* del *Fausto*, por José Varela Zequeira; *Quintana*, por José Sánchez y Sánchez; *Juan de Arolas*, por Rafael Fernández de Castro; *Caracteres generales de la literatura del siglo XIX*, y *Víctor Hugo, poeta y político*, por Rafael Montoro; *Víctor Hugo como poeta satírico*, *Emerson y Zola*, por Enrique J. Varona; *André Chénier*, por José M. Céspedes; la *Novela Contemporánea*, por N. Codezo; *Zola*, por José F. Arango; *Baltasar de Gracian*, por F. Poey; *Hamlet*, por Luis A. Baralt.

En folleto: *Orígenes del lenguaje criollo*, por Juan Ignacio de Armas, obra elogiada por Menéndez Pelayo.

El Quijote de Avellaneda y sus críticos, por José de Armas y Cárdenas; *La Dorotea*, de Lope, por el mismo. Con ocasión de estas obras ha recibido el autor importantes cartas de los señores Aureliano Fernández Guerra y M. M. Pelayo.

El señor Luis Martín y Lamy ha traducido la *Historia de la literatura romana*, por Ficker, con colaboración del señor Antonio M. Tagle, catedrático de literatura clásica, griega y latina de la Universidad.

Acabamos de nombrar á Piñeyro; y como para nosotros este escritor es uno de los más notables que ha producido Cuba desde que en Cuba se escribe; como lo juzgamos al nivel, no ya de cualquiera de los grandes cultivadores de la lengua castellana en este siglo (prescindiendo del purismo riguroso, que él desdeña), sino bastante elevado para resistir comparación con los maestros de otras literaturas, hemos de manifestar la pena, más que asombro, con que hemos visto ciertos conceptos del SPORT de la Habana. Hace dicho periódico un paralelo entre Piñeyro y Sanguilí, tan desfavorable para el primero como lisonjero para el segundo; y estamos dispuestos á convenir en cuanto se diga para enaltecer los relevantes méritos del más joven de ambos oradores; pero no vemos la necesidad de deprimir por eso una de nuestras glorias más fundadas, y menos con argumentos que no resisten el examen de la lógica como éste:

"Piñeyro dice que el drama debe hacerse siempre en verso; mientras que Sanguilí, cuya cualidad característica es la honradez, asegura que los versos desaparecerán pronto, y se propone escribir una obra para demostrarlo."

¿Á qué viene aquí la honradez? ¿De qué honradez se

trata? No puede ser sino de la literaria; pero esta consiste en no plagiar y en ser sincero, y no vemos cómo se la menoscabe pensando que el verso es indispensable para el drama, en lo que no estamos de acuerdo con Piñeyro, ni cómo sea uno de sus rasgos el sostener que los versos se van á acabar, en lo que no estamos conformes con Sanguilí.

Niega el SPORT á ambos literatos aptitudes para la crítica de obras poéticas; dice que carecen de oído y de elevación estética. Respecto de Sanguilí, casi nada conocemos de sus últimos trabajos; pero en 1868 lo oímos en el liceo de la Habana, y ya desde entonces demostraba la posesión de esas mismas dotes que se le disputan; el tiempo no puede haber hecho otra cosa que desenvolverlas y acendrarlas. Cuanto á Piñeyro, sus recientes obras *Estudios y conferencias de historia y literatura* y *Los Poetas famosos del siglo XIX* nos excusan de presentar otra refutación. Que sean severos ambos en sus juicios; que no estén dispuestos á aceptar por encaje de seda lana burda; y que con este sistema se infieran muchas heridas, certísimo es; pero ¿cuáles son las producciones sublimes á las que ellos han negado sus aplausos?

La prensa suele publicar trabajos críticos mas no frecuentemente; hemos visto uno muy erudito de Bachiller y Morales sobre Jorge Manrique y H. Longfellow, en el que se dice, con referencia al último:

"La tan citada composición *Exelsior* ¿á quién no recuerda la oda á las *Estrellas*, de Meléndez, y las *Confesiones* de San Agustín, de donde tomó el pensamiento? Buscaba San Agustín á Dios; y en bellísimo climax, desde los seres más humildes, sube en demanda de él á los cielos, y en ninguna parte se le enseña, y lo supone aún más elevado;

Meléndez Valdés, en época más reciente, va preguntando desde la tierra á los cielos á los seres que encuentra: ¿á dónde está Dios? Y hasta la garza que se oculta en las nubes

Está más adelante, le responde.»

El trabajo del señor Bachiller hace oportuna la cita de una carta del poeta anglo-americano, publicada por el literato italiano V. Costi en la RASSEGNA SETTIMANALE, y que vamos á insertar, por ser corta y no muy conocida. Siempre le había llamado la atención, dice Costi, que Longfellow hubiese escogido para título de su poesía *¡Excelsior!* la terminación masculina y no la neutra del adjetivo latino. Estimulado por un americano amigo suyo, se decidió á escribir al poeta, y recibió la contestación siguiente:

«Estimado señor: He tenido el gusto de recibir la carta en que Ud. me critica amistosamente el título *¡Excelsior!*. En respuesta le diré que el mote de la bandera no debe interpretarse *ascende superiùs* (sube hasta el fin), sino *scopus meus excelsior est* (mi meta está más arriba). Esto explica evidentemente por qué digo *Excelsior* y no *Excelsius*. Soy de Ud. etc.

HENRY W. LONGFELLOW.»

El estudio de los clásicos españoles no tiene secuaces en Cuba: ahora, como hace veinte años, son las literaturas extranjeras las que llevan allí filosofía, estética, ideas y sentimientos; todo eso está en francés, inglés ó alemán, y no queda tiempo ni gusto para volver la vista al siglo XVI. Verdaderamente en Cuba se debería escribir muy mal, algo así como en la generalidad de los periódicos argentinos; pero se conserva tradicionalmente un lenguaje, si no puro siempre, á lo menos exento de ciertos barbarismos y neologismos extravagantes.

Fenómeno puramente mecánico: es efecto de la prác-

tica, de las no interrumpidas relaciones con España; y la prueba es que cuando ocurren (y ocurren á cada rato) discusiones sobre propiedad de las voces, se emiten las ideas más raras.

Por ejemplo: se dirige un suscriptor á un periódico preguntándole si es correcto el término *presupuestar*, usado por el segundo. La pregunta envuelve una sátira destinada á herir muy alto. Dice:

"...Hasta en el preámbulo del Decreto referente al ramo de Marina que publicaron hace pocos días los periódicos de esta Capital, se encuentra consignada (la expresada voz). Causándome la consiguiente extrañeza que en documento de tanta importancia, suscrito nada menos que por un Ministro de Marina, se pusiera lo que considero un disparate, estuve por dirigir á Ud. cuatro letras, etc."

Y contesta el periódico:

"Vamos allá: *presupuesto*, como participio irregular de *presuponer*, no significa lo mismo que *presupuestado*, participio regular del verbo *presupuestar*, de *nueva creación* en el lenguaje burocrático.

"En nuestra gacetilla (que, dicho sea con franqueza, no fué redactada por el que esto escribe), tratábamos de *presupuestos* oficiales, y, aunque debiera (según Ud. y la Academia dicen), emplearse el vocablo *presuponer* en vez de *presupuestar*, resulta que no lo hemos hecho, porque *presuponer* tiene otra significación que hace anfibológica la idea que quiere expresarse.

"Usted verá que dentro de poco la Academia acepta el *presupuestar* en la significación de formar presupuestos, porque el uso de un vocablo por las personas cultas lo hace aceptable. Vaya un ejemplo:

—"*Presupuesta* la buena fe con que ha *presupuesto* el Ministro los gastos de la Marina en el presente año...

"¿Le suena bien? Y es que hoy no se *presuponen* los gastos, es decir, no se *suponen*, sino que se parte de datos fijos y seguros. De aquí la diferencia entre ambos verbos, y de aquí el uso de *presupuestar*.

"Sobre esto, mucho más podríamos decir."

Sin ser profetas, se puede apostar á que, mientras todos nosotros vivamos, no será aceptado por la Acade-

mia el vocablo susodicho: 1.º porque es de mala formación; 2.º porque es inútil; 3.º porque lo condena el uso de las personas *doctas* (no decimos *cultas*, porque hoy se llama así á todo el que usa levita, y ésta dará entrada y hasta autoridad en la Bolsa y en la sociedad, pero no en las regiones filológicas). Si en la frase aducida como ejemplo se dijese *ha calculado* en vez de *ha presupuesto*, desaparecería la malsonancia. Por seguros que sean los datos con que se fijan los gastos, no por eso se deja de presuponer éstos; es decir, se *supone antes* que van á alcanzar determinado monto; y se supone, porque nunca se sabe de seguro el porvenir, ni en asuntos de Hacienda, ni en nada. ¿Se quiere una palabra que equivalga á *formar presupuestos? Calcular* satisface en la mayor parte de las veces. Por ejemplo: *vamos á formar los presupuestos de rentas y gastos del año próximo: vamos á calcular las rentas y gastos del año próximo.*

Críticas como la citada menudean de periódico á periódico; y no vemos en ninguno de los apreciables literatos que por otros conceptos tanto se distinguen, quien se levante con autoridad suficiente para fallar. Los Cuervos y los Caros no abundan en el mundo; pero en ese estadio se pueden medir diversas estaturas, y lo que en la Habana vemos es indiferencia ó indisciplina; allá no hay filólogos ni afición á la filología. Por rareza aparecen artículos como uno muy erudito sobre el *Diccionario de galicismos*, de Baralt, firmado *El Estudiante*, y publicado en El Triunfo. J. I. de Armas ha escrito una rectificación á las etimologías de la edición XII del *Diccionario* de la Academia; Varona la ha objetado, y han discutido un poco; pero andan en ese terreno más bien como *touristes* que como propietarios.

En las diversas discusiones de que hemos dado cuenta, no sabemos que se haya pronunciado nunca el nombre de Cervantes; un teatro de la Habana se llama así, pero parece no revelar, en materia de lenguaje, sino una buena intención que no maduró. Ahora leemos que el Ayuntamiento se propone destinar una subvención para que en el gran teatro de Tacón se den tres veces por semana los dramas y comedias de Lope, Calderón, Tirso de Molina, Moreto, Rojas, Solís, Cañizares, Moratín, Ventura de la Vega y Bretón de los Herreros, además de representar dos obras cubanas.

La idea de convertir la atención hacia la literatura clásica, parte indudablemente de literatos españoles, ilustrados, residentes en la Habana; ya nos llamó la atención en el concurso del Círculo de Abogados, mencionado más arriba; sólo que nos han parecido el tema del certamen muy vago, y el proyecto del Ayuntamiento, para empezar, excesivo; á un público no acostumbrado al teatro antiguo, enderezarle tres dramas por semana, es mucho; porque ese teatro, entre sus innegables méritos, no cuenta ni puede contar el de estar acomodado á los gustos modernos.

En abril de 1885, al recibir la investidura del grado de doctor en la Facultad de Filosofía y Letras el señor don Emilio del Junco y Pujadas, licenciado en Derecho, dedicó el discurso reglamentario á *Los Adversarios de Culteranismo y escuelas que fundaron.* El Círculo Militar, asociación de peninsulares, dió una velada en honor de Hartzenbusch, en la que tomó gustosamente parte el elemento criollo. En uno de los concursos que se abrieron para las reuniones en casa del señor Céspedes, y en que se había propuesto como tema un monólogo histórico,

fué premiado el titulado *Fernando de Herrera* por su sabor clásico y su imitación del estilo de Herrera, dicen los periódicos. No hemos visto publicada la composición; su autor es el señor Giberga, á quien varias veces hemos citado. Los poetas de otras generaciones, Heredia, Milanés, Zenea, Foxá, Luaces, leían mucho á los clásicos; y los supervinientes, como Rafael de Cárdenas y Cárdenas, y Felipe Poey, imitan aún á fray Luis de León y á otros; José Antonio Echeverría, nacido en Venezuela y muerto en 1885 en Nueva York, pero llevado á Cuba muy niño y educado allí, no dejó nunca de estudiar los escritores del siglo de oro; de él dijo el ya citado Salas y Quiroga, que si «escribiera con toda la libertad que necesita, llegaría á ser citado entre los castizos prosadores de nuestro idioma, y entre los más aprovechados escritores de ambos mundos»; y Baralt lo llamó «uno de los más elegantes, castizos y enérgicos escritores de nuestra lengua». Zequeira y Rubalcaba, nuestros primeros poetas en sentido cronológico, se deleitaban, á fines del siglo pasado y á principios del presente, en calcar sus poesías sobre los antiguos modelos españoles; y fray José Rodríguez, hijo de la Habana, compuso una buena comedia titulada *El Príncipe jardinero*, imitación de las de Lope de Vega, á quien algunas veces ha sido atribuida; fué representada con éxito en la última década del siglo XVIII.

Tampoco los autores griegos ni los latinos arrastran séquito; pero hay excepciones. En las veladas han disertado, el señor Francisco Giral sobre *Aristófanes*, y el señor Lami sobre los *Poetas griegos*. Enrique J. Varona, versado en la lengua y literatura helénicas, y autor de un docto comentario sobre la primera, suele traducir tal ó cual pieza de aquel Parnaso; pero más bien, así lo sos-

pechamos, con placer de erudito que de poeta. Presentamos una muestra, que recomendamos á los editores de las deficientes colecciones de poetas griegos publicadas en Madrid:

PENSAMIENTO DEL SOFISTA PRÓDIGO

Al Dios que la salud vuelve á las almas,
de piedad testimonio,
un edículo alzaron entre palmas
Agamede y Trofonio.

Y así rogaron en la nueva aurora:
"Hijo de Zeus fecundo,
Apolo vencedor, damos ahora
el bien mayor del mundo."

Acogió el dios la ofrenda y el empeño;
y del atrio á la puerta
bajó sobre ellos el tranquilo sueño
de que no se despierta.

Don Antonio Guiteras ha terminado la traducción de la *Eneida*, en que trabajaba hacía algunos años, y se han publicado ya en Barcelona, ilustrados con dibujos de Apeles Mestres, los cuatro primeros libros que han sido encomiados por la REVISTA CONTEMPORÁNEA, la REVISTA DE ESPAÑA y otros periódicos. Al dar la noticia la ILUSTRACIÓN CUBANA, que sale á luz en la mencionada ciudad, dice que "las traducciones de la *Eneida* en nuestro idioma son varias, pero la última y más completa débese" al señor Guiteras, quien ha estudiado detenidamente "otras traducciones italianas, francesas é inglesas, á más de las españolas". No nombra la del señor Caro; y nos figuramos que la habrá podido consultar el latinista matancero, por ser tan escasas las relaciones entre Colombia y la Gran Antilla; y será lástima, porque esa

traducción, según voto de personas competentes, es la mejor que existe en castellano.

Insertamos un fragmento del trabajo del señor Guiteras, que tendrán gusto en conocer los aficionados á estos trabajos. Es la imprecación de Dido (Libro IV):

"Sobre la tierra sus rosadas tintas
abandonando de Titón el áureo
lecho, esparcía la primera aurora,
cuando la Reina, desde la alta torre
donde velaba, al rayo matutino
yerma la playa al ver, vacío el puerto,
y á velas desplegadas alejarse
la armada, una y cien veces con violenta
mano, hiriendo el gentil seno y mesando
sus crenchas rubias "¡Sumo Jove!" exclama:
"¡Se irá por fin! ¡En mis dominios propios
me insultará el menguado advenedizo!
y el acero no empuñan y la tea,
y, de todos los ámbitos surgiendo
de Cartago mis súbditos, no arrancan
del arsenal las naves á seguirlos!
¡Corred, volad blandiendo las antorchas,
las velas desplegad, forzad los remos!
Pero ¿qué digo? ¿dónde estoy? ¿qué insania
perturba mi razón? ¡Mísera Dido!
ahora tu alma subleva su horrorosa
negra traición: ¿por qué no la previste
cuando tu cetro le entregabas? Mira,
mira su fe ahora y sus promesas;
mira el varón piadoso que sus patrios
dioses, dicen, consigo lleva, el fuerte,
que doblegó sus hombros bajo el peso
de un padre anciano. ¿Arrebatar no pudo
al pérfido, y su cuerpo apedazado
esparcir en las ondas? ¿Sus amigos
no pudo acuchillar, y de su padre
á la mesa servir los yertos miembros
de Ascanio mismo? Desigual la lucha

fuera, acaso: ¿qué importa? Decidida
á morir ¿qué temer? Su campamento
incendiara, á pavesas redujera
su flota, exterminara al padre, al hijo,
su vil progenie toda, y á mí misma
me inmolara tras ellos. ¡Sol, que el mundo
con tu lumbre vigilas y los actos
del mortal! Juno, cómplice y testigo
de mis tormentos! Hécate, á quien llama
en los trivios el ronco aullar nocturno!
Vengadoras Euménides! Deidades
de la expirante Elisa! mis clamores
oíd! mis votos acoged! Las penas
hórridas aplicad, que á los malvados
vuestro poder vindicador inflige!
Si es fuerza que ese infame al mar de Italia
llegue y á puerto arribe, si de Jove
tal es la voluntad, y así á los hados
plugo, asaltado súbito por fiera
nación audaz, de Yulo á las caricias
arrebatado, vague, de sus reinos
expulso, auxilio á mendigar, y vea
perecer sus guerreros á los golpes
de aceros despiadados: sometido
á torpe paz, cuando á reinar se apreste
y á disfrutar de la cobarde vida,
sucumba antes de tiempo, y olvidado
yazga insepulto en solitaria arena!
Tal es mi último voto, el postrer grito
que exhalo á par del ánima. Y vosotros,
con odio y saña fiera en su actual raza
y en su posteridad remota ¡oh Tirios!
acosadle sin tregua: este tributo
á mis manes debéis. ¡Ni paz ni alianzas
con los perversos! Sál de mis cenizas,
álzate ¡oh vengador! que á hierro y fuego
has de arrollar de Dárdano la estirpe!
de hoy más, en todo tiempo, mientra Ausonia
viva, y viva Cartago, entrambos pueblos
uno contra otro se ensangrienten, playas

contra playas, oceános contra oceános,
armas contra armas; y en eterna pugna
y en venganzas sin fin ardan sus nietos!»

En las discusiones sobre el correcto uso de las voces, suelen citar los cubanos la autoridad del señor Rufino J. Cuervo. Otros nombres americanos suenan también en las conferencias, pero pocos: Olmedo, Bello, Abigail Lozano, Pérez, Bonalde y Pombo; Pombo no tendrá nunca idea de cuán admirado y querido es en Cuba. La falta de comunicaciones con estas Repúblicas es causa de que allá no conozcan las abundantes producciones buenas de las regiones andinas; pero Bachiller y Morales, que no se resigna á no saber las cosas, aunque no haya modo de saberlas, cita con frecuencia en sus escritos las obras de Caro, Marroquín y Zerda, y ha creado en un periódico una sección especial para dar cuenta de toda obra americana que llegue á sus manos. Y consigue muchas, no sabemos por qué milagros. La señorita María Teresa Díaz recitó en julio último, en el Nuevo Liceo, *La Perrilla y los cazadores*, de Marroquín.

Sería ofuscarnos voluntariamente con una ilusión al decir, ó creer, que las heridas abiertas por la guerra se han cerrado ya enteramente, y que no quedan ni cicatrices; pero tampoco es menos cierto que palpita un sentimiento de confraternidad entre criollos y peninsulares, y que en ambos grupos hay personas que dan impulso á esos sentimientos. Entre los peninsulares se distinguen especialmente los catalanes, quienes tributan á la memoria de Saco y de la Luz, loores á los que no somos insensibles. Mézclanse ambos elementos en romerías, como la de San Cristóbal y otras fiestas; en las sociedades científicas, literarias y artísticas, unos y otros toman

parte por igual, de tal manera, que nosotros, desde lejos, no siempre podemos distinguir á los unos de los otros. Con ocasión del centenario de Bolívar, escribió el señor Giberga una oda en que canta las glorias del héroe, y y tiende á reconciliar á vencedores y vencidos. Es la misma meta que persiguen colombianos como Caro, Caicedo Rojas y ahora Carlos Holguín (quantum mutatus ab illo!) venezolanos como Eduardo Blanco (véase su *Venezuela Heroica*) y otros. Alguna vez resuena un acento desacorde: en el teatro de Albisu, Habana, se representó un drama en que se trataba de la guerra de España con Chile y el Perú y el bombardeo del Callao, y hay ex abruptos como éste: dice un oficial español á un peruano: «Mi honor es muy limpio, sin mancha, porque es honor español, mientras que el tuyo, miserable, es un honor *peruano*.» El autor de esa obra infeliz, no es cubano; y la prensa cubana protestó enérgicamente contra sus tendencias rencorosas. De la prensa española nada decimos, porque nada hemos visto; pero es de presumir que ciertos periódicos respetables protestarán también.

Fué un español, don José Gutiérrez de la Vega, gobernador de la Habana, quien, en 1868, ideó la publicación de una série de volúmenes, con el título de *Biblioteca de Escritores cubanos*; y, á pesar de los primeros desacuerdos sobre el plan, de que da cuenta el señor Anselmo Suárez y Romero, creemos que la empresa se habría llevado á cabo si en aquel mismo año no hubiese estallado la Revolución.

RAFAEL M. MERCHAN.

(Continuará)

Á DON ANTONIO ESPIÑEIRA,

CUANDO ME OBSEQUIÓ SUS OBRAS DRAMÁTICAS

Galana inspiración, fácil talento
brilla en tus obras y alusión discreta
y el atrayente numen del poeta
ilumina tu excelso pensamiento.

De la patria esperanza y noble aliento
eres, Antonio, y vigoroso atleta
cuando el arte magnífico interpreta
tu cadencioso y juvenil acento.

Esforzado y enérgico y valiente
denosta al vicio, á la ignorancia hiere
y trasparenta la virtud severa.

El arte anime tu ardorosa mente,
y con labor incontrastable adquiere
lauro inmortal de gloria verdadera.

M. A. HURTADO.

Agosto 22 de 1886.

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

El DICCIONARIO autoriza este significado.

En dicho CÓDIGO, se denomina *abandono* de una mina la declaración de tener el propósito de no seguirla explotando, que el minero debe hacer por escrito ante el juez, y que debe ser publicada por cierto tiempo.

Se ve que el *abandono* de una mina no es lo mismo que el *despueble*, ó que la dejación de ella.

El DICCIONARIO DE LA ACADEMIA no consigna estos significados especiales de la palabra *abandono*.

Abertura, ó apertura de testamento

El afamado autor cómico don Manuel Bretón de los Herreros, en unos SINÓNIMOS CASTELLANOS que dió á luz en el periódico titulado LA AMÉRICA, determina como

sigue la diferencia de significados que, á su juicio, existe entre *abertura* y *apertura*.

«Hemos reservado (los españoles) *apertura* para las cosas abstractas, y que sólo en sentido metafórico se podrían expresar con *abertura*, como son *apertura de los estudios, apertura de las cámaras, de las sesiones*, sin duda á causa de que, como latino puro, nos parece término más culto, y lo es en realidad, por menos generalizado; y hemos aplicado *abertura* á la *acción y efecto de abrir puertas, ventanas, una carretera, una brecha* y otras cosas que son obras del hombre, de los años ó de la naturaleza.»

Conforme á esta distinción de Bretón de los Herreros, debería decirse *abertura*, y no *apertura* de un testamento.

Efectivamente, el reputado hablista don Eugenio de Tapia, en el DICCIONARIO JUDICIAL, colocado al fin del FEBRERO NOVÍSIMO, declara que debe decirse *abertura del testamento* por «el acto jurídico de abrir el testamento cerrado, cuya fórmula es cortar el juez los hilos con que está cosido, y entregarle al escribano para que le lea».

Sin embargo, en el artículo mismo que Tapia dedica á esta palabra, manifiesta muy á las claras que no admitía la distinción establecida años más tarde por Bretón de los Herreros, puesto que menciona entre las diversas acepciones de *abertura*, la de «acto solemne con que se da principio á alguna función pública».

Don Andrés Bello se ajustó á la doctrina expresada sobre este punto posteriormente por Bretón de los Herreros, cuando en el CÓDIGO CIVIL CHILENO, epígrafe del título 7, libro 3, y en el artículo 1,285, emplea la locución *apertura de la sucesión*; pero se apartó de ella, cuando,

en el artículo 1,025 llama *apertura* y no *abertura*, la del testamento.

Don Joaquín Escriche, en el Diccionario Razonado de Legislación y Jurisprudencia, enseña terminantemente que puede decirse *abertura* ó *apertura del testamento*.

Otro tanto hacen todos los diccionarios de la lengua que he podido consultar; pero quiero citar una sola de estas autoridades, la cual basta y sobra.

El Diccionario de la Real Academia Española dice, como el antiguo individuo de ella Bretón de los Herreros, que, «tratándose de asambleas, corporaciones, teatros, etc., el acto de dar principio, ó de volver á dárselo á sus tareas, estudios, espectáculos, etc.» ha de denominarse *apertura* y no *abertura*.

Á pesar de esto, declara categóricamente que puede decirse *abertura* ó *apertura* del testamento.

Lo expuesto demuestra que la distinción establecida por Bretón de los Herreros no es tan absoluta como pudiera deducirse de sus palabras.

Abigeo

En Chile, por desgracia, se practica demasiado el hurto de ganado ó de bestias para que se ignore lo que es *abigeato*.

Al que comete este delito, se llama entre nosotros *cuatrero*.

El Diccionario de la Real Academia, junto con reconocer que el ladrón de ganado ó de bestias se denomina *cuatrero*, en el lenguaje común, advierte que, en el forense, se llama también *abigeo*.

Nunca he oído emplear en Chile esta palabra; pero, por lo mismo, me parece conveniente hacer notar que existe.

Ab intestato, Abintestato

Los abogados del colegio de Madrid don José María Manresa y Navarro, don Ignacio Miquel y don José Reus, en su obra titulada LEY DE ENJUICIAMIENTO CIVIL, parte 1.ª, título 9, enseñan, acerca de la expresión que encabeza este artículo, lo que sigue:

«*Ab intestato*, locución latina, compuesta de la preposición *ab* y del ablativo *intestato*, usada en castellano como dicen el DICCIONARIO DE LA ACADEMIA, y la ley 1.ª, título 13, partida 6, para significar *sin testamento*: así decimos que ha fallecido *ab intestato* el que ha muerto sin testar; heredero *ab intestato*, el que lo es del que ha fallecido de este modo; y juicio *ab intestato*, al procedimiento judicial que se emplea para ocupar y poner en seguridad los bienes del que muere sin herederos testamentarios, y adjudicarlos después á quien corresponda con arreglo á las leyes.»

Como se ve, los autores de la LEY DE ENJUICIAMIENTO CIVIL escriben sin distinción de casos la expresión *ab intestato* como si fueran dos palabras que han de ir separadas.

Ya anteriormente don Joaquín Escriche había seguido igual procedimiento.

Otros jurisconsultos, como don Juan Sala y don Eugenio de Tapia, han usado siempre la locución *ab intestato* como si fuera una sola palabra compuesta: *abintestato*.

Sin embargo, las leyes españolas dan á estas expre-

siones, según se escriben separadas ó unidas, distintos significados; y la gramática les atribuye distintos oficios en la proposición.

Ab intestato, conforme á las leyes y conforme al DICCIONARIO DE LA ACADEMIA, es una frase adverbial que equivale en romance á sin testamento.

Abintestato es, conforme á las aludidas autoridades, un sustantivo masculino que sirve para designar el procedimiento judicial sobre herencia y adjudicación de bienes del que muere sin testar.

«Murió *ab intestato*», es un ejemplo de la primera de estas acepciones.

«De este *abintestato* conoce el juez competente», es un ejemplo de la segunda.

El no haberse reparado en esta importante distinción ha sido causa de que á veces se haya dado una inteligencia errónea á la ley 1.ª, título 11, libro 2; á la ley 3, título 20, libro 10; y á la ley 6, título 22, libro 10 de la NOVÍSIMA RECOPILACIÓN.

El 22 de noviembre de 1838, el presidente de la república don Joaquín Prieto y el ministro don Ramón Luis Irarrázaval, expidieron un decreto con fuerza de ley para fijar el sentido de las leyes relativas á los derechos que corresponden *ab intestato*, en defecto de parientes legítimos hasta cierto grado, á los hijos naturales en la herencia de su padre, y al orden de preferencia en dicho caso, entre los mismos hijos naturales y el fisco.

Este decreto, muy bien estudiado y muy bien elaborado, fué obra de don Andrés Bello, quien insertó en EL ARAUCANO una instructiva y excelente exposición de los antecedentes legales e históricos en que se fundaba. (OBRAS COMPLETAS, t. IX, pág. 243 y siguientes).

En esa memoria, se hace ver la diferencia que existe entre las expresiones *ab intestato* y *abintestato*.

En Chile ya no se usa el sustantivo *abintestato* para denotar un procedimiento judicial.

Probablemente igual cosa sucede en otras repúblicas hispano-americanas; pero no en la Península, donde aún, según la ley moderna, existe con este nombre el procedimiento judicial de que se habla al principio de este artículo.

Pero, en toda la América Española, se continúa empleando la locución *ab intestato* como sinónimo de *sin testamento*.

Ese complemento, como se dice con arreglo á la tecnología gramatical adoptada en nuestro país, ó esa locución adverbial, como se dice con arreglo á la de la Academia, se encuentra no menos de seis veces en el CÓDIGO CIVIL DE CHILE, artículos 984, 994, 995, 996, 997 y 998.

Don Andrés Bello, en el decreto de 22 de noviembre de 1838, y en el PROYECTO DE CÓDIGO CIVIL dado á luz en enero de 1853, escribió esta locución *ab intestato*, como lo enseña el DICCIONARIO.

Sin embargo, el CÓDIGO CIVIL DE CHILE, desde la primera edición de 1856, ha usado *abintestato* en los casos en que, conforme á lo que queda explicado, debebería usarse *ab intestato*.

Tengo esta innovación por una mala práctica.

Y ya que toco este punto, permítaseme hacer notar de paso que el DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, duodécima edición, no se ajusta á un plan lógico y constante por lo que toca á la manera como han de escribirse varias palabras compuestas.

Voy á justificar con algunos ejemplos la precedente aserción.

Apenas, según el DICCIONARIO, tanto cuando significa "con dificultad, casi no", como cuando significa "luego que, al punto que", puede escribirse en la forma dicha, ó en esta otra, *á penas*.

Enhorabuena, en la acepción de "con bien, con felicidad", ó empleado "para denotar aprobación, aquiescencia ó conformidad" puede escribirse en la forma dicha, ó en esta otra, *en hora buena*.

Enhoramala, empleado para "denotar disgusto, enfado ó desaprobación" puede escribirse en la forma dicha, ó en esta otra, *en hora mala*.

Entretanto, en la significación de "mientras interin, ó durante algún tiempo intermedio", puede escribirse en la forma dicha, ó en esta otra, *entre tanto*.

Sobretodo, en la significación de "con especialidad, mayormente, principalmente", puede escribirse en la forma dicha, ó en esta otra, *sobre todo*.

Podrían citarse varios ejemplos análogos.

Parece que el DICCIONARIO habría debido seguir en todos los casos semejantes una misma regla, esto es, la de que todas las locuciones de esta clase pueden escribirse como una sola palabra, ó como varias; pero quien lo esperara se engañaría.

Así, por ejemplo, autoriza el que se escriba *á menudo*, pero no *amenudo; sin embargo*, pero no *sinembargo; tal vez*, pero no *talvez*.

La Real Academia Española, en la undécima edición del DICCIONARIO, declaraba que debía escribirse *verbi gracia*, y no *verbigracia; vice versa*, y no *viceversa;* mas ahora en la duodécima edición, 1884, enseña que debe

escribirse *verbigracia* y no *verbi gracia*, y *viceversa*, y no *vice versa*.

Á pesar de esto, agrega que, cuando se conserva la estricta ortografía latina, debe escribirse *verbi gratia* y no *verbigratia*.

Me parece que debería adoptarse una regla uniforme para todos los casos.

Particularmente, creo que convendría mantener y recomendar la práctica en la actualidad generalmente usada de escribir estas locuciones como una sola palabra ó como varias, en atención á sus distintos significados, ó á sus distintos oficios gramaticales.

Mediodía no es lo mismo que *medio día*.

La primera de estas expresiones puede significar:

1.º Hora en que está el sol en el más alto punto de su elevación sobre el horizonte, y de donde comienza á decaer.

2.º Viento, que viene derechamente de la parte de mediodía, opuesto á la tramontana ó norte.

Mediodía se usa también en la frase *hacer mediodía*, que vale tanto como detenerse en un paraje para comer el que camina ó va de viaje.

Medio día, escrito como dos palabras separadas, significa la mitad de un día.

Sin embargo, contra lo que exige una analogía incontestable, el DICCIONARIO, en vez de escribir *medianoche* para denotar la hora en que el sol está opuesto al mediodía, escribe *media noche*, ni más ni menos que si se tratara de designar la mitad de una noche.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

ADRIANA MORA

(Continuación)

Cuando Adriana se desprendió al fin de su pareja, Fabián se dirigió á ella, con la vista nublada, la cabeza zumbándole, como un hombre ebrio. Había tal desgarramiento en sus ojos, que ella comprendió que sufría cruelmente.

—¿Qué tienes? le preguntó alarmada.

—Creía que era sólo á Eduardo Rosas, respondió él con voz sorda; pero odio á cuantos se te acercan. El amor, que hace bueno á todo el mundo, me vuelve malo; parece que levantara en mi corazón todo lo que irrita y envenena.

—¿Sabes que tus celos van á ofenderme al fin?

—Sólo sé que te amo con desesperación y que este amor me causa miedo y martirio. Adriana, júrame que nunca me olvidarás.

—Te lo he jurado ya.

—Que suceda lo que quiera, me has de amar siempre.

Ella lo miró soñadora por algunos momentos.

—Espera, le dijo luego, levantándose de su asiento.

Dió algunos pasos hacia la puerta, y en seguida volvió donde él.

—Aquí no; espérame en el jardín, le dijo.

Al cabo de algunos instantes llegó al mismo banco en que poco antes habían estado juntos los dos, y pasó á Fabián, que la esperaba con impaciencia y misterio, un pequeño retrato suyo que traía en la mano. Él lo llevó á sus labios, y pudo ver vagamente algunas palabras escritas al pie con letras rojas, y casi húmedas todavía. Se acercó á un ramillete de luces que salía por entre una enredadera de madreselvas, y leyó este juramento de consagración absoluta:—«Tuya ó de nadie.»

Se pasó la mano por la frente, como si quisiera convencerse de que no era víctima de una alucinación, y dirigió á Adriana una mirada anhelante de duda y delirio.

—Sí, dijo ella con una mezcla inexpresable de candor y de pasión: ¡escrito con mi sangre!

Fabián quedó largo rato deslumbrado y como en éxtasis. Le pareció que la noche se alumbraba súbitamente con vivas claridades de aurora, y sintió que el rumoroso enjambre de todas sus ilusiones perdidas bajaba risueño y alado al fondo de su corazón.

—¡Adriana!...

Toda su alma vibró en ese nombre. Cayó á los pies de la hermosa joven, y besó con locura la blanca mano que había escrito aquellas palabras.—En ese momento era mil veces más feliz de lo que alguna vez creyó que podía serlo en la tierra un sér humano.

VII

El hombre ha conseguido detener hasta lo impalpable: al pensamiento con la imprenta, á la palabra con la electricidad. Pero no ha encontrado manera de retener al tiempo ni á la felicidad,—estas dos rápidas corrientes de las cuales, sin embargo, lo espera todo. Los días felices no tienen ayer ni mañana.

Fabián volvió asiduamente al palacio de la calle de Huérfanos; pero en lugar de mantener vivas y risueñas sus bellas esperanzas, cada vez que pasaba aquellos umbrales huía de su pecho alguna nueva ilusión, desplegando sus alas para no volver.

Enriqueta no procuraba disimular su hostilidad á ese amor que hería sus más inflexibles dogmas sociales.—Daniel había vuelto á entregarse al torbellino ofuscador del ocio dorado, y aunque su primera juventud estaba lejos, lanzaba, como antes, á galope tendido el carro de su vida por entre los pasatiempos del club, del *sport* y de los bastidores. Nunca se había preocupado excesivamente de las intimidades de su familia, y ahora que la veía en la opulencia, con todos los medios de ser aparentemente feliz, no era el mejor momento para principiar á inquietarse. Fabián tenía, pues, que confiar por completo en la resistencia pasiva de una joven bella, rica, caprichosa y cortejada,—todo lo que hay de frágil en la tierra.

Lo último que pierde un hombre ardientemente apasionado es la esperanza de ser querido; pero lo que pierde primero es la seguridad de serlo actualmente. Fabián vivía en la eterna angustia de los amores combatidos, y cuando abría su corazón á Adriana, buscando el rocío de

fe que debía templar su sed de seguridad, encontraba esta sola palabra, que era sin duda una confesión de amor, pero que no bastaba á saciarlo:

—¡Espera!

Parecía que Adriana no sospechaba lo angustiosamente largos que son los momentos pasados en la esperanza de de una dicha que no llega.

Por otra parte, la situación violenta en que se encontraba colocado debía tener algún día término, y no podía él hacerse muchas ilusiones de un desenlace favorable. Sabía que tenía un rival, protegido de Enriqueta. Á menudo se encontraba con Eduardo Rosas en aquel salón donde iba á buscar el aire necesario á su vida, y donde, sin embargo, se sentía ahogar.

Adriana no ocultaba su preferencia por Fabián, pero ya no tenía por Eduardo aquel indiferente desdén de que al principio había dado pruebas. Lo recibía como á otro cualquiera, y aceptaba sus frases de ropa hecha con la indulgente satisfacción con que una mujer que se sabe hermosa escucha toda lisonja. Fabián habría deseado que especialmente para Eduardo, no tuviese ella mas que fastidio y desprecio.

Si alguna vez, en las alternativas de su humor disparejo, se mostraba ella más dócil á las exigencias de Fabián, Enriqueta se encargaba pronto de apagar la vacilante luz que penetraba en el espíritu del joven.—No pasó mucho tiempo sin que él comprendiese que era aceptado como por obligación en aquella casa. Encontraba siempre al llegar aquel aire de desazón con que se recibe una visita que no es posible despedir, pero á la que no se desea tampoco ver. Comparaba la actitud incómoda y reservada de Enriqueta para con él, á la invariable y

complaciente sonrisa que tenía para Eduardo, y se veía obligado á economizar su presencia en cuanto se lo permitía la irritante lucha de su altivez con su pasión.

Á no ser por Daniel, que no sospechaba todo eso, y que solía jurarle que lo obligaría á un penitente ayuno si no lo acompañaba á su mesa, Fabián se habría visto bien alejado de Adriana. La inactiva protección de Daniel, empero, no bastaba a detener la obra amarga y desalentadora de Enriqueta, que mataba una por una las esperanzas del joven,—lentamente, pero con la seguridad pertinaz del barreno que se retuerce y penetra sin cesar en la herida que va abriendo. Sentía él que la tierra amenazaba faltarle en su penoso camino, y adivinaba el abismo que debía abrirse á sus pies. Se produciría al cabo una situación en que Adriana tendría que elegir entre él y su madre,—horrible prueba de que todo hombre de honor procura salvar á la mujer amada.

Acababan de comer.—Adriana, sentada junto á Eduardo, se había mostrado alegre y decidora, hablando alto, empeñada en evitar toda conversación singular con él. Fabián estaba al frente.

Al levantarse de la mesa, Enriqueta se volvió á Eduardo.

—Daniel no ha venido, le dijo; ¿querría usted acompañarnos al teatro?

—Señora...

—No se admite excusa, interrumpió ella con su más graciosa sonrisa.

—Al contrario, señora, le doy á usted mis agradecimientos; tendré el más vivo placer en acompañarla.

Enriqueta se dirigió en seguida á Fabián.

—¿Y usted, Fabián?

El tono de la invitación no dejaba lugar á duda. Él se excusó, pretextando una ocupación cualquiera.

Adriana bajó los ojos con muda protesta.

Enriqueta parecía vigilar las oportunidades de ajar entre sus desdeñosas manos el amor propio de Fabián. En otro tiempo, uno solo de esos desdenes habría bastado para que él no hubiera ofrecido ocasión de que se repitieran; hoy los soportaba entre indecibles esfuerzos por dominar las irritadas sublevaciones de su orgullo, haciendo á su amor un doloroso sacrificio que Adriana no alcanzaba tal vez á comprender en toda su extensión. —Sin embargo, la medida se llenaba ya, y Fabián sentía que la amargura de su alma estaba próxima á desbordarse.

Enriqueta y Adriana se habían retirado á sus aposentos para disponerse á salir. Fabián, devorando trabajosamente aquella humillación impuesta delante de un rival, saludó fríamente á Eduardo, por cuyos labios vagaba una sonrisa burlona de triunfo, y salió á la calle. Había dado algunos pasos, cuando vió caer una flor á sus pies: la ventana del cuarto de Adriana estaba entreabierta, y el traje claro de la joven se vislumbraba en la sombra.

—¡Te amo; confía en mí!

Y la ventana se cerró rápidamente. Fabián se llevó la flor al corazón, pero no consiguió calmar sus palpitaciones intranquilas. El aire fresco de la noche había disipado la nube perturbadora y enervante que lo envolvía cuando se hallaba en presencia de Adriana, y se preguntó con cólera si era digno volver á esa casa.

Entró á su cuarto dominado por un abatimiento que hasta entonces no había sentido, y se echó á la cama con la cabeza turbada y el corazón oprimido. La luz del

nuevo día lo sorprendió cuando aún revolvía en su imaginación mil proyectos imposibles de cumplir. El cansancio lo adormeció al fin durante algunas horas, y despertó repitiéndose una vez más, como si esta idea se resistiese á penetrar en su inteligencia, que no debía volver á casa de Enriqueta.

Se contuvo ocho días, alentándose con la esperanza de que Adriana lo llamaría. Adriana permaneció muda. Antes de que hubiera pasado otra semana, Fabian se sintió vencido: la imaginación sabe encontrar siempre algún ingenioso razonamiento para convencernos de que es una torpeza resistir á lo que nos atrae.—Fabián discutía consigo mismo, caminando al acaso, y mientras procuraba acallar las últimas protestas de su orgullo, se acercaba maquinalmente á la calle de Huérfanos. Al llegar delante de la puerta, cesaron de golpe sus vacilaciones. Penetró naturalmente, resueltamente, como si no hubiese pasado ni un instante por su cabeza el pensamiento de que no debía hacerlo.

Cuando entró al salón, alcanzó á sorprender los pliegues del vestido de Adriana que se perdían tras la puerta del fondo.—Enriqueta había quedado sola, sentada junto á una mesa, hojeando distraídamente un periódico de modas.

Después de cambiar algunas frases con ella y de informarse de Daniel, Fabián se mostró sorprendido de no encontrarla acompañada de su hija.

—No ha salido hoy de su cuarto; está indispuesta, replicó ella.

Evidentemente lo engañaba; ¿estaría Adriana de acuerdo con su madre?—Fabián se retiró, no sólo desesperado, sino con cierta extraña impresión de dolor físico,

como si hubiese recibido en el rostro una bofetada.

Llegó á su casa, y se dejó caer quebrado sobre un sillón.

—¡Esto es ya demasiado! exclamó con voz sorda.

Y clavándose convulsivamente las uñas en el pecho, como si quisiera arrancarse á pedazos el corazón, repetía con rabia:

—¡Soy un miserable! me he humillado lo bastante para que ella me desprecie.

En aquellos instantes, el orgullo habló más alto que el amor, y el despecho venció al sufrimiento. Por sobre todas sus impresiones, vibraba este insulto que le azotaba la cara con el chasquido de un látigo:

—¡Despedido!

Como si asistiese á una extraña escena en que él fuese á la vez actor y testigo, se reproducían claramente en sus oídos aquellas palabras pronunciadas algunos meses antes:

—Ya no nos veremos como hasta ahora.

—¿Por qué?

—¡Mi madre es rica, y tiene ideas tan singulares!

—Comprendo: debo retirarme, si no quiero encontrar un día cerradas las puertas de tu casa.

—¡No será, mientras yo viva!

Había llegado, al fin, aquel día que él temía, y ella olvidaba su juramento. Débil y cobarde, se dejaba vencer por el primer obstáculo que encontraba en su camino.—Fabián sintió subirle á la frente, como en una ola tibia de sangre, todas las humillaciones inútilmente soportadas.

Pero no; era imposible que Adriana se hubiese confabulado con Enriqueta para despedirlo de esa manera:

su imaginación enferma estaba forjándole importunos fantasmas. Lo que había pasado era natural: Adriana no lo vió llegar, no supo que él estaba allí y no salió á saludarlo. Tal vez en esos mismos momentos en que la acusaba injustamente, estaba ella pensando en la manera de desvanecer hasta la sombra de duda que pudiera haber penetrado en su espíritu.

La confianza lo ganó con la misma facilidad con que lo había doblegado el abatimiento, y apagó indignado la chispa de venganza que había cruzado como un relámpago por su cabeza agobiada. Su corazón se abrió risueño á la esperanza y sus labios al nombre de Adriana. Durmió tranquilamente, seguro de que recibiría al despertar una palabra cariñosa de explicación. Por la mañana se levantó despacio, como si diese tiempo para llegar á la carta que esperaba. Abrió su balcón, pordonde penetraron como jugando el aire y el sol de una templada mañana de invierno, y estuvo largo rato recorriendo con la vista las columnas de su diario, sin leerlas y casi sin verlas. Llamó al fin a su sirviente, procurando probarse á sí mismo que estaba tranquilo.

—¿Han traído algo para mí?

—Nada, señor.

—¿No tengo alguna carta? insistió, como si temiera que el sirviente se hubiese olvidado, y quisiera recordársela.

—No, señor.

Esperaría otro rato; era demasiado temprano aún.— Nadie que alguna vez haya aguardado una carta de amor que tarda en venir, ha dejado de tentar un recurso cuyo éxito parece siempre infalible: salir á la calle sin objeto alguno, ó más bien con el único objeto de encontrarla

al volver. Fabián se echó á vagar sin tiempo y sin rumbo, seguro de que la carta de Adriana llegaría en su ausencia.

Pero ella no le escribió ese día—ni después. Fabián esperaba, á pesar de todo, pero ya con más angustia que fe; se aferraba nerviosamente á esa ilusión, única tabla que veía flotar en su naufragio.—Caía ya la noche, y pensando en ella, se había dejado arrastrar inconscientemente á la calle de Huérfanos, cuando vió entrar en casa de Mora á Eduardo Rosas, que lo saludó sonriendo. Fabián habría querido lanzarse sobre él y estrangularlo. Al pasar por la puerta, sintió la impresión de un brazo de hierro que lo cogía y empujaba adentro. Apuró el paso, como si escapase á las tentaciones de un crimen. No le tocaba á él llamar á esa puerta; ya había hecho, hasta donde se lo permitía la dignidad, el sacrificio de su amor propio.

Cada día que pasaba irritaba sus deseos de poner término á esa incertidumbre envenenada, que se le hacía más insoportable que la seguridad de una desgracia.—Buscaba en su cerebro alguna razón para persuadirse de que no debía romper con Adriana antes de oirla. Ella lo amaba, estaba de ello seguro; la última vez que la había visto había recibido una prueba de amor y una palabra de aliento; nada le probaba que ella hubiera cambiado.—Pero ¿por qué se amurallaba en ese inexplicable silencio?

Una mañana, después de veinte días de lucha, cuando lo abandonaban hasta las últimas fuerzas de la fiebre, recibió, junto con una invitación de los esposos Mora para tomar el té en su casa, una carta de Adriana.

"*12 de agosto.*—Te espero esta noche. He sufrido más

que tú. Ven dispuesto á devolverme siquiera en compasión todo el amor que te tengo.—ADRIANA.»

Esas líneas estaban mui distantes de ser una explicación. Pero Adriana lo llamaba al fin. Sin comprender otra cosa en aquella carta que leía por centésima vez, y sin tratar de explicársela, Fabián presentía que esa noche tendría una influencia decisiva en su vida, y que al acudir á la cita de Adriana iba á jugar su porvenir.

VIII

Fabián no se explicó la extraña impresión de miedo y sobresalto con que pisó el salón donde iba á encontrarse al fin con Adriana.—Siendo niños, todos hemos sentido esa súbita y penetrante conmoción cuando la voz del examinador nos ha llamado á la terrible mesa en que debe decidirse nuestra suerte de un año.

Hizo esfuerzos por dominarse, y fué á saludar á Enriqueta. Ella lo recibió con una amable sonrisa, que jamás había merecido Fabián desde los tiempos, ya lejanos, en que la pobreza la hacía más humana.

—¿Por qué nos tenía usted olvidadas tantos días? le preguntó, como si diese una afectuosa queja al más deseado de sus amigos.

Fabián quedó perplejo. Esperaba encontrar amante y consoladora á Adriana, y por eso mismo temió ver á Enriqueta más hostil que nunca. Su inusitada amabilidad le produjo una vaga inquietud.

—Por desgracia, señora, le dijo, es ese un reproche que no merezco.

Y procuró leer en los ojos de Enriqueta el fondo de su pensamiento.

Ella continuaba sonriendo graciosamente; Fabián, lejos de tranquilizarse, encontró casi lúgubre aquella sonrisa. Quiso alejarse de Enriqueta, á cuyo lado se sentía mal, y buscó á Adriana. La joven bailaba con Eduardo Rosas: la siguió largo rato con la vista, pero como si ella evitase estudiadamente sus miradas, no se volvió hacia él una sola vez. Su angustia se hizo tan visible, que Enriqueta sintió un movimiento de compasión, y casi de temor.

—¿Está usted mal? le preguntó con sincero interés.

—Sí, replicó sencillamente Fabián; ¿á qué ocultárselo á usted, puesto que lo sabe?

Había en esas palabras una franca y dolorosa acusación de largas injusticias devoradas mucho tiempo en silencio. Enriqueta se conoció culpable, un destello de arrepentimiento penetró en su conciencia, y guardó silencio.—Adriana había vuelto á su asiento, y sin duda había pedido á Eduardo que la dejase sola. Era el momento que Fabián esperaba. Al verlo sentarse al lado de su hija, Enriqueta se encogió de hombros, pareció sacudir todo resto de piedad, y la misma sonrisa provocadora y sarcástica volvió á vagar por sus labios.

Cuando él le tendió la mano, Adriana se puso intensamente pálida y bajó los ojos. Habría dado mucho por ver todavía distante aquel momento que ella misma había buscado.

—Adriana, ¿has pensado en mí? le preguntó con voz lenta.

—En todo los instantes del día y de la noche. He velado muchas veces pensando en tí.

—¿No adivinabas que yo sufría?

—He medido por los míos tus sufrimientos.

—¡Y callabas, sin embargo, y me dejabas lejos!

Adriana entreabrió los labios en ademán de hablar, pero quedó silenciosa.

—Vamos, Adriana ¿qué significa este misterio? Dímelo todo, porque este absurdo silencio concluirá por hacerme perder la razón.

—Fabián, es que quieren separarnos para siempre

—¿No me amas ya?

—Sufro demasiado.

—Yo he sufrido en estos días más de lo que se puede sufrir en toda una existencia; pero mi amor, que vibraba más intenso mientras más afligido, me ha dado fuerzas. Has dejado pasar veinte días sin enviarme una sola palabra de consuelo; al fin me has llamado, y lo he olvidado todo. ¡Oh! he tenido mucho que luchar para matar cuanto se irritaba y se sublevaba dentro de mí, al pensar que la última noche que vine aquí, me despediste como á un importuno.

—¡Fabián!

—No te acuso, te cuento mis dolores. He venido, á pesar de todo, porque no hay sacrificio alguno, por doloroso que sea, que no me haga dulce una palabra tuya. Sabes que mi vida está en tus manos. Acabas de decirme que tratan de separarnos para siempre, y ahora leo en tus ojos no sé qué de crueldades desconocidas. Habla, Adriana; después de lo que he sufrido, no hay nada que pueda matarme.

—¡Tengo miedo!

—¿Por qué?

—Porque vas á acusarme, vas á odiarme tal vez.

—Sólo hay una cosa que me haría odiarte á tí, á la vida y á mí mismo: ¿amas á otro?

—Te amo á tí, Fabián.

—No me ocultes nada, entonces. Teniendo tu corazón, no hay desgracia alguna que pueda herirme. Lucharé contra todo, y me será dulce saber que no lucho solo ni en vano. Aun en estos días de inexplicable silencio he sentido un punzante placer en sufrir por tí, porque no he perdido la fe. El amor no muere de pesares, sino de indiferencia. No pido otra cosa á la vida que morir por tí, pero morir amándote y amado.

—Óyeme, pues. No sabría decirte qué horrible noche fué aquella en que me obligaron á alejarme en los momentos en que tú entrabas: lloré tanto, que Dios se compadeció de mí, y me envió al fin aquella insensibilidad enfermiza que hace perder hasta la conciencia de la propia vida.—Tres días después me llamó mi madre; desde esa noche, no había yo salido de mi cuarto un solo instante. Me hacía la ilusión de que la tristeza, la soledad y el amor acabarían por matarme, pensando en tí, hablando de mis penas con tu imagen. Mi madre acababa de tener una larga entrevista con Eduardo Rosas. Me recibió con severidad, me reprochó lo que ella llamaba una obstinación insoportable y ridícula, me advirtió que esperaba no verme encerrada á perpetuidad en mi aposento, y luego, cambiando de tono, me dijo que se había ocupado en mi porvenir, porque no tenía otra ambición que verme feliz.

—¿Qué piensas de Eduardo Rosas? me preguntó.

—No he pensado en él más que en otro cualquiera.

—Acaba de pedirme tu mano: ¿qué debo contestarle?

—¿No lo adivina usted? Si él se ha dirigido á usted antes de insinuarme siquiera á mí misma sus proyectos, es porque no debe tener dudas sobre mis sentimientos.

—Es decir...

—Que no acepto el honor que Eduardo Rosas quiere dispensarme.

—¿Y si yo lo hubiera aceptado ya?

—Me faltaría ver si existe un hombre bastante odioso y miserable para obligar á ser su esposa á una mujer que no podrá amarlo jamás.

—¡Basta! he resuelto que este matrimonio se verifique dentro de un mes; te queda tiempo todavía para pensar; —para obedecer, agregó con un gesto de impaciencia.

Me retiré nuevamente á mi cuarto, pero esta vez no pude llorar; parecía que se habían secado todas mis lágrimas. En medio de mi abatimiento profundo, no encontraba energía sino para resistir hasta á la idea de ser esposa de otro que tú. Estaba resuelta á dejarme morir antes que consentir en ese matrimonio. ¡Pero tú no sabes cuánto puede una madre! Rogué, luché, me resistí; ella se mantuvo inflexible. Por un momento pensé confiarme á mi padre y buscar apoyo en él. Pero mi padre tiene horror á cuanto puede turbar su tranquilidad, y me habría dejado sola. Esta mañana, mi madre me ha anunciado que todo está ya definitivamente convenido con la familia de Eduardo Rosas.

Fabián había escuchado con una impasibilidad más llena de sordas tempestades que la indignación ó la cólera; ni un solo músculo de su rostro se había movido.— Cuando ella concluyó, alzó él los ojos que había tenido clavados en el suelo.

—¿Y tú? le preguntó secamente.

—Estoy desesperada.

—¿Te casas con otro?

—Tendré que obedecer á mi madre; pero te amo siempre á tí!

Él quedó aturdido y desatentado, como si hubiera recibido un golpe de maza en el cráneo. No comprendió lo que había de extrañamente femenino en las últimas palabras de Adriana, ni había procurado tampoco explicarse cómo podía ella bailar largamente con Eduardo, después de tanta desesperación y resistencia como aseguraba causarle aquel matrimonio.—Aun teniendo el corazón más tranquilo y la cabeza más despejada que Fabián, no es fácil, á menudo, descifrar los insondables enigmas del corazón de una mujer.

Fabián se recobró al fin, y se dió cuenta de lo que había pasado y lo que acababa de oír. Se puso de pie, pálido, convulso, y se alejó de Adriana sin mirarla. Sentía la cabeza desvanecida, y le parecía que los objetos daban vuelta á su alrededor. Atravesó el salón como un sonámbulo, enredándose en algunas parejas que lo cruzaban danzando, y, una vez en la calle, tomó maquinalmente el camino de su casa. Algunos cocheros y lacayos que esperaban á sus señores, al ver pasar á ese joven que caminaba con paso mal seguro, de frac y sin sombrero en una helada noche de invierno, se rieron de una manera burlona y envidiosa que parecía decir:—¡quién pudiera!

Inmóvil, sombrío, tendido sobre su cama, con el brazo doblado en la almohada y la cabeza apoyada en la mano, Fabián permanecía extraño á toda idea y objeto externo. El mundo entero desapareció para él. Creía encontrarse en un inmenso vacío, en el cual no quedaba de vivo sino él—para sufrir. Como dentro de sí mismo, no había en cuanto lo rodeaba más que silencio, soledad y

ruinas. Todo lo que tenía de sensible y doloroso en su alma se retorcía y se quebraba en un espantoso derrumbamiento.

No encontró una lágrima en sus ojos ni un gemido en su garganta.—Adriana iba á ser de otro, se lo había dicho: eso era lo único que penetraba en su espíritu y lo llenaba con la persistente absorción de una idea fija, y en medio de un doloroso estupor que amenazaba apagar el fulgor debilitado de su razón. Los grandes dolores morales tienen una especie de percusión física: Fabián sintió un quebrantamiento agudo del cuerpo, como si le hubiesen dislocado los huesos. Algún suspiro desgarrado y casi sollozante, que parecía oprimirle el pecho, era la única señal que, á intervalos, daba de vida y sensibilidad.—Pasó una de esas noches en que el hombre deja caer su cabeza entre las manos, hundiendo los dedos en sus cabellos negros, y la aurora del nuevo día lo sorprende con los ojos fijos y rojos, los labios secos, la frente ardiendo, en la misma actitud—¡pero con la cabeza encanecida! Tiempo, oscuridad, silencio, luz y ruido, toda sensación y toda idea desaparecen en esta única vibración de cuanto queda vivo en nuestro sér — el Dolor.

La voz de su sirviente, que entraba por la mañana como de costumbre, lo sacudió de aquel letargo semejante á la muerte. Le traía su sobretodo y su sombrero.

—De casa del señor Mora, le dijo.

—¿Nada más? preguntó Fabián, mientras un relámpago de vida brillaba en sus ojos.

Por un momento, cruzó por su cabeza una loca esperanza. Se incorporó anhelante; el corazón le latía con

violencia; habría dado su vida por una palabra de Adriana.

—Nada más, contestó el sirviente.

—¡Retírate!

Y cayó de nuevo en su horrible aturdimiento.

JACOBO EDÉN.

(Continuará.)

AMOR DE CIELO

(ROMANCE ESCRITO POR PEDIDO DE MI AMIGO DON CARLOS RISOPATRÓN, Á QUIEN LO DEDICO, Y LEÍDO EN EL PRIMER CONCIERTO DE "EL CÍRCULO CATÓLICO" EN LA NOCHE DEL 19 DE SEPTIEMBRE.)

I

Es la joven Clementina
el encanto de sus padres;
si por hermosa admirada,
querida por su carácter.
Dieziocho años sólo cuenta;
pero es su rostro tan grave
que, á no haber fe de bautismo,
bien pudiera asegurarse
que tenía cinco más
que en los libros parroquiales.
Poco á ella le importara,
pues no se ocupa en edades,

y cinco años, más ó menos,
ni la alegran ni la abaten.
Demuestra, más que años, gracias;
y más que gracias, bondades.
Su corazón es tan puro,
tan natural su donaire,
su belleza tan notoria
y tan esbelto su talle
que, á porfía, han de admirarla,
cuando de paseo sale,
y nunca falta quien diga:
"¡Benditos sean los ángeles!"

II

Su madre, digna señora,
que sólo con ser su madre
para tenerla mimada
encuentra causa bastante,
con su experiencia la guía;
con su ejemplo, la hace grave;
con su piedad, fervorosa;
sencilla, con sus modales;
virtuosa, con sus consejos;
con sus lecciones, afable;
y, en fin, con su corazón,
hija cual pocas amante.
Porque adora en Clementina
con toda el alma su madre;
dulce y preciado tesoro
que, con ternura inefable,

recibió del cielo en premio
de su casto amor constante.

III

¡Amor ingenuo, amor puro,
santísimo amor de madre!
¿dónde está el símil que logre
con rasgos fieles pintarte?
Tú invades el corazón
de la mujer, como invade
las bóvedas eminentes
el són majestuoso y grave
del órgano del santuario
en cánticos admirables;
así despiertas los ecos
de armonías celestiales,
adormidos en el alma
de la mujer, y la atraes
á sublimes sacrificios,
sin que la arredren afanes,
ni obstáculos la detengan,
ni la amedrenten pesares.
¡Salve á tí, amor maternal,
de esplendores divinales!
¡Salve, destello fulgente
de la esencia de Dios! ¡Salve!

IV

Bien pagaba Clementina
el afecto de sus padres

con extremosas caricias
y atenciones singulares.
—"¡Afortunados aquellos
que tienen hijos amantes!"
díjole, al darle un abrazo,
cierta mañana su madre.
Sonrióse la doncella
con una sonrisa de ángel;
pero, de pronto, volviendo
su pensamiento á la frase,
entre asombrada y medrosa,
dijo con triste semblante,
cual si á su cándido pecho
la amarga duda golpease:
—"Madre mía ¿acaso alguno
tan vil puede haber que no ame
con amor profundo y tierno
á su padre y á su madre?...
¿tan indigno, tan osado
puede acaso existir alguien
que no escuche sus consejos
ni sus órdenes acate?"...
Quedó la madre suspensa
por unos breves instantes,
sin resolverse á decirle
¡ay! cuán poco es lo que valen
frecuentemente en el mundo
los vínculos de la sangre.
—"¿Es posible, madre mía,
siguió la niña anhelante,
que alguien olvide, insensato,
que los padres son imagen

del Eterno, y les debemos
ternura fiel y constante?»
De lo más hondo del pecho
lanzó un suspiro la madre,
atrajo á sí á la doncella,
y en la frente un beso dándole,
—«Hija mía, respondióle,
hija del alma, adorable,
¡no sabes lo que es la vida,
lo que es la tierra no sabes!...
¡Que jamás turben tus horas
del mundo los fieros males!
¡En él, por cada acción buena
hay innúmeras maldades,
y por minutos de gozo
horas de crueles pesares!...
¡No sabes lo que es la vida!
lo que es la tierra no sabes!...
¡Hija, tu patria es el cielo,
que es la patria de los ángeles!...»

V

¿Qué visión del porvenir
cruzó el espacio impalpable,
evocada por la mágica,
solemne voz de la madre?
¿Qué fúnebres melodías,
qué fantasmas aterrantes
surgieron en el vacío
en tan oportuno trance?...
Terribles sombras velaron

de la doncella el semblante
y fluyeron de sus ojos
de lágrimas dos raudales.
¿Fué inspiración? ¿profecía?...
¿qué fué?... Desde aquel instante,
en el pecho de la niña
se grabaron inmutables,
como con letras ardientes,
las palabras de la madre:
"¡No sabes lo que es la vida,
lo que es la tierra no sabes!...
¡Hija, tu patria es el cielo,
que es la patria de los ángeles!..."
Desde ese instante supremo,
con sentencia irrevocable
fijó su propio destino
la doncella. Luz radiante
brilló en sus lindas pupilas,
y con sonrisa inefable
dijo, clavando los ojos
allá... en la esfera insondable:
—"¡Virgen mía, ya soy tuya!...
¡Me iré al pie de tus altares!..."

VI

Dos y tres meses pasaron,
los meses primaverales,
y una, y dos y muchas veces
pidió la niña anhelante
de la virgen solitaria
los misteriosos hogares.

Á sus continuas instancias
respuestas daba su padre
dilatorias ó evasivas,
por hacer que el tiempo pase,
y ver si al cabo disipa
vocación que cree mudable.
Pero la triste doncella,
comprendiendo bien sus planes,
abundante lloro vierte,
que no apaga el fuego que arde
en su pecho, y poco á poco
su cuerpo y salud abate.
Pálida está Clementina,
inquieta y mucho su madre,
y su padre en mil congojas,
puesto que ve disiparse
los castillos que formara
su fantasía en el aire.
Fatigado, no rendido,
de aquella lucha incesante,
entre el llanto de la hija,
las súplicas de la madre
y los propios pensamientos
que en su cerebro combaten
¿cuáles serán sus angustias,
su dolor y sus pesares!

VII

Y para mayor tormento,
para colmo de sus males,
cuando su única hija intenta

del dulce hogar ausentarse,
tiene en memoria al que ansía,
joven, apuesto, arrogante,
escuchar de Clementina
una sola voz amable,
una ligera esperanza
que su anhelo de amor calme.
¡Ay, desdichado mancebo,
no busques remedio en balde
á las cuitas de tu afecto,
que no podrán remediarse!
¡Ay, olvida, olvida, joven,
á la hermosa á quien ligaste
con lazos de amor castísimo
tu corazón; porque nadie
arrancar podrá del alma
de la doncella adorable
el sublime amor de cielo
que, cual sagrado fuego, arde!

VIII

Encerrado en su aposento,
echada á las puertas llave,
silencioso llanto vierte
el infortunado padre.
De pronto, siente que llaman,
golpeando con modo suave,
y una voz grata á su oído,
que le dice:—"Soi yo, padre".
Con febril desasosiego
enjuga el llanto, y con arte

disimulando su pena,
una de las puertas abre.

IX

Suelto el blondo cabello, la faz pálida
bañada en triste llanto, Clementina,
sollozando convulsa, ante su padre
se puso suplicante de rodillas.
—"¡Hija! ¡Levanta!"
—"¡Padre idolatrado!
¡dame el deseado bien!... ¡Dame la vida!...
Al claustro solitario tiende mi alma,
padre, con ansia inextinguible!"..
—"¡Ay! ¡Hija!...
¡venciste, al fin!... ¡Tu voluntad se cumpla!..."
con desesperación, dijo, infinita
el padre infortunado, y un lamento
se oyó como suspiro de agonía.
—"¡Dame tu bendición, padre adorado!
clamó siempre á sus plantas Clementina,
¡dame tu bendición, y mis afanes
con paternales ósculos disipa!"
Los brazos tiende, en ellos la recibe
y, cual si fuera eterna despedida,
trémula acariciándola, en su frente
toda el alma en un beso deposita!

X

Mediaba ya la noche. En el oriente,
precursor de la luna aparecía

creciente resplandor. Enviando al cielo
luminosos efluvios, tras las cimas
que al horizonte de lindero sirven,
la nocturna viajera disponía
su grave marcha sideral. En tanto
se apercibe luciente á la salida,
las estrellas cercanas, ya medrosas
de aquella brillantez, á toda prisa
solitario dejaban el espacio
por donde el astro pálido subía.
Silenciosa, tranquila, descuidada,
entre la densa oscuridad dormida
yacía la ciudad. Indiferente
al cuadro que en la altura se ofrecía
todo callaba, todo. Á la distancia
se alzaban colosales las andinas
cumbres, envueltas en plomizo manto
de nieblas, que á las faldas descendía,
y con vigor sus ásperas siluetas
en la amplia y negra bóveda imprimían.

XI

Leve ruido se oyó, y entre las sombras,
que ya el rayo lunar desvanecía,
con tardo paso y faz desencajada
el padre apareció de Clementina.
Expresando ya cólera, ya hastío,
genio semeja de la noche fría;
y pues que en medio de las sombras vaga
nada hay que alegre su alma dolorida.

Se detiene, por fin, y así apostrofa
al mundo y sus placeres y falsías:

XIII

—«Por tí la vista tendí
cuando en tí, mundo, me hallé
y de tal manera fué
que me vi fuera de mí!...
Ya fuera de mí, corrí
por tí con loca ansiedad...
y conocí la verdad
del placer que en tí se alcanza
¡que comienza en esperanza
y no llega á realidad!

«¡Placer!... como tal, querido;
si bien querido, ignorado;
cuanto ignorado, buscado;
por buscado, no obtenido!
para el humano, escondido
jamás procuras estar;
mas tu esencia singular
de tal suerte se reparte
que si es difícil hallarte
¡lo es más... saberte buscar!...

«¡Placer!.. ¡Placer!... ¿dónde está
lo que tu esencia no encierra?...
¡Cuanto hay en la haz de la tierra
aliento á tu esencia da!...
En vano pretenderá

el dolor borrar tu encanto:
con su cortejo de llanto
el dolor te da favor...
pues el llanto del dolor
es... ¡el placer del quebranto!...

"¡Llorar!... sublime placer
del alma en pedazos rota!
que del llanto en cada gota
siente la vida correr!...
¡Placer!... ¡inunda mi sér
que ya en lágrimas se inunda!...
¡Congoja!... tu llanto infunda
en mi sér segura muerte...
¡porque sea tal mi suerte
que llanto y placer confunda!...

XIII

El mísero calló. La luna, en tanto,
envió á su frente lumbre peregrina,
y, arrollando las sombras tenebrosas,
mostró en la altura plácida sonrisa.
Alzó la vista al cielo el desdichado,
y sintiendo en el alma aguda espina,
cayó de hinojos y besó la tierra
por su abundoso llanto humedecida.
—"¡Perdóname, Señor!... ¡Tú la escogiste!...
¡Y aunque era el bien de mis cansados días,
la llevastes al pie de tus altares!...
¡Tu santa voluntad sea bendita!...

ANTONIO ESPIÑEIRA.

LA HABANA INTELECTUAL

VISTA DESDE LOS ANDES

(Conclusión)

IV

Respecto de las Bellas Artes, al destinarles una sección la REVISTA DE CUBA, la inauguró con estas palabras:

"¿Qué es entre nosotros la Arquitectura? *Non raggionam di lor...* No hay más que ver, y reírse.

"La Escultura, arte verdaderamente mitológico en Cuba, no ha pasado aún de la primera infancia, lo que pudiéramos llamar *la edad del yeso.*

"La Pintura cuenta con algunos inteligentes aficionados y más de un distinguido profesor; y de vez en cuando se oye decir algo de un cuadro notable ó de un paisaje excelente; pero no hay campo fecundo para la crítica donde faltan museos, galerías particulares y exposiciones públicas y periódicas.

"... Es la música el arte que ha sido cultivado en Cuba con más afición y más felices disposiciones."

Efectivamente, en materia de Escultura casi nada no-

tician los periódicos: una estatua de Santo Tomás de Aquino, de dos metros de alto, obra de Miguel Melero, el director de la Escuela de Pintura y Escultura de San Alejandro; un busto de Saco; un monumento al obispo Espada; proyecto de otro á Cortina. «Todo lo que hay cabe en un coche», como se decía de los *whigs* en tiempo de Pitt.

En Arquitectura, la colocación, efectuada en 23 de enero de 1884, de la primera piedra para el edificio de la nueva Universidad. Parece que van á hacer un monumento grandioso, debido á las gestiones del señor José Güell y Renté. Pero creemos que se forja una ilusión generosa este distinguido senador cubano cuando pronostica que la futura Universidad habanera va á ser un centro de atracción para la juventud de todas las naciones latino-americanas, algo así como fueron la de Bolonia y la de Soborna para los europeos en otros siglos; porque en estas repúblicas las hay también, y progresan, y la Habana está en condiciones de adelantar paralelamente con ellas, pero no de dejarlas atrás. Nunca podremos ofrecer ventajas para la práctica de los idiomas extranjeros, y esto es esencial; á los hijos de las familias católicas no los podremos afirmar en creencias que cada día se debilitan más en nuestro profesorado; y respecto de las filosofías racionalistas y de la ciencia en general, gran revolución ha de haber en el mundo de la inteligencia, si llega el día en que cuanta doctrina se enseñe en Cuba no sea, como hoy, reflejo ó copia de lo que se piensa y se hace en los países que nos quedan al norte. Y ¿qué ventaja habría en dejar los ríos por el arroyo?

De otra obra tenemos que hablar, pero separándonos algo de nuestro plan. Nos referimos al teatro de la Ca-

ridad, construido recientemente en Santa Clara, y que es obsequio generoso de la señora doña Marta Abreu de Estévez á su ciudad natal. Dirigió la obra el señor Herminio Leyva. Su estilo arquitectónico, según LA PERSEVERANCIA de Santa Clara, es un estilo propio, es una composición que, sin pertenecer estrictamente á ninguno de los cinco órdenes clásicos, puede decirse que es lo que en París llaman «arquitectura privada del siglo XIX». «Por su figura arquitectónica, es superior á los de la Habana y aun á los de Matanzas.» Como símbolo del drama antiguo y el moderno, ostenta en el vestíbulo los bustos de Calderón y Echegaray, obras del artista habanero señor Miguel Melero.

En Pintura, la misma Academia nos suministra las únicas noticias que poseemos de adelantos recientes. «Esta escuela fué establecida el 12 de enero de 1818 por la Real Sociedad de Amigos del País, de la Habana. Fué luego declarada Instituto oficial y puesta bajo la protección del célebre intendente don Alejandro Ramírez. Inauguró sus trabajos el pintor francés Vernay, padre de nuestro querido amigo Claudio Vernay, al que sucedieron Mr. Colson, Leclerc, Morellí, Ferrán y Cisneros. Todos estos pintores obtuvieron su empleo por oposición.» Cisneros era salvadoreño, y murió en 1878. Lo sustituyó Molero. «Este año (1884) ha tenido la Academia 449 alumnos, 297 jóvenes y 94 señoritas, en dibujo elemental, y 51 de los primeros y 7 de las segundas en estudios superiores.» (1)

La Academia celebra exposición anual en el mes de julio. Entre los trabajos de 1884 vemos citados con en-

(1) Fornaris, CORREO DEL DOMINGO.

comio uno de Miguel Ángel Melero, *Entrevista de Alfonso el Sabio con Gregorio X, en reclamación del trono de Alemania*; un *Felipe de Champagne* (copia), y *Una niña pidiendo aguinaldos á su madre*, por la señorita Elisa Visino; un *Cupido* y una *Venus de Milo*, por la señorita Adela Betancourt; una copia de H. Vernet, de *Un esposo defendiendo á su esposa amenazada de muerte por el enemigo*, por la señorita Elvira Jarafa; copia del *Cristo* de Leonardo da Vinci, por la señorita Adriana Villini; copia del *Diluvio* de Poussin, *Una aguadora* y *El incendio de Roma* en tiempo de Nerón, por la señorita Rosa San-Pedro; copia de la *Atala* de Girodet, por la señorita Magdalena Kellen; *Santa Teresa*, por la señorita Elisa López; copia del *Sinforiano* de Ingres, y *Dos hermanas*, por la señorita Aurelia Cabrera Casañas; copia de un *Fauno* de Miguel Ángel, por la señorita Dolores Alburo; dos copias de Horacio Vernet, por las señoritas Adela Rivas y Adela Jarafa; y varios trabajos del señor José Alburu.

En la Exposición de 1885 ascendieron á 1,360 los estudios presentados. En copia de cuadros al óleo, modelo vivo y naturaleza muerta, hubo 22 de alumnas y 62 de alumnos, y entre ellos 3 sobresalientes de los primeros y 1 de los segundos. Á juzgar por sólo los resultados de la Academia, la mujer tiene en Cuba mejores disposiciones que el hombre para la Pintura y la Escultura. Hasta hace muy poco, casi no figuraban en las exposiciones trabajos del bello sexo, y ya en el año pasado hubo 450 dibujos elementales, 71 estudios del antiguo griego (yeso), 77 acuarelas (flores y hojas) y 22 pinturas al óleo. Es de notar que siendo sus obras inferiores en cantidad á las de los hombres, el número de sobresa-

lientes es siempre mayor. Las damas que más se distinguieron en 1885, fueron la señorita Isabel Tourte, señora Loreto C. de Polo y señorita Elisa Visino.

El joven Melero, de quien hemos hablado antes, ha sido pensionado por el gobierno, después de un triunfo en certamen público, para ir á perfeccionarse en la Pintura, durante tres años, en los museos de Madrid, Paris y Roma.

Las obras verdaderamente importantes, de que hablan los periódicos de la Habana, son las pinturas decorativas de la capilla del cementerio de Colón, ejecutadas por el director de la Academia, señor Miguel Melero, con la cooperación de su hijo Miguel Ángel y del profesor y secretario de la Escuela de Bellas Artes, señor Antonio de Herrera. Son ocho cuadros ejecutados en la cúpula, y representan á Jehová en un trono de nubes y rodeado de ángeles, Moisés con las tablas de la ley, el Bautista, Isaías, Jeremías, Abraham y Daniel. Sobre el altar se está pintando actualmente un cuadro que representa el juicio final. De los ocho primeros dice el señor A. de Armas:

"Las diversas composiciones son originales, lo que aumenta su mérito; el dibujo puro y correcto. Las figuras se destacan con maravilloso relieve, merced á la maestría con que está combinado el claro-oscuro. El colorido es vigoroso y brillante. La riqueza de los tonos, la exquisita variedad de los matices, lo pintoresco de los ropajes orientales, el hermoso azul de los cielos, los copos de aéreas plateadas á lo Pablo Veronés, la ornamentación de los mármoles, azul y oro, la luz que cae de lo alto de la bóveda iluminando los más oscuros detalles de aquella vasta colección de cuadros, dan á todo el conjunto verdad, belleza, armonía."

En Música vacila menos la palabra al citar nombres y obras: Ignacio Cervantes, autor de composiciones muy

elogiadas por Rossini y Gounod; Manuel Jiménez, pianista, juzgado muy favorablemente por el *Diccionario de Músicos* de Fetis, y con cuyo juicio han expresado conformidad varios profesores de los Conservatorios de París y Leipzig; Espadero, Desvernine, Aristi, Laureano Fuentes, y el afamado profesor, autor de obras artísticas y didácticas, señor Serafín Ramírez. De Rafael Díaz Albertini y Gaspar Villate hablamos en otro lugar. La señorita Josefina Piñera y Fernández sorprendió á la sociedad habanera tocando diestramente el violín, y juzgamos de la admiración que causó ese suceso inusitado por los muy merecidos aplausos que en el Salón de Grados tributó Bogotá entusiasmada á la señorita Teresa Tanco de Herrera. Recientemente han hecho los periódicos grandes elogios de la señorita Margarita Pedroso, discípula de Ronconi, Della Sedia y Gounod, "*prima donna* del *high life*" de la Habana, ha organizado una compañía lírica con elementos puramente cubanos, ha puesto en escena varias óperas (*La Sonámbula*, *Norma*, *Lucía*), y ha presenciado triunfos como no los había presenciado la Habana nunca. La compañía emplea sus utilidades en obras de beneficencia.

En octubre de 1885 se fundó un Conservatorio, bajo la dirección del artista M. Hubert de Blanck; el proyecto era antiquísimo, pero su realización había encallado siempre en dificultades serias; sin embargo, en el curso de veintiocho años ha habido en la Habana siete Academias donde se enseñaba gratuitamente la música. El Conservatorio ha tenido muy buena acogida: en diciembre era muy crecido el número de alumnos, y tanto la diputación provincial como varios particulares, notablemente el distinguido filarmónico don Ramón Inclán,

habían comenzado á dispensar al establecimiento su protección pecuniaria y la de sus poderosas influencias. Las clases están separadas por orden de sexos y de razas.

En noviembre último se representaba en el Teatro de Albisú una zarzuela de ostentoso aparato, en dos actos divididos en doce cuadros, titulada *Cuba y sus hijos.* No sabemos los nombres de los autores.

Sobre Bellas Artes han disertado en las veladas los señores Cortina, José Françisco Arango y Juan Bernardo Bravo; pero sin borrar la impresión, que todavía se conserva inalterable, de la conferencia de Jorrín.

V

Uno de los caracteres más notables del actual movimiento intelectual en Cuba es la intervención militante de la mujer. Cuando se iniciaron las veladas literarias, asistían hombres solamente; el señor doctor Luis A. Baralt organizó unas en su casa, invitó al bello sexo, y éste aceptó con tan buena voluntad, que muy pronto fué preciso efectuar las reuniones en el circo de Jané, para que cupiese toda la concurrencia. El ejemplo se consideró como un progreso y se generalizó sin dificultad.

Y no quedó ahí. Una noche en la morada del doctor Céspedes, el presidente de la sesión, señor J. I. de Armas, pidió nominalmente á las damas su parecer sobre las composiciones que se acababan de leer; otra vez indicó el señor José Jiménez la conveniencia de que las señoras y señoritas tomasen parte en las discusiones; ya ellas lo habían hecho, pero desde entonces se convirtió en costumbre.

En Cuba, como en todas partes, los sentimientos reli-

giosos arraigan más duraderamente en el corazón de la mujer que en el del hombre; pero influídas por la atmósfera que las rodea, nada favorable al misticismo, crecen y alcanzan la eflorescencia sin demasiadas espinas de escrúpulos. Así, vemos que en diciembre de 1885 concurrieron muchas familias al acto literario con que se inauguró la logia masónica *Plus ultra*, y varios jóvenes contribuyeron á su lucimiento, recitando poesías. Además, asistiendo no ya como espectadoras, sino como contendientes, á reuniones en que se debaten los problemas filosóficos mas arduos, han solido dividirse en grupos de ortodoxas y libre-pensadoras (1); y entre las primeras algunas defienden con notable vigor sus creencias, como la señorita Elisa Sabina de Santa-Cruz, quien escribió y leyó denodadamente un discurso contra las ideas anti-católicas de Cortina; y la señorita Rosario Sigarroa una conferencia sobre la Caridad cristiana.

La señora Aurelia Castillo de González, hija de Puerto-Príncipe, esa tierra de las mujeres varoniles y heroicas, alcanzó dos veces el primer premio en las veladas del señor Céspedes, con su poema *Eva también*, y con su monólogo *Adiós de Víctor Hugo á Francia en 1852*. Varona, Sanguilí y Fornaris criticaron la primera de estas composiciones ¿quién dijo miedo? Á la velada siguiente les llevó escrita vigorosa réplica la señora Castillo. Es autora de unas elogiadas octavas á *Carlota Corday*, de una sátira en tercetos, y sigue las huellas de Sully-Prudhomme en el sendero de la poesía científica. Campoamor le ha dirigido una carta, en la que elogia su versificación robusta y sonora. En la imposibilidad de

(1) Fornaris, CORREO DEL DOMINGO.

copiar ninguna de sus composiciones más aplaudidas, por demasiado extensas para incluirlas aquí, presentaremos un romance publicado en la ILUSTRACIÓN CUBANA:

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA TERINA ARANGO

¿Por qué será que al mirarte
digo siempre: "Hay otros mundos,
y almas que, viniendo al nuestro,
equivocaron su rumbo"?

Al contemplarte quedamos
estupefactos y mudos,
que aquí no se estilan rostros
á la manera del tuyo.

¡Tú de barro! ¡tú de arcilla!
perdone Moisés: lo dudo.
Para hacerte se escogieron
de rosa y jazmín capullos.

Ante que al suelo tocases
Teresa llamote alguno:
cuando te vieron de cerca
se encontró tal nombre oscuro,

y, por unánime acuerdo,
otro nombre se compuso
para que tú lo llevaras
con privilegio absoluto.

Y cuando acá entre *terrenos*
¡*Terina!* se oye en murmullos,
ya comprendemos que pasa
la viajera de otros mundos.

Y es de ver cómo se alegran
aun los rostros más adustos,
porque estamos empeñados
en que vivas muy á gusto

en nuestra triste morada,
en nuestro pobre terruño,
y con afán te ocultamos
todo lo escabroso y duro,

y así vamos consiguiendo
que pases por nuestro mundo
con tu olímpica sonrisa
sin acordarte del tuyo.

La señorita Benigna Beltrán, distinguida aficionada dramática, ha llevado á las conferencias una disertación sobre *Heredia* y otra sobre *Julio Verne*. En la segunda trató incidentalmente de la educación de la mujer, y como síntesis de sus ideas reproducimos este párrafo:

"No creo que la mujer deba adquirir una instrucción tan general y profunda como la del hombre; no creo que deba vestir la toga del magistrado, ni ceñir la espada del guerrero; pero creo que debe instruirse en los principios generales de las ciencias y otros estudios adecuados á nuestro sexo. Sólo así podrá ser la mujer la compañera y no la esclava del hombre; sólo así podrá influir en la educación de sus hijos y dar á la Patria verdaderos soldados del progreso."

La señorita María Jefa Barnett ha leído varios trabajos en prosa, uno de ellos sobre la *Oratoria*, y, como lo hemos dicho antes, es autora de una novela que no sabemos haya salido á luz.

La señora Domitila García de Coronado va á imprimir, con el título de *Cubanas Beneméritas*, una galería biográfica de las hijas de Cuba que se han distinguido, ora por su inteligencia, ora por sus obras caritativas.

La señorita Juana Poo ha ensayado sus fuerzas en la poesía lírica, y ha sido saludada con aplauso. Los Poo son una familia de literatos y poetas, como por acá las de nuestros amigos los señores José M. Samper y Numa P. Llona.

La dulce Mercedes Matamoros, á quien dirigimos expresiones de aliento en sus albores literarios, autora de *El Poeta*, *La Peste*, *Sensitivas*, y de elegantes traducciones de T. Moore, se dispone á imprimir una colección de sus poesías.

Se anuncia también la publicación de las poesías de la señora Úrsula Céspedes de Escanaverino.

Hemos buscado con interés, en las relaciones de las veladas y fiestas de los Liceos, el nombre de Luisa Pérez de Zambrana, uno de los más simpáticos de nuestra literatura; y sólo de tarde en tarde lo hemos encontrado. Un día recita su *Adiós á Cuba* la señorita Emelina Wiltz; otra ocasión, en una velada con que se honró la memoria de Milanés, leyeron una composición suya, que no conocemos, dedicada al célebre poeta de Matanzas; otra vez publicaron los periódicos una carta suya llena de entusiasmo por las poesías de Nieves Xenes. Recientemente ha insertado El País los siguientes versos, que muestran la eterna juventud de la Musa de Luisa:

PENSAMIENTOS SOBRE EL AMOR

(En el álbum de la señorita Dolores Suares y Cabral.)

Es el amor para unos
¡oh joven hermosa y cándida!
una pradera de flores
que alumbra sonriendo el alba.

El amor es para otros
sombra que lúgubre pasa
llevando sobre su frente
una tempestad de lágrimas.

Es para el pecho voluble
el correr loco del agua

que, lo mismo que hojas secas,
lirios azules arrastra.

Para el egoísta, el ángel
del hogar, es una esclava;
y el amor collar de hierro
que le oprime la garganta.

Para el libertino ¡oh virgen!
amor y mujer es nada,
que el cetro de oro del vicio
toda dignidad ultraja.

Para el espíritu noble
es la paloma sagrada
que á la voz de lo invisible
el vuelo celeste pára.

Es la misteriosa estrella
que surge obediente y pálida
cuando Dios en el espacio
tiende la mano y señala.

Y vacilarán las rocas
y se hundirán las montañas
antes que eterno y divino
se apague este astro en el alma.

Entre otros nombres citaremos los de Nieves Xenes, María Manuela López, Rosario Arango, Rosa Krúger, y dos particularmente gratos para nuestros oídos, porque despiertan la impresión dormida de las aulas natales: Mercedes Muñoz, autora de *La Mitad del Alma*, y Manuela Cancino de Beola, cuya Musa ha derramado en sus versos la melancolía de que se llenó durante diez años de penalidades sobrellevadas en el territorio de la revolución.

Nuestro amigo, el antiguo periodista don Ramón Ignacio Arnao, publicó en el número de septiembre de 1885

del acreditado periódico barcelonés La Ilustración Cubana, un interesante artículo titulado *La educación universitaria de la mujer en Cuba*, en el que refiere las dificultades con que al principio tuvieron que luchar varias señoritas que deseaban emprender estudios superiores; todas esas dificultades fueron heroicamente vencidas, inclusa la principal, que era la fuerza de inercia que opone la rutina á toda innovación. Temíase que los estudiantes de la Universidad ahuyentasen con sus descomedimientos á sus nuevas compañeras; y no ha ocurrido ni un solo caso, dice el señor Arnao. Respecto de una joven que cursa Medicina, pareció difícil conciliar las exigencias de la clase de disección anatómica, con otras de carácter puramente social; todo se facilitó con con la autorización dada por el Rector, el Decano de la Facultad y el Director de los hospitales, para que asistiese dicha joven en los días festivos al anfiteatro y á los hospitales, y así lo hizo, acompañada siempre de algún miembro de su familia. De igual modo se allanaron los demás obstáculos. En 1885 asistían cuatro señoritas á la Universidad, y otras seguían los cursos preparatorios en colegios incorporados á ella. De las primeras, una estudia Medicina y tres Farmacia. Sus nombres son: Laura M. Carvajal, Asunción Menéndez y Domínguez, Adela Jarafa y María Pimentel. La señorita Digna América del Sol cursa también Farmacia, pero todavía no concurre á las aulas universitarias; en septiembre último alcanzó nota de «sobresaliente» ante cuatro distintos tribunales, que la examinaron en Análisis matemático, Geometría analítica, asignaturas de materia mineral y materias animal y vegetal, y otros ramos. De la señorita Carvajal, que es la que estudia Medicina, y pronto ob-

tendrá el diploma correspondiente, dice el señor Arnao:

"La nota de sobresaliente, anhelada por todos los estudiantes, premio discernido á la aplicación y al talento, ha sido ganada *¡veinte* veces! por la señorita Carvajal; es decir, en todos los exámenes sufridos desde que comenzó sus estudios, exceptuando uno tan solo, de ampliación de Física, en el que obtuvo la muy honrosa de *notable.*"

VI

Los Cubanos fuera de Cuba sería tema para desarrollarlo en un artículo de grandes proporciones; y aunque nuestras miradas deben ahora detenerse en el recinto de la Habana, no consideramos impertinencia punible—y si lo es, pedimos patrióticamente perdón por ella, sin arrepentimiento,—el dirigir una ojeada á los trabajos que nuestros compatriotas ejecutan fuera del suelo natal.

Empezando por España, saludamos desde luego á la celebrada autora del drama *Rienzi*, la señorita Rosario Acuña, que dirige los esfuerzos de su pluma á elevar la condición intelectual de la mujer; gravemente enferma de la vista en estos últimos meses, aguardamos ansiosos las noticias de su reposición y del reanudamiento de sus tareas. El señor Cañete habló con encomio de una señorita Eloísa Pérez Pimentel, que firma con el seudónimo *María Yarmouth*, y que compuso una inspirada poesía lírica en la celebración del Centenario del Duque de Rivas. El literato matancero señor Emilio Blanchet ha recibido en Barcelona el honor de ser nombrado Presidente de la más importante sociedad literaria de aquella ciudad. El señor Gabiel Osmundo Gómez se distingue en Valladolid como pintor, y los periódicos de aquella población ponderan su último cuadro al óleo, que repre-

senta una escena tomada de una leyenda de Zorrilla. Enrique Segovia Rocaberti ha publicado en Madrid poesías muy aplaudidas.

Pasamos á París, y encontramos á Piñeyro entregado holgadamente á la pasión de toda su vida, la literatura; ha publicado en estos últimos años dos importantes libros que ya hemos citado, y quisiéramos que coleccionase todo lo que ha escrito, para que no se pierda y para que se refresque la memoria de ciertos olvidadizos.

La señora Margarita Jarrín ha obtenido más de una vez con sus cuadros los mejores premios en las exposiciones artísticas que anualmente se celebran en la capital de Francia, según nos informa el señor Jorje Holguín.

Rafael Díaz Albertini es un célebre violinista, de quien dijo el acreditado crítico musical, Mr. Oscar Commetant, en el SIECLE de París, el 11 de mayo de 1885:

"Uno de los más brillantes representantes de nuestra hermosa escuela francesa de violín, aunque nacido en la Habana, Mr. Díaz Albertini, antiguo primer premio del Conservatorio, ha dado en la última semana su concierto anual en la Sala Erard. Díaz Albertini pertenece á la raza privilegiada de los Sarasate y de los Marrick. Delicado, ligero, lleno de encanto y de *morbedezza* en *La Habanera* de Sarasate, que se vió obligado á repetir, ha demostrado una ejecución magistral y un talento consumado, bajo todo punto de vista, en el bellísimo cuanto difícil concierto en *la* de Saint-Saens. La impresión producida ha sido grande, y Saint Saens, que estaba en la Sala, después de haber mezclado sus calurosos aplausos á los del público entusiasmado, pasó al *foyer* de los artistas á cumplimentar á su intérprete triunfante. Semejante testimonio de estimación, viniendo de tal maestro, equivale á una ejecutoria de nobleza artística; y así puede decirse que nada ha faltado al glorioso éxito del señor Díaz, que se ha visto aclamado por todos y llamado por la Sala entera. Los habaneros deben de estar orgullosos de su compatriota, porque artistas del valor de Mr. Díaz Albertini, escasean tanto en el Antiguo como en el Nuevo Mundo."

En noviembre de 1885 verificaron los señores Saint-

Saens y Díaz Albertini, por el norte de Francia, una excursión artística, que fué un verdadero paseo triunfal.

Gaspar Villate, discípulo de Bazin, Joncières y Danhauser en el Conservatorio de París, es autor de varias óperas,—*Zilia*, *la Czarina*, *Baltasar*,—representadas con notable éxito en los teatros de Francia, Italia, Bélgica, Holanda y España. El libreto de la *Czarina* fué escrito por el poeta Armand Silvestre, y el de *Baltasar* ha sido arreglado en versos italianos por el poeta Carlo d'Ormeville sobre el drama del mismo título, compuesto por la Avellaneda. El Imparcial de Madrid apreció en estos términos el *Baltasar:*

"Distínguese la música dramática del maestro Villate—se ha dicho—por la pureza y originalidad de la melodía y por una instrumentación nutrida y brillante que nunca sofoca ni avasalla con su sonoridad á la idea melódica.

"El público, reconociendo anoche, después de oír los cuatro actos del *Baldassare*, que esta opinión es justa y que el maestro Villate es un compositor de altos vuelos que podrá realizar grandes empresas musicales, no estuvo ni un instante dividido al juzgar del mérito de la ópera estrenada...

"Sí, la opinión fué unánime. *Baldassare* es la obra de un hombre de talento; más que esto, la obra de un buen compositor que tiene condiciones y elementos bastantes para cultivar con éxito el drama lírico; pero que por esta vez, no ha acertado á dominarle en aquel grado y en aquella forma que son precisos para los grandes éxitos."

En New York, Néstor Ponce de León prosigue su *Diccionario Tecnológico* inglés-español y español-inglés, que tanta falta hace en castellano; obra destinada á mejorarse en ediciones futuras, y digna de estímulo por su objeto y por la labor inmensa que ha requerido; José Martí dirige solicitadas correspondencias á varios periódicos sud-americanos, y ha publicado un tomo de poesías titulado *Ismaelillo;* Francisco Sellen ha reunido, con el

título de *Ecos del Rhin*, varias traducciones en verso de poesías alemanas, estudio de su predilección; Cirilo Villaverde ha terminado su *Cecilia Valdés*, novela que describe las costumbres y el estado social de Cuba en la época de 1812 á 1831; Mora como fotógrafo y Collazo como dibujante y pintor, gozan de bien fundada fama en la metrópoli de la Unión; y Roberto Escobar es el ingeniero,—dice un periódico,—"que ha levantado mayor número de planos de puentes en los Estados Unidos, y es tenido en ellos como eminente en su ramo".

En Méjico y Centro-América encontramos un número crecido de cubanos ocupando con brillo puestos importantes en las secretarías de Estado, en el servicio diplomático, en la instrucción pública, en el foro; Antonio Zambrana, Andrés Clemente Vázquez, José M. Izaguirre, Tomás Estrada y otros muchos; José Joaquín Palma ha hecho en Tegucigalpa una elegante edición de sus *Poesías*, con prólogo del doctor Ramón Rosa; y Aniceto G. Menocal dirige, como ingeniero, la empresa del canal de Nicaragua.

Por fin, en Colombia, Francisco J. Cisneros despliega dotes inusitadas de actividad y genio en la construcción de ferrocarriles, contrarrestando elementos adversos de todas clases; Francisco Argilagos se interna entre los salvajes del Estado de Magdalena y escribe un *Diccionario políglota de la lengua goagira;* el señor Francisco J. Balmaceda acomete en Bolívar importantes reformas económicas, agrícolas é higiénicas. Ahora reside en la Habana.

VII

La página fúnebre de nuestra literatura contemporá-

nea es verdaderamente un cementerio; se siguen unos á otros los nombres en desfile brutal, con tal atropellamiento, que el suspiro que arranca una tumba ilustre se encuentra cortado por otro suspiro que hace brotar el vecino epitafio: aquí Úrsula Céspedes de Escanaverino, la tierna cantora bayanesa; allí Narciso Foxá, á quien las Musas miraron con singulares caricias, y que les fué infiel para dedicarse al amor y á la educación de su encantadora hija Margarita, fué autor de un *Canto á la naturaleza de Cuba* y un *Canto épico á Colón;* Manuel Fernández de Castro y Ramón Ituarte, apasionados educadores; Manuel González del Valle, filósofo; Bruno de Trayas, médico; J. Valdés Fauli, jurisconsulto; Domingo del Monte y Portillo, gallardo defensor de las libertades cubanas, autor de la novela *Caoba* y de un *Canto indio* que don Manuel Cañete elogió en términos de los que él no prodiga; José Antonio Cortina, periodista, orador, abogado, defensor de todas las causas nobles, y en cuya muerte hizo la Habana demostraciones que no se habían visto desde que falleció el señor de La Luz y Caballero; Luis V. Betancourt, escritor de costumbres y poeta jocoso, que con su poema burlesco *Bartolo y Chumba* puso término á la plaga de poemas que pulularon en la Habana cuando Rafael Pombo envió al SIGLO su *Angelina* y J. J. Borda su *Bárbara;* José Antonio Echeverría, escritor pulcro y patriota intachable, premiado desde los diez y seis años de su edad por una oda célebre, y que tuvo que abandonar pluma y lira para dedicarse enteramente á los negocios, ha dejado valiosos trabajos que el patriotismo nos impone el deber de coleccionar; presbítero Tristán de J. Medina, poeta y orador sagrado famoso: en su juventud atrajo su palabra

tanta gente á los templos de la Habana y Madrid, como no se había visto antes ni se ha visto después, según declaración de la prensa de ambas capitales; la autoridad eclesiástica le prohibió que predicase y lo obligó á retractarse de ciertas proposiciones que emitió, contrarias á la ortodoxia; en sus últimos años se había afiliado á las doctrinas del padre Jacinto; José Agustín Quintero, compañero de la pléyade de 1860, amigo íntimo de Longfellow y Emerson, que conquistó un puesto distinguido en el foro de Nueva Orleans, y fué, hasta la muerte, apasionado cultivador de la Poesía.

VIII

Muchos años han de pasar antes que la literatura de la América hispana sea otra cosa que una serie de retoños de la española; porque para poseer una propia se necesita caudal copioso de obras maestras, y tal producción no es labor de reducido tiempo. Si esto sucede tratándose de naciones, mayores son los obstáculos en un país que, como Cuba, sigue siendo provincia. Allí no hay literatura original ni puede haberla; falta, pues, la primera condición, lo que pudiéramos llamar la idiosincrasia literaria de los pueblos; pero al mismo tiempo se nota que la influencia de España en el campo intelectual es menor allí que en otras partes, en la República de Colombia, por ejemplo. Aquí hay discípulos de Quintana, de Núñez de Arce, de Becquer, de Menéndez Pelayo, hasta de Selgas; los ha habido siempre de cuantos ingenios han descollado en la Península; en Cuba los modelos son los poetas franceses, ingleses y alemanes; la filosofía tiene iguales procedencias, y es seguro que si

mañana una nueva doctrina se sobrepone en Europa á las de Darwin y demás escuelas en boga, los liceos y tertulias de la Habana las repetirán prohijándolas; pero esto sucedería siempre, aun cuando las condiciones políticas del país experimentasen cambio sustancial. No es la originalidad filosófica el distintivo de las literaturas originales La poesía, el teatro, la novela, la oratoria, son los espejos endonde hay que buscar reflejada el alma de los pueblos con sus sentimientos y sus impresiones; si buscamos la de Cuba ¿podremos decir que la encontramos en ese conjunto de volúmenes escritos con timidez, en esa prensa diariamente castigada?

Muchas obras habrán quedado involuntariamente sin registrar en nuestro trabajo, y de las apuntadas la mayor parte nos son desconocidas; pero estamos seguros de que ninguna de ellas, ni todas juntas invalidan nuestra precedente apreciación.

Y si de las obras pasamos á fijarnos en los autores, observamos una falta casi absoluta de división del trabajo, falta que consideramos perniciosa en este siglo de especialidades; son muy contados los que no cultivan indistintamente todos los géneros y aspiran á todos los lauros; parece que el ideal de la grandeza literaria consistiera en ser á un mismo tiempo filósofo, economista, político, poeta lírico, poeta dramático, crítico, historiador, orador, arqueólogo, etc., etc., etc. En esto sí somos hijos de nuestros padres: no es cualidad imitada, sino transmitida. En Francia, Inglaterra y Alemania, no es común hoy, sino muy rara, esa heterogeneidad de aspiraciones, tan adecuada para formar medianías como inhábil para la realización de grandes obras. Cosa muy bella es el talento universal; pero cosa muy triste es que

todo el mundo crea poseerlo, y que se dispersen en direcciones innúmeras, fuerzas que, acumuladas en uno ó dos puntos solamente, aumentarían, para honra de la patria común, la lista no muy numerosa de esas glorias imperecederas que se llaman Poey, Reinoso, Heredia, Luaces, La Luz y Caballero, Saco, y el para nosotros más tiernamente venerado, Conde de Pozos Dulces.

RAFAEL M. MERCHAN.

EL TALÓN DE AQUILES

Ignoro por qué causa se me ha ocurrido con tenaz persistencia escribir cualquier cosa, á guisa de disertación, antes de entrar á la materia de este cuento, que, dicho sea de paso, tiene más de verdad que muchas de las historias que corren por esos mundos que yo me sé.

Póngase esto en su abono, ya que no se tendrá á bien mi tentación de disertar, mayormente cuando no hay una filosófica tesis en demostración, ni cosa que se le parezca; y cuando ni siquiera está de moda el llenar unas cuantas frases con flores de retórica, que son mil veces más inodoras y otras tantas menos gratas que aquellas que crecen en cualquier terruño, donde el agua echa una carrerita y el sol arroja una guiñada.

Conocida esta situación de espíritu, no extrañará á varón nacido en el mundo, ni á mujer, que, como hija del sexo, se haya escapado por pura curiosidad de alguna región del cielo, no extrañará, digo, que diserte, y diserte y siga disertando hasta que la tentación concluya y allí comience el pecado, á mi juicio, venial, de ha-

blar sin ton ni son ó sin tasa ni medida, que á la postre ha de ser la misma cosa.

Pero entonces, unos hermosos ojos que esto lean se entornarán á causa del tedio, y una boca deliciosa se arqueará con mohín de fastidio y... juro en mi ánima que no ha de suceder tal cosa; porque, como en antiguos tiempos lo decían, así voy ¡oh lectora! á repetírtelo inmediatamente.

Érase un joven de gentil presencia, rico como Creso y valiente como el Cid, y aquí puedes añadirle lo que más te agrade.

En cambio (¡qué desgracia!) era soltero y muy soltero.

Y á la vez (¡qué ventura!) era filósofo y mui filósofo.

Se llamaba Cayetano.

No hay motivo alguno para creer que este feo nombre de mi héroe hubiese tenido influencia de cualquier clase en su destino durante los veinte y ocho años que camina por este llamado valle de lágrimas.

Ni se vaya á creer tampoco que él calificara con esta triste designación al mundo, pues, aunque era filósofo, tenía á la vez, como lo he dicho, bastante hacienda, hermosa presencia y veinte y ocho años; y con condiciones tales bien puede cualquiera persona decir grave y reposadamente que esta tierra es un planeta que gira alrededor del sol.

Y lo serio del caso era que Cayetano nunca la habia visto bajo otro aspecto.

En las nubes multicolores que surcan allá arriba, y en las corrientes bulliciosas de agua que viajan acá abajo, y en los rumores del viento que entre ellas se cierne, en los rayos del sol y de los astros, y en las gotas de rocío, y en los cristales de la nieve, y en la naturaleza

toda, sólo estudiaba y comprendía el lado científico, que es como decir las vibraciones etéreas, que dan luz ó sonido; los diversos grados de temperatura en las evaporaciones, que son nubes, agua, nieve ó las llamadas lágrimas del alba.

Análogo criterio aplicaba á los seres animados, desde las bestias feroces que se guarecen en cavernas de roca, hasta los pintados insectos que se columpian en los pétalos de una hermosa flor.

La mujer, dicho se está que era un misterio, un algo desconocido para este hombre, que en la naturaleza sólo veía una más ó menos complicada maquinaria.

Así queda explicado que fuera soltero y filósofo.

Mañanita de octubre era aquella con un sol esplendoroso y alegre como unas pascuas; con un campo más verde que unos ojos tan verdes, que parecen esperanzas convirtiéndose en realidades; con aves bulliciosas y traginadoras como esa muchacha de cuyos ojos acabo de hablar; con un riachuelo que, cual sierpe de plata, se extiende en una hondonada, cuyas márgenes bordan caprichosamente arbustos de aroma grato y penetrante; con montes accidentados en no lejana perspectiva; con un humilde caserío en el valle; y una hermosa casa de campo... ¡Bendito sea Dios que tales mañanas hace y tales sitios ha creado!

Allí, en esa casa de campo, estaba Cayetano bajo un árbol del extenso parque, absorto en profunda cavilación, que profunda había de ser, porque un libro que llevaba se le había caído de las manos; las sienes las tenía contraídas; y los ojos miraban sin ver, como vulgarmente suele decirse.

Rato no corto debió durar aquella su abstracción, pues algunos insectos habían tenido tiempo para asaltar las hojas del libro caído á la tierra, y las recorrían en todas direcciones como personas que quieren imponerse cumplidamente de una materia; y sólo Dios sabe hasta cuándo se habría prolongado si no hubiese venido á ponerle punto final una sonora carcajada.

Como ave herida en su vuelo, descendió Cayetano á la tierra de las alturas que recorría con su mente.

Y aquél filósofo quedó mirando como un tonto á su prima Clotilde que, á dos pasos de distancia y conteniendo apenas la risa, le decía:

—¡Buenas mañanas, primo Salomón, el sabio! Yo te imito y te sobrepaso, pues siquiera llevo un libro en la mano, mientras que tú lo arrojas al suelo, sin duda para que lo estudien una cantidad de bichos.

—¡Qué sabes tú de esas cosas! murmuró Cayetano con visible confusión.

—No negarás que aquí está la prueba, agregó Clotilde, recogiendo del suelo con exquisita gracia el libro de su primo.

Y luego, riéndose de nuevo:

—Tómalo, pues, le dijo, que éste debe tener mucha ciencia porque es bien pesado.

Ocurriósele a Cayetano en aquel momento comparar su situación con la del sabio Arquímedes, cuando el soldado galo lo sorprendió y ultimó en medio de sus profundos cálculos científicos.

Pero luego, fijándose en la cutis fresca y sonrosada de Clotilde, en su boca hermosísima, en su esbelto cuerpo, en su cabellera profusa y extendida á la espalda, en su mirada inocentemente provocativa, en su actitud un

tanto nerviosa y despechada, borróse la comparación del guerrero bárbaro, y saltando épocas históricas se le vino á la mente como más propia y adecuada la de aquellas hermosas vírgenes, que perseguían á los anacoretas en sus éxtasis místicos, viniendo á danzar con voluptuoso hechizo cabe los fríos riscos de las grutas.

En seguida, viendo el libro que Clotilde tenía en una mano y el que con la otra le pasaba, se dijo: esta mujer me recuerda con su actitud a Hipatia, la sabia virgen, el último rayo de la ciencia griega, la que por cuestiones filosóficas fué destrozada viva en las calles de Alejandría, la que fué calumniada vilmente por odios de secta, la que fué...

—¡Ea! tomarás al fin tu libro, le dijo Clotilde con despecho, al ver el largo silencio de su primo. Acompáñame á dar un paseo por el parque.

—¿Qué lees? le preguntó Cayetano, ofreciéndole el brazo.

—Traía este volumen en la mano para defender mi rostro del sol.

—Mitología Griega, dijo Cayetano mirando su título.

—¿Entretenido, primo?

—Mucho, muchísimo; trata del Olimpo, de la vida de sus dioses y diosas y semidioses y héroes y ninfas y ondinas y dríades y midríades y...

—¡Basta por Dios, que me destrozas los oídos!

—Mira, casualmente aquí veo también la vida de Aquiles, que era un guerrero invulnerable en todo su cuerpo, excepción hecha del talón.

—¡Qué chistoso!

—Venus lo sumergió en una fuente, cuyas aguas daban esa virtud; pero, como tenía al chico de un pie

cuando lo bañaba, quedó esa parte sin mojarse y no gozó del privilegio.

—Calla, le dijo Clotilde, nosotros casualmente vamos también á llegar á la fuentecita del parque; descansaremos en el sofá.

Y desprendiéndose del brazo de Cayetano, corrió ligera al hermoso sitio que había indicado.

Sin apresurar su marcha la vió Cayetano alejarse. Pero en honor de la verdad, hay que decir que ya no pensaba en el guerrero bárbaro, ni en las vírgenes tentadoras, ni en la sabia mujer de Alejandría, ni en el talón de Aquiles, sino, lisa y llanamente, su cerebro, calcinado por los libros, se fijaba en la niña de dieziocho años que corría á su vista, sintiendo una impresión análoga á la de un arenal ardiente, que recibiera una gota de agua clara y fresca.

Veía los cabellos rubios de Clotilde más dorados por los reflejos del sol, su esbelto cuerpo en las graciosas actitudes de la carrera, sus manos que ligeras iban cortando las flores halladas á su paso; oía después algunas notas que se escapaban de sus labios á modo de gorgeos salidos de los nidos; adivinaba en seguida las miradas de sus ojos, el color de su rostro, el hoyuelo que tenía en la barba.

Y mientras tanto la seguía, iba él aspirando con ansia las emanaciones aromáticas de la tierra y escuchando como melodía gratísima el rumor del agua que, al caer, formaba la pequeña fuente adonde había ido Clotilde.

Al llegar á ese sitio, vió á su prima que arrojaba á la superficie de la fuentecilla las flores que había cortado en su marcha.

—¡Pobres flores! dijo Cayetano, en verdad que no merecían tal suerte!

Una ligera sonrisa llena de maliciosa intención, pasó por el rostro de Clotilde al oír ese tierno sentimiento, tan raro en los labios de su primo.

—¿Por qué causa te compadeces de las flores? le dijo.

Cayetano no supo qué contestar.

—¡Vaya! háblame entonces del talón de tu Aquiles, agregó Clotilde;

Una oleada de vergüenza y despecho inundó el rostro de nuestro filósofo.

—Vamos, primo, aquí, mirando la fuente, y sentados en este banco, vas á concluir de contarme esa divertida historia. Me decías que la mamá de ese caballero Aquiles lo tomó de un pie cuando era niño y...

—No, no, le interrumpió Cayetano, que se había sentado á su lado.

Y como colegial que recita una lección sabida de memoria, rojo, emocionado, sin darse cabal cuenta de lo que hacía, prosiguió:

—Fué Venus, la diosa de la belleza, adorada bajo mil formas, Clotilde; pues ya era la Venus Afrodita, que sale de las olas del mar con la blonda cabellera, así suelta como la tuya; vestida de albísimas espumas, así de blancas como la bata que ciñe tu hermoso cuerpo; ya era la Venus Citerea, encarnación del amor y la poesía...

—Calla, le interrumpió Clotilde, no quiero saber esas cosas; háblame de tu Aquiles.

—¡Oh! Aquiles era un necio, tan necio como yo, Clotilde, que me he creído invulnerable; que he juzgado frivolidades los sentimientos más santos del corazón; que había hecho reina de mi existencia á una palabra vacía de

sentido, la palabra ciencia, que es manto de oropel con que se cubren la vanidad y la ignorancia... eso he sido yo hasta hace poco; he vivido sin vivir, vegetado como hierba inútil cuando no perjudicial; y ahora, te juro que me siento renacer, que mis ideas abarcan horizontes nuevos é infinitos, que en esta tierra bien puedo encontrar un cielo lleno de hechizos inefables!...

Clotilde escuchaba á su primo, el filósofo, con íntimo regocijo y grata turbación. Veía fundirse la capa de hielo que cubría á esa alma y adivinaba que era ella quien había operado tal prodigio y, de consiguiente, que eran suyas aquellas primeras y ardientes demostraciones de amor.

Cayetano no atinó con la conclusión de su frase, pues sus ideas eran tantas y tan encontrado combate libraban en su alma, que se le hacía imposible apoderarse de ellas para someterlas al yugo de la palabra.

Sentía, además, oprimido el pecho, seca la boca y convulso todo su cuerpo.

Temía, á la vez, haber dicho algo impropio, y desagradado á Clotilde.

Con los ojos bajos y el rostro encendido miraba el suelo, donde unas cuantas hierbecillas sujetaban sus raíces.

Deseos le daban de imitar á esas hierbecillas, arrojándose humildemente á la tierra para pedir perdón a su prima. Nunca había pasado por tan dolorosa situación.

Ingénuamente se calificaba de necio y atrevido.

Y la idea de pedir perdón á Clotilde volvía de nuevo á su cerebro como la más natural y justa.

En medio de estas cavilaciones y sobresaltos, y como sus ojos estaban fijos en la tierra, vió un piececito de

Clotilde que se asomaba con tímida curiosidad fuera del ruedo de la bata.

Cayetano devoró ese piececito, que golpeaba con impaciencia nerviosa las hierbecillas, cuya colocación él había deseado tener.

Sus ideas se confundieron más y más.

Aquello era un martirio.

Levantó su cabeza y la sacudió con energía como para tomar una resolución.

Sus ojos se encontraron con los de Clotilde. Cayó de rodillas á sus plantas, y en una explosión de sentimiento ardiente é irresistible,

—Te amo, le dijo.

Clotilde cubrió su rostro con el libro que tenía en la mano.

—Contéstame, por Dios, añadió Cayetano.

Lentamente se puso ella de pie.

Y dando á su primo, que permanecía arrodillado, un ligero golpe en la cabeza con aquel libro de Mitología, le dijo:

—¿Cómo, filósofo mío, me hablas de amor? ¿En qué ha quedado tu ciencia, invulnerable Aquiles?...

—Tú, sólo tú, me has herido en el talón, le contestó él, señalándose el pecho con ambas manos.

Bruno Larraín Barra.

MIS IDEALES

I

Como el mar de las olas, se alimenta
de Ideales el alma.
Ellos la vida son: ya la tormenta
enciendan con más ímpetu y estrago,
ya en las horas de calma
plácidos brinden seductor halago.

Como despierta el ave
al tibio rayo de la luz primera
y, á la caricia suave
de la brisa de triunfos mensajera,
deja su nido blando
que albergue fué y abrigo,
las alas tiende y el placer buscando,
mil ansias de placer lleva consigo,
así á la luz del Ideal fecunda
despierta el alma, en la niñez dormida,

en él su dicha funda,
y del mundo en el vasto panorama
escucha enardecida
por vez primera el canto de la vida,
y por primera vez espera y ama.

Por él el hombre en la virtud se inspira
y labra el pedestal de su grandeza.
Sólo por él batalla;
sólo también por él su gloria empieza.

Audaz en los arcanos de lo bello
se lanza el Ideal y se ilumina,
concibe y crea, el fúlgido destello
de la verdad descubre, en la divina
inspiración se inflama,
arde en vívida llama,
hasta Dios sube, y á su ley sujeta
al sabio y al artista y al poeta.

II

Religión, patria, amor, Ideal bendito
de sacrificio emblema y de victoria,
por tí siempre luchar será mi gloria,
que dentro de mi sér te llevo escrito.
¡Cuán gratas de la vida en la ribera
me halagan tus gigantes armonías!
Aliento brindas á las ansias mías
y en tí mi corazón confiado espera.

¡Ah! cómo, en tus encantos inspirada,
débiles notas ensayó mi lira,
en tus glorias purísimas hallando
inefable embeleso,
como guarda á su madre el tierno infante
en el regazo blando
la primera sonrisa, el primer beso!

Y hoy que con acentos peregrinos
y en mágicas visiones
llega vibrando trémolos divinos
el eco de tu voz, si mis primeras
inexpertas canciones
hiciste resonar ¡ay! cómo ahora
dejarías de ser lo que antes eras
sol de mi alma, inspiración querida,
si eres la vida de mi propia vida!

Un rayo de tu luz sobre mi frente
piadoso envía y vibrará mi canto
convencido y valiente;
y en tu nombre será tres veces santo.

Rompa el torrente, se desborde el río,
hinche el férvido mar su inmenso seno
de tempestades lleno
y en tí se inflame el pensamiento mío.

En la lucha del mundo, en la incesante
batalla de la vida,
más serena y pujante
se halla el alma en tu luz fortalecida.

En tí se olvidan los pesares cuando
náufrago del dolor sobre la tierra,
por tu causa lidiando
desmaya el corazón; por tí la guerra
tiene glorias también para el caído,
desgraciado quizás, mas no vencido.

III

Religión, patria, amor, trinidad santa
de infinito consuelo,
en tus alas el ánimo levanta
á regiones magníficas su vuelo:
y dicha y paz y cánticos y flores
pródiga brindas al que en tí ha creído;
nido de sus amores,
de sus ensueños y esperanzas nido.

En tí formé mis santos ideales
y ansioso aguardo el porvenir contigo.
Puedan ellos vivir siempre á tu abrigo
y venciendo á la muerte
traspasar de este mundo los umbrales,
que en tu esperanza fuerte
me siento y con aliento soberano
porque soy inmortal si soy cristiano.

Lejos de mí las sombras de la duda.
Venga la luz del día
y alumbren gratos la conciencia mía
la fe que salva y el amor que escuda...

Si luchar es vivir, la lucha quiero;
arda mi corazón en noble llama,
y cristiano y patriota y caballero
tremole al viento mi pendón guerrero
por mi Dios, por mi patria y por mi dama.

CLAUDIO BARROS.

CHILENISMOS

Para coadyuvar al propósito de ir depurando nuestro lenguaje nacional de las numerosas incorrecciones que lo afean, voy á señalar compendiosamente algunos chilenismos, así de palabras como de frases, no incluídos en el Diccionario del señor don Zorobabel Rodríguez. Esto servirá además para que el autor de dicha importantísima obra los tenga presentes cuando la Academia Hispano-Chilena se proponga hacer escrupuloso recuento de todos ellos.

Por cierto que la mayor parte de los vocablos que figuran como chilenismos no son de origen araucano ó quichua, sino voces muy castellanas, pero cuyas genuinas acepciones hemos adulterado caprichosamente con no poca mengua de la riqueza y propiedad del idioma. Ni obsta para contarlos como provincialismos chilenos la circunstancia de que gran número de ellos sean comunes á varios de los otros pueblos de la América latina, puesto que nosotros los usamos como propios, sin pararnos á considerar su procedencia, ni su mayor ó menor circulación en las restantes naciones americanas.

Muchas de estas palabras (cuya etimología y sinonimia conviene fijar de antemano con la mayor exactitud), habrán de ser recibidas, sin duda, como necesarias; y lo mismo sucederá con ciertas expresiones que, no siendo radicalmente opuestas á la índole sintáctica del idioma, manifiestan el pensamiento con viveza, claridad ó donaire.

Para llevar á cabo con buen éxito este trabajo se requiere, á más de un noble cariño por la lengua de nuestros padres, estudio paciente y no común erudición filológica, cualidades que ciertamente poseen los señores Rodríguez, Amunátegui y algunos otros miembros de la corporación antes mencionada.

Anotaré en seguida, como en un índice, algunas palabras y locuciones viciosas, comenzando por aquéllas, para terminar con éstas; pues basta para la corrección de las unas el Diccionario, y requieren las otras la aplicación de ciertas reglas gramaticales.

Indicaré de paso, y á medida que las encuentre en el Diccionario del señor Rodríguez, aquellas voces hasta hoy consideradas como chilenismos y que han sido autorizadas últimamente por la Academia Española.

Abarrotes

Á los almacenes de comestibles, los llamamos en Chile de *abarrotes*. Parece que lo propio es *abacería*, que es «el puesto ó tienda pública donde se vende aceite, vinagre, bacalao y otros comestibles». *Abarrote* es término de marina que significa: «Fardo pequeño ó cualquiera otra cosa que sirva para abarrotar.» Parece que el llamar tienda de *abarrotes* á las abacerías debe de haberse

originado de *abarrotar*, verbo que entre otros significados tiene el siguiente: «Llenar completamente, atestar de géneros ú otras cosas una tienda, un almacén, etc.»

Abastero

El equivalente castellano de esta palabra es *rastrero*, «el que trae ganado para el rastro», que es como si dijéramos para el matadero.

Acacharse

Lo mismo que *ahuesarse*, es detenerse, estancarse. Mercaderías *acachadas*, que aquí decimos, son mercaderías estancadas ó detenidas.

Acarrearse

No es verbo reflexivo; no puede, por consiguiente, decirse: con la política *me acarreo* disgustos, sino: la política *me acarrea* disgustos.

Adulo

No existe este sustantivo ni hace falta, puesto que tenemos *adulación*.

Afirmar

Es muy corriente oír: le *afirmaron* unos azotes, muy bien dados al que tal diga; no tiene tal acepción afirmar. Corríjase: se los *dieron*, *plantaron* ó *plantificaron*.

Aflautar y aflautado, da

Verbo y adjetivo que no existen en el idioma: ambos

expresan la idea de una voz aguda y tiple como la de la flauta. Por el contrario, hay el adjetivo *enflautado, da* que significa hinchado, retumbante; y además el verbo *enflautar*, activo, que es: alcahuetear y también alucinar, engañar. Es verdad que existe *flautado, da*—"adj. semejante á la flauta"; pero se comprende que la semejanza á que esta definición se refiere es á la estructura del instrumento, mas no á su sonido. Podrá decirse de un individuo cenceño que es *flautado* ó pilongo, y si su voz corre parejas con su figura, que es chillona, aguda ó tiplisonante, pero de ningún modo *flautada*, porque sería impropiedad notoria.

Agrícola (ingeniero)

No debe decirse ingeniero *agrícola*, sino *agrónomo*. *Agrícola* es "adj. concerniente á la agricultura y al que la ejerce"; y *agrónomo* es "la persona que profesa la agronomía. Úsase también como adjetivo *Ingeniero agrónomo*". Y agronomía es: "conjunto de conocimientos aplicables al cultivo de la tierra", etc.

Agarraderas

No hay tal, sino *agarraderos*, por las asas ó aldabones de un baúl, por ejemplo.

Alcayota

El nombre de esta fruta es: *cidracayote*, y al dulce que se hace de ella lo llaman en España "cabellos de ángel".

Alentado, da

Animoso, valiente es lo que quiere expresar este vocable, pero no *sano, na*.

Alón

Como aumentativo del ala del sombrero, no es castellano; dígase *aludo*. Aludo, da "adj. De grandes alas."

Amachambrar

La palabra es *machihembrar*, á. "Ensamblar dos piezas de madera á caja y espiga ó ranura y lengüeta". DIC. DE LA ACAD.

Amolar

Es voz castellana que significa "sacar corte ó punta á un arma ó instrumento en la piedra de amolar"; pero no *atafagar*, *importunar*, *moler*.

Amurrado, da

Dígase *amorrado, da* de *amorrar*.

Ampón, na

No existe. Vestido *ampón*, que dicen las mujeres, es el *amplio* ó *repolludo*.

Apensionarse

Este verbo, que hemos formado de pensión, se traduce por: *molestarse*, *apesadumbrarse*, *entristecerse*.

Apermazar, Apescollar

El uno es *apelmazar* y el otro *apercollar*.

Aporcar

Es, según el Diccionario, "cubrir con tierra ciertas

hortalizas como el apio, el cardo ó la escarola, para que se blanquezcan y pongan tiernas». Aquí se le da el significado de «arrimar tierra al pie de los troncos», y esto es *acollar* y *recalzar*.

Apozarse

No hay tal verbo: el equivalente castizo es *encharcar* ó *encharcarse*.

Apuñalear

Debe decirse *apuñalar*.

Arfil

La pieza del juego de ajedrez que camina diagonalmente por las casas de su color, se denomina *alfil*.

Aromar

No hay tal verbo, sino *aromatizar*.

Arrellenarse

Dígase *arrellanarse*.

Arrumbar

Dice el señor Rodríguez de este verbo que «se usa bárbaramente cuando se quiere denotar con él que algunos objetos están tirados por ahí, sin uso y privados de las caricias del plumero»; sin embargo aparece con este mismo significado en la última edición del DICCIONARIO DE LA ACADEMIA.

Asentarse

Asentarse algún alimento en el estómago es *empacharse, ahitarse*. En el DICCIONARIO DE LA ACADEMIA no

aparece este verbo con la acepción que aquí le atribuimos; no obstante, en el mismo Diccionario, en la voz *pelmazo*, se dice que esto es "manjar ó comida que se *asienta* en el estómago"; y de *asiento* dice, entre otras cosas, que es "estancamiento de alguna sustancia indigesta ó sin digerir", etc.

Aserruchar

El verbo castellano es *aserrar*. Sin embargo, nosotros hacemos diferencia entre uno y otro.

Atingido

Debe de ser probablemente *astringido*; pues no hay tal adjetivo *atingido*. Astringido viene de *astringir* que es *apretar*, *constreñir*, *angustiar:* del latín *ad*, á y *stringere*, apretar.

Atorar

La Academia, en la última edición de su Diccionario, le da también el significado de *atragantarse*. El señor Rodríguez lo incluyó en el suyo como chilenismo.

Aviar

Hé aquí otro vocablo acotado por el señor Rodríguez, y que ha sancionado la Academia recientemente, aunque con la nota de americanismo, y significa "prestar dinero ó efectos á labrador, ganadero ó minero".

Azóe

Mal acentuado. Debe decirse *ázoe*.

FRANCISCO A. CONCHA CASTILLO.

(Continuará.)

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

Las dos locuciones *sino* y *si no* corresponden, como lo sabe cualquier estudiante, á dos oficios gramaticales distintos.

Sino es una conjunción adversativa con que se contrapone á un objeto negativo, otro afirmativo:—"No es azul, *sino* verde".

Si no, dos advervios, el uno relativo, y el otro negativo, entre los cuales pueden intercalarse otras palabras: —Callaré, *si no* quieres oírme.—Callaré, *si tú no* quieres oírme.

Conforme á estas dos reglas, que son, no sólo muy racionales, sino también generalmente observadas, creo que *ab intestato* en la acepción de *sin testamento* debería escribirse como dos palabras diferentes.

Pero lo mejor sería abstenerse de interpolar en las

frases castellanas esas y otras expresiones crudamente latinas, que quitan á nuestro bello idioma su fisonomía propia, y producen una verdadera disonancia.

Ab intestato y las demás locuciones parecidas son los residuos del escolástico y pedantesco sistema de escribir la mitad en latín y la mitad en español adoptado por numerosos escritores en los siglos precedentes.

Esta que me atrevo á calificar de extravagancia se nota especialmente en la gente de la iglesia y del foro.

Son muchos los jurisconsultos y los abogados que prefieren emplear:

Ab initio, en vez de "desde el principio, ó desde mui antiguo".

Ab irato, en vez de "arrebatadamente, ó á impulsos de la ira, ó sin reflexión".

Ab ovo (tratándose de narraciones), en vez de "desde el principio, ó desde tiempo muy remoto".

Ad hoc, en vez de "para un fin determinado ó especial".

Alias, en vez de "por otro nombre".

Ad libitum, en vez de "á gusto, ó á voluntad".

Amovible ad nutum, en vez de "amovible á voluntad".

Argumento ad hominem, en vez de "argumento personal".

Argumento a pari o a simili, en vez de "argumento de semejanza ó de igualdad".

Argumento a contrariis, en vez de "argumento de oposición".

Juez ad quem, en vez de "juez de apelación".

Juez a quo, en vez de "juez de quien se apela".

Informacion ad perpetuam ó *ad perpetuam rememo-*

riam, en vez de "información para perpetuo recuerdo, o para perpetua memoria".

Informacion de vita et moribus, en vez de "información de vida y costumbres".

Condicion sine qua non, en vez de "condición ineludible, ó inalterable, ó inconmovible".

Statu quo, en vez de "estado actual, vigente, establecido".

Ipso jure, en vez de "por ministerio de la ley".

Ipso facto, en vez de "inmediatamente, ó en el acto, ó por el mismo hecho".

Ex testamento, en vez de "por el testamento".

Curador ad bona, en vez de "curador de bienes".

Curador ad litem, en vez de "curador para pleitos, ó para pleito".

In extremis, en vez de "á punto de morir, ó en los últimos instantes".

Del mismo modo me parece que las personas deseosas de contribuir al cultivo y mejora de nuestro idioma deberían reemplazar siempre la expresión latina *ab intestato* por la correspondiente castellana "sin testamento".

En vez de esta expresión "sin testamento", puede emplearse el adjetivo, *intestado*, *intestada*, que se usa también como sustantivo.

El Diccionario de la Real Academia enseña que este vocablo se aplica sólo á la persona "que muere sin hacer testamento."

Según esto puede decirse castizamente: "ascendiente intestado, descendiente intestado", pero no "sucesión intestada."

Don Florencio García Goyena, en su famosa obra Concordancias, motivos i comentarios del Código

CIVIL ESPAÑOL, escribe al empezar el título 2, libro 3, lo que va á leerse:

De las herencias sin testamento.

«Se ha adoptado este epígrafe ó denominación, que es el del título 13, partida 6, prefiriéndolo al de *sucesiones intestadas* ó *legítimas*.

«La palabra *sucesión* es muy vaga; y tanto que en el diccionario de la lengua no tiene el sentido ó significación de *herencia;* ni lo tiene en ninguno de nuestros códigos: el título 2, libro 4 del FUERO GUZGO, en la versión castellana, dice: *De los herederos;* el FUERO REAL, libro 3, título 6, lo siguiente: *de las herencias;* y la misma palabra se usa en el título 2, libro 10 de la NOVÍSIMA RECOPILACIÓN.

«La calificación *intestada, ab intestato*, no cuadra bién á las cosas, y sí á las personas. La de *legítima* puede aplicarse también á la testamentaria, pues, como se dice en la ley 13, título 16 del DIGESTO, *lege obvenire hereditatem non impropie quis dixerit, et eam quæ ex testamento defertur quia lege: testamentariæ hereditates confirmantur.*»

García Goyena escribía en el año de 1852 lo que acaba de leerse.

Sin embargo, el DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA reconoce que el verbo *suceder* tiene entre otros el significado de «heredar, ó entrar en la posesión de los bienes de uno por su muerte», y por lo tanto, no aparece ningún fundamento sólido para desaprobar el uso seguido por tantos jurisconsultos eminentes de dar al sustantivo *sucesión* el de *herencia* ó toma de posesión de los bienes de uno por su muerte.

Por lo que toca á la frase *sucesión intestada*, ha de

tenerse presente que se encuentra en obras tan respetables como el SALA HISPANO-CHILENO corregido por don Vicente Salvá (título 8, libro 2, el cual se denomina precisamente *De las sucesiones intestadas*), y el CURSO HISTÓRICO-EXEGÉTICO DEL DERECHO ROMANO CONCORDADO CON EL ESPAÑOL, por don Pedro Gómez de la Serna, tomo 2, páginas 5 y 43.

Don Andrés Bello redactó como sigue el artículo 952 del CÓDIGO CIVIL CHILENO:

"Si se sucede en virtud de un testamento, la *sucesión* se llama *testamentaria;* y si en virtud de la ley, *intestada* o *abintestato.*

"La sucesión en los bienes de una persona difunta puede ser parte testamentaria, y parte *intestada.*"

Usó además tres veces la frase *sucesión intestada,* en los artículos 982, 983 y 998.

Abogado y sus sinónimos

Abogado es el "profesor de jurisprudencia que se dedica á defender en juicio por escrito ó de palabra, los derechos é intereses de los litigantes, y también á dar dictamen sobre las cuestiones ó puntos legales que se le consultan".

Abogada es la "mujer del *abogado*", por el solo hecho de serlo, sin que sea menester el que sepa la jurisprudencia, ó el que defienda pleitos.

Hay en castellano varias palabras que tienen un significado igual ó parecido al de *abogado.*

Esas palabras son *doctor, jurisconsulto, jurista, jurisperito, legista, letrado, licenciado.*

Don José Joaquín de Mora, en su obra titulada Co-

LECCIÓN DE SINÓNIMOS DE LA LENGUA CASTELLANA, ha ensayado explicar como sigue la distinción que ha de hacerse entre *abogado*, *letrado* y *jurisconsulto*.

"El *abogado* es el que defiende causas con la autorización legal; *letrado* es el que ha estudiado leyes; *jurisconsulto* es el *letrado* profundo y erudito que interpreta el derecho civil. Hay *abogados* rutineros, *letrados* pedantes, y *jurisconsultos* demasiado sutiles. Un *abogado* aplica las leyes al pleito que defiende; un *letrado* responde á una consulta; un *jurisconsulto* determina el verdadero sentido de una ley oscura."

Don Roque Barcia, en el DICCIONARIO GENERAL ETIMOLÓGICO DE LA LENGUA CASTELLANA, después de reproducir el artículo precedente de Mora, agrega lo que va á leerse:

"*Abogado*, el hombre llamado para un asunto, *advocatus*, quiere decir patrón, defensor; *letrado*, hombre de ciencia; *jurisconsulto*, hombre de consejo, esto es, de consulta; *jurista*, hombre versado en la erudición del derecho, i en la crítica de los códigos, según los principios de la filosofía, de la moral y de la religión.

"Quiero que vuelvan por mi causa, y acudo al *abogado;* quiero que me instruyan en un asunto que no comprendo, y acudo al *letrado;* quiero que me dirijan en la defensa de mi derecho, y me voy al *jurisconsulto;* quiero que hagan la historia de una ley, que la desentrañen, que la analicen, que la comenten, dándome á conocer su espíritu, sus tendencias, su fin, y acudo al *jurista*.

"El *abogado* debe ser probo, diligente, entusiasta; el *letrado*, estudioso; el *jurisconsulto*, prudente; el *jurista*, erudito.

"Hay muchos *abogados;* no hay tantos *letrados;* hay

muy pocos *jurisconsultos;* es muy raro encontrar un *jurista.*»

Puedo equivocarme; pero me parece que las distinciones anteriores son, por lo general, inexactas y arbitrarias.

Pecan sobre todo de poco precisas, desde que los requisitos y condiciones que se señalan como peculiares de algunos de esos vocablos pueden fácilmente aplicarse á algunos de los otros análogos.

Como creo excusado detenerme á demostrar prácticamente lo que cada lector puede ejecutar por sí mismo con solo fijarse algún tanto en los ejemplos presentados por Mora y por Barcia, tengo por preferible aventurarme á indicar lo que, en mi concepto, constituye la diferencia de significado entre los vocablos sobre que voy discurriendo.

Letrado se aplica á mayor número de individuos, y comprende menor número de calidades que *abogado.*

En otros términos, *letrado* sirve para denotar un género; y *abogado*, para denotar una especie.

Letrado es no sólo el abogado, sino también el ingeniero, el médico, el teológo, el literato y varios otros.

Sin embargo, como los abogados han formado en ciertos tiempos, ó en ciertos lugares, la fracción más numerosa ó más notable de las personas instruidas, ha resultado que, por ese procedimiento del lenguaje, ó sea por esta figura de retórica que se denomina sinécdoque, *letrado* ha pasado á expresar enteramente lo mismo que *abogado.*

Esto es lo que el DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA, apoyándose en el uso incontestable de todas las naciones españolas, enseña sin que pueda quedar pretexto para la duda más ligera.

El significado general y principal del adjetivo *letrado, letrada*, es, según el DICCIONARIO, el de «sabio, docto ó instruido»; pero, en uno restringido, siempre, según el mismo DICCIONARIO, equivale exactamente al de *abogado.*

Y esto es tanto que, así como la mujer del *abogado*, por la simple circunstancia de serlo, se denomina *abogada*, puede igualmente denominarse *letrada.*

No obstante, advertiré de paso, y por lo que pueda importar, que, en Chile, jamás se ha llamado *abogada* ó *letrada* á la mujer del *abogado.*

Como *letrado* se aplica á un número de individuos mucho más considerable que *abogado*, es claro que el primero de estos vocablos no puede emplearse en vez del segundo, cuando esto podría ser causa de confusión ó de oscuridad.

Los artículos 40, 58 y 103 de la ley chilena de organización y atribuciones de los tribunales, fecha 15 de octubre de 1875, enumeran, entre los requisitos para poder ser juez de letras, ó miembro de una corte de apelaciones, ó miembro de la Corte Suprema, el de tener el título de *abogado.*

En este caso, no podría ponerse *letrado*, en vez de *abogado*, porque, entre nosotros, se conoce el título ó diploma de *abogado*, pero no el de *letrado.*

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI,

(Continuará.)

ADRIANA MORA

(Continuación)

IX

Ya que no le era posible impedir aquel matrimonio, Adriana habría deseado que á lo menos se verificase sin ostentación y sin ruido.

—Tendré el aire de una víctima, decía á su madre; por él y por tí, por mí misma también, evitemos á los demás la oportunidad de murmurar.

Pero Enriqueta creía sinceramente que, con el tiempo, el amor llega siempre al matrimonio, como la cicatriz á la herida; estaba segura de haber hecho para su hija una elección feliz; sobre todo, estaba segura de ser envidiada por algunas amigas que tenían también hijas por casar, y le habría sido imposible resignarse á esconder en silenciosa oscuridad aquella ocasión de formar ruido y hacer que se hablase de ella.—Así, á pesar de las súplicas de Adriana, dispuso las cosas de manera que todo Santiago se estrechase aquel día en la capilla de la Caridad.

Á la entrada de la joven desposada, sintióse un apagado murmullo de admiración, y se produjo en la elegante y compacta concurrencia una ligera ondulación que llenó la angosta nave con crugidos de seda.—Hermosa, esbelta, un poco pálida, pero tranquila y con paso seguro, sin mostrar aquel aire de víctima que debía dar tema á las murmuraciones de una sociedad ávida de dramas ignorados, atravesó Adriana por entre tantas miradas que la contemplaban como sorprendidas de su incomparable belleza.—Los ojos de las mujeres admiraban ingénuamente; los hombres tenían pálidos destellos de envidia para el dueño afortunado de aquella soberbia criatura.

La ceremonia no fué larga.—Adriana se dió, más bien serena que resignada, al esposo que le imponían y á quien no amaba, y él se mostró orgulloso de hacer suya á la mujer más hermosa de la capital. La sociedad no encontró nada que decir, sin duda porque aquello no era único ni siquiera nuevo para ella. El interés, las conveniencias sociales, la voluntad egoísta de una madre,—esa es la fórmula de muchos matrimonios.

La concurrencia se había retirado lentamente, las luces del altar se habían apagado, el ruido del último carruaje había muerto ya en el pavimento, y un hombre permanecía aún inmóvil, insensible á todo, de pie en un ángulo del templo solitario. Un delicado y penetrante perfume de gran mundo, muy distinto del olor de incienso que flota habitualmente en las iglesias, era todo lo que quedaba de la ceremonia, de la concurrencia, de cuanto Fabián viera como en sueños. Habría quedado allí indefinidamente, sin darse cuenta de lo que pasaba ni en dónde estaba, si una Hermana no le advertiera

que iba á cerrar las puertas. Fabián despertó, y le pareció volver de un largo viaje; se pasó la mano por los ojos, como para borrar de su retina los últimos contornos de una visión que se evaporaba, tendió una mirada inconsciente por la silenciosa soledad que lo rodeaba, y salió.—Cuando se encontró en la calle, era ya otro: el exceso del dolor había embotado su sensibilidad.

Desde entonces vivió como un sér extraño á la vida, sin impresiones distintas de lo que pasaba en sí mismo ni en torno suyo. No es difícil encontrar alguno de esos cadáveres morales, que parecen tener una cita misteriosa con la muerte, y qué sólo viven para esperarla.—Vivir es acordarse y esperar; Fabián había perdido sus recuerdos y no tenía esperanzas. Para tales desgraciados la muerte no es ni prisión ni libertad: les es indiferente encontrarse en el vacío de las calles ó en el de las tumbas. Sus sentidos no ven la luz ni los colores de la naturaleza, ni sus almas saben escuchar las secretas y voluptuosas armonías del bien y de lo bello. . .

Era una hermosa mañana de octubre, llena de sol y de perfumes.

Fabián abrió su balcón, y se echó sobre una silla, sin que la luz y la alegría del cielo se reflejasen en la sombría tristeza de su espíritu.

Abrió su diario, y se puso á recorrerlo con la vista, sin fijar su pensamiento en lo que leía; de pronto hizo un brusco movimiento de sorpresa, como si hubiera sufrido una violenta sacudida: acababa de ver anunciada la muerte de la señora doña Leonarda Ruiz de Valle. Era la madre de Lucila, aquella niña que fué el primer amor de Fabián, suave poema de juventud arrancado después del corazón por desvastadores huracanes.—Dejó caer el

diario, y una nube de recuerdos pasó por su cabeza: era la primera vez, después de mucho tiempo, que vibraba en su sér alguna fibra sensible. No todo había muerto en él.

Retuvo en su cerebro, con una vaga sensación de alivio, la figura hermosa y delicada de Lucila, como si ella le trajese una ráfaga de aire puro y una fresca gota de rocío, y bajó hasta su corazón un destello de esperanza, que él mismo no se explicaba de dónde venía ni á dónde iba; pero, como un enfermo abandonado ya de los médicos, á quien una voz cariñosa asegura de pronto que aún no está todo perdido, sintió una impresión bienhechora de gratitud y bienestar.

Al día siguiente asistió á los funerales de la señora Ruiz de Valle, y desde ese instante lo penetró un vivo deseo de ver nuevamente á Lucila.—¿Era el amor que resucitaba, ó era simplemente la aspiración humana de encontrar un alma amiga que lo salvase de la árida soledad en que se consumía? Fabián no lo sabía, pero una voz secreta, cuya atracción no pudo sospechar después de tantos años de olvido, lo llamaba hacia la joven. Sus días eran más tranquilos, pensando en ella, y desde que la figura de Lucila se alzó delante de sus ojos le pareció que su vida tenía ya un objeto y dejaba de ser inútil y pesada.

Pero ¿y si ella lo había olvidado? ¿si amaba á otro? Á esta idea, que lo asaltó como a traición, sintió Fabián que en su corazón silbaban sordamente los celos, i que, por consiguiente, estaba allí el amor. Lo que al principio fué un deseo, se convirtió al fin en una necesidad. Cada noche que se acostaba sin haber visto aún á Lucila, lo juzgaba día perdido; su vida comenzaba, pues, á

interesarlo. Aún se veía con derecho al sol, á la dicha, al cariño de los otros.—No vaciló más; tomó un camino conocido, largo tiempo olvidado, repitiéndose á sí mismo que, cualquiera cosa que allí lo esperase, no podría agregar una sola gota más á la inmensa amargura de su vida.

Dulce, apacible, sufriendo, pero resignada, Lucila se presentó á los ojos de Fabián como la virgen de la leyenda,—sumisa y veladora. Al verla, Fabián comprendió el horrible egoísmo de su propia ingratitud, y sintió la necesidad de explicar su conducta, de arrepentirse y de ser perdonado. Sólo su propio dolor podía disculparlo.

Ella lo recibió sin extrañeza y sin reproche, como se vuelve á ver á un ausente querido á quien se espera. Fabián le tomó la mano, y á su contacto adivinó que encontraba allí el amor leal. La mirada dulce y generosa de Lucila parecía penetrar por sus propios ojos, y correr como bálsamo reparador por sus heridas. Fabián se conoció culpable, y habría querido llorar.

—¿Te acuerdas? le dijo.

Había en esas solas palabras toda una historia de amor, de olvido y de arrepentimiento. Ella levantó sus grandes ojos azules al cielo, como ofreciéndolo por testigo de su lealtad, y en seguida los fijó en Fabián con una expresión inefable de pureza y de amor.

—¡Nunca he olvidado! le dijo.

—Lucila, continuó él conmovido, he procurado amar lejos de tí, pero ya ves que no he podido, puesto que vuelvo á tu lado. Soy culpable, pero mi corazón será aún digno de tí si quieres purificarlo: ¿cómo obtendré tu perdón?

—¿Me amas?... preguntó ella; no me engañes, Fabián, y sobre todo, no te engañes á tí mismo. Mira, hay almas

que no han nacido para las luchas ni para el desencanto; yo he sufrido ya cuanto me tocaba de dolor en la tierra; he quedado sola, y un nuevo golpe me mataría. Si es el recuerdo ó el cansancio lo que te ha traído aquí, no eres generoso. No sentiría morir por tí, pero comprenderás que para una mujer que ama es bien triste morir en expiación del desdén de una rival preferida.

—Me juzgas un malvado, entonces!

—Si así fuese, no te hablaría como lo hago, no te amaría. Te creo un hombre de honor y de corazón, y por eso te muestro abierto el mío.

—¿Es decir que me perdonas, Lucila?

—¿Estás seguro de que tu corazón no te engaña?

—He venido á ofrecerte mi cariño, mi nombre, la consagración absoluta de toda mi vida.

—¡Pues bien, tu amor, ese es tu perdón!

Fabián imprimió en la frente de la hermosa niña un beso tan casto, que hasta los ángeles del pudor debieron protegerlo con sus alas de rosa para que el Señor no lo tomase en cuenta allá arriba.

Algunos meses después, cuando daba su nombre á Lucila, le entregaba un corazón que creía sinceramente no haber amado nunca más que á ella. Todo recuerdo del pasado estaba muerto en su memoria, y nuevos horizontes de una felicidad tranquila y sin nubes se extendían á sus ojos, vueltos á la luz.

Salía del templo, en donde había elevado una plegaria de gratitud al Dios que ha creado los corazones para el amor, y daba el brazo á la mujer hermosa y querida que debía hacerlo feliz. Un cupé atravesó en ese instante por la calle; una mujer se inclinó en su asiento, asomó la cabeza por la portezuela, y clavó en Fabián una mi-

rada profunda, ardiente, que él no había encontrado nunca en otros ojos; sintió un violento sacudimiento en todo su sér, y se precipitó en su propio coche como un hombre perseguido de cerca por una amenaza de muerte. Todo lo que creía olvidado para siempre se alzó en él vibrante y punzador, como agudas varillas de acero.

Acudió á toda su energía para dominarse en presencia de Lucila; pero comprendiendo que sus heridas estaban muy lejos de hallarse cerradas, y que allí existía en adelante un doloroso peligro para él y para la niña pura y amante que se confiaba á su honor, se embarcó á los pocos días para Europa, á fin de colocar entre él y Adriana la inmensidad del mar, del tiempo y de la distancia.

X

¡Tiempo, distancia! ¿quién ha resuelto todavía si eso mata al amor, ó si es precisamente eso lo que lo enardece?

Un año había transcurrido, y Fabián podía creerse salvado, esta vez definitivamente. Ya no pensaba en Adriana, aun en los momentos en que se ponía á soñar con todo lo que dejaba atrás. Durante algún tiempo procuró en vano aturdirse con el espectáculo incesantemente renovado de otros horizontes, otros climas, otros seres y otros objetos; aquel recuerdo lo perseguía á todas partes, amargando de tristeza y remordimientos hasta las caricias de su esposa. La imagen de Adriana estaba clavada en su corazón, y la llevaba consigo de lugar en lugar,—como la cierva herida de la fábula llevaba clavada dondequiera su flecha.

Al fin, empero, aquella imagen hostil y perturbadora

se desvaneció por completo de su corazón y de su memoria. Durante un año en que Lucila fué todo para él, patria, familia, amigos, aprendió á admirar y amar á esa alma inteligente, tan pura y tan leal, que le hacía fácil y risueño hasta el deber.—Ella adoraba en Fabián, el único amor de su alma casta y apasionada; sabía que había amado á otra, y en los primeros días de su matrimonio sufrió cruelmente al ver que su esposo no le pertenecía por completo. Ni una queja, sin embargo, salió jamás de sus labios, y se impuso en silencio el deber de sanar ese corazón enfermo, para la felicidad de ambos. Lo consiguió, al fin, á fuerza de ternura y de consagración, y hoy se sentía doblemente dichosa de poder entregar sin reserva su corazón, y recibir, en cambio, todo entero el de su esposo.

Aunque Fabián conocía que su antiguo amor estaba definitivamente muerto, se abstenía, por delicadeza, de pronunciar la primera palabra sobre un proyecto que ambos acariciaban, sin embargo, con igual anhelo: el de volver á la patria. Lucila, segura del presente y confiando el porvenir á la lealtad de Fabián, creyó que era ella quien debía darle esa prueba de amor y de fe. Si el temor lo hacía á él un poco egoísta, le tocaba á ella ser abnegada hasta el fin.

—Fabián, le dijo un día, venciendo sus últimas vacilaciones y procurando desechar un vago presentimiento que venía á combatirla: ¿no has pensado todavía en nuestro regreso?

—¿Lo deseas de veras? replicó él.

—¡Cómo no desearlo! Todo esto es muy hermoso, sin duda, pero no hay en la tierra nada como la patria. Aquí, hasta las personas que vemos todos los días nos parecen

siempre extrañas; allá, hasta los más desconocidos tienen algo de amigos; aquí estamos solos donde quiera que nos encontremos; allá está en todas partes la familia. Se me figura, á veces, que llevamos una vida prestada y que no hemos de amarnos bien y pertenecernos completamente sino en la tierra querida en que nacimos, bajo nuestro hermoso cielo azul. Allá tenemos nuestros amigos, nuestros parientes, todos los seres que piensan en nosotros y que nos esperan. Vamos á amarnos allá, ¿quieres?

Fabián comprendió desde el primer momento cuánto había de cariño y de abnegación en eso; Lucila sacrificaba su inquietud ante el deseo que adivinaba en él, y al hacerle generosamente el abandono de su propia tranquilidad, aparentaba ser ella la que solicitaba. Atrajo hacia su pecho la hermosa cabeza rubia de la joven y le dió en la frente un beso de sentida pasión.

—¡Eres un ángel! le dijo; pero yo!...

—Tú eres bueno, y yo te amo. Mira, agregó en voz muy baja, juntando sus labios al oído de su esposo, como para esconder también su lindo rostro que se había puesto rojo como una granada: ¡quién sabe si el cielo espera que estemos allá, en nuestra propia cuna, para darnos el hijo que le pedimos y que ha de completar nuestro amor y nuestras almas!

—Tienes razón, respondió él. Sería yo demasiado cobarde si vacilase todavía.—¡Oh, continuó, respondiendo á un movimiento de la joven, aunque lo adivines todo, mi Lucila, déjame decírtelo. No me creería sano ni perdonado mientras no te lo hubiese confesado yo mismo; y ya no puede haber en ello un peligro para mí, ni para tí una ofensa, puesto que todo ha concluído para siem-

pre. Con mi silencio tendría el aire de guardar un secreto que no quiero que exista entre los dos.

—Ya no lo es, Fabián; lo sé todo, y confío en tí. Hablemos de nuestro porvenir; es más querido ¿no es verdad?

—Es que deseo probarme á mí mismo, delante de tí, que no tengo por qué huir de esos recuerdos que ya no vienen á turbarme; que puedo hablar de esas cosas olvidadas teniéndote entre mis brazos y jurándote que te adoro. Sabes que un tiempo, engañado, ciego, quise buscar en otra parte el amor que sólo en tí podía encontrar. Sufrí mucho, y el dolor me llevó de nuevo á tu lado; ¡yo lo bendigo! Cuando te hice mi esposa, te daba honradamente un corazón que era todo tuyo y que creía haber sepultado en la más absoluta indiferencia todos sus latidos del pasado. Era sincero y leal, pero me engañaba á mí mismo, como tú lo temiste; un día, el mismo de nuestro casamiento, pasó delante de mí aquella otra mujer, y comprendí que no era dueño de mi propia voluntad. Yo quería ser bueno, ser honrado, ser digno de tí, y me exponía á ser un miserable; aquella mujer se iba á levantar de nuevo entre los dos como mi tentación y mi suplicio. Por eso he huído tan léjos, buscando en la distancia el olvido, y en tu amor la salvación. Si yo hubiera debido sufrir solo, me habría entregado sin resistencia á mi destino; pero se trataba de tí, de tu felicidad que me confiabas, y te juro, mi Lucila, que por evitarte á tí una lágrima habría dado entonces como ahora toda la sangre de mis venas. Tú has sido más grande, más buena y más generosa de lo que yo había imaginado; y hoy que te amo tanto, hoy que no podría vivir sin tu belleza que adoro y sin tu corazón que admiro, podemos volver allá

sin temor.—Sí, sería imposible que cupiera en un hombre tanta infamia; no podría yo pensar en mujer alguna teniéndote á mi lado, porque si no moria de vergüenza, me mataría el remordimiento.

—¿Cuándo nos volvemos? preguntó sencillamente Lucila.

—Ordena tú.

—Pues bien, preparemos desde luego nuestro viaje.

Dos meses después, se encontraban instalados en su cómoda y elegante casa de la Alameda, y respiraban á pulmones llenos el aire de la patria de que se vieran tanto tiempo privados.

Se amaban más que nunca, y como el cielo no les enviaba todavía aquella sonrisa suya que esperaban, el hijo que debía completarlos, se desquitaban haciendo la vida de dos enamorados que tienen todavía una suma inmensa de amor que gastar antes del día de sus bodas. Se les veía siempre juntos, y se habría dicho que la felicidad les brillaba en los ojos. Porque, á la verdad, se sentían tan felices de amarse como orgullosos de haber salvado uno en brazos del otro los peligros que imaginaron y que no resultaban al fin más que vanos temores.

Pero ¡ay! no siempre el olvido es el término de una pasión.

Hay un fenómeno sicológico, esencialmente humano, que ha dejado de ser extraño en fuerza de verse repetido:—un hombre quiere olvidar á una mujer á quien ama, y se aleja de ella; al principio lucha, sufre, está triste, la ama con más fuerza á la distancia que á su lado; lentamente, y mientras se jura que sigue amándola como nunca, aquel nombre va borrándose de sus labios; después, comienza á observar que hay en el mun-

do otros placeres que el amor y otras mujeres que ella; por último, ese recuerdo no turba en nada la actividad de sus días ni el sueño de sus noches. La ha olvidado por completo, ya no la ama, puede relevarse sin peligro del destierro voluntario que se impuso. Mas apenas se encuentra con ella, basta una sola mirada para que el amor que se creía muerto se levante absoluto y exigente, como si sólo hubiese estado sometido á una prueba de la cual sale vencedor. Y es que, cuando creemos olvidar á una mujer en la ausencia y la distancia, lo que en realidad olvidamos son nuestros propios recuerdos; lo que en realidad dejamos de amar es nuestro propio pasado; pero á ella, la hemos estado amando sin saberlo, con una fidelidad que es más inquebrantable mientras más se esconde, con una constancia que es más tenaz que nosotros mismos porque no depende de nosotros,— sin sospechar que una sola palabra de esa voz, largo tiempo silenciosa, bastará para levantar el edificio que nos parece en ruinas y encender el volcán que imaginamos en cenizas.

Para que el olvido sea verdadero, es necesario olvidar á una mujer á quien se esté viendo todos los días.

XI

Parecía que Adriana Mora no había comprendido del matrimonio más que la libertad y el lujo. Su esposo no se esmeraba tampoco demasiado en hacerle comprender otra cosa.

Al día siguiente de sus bodas salieron á pasar fuera de Santiago su luna de miel. Eduardo Rosas escogió á Cauquenes para hacerlo brillar con los rayos de su luna.

Pero allí, en las orillas de un pintoresco río, entre árboles cargados de años, de verdura y de provocaciones, en medio de uno de los paisajes más hermosos de la tierra, les faltaba el invisible huésped que hace encantados todos los lugares—el Amor—y pronto echaron de menos la vida bulliciosa y brillante de la ciudad.

Se volvieron como habían ido, sin saber á punto fijo en qué se diferencia la luna de miel de la edad madura del matrimonio

—¿Cómo te ha ido? le preguntó á Adriana, con expresiva sonrisa, su amiga más íntima.

—Prefiero fastidiarme aquí.

—¡Dios mío! y yo que te hacía viviendo en el espacio, lejos de la tierra, como los habitantes de cualquiera luna.

Adriana se encogió de hombros.

Pudo ser lo que hubiera hecho de ella el hombre de corazón y de inteligencia á quien hubiese amado; pero no teniendo á nadie que se encargase de dirigirla, tomó el camino más fácil y más cómodo que se le ofrecía. Se hizo mujer á la moda, y se lanzó impetuosamente á la existencia revuelta, ficticia,—teatral,—que convierte el hogar en un escenario y á la mujer en un personaje que vive para el público. Se hablaba de su belleza, de su fortuna, de sus trajes, de sus alhajas y un poco de sus excentricidades, con la misma libertad de apreciación con que se habla de todo lo que pertenece al criterio común, de la última ópera cantada, del último folletín publicado en el diario.

Algunos que pasaban por estar bien informados de las intimidades sociales aseguraban que Adriana procuraba aturdirse. ¿Aturdir qué? Eso era lo que nadie sabía. Como sucede siempre con las mujeres bonitas que se

exhiben demasiado, el matrimonio duplicó su corte de adoradores. Pero los que contaban las locuras que otros hacían por ella, no podían contar ninguna hecha por ella misma.—Eduardo seguía siendo un gran envidiado; su mujer no daba motivos para que fuese compadecido.

Las tristezas repentinas de Adriana, que no procuraba disimular ni aun en las fiestas donde la observaban muchas miradas, y cuyo origen nadie sabía, le daban un tinte de romanticismo y eran la nota misteriosa de su existencia. Eduardo, que en este punto no sabía más que otro cualquiera, se contentaba con llamar á eso un capricho. Y así, cuando en alguna reunión entraba solo á los salones y se le preguntaba por Adriana, contestaba con acento convencido:

—Le ha tocado hoy uno de sus días de encierro, y no ha querido salir de casa. ¡Es tan caprichosa!

—¡Caprichos! repetía, encogiéndose de hombros un filósofo de mundo, que era uno de los que envidiaban á Eduardo con más insistencia y más de cerca; aunque no con más fortuna que los otros.—¡Caprichos! no conozco nada tan intencional y fundado como la casualidad y los caprichos; son tal vez las únicas cosas que tienen siempre una causa cierta y determinada.

Con motivo ó sin él, la verdad era que Adriana solía tener esos accesos de melancolía en que se retiraba incidentalmente de la vida agitada que le era habitual, y se encerraba en su aposento como si tuviese una cita misteriosa que no debía ser turbada por testigos importunos. En esos días no salía á ninguna parte ni se dejaba ver por nadie.

Fabián oyó muy pronto hablar de ella. Y como Adriana era una de esas mujeres á las cuales no se puede

nombrar sin añadir una multitud de detalles, quedó luego enterado de toda la existencia de la joven. Aquella noche besó á Lucila en los labios con infinito cariño, y dió en silencio gracias al cielo. Fabián era el primer hombre, el único, que hasta ese momento hubiera compadecido á Eduardo Rosas.

Empero, no hay tempestades más violentas y trastornadoras que las que se forman en un cielo limpio y tranquilo.

Una tarde de noviembre, llena con las cálidas emanaciones de la tierra y de los árboles, recorría Fabián en su elegante victoria las avenidas de la Quinta Normal. Lucila miraba con ojos soñadores á los niños que jugaban al borde de los estanques y los jardines, ó que corrían por las anchas calles de verdura; un secreto presentimiento parecía decirle que faltaba todavía un lazo al cariño de entrambos, porque en la hora de la prueba y del peligro, si alguna vez llegaba, ella sola no sería bastante fuerte para contener los impetuosos arrebatos de Fabián. Sólo hay un sér bastante poderoso y dominante para sujetar á un hombre que se lanza por una pendiente resbaladiza—¡el niño!

Un landó abierto cruzó con ellos. Medio recostada en los cojines, arrobadoramente hermosa en su indolente abandono, pasó Adriana por los ojos de Fabián como una visión incomparable, evocada por un poder extraño. Al verlo, habíase incorporado vivamente en su asiento, y pálida, sorprendida, pero visiblemente gozosa, lo saludó con un lijero movimiento de cabeza, mientras sus ojos le lanzaban una de aquellas miradas que iban á levantar en el fondo de su alma todo lo que el creía reducido á ruinas y á olvido: mirada llena de apasionadas

provocaciones, y que semejaba, al mismo tiempo, implorar piedad y auxilio.—Sobrecogido por una conmoción semejante al contacto de una carga eléctrica, Fabián sintió una corriente helada que le inundaba el cuerpo. Instintivamente, con el movimiento irreflexivo del hombre que oye silbar una bala en sus oídos, volvió á otro lado la cabeza. Lucila lo miraba con una expresión inefable de angustia.

Él le tomó la mano, y la estrechó dulcemente entre las suyas.

—¡Á casa! gritó al cochero.

—¡Gracias! le dijo ella, estrechándose á Fabián como si se sintiera perseguida y amenazada.

Fabián no durmió aquella noche. Todo su pasado llegaba á golpearle las sienes, hinchadas por la fiebre; y cuando llamaba en su auxilio al honor, al deber y á Lucila, era la figura de Adriana la que se alzaba como una visión luminosa en la oscuridad de la noche, más hermosa que nunca, con sus grandes ojos ardientes, los brazos extendidos hacia él, y sus labios rojos que parecían decirle, húmedos y entreabiertos:—¡Te espero!

En vano procuraba aferrarse desesperadamente á lo que tenía de noble y de leal en su alma, á su hogar, á Lucila; aquella voz y aquella mirada eran más poderosas que el bien, y lo atraían á pesar suyo.

La antigua herida no estaba, pues, cicatrizada; su larga batalla quedaba estéril; la obra paciente y trabajosa de dos años se desmoronaba en un momento. Virtud, porvenir, paz del alma, todo se desvanecía en humo, junto con los sueños felices de la dulce niña que le había confiado su corazón y su existencia. Como esas astillas secas arrojadas al fuego que saltan y se retuercen cru-

giendo para defenderse de las llamas, pero que son luego consumidas en ascuas, así Fabián sentía que todos sus proyectos y sus buenos propósitos eran reducidos á cenizas por la sola mirada de Adriana.

—¡No puedo! gritaba sordamente, mientras una lágrima seca y abrasadora le quemaba los párpados, ¡no puedo luchar!

Se vestía lentamente, buscando en su imaginación trastornada alguna manera de huir el peligro, ya que no podía afrontarlo.—Su sirviente vino á entregarle una carta. Aún no olvidaba aquella letra: era de Adriana. Hizo un rápido ademán de romperla sin abrirla, pero la arrojó vacilante sobre su mesa; después, nerviosamente, con las manos temblando, como si recogiese del suelo el guante que un adversario implacable le hubiera tirado al rostro, rasgó el sobre.

"*9 de noviembre.*—Ayer pasé á tu lado, después de tanto tiempo, y no te dignaste siquiera saludarme. ¿Me odias, pues, tanto? Ven esta noche, a las nueve; estaré sola para tí. No pretendo resucitar nuestro amor del pasado, pobre cadáver que ya no te arranca una lágrima ni un recuerdo; pero necesito á lo menos que no me desprecies.—*Adriana.*"

Después de leer diez veces esa carta, la conservaba todavía entre las manos, con los ojos fijos en ella. Sentía correrle por el cuerpo la sensación indefinible de un hombre que estuviera bajo la acción dominadora de un magnetizador. Lentamente, obedeciendo á un impulso extraño, como si se dejase llevar por una ola de voluptuosidad que lo envolvía y lo arrastraba, se llevó la carta á los labios y la besó. El ruido de su propio beso y el contacto frío del papel lo volvieron á la realidad. Aque-

llo era más que una cobardía, era una traición infame.

—¡Soy un miserable! murmuró.

Se levantó, estrujando con rabia entre sus manos la carta tentadora, y pensó llegar cerca de Lucila, mostrársela, confesar su miedo y su debilidad, y decirle como el náufrago que pide auxilio:

—Mira . . . y sálvame!

Oyó la voz de la jóven que lo llamaba, y ocultó precipitadamente el papel, como un niño que se esconde al ser sorprendido en una acción punible.

—¿Qué tienes, amigo mío? le preguntó ella, observando su excesiva palidez.

—Nada... no he dormido en la noche... pero no es nada.

—¿No quieres salir esta mañana?

—No.

Desde ese momento Fabián se reconocía perdido, y se entregaba sin resistencia á su destino.

Á las nueve entraba resueltamente, con la serenidad desesperada del hombre que se lanza á la muerte porque no puede evitarla, al salón donde Adriana lo esperaba sola, como se lo había dicho.—Estaba medio recostada sobre un sofá, con la cabeza apoyada en la mano. Su traje de raso negro, suelto, que dibujaba admirablemente los contornos de su cuerpo elegante, contrastaba con la palidez mate de sus mejillas, y le daba un aire inefable de melancolía. Había llorado, y lo esperaba. Al verlo entrar, se enderezó lentamente y le tendió la mano. Él se había detenido en medio del salón, de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándola con ojos en que se adivinaba luchar la cólera con una explosión inmensa de amor.

—Me has llamado, le dijo, y aquí estoy. Me conoces mejor que yo mismo, y sabías bien que soy un cobarde y un miserable.

—No te acuses, Fabián, y, sobre todo, no me acuses á mí; no es culpa nuestra que el destino sea más fuerte que nosotros.

—Pero ese destino, eres tú quien lo ha buscado.

—Me he sometido á él; era débil entonces, y no sabía nada. Hoy daría toda mi vida por una hora no más de aquel tiempo en que tú me amabas y en que yo amaba también; créemelo, Fabián, daría sin vacilar la vida.

Fabián se había acercado á ella, y se sentó á su lado; su voz no era áspera ya; el penetrante perfume que se desprendía de ella comenzaba á embriagarlo.

—Y bien, le dijo con un acento que parecía más bien implorar que conceder; ¿qué quieres?

—Que no me desprecies. ¡Me encuentro tan sola, tan desgraciada... y tan culpable!

—¿Y tu marido?

—¡Oh! bien sabes que he dado mi mano, pero que he guardado el corazón.

—¡Adriana, Adriana! exclamó él, ahogando dolorosamente los últimos gritos de su conciencia: ¿sabes que es bien infame lo que estamos haciendo?

Ella le había tomado la mano, y la estrechaba entre las suyas que ardían; su mirada brillaba de pasión y de ternura; juntó lánguidamente sus labios al oído de Fabián, y le dijo en un tenue suspiro:

—¿Me perdonas?

Él se levantó bruscamente, como si tratase de huir, pero cayó á los pies de Adriana.

—¡Te adoro! le contestó.

Y ocultó la cabeza entre los pliegues perfumados del vestido de ella, sollozando convulsivamente.

XII

No recuerdo donde,—pero en un libro que me dió una mujer,—encontré este cuadro de un sentimiento sobrecogedor. Era en una taberna: un rayo de sol penetraba escasamente por la única ventana abierta en la pared, se abría paso como luchando por entre la atmósfera del cuarto, espesa de tabaco y alcohol, y caía opaco y pesado al suelo desnudo. En un rincón se veía á un hombre medio tendido sobre una mesa, con el brazo izquierdo estirado y la cabeza doblada en él. ¡Es horriblemente pesado el fardo de las cabezas despiertas que caen sobre el brazo por almohada! Pero había algo en los ojos de aquel hombre, húmedos y turbios por el vino, que dejaba sospechar una trajedia; sufría, y su dolor lo disculpaba. Acercándose á él, se veía que, mojando el dedo en la mancha de vino formada por el vaso caído, escribía un nombre en la mesa:—era el nombre de una mujer.

En todo drama humano, alegre ó sombrío, conmovedor ó repugnante, vicio ó virtud, cobardía ó heroísmo, cumbre ó precipicio, hay siempre una fuerza que aplasta ó levanta, ángel ó demonio,—una mujer.

Cuando la Grecia prendió la fúnebre antorcha de la primera matanza de hombres, y cuando, después de incendiar y destruir á Troya vencida, su ejército removía los escombros humeantes y ensangrentados,—buscaba á una mujer.

Cuando Antonio, luchando en las aguas de Accio, arrojaba al desprecio del mar y de la historia su honor,

su gloria y el imperio del mundo, y volvía la proa de su nave hacia una vela que se perdía en el horizonte,—volaba en pos de una mujer.

Cuando Julian entregaba su gran patria á la esclavitud y llamaba al extranjero para consumar la inmensa traición,—pronunciaba el nombre de una mujer.

Cuando Coriolano, ardiendo en odio y en venganza, avanzaba sobre Roma para destruirla, y la ciudad, sobrecogida de espanto, lo veía detenerse repentinamente y volver atrás, era porque entre él y las murallas se interponía un solo brazo,—el brazo de una mujer.

Cuando Prat, lanzándose á un abordaje imposible, probaba que el heroísmo humano no tiene límites, y caía sobre la cubierta de hierro para levantarse á los astros, apretaba convulsivamente un retrato contra su corazón, —el retrato de una mujer.

Y, en fin, para compendiar en un tipo único todas las manifestaciones de la humanidad, cuando Jesús moría en el Calvario, antes de clavar para siempre su mirada triste y mansa en el espacio, y de lanzar aquel supremo gemido de dolor y de auxilio que aún vibra en todas las angustias del hombre, bajó por última vez los ojos á la tierra—para hablar á una mujer.

Una mujer,—esa es casi siempre la historia de los hombres.

Fabián era uno de esos predestinados á morir del corazón, y que mueren héroes ó miserables según la mujer que encuentran en su camino.—Creyó amar sinceramente á Lucila cuando le ofreció su nombre y la consagración absoluta de su vida; pero, en realidad, confundió el amor con el sentimiento de paz y de bienestar que se experimenta al descubrir un refugio á la soledad que

agota y martiriza. Era como el náufrago que se acoge con cariño y gratitud á la playa que lo salva, pero después, cuando el peligro ha pasado, cuando vuelve á sentirse dueño de la vida que estuvo á merced de las olas, piensa con ansia melancólica en la patria ausente.—La patria de Fabián, su único amor cierto, era Adriana.

Al encontrarla, lo olvidó todo y vivió sólo para ella.—Recostado voluptuosamente en la barca de la vida, se dejó arrastrar por la pérfida y arrulladora corriente, sin saber á donde iba, sin mirar atrás,—sin ver que un alma enamorada, pura y mansa, sufría á su lado. En el cariño culpable y ardiente de Adriana creyó hallar todo lo que la existencia podía ofrecerle, todo lo que él le habría pedido,—el amor, ardiendo en un beso eterno.

Ambos creían haber principiado á vivir y amar desde aquel día en que, solos en una quinta aislada de los alrededores de la ciudad, bajo los árboles silenciosos y protectores, en ese vasto silencio en que no oían más que el latido de sus corazones, habían apurado en una hora todas las felicidades sin nombre de la tierra.

La tarde estaba tibia y serena: una brisa apenas perceptible recogía de la tierra, para esparcirlos en la atmósfera, los perfumes que exhalaban las flores al doblarse sobre sus tallos para dormir y esperar al rocío; el sol se había hundido en el horizonte, dejando en el espacio un inmenso rastro de notas que se apagaban, aromas que morían, alas de aves y de brisas que se plegaban. El aire parecía cargado de languidez; los árboles inmóviles doblaban sus copas pensativos, con un indefinible rumor de misterios en sus ramas; sólo el crugido breve y rasgado de una hoja seca y el postrer canto del pájaro que llegaba á su nido llamando á su compañera, turbaban aquella

silenciosa tranquilidad, haciéndola aún más sola y más profunda.

Embriagados por las acres emanaciones del campo, con la sangre abrasada por la llama de su propio aliento, arrullados por la naturaleza impenetrable, llena de sombras tentadoras abajo y de vaporosas claridades arriba, Fabián y Adriana habían cedido al vértigo.

Ya las estrellas comenzaban á brillar con destellos de diamante en el cielo limpio y tranquilo, y ellos no sabían cuánto tiempo estaban allí.

—¿Mía para siempre? murmuró Fabián, atrayéndola por última vez contra su pecho.

—¡Para siempre! exclamó ella, doblando lánguidamente sobre él su hermosa cabeza.

Desde ese día vivieron insensibles á cuanto á su lado les hablaba con el lenguaje austero del deber. Ataron á su carro indolente y vencedor la honra ultrajada del marido, el corazón desgarrado de la esposa, y lo lanzaron á toda brida por la pendiente enervadora de la culpa.

No pudiendo ver á Adriana en su casa, donde Eduardo Rosas habría sido un testigo demasiado importuno, Fabián arregló para ella un nido oculto, y allí iban á encender entre caricias la llama de su pasión criminal, nunca saciada,—porque esos amores, como la vengadora camisa mitológica, abrasan las entrañas con inextinguibles ardores.

Vivían demasiado arriba para que pudieran permanecer mucho tiempo ignorados; pero las justicias y las reparaciones del mundo son débiles y tardías, sin duda porque él mismo sabe que en su propia indignación suele haber más egoísmo que amor al bien. En efecto, cuando un hombre dice: Tal individuo es un miserable,—lo que

en realidad quiere decir es: Yo soy el recto; y cuando una mujer murmura: Tal otra es una perdida,—es para que se piense: Ésta es la impecable. De ahí ese encarnizamiento más ficticio que honrado contra los errores de los demás, y esos prodigios de maledicencia que se disfrazan de mil maneras para hacerse aceptar. Mostrar indulgencia fuera una grave falta, porque sería exponerse á bajar del pedestal en que uno se ha colocado, no por la virtud propia, sino por el pecado ajeno. Todos están ávidamente dispuestos á la acusación y al castigo, como si descubriendo la culpa de los demás, probasen su propia inocencia. Por eso las sanciones sociales suelen ser tan poco eficaces, y por eso el error se cree con derecho á discutirlas, y aún, á veces, á desdeñarlas.

Eduardo Rosas lo ignoraba todo, porque los maridos burlados son los últimos en conocer su deshonra; pero Lucila lo sabía, porque las esposas abandonadas son las primeras que adivinan la traición.

El expresivo cortejo de miradas oblicuas, de palabras dichas á media voz, de sordos murmullos, que sigue siempre á las desgracias que no pueden ser lamentadas en alta voz delante de las víctimas, no perturbaba á Eduardo; esos mil pequeños detalles son tangibles y reveladores para el que vigila, pero quedan inadvertidos para el ojo indiferente. Y luego, la sociedad no va nunca á denunciar al marido las faltas de su mujer; ¡oh! la maledicencia se entretiene demasiado con el escándalo para que tome á empeño ponerle atajo. Si la víctima no se inquieta, no le toca á los demás afligirse ni hacerse responsables. ¿Acaso Caín era el guardián de su hermano?

Fabián y Adriana no se sentían, pues, molestados; los que tenían derecho para pedirles cuenta de sus acciones,

no sólo en nombre del deber, sino en nombre de su propia honra arrojada al fango y al ludibrio, callaban, el uno en descuidada ignorancia, la otra en resignación silenciosa.

Y cuando Fabián, que creía amar sinceramente á Adriana y que por eso deseaba verla respetada, solía insinuar una vaga inquietud por la situación que se iba creando, ella se apresuraba á ahogar en un beso todos sus escrúpulos.

—Quiero darte, le decía, cuanto puede una mujer dar en la vida, para compensar con el abandono absoluto del presente lo que te he quitado de amor en el pasado.

Fabián encontraba justa esa compensación, y hundía el corazón y la cabeza en esa embriaguez de pasión y de olvido,—mientras la expiación surgía á lo lejos.

JACOBO EDÉN.

(Continuará.)

POESÍAS

PULVIS ET UMBRA

"Feliz á quien meces,
mentira, en tus sueños."

ESPRONCEDA.

I

La vida es una flor: luce un momento,
placeres derramando á manos llenas,
que se cambian después en mar de penas
ó en huracán oscuro y turbulento.

II

Nace el mortal, y la primer caricia
de su madre la paga con vagidos;
crece, y dolores, llantos y gemidos
son de su juventud dura primicia.

III

Uncido al carro del destino, sube
la escarpada pendiente de la vida,
y al llegar á la cima apetecida,
ve el porvenir envuelto en negra nube.

IV

La duda, espina cruel, su alma destroza
doquier la vista vuelve en su delirio:
la vida es un tormento, es un martirio
que acaba en las tinieblas de la fosa!

1882.

¡POBRE POETA!...

En vano, hijo de Febo, tus cánticos entonas:
en vano!... Lo que cantas borrando el tiempo va;
los lauros con que sueñas, los lauros que ambicionas
tu pobre y triste frente no ceñirán jamás.

Más vale que enmudezca tu quejumbrosa lira,
porque la voz del viento su voz hace morir:
aparta de tu lado la musa que te inspira,
no veas de sus labios el dulce sonreír.

Mira que el siglo vano la inspiración apaga
en las espesas nieves de sórdida ambición;

mira que al mundo invade del oro peste aciaga
y al genio en la miseria consume su dolor.

Recuerda al ciego Milton, cantor de Edén florido,
que su inmortal poema por negro pan cambió!...
Recuerda á Tasso, el grande, gimiente y abatido,
cual criminal infame en lóbrega prisión!...

Si sientes en tu frente los golpes de la idea,
acalla, pobre vate, la voz del corazón;
si tienes una lágrima, nadie correr la vea,
porque llorar es crimen y es crimen el dolor.

No hay un laurel siquiera para premiar la frente
del que ignorado pasa tañendo su laúd;
la fosa y el olvido su nombre eternamente
segregarán del reino de la perenne luz.

Al oprimir la tierra sus restos olvidados,
del mundo su memoria se apartará veloz,
y de su humilde tumba los brazos dilatados
talvez no habrá quien ciña con una mustia flor!...

N. Tondreau.

1883.

CHARLAS Y RECUERDOS

DON HERMÓGENES DE IRISARRI

(Á DON RICARDO PALMA)

I

Don Hermógenes de Irisarri ha sido uno de los hombres de mayor ingenio que he tratado en mi ya no corta vida.

Hijo de don Antonio José de Irisarri y de doña Mercedes Trucios y Larraín, don Hermógenes nació en Santiago el 19 de abril de 1819.

Don Antonio José de Irisarri nació en la nueva ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, el 7 de febrero de 1786 y murió en Nueva York el 10 de junio de 1868.

Fueron sus padres don Juan Bautista de Irisarri Larraín, Vicuña y Aranívar y doña María de la Paz Alonso, García, Barrazán y Sotomayor, personas ambas de noble alcurnia en Castilla la Vieja.

Trasladados á América, don Juan Bautista de Irisarri llegó á ser el comerciante más acaudalado del reino de Guatemala, dejando á su muerte cuantiosos bienes en Méjico y el Perú. Á hacerse cargo de estos caudales, hizo viaje don Antonio José primero á Méjico en 1806 y á Lima en 1808. De esta última ciudad dirigióse á Chile, á conocer á sus parientes, los Larraínes y Vicuñas.

Á poco de su llegada á Santiago, contrajo matrimonio con su prima doña Mercedes Trucios y Larraín, heredera del mayorazgo de Trucios, radicado en valiosísimas heredades de la ciudad de la Paz de Bolivia.

La revolución de la independencia de Chile, que estalló pocos meses después de su enlace, obligólo á tomar parte activa en ella. Desde esa fecha Irisarri figuró en primera línea, como literato, como estadista y como diplomático, hasta alcanzar la honra de ser durante siete días jefe supremo interino del Estado de Chile, durante cuya semana, (desde el 9 al 14 de marzo de 1814) hizo, al decir de un biógrafo entusiasta, "más obra revolucionaria que la que se había hecho en los cuatro años de lucha por la emancipación".

Lo que por mi parte puedo afirmar, sin temor de ser desmentido, es que don Antonio José de Irisarri fué uno de los literatos más conspicuos de la América latina y es, hasta los días que corren, el primero y más ilustre de los diaristas americanos. Si á alguien, con justicia, puede darse el dictado de fundador del periodismo en América, es á don Antonio José de Irisarri.

Dejo estos recuerdos del padre, para volver a ocuparme del hijo.

II

Cuando nació don Hermógenes, hallábase don Antonio José en Londres, como representante diplomático de Chile. Al tener noticia del nacimiento de su hijo y del nombre que le habían puesto al mojarle la mollera con agua bendita en la pila bautismal, escribió a su esposa una carta llena de chanzas y de consejos, que, íntegra, paso a copiar, seguro de que mis lectores la han de leer con gusto desde la cruz á la fecha.

Á la Señora

DOÑA MERCEDES TRUCIOS DE IRISARRI

Santiago de Chile

Londres, 27 de junio de 1821

Mi muy amada Merceditas:

Ayer recibí una carta tuya de 26 de diciembre del año próximo pasado, que, como verás por la fecha de ésta, ha demorado en el camino seis meses. Tú me dices que aquella vendría por un buque que hacía su viaje en derechura á Burdeos; pero yo la he recibido por el correo de Inglaterra, y no por el de Francia; de modo que no puedo atinar el conducto por donde ha venido; y como el sello de la posta estaba borrado, tampoco he podido sacar de él ningún medio para hacer mis conjeturas.

Me dices también que, por el estado de los caminos de Buenos Aires, deben haberse perdido las cartas que yo echo menos de tí, así como muchas de las que yo te he escrito; lo cual creo que es de la misma suerte que tú lo supones; y por esto, no debiendo haber todavía demasiada confianza en la tranquilidad de Buenos Aires, será más conveniente que aproveches las oportunidades que se presenten en Valparaíso de los buques que vengan para acá.

He celebrado mucho las noticias que me das de nuestros hijos, y especialmente de *Hermógenes*, cuyo nombre me hormiguea en las orejas, porque ciertamente parece que han buscado el más feo de todo el

almanaque para ponérselo al pobre muchacho. Puede suceder que algún día se equivoque el que no esté muy acostumbrado al tal nombre, y en lugar de llamar á mi hijo *Hermógenes* le llame *Holofernes!* Como quiera que sea, con tal que esta pobre criatura no encuentre una Judit que le corte la cabeza, todo lo demás importa poco. Dices que se parece mucho á mí, y yo seré muy contento de que no se parezca más que en la figura, porque si hubiera de parecerse en todo, no sacaría el infeliz demasiado provecho de la semejanza. Lo que importa es que se críe suelto y sin regalos, porque así se fortalece la constitución y se adquiere aquella robustez que conviene para tener una vida sana y larga. Á mis hijas es necesario no darles ya mucho tiempo de jugar, sino después de haber hecho su tarea diaria, de leer, escribir, cantar, coser, etc., porque ya de su edad hay muchas que saben todo esto en Europa, y no debe de haber ninguna razón para que no sea así en América, en donde la naturaleza desenvuelve más temprano las facultades intelectuales de las muchachas. Yo no me contentaré con que lean y escriban y cuenten, sino con que lo hagan muy bien, así como en todo lo demás que deben aprender.

Por lo que que hace al nombre de *Hermógenes*, no creas que me disgusta, pues todo lo que te he dicho sobre él es una pura bufonada Por el contrario, me parecen siempre mejor los nombres de las personas mientras más raros son, porque así tienen menos necesidad de hacer sus firmas enteras, y con sólo el *santo de su nombre* les basta para que no se equivoquen con otros.

Escribo ahora, como verás, á papá y á mamita. Ramón, hace un siglo que no me ha puesto una letra, y sólo sé que vive, porque veo de su mano los sobrescritos de tus cartas. Dile que no sea tan flojo, y que se levante de la cama más temprano el día de correo, y me escriba cuanto ocurra por ahí; que yo le contestaré á sus cartas como lo he hecho hasta ahora.

Por un bergantín que saldrá de aquí dentro de siete días, te escribiré otra como ésta, y, entretanto, abraza á mis hijos, en mi nombre, y cree que de mejor gana recibiera esos abrazos que la tiene de enviarlos tu invariable

A. J. DE IRISARRI.

III

Léjos de la sabia dirección de su padre, comenzó Irisarri á educarse en Santiago, al principio en colegios

particulares y, después, en el Instituto Nacional. Allí estudió la gramática y las literaturas española, francesa é italiana, llegando á conocerlas bastante bien cuando todavía era muy joven.

La vida inquieta y azarosa de su padre lo trajo de nuevo á Chile, de donde partió á Bolivia en compañía de don Hermógenes, á principios de 1830.

Allí comenzó nuestro poeta á dirigir, alentado por don Antonio José, sus tímidos galanteos á las musas. De esa fecha data su primera composición en verso, destinada á celebrar el primer frac que su padre le había hecho hacer en la Paz para llevarlo á una comida de ceremonia á casa del general Santa Cruz. Esa composición, escrita en galanas quintillas, era un feliz indicio de que aquel novel rimador estaba destinado á ser un verdadero poeta.

De regreso á Chile, Irisarri comenzó á colaborar en los periódicos de ocasión que por aquel entonces aparecían.

Cuando Sarmiento lanzó á la juventud chilena que empuñaba la pluma el áspero reproche de que en Chile no había ni literatura, ni escritores, ni poetas, don Hermógenes de Irisarri fué uno de los más empeñosos en salir, en unión de Lastarria, de Sanfuentes, de Varas, de Francisco y Juan Bello, Marcial González y Talavera, Lillo y Lyndsay, Jacinto y Andrés Chacón, y otros jóvenes, á dar brillante desmentido al aserto del escritor argentino, publicando en El Semanario versos y prosa que daban honra á las nacientes letras chilenas, y que, por su fondo, al par que por su forma, revelaban que el autor de tales trabajos tenía el estro de la inspiración y que, en cuanto á donaire y corrección en el decir, no le iba en zaga nin-

guno de los escritores argentinos que, ufanos, pavoneábanse con el dictado de eximios literatos.

IV

La poesía chilena no apareció como esfuerzo del arte, sino como eflorescencia espontánea y vigorosa de espíritus, que, nacidos con alma poética, se constituían en imitadores serviles de poetas extranjeros.

La revolución literaria con que tanto agitaron la Francia Víctor Hugo, Sainte-Beuve y Alfredo de Vigny repercutió en Chile. Pero aquí hacíase sentir con más viveza el influjo, casi dominante, de Zorrilla y Espronceda y apenas el del autor de *El Moro Expósito*.

Dominados nuestros bardos por el anhelo de copiar modelos forasteros, perdían la oportunidad de reflejar, en forma propia y colorida, la limpidez del cielo y la esplendorosa exhuberancia de la tierra americana, creando una literatura criolla y original. Esto explica la verdadera indigencia que, todavía, reina en América en punto á literatura. Con rubor sólo pueden exhibirse mediocres muestras de tentativas en pro de crear una literatura que sea el trasunto de la naturaleza que la inspira. Entre ellas pueden citarse, apenas, á Plácido, cantando la libertad de su isla cautiva; á Abigail Lozano, en sus cálidas pinturas de los trópicos; á Julio Arboleda con su poema descriptivo *Gonzalo de Ollón*; á Esteban Echeverría, por su poético cuadro de la pampa argentina; á José Fornaris, en sus *Cantos del Siboney;* á Eduardo de la Barra, en sus mórbidas quintillas á Cuba, y á Eusebio Lillo, en sus dulcísimas confidencias con las flores.

Siguió, pues, nuestra literatura siendo, hasta después

de mediados del siglo, copia casi servil de la literatura de la antigua metrópoli.

Irisarri fué uno de los muy contados que leía y estudiaba, aparte de los escritores españoles, á los franceses é italianos, sobretodo, á Alfredo de Vigny y Leopardi.

Eso explica la indiscutible superioridad que tiene, por su forma, sobre el resto de nuestros poetas.

V

En El Semanario Irisarri dió á luz copiosas composiciones en verso, las unas originales, las otras imitadas del italiano y del francés.

Al Semanario siguió La Revista de Santiago, El Picaflor, El Crepúsculo, El Mosaico, La Sílfide, y de todas estas publicaciones fué nuestro poeta un colaborador asiduo. Fuélo, de igual modo, de El Comercio de Valparaíso, diario que fundó en unión de los escritores argentinos don Juan Bautista Alberdi y don Demetrio de Rodríguez Peña.

Nombrado en 1843 representante en Chile de las repúblicas de Centro América, dedicóse por entero al cultivo de las letras. Á esa época pertenecen las más estimables de sus obras en prosa y verso.

Como poeta, es, á mi juicio—sin exceptuar al nunca bien llorado Domingo Arteaga Alemparte—el más habitualmente correcto y clásico de nuestros bardos.

Su estilo poético es de una limpidez que sólo es comparable con la que lucen los más encumbrados líricos españoles.

En la fluidez de su elocución, en la propiedad de sus

epítetos, revela su profundo estudio de la poesía italiana y española.

Aunque á Irisarri podría habérsele repetido el reproche que el filólogo Jonhson hacía á Shakspeare (su poco latín y su ningun griego) *small latin and no greek*, composiciones hay de Irisarri en que prueba que sabía asimilarse por intuición la forma helénica.

Sirva de muestra la imitación del poeta L. Carrer, intitulada *El Sultán*, en que cada estrofa es un cuadro, digno de servir de modelo al pincel de un artista.

Sus imitaciones de Anacreonte son verdaderas joyas. Lea el lector la que copio:

ANACREÓNTICA

Mucho hay, niña, de falso,
mucho la vista engaña:
jamás en apariencias
te duermas confiada.
Si ves sobre mis sienes
mi cabellera cana,
no pienses que se ha helado
como mi frente el alma.—
Tal en los altos Andes
se extiende un mar de plata,
que el hielo de la cima
prolonga hasta la falda;
pero arde allá en el centro
un mar de fuego y lava:
retiembla el monte, se abre
paso la ardiente entraña,
y luz esplendorosa
hasta los cielos lanza.—
¡Yo así para cantarte
tengo de fuego el alma!

Después de esos versos, dulces como un madrigal, saboréese este valiente canto de guerra araucano:

GRITO DE GUERRA ARAUCANO

CORO

¡Libre es el león en las quebradas hondas
y libre entre sus riscos el huemul
y el araucano libre es en su tierra
cual cóndor libre en la región azul!

¡Sueltas las riendas del bridón fogoso,
en las manos las lanzas apretad!
y á la voz del toquí, cargad, valientes;
escuadrón de araucanos ¡sus! cargad!
Esos hombres del norte en fácil triunfo
pretendieron á Arauco conquistar;
pero la nube que del norte viene
el viento sur la sabe disipar!

.....

Libre es el león, etc., etc.

Justa es la causa que al combate os llama
en defensa del suelo que os dio el ser,
justo es morir por que la patria viva:
jamás a extraño debe obedecer.
Mirad si no como hasta el ave inerme
cuando el nido le asalta el cazador,
con las alas que, al aire, la salvaran,
defiende a sus polluelos con valor.

.....

Libre es el león, etc., etc.

¡Mirad los pelotones castellanos
do están unidos peleando, allí
notaréis el bastón de vuestro Jefe,
que, si allí está el peligro, allí el toquí!
¿Divisáis sobre lo alto de los montes
del negro buitre el raudo circular?

pues es la carne humana de los blancos
que él en su altura ha comenzado á husmear
.....

Libre es el león, etc., etc.

En vano, blancos, vuestros miembros flojos
doblado acero guarda y corazón;
que la maza quebranta la cimera
y el peto transpasar puede el lanzón.
¡Sus! indios bravos, á la lid sangrienta!
¡no os acobarde el ruido del fusil,
que para ciento que sus balas maten
aún quedan hijos de Araucanía mil!
.....

Libre es el león, etc., etc.

¡Volad á ellos, araucanos, siempre
el caballo girando alrededor;
que vuestra voz de guerrra el trueno sea,
que ahogue de sus fuegos el fragor.
Sangre, venganza y esterminio y muerte
do quiera cunda en la revuelta lid,
y la ancha cinta, que el cabello prende,
en sangre roja de español teñid!
.....

Libre es el león, etc., etc.

Adelante, volad, que no haya treguas,
serán nuestros esclavos; del ulmén
cuidarán los caballos, y sus hembras
á nuestras hembras servirán también.
Siempre, sobre ellos, siempre, que en la fuga
ellos al mismo pueblo nos guiarán:
¡acosadlos al pie de sus murallas,
y, tras ellos, los indios entrarán!
.....

Libre es el león, etc., etc.

Arda la tea en la siniestra mano
y corred sus poblados á incendiar,
que al fin los hallaréis arrrodillados
implorando perdón junto á un altar.
Que esa ara misma do el incienso humea;
y á donde los conduce su pavor,
es la mesa suntuosa que ya el miedo
le tiene preparada al vencedor.
.....

¡Libre es el león en las quebradas hondas
y libre entre sus riscos el huemul
y el araucano libre es en su tierra
cual cóndor libre en la región azul!

En la misma cuerda patriótica, su oda á San Martín es soberbia. Leíala un día en Lima lleno de admiración, un verdadero juez en la materia, José Arnaldo Márquez. Después de cerrado el libro, un joven poeta peruano, desdeñando el juicio del maestro, escribió al pie de ella: "FALTA DE OREJA".—*F. Flores y Galindo.* Años despues, otro poeta, pariente y entusiasta amigo de Irisarri, leyó la nota chapucera y la respondió con esta espiritual ironía: *Le sobran orejas al señor Galindo.—D. Caldera.*

Lo que es soberbio por su arte clásico, es su *Soneto á la España del siglo XV*, puesto en el álbum de don José María Magallón, secretario de la Legación española en Chile, en 1852, hoy marqués de Castel Fuerte:

LA ESPAÑA EN EL SIGLO XV

"De Granada en las torres musulmanas
opaca brilla la menguada luna,
que ya cede al rigor de su fortuna
y al valor de las huestes castellanas.

Allende el mar están las caravanas,
la mezquita, el harem: ya es importuna

vuestra presencia aquí; la media-luna
no se enhiesta do veis cruces cristianas.»

Tal prorrumpe Isabel, y allá en la Vega
su ejército venció; y el mar profundo
surca su escuadra que feliz navega.

Y triunfante Isabel, sigue: «Difundo
mi cruz y mi poder: Colón que llega,
en cambio de mis joyas me da un mundo!»

Este soneto es uno de los más perfectos que se han escrito en Chile. En España fué reproducido con elogios en varios periódicos, y literato español hubo que llegó á encariñarse, tanto con él, que lo prohijó con su firma.

Digno de hacer juego con el anterior, es el siguiente, notable por la idea filosófica que encierra y la riqueza de su rima:

SOBERBIA, HUMILDAD

Vedle: es el hombre, en su ambición demente,
que el arduo arcano de la ciencia humana
toda una vida en apurar se afana,
con fatiga del cuerpo y de la mente.

¡Ya está el saber en él! y lo que siente,
al contemplar su aspiración insana,
es que toda su ciencia es ciencia vana,
y á tierra torna la abatida frente!

Así la espiga, en su vital anhelo,
cuajarse siente el grano, y ya se empina
y recta sube en dirección al cielo,

sin pensar que á humillarla la avecina
su misma savia que fecunda el suelo...
¡y al propio peso la cabeza inclina!

Irisarri era un maestro en el arte de hacer sonetos, arte difícil en que sólo se han lucido los italianos y los españoles. Como una nueva prueba de su fecundidad en este linaje de composiciones en que han escollado tan eximios vates, doy á mis lectores el placer de saborear este par:

TESTAMENTO DE COLÓN

Son mis grillos los mismos que algún día
me ha decretado la enemiga saña,
ellos son, son la prez con que la España
coronó mi ardimiento y mi osadía.

Yo sé que á mi valor y á mi porfía
debe el orbe su ser; pero la hazaña
tristísimo presagio en mi alma entraña,
al descender hasta la tumba fría...

Tú, hijo mío, en mi tumba los coloca,
ocúltalos, si puedes.—No es la bella,
la América infeliz, á quien le toca

la menor parte del horror: su estrella
oígala el mundo de mi propia boca:
Si así conmigo!.. ¡qué no harán con ella!..

DIÁLOGO

Luzbel.—Yo, el soberbio monarca del averno,
yo, me espacio en mi reino tenebroso;
¡ninguno como el mío poderoso,
no hay ninguno más grande, más eterno!

Buscad de un corazón, allá en lo interno,
una imagen terrible, un són medroso
que súbito lo arredre: el temeroso
són, es mi voz: la imagen, el infierno.

Yo enciendo las pasiones á mi antojo
en tu pecho, oh mortal; y tú ya cedes,
y no sabes que cedes á mi enojo.

Por doquiera que tienda yo mis redes
luto y llanto y dolor y odios arrojo.
Santa Teresa.—"¡Desdichado de tí, que amar no puedes!"

Por vía de de contraste con la idea del último endecasílabo, inserto la que titula un

APÓLOGO ORIENTAL

La mano de Dios mismo hizo la tierra,
y el hombre que le diera por señor,
porque vió que, sin él, era incompleta
su grande creación.

Á su imagen formóle y semejanza,
con un soplo, de vida, le animó,
y el Edén recibió como morada
de manos del Señor.

Y luego cariñoso fué nombrándole
cuanto en su nombre liberal le dió,
para que alguna vez agradecido
orara por su Dios.

En seguida volóse al firmamento
y en el terso azulado pabellón
por millares los mundos fué sembrando
el eco de su voz.

Mas apenas el hombre quedó solo,
que á ver al hombre Satanás corrió;
pero el hombre durmiendo entonce estaba
y Satanás llegó.

Con curiosa atención lo examinaba,
y envidiando su tanta perfección:
desesperando de poder perderle
colérico lloró.

Lloró; pero sus manos lo tocaban
y notó que al llegar al corazón
un sonido allí hueco percibía
y, súbito, exclamó:

—"¡Bien está! ¡Tú, gózate y engríete;
"guárdete de tu cuerpo todo un Dios,
"que en este corazón que está vacío...
pasiones pondré yo!"

Las composiciones de álbum que Irisarri ha escrito podrían formar un volumen entero.

De ellas, la que más hermosa encuentro, es la dedicada á una bella limeña, la señorita Enriqueta Eléspuru, que es un verdadero canto que recuerda las composiciones de Quintana y de Guillermo Blest Gana, consagrados al propio asunto. Decíame un literato, sincero admirador de Irisarri, que don Andrés Bello, después de hacerse leer esa composición por su hijo don Andrés Ricardo, le agregó: "Dale mi parabién á Hermógenes, y dile que Quintana habría firmado su composición."

Hé aquí las mejores pinceladas de esa magnífica pintura de la juventud:

¡Preciosa juventud! En donde moras
que no levantas al placer un templo!—
¡Atmósfera de eterna primavera
te circunda anhelante en jiro inmenso:
el sol abrasador, nunca sentiste
de la estiva estación, que desde el medio
de la bóveda azul lanzó sus rayos:
apenas si el contacto de su incendio
rosada luz en tu megilla influye
abrillantando el mar de tus cabellos.
¡Preciosa juventud! en vano se alza
en la cruda estacion del cano invierno
el pardo nubarrón; sus antros rasgue,

resuélvase en granizo y aguacero,
y el rocío será que desde lo alto
descienda á refrescar tus lindos miembros,
como á flor matinal, deshecho en perlas,
el llanto de la aurora le da riego.

¡Preciosa juventud! ¿Hay algo acaso
que tengas por mentira? Y qué ¿no es cierto
para el alma feliz que en fuerza virgen
nada imposible á su ardoroso anhelo
pretender descubrir? Deja que quiera,
y en hombros sustentándose del genio
le verás en carrera estrepitosa,
atrás dejando al presuroso viento
intrépido saltar el ancho foso,
susto y bullicio en el cercado ajeno
introducir; y cuando al linde llega,
aun volverlo á saltar... y siempre ardiendo
trepar á la montaña más altiva
y escalar los alcázares del trueno!
Deja que quiera, y las potentes alas
de la mente ardorosa sacudiendo
cual cóndor atrevido que del éter
intenta sorprender el gran misterio,
cerniéndose á su vez, hallará fácil
traspasar el dintel del firmamento!

¿Qué para ella no es goce y ufanía?
¿Qué hay en el mundo que no sea bello?
La flor para ella se colora, el aura
murmurios tiene y juguetones besos,
risa el arroyo, músicas el bosque,
trinos las aves, trasparencia el cielo!

Irisarri poseía vigorosas facultades de inventiva y un sentimiento artístico refinadísimo. Nunca dejaba caer una palabra sin meditarla con esmero, y jamás escribía una estrofa sin limarla y pulirla sin cesar. Nunca se sentía satisfecho de su obra, y su lima acerada paciente y

silenciosa iba y venía sobre sus versos hasta que lograba dejarlos bruñidos y transparentes.

Pensaba, como un ilustre poeta (1), que la poesía debe ser un espejo terrestre de la divinidad y reflejar con sus colores, sus sonidos y sus ritmos, todas las bellezas del universo. El miedo de empañarlas al ser vaciadas en el limpio cristal de su lenguaje, le volvía tímido.

Le cœur d'un timide est le coffre d'un avare.

Por eso, en donde Irisarri rayó á mayor altura no teniendo competidor, después de Andrés Bello, fué en sus traducciones é imitaciones.

Versiones ha hecho del francés y del italiano que podrían pasar, por su perfección y galanura, por obras realmente originales.

La Mujer adúltera, de Alfredo de Vigny, composición de un magnífico sabor bíblico, ha sido traducida con mano maestra por nuestro poeta. De la propia suerte, tradujo los poemas místicos del mismo autor, intitulados *Moisés* y *Eloa*.

De Víctor Hugo, ha vertido, con igual primor, entre muchas, las que llevan por título: *El Puente*, *El Dedo de la mujer*, *Sara la Bañante*, é infinitas sacadas de las *Hojas de Otoño*, *Las Orientales* y *La Leyenda de los siglos* (1.ª parte).

De Alfredo de Musset, tiene esta lindísima imitación que, estoy cierto, será leida con deleite:

Á UNA ESTRELLA

Estrella de la tarde,
lejana mensajera,

(1) G. Carducci, *Conversazione critiche*, Roma, 1884.

cuya brillante frente
transparenta ligera
la bruma del poniente;
desde ese cielo, díme,
desde tu azul palacio,
tu mirada ¿qué busca en el espacio?

Calmóse la tormenta; calmó el viento;
el bosque que tronaba, en blando acento
apenas si se queja:
la falerna dorada
ya cruza la enramada:
¿qué buscas en la tierra adormecida?
Mas ya á los montes inclinarse miro
tu frente ruborosa, y despedirse
trémula tu mirada ya y perdida.

Triste estrella que bajas
á la verde colina,
lágrima plateada de la noche,
tú, que desde esa altura
al pastor vas guiando que camina
i al hato se avecina,
¿qué buscas, díme, entre la noche oscura?

¿Quieres en la ribera
hallar donde tender tu cabellera?
¿Ó es tu destino entre el silencio vano,
como una perla hermosa,
caer y sepultarte en el Océano?
—Que si fuera tu suerte
vivir donde yo nunca vuelva á verte,
antes de abandonarme,
estrella del amor, detén tu vuelo...
y, mírame otra vez desde ese cielo!

Del italiano tiene encantadoras imitaciones de Leopardi, de Manzoni, de Metastasio, de Berchet, de Vitorelli, de Cagnoli y de *el pintor griego*, como llama Gustavo Planche, á Luigi Carrer.

Su imitación de Hegesippe Moreau, el dulce y desdichado cantor del *Myosotis*, titulada la *Silvia del Calvario*, es una pieza notable por el sentimiento de ternura de que está empapada. Varios amigos invitan al poeta á hacer una visita de pésame á un padre infeliz que tiene fresca aún la cruel herida abierta en su corazón por la muerte de una hija, que era la única luz y sonrisa de su hogar. El poeta resístese á acompañarlos, en estos sentidísimos versos que Irisarri ha vaciado al castellano con todo el melancólico colorido del orijinal.

LA SILVIA DEL CALVARIO

Á LOS AMIGOS DE M*** QUE ME ACONSEJABAN QUE FUESE Á DARLE EL PÉSAME EN LA MUERTE DE SU HIJA

I

¡Ah, no, que yo no iré!
No en la morada triste de ese justo
el llanto con mis pasos turbaré...
Para dolor tamaño no hay consuelo;
no hay otro que callar y orar al cielo.
¡Ah, no, que yo no iré!

II

Cuando al peso cedía
de su dolor el Hijo de María,
Herodes alegróse y el infierno,
y Pilatos, Sión y Samaría;
mas en el trance tierno
conmovió su agonía
al ángel en el cielo,
al suelto pajarillo,
á la mujer del suelo.

III

Y cuando sobre el Gólgota que puebla
gente feroz, el buitre
sus negras alas con furor agita
un cadáver husmeando;
del pie de la colina,
en medio la floresta,
una silvia volando peregrina,
vino a posarse en la sagrada testa.

IV

Olvida por la cruz su nido i rama,
y pía y gime, y afanosa, en vano,
con su pico piadoso
pugna por arrancar la aguda espina,
que en roja se tiñó, sangre divina.

V

La irónica diadema
mayor dolor al moribundo daba,
y Jesús sonriendo
con la vista suprema,
es fama que á la silvia así le hablaba:

VI

"¿Á qué bañarte en mi divina sangre?
¿Á qué en los clavos de mi cruz te posas,
si, cual la frente, el alma está pasada
por la espina del mal que me demora?
La tempestad que brama y me circunda,
tus plumas y tu voz al viento arroja,
y tu estéril esfuerzo, sin moverla,
añade nuevo peso á mi corona."

VII

Comprendió la avecilla, y, desplegando
rompidas á mitad sus alas bellas,

sobre el columpio de su nido blando
ocultó su piedad y sus querellas.

VIII

¡Ah, no, que yo no iré!
No en la morada triste de ese justo
el llanto con mis pasos turbaré.
Para dolor tamaño no hay consuelo,
no hay otro que callar y orar al cielo.
¡Ah, no, que yo no iré!

De sus composiciones originales, su *Canto á la Virgen* está escrito con soberbios sáficos adónicos. Por lo delicado de su forma y por la sentida unción religiosa que respira, debería gozar de indulgencia plenaria para los fieles que la recitaran; gracia que, profusamente, confieren los prelados de Cristo á muchas medianas oraciones, que, por cierto, no contribuyen á fomentar el gusto por lo bello.

VI

Como crítico literario reveló nuestro poeta que, no solo sabía ser severo con sus propias obras, sino que poseía un firme criterio artístico y rara independencia de juicio. Véanse, como testimonio de este aserto, los juicios sobre el *Teatro Francés* y especialmente su crítica del *Gran Galeoto* de Echegaray, en cuyo trabajo, cualesquiera que sean las ideas del lector, nunca dejará de admirar el juicio propio y las bellas razones en que Irisarri apoya en fallo adverso á la célebre producción del dramaturgo español.

Irisarri, como prosista, manejaba la lengua castellana

con gallardía y donaire. Dueño de un vocabulario copiosísimo de escogidas voces, solía gobernarla con el tino con que los lapidarios engastan, al aire, sus brillantes para que mejor reflejen sus purísimas aguas.

Sus períodos son siempre robustos, redondeados, sonoros, de corte clásico: tienen ese algo rítmico que traiciona al escritor que tiene alas, aunque las lleve plegadas.

Irisarri, por su educación, por sus gustos, por su sangre, por la índole de su carácter, nació poeta.

Al hablar de su venida al mundo, pudo decir como el Duque de Rivas:

"..... de oro y de marfil rodó mi cuna:"

Nació en lecho dorado; fué poseedor de vastas heredades, de prebendas y mayorazgos, y murió pobre.

Su padre fué un poeta de gran fuste como poeta humorístico.—Fuera de la cuerda burlesca, solo conocemos de don Antonio José algunas traducciones del inglés publicadas en La Balanza (1). El hijo tenía en su lira las cuerdas más tiernas del sentimiento, sin que le faltara la vena burlesca y satírica. Sus amigos le oímos recitar ¡qué de veces! soberbias estrofas ligeras, llenas de ironías dignas de la chispa de Quevedo.

VII

Pero si el poeta fué grande, el amigo fué un corazón hermosísimo. Nunca se asiló en él la envidia, ni la emu-

(1) Periódico fundado y publicado en Guayaquil por A. J. de Irisarri. Un tomo, 1839.

lación rastrera. Siempre alegre, siempre decidor; en medio de sus tristezas, jamás exhalaba una queja. Estando entre amigos, disimulaba siempre sus pesadumbres. Reía de los ataques—cuando no eran dirigidos á su padre, á quien profesó una adoración que rayaba en fetiquismo. Cuando eran dirigidos á él, respondíalos con chanzas.

Un día, en Lima, siendo redactor de El Heraldo de Lima, allá por el año de 1871, un diarista boliviano que escribía en *quichua*, díjole en una polémica que no podía hacer juicio de las opiniones de un escritor que se parecía á Esopo y que tenía el valor de andar por las calles de la ciudad de los virreyes luciendo un blanco pellón de Chiclayo á guisa de peluca (alusión á la cabellera cana de Irisarri). Inmediatamente que don Hermógenes leyó esa sandez, respondió:

"Cierto es, como afirma el plumario de El Nacional, que yo me parezco á Esopo en lo feo; pero nadie, que me lea, me negará que me parezco también en que, como Esopo, hago hablar á los animales... Con la corta diferencia, que aquél los hacía hablar en buen griego, y yo en un infernal baturrillo castellano!"

Su genio jovial conservólo hasta sus últimos días.

En medio de sus pesadumbres, de los golpes rudos de su fatal destino, jamás exhaló una queja. Tenía la religión de la amistad. Bastaba la presencia de un amigo para que, por agobiado de sinsabores que se hallase, desarrugara el entrecejo y diera rienda suelta á su vena festiva, inagotable en gracias y retruécanos chistosos.

Atravesábamos una noche de invierno, fría y lluviosa, la Alameda en compañía suya y del ilustre Pedro León Gallo.

Quejándose del lodo y de los pozos de agua que formaba la lluvia torrencial que caía, dijo el señor Gallo:

—No viviría allende la Alameda sólo por esta *atravesadura.*

—*Atravesa-blanda*, dirás, exclamó don Hermógenes.

En retruécanos como éste, vivía siempre entretenido en sus últimos años.—Ponía tenaz empeño en estos fútiles entretenimientos de cambiar los nombres, trastocando las sílabas, hasta el punto que era á veces difícil entenderle.

¡Lástima grande fué que el hombre que tenía en el alma y en el espíritu tan ingente caudal de poesía y sentimiento; que conservaba tanto fuego vivo bajo la espesa nieve que cubría sus sienes, fuera tan avaro de esos tesoros de melodías y sublimes gorjeos; que guardara polvorosa y desencordada, años tras años, su cítara de cuerdas de oro!

El general Mitre, antiguo y cordial amigo de Irisarri, hacía en su último viaje, hablando de don Hermógenes esta caracterización:

—«Hermógenes de Irisarri es el haragán de más talento que yo he conocido en mi vida.»

El notable historiador argentino más propiamente debió decir: «Irisarri es el hombre de talento más haragán que he conocido en mi vida.»

En rigor de verdad, nunca puede ser llamado *haragán* un poeta que ha escrito el canto *Á San Martín.*

Hecho el ligero cambio de palabras trascrito, el juicio del general Mitre tiene algo de exacto.

Irisarri, que tenía talento preclaro, estudios vastísimos, fertilísima imaginación y estro poético poderoso ¿por qué no escribía en sus últimos años? ¿Sería por pereza? ¿Se-

ría por amarguras y decepciones de la vida? ¿Sería acaso por desaliento al ver que triunfaban en su tierra y llegaban á los más encumbrados puestos sólo los que desdeñan las letras y se mofan de los poetas pobres, negociando y especulando con las arterías de gloria barata de la política?

¡Quién sabe! yo siempre le respeté su secreto y, apartándome del coro de los que censuraban su pereza, saludé siempre, sombrero en mano, las canas venerables del cantor del *Sol de Septiembre*, respetando su bendita haraganería que, como la de Mira de Amescua, de Manzoni y de Rioja, fué una de las glorias de la literatura chilena y uno de los poetas que han ofrendado en sus altares los más peregrinos y purísimos cristales de rosado rosicler.

Su naturaleza vigorosa parecía destinada á vivir largos años. De súbito, lo hirió la muerte cuando más ansias tenía de vida; cuando en cada noche de teatro, en que veía representar á la Cordier, volvía á su hogar, feliz como un rapaz, y á repetir á los suyos las gracias de la artista francesa; cuando contaba con inquietud impaciente los días que tardaría en llegar Sarah Bernarhdt...

Una noche, de regreso del teatro, quejóse de un ligero dolor á la espalda. Al día siguiente levantóse contento. Era día domingo, día de fiesta, porque acostumbraba almorzar con algunos amigos.

Fuimos esa mañana de la partida el doctor Valderrama y el que estos recuerdos escribe.

Contra su costumbre, manifestóse taciturno durante el almuerzo.

Notólo el doctor, y le preguntó:

—¿Qué tienes?

—Nada: me he vuelto caballo *frisón*. ¿No notas que tengo frisones? (*Frissons*,—escalofríos).

Lo obligamos á ponerse en cama. En la noche una fiebre intensa lo devoraba.

Después de cuatro breves días de zozobras, de lentos sopores, espiró...

Durante los brevísimos instantes lúcidos en que una fiebre pérfida como la de la tisis parecía engañarnos con sus promesas de vida, le oimos exclamar:

—*Yo me voy á morir: ¡yo!.. que pensaba vivir mil años!*

Ahogado por la cruel asfixia de una tenaz neumonia, que fué rebelde á la asidua y generosa asistencia del doctor Valderrama y de los leales amigos que no abandonaron un solo instante su lecho, apagóse aquella nobilísima existencia á medio día del 22 de julio de 1886.

Fuí uno de los que tuve el dulce consuelo de recoger con tierna y religiosa amistad sus últimos momentos y miradas, sintiendo morir, bajo mi mano, los postreros latidos de aquel gran corazón!..

Una mañana hermosa, acompañamos sus restos al Cementerio.

Rodeábamos su féretro un grupo de amigos, literatos en su mayor parte. Al contemplar el ataúd cubierto de frescas coronas de flores, pensé que ese hombre ilustre—que en su desventurada vida sólo había conocido el punzante aguijón de las espinas de la ingratitud y el desdén—era justo que, en su espíritu, al oir á los tardíos aplausos de su país, los respondiera con el amargo reproche de que se halla henchida esta melancólica anacreóntica de uno de sus bardos favoritos, que él mismo tradujo con primorosa fidelidad:

.....

.....

¡Aun fresca está la fosa
que mi ceniza encierra:
esta piadosa tierra
sagrada es al dolor!

¿Con flores tú en la mano?
¿Con llanto tú en los ojos?
¿Qué vale á mis despojos
la lágrima ó la flor?

¡Crüel!... La mano entonces,
cuando morir me viste,
tenderme tú debiste
y hacerme revivir...

Tu lloro es hoy inútil,
y á la floresta asombra...
Deja á mi triste sombra,
¡ay!... déjala dormir!

.....

.....

C. T. Robinet.

Santiago, 15 de octubre de 1886.

AL TRAVÉS DE LA FANTASÍA

(Continuación)

JORNADA QUINTA

EL TRABAJO

El trabajo es el gran castigo de la humanidad. Por mucho que se empeñen ciertos utopistas en probarnos que aquél no es sino condición natural é inherente á la vida de ésta, jamás podré convencerme de tal teoría, qne abiertamente repugna y es contraria á la concepción que me tengo formada, triste pero verdadera, á mi parecer, de los supremos destinos que rigen al humano linaje.

El trabajo es el combate por la existencia; la lucha empedernida entre el ser y el no ser, entre la acción y la inacción, entre la actividad y la inercia; y sea cual fuere el grado de adelanto ó de perfeccionamiento que las sociedades alcancen, jamás podrá borrarse de la frente de los hombres ese sello marcado con caracteres indelebles, y que, desde el primero que vino al mundo hasta el último que ha de venir, pregonó é irá prego-

nando la terrible cuanto inevitable sentencia: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente».

Por eso el trabajo lejos de ser ocupación festiva ó placentera que venga á solazar las monótonas horas de la vida, es tristísima herencia de no menos triste castigo; herencia que se transmite de generación en generación, haciéndonos á todos los hombres víctimas responsables de una falta en que no intervenimos personal ó individualmente, pero que es bastante causa, por extraña y remota que parezca, para arrojar sobre nosotros todo el peso de sus eternas consecuencias.

Veamos de qué manera se ha hecho sentir sobre la humanidad este pesado yugo que la oprime y de continuo la mortifica, y si es verdad que el adelanto moderno ha sabido aliviarla, disminuyendo y atenuando los gravísimos males y dolores que aquel trae consigo.

Mis ideas á este respecto no son menos pesimistas que sobre la marcha del progreso ó de la ciencia: todo corre parejas, y, como antes dije, todos éstos son eslabones de la misma misteriosa cadena que encierra el inextricable dédalo de la vida humana.

*
* *

Tal cual ha existido y existe el mundo desde nuestras más remotas noticias, nos es imposible concebir un estado de perfección en que la vida se deslizara suave y tranquilamente, y en que la satisfacción, ó mejor dicho, la carencia de necesidades fuese absoluta.

Ese estado sería ideal irrealizable.

El hombre es el sér más indigente. Cualquiera irracional tiene menos dificultades que vencer en la lucha

por la existencia. Aquél durante un largo y doloroso período requiere del trabajo asiduo de sus semejantes. Nace llorando. Abandónesele entonces, y muere sin remedio. Por mucho tiempo no puede valerse de sí mismo; su brazo es demasiado débil, como son demasiado grandes sus necesidades; su inteligencia está en ciernes, y ni es siquiera un destello de lo que será más tarde.

Avanzando en años avanza en fuerzas, y con ellas va dependiendo menos de los demás. Pero poca es la ventaja. Si antes era carga para otros, si era un pequeño estorbo inconsciente que exigía trabajo ajeno, ahora toma el peso á la más ó menos angustiada situación que lo rodea, y por propia experiencia llegará á convencerse de que para vivir, menester es luchar, y de que las inocentes lágrimas de la cuna no eran sino precursoras de otras que demasiado pronto había de verter á sabiendas de su origen.

En el tercero y último período de la vida del hombre, en la vejez, se nota siempre el cansancio, la fatiga, el hastío. Y ello ¿por qué? No seguramente porque el viaje por el mundo sea demasiado largo; cincuenta, sesenta, cien años, es plazo muy corto comparado con la vida de la humanidad, y mucho menos aún con esa tendencia innata del alma que abraza hasta el infinito al través de los tiempos y de los espacios.

Se fatiga el anciano, porque después de rudos combates ve sus propias fuerzas dominadas por otra fuerza superior é invencible, porque ve debilitadas sus facultades, deshechas sus más queridas ilusiones, y porque, en fin, ha sido víctima de esa calamidad desastrosa, imprescindible y universal que se llama *trabajo*.

*
* *

Esta palabra tiene significación muy lata. Algunos juzgan que *trabajo* es únicamente el esfuerzo material de los hombres que les crea ó facilita la satisfacción de sus corporales necesidades. Esta acepción estaría de acuerdo con la ciencia económica.

Pero siendo esta rama de la ciencia general tan insignificante como reducida si se la compara con todas las demás que nos enseñan las relaciones que ligan al hombre con el mundo, mal podríamos contentarnos con considerar problema tan trascendente bajo esa faz sola y única, que de ninguna manera lo dejaría resuelto.

De que el trabajo al crear riqueza procura la satisfacción de necesidades y el obtenimiento de mayor ó menor bienestar, no hay duda alguna.

No la hay tampoco de que aquél sea á las veces verdadero solaz para distraer muchos instantes de hastío; pero el hecho mismo de que á tal remedio deba ocurrirse muestra demasiado la desesperante condición de la vida humana, y la imperfección y deficiencia que siempre se hacen sentir en nuestras almas.

Cuerpo y espíritu son igualmente víctimas del trabajo.

¡Quién sabe cuál de esos dos componentes del sér lo es en mayor escala! Todo lo del primero está á la vista, y de allí que nos impresione en mayor grado, puesto que vemos lo que pasa en nosotros y en los demás. Lo que concierne al segundo es más oculto, y en ello cada cual puede tan sólo juzgar de lo propio.

Aquí muchas veces las apariencias engañan; creemos más penoso el trabajo que efectivamente es más ligero.

Ello es natural, sin embargo, toda vez que en un caso obran los sentidos y en el otro hay sólo esfuerzo invisible de alguna facultad del alma.

Hay además otra especie de trabajo, y por cierto el menos llevadero. Voy á hablar del trabajo moral, combinado á menudo con el material, pero no siempre juntos, como que siendo diversos pueden marchar y atormentar separadamente.

Ese trabajo ocupa al espíritu, á la conciencia ó al corazón, según los casos, y no para su entretenimiento; sí que para fuente inagotable de amargura y desdicha. El trabajo del espíritu y del corazón son los múltiples pesares que en la vida á cada paso nos afligen, los sinsabores y las decepciones. El de la conciencia es el remordimiento inevitable, fruto de las malas acciones, y que no deja nunca de roer por más que se oculte allá en los más recónditos pliegues del alma.

Toda esa vasta significación debe tener la palabra que expresa la casi insondable idea de que me ocupo; y siendo así no es extraño que la llamara castigo de la humanidad. Aquella sentencia anatematizadora del Génesis se ha cumplido sobradamente, y no sólo á la letra, que ojalá tal fuere, sino en su más lata interpretación.

El hombre está condenado á trabajar de cualquiera suerte que sea; y como el trabajo es lucha, está entonces condenado á luchar:—prueba del principio «La vida es un combate».

*
* *

Ahora bien, establecido que el trabajo es una calamidad de la cual la humana raza no puede deshacerse,

se me ocurre preguntar ¿en qué grado habrá contribuído la civilización moderna á aligerarle de tan pesada carga?

Cuestión es ésta sobre la cual las observaciones podrían llevarme muy lejos, porque abre vastísimo campo para reflexionar, aprovechando de una parte los numerosos recuerdos de la historia del mundo, y de la otra la experiencia y el propio conocimiento de lo que acontece en el día.

No trazaré, sin embargo, sino uno que otro perfil: en estas pájinas sólo insinúo algunas ideas, sin preocuparme de darles su debido desarrollo.

Por paulatinas que sean las transformaciones que en el mundo se operan en el curso de los años, y por tardo que sea el movimiento que hace variar las costumbres, el carácter, y los sistemas de los pueblos y sociedades, no dejan de observarse esos cambios sucesivos, según las tendencias de una época dada, y que son otras tantas faces diversas en la vida de la humanidad.

La esencia de las cosas es siempre la misma: tan sólo varian los accidentes ó la forma. Hoy es lo que ayer fué, pero no parece lo mismo. Por esto muchos han dado en engañarse confundiendo las apariencias con la realidad, y juzgan erróneamente de mejoras ó perfeccionamientos que de veras no existen.

Es suerte para nosotros que nos haya tocado vivir cuando el mundo ha llegado á su pubertad. Esto es, naturalmente, relativo. Es viejo respecto de lo pasado, y será joven respecto de las generaciones que vengan en lo porvenir.

Pero, como quiera que sea, hoy por hoy tenemos para ilustrarnos sobre él la experiencia de muchos siglos; podemos deducir consecuencias más trascendentales, abra-

zando con una sola mirada la vida, el movimiento y demás condiciones de varios siglos á la vez.

Pues bien ¿qué sucede en la cuestión que dilucido?

Así como la tierra va girando en el sistema planetario y presenta al sol, que es su centro, diversas faces, así también el mundo, considerado como asiento y morada de la humanidad. Sus faces saltan á la vista á todo aquél que algo conoce la historia de los numerosos pueblos que lo han habitado. No son otras que las varias civilizaciones.

Sin mucho discurrir yo las dividiría en unos pocos grupos, cada uno de los cuales abraza comarcas y períodos de tiempo poco homogéneos. La civilización asiática y egipcia, que son las primitivas—diré más bien el *período ó el grupo* que *la civilización*, palabra aquí de significado ambiguo—, el período griego y romano; el cristiano; el de los bárbaros y decadencia europea en la Edad Media; el de Renacimiento; y, por fin, el posterior á la Revolución francesa y que dura hasta nuestros días.

Ya con esta rapidísima clasificación puede compararse á la ligera también, la acción opresora del trabajo en las diferentes épocas mencionadas, y llegarse á saber si lo que entonces parecía un castigo y no grato pasatiempo háse convertido ahora en esto último.

*
* *

Creo, por el contrario, que en medio del adelanto moderno es cuando el trabajo se ha hecho sentir más duramente sobre los hombres, La forma de que se reviste es, por cierto, menos dura; hay un velo que encubre exteriormente la superficie brusca, pero en el fondo no son sus efectos menos crueles y desapiadados.

En el régimen pagano de politeísmo puro ó de complicado panteísmo, y, sea que piense en las generaciones egipcias desde la dinastía décima octava, cuyos recuerdos se conservan grabados en los jeroglíficos de sus ruinas; sea en los pueblos habitadores de las comarcas del Tigris y el Eufrates, cuyas ciudades han desaparecido ya de la faz del globo; ó en los místicos veneradores de los Vedas; ó, por fin, en los griegos, y los romanos, sus discípulos, que juntamente con crear una civilización nueva y distinta, humanizaron á los dioses ó divinizaron á los hombres; siempre, y en todos estos pueblos y razas, encuentro, según las noticias que nos ha legado la historia, que no estaban ellos en peores condiciones que nosotros respecto de las cargas onerosas de la vida, como muchos ingénuamente pudieran imaginarse.

En aquellos tiempos la población era más escasa; había por lo tanto mayor facilidad para procurarse la subsistencia. Es claro que los recursos de la tierra eran enormemente reducidos comparados con los de ahora, pero no en tanto, que se compense favorablemente con este aumento de riqueza ó de beneficio el aumento mayor de hombres y de necesidades.

En el régimen pagano, cualquiera que sea la época ó la nación que recuerde, existía una profunda desigualdad de castas: la consecuencia natural es que las inferiores sufrieran los vejámenes de las superiores; que éstas al beneficiarse y aprovechar de aquéllas las hicieran sus víctimas. En el réjimen actual sucede otro tanto: la teoría cristiana de la igualdad si es realizable, no se ve realizada; la teoría simplemente humanitaria ó filantrópica es una vana quimera.

¡Qué profunda contradicción observamos entre las pa-

labras y los hechos en nuestro tiempo! Fácil es declamar, pero ejecutar lo declamado muy difícil. Todos conciben ideales hermosos y por demás apetecibles; pero ¡cuán escasos son los que se cuidan de ponerlos en práctica

Ved lo que ha sucedido con la gran Revolución de Francia. Al leer lo que muchos escriben sobre tan portentoso acontecimiento, ó al escuchar lo que muchos hablan, y cómo ponderan sus milagrosos resultados, creeríamos, á ser más cándidos de lo que somos en realidad, que la regeneración social se había operado indubitablemente; que la desigualdad de castas había sucumbido al golpe sangriento de la guillotina; que al mejorar de condición moral el mayor número de hombres, mejoraba, al propio tiempo, su material bienestar; y que, en fin, se facilitaba de todas suertes la vida en el mundo y se aliviaba de las pesadas cargas del trabajo.

Todo esto creeríamos si conociéramos menos bien el estado actual de la sociedad.

Por lo que á mí toca creo que la tal igualdad es mentira; la libertad una ilusión; y que la vida, en vez de aligerarse para la mayoría de los hombres, se ha ido haciendo más y más pesada.

¿Y la esclavitud que imperaba ántes y que ahora, á Dios gracias, no impera? ¿No bastará esto sólo para probarnos verdadero y sólido adelanto?

¡Ah! ya lo veremos. Quienquiera juzgue que la esclavitud está decididamente abolida en el mundo, consienta en seguirme por el camino que llevaré en la jornada próxima y verá cómo ahora tenemos esclavitud muy gravosa.

WANDERER.

Á LAURA

Dicen que es fiel mensajera
de los amantes, el aura;
si es cierto, niña hechicera,
te habrá contado parlera
mil y un recados ¡oh Laura!

Te habrá dicho, diligente,
que es ideal tu belleza,
como un poema de oriente;
que en el cielo de tu frente
resplandece la pureza;

y que es tu argentina voz
vibraciones de un laúd,
y que en tu alma puso Dios
gracia, talento y virtud
con pródiga excelsitud.

Te habrá dicho el aura errante
en fin, niña encantadora,

que hay en el mundo un amante
que tiernamente te adora,
con fe segura y constante.

Te habrá dicho quién es él...
¿No te ha dicho?.... ¡pero, cruel,
me miras de esa manera,
que bendigo al aura infiel
que no te dijo quien era!

José Gregorio Ossa.

PETRARQUISMO Y GASTRONOMÍA

Sonetillo de rima libre (1)

Diez años hace que prendió en mi pecho
la llama de este amor que lo devora;
fuego mortal que el huracán deshecho
atiza sin piedad hora tras hora;

letal veneno que infaliblemente
el barro matará de la envoltura,
dejando el alma viva, que, doliente,
ansiosa, buscará la sepultura;

y allí el reposo llegará anhelado,
en limbo del amor no comprendido,
para quien tanto amó, no siendo amado.

Así lloro mi amor, mientras me tomo,
por la salud de sér tan desgraciado,
de pollo un ala y un bisté de lomo.

Salvador Smith.

(1) El autor pide mil perdones por haberse atrevido á llamar sonetillo unas estrofas exentas de la rima reglamentaria.

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

La ley chilena á que acabo de aludir emplea *letrado* por *abogado* sólo en la locución *juez letrado*.

La ley española moderna de enjuiciamiento civil, mandada observar desde el 1.º de enero de 1856, por real decreto de 5 de octubre de 1855, usa, por el contrario, casi siempre *letrado*, y muy pocas veces *abogado*.

Sin embargo, el artículo 43 ha tenido que ser redactado en esta forma:

"También podrán el tribunal supremo, las audiencias y jueces imponer correcciones disciplinarias á los *abogados*, relatores, escribanos, procuradores, dependientes de los tribunales y juzgados por las faltas que cometan en el despacho de sus funciones respectivas."

En este artículo, no habría sido propio decir *letrados*, en vez de *abogados*, porque esto habría podido sugerir la

idea de que los tribunales y juzgados estaban autorizados para imponer correcciones disciplinarias, no sólo á los abogados, sino también á otros letrados, como los ingenieros, los médicos, los teólogos, los literatos.

Fuera del caso mencionado, puede emplearse indiferentemente *abogado* ó *letrado*.

El inciso 1, artículo 13 de la ley española moderna de enjuiciamiento civil, sin que aluda para nada á los *abogados* en los doce artículos anteriores, se expresa así:

"La comparecencia en juicio será siempre por medio de procurador, con poder declarado bastante por un *letrado*."

La lógica rigorosa del lenguaje exige, en mi concepto, que, en una ley de enjuiciamiento civil, no se emplee *letrado* por *abogado*, antes de haber declarado la intervención necesaria de éste en las tramitaciones contenciosas, pues, de otro modo, se da motivo para que pueda entenderse que un *letrado* cualquiera, aunque no fuese *abogado*, era hábil para bastantear un poder.

Pero la fuerza del uso para asimilar las significaciones de *abogado* y de *letrado* es tal, que los autores de la ley española moderna de enjuiciamiento civil han tenido por sentado que tratándose de materias forenses, no podía haber quien no tuviera por equivalentes las dicciones *abogado* y *letrado*.

El inciso 1, artículo 19 de la misma ley, hace lo mismo que el inciso 1, artículo 13.

"Los litigantes serán dirigidos por los *letrados* hábiles para funcionar en el territorio del juzgado ó tribunal que conozca de los autos. Sin su firma, no podrá proveerse sobre ninguna solicitud que se aduzca."

Se comprende que los autores de la ley española mo-

derna de enjuiciamiento civil, no habiendo tenido reparo para emplear *letrado* en vez de *abogado* en disposiciones como las que acabo de citar, lo han tenido mucho menos para hacer igual cosa en muchas otras.

Ya he dicho que esa ley usa frecuentemente *letrado* en la misma significación que *abogado*.

Con esto, no ha hecho más que ajustarse á la práctica de escritores como don Eugenio de Tapia y don Joaquín Escriche, y que seguir la enseñanza del DICCIONARIO DE LA ACADEMIA.

Antes de dejar este punto, es preciso hacer notar una peculiaridad del lenguaje forense chileno.

Nosotros, conformándonos con la ley y con la costumbre, denominamos *jueces letrados* sólo á los abogados que desempeñan los juzgados de primera instancia, y no damos la misma calificación á los individuos de las cortes.

Mientras tanto, en buen romance, tan jueces letrados son los unos como los otros.

«*Juez letrado*, dice don Joaquín Escriche, en el DICCIONARIO RAZONADO DE LEGISLACIÓN Y JURISPRUDENCIA, es el que tiene título de licenciado en leyes ó de abogado, y administra justicia por sí mismo sin necesidad de asesor. Son jueces letrados los jueces de primera instancia de los partidos, los magistrados de las audiencias y del tribunal supremo de justicia, algunos de los del tribunal supremo de guerra y marina, los provisores ó vicarios generales de las diócesis, etc.»

Las voces de *doctor* y de *licenciado* sirven, como la de *letrado*, para denotar, no sólo los *abogados*, sino también personas que no han obtenido el título de tal.

Doctor es aquel que ha recibido el último y promi-

nente grado académico en cualquiera de las facultades universitarias.

Si hay doctores en leyes, también los hay en letras, en ciencias, en medicina, en teología.

Doctores apellida la Iglesia á ciertos santos que han sobresalido en la enseñanza ó en la defensa de la religión.

En Chile, se acostumbraba años atrás aplicar el dictado de *doctores* á los abogados que habían obtenido este grado en las antiguas universidades de Santiago, de Córdoba ó de Lima.

Pero, habiendo fallecido los últimos de ellos, ya no se da á ningún abogado semejante título.

Los únicos *doctores* que actualmente se conocen en Chile son los médicos nacionales ó extranjeros, á quienes se les llama así, hayan alcanzado ó no hayan alcanzado este grado en alguna universidad.

En todas las otras repúblicas hispano-americanas, ó en casi todas ellas, se denomina *doctores*, tanto á todos médicos como á todos los abogados.

El sustantivo *licenciado*, en su acepción principal, designa "el que ha obtenido en una facultad el grado que le habilida para ejercerla"; pero, en una más restringida, es, según el DICCIONARIO, "un tratamiento que se da á los abogados".

Puede decirse que esta segunda acepción de la palabra *licenciado* es en Chile muy poco usada, ó más bien, desusada.

Doctor y *licenciado*, aplicados á *abogado*, son términos de pura cortesía que no se emplean en las disposiciones legales y en los actos oficiales.

En lo antiguo, se nombraba *jurisconsulto* al intérprete del derecho civil, cuya respuesta tenía fuerza de ley.

Aunque en la época moderna no hay *jurisconsultos* de tan alta categoría, existen, sin embargo, sabios que se dedican á escribir sobre la ciencia del derecho, y á resolver las cuestiones legales que se les proponen.

Como se ve, serán siempre pocos los *abogados* que merezcan el dictado de *jurisconsultos*.

El Diccionario de la Real Academia exige que el individuo á quien pueda llamarse *jurisconsulto* "profese con el debido título la ciencia del derecho".

Tapia y Escriche no mencionan este requisito entre las condiciones indispensables del *jurisconsulto*.

El Diccionario mismo conviene en que el *jurisconsulto* no necesita tener el título de *abogado*, pues enseña que *jurisconsulto* corresponde á *jurisperito;* y que *jurisperito* significa "el que conoce en toda su extensión el derecho civil y canónico, *aunque no se ejercite en las tareas del foro*".

Resulta entonces que no todos los *abogados* pueden ser llamados *jurisconsultos*, y que no todos los *jurisconsultos* son *abogados*.

En Chile hemos tenido un brillante ejemplo de esta segunda clase.

Don Andrés Bello fué un *jurisconsulto* insigne que no tuvo el título de *abogado*.

Jurisperito y *jurisprudente*, según el Diccionario de la Real Academia, significan lo mismo que *jurisconsulto*; pero son vocablos mucho menos usados que éste.

Jurista y *legista* sirven para denotar lo mismo que *letrado* en su acepción restringida, y lo mismo que *abogado*.

Sin embargo, son empleados con mucha menos frecuencia que estas dos palabras.

Tienen además una significación especial.

Así como *filósofo* sirve para designar el estudiante de filosofía; y *teólogo* para designar el estudiante de teología, *jurista* y *legista* sirven para designar, no sólo el que profesa ó ejerce la ciencia del derecho, sino también el que la está estudiando.

Hay aún en la lengua otro vocablo que expresa exactamente lo mismo que *abogado*.

Es *causídico*.

Pero, si no me engaño, sólo podría usarse en estilo culterano ó jocoso.

Quedan aún en la lengua otras palabras para denotar los malos *abogados*, ó los que, sin tener el título, usurpan las funciones de tales.

Tales son *rábula*, *leguleyo*, *tinterillo*.

Rábula, según el Diccionario de la Real Academia Española, es el "*abogado* charlatán y vocinglero".

Leguleyo, según el mismo Diccionario, es "el que se tiene por *legista*, y sólo de memoria sabe las leyes".

Me parece que estas definiciones bastan para el uso acertado de estos dos vocablos.

Resta considerar ahora lo que significa *tinterillo*.

Don Zorobabel Rodríguez, en su excelente obra titulada Diccionario de Chilenismos, dice, acerca de esta palabra, lo que va á leerse:

"*Tinterillo*. Provincialismo chileno, ó más exactamente americano, que, sin ningún mérito de su parte, ha venido á suplantar á los vocablos tan expresivos *rábula*, *leguleyo*, que sirven en español para designar á los *abogados de guardilla*, como los llaman en España, y á los que, sin título oficial, se ocupan en defender pleitos."

Don Rufino José Cuervo, en la interesante obra titu-

lada APUNTACIONES CRÍTICAS SOBRE EL LENGUAJE BOGOTANO, sostiene una opinión análoga.

«*Tinterillo* (dice Cuervo) ¿qué méritos tiene para suplantar á *leguleyo* y á *rábula*? Mucho gusto tendríamos en oír los decargos que presentara el crítico intonso que, metiéndose á censurar con indecible avilantez y desuello los descuidos de sus compatriotas, ha prohijado inconsultamente tan bárbaro vocablo en el mismo libro en que amontona sus desairadas correcciones, estampando esta frase:—Entre jueces y *tinterillos*, es vicio arraigadísimo, que á todo trance debe descuajarse, el de añadir á *por cuanto* ese inútil *que*.»

Por lo que toca á mí, me parece enteramente exacto lo que don Pedro Fermín Cevallos dice acerca de *tinterillo* en su BREVE CATÁLOGO DE ERRORES EN ORDEN Á LA LENGUA Y AL LENGUAJE CASTELLANOS.

«*Tinterillo*. Vocablo al parecer de uso general en la América Española, y ya definido en el DICCIONARIO DE LA SOCIEDAD DE LITERATOS (1853) con la acepción de *abogado de guardilla*, aunque sin decirnos qué sea *abogado*, si persona ó cosa. Quién cree que el término correspondiente es el de *leguleyo*; pero quién otro observa que también puede haber *tinterillos* entendedores de las leyes; tal otro cree que el adecuado es el de *rábula;* mas para otros vuelve la observación de que no todos los *tinterillos* son charlatanes. En este conflicto de si son flores ó no son flores, lo más acertado es aceptar el término con el siguiente sentido:—El agitador ó defensor de pleitos que, sin ser *abogado*, los promueve ó sostiene, generalmente mal, y embaucando á los ignorantes, y en particular á los del campo.»

Salvá, en el NUEVO DICCIONARIO DE LA LENGUA CAS-

TELLANA, edición de 1857, dice que, en América, *tinterillo* se usa como equivalente de *abogado de guardilla* o *de chicha y nabo*, expresión esta última que significa, según el mismo Salvá, "de poca importancia o despreciable".

Don Ramón Joaquín Domínguez repite en el suyo exactamente lo mismo.

Puede ser que así suceda en Méjico, ó en alguna otra de las repúblicas hispano-americanas; pero en Chile, por lo menos, la denominación de *tinterillo* se aplica no á los que tienen título de *abogado*, aunque sean charlatanes y vocingleros, y aunque sepan las leyes sólo de memoria, sino á los que don Pedro Fermín Cevallos expresa, especialmente cuando son diestros en los enredos y argucias forenses, ó aficionados á emplearlos.

El *tinterillo* tiene gran semejanza con el individuo á quien el DICCIONARIO DE LA ACADEMIA denomina *abogado de secano*, esto es, con el que, en lenguaje chileno, se denominaría *abogado de rulo*.

Secano es un sustantivo que significa "tierra de labor que no tiene riego, y sólo participa del agua llovediza".

Los ingenieros de Chile suelen emplear esta palabra en las tasaciones; pero la inmensa mayoría la reemplaza por *rulo*, á que el DICCIONARIO DE LA ACADEMIA no ha dado cabida en sus columnas.

Abogado de secano tiene tres acepciones.

La primera denota "el que, sin haber cursado la jurisprudencia, entiende de leyes, y presume de ello".

El DICCIONARIO advierte que *abogado de secano*, en esta acepción, "se usa comunmente en són de burla".

Como se ve, *abogado de secano*, si no equivale completamente á *tinterillo*, es algo parecido.

Por lo demás, no hay fundamento para que se desapruebe el uso de *tinterillo*, cuando es una palabra popular en toda la América Española.

Antes de poner remate á este artículo, voy á decir algo sobre la denominación que habrá de darse á la mujer que ejerza la profesión de *abogado*.

El caso no ha ocurrido aún en los pueblos de raza española; pero puede ocurrir, y sobre todo ha ocurrido ya en algún país extranjero.

En mi concepto, la mujer que ejerciese la profesión de *abogado* debería llamarse *abogada*.

En primer lugar, porque tal es la denominación que se aplica á la mujer del *abogado* por el solo hecho de serlo; y en segundo, y muy particularmente, porque de un modo figurado, es corriente desde muy antiguo denominar *abogada* á la mujer que intercede, verbigracia, *Santa Rita, abogada de imposibles*, y por lo tanto, no habría inconveniente para llamar también *abogada* á la mujer que defendiese.

Abocar, avocar

Tengo la convicción de que, en tiempo más ó menos cercano, la *v* ha de ser reemplazada por la *b*.

Sin embargo, mientras eso no suceda, es preciso tener presente que *abocar* no significa lo mismo que *avocar*, como algunos de nuestros abogados, á lo menos en la práctica, parecen entenderlo.

Sería acertado y plausible el que muchos escribieran *b* en vez de *v* por sistema, pero no por ignorancia.

Abocar, según el DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA, puede tener cuatro significados diferentes: 1.º «asir con

la boca: dícese comunmente entre cazadores cuando el perro persigue tan aceleradamente á la pieza, que la alcanza, y coge con la boca»; 2.º «acercar, aproximar, *abocar la artillería, las tropas*»; 3.º «entre labradores, abrir la boca del costal para recibir el grano que se echa en él»; 4.º «aproximarse á la entrada de una rada, canal, estrecho, puerto, etc.»; y 5.º «juntarse de concierto una ó más personas con otra ú otras para tratar de un negocio.»

Avocar, según el mismo DICCIONARIO, puede tener los dos significados que siguen: 1.º «atraer ó llamar á sí un juez ó tribunal superior, sin que medie apelación, la causa que se está litigando, ó debía litigarse con otro inferior»; y 2.º «atraer ó llamar á sí cualquier superior un negocio que está sometido á examen y decisión de un inferior.»

Convendría que todos los abogados, á menos de que estén resueltos á suprimir la *v*, se fijen en la diversidad de significados que corresponden á *abocar* y á *avocar*.

Abrogar, arrogar, derogar

«El verbo *abrogar*, escribe don Andrés Bello, es uno de los que suelen usarse más impropiamente entre nosotros, dándole el significado de *arrogar*. *Abrogar* es anular, revocar lo que por ley ó privilegio se hallaba establecido; y *arrogar* es atribuirse, apropiarse lo ajeno y particularmente el acto que en el derecho romano, se llamaba *arrogación*. Cuando se dice, pues, que alguien se *abroga* una autoridad, jurisdicción ó título que no le corresponde, se habla mal; se debe decir *se arroga*.»

Este resabio es propio, no sólo de Chile sino tam-

bién del Ecuador, como puede verse en la obra titulada BREVE CATÁLOGO DE ERRORES EN ORDEN Á LA LENGUA Y AL LENGUAJE CASTELLANOS, por el literato ecuatoriano don Pedro Fermín Cevallos.

La diferencia entre los significados de *abrogar* y de *arrogar* se halla clara y perfectamente establecida en el DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA.

Abrogar, dice, es "abolir, revocar lo que legalmente ó por privilegio se hallaba establecido: *abrogar una ley, un código*".

Arrogar significa, según el DICCIONARIO, como verbo activo: "adoptar ó recibir como hijo al que no tiene padre, ó ha salido ya de la patria potestad"; y como verbo recíproco, "atribuirse, apropiarse: dícese de cosas inmateriales, como jurisdicción, facultad, etc., y más comunmente tratándose de jueces que usurpan la jurisdicción de otros".

Don Joaquín Escriche, en el DICCIONARIO RAZONADO DE LEGISLACIÓN Y JURISPRUDENCIA, ha querido establecer fijamente entre *abrogar* y *derogar*, ó sea entre *abrogación* y *derogación* la misma marcada diferencia que había entre sus equivalentes latinos.

"*Abrogación*, dice, es la anulación ó revocación de lo que, por la ley ó privilegio, se hallaba establecido.

"La *abrogación* de la ley se diferencia de la *derogación* en que aquélla *(la abrogación)* consiste en la abolición ó anulación total de la ley; y ésta (la *derogación)* en la abolición ó anulación de sólo una parte de ella. *Abrogatur legi quum prossus tollitur; derogatur legi quum pars detrahitur.*"

La precedente definición pertenece al jurisconsulto romano Herenio Modestino, discípulo de Ulpiano, y

cónsul con Probo en el año 228 de la era cristiana; el cual escribió numerosas obras, de que quedan considerables fragmentos en el DIGESTO.

Esa definición había sido ya recordada el año de 1619 por don Sebastián de Covarrubias Orozco en el TESORO DE LA LENGUA CASTELLANA.

Indudablemente habría sido ventajoso el que hubiera habido dos expresiones distintas para significar la abolición *total* y la abolición *parcial* de una ley; pero el uso, que no siempre obra como debiera, y que es caprichoso, no lo ha querido; y apartándose de la etimología latina y de la definición de Modestino, ha acumulado en *derogación* y en *derogar* el significado propio y el de *abrogación* y de *abrogar*.

Escriche, sin fijarse en la contradicción, lo ha reconocido así en otro de los artículos de su obra.

"*Derogación*, dice, es la abolición, anulación ó revocación parcial de alguna cosa establecida como ley ó costumbre. Mas aunque la *derogación* no es más que una abolición parcial, se usa, sin embargo, de esta palabra para denotar la abolición entera y total de una ley".

El DICCIONARIO parece confirmar esta segunda opinión de Escriche.

En efecto, señala á *derogar* dos significados: 1.º el de "abolir, anular una cosa establecida como ley ó costumbre"; y 2.º el de "destruir, reformar."

El primero es evidentemente igual al de *abrogar*.

El segundo ha dado motivo para que se observe no poder equipararse *destruir* y *reformar*.

Puede sostenerse que, cuando el DICCIONARIO dice que *derogar* equivale á *destruir*, le da el significado de *abolir* ó *anular* por completo una cosa, ó sea el de *abrogar*, se-

gún muy categóricamente lo especifica en la primera de las acepciones; y cuando dice que equivale á *reformar*, le da el de *corregir* ó *enmendar* que le corresponde por la etimología latina.

Don Andrés Bello, en los artículos 52 y 53 del Código Civil Chileno, establece terminantemente que la palabra *derogación* puede significar anulación *total* ó *parcial* de una ley.

Hé aquí el texto de esos dos artículos.

"*Artículo 52.*

"La derogación de las leyes puede ser expresa ó tácita.

"Es expresa, cuando la nueva ley dice expresamente que deroga la antigua.

"Es tácita cuando la nueva ley contiene disposiciones que no pueden conciliarse con las de la ley anterior.

"La *derogación* de una ley puede ser *total* ó *parcial*.

"*Artículo 53.*

"La derogación tácita deja vigente en las leyes anteriores, aunque versen sobre la misma materia, todo aquello que no pugna con las disposiciones de la nueva ley."

Ajustándose á las precedentes aclaraciones y especificaciones del significado de *derogar*, el artículo final del Código Civil Chileno dice así:

"El presente Código comenzará á regir desde el 1.º de enero de 1857; y en esa fecha, quedarán *derogadas*, aun en la parte que no fueren contrarias á él, las leyes preexistentes sobre todas las materias que en él se tratan.

Miguel Luis Amunátegui.

(Continuará.)

ADRIANA MORA

(Conclusión)

XIII

Como lo había manifestado Lucila, su alma pura y sencilla no estaba hecha para las luchas punzantes con el desengaño y la traición.—El abandono de su marido la hirió de muerte; su espíritu se sumergió en las tristezas irreparables del bien perdido, y su salud se quebrantó gravemente.

Por muy ciego que estuviese, Fabián debió conocer, al fin, que el viento de la muerte sacudía aquella existencia delicada. Á veces, al leer en su rostro pálido y dolorido los progresos del mal, y en sus ojos el tormento que la consumía, sintió impulsos de arrojarse á sus pies, de lavar con largo llanto su crimen, y de implorar el perdón de aquella dulce mártir. Ella no se quejaba ni acusaba, y sus labios descoloridos sabían encontrar siempre una sonrisa para su esposo, cuando, después de prolongada ausencia, solía acercarse accidentalmente hasta ella. Pero

el mudo reproche y la inefable angustia de esas miradas y sonrisas revelaban á Fabián toda la crueldad de su culpa, y traían hasta sus ojos una lágrima de arrepentimiento. Empero, cuando iba ya á ceder á la abnegación de Lucila y á su propia generosidad, la voz de Adriana que lo llamaba lejos cerraba su alma á la piedad y su oído á los gritos de la conciencia.

Aquella tarde había comido solo; Lucila, cada vez más débil y enferma, no pudo salir de su cuarto. Fabián fué á saludarla, y hablaron cariñosamente durante algunos minutos. Por un instante, la pobre joven creyó que podría hacerlo volver á ella, y recobrar aquel corazón que había perdido. Fabián se mostraba conmovido, y parecía experimentar un sincero placer en pasar algunos momentos á su lado; la salud de su esposa le inspiraba un vivo cuidado, sus sufrimientos le llegaban al alma; se interesaba por conocer todos los detalles, y formaba alegres proyectos para cuando ella estuviese completamente restablecida. Hablaron del pasado, de sus recuerdos de viaje, de las escenas y objetos que habían fijado más su atención.

Todo se iluminaba á la dulce claridad de la dicha de otro tiempo—que parecía ¡ay! tan lejano. Fabián se dejaba ganar insensiblemente por el encanto de esa tierna intimidad, y pensaba con horror de sí mismo que debía á esa joven, á quien ahora asesinaba brutalmente, los días más verdaderamente felices de su vida. ¡De qué ingrata manera le pagaba su abnegación y su amor! La felicidad estaba allí, y él iba á buscarla en otra parte, á costa del honor y del deber. El aire puro del hogar hacía bien á su espíritu abrasado por una llama funesta.

¡Oh! si no volvía atrás en el odioso camino en que se había enmarañado, tendría que ser el más torpe y el más criminal de los hombres.

El reloj de bronce de la chimenea dió las ocho, y Fabián se levantó: se acercaba la hora de ver á Adriana.

—Hasta luego, Lucila, le dijo, dándole un beso en la frente.

Ella lo miró tristemente y lo retuvo de la mano.

—Fabián, amigo mío, te lo suplico, no me dejes sola.

Era la primera vez que lo imploraba; en su mirada y en su acento había tal expresión de tristeza y de plegaria, que Fabián se quedó.

—¿Qué sientes? le preguntó.

¡Qué sentía! ¿hasta ese punto, entonces, lo volvía ciego y egoísta el amor de la otra? ¿No adivinaba el suplicio sin nombre á que él mismo la tenía condenada? Si el corazón de su esposo estaba tan endurecido, era inútil tratar de conmoverlo. Nada bastaría á hacerle comprender cuánto sufría ella, puesto que no se lo revelaban aquella prolongada agonía, ni la muerte misma que se acercaba visiblemente.

—Es verdad, replicó Lucila con una sonrisa indescriptible, soy una importuna; anda, Fabián.

Él vaciló un momento; en seguida, como haciéndose violencia, tomó su sombrero.

—Perdóname, Lucila, agregó, disponiéndose á salir; no era esta la existencia que yo te había ofrecido, y que tú tenías derecho á esperar. Ya ves que te amo, puesto que me acuso. Un asunto imprescindible me obliga á salir hoy; te dejo, pero es para la felicidad de ambos. Será esta la última vez, te lo juro, que no estaré yo á tu lado mientras tú sufras.

Y salió sin volver á mirarla, como si temiese que aquellos ojos sumisos y llorosos pudieran retenerlo.

Lucila quedó sola; hacía ya muchos meses que estaba sufriendo en la soledad, pero aquella noche su abandono le parecía más absoluto, su tristeza más profunda. Un indefinible presentimiento la había obligado á pedir á Fabián que la acompañase; él no la había oído, y había volado como siempre al lado de la otra. Miró á su alrededor, y sintiendo casi miedo de encontrarse en aquel silencioso aislamiento, ocultó entre las manos su rostro bañado en lágrimas.

—¡Por última vez! gimió sollozando; no sabe él hasta qué punto es cierta esta última despedida!

Sentía llegar la muerte y la esperaba, para ir á juntarse con sus caras ilusiones desvanecidas.

Fabián, en tanto, se dirigía allí donde acostumbraba ver á Adriana. Pero no iba sereno y amante como de costumbre, sino agitado por una resolución que se esforzaba en fijar definitivamente en su espíritu. Quería separarse para siempre de Adriana y volver á Lucila. Cuando acababa de asegurar á ésta que salía en busca de la felicidad de ambos, y que era aquella la última vez que la dejaría sufrir sola, lo pensaba realmente así.—Y luego, una mujer de la condición de Adriana no puede ser eternamente una querida. La ruptura tiene que llegar un día, y vale más que venga cuando aún se pueden conservar mutuamente recuerdos hidalgos del tiempo pasado. Los amantes que tienen forzosamente que separarse un día, deben hacerlo de manera que puedan darse la mano cuando se encuentren más tarde. En las fiestas del amor, como en las fiestas de la sociedad, hay que retirarse antes de ser despedidos.

Adriana no había llegado, y Fabián, solo en aquel retrete testigo de sus culpables amores, procuraba poner orden en sus ideas trastornadas. Se despediría de Adriana como para una separación momentánea; la salud de Lucila lo obligaba á salir de Santiago, pero siempre y en todas partes, podría Adriana tener la seguridad de que su corazón le pertenecía por completo; tan luego como el restablecimiento de su esposa se lo permitiera, volvería á su lado más amante que nunca.

Un paso ligero y conocido se oyó en la pieza vecina, la puerta se abrió, y Adriana se encontró en los brazos de Fabián.

—¿Me has esperado mucho tiempo?

—No lo sé; deseaba tanto verte hoy, que un minuto habría sido siempre un siglo.

—Ya estamos juntos; ¿no es verdad que nuestro amor sabe borrar en un segundo las tristezas de muchos días?

Fabián bajó la cabeza y guardó silencio.

—Pero tú estás triste, amigo mío; ¿qué tienes?

—Sufro, murmuró él sin atreverse á mirarla.

—¿No me amas ya?

—Bien sabes que te amo más que á todas las cosas de la tierra, puesto que las olvido todas por tí.

—Lo dices como si eso comenzara á pesarte.

—Eres injusta, Adriana; nunca he mirado lo que dejo atrás para venir á tu lado. Y lo dejo todo, sin embargo, relaciones, amigos, hogar. Hace tiempo que vivo como si estuviese solo en el mundo, sólo para tí; como lo has dicho, esta hora de amor basta á compensar mis tristezas de todo el día. No me importan las largas horas de inquietud y soledad, porque sé que después de ellas te encuentro á tí, á quien amo; no pido más á la vida.

—Perdóname, Fabián, pero te veía triste, y temo que en amor anden siempre juntos la tristeza y el fastidio.

—Hace un rato, mientras te esperaba aquí, me asaltaban ideas de amargura que otras veces me habían ya ocurrido, pero nunca tan exigentes y tenaces.

—¿Y esas ideas?

—Pensaba en el porvenir.

Fabián lo había olvidado todo, á Lucila y sus proyectos; no veía más que á Adriana, y ni siquiera sospechaba que hacía algunos instantes estaba dispuesto á separarse de ella.

—¿Hay algo que haya modificado el porvenir que hasta ayer nos sonreía y aceptábamos? preguntó ella.

—La situación que nos hemos hecho, replicó lentamente Fabián, no puede ser eterna. Llegará un día, Adriana, en que este poema de felicidad arrancado ocultamente á los obstáculos que nos mantienen separados, no bastará á nuestra existencia; ni siquiera estamos seguros de que tendremos siempre una hora nuestra que consagrar al amor; no nos pertenecemos á nosotros mismos, ni el tiempo nos pertenece. Cada vez que me separo de tí, pienso, con celos y humillación, que tu vida está ligada para siempre á la de otro, que él es el único que puede llamarte verdaderamente suya, y que los tesoros de belleza que yo acabo de estrechar sobre mi corazón no serán nunca enteramente míos.

—Soy tuya, puesto que te amo sólo á tí.

—En la condición excepcional en que nos hallamos eso no basta, bien lo sabes, Adriana. ¿Habríamos de luchar contra todo y hollarlo todo bajo nuestros piés, simplemente para saber que nos amamos á la distancia, siempre amenazados, sin tener jamás entre nuestros bra-

zos ese amor al cual sacrificamos cuanto puede sacrificar la creatura? Hay un hombre en el mundo que tiene derecho para alejarte de mi lado, para llevarte consigo, para impedirme que vuelva á mirarme en la luz de tus ojos y á besar tus labios adorados. ¿Crees que puedo estar tranquilo mientras mi felicidad dependa de otro? Cuando se ama como te amo yo, el temor y los celos son un martirio superior á las fuerzas humanas.

—¿Desde cuándo piensas en eso, Fabián?

—Desde que tu amor se ha hecho indispensable á mi vida y la llena toda entera; ¿lo sé yo mismo, acaso?

Adriana dobló lánguidamente su cabeza sobre el hombro de Fabián, le pasó el brazo alrededor del cuello, y atrayéndolo hacia ella, le dijo con apasionada espontaneidad, como si no midiese el abismo á que se lanzaba con él.

—Pues bien, aún podemos ser libres, aún podemos pertenecernos por completo el uno al otro.

—¿Y ese hombre? preguntó Fabián, sin meditar lo que ella le decía ni lo que él mismo contestaba; y luego, violentándose para pronunciar un nombre que le quemaba los labios, agregó:—¿y Lucila?

—Ellos están aquí, y yo te amo lo bastante, Fabián, para dejarlo todo.

Fabián comprendió.

Huirían de la ciudad, irían lejos, muy lejos, donde nadie los conociera ni pudiese turbar la posesión de su amor; el porvenir sería de ellos, ese porvenir que siempre habían soñado. No tenían que mirar atrás, porque en pos de ellos no dejaban sino cuanto hasta entónces había sido un obstáculo ó una amenaza á su cariño. Iban en busca de la libertad, de la vida, del amor; ¿qué podría

retenerlos?—Fabián se dejó arrastrar: había llegado con la resolución de poner un término á esa cruel pasión de angustias y de culpa, y era un principio inesperado lo que se le ofrecia. Lo aceptó sin vacilar, seducido por la belleza de Adriana, ardiendo de pasión, y creyendo que, en realidad, había sonado para él la hora de la libertad en el amor.

Discutieron tranquilos y gozosos su proyecto, como habrían podido arreglar un paseo del día siguiente, y se complacían amorosamente en calcular y prevenir todos los detalles.

—¿Y cuándo?

Fabián no podía contestar desde luego á esa pregunta; quedaba aún que pensar en muchas cosas. Se verían á la noche siguiente para dejarlo todo definitivamente dispuesto.

XIV

Solo en su escritorio, con los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, Fabián leía el acta que acababa de extender, por la cual dejaba á su esposa la posesión de todos sus bienes.—Resuelto á huir con Adriana, no quería llevar de su fortuna sino lo indispensable para la vida del primer tiempo, y hacía á Lucila, la sacrificada, siquiera ese sacrificio,—el más estéril.

Algunas lágrimas asomaron á sus ojos, y el arrepentimiento pareció detenerlo por algunos momentos. Al tener, por fin, entre sus manos el porvenir que durante largo tiempo había deseado, se sintió débil y quiso retroceder. Ese porvenir comenzaba á asustarlo. Llegó á temer que su pasión por Adriana fuese un ofuscamiento de su es-

píritu, la irritación violenta de un deseo largo tiempo comprimido, más bien que un amor verdadero. ¡Si el hastío fuese á sobrevenir alguna vez, si el remordimiento se preparase á sentarse entre ellos como huésped implacable y sombrío!

Fabián sintió que su amor principiaba á pesarle, y habría dado cualquier cosa por que Adriana lo olvidase y le ofreciera ella misma un pretexto de separación.— Junto á él, en la pieza contigua, casi haciéndole llegar á los oídos su respiración de enferma, sentía á Lucila, pobre alma que desplegaba ya las alas para volar. Conocía que si se acercaba á ella, y dejaba hablar á su corazón, estaba salvado.

Pero lo esperaba Adriana, ella, que también lo sacrificaba todo á su amor. Él le había prometido defenderla y protejerla, la había incitado á la realización del proyecto con que le daba la más inmensa prueba de pasión, y su abandono sería cobarde y miserable. Una lealtad extraña y monstruosa á la fe de su palabra lo impulsaba á lanzarse al precipicio.

No vió á Lucila en todo el día, y por la noche se dirigió, más bien resignado que ansioso, al lugar de la cita. Adriana no estaba. La esperó una hora, durante la cual, entregado á sí mismo, su espíritu acabó de oscurecerse, y sus pensamientos se hicieron más sombríos.

Adriana no fué en toda la noche, y Fabián tuvo, al fin, que retirarse, inquieto y preocupado. ¿Estaría ella enferma? ¿Habría renunciado á su proyecto? En cualquier caso, era bien extraña aquella ausencia, de la cual no se apresuraba ella a prevenirlo.

Á la noche siguiente, volvió Fabián lleno de temor y de impaciencia. Puesto que Adriana no le había enviado

una palabra en todo el día, era imposible que no acudiese por la noche á tranquilizarlo. Pero ella no fué tampoco esta vez. Aquel prolongado silencio se hacía ya un enigma amenazador, y Fabián quiso tener una explicación: escribió á Adriana una carta irritada,—que quedó sin respuesta.

Era la tercera noche desde aquella en que Adriana había prometido dejarlo todo por Fabián, cuando en realidad era á él á quien parecía haber olvidado desde ese momento. Maquinalmente, sin esperanza de encontrarla, llevado del hábito, se dirigía al lugar escondido donde durante seis meses había ardido la llama de su pasión. El nido estaba desierto y silencioso. Fabián se arrojó sobre un sofá, menos combatido por el dolor que por la cólera y el despecho. Tres días antes habría hecho el sacrificio que se le hubiera exigido, en cambio de cortar el lazo que lo unía á Adriana, y que principiaba á causarle la impresión de una dura cadena. Pero no era así, olvidado, desdeñado, como deseaba separarse. En el fondo, aun el más leal de los hombres suele ser más voluble que la más coqueta de las mujeres; cuando ya no lo aman, no tanto siente la traición, como no ser él el traidor.

Si se le hubieran ofrecido otros seis meses de pasión y de placer como los que acababan de pasar, Fabián los habría dado sin vacilar por tener en ese instante á Adriana á su lado, por verla entrar solícita y enamorada, para arrojarle al rostro su ira y su desdén.

Irritado, cansado de esperar, se dirigió al teatro. Un sentimiento de pueril desquite lo llevaba allí; quería que Adriana, cuando llegase después la ocasión, supiera que él no se había inquietado por la ausencia de aquellos

días, que había aceptado alegremente su libertad, que se había divertido.

Pero al llegar á su sillón, dió un violento salto, como si hubiera tocado una pila galvánica. En un palco de primera fila, alegre, descuidada, tranquila, acababa de ver á Adriana.—No era, pues, la enfermedad lo que la había retenido; era simplemente el desdén. No era el tiempo lo que le había faltado para escribirle siquiera una palabra; era la voluntad. Evidentemente, Adriana estaba cansada de amarlo, y provocaba ella misma, naturalmente, sin escena ni violencia, la ruptura que él había andado ideando en su cerebro.

Un día, en el Parque, durante unas carreras, entre jóvenes á la moda, oí, al pasar, este fin de diálogo.

—Pero qué prefieres, entonces, ¿un amigo, ó un caballo de carrera?

—El caballo.

—¡Lo sospechaba!

—Sin duda, porque de cualquier hombre se puede hacer un amigo, mientras que no de cualquier caballo se puede hacer un animal de raza.

Hay, en efecto, quienes creen que de cualquier hombre se puede hacer un amigo y de cualquiera mujer una amada. Es para ellos cuestión de sexo. Y por eso, cuando ven sufrir por una traición, ó llorar sobre las cenizas de un amor muerto, exclaman con sorpresa y como por consuelo:

—¿Te desesperas? pero; ¡qué no ves que hay tantas mujeres!

Son espíritus positivos, que al perder una ilusión la entierran tranquilamente, sin arrojar con ella á la fosa ni un átomo del corazón. Ignoran que el amor no es amar

á las mujeres, sino á una mujer, á una sola,—precisamente á esa misma que nos hace olvidar que hay en el mundo muchas mujeres, á menudo á esa única que no nos ama.

Lo que hay de peligroso en el amor, es que no reflexiona; lo que hay de cruel, es que no tiene lógica.—Adriana no podía ser perpetuamente la querida de Fabián, por consiguiente, concentró en ella sola todas sus aspiraciones de vida, de felicidad y de pasión; Adriana había dejado de amarlo, por consiguiente, la amó él más que nunca. Al verse olvidado, su pasión se alzó irritada y violenta, punzada por el urgullo y el amor propio.—Adriana lo había visto entrar, pero no le dirigió una sola mirada; al contrario, estudiaba la manera de que sus ojos no se hallasen con los de Fabián.

No pudo él soportar largo tiempo ese suplicio. Se imaginó que todo el mundo se fijaba en él, que espiaban sus movimientos y sus gestos, que todos adivinaban sus torturas y hasta sus más íntimos secretos, y que muchas frases burlonas cruzaban zumbando por sus oídos. Se levantó antes de que terminase el acto, y llegó á su casa, procurando en vano apagar el infierno de rabia y de celos que ardía en él.

El médico de Lucila salía en esos momentos.

—¿Cómo sigue nuestra enferma? le preguntó Fabián.

—Mal, muy mal, contestó el doctor, meneando expresivamente la cabeza.

—¿Sin esperanza? insistió él, tal vez sin darse cuenta de su propia pregunta.

—Mucho lo temo: la fiebre no cede, hay una debilidad excesiva, es una naturaleza delicada que no podrá luchar mucho tiempo.

—Gracias, doctor; hasta mañana.

—Todo el cuidado posible no estará demás; vigile usted; y hágame avisar en cualquier momento.

—Gracias otra vez; confíe usted en mí.

Por un momento, Fabián vaciló en entrar al cuarto de su esposa. Pero no, al día siguiente iría á ver á Adriana, le devolvería ampliamente su indiferencia y su desprecio, rompería definitivamente con ella, y entonces podría consagrarse para siempre y por completo á Lucila.—El espíritu se formaba con firmeza esas resoluciones, pero la carne oponía sus enérgicas palpitaciones de resistencia. Todo el pasado se agolpaba á su imaginación, lleno de provocaciones y de ardientes deseos que resucitaban. Y al mismo tiempo, al pensar en la hermosa mujer que perdía, en aquella inagotable y ancha fuente de placer que se cegaba de improviso, lo mordían ásperamente los celos, esta estraña sensación que embellece y hace mil veces más deseada á la mujer que no nos ama.

Sus manos encontraron sobre la mesa el pliego cerrado en que había dispuesto de su fortuna á favor de Lucila, cuando pensó huir con Adriana. ¡Triste herencia para una moribunda! Era el puñal que debía darle el golpe de gracia. Lo rompió con horror, y pidió sinceramente perdón á la mártir en el secreto de su conciencia.

XV

El amor entra sólo una vez en las almas sensibles; pero entra y sale con admirable facilidad en las naturalezas sensuales; por eso es para aquéllas una noble pasión que engrandece y purifica, escala que lleva á las

regiones altas y puras del sacrificio y de lo ideal; y para las otras, una pendiente que baja á la culpa y al vicio.

Los austeros arrepentimientos con que han asombrado al mundo algunas grandes pecadoras de la historia, principian en el momento en que la sensibilidad reemplaza en ellas al sensualismo.—La ciencia contemporánea, que interroga ávidamente á la materia para tener la explicación de todos los fenómenos sicológicos, ha creído encontrar un axioma en el peligroso dogma de la irresponsabilidad humana: el bien y el mal, el vicio y la virtud, la grandeza y la miseria de la creatura,—eso se llama hipnotismo, histérico, neurosis. Cada uno obra según la organización de sus músculos y de sus nervios. Newton no es más responsable de la ley de atracción, que Eróstrato del incendio del templo de Diana; ni Vicente de Paul merece elogios por su espíritu que ardía en caridad, como Nerón no merece censura por su tiranía. Los nervios lo explican todo.

Á la verdad, así como las obras buenas no son siempre un esfuerzo de virtud, porque se puede hacer á veces el bien sin ser esencialmente bueno, así también se puede hacer el mal sin ser naturalmente malo. Hay muchos que viven en el egoísmo profundo de todas las cosas, indolentes á los pesares ajenos, sacrificándolo todo á su propio bienestar, capaces de incendiar el mundo para prender su cigarro. Si os asombráis y preguntáis cómo es posible que una vida semejante pueda pasarse sin remordimientos y con placeres, os contestarán con ingenua convicción lo que Falstaff:

—Pues bien, yo soy así, ¿qué quereis? Me gusta beber ¿acaso el buen vino no es bueno? Huyo ligero cuando se trata de recibir golpes: ¿acaso los golpes no duelen?

Contraigo deudas y saco dinero á los imbéciles: ¿acaso no es agradable tener dinero en el bolsillo? Me elogio á mí mismo: ¿acaso no es natural querer que se nos considere? ¿Lo oyes, Enrique? Ya sabes que Adan, en estado de perfecta inocencia, cayó; y ¿qué podía hacer el pobre Jonh Falstaff en este siglo de perversidad?

Adriana era una naturaleza caprichosa y voluble, aunque ardiente. Se entregaba á sus impulsos sin meditarlos, y habría podido hacer el mal sin que hubiera en ella el impulso de la maldad y sin saber que lo hacía; naturalezas que obran por arranques, no por reflexión. Al amarla, Fabián había cedido á una de esas pasiones frecuentes en los hombres laboriosos y concentrados por las mujeres frívolas y arrebatadas,—pasiones tenaces y avasalladoras, que saben disfrazar de idealismos todas las exigencias de la materia.

Cuando Fabián golpeó á la puerta de Adriana, se preguntó qué iba á hacer allí, y quiso retroceder; valía más dejar que todo se perdiese en el olvido por sí solo, sin pesares ni reproches; pero ya era tarde. Y luego, aunque sea una torpeza y una cobardía, es la verdad que el único desquite que el hombre encuentra en las traiciones del amor, es ir á probar á la mujer que lo engaña que, en realidad, se siente feliz de verse olvidado, y que es ella la digna de compasión. Por lo general, y esa es su desgracia y su miseria, no se le ocurre otra prueba que la injuria, es decir, el amor.—Adriana estaba en su salón, medio recostada en una ancha poltrona, leyendo distraídamente. Al ruido de los pasos de Fabián, que penetraba sin hacerse anunciar, alzó la cabeza, y una expresión de sorpresa y casi de temor se pintó en su rostro. Procuró serenarse y le tendió la mano.

Fabián quedó inmóvil.

—¿No me esperabas, es verdad? le preguntó con amarga ironía.

—Si hubiera deseado verte, habría ido á buscarte.

—Efectivamente, aún no ha pasado bastante tiempo para olvidar el camino.

Adriana abrió maquinalmente el libro, que había cerrado y que conservaba en la mano, y paseó por sus páginas una mirada vaga.

—¿Y nuestros proyectos de la última noche? agregó Fabián.

—Eran una locura; ¿qué íbamos á buscar en cambio de todo lo que dejábamos detrás de nosotros?

—Has principiado á reflexionar, por lo que veo; ¿es decir que ya no me amas?

—No lo sé.

Fabián creyó encontrar la vergüenza, la excusa, la humillación, y encontraba la audacia y el reto. Había ido para aplastar y vengarse, y se hallaba con la resistencia. No le quedaba más que insultar á esa mujer que lo provocaba, lo que era poco decoroso, ó confesarse vencido y despechado, lo que era humillante. De cualquiera manera, su situación no era cómoda ni altiva, y se arrepintió de haber llegado hasta allí. No podía, empero, retirarse fácilmente, y prefirió ser grosero á ser ridículo.

—¿Amas, sin duda, a otro? preguntó con insolente sonrisa.

—En todo caso, no serías tú quién tendría derecho á pedirme cuenta de mis acciones; pero debes comprender que no voy dando el corazón á todos los que se me acercan.

—Lo sé, puesto que no se lo has dado á tu marido ni

á mí; ¿y sabes qué nombre tienen las mujeres que se entregan sin dar el corazón?

—¡Fabián! exclamó ella con un gesto de cólera, irguiéndose violentamente.

—¡Oh! es necesario llamar á las cosas por su nombre. Hasta hoy no había yo tenido tiempo de pensar en el remordimiento, ni en la vergüenza de mi vida; pero ya que tú me llamas á la verdad, porque es, sin duda, el deber lo que te separa de mí, debes permitirme que sea sincero.

—Puedes insultarme, porque soy mujer y tú eres el fuerte; pero á lo menos, no olvides que estoy en mi casa, y sobre todo, no me eches en cara tu pasado.

—Es verdad, mi pasado no tiene nada que ver contigo, y cuando me amabas y me dabas las pruebas de tu amor, no era en tu casa.

—¿Me acusas de haberte amado?

—¡Al contrario! pero tampoco puedo acusarte de fidelidad.

—Eres un cobarde; pues bien, sí, ya no te amo; reflexión, deber, hastío, será lo que tú quieras, pero siento que he perdido este cariño del cual había hecho la única ilusión de mi vida. No podré amar á nadie, puesto que no he sabido amarte á tí; ya ves que, á lo menos, soy franca.

—¡Eh, señora! cuando no se tiene el arrepentimiento de una cortesana, no se debe hacer alarde de tener sus vicios.

—¡Basta ya! gritó ella, poniéndose de pie y señalando la puerta á Fabián.

En seguida, volviendo á sentarse con un ligero encogimiento de hombros, añadió:

—Pero nó, no me ofendes, Fabián, porque bien veo que es el despecho lo que te arrastra; eres como todos. Te he amado de veras, y demasiado sabes que lo he entregado todo á ese amor, sin dejar nada para mí; ¿es así como pagas lo que le debes? Muéstrate generoso, caballero siquiera, y haz de modo que podamos encontrarnos sin cólera ni desprecio; ya que no puedo amarte, seamos amigos.

—Sería inútil; no acostumbro ser el amigo de las mujeres que he amado.

—¿Has venido entonces á injuriarme?

—Tienes razón, estoy aquí de más; el mejor compañero de las mujeres como tú es el remordimiento.

Y Fabián hizo ademán de retirarse. Ella se levantó de su asiento, y tomándolo del brazo lo retuvo un momento.

—¿Te vengarás de mí? le preguntó.

Él se desprendió rudamente, y salió, lanzándole una última mirada de desprecio.

Ya no sentía en el corazón una sola fibra que latiese por aquella pasión; no tenía ni amor, ni cólera, ni pesar; sólo le quedaba una profunda sensación de disgusto. Se preguntaba cómo había podido olvidar á Lucila y su hogar para correr en pos de un torpe devaneo, y en ese momento se arrepentía de haberse dejado llevar á la entrevista de donde salía, y que sólo había servido para mostrarlo insolente y cobarde con una mujer.

Apresuró el paso, ansioso de llegar pronto al lado de su esposa, y principiar la nueva vida. ¡Cómo le haría olvidar á fuerza de cariño y de ternura cuanto le hiciera sufrir hasta entonces!

Al llegar á su cuarto, el médico de Lucila salió á reci-

birlo, y lo saludó silenciosamente. Fabián lo interrogó con la mirada, presa de indecible ansiedad.

—Ha llegado usted á tiempo todavía; ella desea verlo; un minuto después, habría sido demasiado tarde.

Fabián se precipitó á la pieza donde moría Lucila, ó más bien, donde se extinguía dulcemente. Su rostro había perdido toda expresión de dolor y de tristeza; parecía divisar ya la luz infinita de aquella otra existencia donde no hay engaños ni traiciones, y el alma esperaba contenta el instante de desplegar sus blancas alas hacia la altura donde era esperada.—Fabián cayó de rodillas junto á la cama, sollozando con desesperación. Ella hizo un esfuerzo para tenderle los brazos, sus labios se entreabrieron en una última sonrisa de amor y de perdón, y sus ojos quedaron abiertos y fijos en el cielo.

—¡Muerta! gimió Fabián con un grito indescriptible.

Y cayendo como desplomado, sepultó la cabeza en la almohada y lloró largamente.

JACOBO EDÉN.

Á VÍSPERAS

(PÁGINA DE DIARIO)

Londres, domingo 14.

Día Domingo, en Londres, ceniciento;
neblina oscura, soledad, tristeza;
la ciudad de asombroso movimiento
tiene el hondo silencio de una huesa.
Al toque de oración pausado y lento,
que apenas rasga la tendida niebla,
la silenciosa calle, antes desierta,
de grave y muda procesión se puebla.
¡Vana ley de la forma! La rutina,
no místicos ardores, la encamina
hacia los templos de una fe ya muerta.
Allí no hay Dios tras un augusto velo,
hay lujo y hay riqueza, hay hermosura;
pero es la tierra; el alma se halla oscura
sin columbrar ni una visión del cielo.

No en catedral de piedra suntüosa,
erigida por grandes de la tierra,
sino en capilla humilde cuyo rito,
si ahora tolerado, ayer prescrito,
no pudieron matar leyes ni guerra,
penetré yo también; el pueblo oraba,
era pobre y escaso, pero oraba.
Había en el altar luces y flores
y formas que cruzaban revestidas;
en la nave se oían los rumores
de confundidos rezos, y, sonoro,
haz armonioso de sereno vuelo,
ó gótica columna que juntaba,
en sus notas, las voces esparcidas,
para alzarlas al cielo;
con sus senos de bronce contestaba
el órgano en el coro.
Ese rumor de cantos y de preces
llegaba á mí, con voz medio apagada,
sólo de lejos, como se oye á veces
el confuso rumor de una cascada.
Allí, á mi lado, á una mujer tenía;
y, olvidado de orar, mi pensamiento
absorto en ella, en ella se perdía
como en la mar se va á perder el viento.

Todo en ella era extraño: la figura
severa, medieval, casi de santa;
y la sobria, anticuada vestidura,
que, al uso de otra edad, recta caía
al cuerpo, suelta, hasta besar la planta.
No alumbraba aquel pálido semblante

ni un reflejo distante
de sonrisa fugaz, ó huella breve
de pasada ilusión, copa en que bebe
la en sueños rica juventud sus galas.
Como la niebla oscura se reclina
sobre la muerta ola,
una de esas tristezas que asesina,
sobre él cernía, funeraria y sola,
el peso misterioso de sus alas.
Bajo gótica ojiva,
en la penumbra suave,
recogida del templo, parecía
más sombra de mujer que mujer viva;
ó pura estatua de severa forma
que el escultor cincela
de la muerta materia, y la transforma
en muda imagen, silenciosa y grave,
que el largo sueño de un sepulcro vela.

Murió el canto, y las luces y el gentío
todo despareció; con tardo ascenso
se alejaba en el ámbito vacío
la oración en las alas del incienso.
Tan sólo, inmóvil en el templo frío
una mujer oraba reverente:
se alzó de pronto, caminó á la puerta,
yo rápido seguí, y á la desierta
calle sombría me lancé tras ella.
¿Qué extraño impulso me movió? lo ignoro.
No es más ligera la invisible huella
del pájaro en el cielo,
que el rastro de un anhelo

en el humano corazón; ninguna
sombra empañó mi frente;
revelaba un decoro
en su marcha de virgen, que no osara
murmurar en su oído
ni el eco de un rumor oscurecido
el mismo arcángel que á su Dios tentara.

Vías y plazas rápidos cruzamos.
El cielo amenazaba; el viento ronco
en los desnudos ramos
y en los desiertos pórticos gemía
como un ¡ay! de dolor confuso y bronco.
Alguna errante ráfaga indiscreta
jugaba con la blanca vestidura
de la visión, que, entre la sombra oscura,
se dibujaba en pálida silueta,
ella nada sentía:
¿era mujer, ó vana sombra era?
Más parecía, al deslizarse leve,
de la misma tormenta venidera
copo ligero de impulsada nieve.

Dos caminos cruzaron nuestra senda
con dirección opuesta, y ella, acaso
dudando cual seguir, detuvo el paso;
allí el misterio iba á romper su venda.
Llegué á su lado y al hablarla luego—
¿qué buscaba? no sé, no lo sabía—
su mirada de hielo hirió la mía;
el hielo de esa luz dejaba ciego.
Temí la sombra de un temor en ella.

En esa vasta inmensidad, tan sola,
tan sola se encontraba, era tan bella,
que la envolvía púdica aureola
de respeto, no amor: quedé indeciso.
Súbito, ardiente y fúlgida centella,
como celeste aviso,
el seno de una nube hirió iracunda
y horrendo trueno la siguió; deshecha
rugió la tempestad; noche profunda
con negro espanto nos cubrió un momento.
Un extraño temor supersticioso
seguido de hondo, irresistible anhelo
mi espíritu asaltó; girones hecha
rodó la nube por el turbio cielo,
y á la luz del crepúsculo dudoso,
roto el freno á mi loco sentimiento,
hallé neblina, soledad y viento.

Si alguna vez he ansiado
arrancar sus cerrojos
á la materia, y contemplar desnuda
la verdad en una alma y su hondo arcano,
fué entonces el secreto revelado
en la pálida frente y en los ojos
de esa mujer incomprensible y muda.
Era ya tarde... la busqué, y en vano.

Me arranqué á mi letargo; estaba solo;
en torno, Londres húmedo y desierto,
frío como los témpanos del polo,
como ellos triste, silencioso, muerto.

GUILLERMO ERRÁZURIZ.

RÁPIDA VISTA

SOBRE LA LIRA BOLIVIANA EN SUS ANTECEDENTES Y ACTUALIDAD

No es la época presente la de los libros de poesía.

Todos los espíritus, atentos hoy á las convulsiones políticas y sociales de allende y aquende los océanos, universalmente se preocupan entre nosotros de la tan seria necesidad de fijar las bases del bienestar y futura suerte de los pueblos, en el estudio de sus fecundos intereses económicos;—en su democrática instrucción y educación industrial;—en el fomento de la población americana mediante las inmigraciones extranjeras y la colonización que hagan desaparecer el desierto;—en el comercio exterior é interior que, á par de los consumos, desarrolle la actividad productora;—en el mayor aprovechamiento del tiempo para obtener con menos esfuerzo mayores productos del trabajo;— en la abreviación, en fin, de las distancias por medio de rápidos vehículos de comunicación, con segura tendencia á realizar la

grande obra de la unidad del mundo, y con ello, el pensamiento cristiano de la fraternidad humana.

Nadie ve, pues, con extrañeza el que se vaya descuidando por todas partes sobre el suelo de América eso que el vulgo de las varias jerarquías sociales denomina con la razón del tiempo, *los fuegos fatuos de la fantasía;* en tanto que la razón eterna habrá de llamarlo, con más claro juicio, *los destellos luminosos del genio.*

Bien nos prometemos, sin duda, los americanos, con el intento de coronar dignamente al cabo, la obra del progreso de toda naturaleza en nuestro Continente, mantener en sagrada reserva hasta el momento oportuno ese refinado gusto intelectual para el cultivo de las bellas letras y bellas artes, como que son ellas evidentemente los florones de lucimiento en la diadema de una muy adelantada y conspicua civilización. Entendemos, empero, que en el giro moral de nuestras sociedades americanas, semejante designio es más bien providencial que efecto del propósito del hombre.

Así se advierte que poquísimos ingenios, entre aquellos dotados del dulcísimo instinto para las artísticas concepciones de la poesía, se consagran con decisión á su culto entre nosotros.

En su acción inteligente, nuestros hombres de imaginación lánzanse de preferencia á surcar los procelosos mares del movimiento humano en otros sentidos. Si vencido por la vocación preludia en la lira algún numen privilegiado, ya que privado se siente del calor fecundante de una comunidad expansiva en el sentir poético, se detiene desalentado, con la pesadumbre de creerse no comprendido por su época.

Aquel que mejor avisado adquiere el convencimiento

de estar fatalmente en desacuerdo su índole personal con la dominante del siglo, se engolfa, solitario y como en un lago de hielo, en la contemplación estéril de los fenómenos ordinarios de la vida, sin querer ya levantar la mente á los vívidos horizontes de lo ideal y de lo bello para formular alguna inspiración en frases armoniosas é inmortales.

La joven nación republicana, que con el nombre del Libertador de Colombia y del Perú salió á figurar después de la gran victoria de Ayacucho, en el rango de los Estados soberanos é independientes, componiéndose del vasto y encumbrado territorio, antes conocido con el nombre de *Alto Perú*, es un país en donde el espectáculo de maravillosos accidentes de la naturaleza, de una naturaleza *sui generis*, hermosa hasta el grado imponente de lo sublime, cabalmente infundir debía la mayor susceptibilidad poética en el espíritu de sus habitantes, haciéndolo fecundo para las inspiraciones de la fantasía. Y, cosa extraña, es en Bolivia donde á diferencia de otros pueblos de hispano-américa se nota la ausencia de esa característica disposición del gusto, encarnado en el genio nacional para el arte y los encantos morales de la poesía, y que ya fué fundamento de gloria envidiable en nacionalidades tan ilustres como la italiana.

Adelante buscaremos explicaciones acerca de lo que, presentando un singular contraste, determina un fenómeno psicológico.

Antes de nada hagamos constar la evidencia del hecho; y desde luego, sin más que preguntar—¿cuál ha sido el nombre popularmente glorificado en el Alto Perú bajo la aureola del sacerdocio poético durante el régimen

colonial? ¿Apareció después en los prolongados y solemnes instantes de la esforzada lucha de emancipación algún ser predestinado para exaltar con sus cantos el ánimo heróico de los libres? ¿Quién, á las orillas del Cachimayo y Pilcomayo, esa tierra de *La Plata*,—en las apartadas vegas del Piray,—ó en las verdosas faldas del Illampu y del Tunari, acaso en melancólico desahogo de los pesares de la esclavitud, se lamentó de ella en alguna endecha que hoy nos sea conocida; ó buscó el consuelo del espíritu cantando el amor y la naturaleza americana á vista de sus gigantes proporciones y tan variados como risueños coloridos? ¿Qué voz inspirada, fervorosamente como la de *Rouget de L'Isle*, respondió eléctrica desde la planta de las nevadas y más altas cumbres de los Andes, con una marcial armonía á los himnos entusiastas que en aquel tiempo universalmente resonaban por la extensión del Continente, ya levantándose en alas de los vientos desde la patria de Motezuma, ora de las múltiples riberas del grande Orinoco, ó de las amenas márgenes del Guayas, en cuyas poéticas ondas refrescó su frente el cantor de Junín:—ya, en fin, brotando del arrogante numen de los argentinos bardos; uno de los cuales, con inmortal concepto, convidaba á los mortales todos á oír, juntamente con el ruido de las cadenas rotas, el sacrosanto acento de la libertad?

Y á decir no se venga, qne en las comarcas del Alto Perú el terrorismo de la opresión española, allí, en efecto, más estacionario y formidable, impuso silencio, antes de la independencia y á la hora de la lid, á espíritus que hubieron de sentirse estimulados por el aguijón del numen. Créase más bien que si en parte alguna del país hoy llamado Bolivia, pudo haber entonces inteli-

gencias susceptibles de inspiración poética, á despecho de todo, sea bajo la lobreguez de los calabozos políticos, sea en el vivac de los campamentos, ó en el aislamiento claustral de los colegios hubiéranse producido, modulando y formulando en estro lírico sus ideas y patrióticos sentimientos, para después echar la rima á vuelo sobre las esferas de la publicidad, así que viniese la hora propicia para ello durante la guerra libertadora, ó bien tan sólo al estar ella terminada.

¿Algo, acaso, conocemos como testimonio flagrante para admitir una persuasión contraria?

El asaz ilustrado en gusto y muy erudito editor de La América Poética, cuando empeñó sus prolijas investigaciones acerca de las producciones de poesía hispano-americana, a fin de que no se notara ausente de su colección, sobrado completa, á literato alguno que hubiera manejado el plectro, ya se concibe que debió descubrir un tesoro de la especie en los anales patrios de Bolivia de antes y después de su erección en Estado independiente: en tanto una de las repúblicas sus hermanas tomábase gran copia, según aparece, de nombres ya famosos en el Pindo Americano.

Á principios de la cuarta década de nuestra centuria, á la sazón en que el eminente argentino don Juan María Gutiérrez preparaba en Chile los materiales para su interesante publicación á que nos hemos referido, recién, y casi á un mismo tiempo, aparecían preludiando esos primeros ensayos las tres jóvenes entidades líricas que se ven figurar en la América Poética como únicos representantes de la nacionalidad boliviana en tan solemne concurso literario: y uno de esos representantes, muy joven por entonces, el autor de la *Oda á Bolívar*, si

como oriundo de La Paz de Ayacucho era naciente estrella del cielo poético de Bolivia, recuérdese que, educado desde la primera infancia muy lejos de su país, habiendo cultivado su inteligencia, su corazón y su gusto para las letras en pueblos de índole diferente, de diversas costumbres y de más avanzada ilustración; y volviendo ya formado al suelo natal con la cosecha de algún fruto poético de su ingenio, acaso debiera ser tenido por extraño á la escuela y al movimiento literarios del centro donde nació, no obstante de ser su patria, entonces como hoy día, el predilecto tema de sus inspiraciones.

Lo que acabamos de expresar, aludiendo al señor Bustamante, parece que lo pensaron sus propios compatriotas, especialmente los que se dedican al cultivo de las bellas letras.

Sabemos que este vate boliviano, sin duda porque no se le conoció familiarmente en los bancos de las aulas universitarias de Bolivia y por la escasa simpatía que establece en las relaciones sociales la diferencia personal de inclinaciones, manera de ser y costumbres, que es natural se adquiera en extranjeras ciudades,—no sólo fué excluído tácitamente de algunas asociaciones literarias que se formaban en su país, y donde pudo ser útil la voz de su experiencia cultivada;—no solamente se le vió por algunos con el ojo mal prevenido de la rivalidad indigna, sino que, por semejante implícito extrañamiento, cuando desde Europa se solicitó lo más selecto de las producciones poéticas de Bolivia para someterlas al criterio público en el CORREO DE ULTRAMAR, los encargados de tal envío, entre mucho material rimado, producto de varias liras bolivianas, para nada tuvieron en cuenta las del poeta aludido.

Á poco anunciaba el precitado periódico parisiense, que no había encontrado cosa digna de la estampa en la remesa que había recibido de Bolivia; y en honra del extrañado señor Bustamante, reconocido en el exterior como literato de numen y de gusto formado, ahí mismo se le interpelaba sobre la causa de su silencio, invitándolo, en homenaje al buen crédito de las letras bolivianas, á no abandonar su lira.

Al ir bosquejando esta rápida vista, si cuando hemos tocado con los tres primeros vates de Bolivia que se dieron á conocer, ha ocupado primeramente nuestra consideración aquél cuyo nombre también es el primero que con calidad de boliviano aparece en el catálogo de poetas americanos, revistados por el señor don Juan María Gutiérrez, es que precisamente favorece la circunstancia á nuestro fin de comprobar, con cuanto dato se nos presente, el aserto de que la vocación poética no germina fácilmente en aquel país.

Bustamante, á haber permanecido siempre en él, entre el constante mutismo del arte, sin modelos nacionales que estudiar, ni estímulos brotados del gusto inteligente de los lectores para animar el vuelo de la fantasía, tal vez hoy no tuviera esa afición por la rima, ni habría formulado sus poéticas impresiones con la corrección y el estro numeroso que le son especiales.

Ya, pues, se tiene, como aparición de verdadera novedad, tres bardos bolivianos en la "América Poética", recientemente salidos á la escena de 1840 adelante:

Don Ricardo I. Bustamante, de La Paz;

Doctor Mariano Ramallo, de Oruro; y

Doctor Manuel José Cortés, de Cotagaita, en el distrito del famoso Potosí.

Sin antecesores de quien tradicionalmente recibieran la iniciación en los misterios del castalio coro, abren como pueden esas inteligencias juveniles la era primera de la poesía en su patria; cuyas glorias, así como sus naturales maravillas, ya tendrán cantores nacionales. En pos irán llegando otros que, á ejemplo de los anteriores, han de ensayar el estro lírico á fin de que sus nombres, todos reunidos, vengan á consignarse en las tablas de un Parnaso boliviano.

Algún tiempo antes de la natividad de tal terno poético, habíase escuchado en Bolivia la clásica voz de un vate sevillano, de bien merecida fama. Don José Joaquín de Mora pudo allí crear, si no con sus preceptos, con sólo su ejemplo, ciertamente una escuela de eficacísima influencia para lo posterior: mas no había, como ya sabemos, la competente predisposición de estro lírico en la juventud boliviana de entonces, asaz fértil el terreno por la perspicaz inteligencia, no era al parecer apropiado para ese género de bella vegetación.

Hasta un hijo del mismo señor Mora, no siendo nacional del país, había cantado en esa época, ocultando su nombre de autor, uno de los hechos de armas del general don Andrés Santa Cruz.

No se vió, entretanto, ni aun pálidas invitaciones locales que manifestaran naciente afición al arte, en ocasión tan feliz cuando un poeta de la importancia y nombradía del señor Mora ejercía dignamente en la sociedad boliviana las infiuencias del talento, como hablista y versificador de primer orden.

Si recordamos en este lugar, á fin de que no se le extrañe, al doctor José Manuel Soza, de La Paz, en dictamen de justicia diremos de él, que sobrada buena

voluntad tuvo para ser un *poeta*. Más está dicho: «*los poetas nacen.*»

Escribió el señor Soza algo sujeto á condiciones métricas; pero en la lengua de Horacio, algo que debe estimarse como muy buenos ejercicios escolares: se afanó por tener una lira y adquirió apenas un instrumento de cilindro, como los organillos de mano; es decir, que, privado de inspiración ideal, llegó á poseer, á fuerza de labor de pluma, cierta especie de mecánica *pour le savoir faire* de su estilo mosaico. Lastimoso es que, dotado de tanta paciencia, con esa constancia por el estudio, con el incansable afán de las lucubraciones literarias, y, sobre todo ello, con ese don del genio *de querer, firmemente, arribar á un fin*, no hubiese tenido este literato paceño el talento bastante; que, á tenerlo, seguro es que hubiera producido inmensamente, y obras dignas de la inmortalidad.

Jamás acertó el señor Soza á construir un buen verso castellano, ni aun el octasílabo, de entonación tan fácil, que los buenos prosadores cuidan de evitarlo en lo que van escribiendo, por venirse defectuosamente, sin buscarlo; casos repetidos se ven de esto en el mismo *Quijote*, cuya narración principia:—«En un lugar de la Mancha —de cuyo nombre no quiero—acordarme... etc.»

En Chile deben conservarse por algunas señoritas del país versos castellanos del señor Soza, con su firma y copiados de su mano en los *albums*, cuyo uso estuvo entonces autorizado por la moda: leer tales producciones y pensar que quien aquello escribía por versos, probablemente soñaba, ha parecido muy lógico, amén de los conceptos tan desconcertados como uno en que, al escribir en prosa su canto heróico á una victoria del Supremo

Protector de la Confederación Perú-boliviana, vínole en antojo á dicho literato imitar á Olmedo cuando en el soberbio canto á los de Junín, comparó la pujante impetuosidad de Lamar con la del poderoso elemento cuyo nombre tenía por apellido ese campeón de la independencia americana. Soza, pues, decía: «Herrera, fuerte cual su nombre combatiendo...» Es decir, asimilaba la viril fortaleza del general Herrera á la material del *hierro*, dando por cosa bien hallada que el nombre de este metal fuese etimológico de aquel patronímico. Y, sin embargo, la reputación *poética* de Soza no soportaba cotejo entre sus compatriotas, según la opinión de algunos de ellos, y hasta el Senado boliviano, en 1855, le otorgó por decreto una medalla de oro en galardón de sus buenas producciones literarias.

Allí donde falta vocación verdadera para cultivar la poesía,—lo propio que en el pueblo la pasión natural para saborear sus deleites,—falta igualmente concienzudo criterio sobre la materia, aun en las inteligencias más distinguidas en otros ramos de los morales conocimiento. Y digamos de paso que esta verdad se patentizó en 1853, con ocasión del certámen literario para el episodio boliviano que mandarse debía á Caracas á fin de adornar con él una de las faces del Mausoleo de Bolívar. Si no se procedió desacertadamente, por alguna casual influencia, en preferir uno de los epitafios presentados, por Bustamante, que, relativamente á tanto dictado pésimo que allí concurrió, era lo más aceptable, pues que en *octava real* aun mereció la aprobación de autoridad tan competente como el señor don Andrés Bello, en carta escrita con tal motivo al poeta laureado de Bolivia; por cierto que ni la prensa, ni el jurado en los términos

condicionales de su fallo, manifestaron muy ilustrado y sano criterio. La junta calificadora se componía de altas notabilidades en el Foro; personajes de eminente respetabilidad como magistrados y letrados fueron ellos; pero en punto á bellas letras allí solo había, como individuo de verdadero buen gusto é inteligencia concienzuda en ese orden, el señor don Domingo Delgadillo.

Si de la ciudad sombreada por el Illimani, trasladamos la vista á la antigua metrópoli del saber escolástico en América, *Chuquisaca*, y allí buscamos en anteriores generaciones tipos literarios y poetas de numen, nada descubrimos que brille en la oscuridad de lo muy antiguo: siendo así que debía encontrarse algo en la fuente donde se ha podido beber todo género de instrucción intelectual, y donde un Moxó, miembro de los Arcades de Roma, pudo convidar con su ejemplo al cultivo de la poesía. Vienen al cabo á llamar nuestra atención, en la última generación pasada, el señor don Casimiro Olañeta, inteligencia cuyo índole fué altamente poética, pensamiento libre, febril y siempre inspirado; fantasía sutil, pronta, como de orador republicano, pero en habitual desorden como la de juventud casquivana que aún frecuenta los colegios; traviesa imaginación que jamás buscó el reposo para meditar seriamente en algún trabajo de largo aliento, ya fuese histórico, ya consagrase nuevas y profundas teorías al engrandecimiento moral de las sociedades, pues que tuvo suficiente capacidad para todo esto; talento, en fin, fatalmente malogrado, y que, en período más avanzado para su patria, hubiérase estilizado con brillo, dejando en honra y provecho de ella una huella ejemplar de verdadera gloria.

Empero el señor Olañeta que, á quererlo él, pudo ser

un poeta eminente, no pretendió el lauro de tal ni por la veleidad siquiera de su genio. Jurisconsulto, magistrado judicial, tribuno, publicista de circunstancias y hombre de Estado, hé ahí las condiciones de su notabilidad bajo las que debe considerársele.

Sin mentar otras inteligencias distinguidas de la ciudad universitaria que dió teólogos y letrados forenses en levantado guarismo,—y también sin parar nuestra vista en los vates que no há mucho posee, nacidos en su centro; y que posee por vez primera acaso, como Yóvar, la Mujia, Calvo y otros más noveles de la presente generación,—la detendremos, finalmente, en el conocido señor doctor Serrano; personaje á quien cupo, entre varios antecedentes honorables que ilustran su nombre, el haber sido redactor del Acta de independencia del Alto Perú; aunque en ese documento, de tamaña importancia por su calidad histórica, la crítica del momento observa y tacha el estilo ampuloso de una época de fervor liberal, un tanto amanerada al tono girondino: elocuencia, es verdad, muy agena del gusto moderno.

Ligeros informes, que recogimos acerca de aquel prohombre de Bolivia. nos dieron campo á creer que tuvo afición al cultivo de las musas; mas no conocemos efectivamente sus obras en verso; y á sólo apreciarlo por la muestra que dejó de este género sobre la piedra de su sepulcro, es decir, por su propio epitafio, elaborado con anticipada y prolija previsión, debió ser su numen de lo muy mediano:—habla de esta manera:

Se apagó la luz de su vida
alumbrando á su patria querida.

Verso es el primero que, á serlo en realidad, ó á deber

aparejarse con el segundo sin quedar en lamentable cojera de una sílaba, sonaría mejor al oído con decir á lo menos:

Apagóse la luz de su vida...

Cierre sobre este punto la severa crítica sus ojos, si tal apetece; ciérrelos igualmente sobre la pobreza de su rima en el pareado; *ita pariter* en cuanto al metro decasílabo, propio siempre del himno marcial ó de la canción entusiasta, siendo de regla que sienta mejor la majestad del endecasílabo al grave objeto de las inscripciones sepulcrales:—y de una vez pasemos á fijarnos sobre el concepto.—¿Qué se propone expresar ahí el ilustre señor Serrano? *Que fué él un luminar para su patria y que habiendo llenado la misión de ilustrarla se extinguió con la muerte.* ¿Ha vertido bien el hablista rimador esa idea? —No, en verdad, á juicio nuestro.

Se rompió la reja del arado labrando la tierra

¿Qué se quiere significar con esto? Que al momento de estar, ó *por causa* de estar abriendo surcos, ese instrumento se quebró.

Se apagaron los fuegos del Vesubio
alumbrando en contorno los objetos.

Es decir, *hasta el instante*, ó de súbito, *en el mismo instante* de apagarse.

El sol se puso de los altos Andes
iluminando las nevadas crestas.

Esto es, *al morir* ó con sus rayos *postrimeros*.

Así, pues, del sentido gramatical tan antiguo ó tan vario en el epitafio que nos ocupa.

Luego, averigüemos:—¿Qué debe entenderse por eso de la luz de la vida humana con acción facultativa de difundir claridad sobre otros objetos?—Puede en sentido recto llamarse *luz de la vida al sol*, y no extinguible por la muerte de *alguno*. Figurada y muy forzadamente también usarse pudiera la frase para designar el *hálito vital*, materia exenta de constituir, en nada y para nada *causa luminosa*. Claro es, pues, que se aplicó aquí la metáfora á la idea de *alma*: empero, siendo inmortal el alma, de ella decirse no pudo que *se apagase*. Además, el gran talento y la voluntad heróica de un ciudadano que sirvió á su nación ilustrándola con esos espirituales dones del genio, aun después de muerta la persona material sigue alumbrando á las pósteras generaciones con la ejemplar importancia, ya de sus ideas escritas, ya de su personalidad histórica.

Resulta de este tan minucioso examen, que el epitafio del señor Serrano es un pensamiento mal expresado, según la forma con que lo vistió su autor. Hasta vulgar puede ser el uso de la locución figurada, *apagarse la luz de la vida*, aludiendo al accidente de morir el hombre. Nosotros pensamos que lo significado por esa metáfora es, que el sol, faro natural que derrama su claridad sobre nuestros días perecederos, dejó de alumbrar al cuerpo que yace en la huesa.

El general don José Ballivián ornó sus sienes con el inmarcesible laurel de una victoria nacional. Si después de su muerte le consagró la poesía fúnebres laureles, como la oda del vate paceño registrada con aplauso en La Revista del Pacífico, no tuvo aquel famoso caudi-

llo boliviano igual fortuna á la de Bolívar y del general ecuatoriano Flores, cantados por Olmedo en sus victorias, ni á la de Alvear, cuyo triunfo en Ituzaingo celebró en lírico acento uno de los dos ilustres Varelas.

Verdad es que existe impreso en Bolivia algo que pretendió tener la condición de encanto lírico á la batalla de Ingavi, producción de aquel tiempo, que no lleva firma de autor; sobre lo cual anduvo éste mejor inspirado que en la ejecución de ese compuesto de mal rimados y peor metrificados versos; aglomeración cruda, por cierto, de conceptos desorientados, y que para mayor baldón de quien tal cosa hizo, contiene entre renglón y renglón buenos y verídicos versos *ad pedem literæ* hurtados á Martínez de la Rosa de su conocido canto á la defensa de Zaragoza en la guerra peninsular contra el primer Napoleón.

¿Á qué afanarse en busca de otros testimonios sobre lo menguado de la lira boliviana en épocas pretéritas? ¿Á qué seguir multiplicando citas, si las anteriores sobrado confirman la evidencia de un hecho, cuya existencia, una vez propuesta, hemos debido patentizarla?

Ya, pues, entremos á ver las causas eficientes del fenómeno señalado, aunque nos ha de faltar sobre esto la necesaria profundidad de vista, en razón de no haber nosotros tenido oportunidad de estudiar, con observaciones detenidas, semejante cuestión de interés literario.

ANTONIO RAMALLO A.

(Continuará.)

EL ARTE DRAMÁTICO

En Chile poco se ha desarrollado todavía la crítica artística ó literaria. Esa rama en el gran conjunto de las Buenas Letras está en ciernes; y bien se explica, puesto que también lo están las producciones de uno ú otro género que pudieran dar fomento é interés ó aun hacer necesario tal estudio.

Apenas hay crítica, porque la verdad es que apenas hay asuntos que criticar.

Hablo de la crítica que consiste en el análisis concienzudo y estético de una obra de arte, y no de aquella que se satisface con la grata tarea de encontrar ó de suponer defectos. Esta última, por el contrario, está tan arraigada en el ánimo de todo el mundo, que nadie deja de creerse con suficiente título para hacerla, por más que muchos sean reconocidamente incapaces de juzgar en acierto.

El desmenuzamiento de un conjunto cualquiera exige el conocimiento cabal de las partes de que se compone, y esto no puede adquirirse sin previos y detenidos estudios de la materia de que se trata.

Pero los que aquí critican, poco se cuidan de tal escrupulosidad en los conocimientos, y creen más seguro camino hacer resaltar siempre imperfecciones, imaginarias ó ciertas, que ponderar las bellezas con desapoderado entusiasmo, producto, según ellos, de la constante imitación de juicios y de ejemplos exóticos, que algunos, sin titubear, como propios adoptan.

Con todo, y aunque estos críticos pudieran ser tachados de falta de criterio personal y de dejarse arrastrar ciegamente por impresiones extrañas, prefiero, en cuanto á mí, al extremo de exijencia el exceso de benevolencia, y seguir, siquiera en parte, la senda trazada de antemano en muchas circunstancias por críticos más avisados del extranjero.

*
* *

En medio de nuestra vida tranquila y monótona, y como para sacudir el letargo en que durante prolongados períodos yace la sociedad adormecida, aparecen aquí de vez en cuando acontecimientos artísticos, llamados á cautivar la atención de casi todos, y á dar pábulo á escritos, á conversaciones y á todo linaje de comentarios.

Tal sucede actualmente. La venida de Sarah Bernhardt, astro de primera magnitud sobre el vasto horizonte del arte drámatico francés, ha servido para conmover profundamente nnestra apatía y nuestra desidiosa indiferencia artística.

La sensación ha sido grande. Todo el mundo se ocupa del mismo asunto. Los caractéres más pacatos, los nervios más sosegados y muertos, han estallado al contacto de esa chispa eléctrica que brota de un corazón y de una

alma que saben sentir de igual suerte que nosotros, y con tanta verdad y vehemencia expresan sus sentimientos.

Sarah Bernhardt está ahora de actualidad; es el tema favorito del día. Unos hablan y comentan el drama; los otros escriben sus impresiones. Estos no hacen otra cosa que alabar el talento de la gran artista y extasiarse ante tamaños prodigios; aquellos disienten del coro general de alabanzas y homenajes para alardear de las imperfecciones que notan, y se afanan en probarnos que la realidad no corresponde ni con mucho á las esperanzas cifradas en aquella.

Por vasto y comprensivo que sea el círculo dentro del cual han girado los comentarios y las observaciones, déjase ver, no obstante, cierta singularidad estrecha, cierta tendencia á concretarse á la persona ó á las cualidades de una artista, y échase de menos un estudio, siquiera somero, de las generalidades del arte que aquella misma entraña.

No ha habido aún quien nos muestre sus conocimientos sobre el teatro dramático, ó que haga por lo menos objetivo de su pluma á la escuela francesa, rama la más importante de tal arte; y de esa suerte hemos quedado esperando el desarrollo de ideas que en las actuales circunstancias más que oportuno nos parecía necesario.

No serán por cierto los lectores de la REVISTA quienes en menor grado tal necesidad experimenten, y ya que ningún otro de sus colaboradores, así más experimentado como más inteligente, ha tomado sobre sí la tarea de llenar algunas de sus páginas con apuntaciones sobre la materia, impóngomela yo ahora en la confianza de que, la falta de preparación bastante para emprenderla será

compensada, en parte, con el mucho interés y entusiasmo artístico que me animan.

***

El arte dramático requiere para su perfeccionamiento dos constitutivos, dos partes primordiales que forman un solo conjunto; el drama, la primera, y su representación, la segunda. Dos talentos deben trabajar de consuno para presentar ante un tercer elemento,—el público, á la vez testigo y juez,—la obra completa, tan bien concebida por uno como ejecutada y desarrollada objetivamente por el otro. Aquel es el autor que piensa y escribe; éste, el actor que habla y se mueve sobre la escena.

Entre una y otra parte, así como entre uno y otro talento, se necesita paridad y homojeneidad tales que no parezcan sino confundirse en uno mismo, y aún es menester que autor y actor hagan desaparecer su personalidad hasta el punto que, borrándose toda idea subjetiva de individuo extraño, quede únicamente en el espíritu de los espectadores el personaje que se retrata, personaje ficticio, en cuanto de veras no existe, pero real y verdadero, en cuanto manifiesta ideas y sentimientos comunes á todos los hombres.

Dividido así este arte en lo que llamaríamos poesía dramática, y arte dramático propiamente dicho, sería interesante en extremo hacer estudio detenido de sus requisitos estéticos, si ello no sobrepujara por mucho los límites á que debe sujetarse el presente ensayo. Me limitaré, por lo tanto, á desarrollar unas pocas ideas que salten á la vista en cada una de las fases del teatro, es decir, en el drama mismo y en su representación teatral.

*
* *

El asunto dramático no puede ser más variado, así como lo son las regiones nunca bastante exploradas de la vida humana, y las situaciones cada vez nuevas, aunque semejantes, que se presentan á cada paso, y que se presentaron como hoy desde que existe el mundo.

Puede haber generalidad ó particularidad. El drama ó es espejo fiel de una época, de un solo pueblo, de unas costumbres dadas, ó, en cambio, es espejo fiel de un grupo de hombres, no como individuos determinados y precisos sino como miembros de la vastísima sociedad humana.

En uno y otro caso los efectos son muy diferentes.

En el primero la limitación perjudica, porque pasadas esas circunstancias ó esas condiciones especiales pierde el drama su signicafición ó su simpatía para los demás hombres. En el segundo, por la inversa, éstas jamás terminan, toda vez que hay caractéres, tan indelebles como análogos, comunes á todos ellos, y que están léjos de depender para su nacimiento y desarrollo de sitios, de tiempo ó de comunidades determinadas.

Por eso no hay duda de que mucho más dramáticas serán las obras en que se ponen en juego caractéres y pasiones propios á la humanidad en conjunto, que aquellas en que solamente se desarrolla el carácter específico nacional; mucho más dramático será siempre lo *patético* universal que lo *patético* individual.

Tomemos para ejemplo ilustrativo algunas literaturas de diferentes pueblos. Nótese la diferencia enorme del efecto que producen en nuestra alma unas y otras pro-

ducciones. Quienquiera que lea los dramas indios del período asiático de civilización primitiva, por mucho que admire ciertas bellezas generales, no podrá menos de encontrar situaciones ó colisiones dramáticas disparatadas y absurdas, que en vez de sobrecoger como grandiosas, hacen reír como grotescas y ridículas.

En los dramas griegos no acontece lo mismo, y el hecho se explica fácilmente á pesar de que pertenezcan á época tan remota y á tan variada civilización. Se trata en ellos de intereses humanos, de sentimientos generales, que no alcanzan á ocultarse bajo la corteza de una fábula más ó menos poética, pero que por mil motivos debería haber perdido ya su interés para nosotros.

La influencia de esos dramas sobre la literatura posterior, ó la impresión que ellos producen en el ánimo de todos, no se perderá nunca; y obsérvese que, entre los mismos autores clásicos á que me refiero, varía aquélla según el grado de universalidad á que en lo *patético* se sujetaron. Esquilo durará probablemente más que Sófocles, y Sófocles más que Eurípides, porque, según el orden en que los tres grandes dramaturgos florecieron, fué á la vez descendiendo el drama de las altas regiones de la humanidad casi divinizada, y perdiéndose algo de la suprema idealización del arte.

*
* *

Pasando ahora á tiempos mucho más próximos, y á producciones por lo tanto mucho mejor conocidas, pienso en Shakespeare y en los dos autores dramáticos franceses del siglo XVII que tan vasto renombre alcanzaron entónces y después, y no puedo dejar de compararlos.

Shakespeare no es únicamente genio de Inglaterra, porque aun cuando en *Stratford on Avon* naciera, y en el lenguaje de tal nación sus dramas escribiese, siempre es genio universal, perteneciente á todo el mundo y á todas las épocas. No individualiza ni escribe para su propio pueblo, ántes bien abraza y retrata á la humanidad entera, sin consideración exclusiva de aquél, ó de tiempo determinado.

Corneille y Racine, por el contrario, son ante todo poetas franceses, cortesanos de brillante corte, y aun en medio de los asuntos mitológicos y de los personajes griegos importados violentamente en sus dramas, no pueden desprenderse de los caractéres señaladísimos que marcan una de las épocas más peculiares y exclusivistas de la historia.

De aquí proviene que esos dramas, por admirablemente concebidos y escritos que estén, no sean tolerados siempre, puesto qne mal pueden combinarse y ser allegados tan heterogéneos elementos.

Entónces, como más tarde, los franceses han escrito siempre para el efecto inmediato, teniendo en la mente al público que debía escuchar sus dramas en el teatro, ó al lector que los leería privadamente en su gabinete.

Es esto grande obstáculo para la universalidad, y trae por consecuencia que las obras, por excelentes que sean, pierden al cabo de cierto tiempo su importancia y popularidad.

El teatro dramático, cuyo objetivo,—utópico por cierto, pero, en fin, deseable,—no debería ser otro que el ofrecerse á los ojos del mundo como escuela intachable de costumbres, pasa á ser únicamente retrato de una época reducidísima, y de un círculo estrecho de perso-

nas, que de seguro no representan tampoco la mayoría de sus propios contemporáneos.

El teatro, de esa suerte, de modelo que debería ser, conviértese en copia: de causa de hábitos y costumbres, en efecto de las mismas, tales como se las encuentra en el momento en que el dramaturgo piensa y da á luz su pensamiento.

Perdiendo los caractéres generales, en cierto modo desnaturalízase la humanidad..

En Corneille y Racine hay un anacronismo evidente. Sus personajes, á pesar de llamarse Ifigenia, Fedra, Andrómaca, Roxana, Hipólito, Mitridates, Orestes y Pirro, no son menos franceses que griegos, y sobre cargar el *chitón* y el *himatión* arcaico los unos, y la *palla* romana los otros, y calzar el coturno y la sandalia, no pierden, sin embargo, ese barniz, ese gusto y esa moda peculiares á la corte de Luis XIV; y no nos hacen más ilusión de dioses, semidioses ó héroes mitológicos que de príncipes acicalados, de afectadas cortesanas, de caballeros sin miedo y sin reproche, á todos los cuales nobleza obliga, llevando hasta la afectación el decoro, y conteniendo los movimientos y midiendo el lenguaje dentro de ciertos límites en que no siempre sabrían sujetarse prudentemente las pasiones del alma encendidas y desbordadas.

Todo esto proviene de que aquellos poetas dramáticos estaban demasiado imbuídos en las costumbres exclusivas de esa época, demasiado perdidos en una espesa atmósfera, que no les permitía divisar más lejos ni dar un vistazo comprensivo á la humanidad. Sacrificaron mucho á la forma y al gusto momentáneo, y por complacer demasiado á los espectadores de entónces no han podido

ser admirados suficientemente por los que vinieron después.

*
* *

Ahora bien, si los alemanes é ingleses desde hace un siglo escriben los dramas según su propia individualidad y sin tomar tan en cuenta al público que va á juzgarles, ¿qué sucede con los dramaturgos franceses que, durante análogo período, han enriquecido con tantas obras la literatura de su país, y dado fecunda vida á la existencia de sus teatros?

Mas ó menos lo mismo. Ha variado profundamente la escuela como en igual grado variaron la tendencia y los gustos del espectador contemporáneo; pero en el fondo el sistema es parecido, y el drama francés actual no es menos esclusivista y restrinjido que el clásico antiguo, hasta el punto que lleva sobre sí marcadísimo sello de nacionalidad y hasta de determinada ciudadanía. Me refiero á los dramas de la vida parisiense que nadie confundirá con otros, los cuales no siempre se comprenden, y muchas veces chocan á los estraños que no viven al cabo de las intimidades ajenas ni de los hábitos peculiares de un pueblo que no es el propio.

La reacción romántica de hace cincuenta años no duró mucho; fué una corriente demasiado precipitada para que pudiera mantenerse. La libertad literaria ha producido cierto desencanto como el liberalismo político, y creo que pronto quedarán las cosas en un feliz término medio, que no sea únicamente el del antiguo régimen ni tampoco el del régimen revolucionario.

Puesto que acabamos de escuchar aquí el *Hernani*, y palpitantes como están nuestros recuerdos de su repre-

sentación, no hay momento mas oportuno que el actual para tratar del asunto. Si no me equivoco, hay muchos que como yo piensan. Los dramas históricos de Hugo sobre ser inverosímiles saltan á la vista como caprichosos, y si son admirados de todos no es por el mérito intrínseco del drama, sino en gracia del hermosísimo lirismo de su poesía.

He encontrado grandísima diferencia entre la lectura del *Hernani* y su representación en las tablas. En la primera lo encontré delicioso desde el principio al fin; al verlo más tarde en el teatro resaltaron tanto los defectos dramáticos que me produjo un profundo desengaño. Ello es explicable porque entonces aparecieron la falta de veracidad histórica, el recargo de sentimientos no explicados, y el espíritu del poeta más sectario que imparcial ó justo.

La escuela romántica fué una moda pasajera. En ningún país del mundo impera tanto como en Francia la ley de la moda. Esta tiraniza á los ingenios, haciéndoles seguir necesariamente la senda que en su capricho se le antoje trazarles.

*
* *

La moda del día en Francia es el *naturalismo*. Esta tendencia va mucho más allá que la realista, aunque á menudo se equivoquen y se hagan sinónimos estas dos denominaciones del lenguaje artístico.

La escuela naturalista abraza principalmente á la novela y al teatro. Como principio estético sus medios y sus fines son análogos en una y otro, y lo que es verdadero ó falso para éste no podría ser de otra suerte para aquella. Subentendido tal principio, no es menester que

me ocupe de la novela contemporánea en cuanto participa de los caracteres naturalistas, sino que proseguiré en el curso de mis observaciones sobre el drama.

Aunque el objeto de éste sea, según Shakespeare, "poner un espejo delante de la naturaleza, presentar á la virtud con sus verdaderos rasgos, al vicio en su genuina reproducción, y dar forma y expresión de su existencia al siglo y á la época", no se desprende de aquí la necesidad del sistema naturalista.

Á éste, tal como en la actualidad se le comprende, le encuentro dos defectos primordiales; el primero se refiere al sistema en absoluto, y entra en el terreno de estética general; el segundo, se refiere á la aplicación y tendencias actuales de dicho sistema, y toca al delicado límite de la moralidad.

La *naturalidad* por exceso de *realismo* puede rayar en falta de poesía, en sequedad y prosa, en cuanto los caractéres no desarrollan la sustancia ni lo trascendental de su espíritu y de su acción, sino que manifiestan lo que sienten en la inmediata viveza de su individualidad, sin la alta conciencia de ellos mismos ni de sus condiciones.

En este sentido, mientras más naturales sean los individuos son á la vez más prosaicos. Figuran entonces como personas *aisladas* en sus discursos y contiendas.

La poesía verdadera estará por tanto en levantar lo individual y característico de la realidad hacia el elemento más puro de la generalidad. Así, sin que por eso se abandone el terreno de la verdad y sus rasgos verosímiles, nos creemos elevados á otra esfera, que es la ideal del arte.

La verdad es ciertamente requisito indispensable, así

al drama como á todas las demás artes, pero lo difícil es comprenderla y aplicarla bien.

Trascribiré en seguida algunas frases de Hurd sobre la materia:

«*Verdad* llámase en poesía una expresión tal que corresponda á la naturaleza general de las cosas; *falsedad*, aquella que, siendo propia á un caso especial, no esté de acuerdo con la naturaleza general. Para alcanzar esta verdad de la expresión en la poesía dramática, recomienda Horacio dos cosas: primera, estudiar diligentemente la filosofía de Sócrates; segunda, empeñarse en adquirir el exacto conocimiento de la vida humana.

«Aquéllo, porque es la notable ventaja de la escuela, *ad veritatem vitæ propius accedere*; lo último, con el objeto de dar á nuestra imitación una semejanza tanto mas general.

«Para convencerse de esto basta considerar que en obras de imitación hay peligro de exagerar demasiado la verdad; y esto de dos maneras diferentes. Porque, ó bien puede el artista, al pretender imitar la naturaleza, dedicarse con excesivo detenimiento á expresar todas y cada una de las particularidades de su objeto, dejando así de expresar la idea general de la especie; ó bien, si se empeña en manifestar esta última, puede establecerla según muchos casos de la vida real en sus múltiples formas. Esta última es la falta que se reprocha generalmente á los pintores de Flandes y Holanda, por cuanto ellos buscan sus modelos en la naturaleza real, y no como los italianos en el ideal espiritual de lo bello. Se les echa en cara, además, otra falta, y es, que prefieren para modelo lo particular, lo extraño, lo grotesco á la naturaleza general y encantadora.»

*
* *

Este asunto de la verdad dramática, á que debe conducir la imitación más ó menos fiel de la naturaleza, está íntimamente relacionado con aquel de que poco há me ocupaba, de la universalidad ó individualidad de los caracteres.

La escuela naturalista está en pugna con la verdad absoluta, á que el poeta puede sólo alcanzar mediante el conocimiento exacto de la natnraleza y el desarrollo bien proporcionado de sus facultades comprensivas; y de allí resulta que dicha escuela sea estéticamente falsa y sin más fundamento que el que una corriente momentánea de tendencias y gustos pasajeros pnede proporcionarle.

Pasando ahora al segundo de los defectos del drama naturalista, y que como hace poco decía, se refiere á la aplicación ó á la tendencia que por un sendero dado le encamina, no es menos cierto que salta inmediatamente á la vista. Quiero hablar de la falta de moralidad social.

Cuestión es esta muy poco nueva cuanto debatida, pero, aunque así sea, mal puede descuidarse, ya que encierra uno de los puutos primordiales del arte. Objeto de éste es no menos lo *bueno* que lo *bello*, y la falta de moralidad en los caractéres de un drama entrañaría, por de contado, la carencia de lo primero.

Podría existir naturalismo sin inmoralidad, pero de ordinario esto no sucede, como que los autores se han lanzado por la pendiente resbaladiza de la moda presente. que, no contenta con las desgracias inevitables que á la raza humana aquejan, se goza ahora en la manifes-

tación de vicios, desórdenes y crímenes, producto muchas veces de un modo de ser voluntario.

No dudo por un momento que todos ellos existan y sean palpables en un mundo henchido de flaquezas y de miserias; no niego que desgraciadamente haya llagas asquerosas y muy sangrientas heridas, cuya contemplación sola nos causa horror y espanto; pero de su existencia por demás lamentable no se deduce que sea lícito al arte, y propio de su misión ennoblecedora, el reproducirlas en público sacándolas del escondrijo en que avergonzadas se ocultan; ni permitido á la poesía cantarlas, en su repugnante desnudez, ni desarrollarlas al drama de que van á ser testigos miles de espectadores.

Y á todo esto tiende en la actualidad el arte dramático de Francia. Con pocas excepciones,—entre las que podría mencionar de paso y por haber sido conocida aquí, *Le Maître des Forges*, de Ohnet,—la comedia y el drama, así como la novela, parecen más bien obra de un cirujano del alma que se complace en abrirla con su escalpelo para manifestar sus dolencias; pero pocas veces detiénese tal disector á buscarles remedio.

El sentido moral ha llegado á ser casi desconocido. Nos muestran los vicios, pero revestidos de cierta manera por una atmósfera de pasión tan humana y por lo tanto tan simpática, que muchas veces lejos de parecernos feos y rechazantes, nos atraen insensiblemente y hasta nos seducen. Esto no acontecía con la trajedia antigua, y hoy ha pasado la época de la trajedia. Pero en la comedia y el drama es aún más pernicioso porque los caractéres que en ellos figuran son más generales, y pueden ejercer mayor influencia sobre las nociones que nos formemos de la humanidad.

*
* *

El pueblo francés es por naturaleza el pueblo más dramático de la tierra. Impresionista por extremo ha menester su carácter de choques recios que le exciten y le entusiasmen; necesita movimiento y pasión que le conturben y lo conmuevan. Puede faltarle la poesía, y de esto se resiente de ordinario el drama naturalista, pero de ninguna manera la acción dramática, agitada y vehemente, porque de otro modo ese pueblo bostezaría de aburrimiento, víctima del *ennui* que le desespera. Sin duda se deja arrastrar más por la sensación que por el sentimiento, así como en sus teorías filosóficas vence la materia al espíritu, los sentidos al alma, y esto es lo que explica la tendencia anti-espiritualista que choca tanto á los extraños en sus numerosísimas producciones de artes y literatura.

La comedia francesa es el reflejo exacto de sus propias costumbres; las tablas en uno de sus teatros, espejo del estrado en uno de sus salones. Los personajes que se mueven y hablan en aquellas parecen los mismos que viven y se agitan en estos.

Esta *naturalidad*, (por cierto diferente del *naturalismo* antes mencionado) que depende de la semejanza y analogía entre lo real y lo ficticio, es cualidad en que los franceses sobresalen marcadamente, y no hay que asombrarse si también de ella participan los actores, como intérpretes puntuales y minuciosos que son de la obra dramática. Pero es asunto éste que no me toca desarrollar aún, y que sólo de paso mencionaba. También puede

haber diferencia entre la naturalidad literaria y la naturalidad mímica ó de dicción.

Tanto se retratan en el drama y la comedia francesa contemporáneos las costumbres y el modo de ser del mismo país, que basta conocer algo los primeros para formarse una idea medianamente exacta de los segundos.

No soy yo de los que creen que la sociedad está más desmoralizada en Francia que en otros pueblos de civilización semejante, aunque al primer momento pudiera parecerlo; pero, sea debido á un carácter de suyo vehemente y apasionado, sea á un sistema de educación en la familia, que trae por consecuencia el relajamiento de algunos lazos íntimos, al parecer mas firmes y duraderos en otras sociedades, no hay duda que esa falta de sentido moral salta más á la vista en Francia que en cualquiera otra parte. Y de este mal, que tan á la superficie se muestra, resiéntese inmediatamente el teatro, que necesita elegir caractéres y colisiones tales que desarrollen en el ánimo de numeroso concurso emociones vivas ó no interrumpido divertimiento.

Ignoro si el genio frances es menos poético que el de otras naciones mas ó menos inteligentes. Si tiene poesía por cierto es menos ideal que la de las razas del norte, la de los alemanes principalmente; y tampoco deja de parecerme fuera de toda disputa que esa poesía que poseen los dramas está subordinada á la necesidad primordial de acción, que implica movimiento, y de pasión, que muestra sentimiento y entusiasmo. El motivo de esta limitación de la poesía no es voluntario ni artificial, sino que debe buscarse en la realidad misma, esto es, en los hábitos peculiares de la nación.

La piedra de toque del asunto es el matrimonio. Ello no es raro, puesto que de él nace la familia y la sociedad se forma y organiza; y no sólo en Francia, si que también en todas las asociaciones de la tierra.

Pero en aquélla el matrimonio no significa siempre un lazo estrecho é indisoluble de cariño perenne. Dada la educación que las mujeres reciben en su juventud, su falta completa de libertad i el aislamiento estricto de de todo contacto ajeno, sucede que aquél llega á ser el umbral deseado en que, dejando atrás la estirada conveniencia y propiedad exigidas por las circunstancias, ábrese un nuevo y mucho más vasto horizonte para la vida, un horizonte donde se divisa acción, sensación é independencia.

Esto contribuye á que la vida francesa, y, por lo tanto, el teatro, manifieste más acción y pasión que poesía.

Ahora bien, las relaciones entre los esposos están muy lejos de ser perfectas y según deberían mantenerse. Y esto es precisamente lo que observamos en la gran mayoría de dramas y comedias, donde las tirantes relaciones conyugales, los maridos y mujeres burlados, las pasiones ilícitas y sus malas consecuencias, sirven de constante tema, menos moral que verdadero, á las producciones con que se mantiene la escena moderna.

Muy raras veces vemos desarrollarse un amor puro é inocente de doncella, en que la poesía y el arte hallarían interés, antísimo campo donde espaciarse, y muchos de los sentimientos más hermosos y nobles de la vida que parecen relegados al olvido.

He aquí otro mal de la escuela naturalista que se complace en mostrarnos los puntos negros de la existencia, y en ocultar los bellos y más brillantes.

¿Será la escuela dramática francesa víctima de una moda pasajera, ó corresponderá acaso á un estado permanente de la sociedad que sirve hoy y servirá también mañana, en igual modo, de incentivo á producciones semejantes?

Yo no lo sé; pero sí afirmo que paradoja sería aplicar al teatro actual el virtuoso apodo de *escuela de buenas costumbres.*

WANDERER

(Concluirá.)

LAS TRES CONCUPISCENCIAS

FANTASÍA BÍBLICA

Quoniam omme quod in mundo est concupiscentia carnis est, concupiscentia oculorum et superbia vitæ.

(SAN JUAN)

I

SUPERBIA VITÆ

Yo me soñaba poderoso un día
y á mis hermanos con desdén miraba;
de oro coronas á mi sien ceñía,
dorado cetro mi ilusión forjaba;
bajo alto solio mi cabeza erguía,
sobre alto trono mi poder dictaba
y al mirarme exclamaba con orgullo:
—¡"El hombre, el mundo entero, todo es tuyo!"

Yo me soñé sobre elevada cumbre
de un monte hollando la empinada frente,

y al despertar, de su rosada lumbre
corona augusta me formó el Oriente.
Bajo mis pies confusa muchedumbre
se doblegaba ante mi voz potente,
y entonces dije en vanidad sumido:
—"¡Subir no pueden donde tú has subido!"

II

CONCUPISCENTIA OCULORUM

Yo me soñé del mar en la ribera
de fantastico Ofir dueño opulento;
torbellino dorado, en su carrera,
ante mi paso derramaba el viento.
Desde el linde remoto de la esfera
diamantino bajel surjió á mi acento,
y dije al verme entre diamante y oro:
—"¡No hay tesoro que iguale á tu tesoro!"

De alto castillo en el torreón sentado
soñé mirar sus últimos confines
y entre nubes de aromas extasiado
sus parques vi, gocéme en sus jardines;
por mi turba de siervos rodeado
marchaba altivo al són de los clarines,
y entonces dije, erguida mi cabeza:
—¡"Nada en el mundo iguala á tu riqueza!"

III

CONCUPISCENTIA CARNIS

Soñaba yo de esplendorosa fiesta
ver el bullicio, la algazara y gala;
cuanto aroma suspira la floresta
gentil flotaba en la brillante sala.
Miré del grande la orgullosa testa
doblarse al sueño que el festín exhala,
y entonces dije de placer colmado:
—"¡Gozar no pueden como tú has gozado!"

Soñé el amor, y en candoroso ensueño
con nardo y rosa coroné mi frente,
sin que el dolor con pavoroso ceño
turbara aleve mi ilusión naciente.
Nítida imagen me llamó su dueño,
de vida y notas se pobló el ambiente,
y dije al verme entre aromosas flores:
—"¡No hay amor que se iguale á tus amores!"

IV

DESPERTAR

Mas, al surjir sobre el lejano Oriente
de entre oro y nácar la inocente Aurora,

mostrando el sol su coronada frente
sólo vió á un triste que despierto llora.
Ya ni su aroma me brindó el ambiente,
ni ví la luz que la existencia dora,
y comparaba nuestra frájil vida
con el placer de mi ilusión perdida.

Así nuestra alma entre falaces flores
con intenso anhelar finje una senda
que al iris roba vívidos colores,
que el sol reviste de purpúrea venda;
amor le presta su ilusión de amores,
bríndale el oro su orgullosa tienda,
y errante y ciega en su tenaz empeño
talvez ignora que "la vida es sueño."

V

ÚLTIMO SUEÑO

¡Ó fresca juventud, rosa de un día,
del fantástico sueño al fín despierta,
y al corcel de tu loca fantasía
detén el curso en su carrera incierta!
Los laureles de frájil poesía
se agostarán sobre tu frente yerta
si, "al contemplar inquieta tu mudanza,
quiebra su cantarillo la esperanza."

Mas, ¡ay de aquel que al fin de su carrera,
roto el cristal de su ilusión dorada,
al derramar su lágrima primera,
despierta en brazos de la muerte helada!
¡Ay, que al luchar con su pujanza fiera,
¡ay, que al morir su postrimer jornada,
sólo tendrá cuando en la lid sucumba
fúnebre losa, solitaria tumba!

KEFAS.

1886.

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

"Sin embargo, las leyes preexistentes sobre la prueba de las obligaciones, procedimientos judiciales, confección de instrumentos públicos y deberes de los ministros de fe, sólo se entenderán *derogadas* en lo que sean contrarias á las disposiciones de este CÓDIGO."

Como se ve, la palabra *derogadas* se emplea en este artículo final significando primero anulación *total*; y después, anulación *parcial*.

Lo cierto es que, en Chile, todos usan *derogar* por *abrogar*.

Este último verbo sólo se usa ya entre nosotros viciosamente en reemplazo de *arrogar*.

ABSOLVER POSICIONES

"Se llaman *posiciones*, dice don José Bernardo Lira,

en el PRONTUARIO DE LOS JUICIOS, parte teórica, libro 2, título 2, capítulo 5, número 372, ciertas proposiciones ó asertos breves de hechos pertenecientes á la causa sobre los cuales pide un litigante que el otro declare bajo juramento.

"Á la diligencia judicial en que la parte requerida presta esta declaración, se da el nombre de *absolución de posiciones.*

"Para que el litigante pueda ser obligado á *absolver posiciones*, se requiere:

"....

"Las *posiciones* deben *absolverse* por la parte misma, ó por su representante legal, ó por un apoderado especial....

"Antes de tomar conocimiento de las posiciones... presta el *absolvente* el juramento de decir verdad en la misma forma que los testigos."

El mismo autor, en la parte práctica de su obra, lib. 2, título 2, capítulo 4, número 142, presenta una fórmula de escrito de posiciones cuya suma es: *Pone posiciones.*

Los trozos copiados del PRONTUARIO DE LOS JUICIOS del señor Lira contienen las diversas locuciones relativas á este punto que siempre se han usado en el lenguaje forense de Chile.

Nada hay que observar respecto á la palabra *posición*, ó mejor *posiciones* (porque se usa más en plural que en singular), la cual es muy castiza y reconocida como tal por el DICCIONARIO DE LA ACADEMIA.

Don Eujenio de Tapia, FEBRERO NOVÍSIMO, libro 3, título 2, capítulo 10, número 15 y siguientes, y don Joaquín Escriche, DICCIONARIO RAZONADO DE LEGISLACIÓN

Y JURISPRUDENCIA artículo *Posiciones*, en vez de *poner posiciones*, dicen *hacer posiciones*.

Efectivamente, el verbo *hacer*, junto con algunos nombres, significa la acción de los verbos que se forman de los mismos nombres.

Así *hacer indicación* equivale á *indicar; hacer preguntas* equivale á *preguntar*.

Las *posiciones* son unas preguntas de naturaleza especial que un litigante dirige á otro por medio del juez para que sean contestadas bajo juramento.

Sin embargo, creo que también puede decirse correctamente *poner posiciones*, puesto que, según el DICCIONARIO, el verbo *poner* tiene, entre sus significados, cuando se junta con los nombres *ley*, *contribución*, ú otros semejantes, entre los que cabe *posiciones*, el de establecer ó mandar lo que los nombres significan.

Así *poner posiciones* equivale á exigir que se contesten tales ó cuáles interrogaciones.

Los reyes católicos don Fernando y doña Isabel incluyeron en el año 1502 en las ordenanzas de Madrid una disposición que ha llegado á ser la ley 2, título 9, libro 11, de la NOVÍSIMA RECOPILACIÓN.

Esa ley empieza como sigue:

"Mandamos que uno de los oidores ante quien la causa pendiere, ó otro juez, ante el escribano de la causa, secreta y apartadamente, en presencia del juez, sin dar traslado ni término para deliberar, y sin consejo de letrado, sin que lo haya de mandar una ó dos ó tres veces, la parte que estuviere presente responda so juramento á las *posiciones* que por la otra parte le *fueren puestas*, sin consejo de letrado; y si estuviere ausente, su procurador con poder especial, que estuviere bien

instruto é informado, responda so juramento, á cada una de las *posiciones* que le *fueren puestas*, la verdad de lo que supiere, aunque *sean puestas* por escrito, confesándolo ó negándolo simplemente y sin cautela, y no por palabra de *creo* ó *no creo*, so pena de quedar y fincar confieso en el artículo ó posición del actor, ó del reo que no quisiere *responder*, negando ó confesando como dicho es, y so las otras penas que parecieren, y bien visto fuere de poner á los del nuestro consejo, ó al presidente y oidores, ó al de nuestro consejo ó oidor que se cometiere.»

Aparece que la expresión de *poner posiciones* es antigua, y bien autorizada.

Los abogados peninsulares usan también las de *articular posiciones*, de *interrogar* ó *preguntar al tenor de tales posiciones*, y de *pedir que se examine al colitigante al tenor de tales posiciones.*

Excusado es advertir que todas estas expresiones son indudablemente castizas.

Los jurisconsultos peninsulares, en vez de *absolver posiciones*, dicen comunmente *responder* ó *contestar á las posiciones*, ó bien *declarar al tenor de tales posiciones* ó *sobre tales posiciones.*

Sin embargo, en ocasiones los jurisconsultos peninsulares dicen como los chilenos, *absolver posiciones.*

Los abogados del colegio de Madrid don José María Manresa y Navarro, don Ignacio Miquel y don José Reus, en la obra titulada LEY DE ENJUICIAMIENTO CIVIL COMENTADA Y EXPLICADA, parte 1.ª, título 7, sección 6.ª, párrafo 4.º, escriben lo que sigue:

«Las preguntas que se *articulan* á petición de la parte contraria al confesante se llaman *posiciones* en lenguaje

forense; y al hecho de contestarlas, *absolver posiciones.*»

Por lo demás, ya no puede caber duda acerca de la legitimidad de esta expresión.

El Diccionario de la Real Academia no la había reconocido en las ediciones anteriores; pero la duodécima, recién dada á luz en 1884, trae la locución *absolver posiciones*, no en el artículo destinado á *absolver*, sino en el destinado a *posición*, donde enseña que significa contestar uno de los litigantes afirmativa ó negativamente ante el tribunal y bajo juramento y sobre hechos propios que le pregunta su contrario en el pleito.

El Diccionario no ha autorizado aún la frase *absolución de posiciones.*

Sin embargo, ella es empleada, no sólo en Chile, sino también en España.

Los tres abogados del colegio de Madrid antes citados usan la frase *absolución de posiciones.*

Fuera de esto, desde que se reconoce poder decirse correctamente *absolver posiciones*, es preciso admitir que puede decirse de igual modo *absolución de posiciones.*

Según el Diccionario, debe decirse, no *absolvente*, como se dice en Chile, sino *absolviente.*

Á pesar de esto, me parece que no hay fundamento para rechazar á *absolvente.*

Si el Diccionario autoriza á *absorvente*, ¿por qué no habría de hacer otro tanto con *absolvente?*

ACCIONAR

El Diccionario de la Real Academia Española da por único significado al verbo *accionar* el de «hacer al

hablar movimientos i gestos para la más eficaz expresión de lo que se quiere dar á entender».

Sin embargo, entre las varias acepciones que asigna al sustantivo *acción*, se encuentran dos forenses:

1.ª «Derecho que se tiene á pedir alguna cosa en juicio.»

2.ª «Modo legal de ejercitar el mismo derecho, pidiendo en justicia lo que es nuestro ó se nos debe por otro.»

Conforme á ellas, suele darse en Chile al verbo *accionar* el significado de deducir ó entablar una acción legal.

«*Accioné* civil ó criminalmente contra Pedro.»

«*Accionó* contra B para que se le pagase el precio de la cosa vendida, ó se resolviese la venta.»

Según el DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA, en vez de este verbo neológico *accionar*, ha de emplearse el verbo *enjuiciar*, al cual da, entre otros significados forenses, el de «deducir en juicio una acción».

Así debería decirse:

«*Enjuicié* civil ó criminalmente á Pedro;» (esto es, deduje en juicio una acción civil ó criminal contra Pedro).

El único significado que he oído dar en Chile á este verbo *enjuiciar* es el de «sujetar á uno á juicio», que el DICCIONARIO le señala también, sin distinguir si el juicio es civil ó criminal.

En Chile, cuando se usa el verbo *enjuiciar* en el segundo de estos significados, se entiende que se trata de juicio criminal.

ACREEDOR

Hay personas que escriben, y por consiguiente, pronuncian viciosamente con una sola *e: acredor*.

Léase en comprobación de ello la inscripción que acaba de ponerse en el monumento que se ha erigido en la alameda de Santiago á don José Miguel Infante.

JOSÉ MIGUEL INFANTE

1778–1844

Procurador de ciudad en 1810

Ministro de estado en 1813

Supremo Director interino en 1825

La rectitud de su carácter y la fuerza de su patriotismo le hacen ACREDOR *al respeto de la posteridad*

Ya que se ha tenido la buena idea de honrar la memoria de Infante, habría convenido que la inscripción del monumento hubiera caracterizado mejor los servicios de aquel eminente patriota, y sobre todo que no revelara un conocimiento muy poco completo de una época no muy lejana de nuestra historia nacional.

No es lícito que un chileno ignore que don José Miguel Infante fué el año de 1813 individuo de la junta gubernativa.

Habría sido además preciso que esa inscripción no contuviera la falta grosera de escribir *acredor* en vez de *acreedor*.

Años atrás, don Domingo Faustino Sarmiento, cuando residía en Chile, sostuvo calorosamente en la prensa que no debían tolerarse en los lugares públicos los letreros mal redactados, ó escritos sin ortografía.

Eran esas, en su concepto, ostentaciones de ignorancia que contribuían á arraigarla en la gente intonsa, y que importaban un agravio á la ilustración general.

Cualquiera que sea el juicio que se forme sobre esta indicación del señor Sarmiento, todos estarán por lo menos acordes en que la autoridad pública no debe dar en los monumentos el mal ejemplo de los errores ortográficos.

Habiéndose publicado en el DIARIO OFICIAL la precedente advertencia, se corrigió la falta, poniéndose *acreedor* en vez de *acredor*.

ACREENCIA

Algunos emplean malamente esta palabra en lugar de *crédito*.

Los números 3 y 4, artículo 8, de la ley chilena de prelación de créditos promulgada con fecha 31 de octubre de 1845, dicen como sigue:

"3.º Si el deudor hubiere dado letras al vendedor en pago de mercaderías que todavía existan en poder de primero, tendrá derecho el vendedor para que se depositen en cantidad equivalente á su *acreencia*, á fin de ejercer sus derechos sobre ellas, y si las letras no fueren cubiertas; pero, para que tenga lugar el depósito, deberá constar inequívocamente el derecho con que se han dado las letras.

"4.º El concurso podrá en todo caso rechazar las acciones del vendedor allanándose á pagarle íntegramente su *acreencia* en razón de las especies á que es relativo el privilegio."

Don Pedro Fermín Cevallos, en el BREVE CATÁLOGO DE ERRORES EN ORDEN Á LA LENGUA Y AL LENGUAJE CASTELLANOS reprueba que en el Ecuador se use *acreencia* en el significado de "crédito ya activo, ya pasivo".

Advierte que esta palabra "se ve hasta en el art. 48 de la constitución ecuatoriana de 1878".

Probablemente este sustantivo *acreencia* se ha formado en vista de un verbo anticuado, *acreer*, "dar prestado sobre prenda ó sin ella".

ACTOR, ACTORA

El sustantivo *actor*, según el DICCIONARIO DE LA ACADEMIA, se emplea actualmente en dos acepciones distintas, que son: 1.ª "el que representa en el teatro"; y 2.ª "el que pone alguna demanda en juicio".

La forma femenina de *actor* en la primera de estas acepciones es *actriz*, "mujer que representa en el teatro".

El DICCIONARIO da á entender que *actor* se aplica tanto al hombre como á la mujer que demanda en juicio.

Enseña juntamente que *actora* es un adjetivo que figura sólo en la expresión *parte actora*, que equivale á la segunda de las acepciones mencionadas de *actor*.

Sin embargo, don Joaquín Escriche, en el DICCIONARIO RAZONADO DE LEGISLACIÓN Y JURISPRUDENCIA, dice expresamente que "se llama *actora*, y no *actriz*, la mujer que pide ó demanda en juicio".

Tengo por acertada la precedente opinión.

El DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA reconoce expresamente que, en lo antiguo, en vez de *actor* (la persona que demanda en juicio) se empleaba *autor* y *autora*, según el sexo de esa persona.

No se descubre, entonces, fundamento para que el simple cambio de una *u* en *c* impidiera el que se dijese también *actor*, *actora* en el mismo significado.

"Los nombres en *dor*, *sor*, *tor*, derivados de verbos

castellanos ó latinos, como *descubridor*, *censor*, *director*, dice don Andrés Bello en la GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA, se miran generalmente como sustantivos, y tal es sin duda el carácter que domina en muchos de ellos. Todos tienen, sin embargo, las dos terminaciones *or*, *ora*, ya se empleen como sustantivos ó como adjetivos; y así se dice *calamidad destructora*, *palabra amenazadora*.»

Bello cuida de advertir que *mayor*, *menor*, *mejor*, *peor*, *inferior*, *exterior*, *interior*, *anterior*, *posterior*, *citerior* *ulterior*, son invariables; que *superior* lo es generalmente, pero que añade una *a* cuando se sustantiva significando la mujer por quien es gobernada una comunidad ó corporación; que la terminación femenina de *emperador* es *emperatriz*, la de *cantor*, *cantarina* ó *cantatriz* y la de *actor* (comediante) *actriz*.

Como se ve, no exceptúa de la regla general á *actor* (el que demanda en juicio).

Parece, entonces, que no hay motivo para desaprobar el uso de *actora*, por la mujer que demanda en juicio.

Efectivamente, don Roque Barcia, en el DICCIONARIO GENERAL ETIMOLÓGICO DE LA LENGUA CASTELLANA, reconoce de un modo expreso que *actora* significa la mujer que demanda en juicio.

ACHIFLONADO

Esta palabra no viene en el DICCIONARIO.

Sin embargo, en Chile se usa para expresar que los piques de las minas son inclinados, ó que las galerías de las mismas son inclinadas.

Don José Bernardo Lira, en la obra titulada EXPOSI-

CIÓN DE LAS LEYES DE MINERÍA DE CHILE, escribe lo que va á leerse:

"Las galerías, lo mismo que los piques, son grandes labores practicadas en el interior de los cerros, y cuyas secciones transversales pueden ser cuadrangulares, ó circulares.

"Estas labores toman el nombre de *piques* cuando son verticales, y también cuando forman con la vertical un ángulo de menos de 45°. En este último caso, se llaman *piques inclinados*, *achiflonados*, ó bien *chiflón*.

"Cuando estas labores son horizontales, se llaman *galerías* ó *frontones*. También se da este nombre á las labores que forman con la horizontal un ángulo menor de 45°, y entonces se dicen galerías *inclinadas* ó *achiflonadas*."

El DICCIONARIO no reconoce á *chiflón* el significado pue se le da en el pasaje precedente.

ADJUNCIÓN

"La *adjunción* (dice el artículo 657 del CÓDIGO CIVIL CHILENO, cuya redacción pertenece á don Andrés Bello) es una especie de accesión, y se verifica cuando dos cosas muebles pertenecientes á diferentes dueños se juntan una á otra, pero de modo que puedan separarse ó subsistir cada una después de separada, como cuando el diamante de una persona se engasta en el oro de otra, ó en un marco ajeno se pone un espejo propio."

Don Pedro Gómez de la Serna, en el CURSO HISTÓRICO-EXEGÉTICO DEL DERECHO ROMANO COMPARADO CON EL ESPAÑOL, dice, discurriendo sobre este punto, entre otras cosas, lo que sigue:

"Los intérpretes han dado á esta clase de uniones el nombre de *adjunción*... Hay ciertas reglas que son aplicables á las diferentes clases de *adjunción*... Esta unión puede hacerse, ó bordando, ó soldando, ó juntando, ó escribiendo, ó edificando, ó plantando, ó sembrando. Debe cuidarse, sin embargo, de no confundir la *adjunción* con la *especificación*, que supone la formación de una nueva especie, puesto que son diferentes los principios que rigen en ellas para la adquisición de la propiedad."

Don Joaquín Escriche, en el DICCIONARIO RAZONADO DE LEGISLACIÓN Y JURISPRUDENCIA, denomina *conjunción* lo que Bello y Gómez de la Serna, á ejemplo de los intérpretes del derecho romano, denominan *adjunción*.

Esta innovación no es acertada: 1.º porque no hay fundamento para variar la nomenclatura adoptada por los intérpretes del derecho romano; y 2.º porque, como el mismo Escriche lo advierte tratando de *acrecencia ó acrecimiento*, la palabra *conjunción* tiene un significado técnico diferente.

"Los coherederos ó colegatarios pueden estar llamados juntamente á una misma cosa de tres modos, á saber: por *conjunción real*, por *conjunción verbal*, y por *conjunción mixta* de real y verbal."

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

(Continuará.)

BIBLIOGRAFÍA

LIRA ÍNTIMA, POESÍAS DE DON JOAQUÍN DE ARAUJO

Lira íntima es el título de un volúmen de poesías del señor don Joaquín de Aranjo, poeta portugués, y que el autor remitió á la Revista acompañado de una amable y lisonjera carta para los directores de esta publicación. Propone en su carta, el señor Araujo, canje de obras de nuestros autores por la de autores portugueses, y se ofrece como intermediario de ese cambio. Por demás halagüeña y conveniente es dicha proposición para que los directores de la Revista no se hayan apresurado á aceptarla gustosísimos. Tendremos con eso un centro ilustrado en donde nuestros escritores sean apreciados, un país de la Europa, donde, excepto España, nuestra existencia literaria es, se puede decir, desconocida; tendremos facilidad de estudiar una literatura muy digna de conocerse, por la generalidad de nosotros ignorada: la del Portugal, patria del gran poeta épico Camões, patria de Herculano, Ribeiro y otros de universal y merecida fama.

No me he propuesto hacer un juicio crítico de la obra del señor Araujo, como lo indica el título que encabeza estas líneas. Me propongo únicamente dar á los lectores de la Revista una somera idea del libro, y trascribir algunas de las estrofas de entre las muchas que engalanan sus páginas. Juzgará así el lector por sí mismo más acertadamente de lo que pudiera hacerlo por mi desautorizada crítica.

Se divide el volumen de que me ocupo en dos partes: una que lleva por epígrafe *Canciones de Abril*, y la otra *Filigranas*. Tal división

marca probablemente las épocas distintas en las cuales concibió el autor sus composiciones, pues no veo ninguna diferencia que las haga formar grupos aparte. Son las *Filigranas* lindas flores de primavera y éstas elegantes Filigranas. Canta en ambas, el joven poeta lusitano, *um rapaz ainda quasi imberbe*, como le llama uno de sus críticos, el señor Oliveira Mortins, canta el amor, la vida, la naturaleza, todo, en fin, lo que retoza en el alma enamorada de un bardo juvenil. Son sus versos, dice el crítico ya citado, desde el principio al fin, una elegía de amor. Y hablando de la forma esterna de sus poesías añade que el libro del señor Araujo es el primer ejemplar de verdadero lirismo escrito en lenguaje moderno. Se aparta, en efecto, mucho del estilo nebuloso y vago de los poetas portugueses. "Esta circunstancia de dar un carácter nuevo al lirismo nacional atribuye á la *Lira íntima* un puesto en la historia de la poesía portuguesa."

No creo de mucha necesidad traducir lo que voy á copiar del señor Araujo, pues por muy poco versado que sea el lector en la lengua de Camões, con muy pequeño esfuerzo puede darse cuenta, ya que no de todas las palabras una á una, del sentido de lo que lea. Por otra parte poner en prosa, (en verso sería tarea por demás ardua é ingrata,) los pensamientos que fueron ideados para versos, sería hacerles perder gran parte de su encanto, si no todo. Reside indudablemente en la forma gran parte del mérito de lo que llamamos poesías. Trueba ha dicho muy exacta y donairosamente en uno de sus cantares:

"Si como sabe sentir
supiera el pueblo expresar,
yo diria a los poetas:
Están ustedes de más."

Una de las más bellas composiciones de este libro es sin duda la titulada *Minha irman*, llena de amante dolor expresado en versos delicadísimos.

MINHA IRMAN

E não me quiz deixar triste ventura
Esperanças de mais tornar a vel-a.
CAMOES.

Quando eu parti, ella ficou chorando,
todo o seio mimoso lhe tremeu,
do rostro a côr suave desmaiando
dava-lhe uns toques de quem já morreu.

Estampava-se a auréola do martirio
naquella eburnea e santa palidez...
Foi então que eu a vi, timido lirio,
que eu a avistei a derradeira vez.

Formosa e triste, disse-me —Até breve!..
Estreitou-me de encontro ao coração
e a sua mão, alvissima de neve,
estremecia junto á minha mão...

Beijei-lhe a fronte. No limiar da porta
para ella ainda meus olhos estendi...
Quando voltei, vim encontral-a morta,
e nunca mais, e nunca mais a vi!

A Esmeralda Cervantes, la célebre artista á quien nuestro público tuvo el placer de aplaudir y algunos de nuestros vates cantaron, están dedicadas las donosas estrofas que el lector va á leer:

A ESMERALDA CERVANTES

(No seu concerto de despedida ao publico lisbonense, em junho de 1880)

I

Antigamente, os rudes caballeiros
formidaveis, indomitos guerreiros,
gloriosos titans
nos torneios de amôr, em plena paz,
depunham ramos brancos de lilaz,
aos pés das castellans.

II

E iam depois no rasto das façanhas,
galgando o topo agreste das montanhas,
invadindo as cidades,
e ao tumulo descendo—raça ardente!—
até se destacarem, lentamente,
do bronze das idades.

III

Em nossas veias ferve ainda o sangue
dessa raça valente, nunca exhangue,
de altivos campeadôres,
cheios do rubro enthusiasmo antigo,
que hoje dormen, na noite do jazigo,
coroados de flôres.

IV

Temos ainda a rija seiva forte,
que chega, ás vezes, a arrostar a morte
em féro batalhar,
—combatentes do Ideal, nós, os poetas,
pomos num ramo os astros, as violetaa,
os jasmins e o luar.

V

E atiramos-to, quando, nos torneios
da Luz, tua harpa faz bater os seios
das mães e das crianças,
e a nós,—soldados duma ideia nova,—
o quebrantado animo renova
num amplo mar de esp'ranças.

VI

Arrancas dessas cordas, inspirada,
os concertos rosados da alvorada,
do oceano o bramir,
a aragem do deserto, a *selva escura*,
e vais buscar aos antros da loucura
a alma do rei Lear . . .

VII

Choram os lirios, verga o cedro insonte,
assoman no vastissimo horisonte
clarões tristes e vagos,
e, por entre as folhagens murmurosas,
doirando as solidões misteriosas,
brilha a estrella dos Magos.

VIII

E fica-nos assim, toda suspensa,
numa harmonia, indefinida, inmensa,
nossa existencia inteira . . .
Cahem-te aos pés as ovações mais francas
como un diluvio de camelias brancas,
en luminosa esteira.

IV

E porisso tu vaes estremecida,
—que nós vemos em ti a eterna vida,

que a todos regenéra,
e ajoelhamos religiosamente,
saudando do talento resplendente
a magestade austéra.

Muy inspirada y original es la composición

INTERMEZZO

Era na aldeia. Ao longo das ramadas,
ouvia-se cantar
o largo côro de aves namoradas,
que andavam pelo ar.

O teu palido rostro, doce e amante,
cheio de comoção,
banhava duma luz vivificante
meu pobre coração,

Murchaba tristemente a balsamina,
como quem vérga á dôr,
e eu beijei-te a mão branca e pequenina,
num extase de amôr.

E, nesse instante, ao longo das ramadas,
já nâo se ouviu cantar
o largo côro de aves namoradas,
que andavam pelo ar. . .

No le van en zaga á la anterior, si es que no le exceden las estrofas que el autor titula *Lagrymas* i su soneto. *Un verso de Camoês*, el cual hace recordar lo que dijo Boileau: a un poema equivale un buen soneto.

Trascribiria con sumo placer la primera composición del libro, *Sinfonía*, que es como el preludio del melodioso concierto de la *Lira íntima;* pero el espacio de que puedo disponer sólo me permite copiar la composición *Versos modernos*, de jénero muy distinto del de las otras que adornan el libro. Lo apunto como una muestra de la cuerda lijera y epigramática de la *Lira íntima.*

VERSOS MODERNOS

Dá-me o teu braço de arminho,
ó Musa! e vamos, nós ambos
perder-nos pelo caminho
das odes e ditirambos.

Vem! sâo horas de descanço
e apenas se ouve soar

a voz agreste dum ganso,
que anda num tanque a boiar.

Deixemos aos namorados
a paixão abrasadora:
os rouxinoes constipados
esperam mudos a aurora.

A hera—que maravilha!—
cobre o muro, onde se enrola
como uma esbelta mantilha,
aos hombros duma hespanhola.

Co'a magestade tranquilla
dos primitivos guerreiros,
avista-se ao longe a fila
inmensa dos castanheiros.

Os poetas cantam no Pindo
as Ofélias e as Desdémonas:
um gato, os olhos abrindo,
amostra duas anémonas.

Morre o sol purpureado,
sem contorçôes angustiosas:
a abelha bebe no prado
o sangue fresco das rosas.

Scintilla, por entre o verde
da herva luxuriante,
um regato, que se perde,
como un soluço distante.

E eu, sombrio pantheista,
contemplando o azul profundo,
que um gramde genio de artista
suspendeu por sobre o mundo,

nâo vejo o menor vestigio,
em nenhum doirado tecto,
das mâos daquelle prodigio,
das mâos daquelle architecto. . .

No aseguro que las composiciones transcritas sean las mejores del libro del señor Araujo. Eso va en gustos. He escogido para copiar las que más me llamaron la atención en la primera lectura que de ellas hice, tratando de dar una muestra variada de los diversos géneros de poesías que el autor explota con verdadera inspiración i buen gusto.

José Gregorio Ossa.

Noviembre de 1886.

RÁPIDA VISTA

SOBRE LA LIRA BOLIVIANA EN SUS ANTECEDENTES Y ACTUALIDAD

(Conclusión)

No recordamos si hubo ya quien observase en el genio característico de los montañeses muy escasa propensión á producirse en las formas poéticas que la misma naturaleza y el arte convencional han consagrado para la pintura literaria de las emociones del corazón ó de las percepciones de la fantasía. En la índole intelectual de los naturales de las tierras bajas, sucede todo lo contrario: ahí abundaron siempre los canoros ruiseñores, y esas eminentes notabilidades en todos los gremios de lo bello-artístico.

Si las comarcas alpinas,—más elevadas ó montañosas que las demás de la Europa,—produjeron, como única excepción acaso entre gran número de filósofos, naturalistas y geómetras, un Gesner, sobresaliente poeta por sus idilios; si el *ciego de Morveau*, cubierto con los bru-

mosos velos de sus nativas montañas, cantó las proezas de su padre Fingal y los infortunios de su estirpe, adquiriendo después la celebridad á cuya luz lo sacó tantos siglos más tarde, y á la manera de fabuloso hallazgo, su compatriota el escocés Mac-Cherson,—ello tomarse puede como una singularidad entre todo lo conocido en el grande océano de la poesía universal, salvándose alguna otra rara excepción que á nuestra atención escápase en este momento.

Pero tampoco pretendemos constituir tal hecho por regla de condición infalible; nuestra observación campea sobre las generalidades. Por otra parte, la naturaleza fué siempre legisladora absoluta de sí propia en su acción generativa, poseyendo misterios que no alcanzamos; y no en pocas ocasiones acostumbró sujetarse á variaciones tanto más sorprendentes, cuanto menos fueron esperadas ó previstas.

Sea de esto lo que fuere, lo indudable es, según se nota más á menudo, que la vivacidad de imaginación ha sido mucho más pronunciada y fecunda en los moradores de las llanuras ó de los lugares menos levantados sobre los niveles marítimos;—la misma fácil y numerosa elocuencia que los distingue revela cuánta es en ellos, relativamente á los otros, la preponderancia de aquella facultad intelectiva.

El montañés, naturalmente grave y siempre más profundo y sólido, fué también menos expansivo. En familiaridad constante con los soberbios espectáculos de la accidentada y grandiosa naturaleza en cuyo centro nació, se ha desarrollado y vive; ya no le causan ellos admiración, exaltando su fantasía. Ó quizá sus poéticas impresiones, de ordinario melancólicas é impregnadas de

ascetismo, seriamente se encarnan para él en el sentimiento muy íntimo, quedando así escondidas en su alma; y pensar en darles salida bajo de galana forma literaria para recreo de ajenos espíritus, será, en su manera especial de sentir, una ridícula profanación ó un proceder bien necio.

Si esto es así, puede considerarse que hay en el caso cierta clase de pudor, diremos, semejante al de esas naturalezas adustas que creyendo amenguar su calidad de *espíritus fuertes* si dejan ver que también sus ojos contienen lágrimas, las reprimen con esfuerzo en los recios pesares de la vida; pesares más dolorosos aún, por lo mismo de negárseles así su natural desahogo. Luego, el hábito forma naturaleza; y el *espíritu fuerte* siente, al fin, embotada su sensibilidad con tanto ejercitarse aquella violenta represión, así como en el grave montañés el sentir poético á fuerza de disimular; cual si su emisión fuese pueril ostentación de las secretas sensaciones del alma, se torna inerte, esto es, deja de existir.

La reconcentrada melancolía del montañés, imponiéndole tan absoluto mutismo, lo hizo propenso á las afecciones *nostálgicas* que más en especial se le reconocen como una condición morbosa de su espíritu; su ascetismo, también latente, le es asimismo genial, probablemente emanando de mayor proximidad geodésica á las regiones de ese azul infinito, hacia adonde levanta él, sin testigos, su pensamiento de cristiano y de filósofo, á ejemplo del águila de las cumbres, que con silenciosa majestad se cierne solitaria por los etéreos campos.—Y téngase también presente que buscando esa proximidad al cielo, era que los anacoretas y religiosos peregrinos, en los tiempos de mayor exaltación mística, acostumbraron trepar

sobre la montaña para orar desde allí con ánimo fervoroso, pensando, en efecto, estar materialmente más inmediatos á la Divinidad.

En la montaña, mientras el pasajero accidente de la tempestad estruendosa no viene á provocar sus ecos, todo es taciturno: los pajonales gimen como en secreto cuando el viento los azota; las aves mismas, revoloteando sobre los empinados riscos ó entre los vapores nebulosos que á veces los encapotan, dejan oír apenas, de tarde en tarde, y por toda vocalización, esos ingratos chirridos, tan desemejantes al delicioso gorjeo de los gárrulos y alegres volátiles que pueblan los bosques y las lozanas vegas de las tierras bajas.

Las emociones poéticas que sobre el espíritu derrama la naturaleza agreste en los montes son tan solemnes, vigorosas y perfumadas, que su más elocuente expresión es el silencio. Ó todos los montañeses desconocen por inercia el sentimiento poético, ó son poetas esencialmente mudos.

En alguno de sus viajes llegó Dumas á encontrarse en el centro del más rico paisaje que jamás hubiese admirado; extático lo contempla y aprovecharse quiere de aquella momentánea predisposición de su ánimo, hondamente conmovido, para explayar sobre el papel una concepción lírica, tan sentida, tan en armonía con lo que á sus maravillados ojos deleitaba, que hubiera de ser ella la eléctrica y más luminosa centella de su ingenio;—el empeño es infructuoso;—su lira enmudece; su imaginación desconcertada se abate en el silencio de la impotencia. Al cabo de tan inútiles fatigas hubo de conformarse el conocido fecundo escritor con anotar en su cartera el fenómeno del mutismo del arte á vista de las escenas de

la creación que vivamente impresionaron al pensamiento. Observación que también la experiencia ha sugerido á otros pensadores, sancionándose, por consecuencia, el caso de que el poeta logra fomentar con belleza artística la significación ideal de sus impresiones morales, ó las ópticas de su fantasía, con ausencia solamente de los cuadros naturales que las motivaron.

Hé aquí algún tanto explicada, bajo de diversas y aún opuestas fases, la razón de ese extraño contraste, *la falta en Bolivia de numen poético*, manifestado por obras nacionales de bella literatura, *en tanto que debiera ser abundante fuente de inspiraciones el espectáculo de la naturaleza local*, tan bella y prodigiosa.—Algo más abundaremos á este propósito.

Existe, cual acabamos de apuntar, muy esencial diferencia de condiciones psicológicas entre el *llanero* y el *serrano:* es la misma que se advierte entre el andaluz y vizcaíno, ó entre un natural del reino de Valencia y un montañés de las Asturias.

Concretando la observación de tales diferencias geniales á los hispano-americanos, hallaremos en su carácter iguales condiciones divergentes: las hay entre el argentino ó venezolano, por ejemplo, y los nativos en las cordilleras bolivianas ú otras comarcas andinas. Divergencia no sólo resultante de su morada respectiva sobre tierras más ó menos altas, sino de la índole, también, que han impreso en sus descendientes los pobladores peninsulares; que *simpáticamente* preferían, al parecer, los lugares de América donde fundaban sus colonias, cuanto más semejantes fuesen por la fisonomía corográfica á los de su procedencia en la metrópoli.

Atentas las respectivas excepciones, se sabe que los

francos y locuaces hijos de Andalucía se establecieron en mayor número sobre las márgenes del Plata, lo propio que sucedió sobre las del Rimac; y se ve que en dichos puntos subsiste, como característico de sus naturales, el festivo genio andaluz, y, aun en el habla familiar, la pronunciación y las locuciones de aquella bética nacionalidad. De igual modo, y con el concurso de lo excepcional, fueron los vizcaínos, generalmente, los colonizadores del interior de la América y de sus tierras altas, en donde se ha reconocido su genio peculiar en las generaciones descendientes.

Considerada, por lo tocante á Bolivia, la amalgama del genio vizcaíno con el del indígena *quichua* ó *aimará*, se tiene un nuevo elemento explicativo de los antecedentes morales é intelectuales que caracterizan al boliviano.—¿Quién desconoce la incontestable influencia que han ejercido la manera de ser del indio sobre los pueblos donde vivió en estrecha familiaridad con el colono europeo, mezclando á veces su raza con las de sus conquistadores? ¿Y quién más semejante á los hijos de la Vizcaya, por su genial silencio y poética melancolía, que el indígena de los páramos ó punas del Alto y Bajo Perú?

Y pues hablamos de mezcla de razas, recordaremos, aunque tal vez no fuera preciso, que las regiones donde están situadas la laguna del Titicaca, cuna de los Hijos del Sol, la suntuosa ciudad imperial del Cuzco y las famosas ruinas de Tiaguanaco atestiguando el esplendor de los incas, contenían, al tiempo de efectuarse la conquista, un gran pueblo, que no trepidaron en calificar de muy próspero en civilización ilustres y desapasionados escritores. Tan propicia circunstancia hizo que, apenas

poseída la comarca por el conquistador hispano, adoptasen los naturales la religión del Divino Crucificado, y con ella las creencias, prácticas y costumbres de la civilización cristiana; lo que facilitó desde luego la unión consanguínea de las dos razas, esto es, de la mujer americana con el hombre europeo. En otros puntos del continente no se realizó tal vinculación de linaje á causa de la índole extremadamente bárbara é indómita de las tribus que los poblaban. En las comarcas bajas, y muy especialmente en el Río de la Plata, si la raza andaluza, que algo ya tenía de la árabe, llegó á efectuar enlazamiento con otra, fué, en muy poca parte, con la africana directamente venida de la Guinea. Allí, como en los llanos de las embocaduras del Magdalena y las riberas de la grande corriente fluvial que se tributa al Atlántico por cincuenta bocas, mientras ha provenido de semejante amalgama una progenie expansiva, fogosa, de vivaz imaginación, de entusiasmo ardiente y locuacidad exuberante,—la procedente del adusto vizcaíno y el dócil, humilde y resignado inca, es taciturna y seria, como demasiado se le conoce.

Cuánta diferencia, pues, entre el gaucho (ese árabe de las pampas, como también lo es el llanero colombiano) tan amante de ruidosa fama, que se agita en ebullición constante, que habla mucho y con el calor de la elocuencia, que es *poeta natural*, en fin, y canta haciendo alarde, ya de sus hazañas belicosas, ya de sus enamorados sentimientos,—y el tétrico y taciturno indígena ó mestizo de las poblaciones bolivianas, tan paciente y reconcentrado en sí mismo. Y lo que, acerca de esto, de tal suerte pasa en las esferas inferiores de las sociedades americanas, igualmente se observa sin notable variación

entre sus clases ilustradas y patricias: tan cierto es que en las condiciones determinantes del carácter espiritual de los pueblos, vence, prepondera y se impone la masa con sus influencias de todo género, sobre la parte menor no obstante los privilegios de la inteligencia.

Véase el *por qué* de la abundancia de poetas en Colombia, en Lima y la capital bonaerense, mientras que en las ciudades del antiguo Alto Perú hasta hace poco no los había.

Si echamos, en último término, la vista sobre el absurdo sistema de instrucción pública implantado en Chuquisaca por la dominación española, y que subsistió en su universidad por muchos años todavía después de afianzada la independencia política del país, nos persuadiremos de que no pequeños males se causó á la sociedad naciente con la enseñanza exclusiva de ciertos conocimientos que, dejando gran vacío de ideas y ningún fruto moral para el corazón humano, parecían encaminarse al solo objeto del lucro privado en la juventud escolástica; la que, dejando las aulas, llevaba á la sociedad como programa de vida la especulación profesional aplicada á mezquinos provechos, convirtiéndose así los jóvenes de facultad doctoral, según dijo alguno, en gusanos que se alimentaban de muerte y corrupción, aleccionados como venían para el ejercicio de medrar en las dolencias y vicios de los hombres.

"Aprender para ganar la vida,"—hé aquí el axioma vulgar.—"Instruirse para adquirir ciencia, por amor á la ciencia y á la humanidad, á la que ha de servir aquélla" —hé aquí el blanco moral del genio ó del hombre de generosos móviles. Y tan lamentable desvío, más común llegó á ser en el gremio del sacerdocio. Los jóvenes

destinados al sagrado ministerio, encerrados por la dilatada serie de años en un seminario, rara vez fueron movidos, con unción, por esa vocación santa que en sí lleva aparejados los sentimientos de caridad, de humildad, de singular heroísmo para la lucha con los enemigos del alma, y de limpia abnegación, en fin, por las vanidades y todos los bienes mundanos, como lo preceptuó, con el ejemplo y la doctrina, el Salvador del mundo.

En el Alto Perú, lo propio que en parte del Bajo, antes y hoy mismo la carrera sacerdotal fué oficio de peculios: esto, pues, bastante explica, no solamente la creciente desmoralización en aquellas jóvenes sociedades, sino, con detrimento del esplendor de la fe católica, ese estado irreverente hacia una clase social, que debiera ser la primera en jerarquía, cuando fuese humilde (como lo era San Pedro, *el siervo de los siervos de Dios,)* y poético tipo de todas sus virtudes.

Si el imperfecto conocimiento de las leyes, juntamente con la frecuentación de los glosadores, así como la superficial interpretación de algún historiador ó poeta latino constituían todo el saber adquirido en los estudios universitarios de los pasados tiempos;—si engolfados en las prácticas forenses los juristas de la estudiosa Chuquisaca, y en las quietas ocupaciones del culto sus consumados teólogos, nunca pensaron en traspasar tan limitado carril para lanzarse sobre el vastísimo campo de otros conocimientos más necesarios acaso, como son la economía pública, la estadística, la ciencia administrativa y otras igualmente importantes en su aplicación al progreso de la sociedad, menos hubieron de preocuparse de bellas artes;—y así se ve que les fué totalmente extraño el cultivo de la poesía,—esa bella luz del ingenio del

hombre, que levantada sobre las míseras realidades de la vida, en una atmósfera más pura, ilumina los encantados horizontes de la perfección infinita en la humanidad, á la que moraliza ó consuela, mostrándole la esperanza del sano bien por medio de la nebulosa región de sus dudas y tribulaciones.

Algo ha variado, al presente, aquel calamitoso estado para los espíritus; pero ese algo es muy poco todavía.

Así, pues, bajo tan menguados auspicios, con antecedentes y condiciones de tal naturaleza, con la poderosa influencia del espíritu universal contemporáneo, que, como propensiones al principiar, no estimula ó da muy pasajera atención á las obras de poesía, por fijarla casi exclusivamente en serios estudios de aplicación, más necesarios, por ahora, á la vitalidad de nuestras sociedades en vía de crecimiento y viril desarrollo; y, finalmente, con los vicios tradicionales de una incompleta y mal sistemada enseñanza pública en la joven nacionalidad boliviana ¿cómo esperarse pudiera que ella hubiese dado eminentes poetas al mundo de Colón?—Los que hoy se empeña en hacer conocer el inteligente editor de este *Parnaso*, á ser estimadas sus producciones por el más ilustrado, imparcial é indulgente criterio, dignos son, por cierto, del más elevado encomio.—Muy justo aplauso les alcanza, á nuestro entender, por lo mismo que, superando obstáculos naturales y tradicionales, han ensayado la lira para condecorar á su patria con un nuevo timbre de ilustración, heroicamente abriendo en ella el florido campo de las bellas letras ante el porvenir.

En medio de un siglo que, á la altura en que se encuentra de su curso, aturdido por las maravillas materiales que ha realizado, parece considerar con irónica son-

risa, y acaso con desvergonzado desvío, cosas que, como la poesía, tocan exclusiva y abstractamente al alma, los jóvenes poetas bolivianos bien penetrados deben estar de la alteza de su misión: deben perseverar en ella no obstante el tristísimo desaliento en que pudieran abismarse, viéndose aislados en una sociedad á la que arrastra el rudo torbellino de las malas pasiones políticas, á la vez de sentir mortalmente herido su entusiasmo poético por el hielo de la ignorancia ó la dureza del egoísmo.

No ignoran ellos que, sea cual fuere el espíritu dominante de una época, necesitan siempre los pueblos de *poetas* que, impregnándose en el general sentimiento, formulen con las gracias seductoras del arte la idea popular que á todos afecta, ya sea su origen el sentimiento universal cuanto muy tierno del amor, ya emane del ardimiento belicoso por la gloria ó los fueros patrios, ya tenga por delicioso y purísimo manantial la divina religión—La Familia—La Patria—Dios.

Los poetas tienen también parte en la gloria de los pueblos,—escribía, en carta que se conserva, un antiguo general boliviano y presidente de aquella república á uno de los vates de su patria, con motivo de felicitarlo por la publicación de un *Canto heroico* sobre un glorioso recuerdo nacional. La cita no podría venirnos actualmente más adecuada; el referido canto va inserto en este libro (1). Nosotros añadiremos:—«Los pueblos donde penetró y existe el gusto concienzudo por la poesía, están bien cerca de su perfección moral».

Por lo demás, para consolarse de la ironía ó depresiva indiferencia de una mayoría escéptica del siglo, escu-

(1) Refiérese aquí el autor, como en varios otros pasajes de su escrito, al *Parnaso Boliviano*, libro escrito por don José D. Cortés.—*(N. del E.)*

chen y tengan siempre presente en la memoria los poetas las sentidas palabras que ayer no más resonaron en el palacio legislativo de la Francia, tratándose de una recompensa nacional en favor de uno de sus poetas. Allí, el diputado Emilio Olivier dijo, poco más ó menos:—"El corazón humano necesita ser consolado, y desde luego son los poetas sus consoladores... La humanidad, que tiene inmortalidad para todas las glorias, reserva una más duradera, más tierna, más íntima y más profunda que las otras á los que han trabajado por lo que existe de más inimitable al través de las transformaciones exteriores del mundo, de las leyes y de las costumbres... Los hombres más queridos de la humanidad no son los que la han gobernado, conducídola en los negocios públicos, mandado en las batallas, dirigido en los senados ó parlamentos;—sino más bien los que la han enseñado á amar, á sufrir, á llorar, y que algo hicieron *pro remedio animæ*.—Lamartine ha pertenecido á ese número..."

Para llenar el programa de nuestro escrito conforme á lo que su título expresa debiéramos aventurar algún juicio crítico en orden al verdadero valor literario de los vates bolivianos de la actualidad; pero, al paso de advertirse que las producciones poéticas que de ellos registra *El Parnaso* son tan sólo una parte, y aún pequeña, por lo especialmente relativo á Bustamante (2), hemos creído más acertado dejar á los ilustrados lectores, así extranjeros como bolivianos, el juzgar de las aventajadas dotes líricas de aquéllos por la muestra que se les

(2) Un amigo de este poeta boliviano está preparando actualmente una edición de sus rimas selectas, que, bajo el significativo título de *Lirios y laureles*, compondrán un grueso volumen.

presenta. El criterio competente en la materia dará á cada cual de los poetas de Bolivia el lauro que justamente les corresponda; y ahí se conocerá hasta qué punto es evidente el aserto del joven escritor don Gabriel René Moreno, en alguna de sus interesantes publicaciones,—*de haber en Bolivia poetas que son de lo más insigne que ha producido esta América española*, siendo presumible que esto vaya aplicado á algunos de los revistados en este poético repertorio, pues quedó atestiguado que antes de ellos no hubo *poetas* dignos del nombre en la patria de Olañeta y de Serrano. Así también habrá de confirmarse, con la lectura de las composiciones consignadas adelante, si se fundó bien el señor Moreno cuando en su "Introducción al estudio de los poetas bolivianos", refiriéndose á los mismos, decía de esta manera:—"No les pidáis fuerza, gracia, viveza en la dicción, ni aquella regularidad galana de la forma, en que, como aliados naturales, resplandecen juntos la rigidez severa del arte y el inquieto desahogo del pensamiento".—Añade después: —"El propio y solitario esfuerzo es flaco, cuando no es el buen gusto de los lectores el que prescribe como leyes inviolables estos primores de ejecución; y es cosa averiguada que el criterio público en Bolivia no es el mejor consejero en estas materias..."

Y, para acabar de una vez, por nuestra parte, dando la enhorabuena á los poetas bolivianos que tuvieron la fortuna de merecer tan honroso dictado, les diremos que, empapando su inteligencia en el estudio de los buenos modelos que les ofrece la antigua y moderna poesía lírica universal, procuren adquirir el criterio que á los más de entre ellos les falta para juzgar de sus propios trabajos, y perfeccionarlos ideal y artísticamente, conforme á

las reglas del buen gusto. Á la vez de tan ameno estudio, en las horas en que reposa el espíritu, apenado por las diarias vicisitudes de la vida práctica,—ejerciten el muy especial de sustraerse á toda imitación, con el fin de que la poesía en su patria asuma verdadero carácter de nacional, revistiéndose del colorido local que le imprima ese precioso tipo.

Entre otros, se le reconoce tal mérito al autor de la sentida composición *El Proscrito*, que lleva por epígrafe un pensamiento célebre de André Chénier.

Quien lea esa producción, á penetrarse llegará de la índole moral del pueblo boliviano en su vida ordinaria, de sus tristes condiciones políticas de ayer y de siempre, de su fisonomía dramática y de lo material de la naturaleza en aquel suelo montañoso.

La poesía de un pueblo debe reflejar, esto es sabido, sus costumbres, sus peculiares circunstancias de vida y los prismáticos paisajes de su cielo y de sus campos; asimismo sus lagos y sus ríos reflejan sus constelaciones, sus flores y sus pájaros, y esos otros accidentes materiales del natural aspecto con qne allí se ha vestido la creación.

Para que la misión de los poetas bolivianos sea eficaz en todos sus fines, muy especialmente en el de atraer la atención de sus compatriotas á lo que realza la mente, á lo que eleva el corazón, es decir, hacia lo bello, ideal-moral, y en sus costumbres morigerarlos, engendrando en el pueblo esos gustos contrarios á los que abaten y denigran á nuestra especie, necesario es que rompan la cadena de su individual aislamiento; y entonando en unitivo coro el himno sacrosanto de la fraternidad, marchen de tal suerte fortalecidos á la vanguardia del espí-

ritu civilizador en su patria. Con su ejemplar conducta protesten desde luego y ante todo contra el funesto elemento de esas divisiones disolventes, de esa pugna provincialista, de esas emulaciones hostiles entre los hijos y habitantes de un mismo suelo—"perpetuas hostilidades (que dice Cantú) empeñadas sin razón, conducidas sin gloria, terminadas sin efecto, y que no prueban otra cosa más que la pertinacia del germen de la discordia en el hombre".

Levantando en lo muy alto el estandarte de la civilización moral, mucho, y con mucho afán y denuedo tiene que luchar Bolivia para encaminarse con redoblado aliento á conquistarse en América un puesto elevado que digno sea de su nombre. Ella ha de arribar á ese punto, no lo dudamos; y así como ostenta al frente de sus destinos nacionales el glorioso nombre del primer campeón de la independencia americana, descollará precisamente en moral engrandecimiento, en material progreso y en perfección política y literaria; de la manera que sobre la gran cadena de los Andes se ve descollar al Illampu y al Illimani, esos dos montes bolivianos, los más soberbios del Nuevo Mundo.

ANTONIO RAMALLO A.

EL SULTÁN

(IMITACIÓN DEL ITALIANO)

Cien pueblos son tus súbditos,
cien bellas tus esposas,
y cuanto acopia el Tauro
y olas del Caspio undosas
sométese á tu ley.
Sobre almohadón asirio
la molicie suspira,
hierve en la copa, y trémula
vibrando, acorde lira,
desciende el sueño al rey.

¿No eres feliz? é indómito
el cuidado te asalta
en perfumado tálamo,
y en el harem, que esmalta
tanto oriental primor?
¿Por qué á menudo entúrbiase
tu frente, y temes lazos,
y sueñas entre púrpura,

de huríes en los brazos,
fantasmas de terror?

Colinas de Bizancio,
¡cuán bella es esa luna
que el azulado Bósforo
tiñe en luz oportuna
con blando rielar!
Al tibio rayo, vírgenes
danzan entre las flores;
y el pescador de Tracia,
cantando sus amores,
echa la red al mar.

Sal, si las ondas diáfanas
quieres surcar; ya débil
mueve el aura los árboles
allá en la playa, y flébil
ya canta el ruiseñor.
Si tu morada espléndida
placer no te ofreciera,
sal, que la noche, el céfiro,
el mar, barca y ribera
pueden templar tu ardor.

Duerme el serrallo, el gárrulo
eunuco, y centinela;
todo enmudece; es único
allí el Sultán quien vela,
y el fiel Omar con él.
Omar, el siervo alárabe
que acepta la cadena,

de su señor en lo íntimo
lee la callada pena,
que nunca dijo aquél.

Toma una luz al súbito
mandato, y aclarando
la oculta senda lúgubre,
el monarca, callando,
va del esclavo en pos.
Los salones magníficos
pasan con marcha incierta,
y los tramos del tácito
harem; se abre una puerta,
y afuera están los dos.

Por el inmenso empíreo
majestuosa camina
la luna, y altas cúpulas
y techos ilumina,
y uno y otro confín.
La luz matan, que vívida
la reemplaza la luna
en el sendero lóbrego;
sin dilación alguna
entran en el jardín.

Al pasar de sus límites
tocan á un bosque espeso,
allí do corre límpido
un arroyo travieso
que á un río le da el sér.
—Omar, aquí mis órdenes

espera hasta que vuelva,
dice al esclavo el déspota,
y entre la oscura selva
vese desparecer.

Largo tiempo en las márgenes
el siervo le esperara;
goza del melancólico
bullir del agua clara
y piensa en su niñez.
Piensa en el techo rústico
do el aura vespertina
gozaba, entre aromáticos
rosales de Medina,
que no verá otra vez.

Mas un gemido tétrico
en el bosque se escucha,
como el convulso y último
suspiro del que lucha
con el postrero afán.
—¿Qué haré?... infringir sus órdenes...
¿quedarme?... ¿y si allí expira?...
Vence el amor... Los árboles
del bosque espeso gira,
y empuña el yatagán.

Halla en el bosque un cándido
mármol que el mirto cubre,
imagen de un sarcófago;
luego al Sultán descubre,
que al pie postrado está;

quien presto se alza, y túrbidos
vuelve al audaz los ojos;
y éste los brazos tímido
cruzando, cae de hinojos
implorando piedá.

—¿Y te atreviste?—El árbitro
eres tú de mi suerte;
yo tu vasallo. Mátame;
pensé ayuda traerte:
excúsame ser fiel.
—Álzate y me oye, rápido
envainando el acero,
dice; palpita, y trémulo
el monarca altanero
quizá se apiada de él.

—La historia, esclavo mísero,
oirás de mis dolores:
yo el primero, el árbitro
de Oriente, ardí en amores.
¡Por el amor cruel fuí!...
Como la luz bellísima
fuiste, Zoraida mía;
no eran la rosa pérsica
ni el lirio de Soría
bellos al par de tí.

¡Tu cabellera de ébano
solaz del céfiro era;
sin doblegar los céspedes

discurrías ligera,
como nada el alción!
¡Sonrisa de los ángeles,
tu celestial sonrisa;
del arpa en noche plácida
el són que trae la brisa,
fué de tu voz el són!

¡Y la maté! ¿Con lágrimas,
esclavo, ya condenas
á tu señor? Ocúltanse
al humano mis penas,
mi celoso furor.
¡Fanor, tú, de mis prístinos
años el compañero
en el pesar y el júbilo,
muerte te dió mi acero!...
¡muera también mi amor!

Fanor ama á Zoraida,
ella le da esperanza;
ambos en amor árdense,
yo en odio y en venganza
que sació mi puñal.
Mi propia mano al pérfido
el corazón traspasa;
la onda que en són monótono
al pie del muro pasa,
fué tumba del rival.

Á su amante la mísera,

que todo ignora, espera,
¡pero en vano! Las plácidas
ondas, la azul esfera,
la invitan á salir.
Desde una torre el piélago
con la mirada abarca,
y en las olas cerúleas
ansiosa cree la barca
del joven distinguir.

Y mientra espera, al céfiro
sus esperanzas fía,
y entona un triste cántico
ya conocido: "¡Ah! guía
la ágil barquilla á mí.
"Á mí que en esta frígida
ventana apoyo el seno,
espiando el éter líquido,
que si es bello y sereno,
no es comparable á tí.

"¡Ven, y la pluma cándida
que muellemente ondea
de tu turbante al vértice,
del pecho mío sea
remedo en su oscilar.
"¡Ven, y á tu lado, lúcido
brille el colgante acero. . ."
y aquí se calla, y, ávida,
á su cantar sincero
quiere respuesta hallar.

Y yo, ciego de cólera,
de vergüenza y enojos,
entro en la torre. Extática
la hallé, vueltos los ojos
al cielo en su beldá...
¡Quizá soñó con férvidos
besos y con abrazos!...
de su delirio en éxtasis,
la cojo entre mis brazos,
y al mar lanzada va.

Precipitada mírola
dejarse atrás el suelto
velo, que cruza cándido
sobre mi pecho envuelto,
¡involuntario dón!
Gimiendo el éter pártese
y al peso da camino;
y la onda melancólica
del golpe repentino
me vuelve el triste són.

¿Oíste? Son tus lágrimas
vanas para mi duelo;
tu suerte llora y númenes
que aquí te traen, y al cielo
que te da fe y amor.
Cual fuego subterráneo
es mi secreto, abrasa;
y al reventar volcánico,
por doquiera que pasa
sembrando va el terror.

Sólo las sombras tétricas
mi delito han sabido;
tú, entre los hombres único
que de mí lo has oído,
no lo podrás contar.

Y así diciendo, el fúlgido
puñal hunde en su seno,
y abandonado déjalo
sobre el césped ameno,
exánime acabar.

HERMÓGENES DE IRISARRI.

LA MUJER DE OJOS VERDES

RECUERDOS DE UN LOCO

¡Orillas de la laguna, junto á los perfumados arrayanes y á los lánguidos sauces; orillas de la laguna, sólo vosotras sabéis cuánto padeció mi alma!

Ellos han reducido mi existencia á contemplar el pálido rayo de sol que penetra á esta horrible celda; y los naranjos con azahares; y esa pequeña laguna, que está en el patio, tranquila y sin olas, como la vida de los seres felices.

¡Y es bastante!

Como ese pálido rayo de sol, así eran rubios los cabellos de la mujer de mis recuerdos; así, verdes como esos árboles, eran los ojos de la mujer de mis recuerdos; y brillaban como las estrellas que en la noche vienen á ocultarse en el fondo de la pequeña laguna.

***

Era necesario ser rico, porque no se puede amar sin riquezas.

¡Así pensaban los ancianos padres de la mujer amada, aunque sonreían, como aprobando mi amor!

Yo lo había sospechado, y trabajaba sin cesar, y miraba el pequeño retrato de ojos verdes como la esperanza...

¡Y era bastante necio para tener esperanzas!

*
* *

Ella vió florecer dieciocho veces los campos de su padre.

¡Esos campos, que eran mi cielo, porque llenaban las aspiraciones de mi alma—porque en ellos vivía la que me hacía creer en Dios—porque en ellos me amaba!

¡Ah! no lo dudéis!

¿Acaso yo no vi en sus ojos, tan grandes y brillantes, ese fuego interno, que es el lenguaje del alma casta, que ama y trata de ocultarlo?

¡Acaso no sentí vibrar el acento de esa mujer diciendo en cada modulación: te amo!

¡Creéis, por ventura, que no leí el secreto de su alma en la mano que temblorosa me abandonaba, y de cuyos tejidos, como hálitos misteriosos, brotaba la pasión!

¡Creéis que no vi, como el avaro su tesoro, aquella melancólica ternura, aquella languidez indefinible, aquella risa y contento nerviosos, aquellas lágrimas inexplicables que al brotar de sus ojos se evaporaban hasta Dios!

¡Ah! no lo dudéis jamás; esa mujer me amaba, y yo he sido muy justo en mis acciones!

*
* *

Ya comienza á deslizarse el rayo de luna por los barrotes de hierro de esta celda.

¡Con qué deleite y ansiedad lo veo crecer, moverse y llegar al ángulo del muro, donde tengo oculta una excavación que me dará libertad!

Como es necesario impedir que este rayo la descubra, me coloco delante de la faja de luz que arroja y entonces aparecen sombras por todos los muros de la celda...

¡Son mis sombras! vienen siempre á verme!

Eres tú, mi muy amada, que llegas á mi retiro; tu rostro está pálido; tus rubios cabellos son muy largos; me miras con tristeza, con amor; yo tiemblo de dicha, como en aquella tarde, cuando me diste la florecita azul! ¡No hablas una palabra, y yo ni siquiera me muevo de temor que huyas!

Pero á tu lado está el hombre fatal; y más allá tus estúpidos ancianos padres.

¡Que vean lo sucedido—es muy cierto—y en vano quieren hacer penetrar dudas en mi espíritu!

¡Es mentira que viváis felices, burlándoos de mí!

¡Además, tengo la excavación, y con mis uñas rompo la tierra, la estrujo y sigo estrujándola, y así sigo para ir á la laguna grande á saber la verdad!

Aunque es inútil, porque yo lo recuerdo todo, y lo repito de memoria...

Un día llegó á la hacienda el hombre fatal, y amó á la mujer de ojos verdes: eso era tan natural, que no me asombró nunca.

El hombre fatal tenía oro, y los estúpidos ancianos padres sonreían como aprobando su amor.

Yo devoraba en silencio mi rabia y mi amargura.

La mujer adorada se puso pensativa; mis secretos ins-

tintos me decían: ya no te ama; pero yo dudaba y trataba de borrar esas ideas. Me creía amado, y sólo aborrecía á los estúpidos ancianos padres.

Ya véis como lo recuerdo todo.

Llegó un día en que tuve que dejar la hacienda: ¡en los ojos verdes no vi esperanzas—y entonces esperé!

Esperé como el reptil que se arrastra en las malezas, que se oculta tras las rocas, que espía, paso á paso, á su presa.

¡Oh! qué vida tan dichosa!

Refugiado en casa de unos pobres campesinos, que me tenían compasión, presencié la divertida historia.

Todas las noches marchaba por el campo hasta llegar á las casas, y, oculto tras los árboles, veía la expresión de vuestros rostros, y me reía enterrando mis uñas en la carne, para sujetar la fiebre que me devoraba y los pensamientos y zumbidos de mi cerebro...

¡Ya veis cuán dichosa fué mi vida!

Una tarde estaba sentado entre los arrayanes, al bor de de la laguna.

Aspiraba el aire fresco del anochecer, y mi pecho sentía momentáneo alivio.

Cierta tristeza consoladora envolvía mi espíritu; y las sombras de la noche, que ya se acercaba, parecían llevarse en sus negros mantos todos mis acerbos dolores y mis fallidas esperanzas.

Me sentía como aletargado, y miraba inconsciente los pequeños vaivenes del agua, rizada por el viento, y algunas estrellas que venían curiosas á reflejarse en su superficie.

En esos instantes sentí un rumor por las malezas y os

vi á pocos pasos; apenas tuve tiempo para ocultarme y para ahogar los latidos de mi corazón.

Mil ideas raras pasaron por mi mente, ideas extravagantes, que me envolvieron como en un vértigo; y entonces oí que vosotros os decíais con amante acento:

—¡Seremos felices!

¡Felices, felices! me gritaban en los rincones del cerebro, y mis labios apretados sujetaban la risa... y en mi cerebro resonaban las palabras: ¡felices, felices! y volvían á sonar hasta que caí desplomado, queriendo sujetarme en vano en una rama de los arrayanes!...

*
* *

Cuando pude darme cuenta de mi existencia debía ser muy tarde de la noche; la luna rielaba en las aguas; los arrayanes se movían, y las pálidas estrellas me miraban con tanta tristeza, que, al verlas, me eché á llorar como un niño; sí ¡como un niño!

Fueron mis últimas lágrimas; ahora río como condenado, y trabajo en la excavación por donde he de hallar mi libertad.

Yo dejaré esta celda; dejaré la faja de luz donde bailan los seres queridos; y dejaré mi loca alegría, y mi tristeza, y hasta esas cadenas con que á veces me aprisionan; é iré á la laguna, y entre los arrayanes me reiré solo, sin convidar á nadie con mi dicha; y llevaré azahares del naranjo que está en el patio para arrojarlos al agua y verlos flotar como entonces, como flotaron entonces...

Porque cuando me hallé solo, encontré un ramo de azahares que se le había caído á la mujer de ojos ver-

des; y tomé ese ramo y, uno á uno, corté todos los azahares, y les dije para que supieran la verdad:

—Esa mujer me ha engañado; vosotras, pobres flores, no sabéis lo que es falsía; vosotras dais suave perfume hasta que os secáis; vosotras, rodeando la frente de la virgen, conocéis sus santas ideas, y, posadas sobre su corazón, oís los castos estremecimientos de un eterno amor correspondido... ¡ah! perdonadme si os voy á convertir en flores del silencio y de la nada; es mejor así para que no os profanéis con tanta maldad!...

Y arrojé los azahares á la laguna, y ellos se alejaron sobre el agua—moviéndose y moviéndose, como aprobando mis ideas.

¡Pobres flores, cuánto las amo!

Á ellas les conté las palabras de la muy amada; el amor correspondido durante la feliz hora.

¿Cómo olvidarla? era en esos mismos lugares; allí estaban los mismos floridos arrayanes; los mismos rumores del agua y del viento; y las pálidas estrellas de los cielos, que se enclavaban en el fondo de la laguna, como acercándose para ser testigos envidiosos de tanta inefable ventura!

*
* *

Todas las tardes recorría esos parajes donde fuí feliz; y todas las tardes la veía amar á otro, olvidando sus antiguos juramentos.

Y entonces yo arrancaba azahares de los naranjos, y los arrojaba á las aguas; y las flores se alejaban moviéndose y moviéndose, como aprobando mis ideas; y se arremolinaban formando una corona; y yo veía dentro de ella el rostro pálido de mi amada!

¡Todas las tardes recorría los parajes donde fuí feliz!

***

Un día los pobres campesinos en cuya casa me había refugiado, me dijeron que se iba á casar la mujer de ojos verdes.

¡Ella! cuánto reí al saberlo!

—Nos han encargado, señor, que cortemos arrayanes para la fiesta, añadieron los pobres campesinos.

—Yo os ayudaré, les dije; dadme el mejor cuchillo que tengáis y veréis cuán bueno soy para la obra.

Y salí á ayudar á los infelices, aunque se oponían bastante.

Llegamos al campo y me entregué á ese trabajo con frenesí, esperando hallar tregua á mis dolores del alma con el cansancio físico.

Era ya tarde de la noche cuando llevamos al patio de las casas las ramas cortadas.—Los inquilinos se retiraron, y yo quedé solo con mis tristes recuerdos.

Á medida que éstos me dominaban, un deseo loco se apoderó de mí, subyugándome con fuerza irresistible.

Quise vencerlo, pero fué imposible...

Entonces penetré á su cuarto por la ventana, que había dejado entreabierta quizás á causa del calor.—Ella dormía tranquila; un rayo de luna besaba sus cabellos; sus labios se movían formulando palabras; y su brazo traído sobre el seno parecía detener los latidos de su corazón.

Avancé unos cuantos pasos hacia el lecho, y al verla más de cerca quedé anonadado y sin darme cuenta de mi situación.

Mis tristes pensamientos huyeron, y huyeron todas aquellas luchas sangrientas que tenían por teatro mi alma desgarrada.—No sé qué atmósfera divina me envolvió, concentrando todo mi sér en la contemplación de la que tanto había amado.

Toda nuestra aciaga historia me parecía un sueño, un sueño terrible, que concluía haciéndome saborear más la venturosa realidad, porque sólo había sido un sueño.

Sus labios articularon unos cuantos sonidos con más fuerza y claridad.—Dí otro paso hacia el lecho y oí, sí, oí que ella decía:

—¡Fernando, te amo!

Era imposible; creí enloquecer; ¡pronunciaba mi nombre!...

¡Ah! cómo dudarlo! Caí de rodillas y la adoré en silencio.

¡Me ama!—¡No sabéis lo que esto significa! ¡No sabéis lo que es oírlo al alma cuando no es dueña de mentir! ¡No sabéis lo que es oírlo, cuando uno ama tanto!

¡Y lo olvidé todo para adorarla, porque era cierto; porque era como antes!—Tenía su vestido azul y corría conmigo por los campos, y, ya fatigada, se recostó en los musgos, y con un ramo de flores yo dí perfumado fresco a su rostro de niña y de ángel, tan hermoso y sonriente!

¡Y avancé de rodillas por el suelo!

El cansancio la había adormecido; pero era tiempo que volviera á la vida y á la dicha.

¡Y avancé más y más, y como quien toca un relicario puse mi mano en la suya!

Abrió sus verdes ojos y al verme ahogó un pequeño grito en su pecho.

—¿Qué haces aquí? me dijo; ¡vete, vete, por Dios!

—Jamás, antes que me escuches; he callado tanto...

—¡Tú quieres perderme; pueden verte; déjame hasta mañana; sufro mucho, Dios mío!

—¡Tú sufres y yo soy la causa; te he amado tanto... que debo haberte incomodado; esto de vivir siempre para otro es fastidioso; yo he querido todo tu corazón, todos tus pensamientos; perdóname porque no tengo culpa; eras tan buena, tus ojos son verdes como la esperanza, y yo he esperado tanto!...

—Sí, me contestó; tú has sido bueno, y yo te aprecio aunque ahora me hagas sufrir—pues le das mucha importancia á cosas de niño!...

—¡Cosas de niño! exclamé; ¡has dicho la verdad! tu amor de entonces fué un ensayo para cosas de grande, y escogiste un instrumento inofensivo;—¡ah! tan bien lo aprovechaste que te vas á casar con un hombre rico—¡oh! ¡qué dicha! tendrás palacios, y coches y joyas; pero te vendes por bajo precio; yo te avaluaba en mucho más.

—¡Te equivocas, me interrumpió, porque lo amo!

—¡Tú lo amas! tú! ah! ¡Yo quiero creerlo! cómo será ese amor! le darás un ramo de flores, como á mí; lo mirarás con tus ojos brillantes por la mentira; te enojarás sin motivo; llorarás un poco, si fuere necesario; y le dirás, sin reírte, que es el único hombre á quien has amado; mientras que yo acabo de oír de tus propios labios que me amabas! mientes aun durmiendo, ó te vendes por oro!

—¡Miserable! gritó esa mujer, pálida de cólera.

—Vas á llamar para que venga gente; hazlo y sabrán la verdad.

Ella se irguió terrible sobre el lecho y me dijo, marcando, una á una, las sílabas:

—¡Eres un cobarde; te desprecio!

Al oírla, oleadas de rabia y de fuego envolvieron mi sér.

¡Ah! entonces oprimí con ambas manos mi pecho porque verdaderamente me sentí morir; pero lancé un grito salvaje de dicha al tocar bajo mi ropa el cuchillo con que había cortado los arrayanes!

Me arrojé sobre ella y se lo hundí en el seno.

Cayó desfallecida sobre mi brazo; y la tomé y salí por la ventana al patio y al campo; y las sombras me seguían; y oía ruidos y gritos; y yo corría, corría hasta que llegué á la laguna, al lugar de los azahares; y el agua se abrió en círculos; y un lecho de flores recibió á la mujer amada y me arrodillé para adorarla en silencio.

Y arrojé sobre ella las flores, que allí tenía, y las flores se fueron sobre el agua, moviéndose, moviéndose, como aprobando mis ideas; y yo, de rodillas, la adoraba en silencio...

BRUNO LARRAÍN BARRA.

Marzo de 1883.

Á BLANCA

I

Ay! no sabes cuán hermosos
son los años de la infancia:
bella Blanca, nunca envidies
dolores de edad cansada;
dolores, á cuyo impulso,
allá en el fondo del alma,
son á menudo más tristes
las sonrisas que las lágrimas.

II

Esa tu edad inocente,
porque es dulce pronto pasa,
tal como pasan los soplos
con que suspiran las auras;
como las alegres voces
que se oyen en lontananza;

como el alción, que en los mares
refleja, al pasar, sus alas.

III

¡No hay que adelantar los tiempos:
ellos solos se adelantan!
Goza de la primavera
y goza de tus mañanas;
todas te dan bellas flores,
entretejidas guirnaldas;
déjalas, que el tiempo, sólo,
vendrá luego á deshojarlas! . . .

IV

Deja transcurrir los años;
que el destino te depara,
como á nosotros, pesares,
amistades que son falsas;
males que acaso se curan
y males sin esperanza,
placeres que causan duelos,
y placeres que nos matan. . .

V

Ríe, mejor es reír,
y vivir en la ignorancia
de lo que la suerte quiera
darnos, por dicha ó desgracia.—
Ríe, . . . que no se entristezca

tu graciosa frente, Blanca;
que siempre tus lindos ojos,
espejos de luz y gracias,
duerman en paz é inocencia,
como despiertos igualan
en reflejos á los cielos,
que son reflejo de tu alma!

CARLOS T. ROBINET.

SASTRE Y SISÓN

DOS PARECEN Y UNO SON

—¡Ea! Ea! señor Pedro Gutiérrez, despabílese usarced, ponga los huesos de punta, y véngase conmigo al Cabildo, que sus señorías los alcaldes don Nicolás de Rivera y don Juan Tello han menester decirle cuatro razones al alma. Y no me venga contando milagros á mí, que he sido arzobispo.

—Téngase allá, don Currutaco, y cada uno fume de su tabaco,—contestó el llamado Pedro Gutiérrez, que era un hombrecillo con una boca que más que boca era boca-calle, y unos ojuelos tan saltones que amenazaban salirse de la jurisdicción de la cara.—¿Qué tiene el señor Rivera, el Viejo, que ver en cosas de menestralería? ¡Por San Millán el cogolludo! ¿Quién lo mete á Juan Zoquete en si se arremete ó no se arremete? Derogue el cabildo su arancel, y habremos la fiesta en paz.

—Tenga quieta, señor Pedro Gutiérrez, esa su perla

de oro, y no le venga por ella un tabardillo pintado, con la justicia,—interrumpió el alguacil del cabildo, que no era otro el que recado tan alarmante traía al menestral.—Déjese usarced de ensalivarme la oreja, que alguacil soy y tengo hipos de Gobierno, y á fuer de tal le hecho la zarpa encima al mismísimo lucero del alba, y lo aposento en la casa de poco trigo y muchas pulgas. Con que así, no juguemos á la pizpirigaña, ni andemos por caballetes de tejado, no sea que la candela se hiele en la chimenea y resulte peor lo roto que lo descosido. Déjese querer, maestro, que no todo ha de ser lo que tase un sastre, y véngase conmigo, en haz y en paz, á lo de sus señorías los alcaldes.

Vínosele á las mientes á Pedro Gutiérrez aquello de que lo que no hacen tres *ccc* (charrasca, capa y corazón), no lo harán otras tres *ccc* (coraza, capacete y cobardía); púsose candado en la boca-calle, y diciéndose para su jubón de tiritaña flamenca:—¡Á Roma por bulas!—echó á caminar á la vera del alguacil.

Esto pasaba en noviembre de 1526, casi á los dos años de fundada Lima. Y era el caso que los cuatro sastres, únicos que la ciudad poseía para vestir á poco más de mil pobladores españoles, se habían conchabado para cobrar precios más subidos por la hechura de un jubón acuchillado, unos gregüescos de *piti pití*, un rebocillo parmesano ó una falda de damasco con tontillo de *rebusca* y corpiño de terciopelo, que en ese siglo eran los sastres modistas del sexo bello. ¿Qué hija de Eva con humos de elegante, se habría dejado, en 1526, vestir por modista ó *sastresa?*

El cabildo se propuso poner á raya á los sastres, y dictó una ordenanza ó arancel contra el cual se insolentó

Pedro Gutiérrez, que era el más caracterizado del gremio. Y dióse á murmurar con tanta destemplanza contra sus señorías los alcaldes, que éstos se amostazaron, enviaron al alguacil en busca del maldiciente, le echaron una peluca de padre y muy señor mío, y por seis horas lo enjaularon en la cárcel. En la mar los lenguados, y en chirona los deslenguados.

Pero Pedro Gutiérrez, el sastrecillo, era más templado que sus tijeras, y elevó recurso al cabildo, recurso que, sin alterar la ortografía, copio del tomo 42 de Documentos del Archivo de Indias:

"Muy magnífico señor é muy nobles señores:

"Pedro Gutierrez, sastre, vezino de esta Ciudad beso la mano de Vuestra Señoría é Mercedes, é digo: Que por Vuestra Señoría é Mercedes fué mandada tassar la ropa de vestir que fazen los sastres, é que cada uno cobrase é le hobieren de pagar las dichas ropas que fiziezen, en lo cual yo é los otros de mi oficio recibimos mucho daño é perjuicio, ansi porque nos ponen precios de las dichas ropas é son muy pequeños, de manera que con ello no ganamos de comer según están los mantenimientos de pan é vino é carne, que valen tan caros que una hanega de maíz vale dos castellanos é más una oveja siete pesos, e aun ansi no se falla, de manera que antes vendo de lo que tengo ganado para comer que no lo gano de presente. Por tanto suplico á Vuestra Señoría é Mercedes hayan por bien quitar la dicha tassa é arancel, si ansi Vuestra Señoría é Mercedes lo fizieren, faran bien é lo que es de justicia é á lo que son obligados; pues en Castilla no hay tassas ni aranceles en lo de os oficios de sastrerías. É donde no lo quitasen Vuestra Señoría é Mercedes, protesto de me quexar ante Su

Majestad del agravio que recibo con la dicha tassa é arancel.»

El cabildo se reconcomió ante la amenaza del zurcidor de tela, de ocurrir al mismo rey en demanda de justicia, y, después de alambicarlo en dos sesiones borrascosas, decretó:

—«Proveído lo que conviene, está bien proveído, é de presente no puede proveerse otra cosa, é quéxese como quexarse le pluguiere.—É yo, Domingo de la Presa, escribano é notario público, fuí presente á lo que proveído es, é por ende fize este mío signo en testimonio de a verdad.—*Domingo de la Presa.*»

¡Vaya un apellido muy de escribano!

Para testarudo, Pedro Gutiérrez. Lo ofreció y lo cumplió. Pidió copia de lo actuado, diósela el de la Presa por su correspondiente *cumquibus*, y memorialito á España.

Helo aquí:

«Sacra, Cesárea, Católica Majestad:

«Pedro Gutiérrez, sastre vezino de la cibdad de los Reyes, que es en la Provincia del Perú, digo: Que la justicia é regimiento de dicha cibdad sin causa ni razon alguna, solamente por sus propios intereses é por enemistad que me tienen, fizieron cierto arancel por el cual tassaron los precios que yo habia de llevar de las ropas que fiziese; é no embargante que les pedí é requerí que lo revocasen é me desagraviasen, por ser fecho en perjuicio mio é cosa nunca vista en estos reynos ni en todas las Indias, mayormente que gastaba con mi muxer é hijos é casa mucho mas que se ganaba al dicho oficio por estar la tierra muy cara, la dicha justicia é regimiento no lo quisieron fazer ni remediar. Suplico á Vuestra Majes-

tad que, en la mexor forma é manera que de derecho haya lugar, mande revocar lo proveido é mandado por las dichas justicia é regimiento me presento ante Vuestra Majestad en grado de apelacion del agravio é injusticia que me fizieron, é pido ampliamiento de justicia.»

No sé si Carlos V mandó decretar la petición, porque eso no consta en los documentos que á la vista tengo.

Al gobernador don Francisco Pizarro no le supo á mieles esto de que un pobre diablo de sastrecillo apelase ante el monarca, de la manera cómo en su gobernación se administraba justicia. Y presúmolo así porque, pasando una tarde don Francisco por la calle de Guitarrero (hoy de Jesús María, en la vecindad de la Merced), calle donde vivía la madre de los hijos del conquistador, vió á Pedro Gutiérrez parado á la puerta de su tienda y, poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo:

—Hermano Pedro Gutiérrez, no sea cabeza dura, y déjese de andar al morro con el cabildo, que pez chico no come á peje grande. Aténgase á mi consejo y librará con ventura.

—¿Y cuál es el consejo de Su Señoría?

—Que del paño saque las hechuras.

Pedro Gutiérrez quedó por un instante mirando con aire alelado al gobernador; mas, luego dióse una palmada en la frente como diciendo:—¡Ah, bruto! ¡y no ocurrírsete cosa tan sencilla!—Sin embargo, como el sastre no era de los que dan puntadas en falso, quiso ratificación y preguntó:

—¿Es puridad de consejo ó chiste de Su Señoría?

—Consejo, maestro, consejo—y continuó don Francisco calle adelante.

—Pues contando con la venia de su Señoría, yo y mis compañeros nos atendremos al consejo.

Y desde entonces los sastres de Lima se creyeron suficientemente autorizados para, sin escrúpulo de conciencia, sisar en la tela, lo que dió origen al refrán: *Sastre y sisón, dos parecen y uno son.*

RICARDO PALMA.

EL ARTE DRAMÁTICO

(Conclusión)

En verdad, ninguna de las artes es tan compleja ni de constitución tan variada como el arte dramático. Y natural es que así sea, puesto que él encierra todo el vasto conjunto de fenómenos que constituyen la vida humana, ya en su parcialidad específica, ya en su absoluta generalidad.

En las demás artes, si se exceptúa la música, basta la manifestación de un solo espíritu, la creación de un solo talento, para que ellas queden perfeccionadas; mientras que en el arte dramático requiérese, como he dicho ya, el concurso de dos diversos grupos, el autor por una parte, y los intérpretes de su obra por la otra: dos elementos distintos, pero que no deben sino confundirse en el gran todo del arte.

Comparando el dramático con las demás ramas aisladas de ese conjunto, no pasa inadvertida la gran diferencia entre aquél y éstas, que consiste en que, si unas viven

independientemente entre sí y sin necesitar el auxilio de las otras, el arte dramático, por el contrario, las llama en su ayuda, y casi ninguna deja de cooperar y concurrir al buen éxito que se propone.

Esto debe ser así necesariamente, y no hay que atribuirlo á pobreza ó limitación de los propios medios, sino antes bien al vastísimo campo donde su acción se esplaya y se desarrolla su objeto, que no es otro que el reproducir la vida del hombre bajo cada una de sus fases especiales, en que han de encerrarse á las veces todas ó cada una de las fases especiales del arte.

La combinación simultánea á que me refiero salta á la vista. La poesía es por cierto la base del arte dramático, y su constitutivo trascendental, y ella corre de cuenta del autor que crea, piensa y escribe. La música ha solido y suele acompañar al drama para hacer resaltar más el ritmo y la armonía de los sonidos, y aun puede decirse que, faltando ella en realidad, suple su ausencia la declamación, verdadero ritmo y armonía en el decir, y que no está léjos del canto, donde estos últimos hallan su perfección y complemento.

Otro tanto sucede con la danza. Por suprimida que esté en el teatro moderno, no puede dejarse de notar que existen y existirán siempre sus vestijios, visiblemente manifestados en los movimientos estéticos y cadenciosos del cuerpo.

En esto mismo se penetra al terreno de la escultura, pasando de los movimientos á las actitudes plásticas y tranquilas, que traducen ó expresan las varias situaciones de la forma humana en relación íntima con la parte espiritual del sér y sus atributos y sentimientos.

Ahora, por último, y para terminar la ojeada rápida á

las artes, no cabe duda alguna que también la pintura y la arquitectura contribuyen de manera poderosa al perfeccionamiento del conjunto dramático, la primera, en cuanto le presta el dibujo y los colores de que dispone; y la segunda, en cuanto le facilita á la vez sus líneas, sus edificios y sus monumentos.

Si el autor necesita ser eminentemente poeta, no es menos necesario que el actor sea eminentemente artista, so pena de que raye en un naturalismo vulgar, y que falte del todo á la vocación inspirada á que se dedica.

*
* *

Hay que advertir, sin embargo, que esta combinación ó cooperación de las diversas artes para el perfeccionamiento del teatro dramático, no es siempre igualmente poderosa, y que depende por lo común del género especial de que se trate. Grande es la extensión en que el poder de aquél se ejercita, pero muchas diferencias habrá que observar dentro de tales límites, desde el drama moderno hasta la ópera melódica, desde la comedia de costumbres hasta el bailete fantástico ó grotesco de la pantomima.

Considerando al arte dramático en su acepción la más limitada así como la más perfecta, esto es, en aquella en que el discurso ó el lenguaje, tal como acostumbramos hablarle, es la base y principio fundamental, no se me oculta que, pernicioso sería abusar de los medios ofrecidos por las otras artes para realzar desmedidamente el efecto sobre un auditorio, á menos que las situaciones especiales del asunto y las circunstancias así lo requieran.

Creo que el discurso sufre con la música y la danza,

porque los sentimientos, ó las sensaciones, para decir mejor, que éstas dos tratan de expresar y expresan, apenas tienen punto de contacto con las ideas sugeridas por aquél; que si unas tienen que ser perfectamente determinadas y concretas, son las otras así vagas é indefinidas como abstractas é indeterminadas.

Háse reaccionado en esto contra la costumbre antigua, y con justísima causa por cierto.

Los griegos, entre quienes muy poco cultivada estaba la declamación, echaban mano de la música y del canto para completarla, y sacrificaban naturalmente la inteligibilidad del asunto con tal de obtener un resultado más armonioso y más exquisita cadencia. No tenían entonces verdaderos artistas dramáticos, sino que cualquiera individuo, á las veces el poeta mismo, se presentaba en las tablas de los teatros á representar como su carencia de estudios y de especiales talentos se lo permitiese.

Lo propio fué causa de que los griegos no aprovecharan bastante de la acción y del movimiento del cuerpo, y que, hasta llevando máscaras que sus propias figuras ocultaban, se valiesen demasiado de la escultura plástica, que, al expresar más la subjetividad exterior del individuo que el sentimiento íntimo de su espíritu, se opone, llevada á tal estremo, á una de las necesidades y objetos del teatro dramático.

Entre nosotros ha variado de una manera notable el modo de ser de éste último. No contentándonos con la vaguedad de sentido y la falta de movimiento que traen consigo el empleo desmedido de la música y del canto, y la imitación continuada de las figuras esculturales, exijimos ante todo variedad de expresión y claridad constante de significado; hemos menester de frases precisas y termi-

nantes que concuerden con nuestra manera de pensar y discurrir, según las circunstancias, y también de movimientos acordes con la más rigorosa puntualidad á esos mismos sentimientos, de que deben ser eco fiel y retrato inequívoco.

***

Concebida y escrita la obra dramática, pónela su autor en manos del artista, á cuyo cargo está interpretarla y aun perfeccionarla. Termina el trabajo y la esfera de acción del primero para comenzar la del segundo, quien, para su interpretación sensible y efectiva, sólo cuenta con tres elementos que dependen absolutamente de sus dotes físicas y de su ingenio; ellos son: la recitación, la mímica y la acción ó movimiento.

El actor, haciendo á un lado completamente su propia personalidad, debe identificarse al carácter que representa; debe tender á que los espectadores olviden al individuo que tienen delante de sí y sus cualidades reales, transportados del todo al sitio y á la época que se retratan, y dominados por el carácter, no ficticio sino real por el momento, del personaje figurado que delante de ellos se mueve y habla.

El actor debe ponerse al servicio y coadyuvar á la obra del poeta, de quien se convierte en importantísimo instrumento; debe ser, según la expresión de Hegel, la esponja que absorba y recoja todos los colores y todas las sustancias para devolverlas en seguida intactas y sin variación alguna.

Pero á veces no le basta copiar la expresión indicada por el poeta, sino que debe suplir con su propia inteli-

gencia lo que aquél no dejara suficientemente comprendido; y es en estos casos cuando la originalidad y el talento del artista hallan mayor vuelo para espaciarse, aun á riesgo de no ser intérprete escrupulosamente fiel y sujeto.

*
* *

Al hablar de los medios de que dispone el artista dramático para el desempeño de su cometido, he nombrado la declamación como primero y más trascendental de los tres. Es, sin duda, el más importante, puesto que se refiere al lenguaje y á la manera de decir, y en esto estriba todo el drama.

La declamación se asemeja á la música, no por su objeto tanto como por su constitución, que tiene por base el ritmo y la armonía. Podría llamarse música prosaica. Si en la declamación se cambia el tono demasiado ligero, si las inflexiones de la voz son demasiado rápidas y violentas, llégase al canto; si, por el contrario, la modulación de sonidos es poco variada, y falta movimiento y diversidad en la cadencia rítmica del lenguaje, cáese entonces en la monotonía, que así en su acepción musical como en la de uso corriente, quiere decir igualdad de tono ó de sonido.

La declamación tiene forzosamente que variar y amoldarse á las situaciones y al asunto dramático; pues mal podría ser la misma en la tragedia heroica, donde aparecen dioses ú hombres divinizados, que en la comedia de costumbres, en la cual los actores deben hablar como nosotros mismos hablamos en nuestra vida ordinaria.

Esta diferencia ó estas variaciones de la declamación,

no tienen en tal caso nada de extraño; pero se observan también, y muy notables, en asuntos de género análogo, según la costumbre y manera de ver artística de cada escuela.

Tampoco es raro que éstas existan, y que su existencia dependa de los idiomas de los propios países, con los cuales el modo especial de decir está tan íntimamente relacionado, como que la declamación se forma y desarrolla según la tendencia de los sonidos y el agrupamiento de las voces y de las frases.

Casi me atrevería á sentar que la declamación, tal como la comprendemos ahora, por lo menos, es arte de creación moderna; porque, si la tenían los griegos en el período culminante de su literatura y en el apogeo de su grandeza, era, según antes advertí, de tal suerte ayudada y realzada por la música y los coros, que carecía de la independencia que obtuvo más tarde.

En los tiempos modernos cada uno de los países productores de obras dramáticas ha tenido un sistema, más ó menos diverso, de declamación, que depende del idioma en que ésta tiene que verificarse.

Muy conocidas son las famosas reglas que da Shakespeare á los comediantes, valiéndose del mismo Hamlet que habla con aquellos que han venido á representar una tragedia á la corte de su tío, el rey de Dinamarca. «Pronunciad, os ruego, las palabras, dice Hamlet entre otras cosas, como yo os las he hecho repetir; la lengua debe sólo pasar ligeramente sobre ellas. Pero si me las desencadenáis así como muchos de nuestros comediantes lo hacen, ved que me sería entonces preferible que el ugier de la ciudad hubiese declamado mis versos. También os recomiendo no sembréis tanto con las manos por el aire,

antes bien haced todo con tasa y medida; pues en medio del torrente, en medio de la tempestad, en medio, por decirlo así, del impetuoso torbellino de las pasiones, debéis adquirir cierto grado de moderación que lo hagan suave y bonancible.»

«¡Oh! me irrita sobremanera oír á uno de estos robustos hombrazos aderezados de peluca despedazar la pasión hasta hacerla jirones, destrozando los oídos aun del vulgo, y que no es capaz de otra cosa que pantomima y ruido inexplicable.

«No seáis tampoco apacibles en demasía, pero que vuestra propia discreción os encamine: conformad la acción á la palabra, y la palabra á la acción, con la especial observancia de no sobrepujar á la modestia de la naturaleza; pues cualquiera cosa así exagerada se aparta del objeto de la representación dramática, cuyo fin, tanto al principio como ahora, fué y es, por decirlo así, presentar á la naturaleza su propio espejo; mostrar á la virtud sus propios rasgos; burlarse de la imagen de aquélla y dar su forma y presión á la misma edad y cuerpo de la época. Ahora, exajerado todo esto ó tardíamente hecho, aunque sea motivo de risa para los torpes, no puede menos de agraviar á los cuerdos, y la censura de uno sólo de los últimos debe pesar para vosotros más que un numeroso público de los primeros. ¡Oh! existen actores que yo he visto representar, y oído alabar á muchos con entusiasmo, que, sin tener el acento de cristianos, ni el tenor de cristiano, pagano ú hombre, se manejan y vociferan de tal suerte, que se me ocurría que alguno de los jornaleros de la naturaleza hubiera hecho á los hombres, y no los había hecho bien, tan abominablemente imitaban á la humanidad.»

Lo que Shakespeare trataba de corregir hace tres siglos no se ha corregido aún en Inglaterra, si defecto pueden llamarse el exceso de gesticulación y la exagerada inflexión de tonos en el lenguaje. Esa manera de declamar no está contra la naturaleza sino que es más bien exageración de la naturaleza. Así como el idioma inglés, verdadero dialecto formado según las necesidades de un pueblo eminentemente práctico, ella no se contiene dentro de límites fijos ó determinadas reglas, y si pierde en en gracia y elegancia medida, gana en cambio en sencillez y sinceridad.

***

La declamación de Francia es totalmente diversa. En la tragedia hay monotonía; en la comedia, exageración de naturalidad.

Lo primero se explica fácilmente. Las circunstancias bajo las cuales nació el drama clásico, y se formó, puede decirse, el idioma francés, fueron tales que exigian el estiramiento mas estricto en la forma, y la sujeción mas completa á reglas casi tiránicas que, ni el poeta en sus versos, ni en su manera de decirlos el artista, podían quebrantar.

El francés es, ante todo, idioma de sociedad culta, y estando por lo tanto sometido á las exigencias de ésta, así en su formación como en su desarrollo sucesivo, no podía permitirse los arranques desbordados ni las impetuosas expansiones que sacrifican casi siempre la elegancia por lo que los franceses llaman *naïveté*, término para el cual no encuentro versión equivalente en castellano.

Ese sometimiento á las exigencias y á la moda de una

época dada, de que hablé ya en la primera parte de este ensayo, se hizo sentir no sólo en el idioma, i en las costumbres, y en el drama escrito, sino también en la declamación de sus versos, para cuya monotonía influyó además el alejandrino, metro adoptado siempre en la alta poesía francesa, y que, por bello que sea muchas veces, es otras monótono y uniforme hasta el fastidio.

Ahora, si de la declamación trágica, que es la que mayormente penetra al dominio del arte, pasamos á la cómica, ó siquiera á aquella que se observa en los dramas franceses de diaria ocurrencia, encontramos probablemente exceso de naturalidad.

Tanta analogía y puntos de unión existen entre el autor y el artista, que no juzgo sino naturalísimo este lazo y esta semejanza de tendencias que les hace manifestar las mismas cualidades ó los mismos defectos.

Al decir exceso de naturalidad quería decir naturalismo, i el naturalismo en el lenguaje hablado no es sino el eco de aquel que se encuentra en el lenguaje escrito.

A riesgo de repetir ideas emitidas ya en el curso de estas páginas, observaré nuevamente que no es menos deber del artista que del autor dramático el alejarse en lo posible de la exageración de dicha tendencia, pues también aquél, como representante de un arte elevado, no debería contentarse con imitar únicamente á la naturaleza, sino tratar en muchos casos de idealizarla, combinando de esa manera en su representación lo verdadero con lo bello, elementos ambos constitutivos de la estética.

*
* *

Si la declamación francesa é inglesa participan de los

caracteres palpables de los respectivos lenguajes, no sabría bien clasificar la alemana y la española, que son las otras dos que medianamente conozco y sobre las cuales me será permitido verter una que otra observación aunque somera.

El alemán, lengua científica, y más especulativa que práctica, préstase mejor á las lucubraciones de la mente que al ejercicio y manifestación del ingenio ordinario. Es grandioso y sonoro en la poesía, pero lento, pesado y monótono en la prosa. Carece de la sencillez y espontaneidad que en el inglés admiramos, y de la gracia y elegancia de la lengua francesa. Es un término medio entre el dialecto expresivo y conciso y el lenguaje aristocrático de la sociedad civilizada.

Esto por una parte; y por la otra, el hecho de que la raza alemana no sea, por naturaleza, dramática, sino más bien de inclinación dulce y apacible, como su vida y modo de ser comunmente lo manifiestan, contribuye en gran manera á que su declamación sea menos ingenua que rebuscada, porque sus artistas, con escasos dotes naturales, necesitan de mayor estudio para perfeccionarse, y sobresalir colocándose á la altura de los de otros países.

Esto de la afectación y del rebuscamiento me parece mas ostensible aún en la declamación española, y aunque no me explico el origen de tal sistema, diviso al menos que lo mismo sucede en varias otras ramas del arte.

El idioma castellano, cuya índole es tan semejante á la de los demás dialectos latinos, es hermoso, sonoro é imponente como ninguno, pero sucede desgraciadamente que ha perdido en el teatro moderno la elasticidad agradable y la natural soltura que se requiere para no comprometer la naturalidad.

Hay en España la tendencia impresionista, que si en el drama se manifiesta por las escenas y situaciones difíciles y hasta inverosímiles, y en su representación teatral por las declamaciones que podría llamar melodramáticas, no es en menor grado ostensible en otras artes, la pintura, por ejemplo, que llevada á grande altura y desarrollo por los españoles, no deja de inspirarse con demasiada frecuencia en asuntos que se refieren más á lo pátético terrible que á lo patético hermoso y verdadero.

De todo lo dicho sobre declamación en los párrafos que anteceden, despréndese que, á mi juicio, son los franceses quienes mejor la cultivan, porque, á pesar de los defectos propios de su escuela, acércanse mucho más á la verdad artística y á la naturaleza real; y esto principalmente en las comedias y dramas modernos que retratan las costumbres contemporáneas. Son ellos por instinto los mejores comediantes, los que han menester de menos estudio para interpretar debidamente á sus dramaturgos; y siempre han estado en voga entre todos los espectadores del mundo, porque logran, tan fácilmente que hasta lo exajeran, el don universalmente preciado de la naturalidad.

*
* *

La mímica y la acción constituyen los otros dos elementos que el arte dramático pone á merced del artista, su intérprete. No son quizás de tan trascendental importancia como aquel de que he venido ocupándome, pero no por eso dejan de merecer estudio, como que todos tres forman el conjunto de ese arte.

Por elevados que sean los personajes dramáticos y por vasto el talento y brillantes las dotes artísticas de aquellos que los representan, no puede ocultarse que es imposible hallar en el teatro la grandiosidad épica ni la elevación sobrecojedora de la epopeya.

Basta la circunstancia de que los espectadores vean delante de sí á hombres como ellos, basta que escuchen su voz y observen sus movimientos tan materiales y verdaderos como los más, para que esa comparación inmediata destruya al instante parte siquiera de la ilusión arrobadora de los poemas.

Pero aunque la materialidad humana con la pesadez anti-espiritual de las formas, sumerja, por decirlo así, ó sujete en el suelo á esa fuerza incorpórea que trata de levantarse, es verdad que no hay motivo para exigir del genio dramático algo que está más allá de su propia esfera. y que penetra en otras apartadas regiones de la poesía.

Si el objeto del arte dramático no es otro que, unas veces, pintar las grandes luchas de la pasión contra la necesidad ó el destino, ú otras, retratar los caractéres de los individuos y las costumbres de una sociedad en que real y verdaderamente vivimos, es claro que una vez satisfechas estas condiciones debemos contentarnos, y no pedir al artista que de su ejecución se ha encargado, más desempeño que aquel que á su misión conviene y cumple.

El retrato de las pasiones humanas es la piedra de toque en que viene á estrellarse todo artista, y en la cual pónese en prueba su talento. Para expresarlas debidamente, para dejarnos poseídos de que le domina la cólera, el dolor, la alegría, la tristeza, la envidia ó la maldad, casi medios más importantes que la declamación

son la mímica, los gestos y los movimientos, porque en la naturaleza todos esos ímpetus ó tendencias del alma más se sienten que se hablan, y más se expresan con las contorsiones nerviosas que con la lengua.

Por este motivo es de suma importancia para el artista que sepa amoldar su porte perfectamente á cada situación dramática, y que se presente ante el público, ya con la dignidad grandiosa en la tragedia, ya con la verdadera naturalidad en la comedia, haciéndonos así concebir de una manera completa á todo el personaje con las peculiaridades de su carácter, según se ha encargado de retratarle el poeta.

En esta perfección de los detalles es donde se advierte si el actor es simplemente una máquina viva que aprende á recitar más ó menos correctamente un papel aprendido, ó si, por el contrario, comprende cuanto dice con su alma inteligente, y lo siente con su alma sensible; y según esto varía la impresión que produce ó la influencia que ejerce en el ánimo de los espectadores.

Tanto pueden el ejercicio y el arte, sin embargo, que nada es más difícil que precisar el grado de sentimiento en los actores, y distinguir entre uno que verdaderamente le tiene, y otro que sin tenerle le manifiesta.

Asunto es este en que las opiniones están en desacuerdo. Algunos sostienen que el actor necesita sentir cuanto expresa; otros, por la inversa, creen que si tal sucediera, jamás podría haber perfección en el arte dramático.

Al número de los últimos pertenece Diderot, quien, en su pequeña obra *La Paradoxe du Comedien*, sostiene que para ser buen comediante es menester hacerse del todo insensible, de tal suerte que, mientras los labios

vierten fuertísimos conceptos y sentidísimas razones, mientras toda la persona parece dominada por el sentimiento más hondo y por la pasión más viva y vehemente, permanezcan su alma y su corazón ajenos á esa lucha fingida, externa pero no verdadera. Cree Diderot que únicamente con la más completa insensibilidad puede un actor sobresalir en su arte, porque le es permitido estudiar así paso por paso, movimiento por movimiento, frase por frase, sin que la emoción íntima le perturbe ó confunda.

Juzgo que sentar semejante teoría en términos generales es peligroso para el arte.

Bien puede suceder que exista un talento extraordinario, un genio, por decirlo así, que sepa adaptarse á las diversas situaciones en el momento, que pueda cambiar una y otra vez de carácter, de rol, de fisonomía, sin que por eso su alma se impresione, ni tome parte alguna en el movimiento de su cuerpo y de sus labios; pero ese talento sería en verdad una excepción, de suerte que no confirmaría aquella regla.

Garrick, el más grande de los trágicos que hayan existido, puede contarse en el número de esas excepciones. Tenía él el don característico y admirable de cambiar de fisonomía con la rapidez del rayo. Oculto su cuerpo trás una cortina, y asomando sólo la cara, expresaba con ésta en un instante dolor, risa, desesperación, tristeza, miedo, alegría, estupidez, lucha interior, y en fin, todos los movimientos y las pasiones íntimas del alma, y claro está que no podía sentirlas todas en tan corto espacio de tiempo.

Si se recomienda, empero, á todos los actores que se esfuerzen en no sentir algo siquiera de lo que expresan,

ó lo que da igual resultado, que se tornen en simples máquinas de gestos y palabras, temo que se trabajaría por el decaimiento del arte dramático, pues los actores mediocres habrían de dar muestras de una frialdad insoportable, de una falta completa de movimiento y vida, y de un contraste chocante entre ellos mismos y el personaje á que están llamados á representar. del cual convertiríanse en ridícula parodia. Caería la ilusión del teatro por el suelo, para llegar á ser la interpretación de las tragedias farsa grotesca, con tan poco atractivo como interés artístico.

Ahora bien, que un buen comediante necesita ser insensible hasta cierto grado paréceme fuera de duda; en igual modo necesita un orador cierto grado de tranquilidad y sangre fria. Aquél, como éste, debe dominar sus arrebatos y sus movimientos interiores con el fin de no ser avasallado por las propias pasiones, sino antes bien de avasallarlas á voluntad y de revestirlas del arte necesario para ocultar las brusquedades desordenadas que abundarían de otra suerte, y para poetizar un poco esas pasiones que, en su desarrollo y natural espresión, tienen más de salvaje que de bellas y grandiosas.

Por otra parte, si todo lo espresado fuese verdaderamente sentido por el artista, su vida serían sufrimiento y lucha perpetuos. Ya él, como todo hombre, tiene en la vida real sus pesares propios, sus desagrados y sus infortunios, y si hubiese de sufrir nuevamente en la escena, como parece; si fuese, ya víctima de la pasión de los celos con una mujer que le es indiferente, ya de las condenaciones por supuestos crímenes, ya de rencores por fingidas ofensas, ó víctima de tantos otros trances dificilísimos que las tragedias á cada paso proporcionan,

tendríamos entonces que compadecerle por haber adoptado el ejercicio de un arte tan cruel, que en vez de distraerle y servirle de solaz para los sufrimientos reales de la vida, se los aumentaría tan sólo, haciéndolo á la vez un mártir de ficción.

Creo, por esto, que ambos extremos son perjudiciales. No debe haber ni demasiada insensibilidad, ni demasiada emoción verdadera. La primera conduce al decaimiento del arte por la frialdad excesiva; la segunda conduce á igual término por el exceso de naturalismo, que entraña falta de arte en el desenvolvimiento de las pasiones, y poca graduación entre los varios sentimientos del alma. Un actor perfecto debe posesionarse de la escena, como vulgarmente se dice, lo necesario para que los espectadores vean en él sólo al personaje que representa, sin que por ello pierda la sangre fría, que hace que una vez corrido el telón del teatro vuelva inmediamente á la vida ordinaria, olvidando las emociones pasajeras y las luchas colosales de la ficción.

Con esto doy por terminadas mis ligeras apuntaciones sobre el arte dramático.

WANDERER

CHILENISMOS

(Continuación) (1)

Abombarse, abombado, da. Estas palabras, muy corrientes en Chile, aparecen en el Diccionario del señor Rodríguez con los significados siguientes: la 1.ª "Perder en parte la lucidez de las facultades mentales", y la 2.ª "*ebrio*, y, más exactamente, *achispado*". Olvidósele, sin embargo, al autor otra acepción muy en uso, cual es la de perder el vino ó cualquier otro líquido alcohólico ó volátil, su fuerza, sabor ó fragancia. El propio equivalente de *abombarse*, en este sentido, es *desvanecerse*. Véanse las varias significaciones de este verbo en el Dic. de la Real Academia.

Aborlonado, da. No hay tal vocablo; pero aquí es muy usado, sobre todo entre las señoras, para significar la tela ó paño *acanillado*, que es aquél que forma canillas, vetas ó listas, á causa de la desigualdad del hilo, del tejido ó del color. Existe sí el sustantivo *borlón*, que es, según el Dic., "La tela de hilo y algodón sembrada de borlitas, semejante á la cotonía". Por esta descripción se verá que es cosa diversa de lo que aquí llamamos *aborlonado*, cuyo equivalente, como ya se dijo, es *acanillado, da.*

Abrochar, se. "Abrocharse con alguien", que dicen muchos, es *cerrar pecho á pecho* ó *apechugar* con él; y "abrocharlo" es *apercollarlo*,

(1) La continuación del artículo *Chilenismos*, que empezó á publicarse en el número 53 de esta REVISTA, se ha retardado por enfermedad del autor.—*Los editores.*

cogerlo. Otro equivalente de este verbo en su forma recíproca, es el chilenismo *trenzarse*, que aparece en el Dic. del señor Rodríguez. Debe advertirse que *apechugar* es verbo neutro y que no puede por consiguiente, decirse «lo *apechugué*».

Absolutamente. Es bastante común en Chile atribuirle á este adverbio el significado de *en ninguna manera*, *de ningún modo*, acepción de que notoriamente carece. Ej. «¿Iba usted salir?—Absolutamente»; con lo cual quiso decirse que no se pensaba en tal cosa.

Acacio. Á este árbol, que tiene jénero femenino, lo hemos aquí masculinizado (pase el verbo , aunque no aparezca en el Diccionario de la lengua, pues su castiza formación lo abona).

Acarraladura. Á este sustantivo, anotado por el señor Rodríguez como chilenismo, creo que sería muy justo darle carta de ciudadanía castellana, puesto que no es más que el efecto de *acarralar*, verbo que, según el Diccionario, significa «Encoger un hilo ó dejar un claro entre dos en los tejidos. U. m. c. r.»

Acentuarse. He leído muchas veces frases como las siguientes: «Se *acentúa* el rumor de que don N. N. ha renunciado á su empleo»; «La opinión se *acentuaba* en favor de don X. X.» Aunque esta acepción de *acentuarse* es, en rigor, un galicismo, como no lo trae del Dic. de Baralt y es aquí tan corriente, conviene señalarlo, para su total extirpación. La primera frase puede castellanizarse, diciendo; «*Se afirma*, *cunde*, *se extiende*, *toma vuelo*, *persiste* el rumor» etc.; y la segunda, de esta manera: «La opinión *se declaraba*, *se decidía*, *se aunaba* en favor de don X. X.»

Acezar y **Acecido.** Á estas palabras les ha suprimido la Academia la nota de anticuadas y á la segunda de ellas la incluye como prov. mejicano equivalente á *acezo*, «acción y efecto de acezar».

Acodillarse. No tiene este verbo el significado, tan común entre nosotros, de contraer las cabalgaduras ciertas enfermedades, como heridas ó callos en el paraje donde se les cincha, que es detrás de los codillos. Esta enfermedad se llama en veterinaria *cinchera*. *Acodillar* tiene acepciones muy distintas de la apuntada en este párrafo, como puede verse en el Diccionario.

Acusete, que dicen los muchachos, es en castellano *acusón*, *na*, «adj. fam. Dícese del muchacho que acostumbra acusar á los otros». Dic. de la Acad.

Adjuntar. Si bien existe el adj. *adjunto*, *ta*, no hay tal verbo *adjuntar*, ni hace falta, puesto que tenemos á *incluir*, *acompañar* y otros varios. No es este verbo exclusivamente nuestro, que también lo usan en Colombia, según se ve en las *Apuntaciones Críticas sobre el Len-*

guaje Bogotano, del señor don Rufino J. Cuervo. De modo que la frase "Le adjunto con esta carta un recibo ó una letra", debe cambiarse por "Le *incluyo* ó *acompaño* un recibo"; "*Va con* esta carta, ó *va adjunta* á esta carta una letra".

Aereolito, aereostático, aereonauta. Sobra en estas palabras y en otras afines de ellas, que también se escriben y pronuncian mal, la segunda *e;* debe decirse *aerolito*, *aerostático*, *aeronauta*; pues el primer vocablo componente es la voz latina *aer*, y no el adj. castellano *aéreo*.

Agredir. Á propósito de este verbo dice el señor Cuervo, en la obra antes citada: "*Agresor* y *agresión* nos han hecho formar *agredir*, verbo inconjugable en muchas de sus inflexiones, é inútil por existir *acometer*, *atacar*, *embestir*. Aunque en lo antiguo se usó *transgredir*, nos parece hallarse en el mismo caso, y cuando se nos ofrezca, diremos *violar*, *quebrantar*, *traspasar*." *Apunts. Críticas*, núm. 759 (4.ª edición).

Agua florida, Agua colonia. Dígase Agua *de la* Florida, Agua *de* Colonia.

Agujetero es la persona que hace agujetas ó que las vende; pero la "especie de cañuto pequeño de metal, madera ú otra materia, que sirve para tener en él alfileres y agujas", se llama *alfiletero*.

"**Ahogo** es congoja ó aprieto; *ahoguío*, opresión en el pecho que impide respirar con libertad." Cuervo, *Apunts. Críticas*.

Ahuanés. Es este un adjetivo con que calificamos cierto color de animales vacunos, de lomo, pecho y barriga blancos, y ambos costillares negros, colorados ó bayos: y así hay *ahuaneses* negros, colorados ó bayos. Ignoro qué nombre darán en España á esta piel de los animales bovinos.

Álbums. Este sí que es "revesado plural", como dijo, aunque no con tanta razón, de *álbumes*, Bretón de los Herreros; y, sin embargo, así dicen en Chile muchas personas, quizás para demostrar desembarazo y expedición en la lengua. El plural de *álbum* es *álbumes*, como puede verse en la *Gramática de la Academia* (Parte I, cap. III, pág. 27). Sobrado fundamento ha habido para darle á esta palabra un plural conforme á las reglas de la analogía castellana; la fonética del idioma rechaza esa aglomeración de consonantes finales. Igual eufonización debiera intentarse con el plural de *club:* es mucho más fácil pronunciar *clubes* que no *clubs;* además de que, aceptado el vocablo por la Academia, es menester que su plural se conforme á las leyes analógicas que en nuestra lengua lo rigen: "toda palabra grave terminada en consonante añade al singular la sílaba *es*."

Aljedrez dicen muchos: bórrese la *l* y dígase *ajedrez*.

Alíniense. Voz de mando de oficiales del ejército y de inspectores de colegios, y no hay duda, sino que unos y otros ignoran la conjugación del verbo *alinearse*, que es: yo me *alinéo*, tú te *alinéas*, él se *alinéa*, etc. y, por consiguiente, *alinéense*. Hé aquí lo que dice don R. J. Cuervo, á propósito de este mismo verbo: "Los verbos en *ear* no llevan jamás el acento antes de esta terminación; es, por tanto, mal dicho *yo delíneo*, en vez de *yo delinéo*, y se corregirá aquello de *alíniense*, diciendo *alinéense*.

Alpechín es el líquido de color oscuro y olor fétido que exprimen las aceitunas cuando están apiladas antes de la molienda, ó el que exhalan echándolas en agua hirviendo. No se llama así, por consiguiente, el zumo acre que despide la corteza de las naranjas, al majarlas ó mondarlas. Ignoro cuál sea el nombre propio de esta sustancia.

Altar. Verbo es este muy usado entre nosotros, sobre todo por carpinteros, ebanistas, albañiles, decoradores, etc.; y, realmente, no hay otro que exprese con exacta equivalencia lo que con este significamos-lo cual se comprobará mejor con un ejemplo. Pongo por caso que ha quedado muy baja la coronación de un mueble cualquiera; puede de; cirse castizamente que hay que *levantarla;* pero este verbo, por sus muchas y muy variadas acepciones no es apto para interpretar nuestra idea con la exactitud necesaria: *levantar* la coronación de un mueble podrá significar con mayor propiedad "alzarla en el aire" que "darle mayor altura". Lo mismo puede decirse de otros verbos sinónimos de *levantar*, como *alzar*, *elevar*, *subir*, etc. En todo caso, *altar*, ya en esta forma infinitiva, ó en algunas de las correspondientes á su conjugación, podría dar lugar á ambigüedad; sería por consiguiente preferible *enaltar*, semejante á *enaltecer*, si bien de significación más material.

Altiplanicie. Esta voz no aparece en el Dic. y don Rufino J. Cuervo la reprueba con buena copia de eruditas razones, como puede verse en sus *Apuntaciones Críticas*, núm. 720. La palabra castellana equivalente es *meseta*.

Amarilloso. No hay tal adjetivo, ni se necesita: dígase *amarillento, ta*,—"Que tira á amarillo".

Amohosar. También es muy mal dicho; corríjase por *enmohecer*, *amohecerse*, *orinecerse*, y si se trata de metales, *tomarse*.

Amordazar. Este verbo, considerado como chilenismo por el señor Rodríguez, aparece en la última edición del Dic. de la Acad. con la propia significación de *enmordazar*, poner mordaza.

Ampoa dicen muchos, afectando suma pulcritud, y dicen muy mal, pues la palabra es *ampolla* y de ahí el verbo *ampollar, se*.

Amugronar. Este verbo, que es castellano, tiene muy otra signifi-

cación de la que en Chile le atribuímos, como puede verse en el Dic.; el equivalente propio es *acodar* "agr. Meter debajo de tierra el vástago ó tallo doblado de una planta sin separarlo del tronco y tallo principal, dejando fuera la extremidad y cogollo de aquél, para que eche raíces la parte enterrada y forme otra nueva planta". Dic. Acad.

Anchar. Á propósito de este verbo, tan usado en Chile como en Colombia, dice el señor Cuervo lo que á continuación copiamos: "Al modo que de *angosto* nace *angostar*, de *ancho* hubiera de decirse *anchar*, como se hace entre nosotros; no obstante, lo castizo es *ensanchar*"... "*Anchar* se usa tambien en España; de suerte que ni el más escrupuloso podrá objetar nada á una voz que á la formación analógica reúne la universalidad del uso: "Venía bien con el uniforme de "las tropas ligeras españolas de aquel tiempo, chaqueta con alamares "ceñida, pantalón igual en color á la chaqueta, y en la cabeza lo llamado "entonces morrión, y después chacó, que iba *anchando* según subía. (Alcalá Galiano, *Recuerdos de un anciano*, pág. 129)." Cuervo, *Apuntaciones Críticas*, núm. 754. Como que *altar* ó *enaltar* se hallan en circunstancias iguales al verbo de este párrafo, puede con razones análogas patrocinárseles.

Anexionar. No veo qué pueda ganarse con este estrambótico verbo, existiendo, como existe, el muy castizo *anexar*.

Ansio o **ansío.** El uso es vario, aquí como en España, y los poetas lo acentúan caprichosamente de una ú otra manera, según les viene á cuento para la medida ó la rima. Con todo, es preferible acentuar la *a*, *ánsio*, pues de esta manera se conforma á la regla general de los verbos compuestos ó derivados de nombre, que conservan la acentuación del primitivo; como yo *estúdio*, yo *enfrío*, yo *rábio*, yo *espácio*, etc.

Apellidos. Sobre este asunto no hay sino que lamentar la creciente corruptela de negarles el plural contra toda regla y buen uso. Qué cosa más común que oír *los Larraín*, *los Pinto*, *los Vergara*, debiendo en buena ley decirse *los Larraínes*, *los Pintos*, *los Vergaras*. Así lo observa el uso general y uniforme de cuantos pueblos hablan el castellano (si se exceptúa el nuestro), y así lo han reconocido y sancionado gramáticos insignes como la Academia, Bello, Cuervo, Caro y demás que han escrito sobre la materia. Es muy digno de leerse el núm. 169 de las *Apuntaciones Críticas* de don R. J. Cuervo, que trata con abundancia este punto, y expone numerosas y valederas razones para esclarecerlo.

Otra cosa que hay que notar sobre los apellidos, tal como se usan en Chile, es la mala ortografía con que muchos de ellos se escriben. Introdújose aquí la moda, si ya no tuvo aquí mismo nacimiento, de

considerar á la preposición *de* como partícula nobiliaria, y esta costumbre, hija, por cierto, de la más supina ignorancia, dió al traste con los *del Castillo*, *de León*, *de Vergara*, *del Río*, *de la Sierra*, etc., y desde tan felice acontecimiento *Castillos* y *Leones*, *Vergaras*, *Ríos* y *Sierras* sacrificaron en aras de la más perfecta igualdad democrática aquella maldecida preposición *de*, si bien no con ella sus inveterados prejuicios, usos, costumbres y ceremonias: y ¡qué felices fuimos desde entónces! ¡cómo nos dimos las manos y en fraternal abrazo nos confundimos patanes y caballeros!

Pero, después de todo, lo más curioso del caso fué que la preposición *de* hubo de pasarse ladinamente de los apellidos significantes de sitios ó lugares (á los cuales puede anteceder con justicia) á los patronímicos, y tuvimos entónces *de Díaz*, *de Martínez*, *de Fernández*, etc. con lo cual extremó el disparate y quedó rudamente burlada la democracia.

Pues, si no es esto sólo; que hay quien escribe, así, confusamente y sin atenerse a regla fija, Cortez por *Cortés*, Pais por *Páiz* (derivado de *Pelayo*, como *Peláez* y *Páez*), Quezada por *Quesada*, etc. y hasta hay un presidente de la República que firma Balmaceda debiendo escribir *Balmaseda*, con *s*, pues este apellido no es otra cosa que el nombre de un pueblo vizcaíno (*Balmaseda* ó *Valmaseda*), que antiguamente se llamó *Malseda*, fundado á orillas del río Salcedón. *Barriga*, apellido vasco, debiera escribirse y pronunciarse *Bárriga*; y con análogas correcciones muchos otros.

FRANCISCO A. CONCHA CASTILLO.

(Continuará)

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

Los diccionarios que conozco no traen la palabra *adjunción*, excepto el de don Ramón Joaquín Domínguez, el cual la admite para expresar la acción y efecto de *adjuntar*, verbo que autoriza, y al que da el significado de «ligar, enlazar, ó agregar unas cosas á otras».

El Diccionario de la Real Academia Española ni trae el sustantivo *adjunción*, ni menciona entre los significados de *conjunción* los dos forenses ó jurídicos de que poco antes se ha hablado.

ADJUNTAR

La Gramática de la lengua castellana por la Real Academia Española, edición de 1880, parte 2, cap. 7, enseña lo que va á leerse.

"El verbo *adjuntar*, formado de *adjunto*, es innecesario, porque tenemos *acompañar*, *remitir* ó *enviar adjunto* alguna cosa; y además anfibológico, puesto que por sí solo no puede significar lo que en la segunda expresión."

Como se ve, son dos las razones que se aducen para que no se emplee el verbo *adjuntar*.

La primera es el ser innecesario, porque hay en la lengua otros vocablos que expresen la misma idea.

Habrá de convenirse en que tal fundamento no sería suficiente por sí solo.

Son numerosas las palabras castellanas que tienen unos mismos significados.

En estos apuntes, he tenido ocasión de citar ejemplos que lo comprueban.

Mientras tanto, ello no ha sido motivo para que se les niegue la admisión en el DICCIONARIO.

La segunda razón es el ser anfibológico.

Francamente, no comprendo cómo el verbo *adjuntar* formado del adjetivo *adjunto*, tenga ó implique un doble sentido.

Adjunto, adjunta, según el DICCIONARIO, puede decirse de lo que "va ó está unido con otra cosa"; ó bien "de la persona que acompaña á otra ú otras para entender con ellas en algún trabajo facultativo ó negocio de cualquier género".

El verbo *adjuntar*, formado del adjetivo *adjunto*, se usa en dos acepciones correspondientes á las dos de ese adjetivo.

1.º "*Adjunto* á esta carta la copia del documento;" (esto es, *pongo junto* con esta carta, *uno* á esta carta, *junto* á esta carta la copia del documento).

No descubro en esta frase la menor anfibología.

Puedo equivocarme; pero me parece tan clara como esta otra que acepta la GRAMÁTICA de la Real Academia.

"*Acompaño* con esta carta la copia del documento."

2.º "El juez, según le pareciere más conveniente, *adjuntará* á los curadores que fueren acreedores ó deudores del menor, otros curadores que administren conjuntamente; ó les declarará incapaces del cargo"; (esto es, *juntará, unirá, asociará).*

El verbo *adjuntar*, por lo que toca á Chile, es menos usado en esta acepción que en la primera.

Sin duda alguna, tenemos en castellano otros para expresar la misma idea.

El artículo 506 del CÓDIGO CIVIL CHILENO dice así:

"No pueden ser solo tutores ó curadores de una persona los acreedores ó deudores de la misma, ni los que litiguen con ella por intereses propios ó ajenos.

"El juez, según le pareciere más conveniente, les *agregará* otros tutores ó curadores que administren conjuntamente, ó los declarará incapaces del cargo."

Pero el que haya uno ó más equivalentes de *adjuntar* no impide que, en el ejemplo propuesto, este verbo tenga un significado tan claro como el de *agregar* en el segundo inciso del artículo 506.

Lo único que queda por indagar es si el vocablo sobre que voy discurriendo tiene un uso bastante generalizado en los pueblos de habla castellana.

Don Rufino José Cuervo, en sus APUNTACIONES CRÍTICAS SOBRE EL LENGUAJE BOGOTANO, y don Pedro Fermín Cevallos, en su BREVE CATÁLOGO DE ERRORES EN ORDEN Á LA LENGUA Y AL LENGUAJE CASTELLANOS, testi-

fican que el verbo *adjuntar* es empleado en las repúblicas de Colombia y del Ecuador.

Los chilenos sabemos demasiado que igual cosa sucede en Chile.

Don Ramón Joaquín Domínguez, en su DICCIONARIO NACIONAL DE LA LENGUA ESPAÑOLA, dice que *adjuntar* significa "juntar con — ligar, enlazar ó agregar unas cosas á otras".

El hecho de que la GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA por la Real Academia Española discuta de la manera antes expuesta la legitimidad del verbo *adjuntar*, hace presumir que ese vocablo es usado por muchos en la Península misma.

ADQUISITIVO

Don Andrés Bello ha empleado esta palabra en los dos siguientes artículos del CÓDIGO CIVIL CHILENO:

Artículo 2,505.

"Contra un título inscrito no tendrá lugar la prescripción *adquisitiva* de bienes raíces ó de derechos reales constituídos en éstos, sino en virtud de otro título inscrito; ni empezará á correr sino desde la inscripción del segundo."

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

(Continuará.)